

POESÍAS COMPLETAS

DE

CAMPOAMOR



THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

ΑΘΩΡΟΘΑ

OBRAZ
ZOËTIKA

2

PQ6511

.A17

v.2

881.6
C198e



1080018995



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UANL



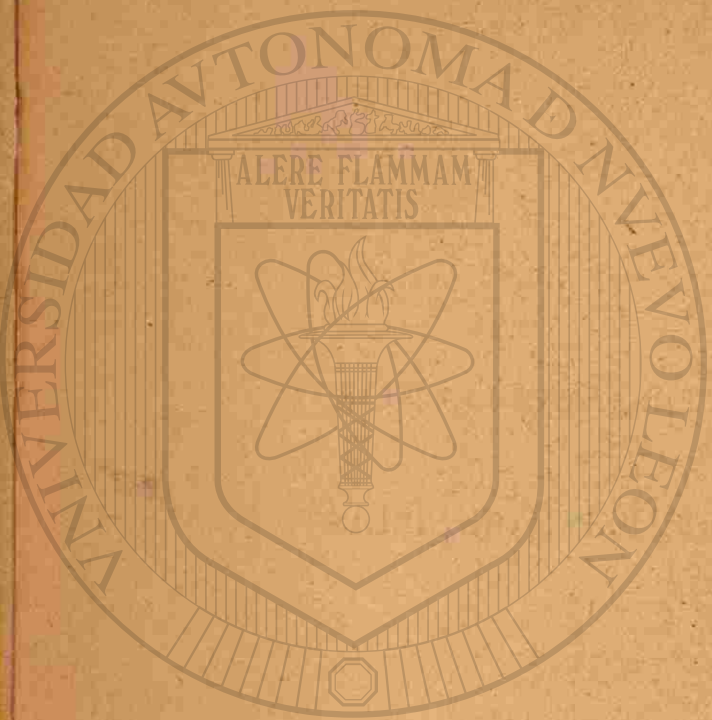
RAMÓN DE CAMPOAMOR

Obras poéticas completas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Num. Cies. _____
Num. Autor _____
Num. Adq. 10423
Procedencia -6-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó _____



R. DE CAMPOAMOR

DE LA REAL ACADEMIA

Obras poéticas

Completas

POEMAS

POESÍAS

FABULAS

TOMO II



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

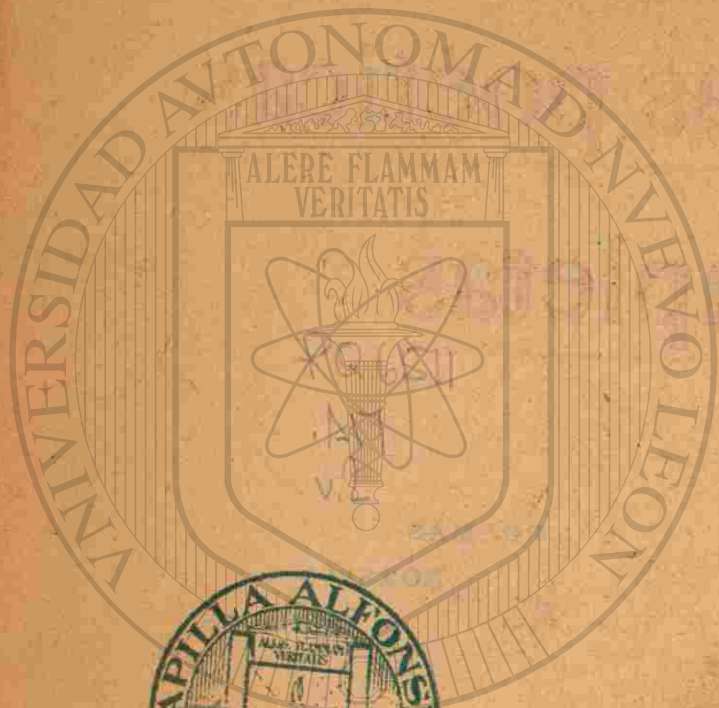


LUIS TASSO, IMPRESOR-EDITOR

Arco del Teatro, 21 y 23.—Barcelona

10423

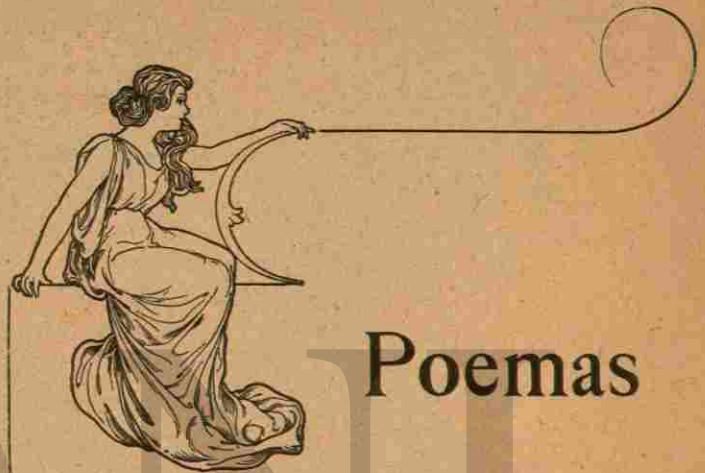
46700



FONDO LIBRARIO
VALVERDE Y TELLEZ

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

00102



Poemas

010423



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

COLON (POEMA)



—Mi poder y el de Dios desequilibra;
¿y aun no empezáis, hijos del mal, la guerra?
Su flota sea, á vuestro soplo aleve,
arista vil que el vendaval se lieve.

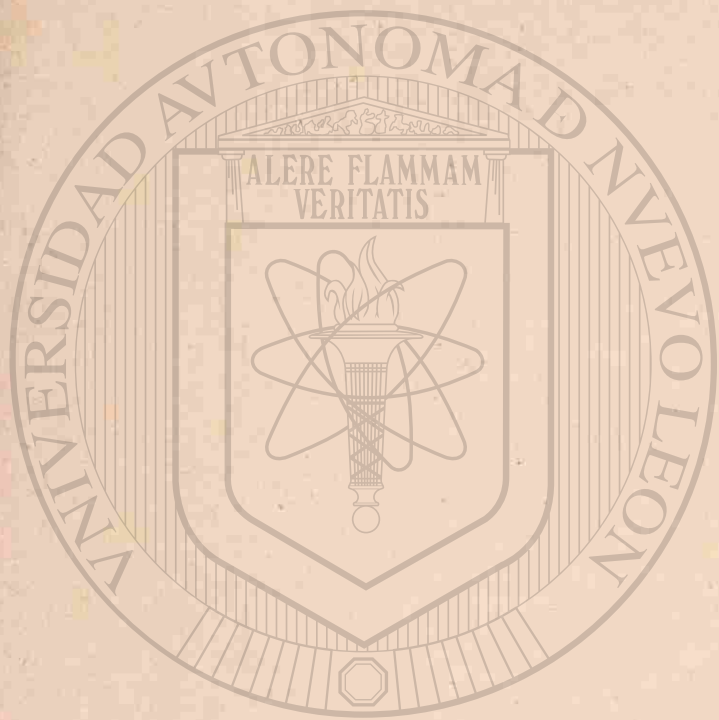
(Canto IV.)

—Ayudame en mi empresa sobrehumana,
peregrinas virtudes teologales!

(Canto III.)

Sigue la flota en blando movimiento
del mar de Atlante la ignorada vía.
¿Que adónde van?—Dejad que el sol lo cuente
cuando os muestre su luz por el Oriente.

(Canto I.)



COLÓN

CANTO I

SALIDA DE PALOS

RESUMEN: Parten el 3 de agosto de 1492 de la barra de Saltes, en el puerto de Palos de Moguer, media hora antes de la salida del sol.—Nombres de los buques.—Quién es Colón.—Nombres de los que le acompañan.—Retrato de Colón.—Terror de los marineros.—Cómo empieza Colón su diario.—Invocación.

I

Ése es Palos.—Callad.—No oigan que aprisa tres buques zarpan que la noche vela.

—Es viernes.—Dan las tres.—Sopla la brisa, y la más torpe de las naves vuela.

Ya más allá de Saltes se divisa una... dos... la tercera carabela.

¿Que quiénes son?—Dejad que hasta más tarde yo, cual las sombras, el secreto guarde.

2

Año noventa y dos.—¡Arrecia el viento!—Tres de agosto.—Es de noche todavía.—

Siglo quince.—¡La brisa va en aumento!

¡Gran siglo! ¡Año feliz! ¡Glorioso día!

Sigue la flota en blando movimiento del mar de Atlante la ignorada vía.

¿Que adónde van?—Dejad que el sol lo cuente cuando os muestre su luz por el Oriente.

3

¡Tal marcha, vive Dios, parece huida!
Menos llanto, mejor, menos estruendo:
como en Palos ignoran su partida,
¡cuánta lágrima el sol verá en saliendo!
¡Buen navegar! De la primer corrida
ya la zona visual van trasponiendo...
—¿Que quiénes son?—Nadie su nombre ha oído.
—¿Que adónde van?—Adonde nadie ha ido.

4

Canta un ave.—Se extinguen los luceros.
¡Bien! Ya los buques ilumina el día:
Pinta y Niña se llaman los primeros,
y el que marcha detrás *Santa María*.
Ya los veis quiénes son: aventureros:
un tal *Colón* se llama el que los guía.
—¿Que adónde van?—No sé.—¿Quién es?—Tampoco.
Unos dicen que un sabio, otros que un loco.

5

¡Loco! También cuando una inmensa idea
lanza a Alejandro al Asia victorioso,
por loco el orbe su proyecto afea,
y al orbe todo sometió glorioso.
Tal vez Colón, como Alejandro, sea
más que Hannón y Nearco valeroso.
—¿Os espantáis?—Yo en vuestro espanto abundo:
marcha a borrar los límites del mundo.

6

¿Vamos con ellos?—Sí: dejad el puerto:
aquel que ame la gloria, que me siga.
—¿Que es largo el viaje?—Un poco largo, es cierto:
pero sopla la brisa tan amiga!...
¡Ved cuál corren con ellos de concierto,
sin vaivén, sin esfuerzo, sin fatiga,
el sol que luce, el mar que se despliega,
el viento que anda, el buque que navega!

7

Vamos, pues. ¡Son valientes compañeros!
Junto a *Rodrigo Sánchez*, que está enfrente,
los tres prácticos lucen más certeros,
el buen *Niño*, *Roldán*, *Ruiz* el valiente.
Van soldados, grumetes, marineros;
Pedro Gutiérrez... ¡toda brava gente!
Son ciento y veinte entre almirante y tropa.
¡Ay! ¿cuántos de ellos volverán a Europa?...

8

Van los *Pinzones*, gente veterana,
que uno la *Niña*, otro la *Pinta* guía;
Rodrigo de Escobedo, *Alonso*, *Arana*.
¿No os lo dije? ¡Excelente compañía!
Va allí también *Rodrigo de Triana*,
cuya historia de amor sabréis un día.
¿Cuándo no fué, para nuestra alma, amena
una historia de amor, aun siendo ajena?

9

Con un *Fiménez* de fatal agüero
los *Porras* ved, que casi los maldigo;
el día diez de octubre, venidero
conocerá el lector por qué lo digo.
—Continuamos del sol el derrotero
con una dicha sin igual...—Prosigo:
¿sabéis ése quién es?—No.—Yo tampoco:
ése es el sabio; esto es, ése es el loco.

10

Dulce es su faz, ¿no es cierto?, aunque es severa;
majestuosa actitud; ropa sencilla.
Tez blanca. Entre su rubia cabellera
ya la corona de los años brilla.
La vista clara, viva y altanera;
largo el rostro, saliente la mejilla.
Convence ó encanta cuando mueve el labio.
Tal es el loco, ó, si queréis, el sabio.

11

¡Santo Dios! ¡Ya en el aire se evapora
la amada España, de recuerdos llena!
La patria, siempre ingrata, ¡cómo ahora
parece, cual ninguna, hermosa y buena!
¡Ya no se ve!—¿Y hay quien por eso llora?
¡Voto al llanto sin fe! No os cause pena
el que uno ú otro con dolor profundo
diga en su corazón: «¡Ay, adiós, mundo!»

12

¡Muy justo adiós! Un mar tan solitario
en cuántos pechos hay hiela el desnudo;
¡parece que en su fondo, tumultuario,
retumba el huracán, quedo... muy quedo!...
Casi tenéis razón; ¡es necesario
ser muy audaz para mirar sin miedo
el sepulcro á los pies, encima ambiente,
pena en el corazón y nada enfrente!

13

¿Qué hace, en tanto, Colón? Un libro abriendo
—«¡EN EL NOMBRE DE DIOS!...» traza su mano.
¡Buen principio! A ese nombre ya comprendo
que doblegue su furia el Oceano.
Y yo, que el curso proseguir pretendo
de un varón tan valiente y tan cristiano,
cantando audaz mi musa su grandeza,
DE DIOS EN NOMBRE, cual Colón empieza.

14

¡EN EL NOMBRE DE DIOS! canto la gloria
de un nauta osado, inteligente y pio,
que de los sabios nubla la memoria,
que de los héroes obscurece el brío.
¡Nauta feliz que eclipsará en la historia
todo el valor, la ciencia y poderío
que en seis mil años, con jactancia vana,
fastuosa acumuló la especie humana!

15

¡EN EL NOMBRE DE DIOS! canto al que osado
aventó con su soplo omnipotente
el palacio de sombras encantado
donde dormía el sol en Occidental.
¡Canto al que el ansia hidrópica ha saciado
del codicioso y viejo continente,
dando á su afán en perennal tesoro
sobre islas de coral montañas de oro!

CANTO II

ZAIDA Y MARCHENA

RESUMEN: Llegada de Zaida á la flota.—Historia de Zaida.—Nuño.—Primer amor de Zaida.—
Muerte de D. Mendo.—Zaida sigue hasta Palos á Rodrigo de Triana.—Carta del Padre Marchena á Cristóbal Colón.

I

Y sucedió que, al declinar el día,
navegando un esquife á remo y vela,
á la flota siguiendo con porfía,
abordó la postrera carabela.
Llegó el esquife al buque.—¿Qué quería?
Nadie lo sabe. Luego con cautela,
dos pasajeros por babor dejando,
volvió otra vez al puerto orzando... orzando...

2

¿Quiénes eran los tardos pasajeros?
En la flota su nombre se ignoraba,
mostraban ser apuestos caballeros,
si bien faz más gentil uno ostentaba.
Que fuesen, entre varios marineros,
dos espías del Rey se susurraba.
—¿Quiénes eran por fin?—Al almirante
le habla así aparte el de gentil semblante:

3

—«Yo soy Zaida. Ése es Nuño. Mi apellido,
con el origen de mi ser, se ignora:
en mi niñez no sé qué historia he oído
de un gran señor y una princesa mora.
De madre la de Nuño me ha servido;
mas el secreto que mi pecho llora,
con celo lo guardó tan indiscreto,
que murió la infeliz con el secreto.

4

»Quedé huérfana y rica. Tiernamente
á su hijo Nuño encarga me dé ayuda
mi nodriza al morir. ¡Cumple fielmente!
No siento pena que á templar no acuda.
Por esto que una vez, estando ausente,
me escribió Nuño, inferiréis, sin duda,
con qué respeto ven, con qué cariño,
sus ojos por mis ojos desde niño:

5

»Sin ser amor mi amor, te miro inquieto;
te hablo de mi respeto, y te enamoro;
causa de admiración, de amor objeto,
tu pasión quiero y tu virtud adoro.
Siendo igual mi cariño á mi respeto,
si es amor ó amistad mi afecto, ignore:
amante real, amigo en la apariencia,
es el culto amistad y amor la esencia.

6

»Niña, á un don Mendo, á quien amar creía,
fría mi lengua le juró constancia:
mi pobre corazón nada sabía,
dormido aún en brazos de la infancia.
Fué don Mendo á la guerra en que servía,
quedé yo expuesta al tiempo y la distancia.
Yo, sin amor; él, según fama, amando,
marchó don Mendo y me quedé esperando.

7

»Crecí. Lo que sentí en mi edad temprana
mis ojos os dirán, que nunca mienten;
¡se ama tanto en la tierra sevillana,
que allí, señor, hasta las piedras sienten!
Me amó y amé á Rodrigo de Triana
tanto... que no hallo voces que lo cuenten.
Pero ¿y don Mendo, me diréis, qué hacía?
Don Mendo se marchó, mas no volvía.

8

»Pero, aunque mucho amé, siempre conmigo
llevaba de mí fe la confianza,
pues nunca el nuevo amor, creed lo que os digo,
en mi antigua palabra hizo mudanza.
Fiel á don Mendo, nunca dí á Rodrigo,
muriéndome por él, ni una esperanza.
Don Mendo, en tanto, me diréis, ¿qué hacía?
Don Mendo se marchó, mas no volvía.

9

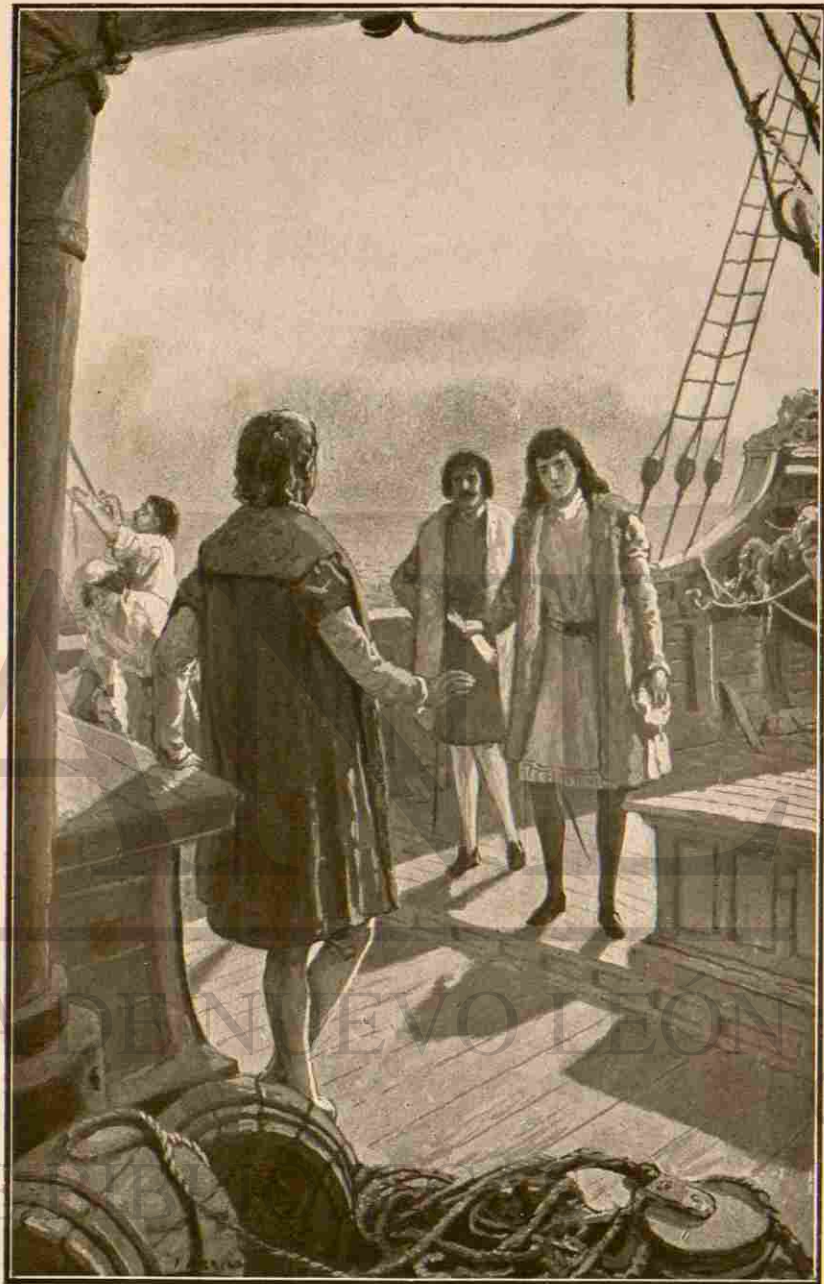
»Voló Nuño en su busca al fin, queriendo
de mi lazo infantil verme librada.
Va, inquiere, viene... y me contó, volviendo,
la triste suerte que sufrió en Granada.
¡En un rebato pereció don Mendo!
¡Siempre fiel, aunque nunca enamorada,
á no saberse de él, día tras día
de mi vida hasta el fin le esperaría!

10

»Mas, dueña ya de mí, busqué á Rodrigo.
¡Ah! ¡No hay placer, para el amor, entero!
Sin esperanza y sin contar conmigo,
que os acompaña sé de aventurero.
En traje varonil sus huellas sigo
con Nuño, de mis males compañero.
Quiero morir si halla él por mí la muerte:
¡que quepa á un mismo amor la misma suerte!

11

»Le seguí. Vine á Palos. Vi á Marchena,
me contó vuestra marcha, y á mi ruego
fletó un buque, dolido de mi pena,
y, al partir, para vos me dió este pliego.
Llegué aquí al fin. De confianza llena,
en vuestras manos mi destino entrego.»
—¡Bien!—le dice Colón,—¡Bien, hija mía!—
El pliego de Marchena así decía:



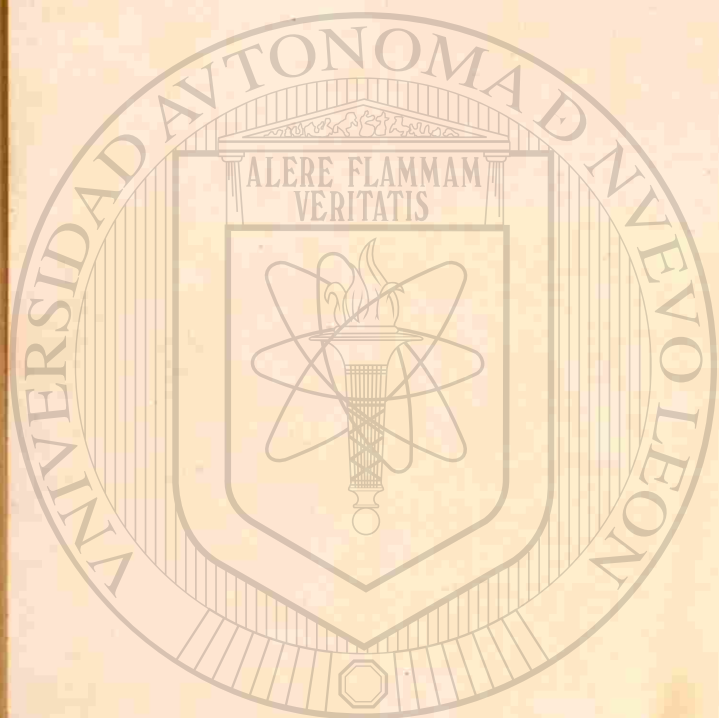
COLÓN

(POEMA)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

»Le seguí. Vine á Palos. Vi á Marchena,
me contó vuestra marcha, y á mi ruego
fletó un buque, dolido de mi pena,
y al partir, para vos me dió este pliego.

(Canto II.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

12

«¡Salud, Colón! Llevando á la dadora,
á la que arrastra del amor el fuego,
sale un esquife tras la flota ahora:
que con bondad la recibáis os ruego.
Seis horas hace que rayó la aurora;
y en esta carta, que con llanto riego,
os envío otra vez, por si os alcanza,
mi bendición, mi afecto y mi esperanza.

13

»Salió hoy el sol... ¡qué confusión... qué ruido
al ver la flota huyendo á toda vela,
se alzó en el puerto un general quejido
que aun su recuerdo el corazón me hiela!
—¡Que se van! ¡que se marchan! ¡que se han ido!—
grita la gente que corriendo vuela.
¡Cuán bien la flota sin oír seguía
el ¡que se van! que el viento repetía!

14

»¡Cuanto más pienso en lo arduo de este caso,
más la duda cruel mi alma lacera!
¿Se unirán el Oriente y el Ocaso?...
¿Será circunvalable nuestra esfera?...
¡Oh! ¡Cuánta gloria nos espera acaso!
¡Cuánto dolor tal vez ¡ay! nos espera!
¡Si lo grande del hecho me entusiasma,
lo aventurado el corazón me pasma!

15

»¡Pobre pobló!... ¡Os estaba contemplando
en el mar con terror los ojos fijos,
todos, cuál más, cuál menos, exhalando
en lúgubre tropel ayes prolijos!
¡Y yo también lloraba al ver llorando
las pobres madres de los pobres hijos
que burla pueden ser del mar y el viento!
¡Dios nos perdone el mal por el intento!

16

»Conforme os alejabais, los cuitados,
sin ver que más sus ansias se encendían,
subiéndose á las cimas y collados,
los pañizuelos con dolor movían,
—¡Adiós!... ¡adiós!...—Y hasta los más osados
—¡Todo para ellos acabó!—decían,
por sus ojos lanzando en ancha vena
cristalizada en lágrimas la pena.

17

Ya de ira se arrastraban por el lodo
 los hijos, las esposas, los hermanos;
 ya adioses daban de diverso modo,
 con ojos, lengua, corazón y manos.
 ¡Y las madres! Las madres sobre todo
 me desgarraban con sus ayes vanos,
 al recordar la pena que tendría,
 por tal dolor y en caso igual, la mía.

18

—¡Fratre maldito!— con amargo acento
 una gritó en mi rostro el rostro fijo:
 ¡era esposal... perdono su ardimiento,
 ¡aunque hasta el día en que nací maldijo!
 Y a algunas que con lúgubre lamento
 me gritaron:—¡Piedad!— otra les dijo:
 —No esperéis compasión de esa alma odiosa
 que nunca el nombre oyó de hijas y esposa!—

19

Mas no importa. ¡Valor! ¡Crúzad los mares
 compadeciendo al infeliz Marchena!
 ¡Pronto volved á vuestros patrios lares,
 ó pronto ¡ay Dios! me matará la pena!
 Si morís... bien: ¡he aquí vuestros pesares!
 ¡Ay del que á duelo eterno se condena!
 ¡Quién pudiera, cambiando nuestra suerte,
 mi impaciencia trocar por vuestra muerte!

20

¡No puedo más!... suplid lo que no os digo:
 os encomiendo á Dios, y que él os guarde.
 Parte el esquite... ¡con el alma os sigo!
 ¡Animo, pues!... Para temer ya es tarde.
 ¡Sabéis qué os llamará, querido amigo,
 la ruin posteridad, fiera ó cobarde?
 SI LA TIERRA NO HALLÁIS, LOCO PROFUNDO:
 SI HALLÁIS LA TIERRA, REDENTOR DE UN MUNDO.☛

CANTO III

EL CIELO

RESUMEN: Día 4 de agosto de 1492.—Invocación de Colón.—Descripción del cielo.—Aparición de las virtudes teologales.—La Fe.—La Caridad.—La Esperanza.—Se funden en la luz las virtudes teologales.—Continuación del viaje.

I

Del mar, Colón, las olas contemplando,
 muy de mañana, en el segundo día,
 dice, en su empresa colosal pensando:
 —¡La voluntad de Dios será la mía!—
 Luego, al cielo los ojos levantando
 no sé si con más pena que alegría,
 en la ilusión que su cerebro inflama,
 con alma, vida y corazón exclama:

2

—¡Ayudadme en mi empresa sobrehumana,
 peregrinas virtudes teologales!
 ¡Guiadme, FE, lumbrera soberana
 que obscurecéis las luces eternas!
 ¡Valedme, CARIDAD, graciable hermana
 del más mísero y vil de los mortales!
 ¡Alentadme, ESPERANZA, bendecida,
 último aliento de la humana vida!—

3

¡Cuán bueno es Dios! A esta oración tan pura
 abrió el cielo sus puertas de repente,
 viendo al punto Colón tanta hermosura
 con los ojos del alma claramente.
 ¡Muy bueno es Dios! Por eso, con ternura,
 se hace la gloria á la virtud patente,
 y si del cielo es el candor modelo,
 eco es también de la inocencia el cielo.

4

Todo reina allí en paz, aunque es activo.
 Nunca allí la embriaguez raya en demente.
 Como es de cuanto hay santo ejemplo vivo,
 es de lo bello inagotable fuente.
 Todo cuanto allí nace es expansivo;
 todo cuanto allí existe es inocente.
 Como nada en sí el alma allí sepulta,
 no hay secreto placer ni gloria oculta.

17

Ya de ira se arrastraban por el lodo
 los hijos, las esposas, los hermanos;
 ya adioses daban de diverso modo,
 con ojos, lengua, corazón y manos.
 ¡Y las madres! Las madres sobre todo
 me desgarraban con sus ayes vanos,
 al recordar la pena que tendría,
 por tal dolor y en caso igual, la mía.

18

—¡Fratre maldito!— con amargo acento
 una gritó en mi rostro el rostro fijo:
 ¡era esposal... perdono su ardimiento,
 ¡aunque hasta el día en que nací maldijo!
 Y a algunas que con lúgubre lamento
 me gritaron:—¡Piedad!— otra les dijo:
 —No esperéis compasión de esa alma odiosa
 que nunca el nombre oyó de hijas y esposa!—

19

Mas no importa. ¡Valor! ¡Crúzad los mares
 compadeciendo al infeliz Marchena!
 ¡Pronto volved á vuestros patrios lares,
 ó pronto ¡ay Dios! me matará la pena!
 Si morís... bien: ¡he aquí vuestros pesares!
 ¡Ay del que á duelo eterno se condena!
 ¡Quién pudiera, cambiando nuestra suerte,
 mi impaciencia trocar por vuestra muerte!

20

¡No puedo más!... suplid lo que no os digo:
 os encomiendo á Dios, y que él os guarde.
 Parte el esquite... ¡con el alma os sigo!
 ¡Animo, pues!... Para temer ya es tarde.
 ¡Sabéis qué os llamará, querido amigo,
 la ruin posteridad, fiera ó cobarde?
 SI LA TIERRA NO HALLÁIS, LOCO PROFUNDO:
 SI HALLÁIS LA TIERRA, REDENTOR DE UN MUNDO.✽

CANTO III

EL CIELO

RESUMEN: Día 4 de agosto de 1492.—Invocación de Colón.—Descripción del cielo.—Aparición de las virtudes teologales.—La Fe.—La Caridad.—La Esperanza.—Se funden en la luz las virtudes teologales.—Continuación del viaje.

I

Del mar, Colón, las olas contemplando,
 muy de mañana, en el segundo día,
 dice, en su empresa colosal pensando:
 —¡La voluntad de Dios será la mía!—
 Luego, al cielo los ojos levantando
 no sé si con más pena que alegría,
 en la ilusión que su cerebro inflama,
 con alma, vida y corazón exclama:

2

—¡Ayudadme en mi empresa sobrehumana,
 peregrinas virtudes teologales!
 ¡Guiadme, FE, lumbrera soberana
 que obscurecéis las luces eternas!
 ¡Valedme, CARIDAD, graciable hermana
 del más mísero y vil de los mortales!
 ¡Alentadme, ESPERANZA, bendecida,
 último aliento de la humana vida!—

3

¡Cuán bueno es Dios! A esta oración tan pura
 abrió el cielo sus puertas de repente,
 viendo al punto Colón tanta hermosura
 con los ojos del alma claramente.
 ¡Muy bueno es Dios! Por eso, con ternura,
 se hace la gloria á la virtud patente,
 y si del cielo es el candor modelo,
 eco es también de la inocencia el cielo.

4

Todo reina allí en paz, aunque es activo.
 Nunca allí la embriaguez raya en demente.
 Como es de cuanto hay santo ejemplo vivo,
 es de lo bello inagotable fuente.
 Todo cuanto allí nace es expansivo;
 todo cuanto allí existe es inocente.
 Como nada en sí el alma allí sepulta,
 no hay secreto placer ni gloria oculta.

5

Amorosas las almas en el cielo,
 todo, unas de otras al través, lo miran;
 y unas de otras en pos, con fiel desvelo,
 cual mutuas sombras cariñosas giran:
 el amor de los niños en el suelo
 las almas trasladar al cielo aspiran:
 «Hermanos» á todo cuanto adoran llaman:
 allí los seres se aman porque se aman.

6

Las almas su presente van pasando
 como un recuerdo de delicias lleno.
 En perspicua mudez se hablan mirando.
 Siente en voz alta su potente seno.
 Con un beso mental en sí encarnando
 cuanto ha criado Dios de alegre y bueno,
 las horas son de su existencia pura
 horas de fiesta en días de ventura.

7

Sienten las almas el placer del llanto
 cuando atraviesa el pecho enternecido
 la santa pena del recuerdo santo,
 del lícito placer por siempre huido;
 mas aunque deja con lloroso encanto
 algún dulce recuerdo el pecho herido,
 son del cielo las lúgubres endechas
 piedras que aguzan de placer las flechas.

8

Las almas entristece dulcemente
 el miedo de perder el bien que adoran.
 Porque no es su virtud más inocente,
 su faz las tintas del pudor coloran.
 ¡Ah! no sintáis por la que dulce siente.
 ¡Ah! no lloréis por las que tiernas lloran.
 Como el dolor que con placer se canta,
 allí el dolor, aunque entornece, encanta.

9

Feliz mansión donde se está gozando
 con la fe, la razón y el sentimiento.
 El tiempo, que á momentos va pasando,
 eterno se acumula en un momento.
 Grande la voluntad va ejecutando
 cuanto apetece grande el pensamiento.
 Siempre el deseo sobre el gusto flota;
 nunca al placer la saciedad embota.

10

De improviso, en equívoca apariencia,
 las tres virtudes por Colón llamadas
 descienden, cual si en vaga transparencia
 de una explosión de luz fuesen brotadas.
 La atmósfera embalsama su presencia:
 clarifican el sol con sus miradas.
 —Si del mundo faltaseis algún día,—
 dijo al verlas Colón,—¿qué quedaría?—

11

Ved á la FE con venda transparente,
 siempre durmiendo y en el bien soñando;
 como Colón, intuitivamente
 con los ojos del alma va mirando.
 ¡Feliz mil veces tú, feliz la gente
 que tras tu pie inerrable va marchando,
 ciega que ves sin que te alumbre el día,
 que tanto ves, como que Dios te guía!

12

Ven, CARIDAD, de la virtud lucero;
 aun vives tú si la justicia acaba.
 No piensa el mal tu corazón sincero.
 Puro tu labio, cuanto nombra alaba.
 Modesta emperatriz del orbe entero,
 que al orbe entero sirve como esclava.
 Reina que el fausto del dosel no goza,
 y que espía el dolor de choza en choza.

13

Ven, ESPERANZA, manantial risueño
 que la promesa y el deseo mana.
 Instigadora y cómplice del sueño.
 Encarnación de un ideal mañana.
 Fiera que matas sin fruncir el ceño,
 y á quien perdona la bondad humana
 el que nos des, infiel, mil amarguras
 por ser tan fiel en prometer venturas.

14

Más eterna que el tiempo la ESPERANZA,
 y mucho más que la desgracia fuerte,
 tan fuertemente por el tiempo avanza,
 que cual dios-ilusión mata á la muerte.
 Perpetuo mal y eterna bienandanza:
 luz de la buena y de la mala suerte:
 tan grande es tu poder, tu hechizo es tanto,
 que tu hermosura es tu menor encanto.

15

Apenas de Colón la voz fué oída,
volaron las virtudes hacia el suelo:
de todos los caminos de la vida
el más corto y mejor es el del cielo.
La esencia de ellas en la luz fundida
vuela, pero es inútil que su vuelo
ojos humanos penetrar intenten:
nadie las ve, mas todos las presienten.

16

Fresca es la brisa. El mar está en bonanza.
Atrás los ojos húmedos tornando,
triste la gente por el mar avanza,
madres, hijos y esposas recordando.
La FE, la CARIDAD y la ESPERANZA,
todo el ser de Colón electrizando,
tocaron con la boca dulcemente
su corazón, sus labios y su frente.

17

Y exaltado Colón, así murmura:
—¡Vamos, pues! Los misterios de Occidente
no los creará, como hoy, la edad futura
fantásticos prodigios de un demente.—
Dijo, y brilló en sus ojos la ventura.
Y después, anublándose su frente,
añadió:—Y si la suerte me es impía...
¡la voluntad de Dios será la mía!

CANTO IV

EL INFIERNO

RESUMEN.—El día 24 de agosto avistaron el volcán del pico de Tenerife.—Espanto de los marineros y discurso de Colón.—Animación del pico de Teide.—El cráter del volcán arroja fantasmas.—Descripción del infierno.—Discurso de Satanás.—Más fantasmas.—Satanás se asoma al cráter del volcán.—Discurso de Satanás.—Desaparición de Satanás y hundimiento del pico de Teide.—Continuación del viaje.

I

Y otros veinte pasaron desde el día
en que zarpó Colón, cuando al siguiente
la chusma, que de miedo se moría,
miró el volcán de Tenerife enfrente.
¡Triste augurio! El que menos, se creía
que era desde él de donde eternamente
la *negra mano* del demonio mismo
las naves sepultaba en el abismo.

2

Apelando Colón á su experiencia,
les probó, con cien textos por lo menos,
que los volcanes eran, en su esencia,
hechos sencillos de malicia ajenos.
¡Discurso ineficaz! ¡Inútil ciencia!
Mientras habla Colón, de espanto llenos
creen ver los tristes, de la *negra mano*
la sombra proyectar al Oceano.

3

Y ¡oh! ¡Cuánto más la tropa desfallece
cuando el pico de Teide se reanima...
se agranda por su base... y crece... y crece...
hasta pasar las nubes con su cima!
¿Es verdad que se agranda, ó lo parece?
La chusma cree que en realidad se anima;
aunque si falta al corazón denuedo,
para animar los montes basta el miedo.

4

Cierto es que Satanás el Teide anima,
porque apoyado en su ancha cordillera,
se alza más... y hasta el cielo se sublima,
de nieve y fuego orlada su cimera.
Y el monstruo alzado así, desde su cima
su lava, como negra cabellera,
con majestad horrible hasta su falda
suelta gentil por la marmórea espalda.

5

Y aquí y allí, cerniéndose se avanza,
y ora la mar, ora los cielos toca;
y mil sombras que azuza á la venganza
vomita atroz por su sulfúrea boca.
Y á los fantasmas que del cráter lanza,
con voz lez dice que el furor sofoca:
—¡Esos son, éstos son! ¡Soltad los vientos!
¡Desatad, desatad los elementos!—

6

Y vomitando el Teide apariciones,
ruge así, removido en sus cimientos:
—¡Esos son! ¡Guerra, guerra en sus pasiones!
¡Agitad, agitad los elementos!—
Y su ignívoma boca las visiones
arrojando en tropel sobre los vientos,
del claro sol á las variadas tintas
formas adquieren cada cual distintas.

7

¡Las veis?—Por donde el cráter corresponde
resurgen los fantasmas á porfia,
que el viento los enseña y los esconde,
que los alumbra y los eclipsa el día.
¿Queréis saber por qué, quién, y de dónde,
esa legión de espíritus envía?
Entrad sin miedo en el volcán que escalo:
da más horror el corazón de un malo.

8

Ved un lugar que lejos se columbra,
que allá hacia el fin del pensamiento toca:
la luz allí se ve, mas nada alumbra:
cálido el aire, sin matar, sofoca.
¡Cuando la vista al cielo allí se encumbra,
sólo ve de un abismo el ancha boca!
El suelo se hunde con blandura tanta,
que nunca en firme se asentó una planta.

9

Indiferente á todos nuestra vida,
nuestro nombre es de todos olvidado.
La palabra *virtud* nunca fué oída.
Nunca allí la *esperanza* se ha mentado.
Con nuestros nombres el *por qué* se olvida
de las alegres culpas que han pasado;
pues si el recuerdo de ellas fuese eterno
aún nos diera placer el mismo infierno.

10

No se oye allí más voz que los latidos
del corazón en su clausura estrecho.
Sólo *hastío* perciben los sentidos.
Solamente *rencor* brota del pecho.
Los objetos más ciertos son fingidos.
Cuanto se toca allí vuela deshecho.
No sabe qué querer la fantasía,
sólo sabe lo que *odia* y lo que *hastia*.

11

Ni un bello pensamiento allí enardece;
ni un noble sentimiento el pecho inflama;
todo el que piensa ó siente es que aborrece...
¡Oh! ¡Maldito lugar donde no se ama!
Náufrago que se ahoga y no perece,
el hombre, eternamente ansiando, exclama:
—Dadme las dichas del dolor, ¡Dios mío!
y no *hastío* y *rencor*, *rencor* y *hastío*.

12

Rodeado allí de espíritus sin cuento,
celoso Satanás en su ansia loca,
de esta manera habló con fiero acento
á la grey maldecida á quien evoca
(y antes de hablar, hondo lanzó un lamento,
que repetido fué de boca en boca,
cual si el número inmenso de nacidos
gimiesen de una vez de un golpe heridos):

13

—«¡Ay! Contra mí otra vez sus rayos vibra
el gran poder que mi poder aterra:
si da un paso Colón, de mí se libra
entre yo y Dios la compartida tierra.
Mí poder y el de Dios desequilibra;
y aun no empezáis, hijos del mal, la guerra?
Su flota sea á vuestro soplo aleve
arista vil que el vendaval se lleve.

14

»Tú, IDOLATRÍA, á la infernal ralea
inspirale el rencor que arde en tu seno;
por tí el culto del sol sangriento humea,
y asuela Djaggernat de horrores lleno.
Que el mundo, como es hoy, por siempre sea,
revuelto en sangre, lágrimas y cieno;
de ídolos falsos insondable abismo.
¡QUE TODO SEA DIOS, MENOS DIOS MISMO!

15

»Tus lenguas mil, por el honor malditas
mueve también, ENVIDIA infamatoria,
que el brusco sol de la verdad evitas
tras la sombra del árbol de la gloria.
Si en sorda guerra lenguaraz te agitas,
no hay sabio en la opinión ni héroe en la historia
que á tus dardos, ni oídos, ni sentidos,
muertos no caigan por la espalda heridos.

16

»Y tú, IGNORANCIA, cuyo brazo fuerte
del humano progreso el curso estanca,
que escarneciste con tan buena suerte
el numen de Colón en Salamanca,
su intento colosal condena á muerte.
La ciencia, como Omar, del mundo arranca.
Luzca precoz con vivo centelleo
el puñal que le aguarda á Galileo.

17

»Del semidiós Colón, vuestras legiones
confundan los titánicos intentos,
ya enardeciendo bajas las pasiones,
ya agitando en tropel los elementos.»
Dijo así; y del infierno las visiones
por el cráter lanzadas á los vientos,
del claro sol á las variadas tintas
formas adquieren cada cual distintas.

18

Y estos son los fantasmas que á porfía
resurgen por el cráter esplendente
cuando la chusma, que de horror moría,
mira el volcán de Tenerife enfrente.
Sombras que eclipsa y esclarece el día,
que esconde y muestra á medias el ambiente...
no en vano el mundo con baldón eterno
á Tenerife le llamó el *Infierno*.

19

¡Triste recuerda á su país la gente,
al ver que aumenta del volcán la llama!
¡Cariñoso acudiendo á nuestra mente,
más nos hiere al morir lo que más se ama!
El Teide, en tanto, inexorablemente,
brotando sombras sin cesar, exclama:
—¡Esos son, ésos son! ¡Soltad los vientos!
¡Desatad, desatad los elementos!—

20

Y Satanás, el cráter asaltando,
hasta sacar el pecho á alzarse prueba,
cual el humano corazón rasgando
remordimiento aterrador se eleva.
El mundo en torno con rencor mirando,
en el espanto general se ceba,
como heraldo fatal que anuncia luego
algún diluvio general de fuego.

21

Y dijo así, las naves circundando
con su ardiente y negruzca cabellera:
—¿Adónde vais, insos, traspasando
esta de muertes perennal barrera?
¡Atrás! volved las proas. ¡Yo os lo mando!
¡Yo de naufragios eternal lumbrera!
¡Yo, que altivo guardián de un mar ignoto,
á la humana ambición sirvo de coto!

22

»¡Atrás! ¡No hay más allá! ¡Los huracanes
ecos son nada más de mi fiereza!
¡Como veis, mis alientos son volcanes!
¡Sacude las borrascas mi cabeza!
¡En un día de enconos y de afanes
me engendró y puso aquí naturaleza,
para que abisme con mis *negras manos*
cuanto á inquirir se atreva sus arcanos!

23

»¡No hay más allá! La mar que veis enfrente,
cuya sola extensión al mundo aterra,
con sus llaves de fuego eternamente
mi *negra mano* inexorable cierra.
Ya vuestro ardor, desatentada gente,
desagradando á Dios, pasma á la tierra:
¡y ante tanto valor hasta yo mismo
lleno de ira y pavor torno al abismo!»

24

Dijo, y se hundió. Y el Teide, el gran bajo
del mar de éter que el globo circunvala,
se encorva... baja más... se hunde sombrío...
y á su primer nivelación se iguala.
La flota de Colón, cual por un río,
tranquila, en tanto, por la mar resbala,
mientras la gente aun ve en los horizontes
lo que ve el miedo que reanima montes.

25

¡Adiós!... ¡Todo pasó!... La isla dejando,
vira la flota hacia la Gran Canaria.
¿Y el monstruo?—No se ve.—Ya van pensando
si sería su mano imaginaria.
¡Bravo! A su faz, conforme van virando,
se asoma una sonrisa involuntaria...
No parece sino que, más serenos,
temen al diablo por la espalda menos.

26

Corren los buques... la distancia crece...
El antiguo valor la fe reintegra.
Poco á poco el volcán morir parece...
¡Cuánto á la chusma su extinción alegra!
Mengua el pico... se abisma... desaparece...
¡Y las visiones... y la *mano negra*!...
¡Todo se disipó, del mismo modo
que se disipa en la existencia todo!...

CANTO V
HISTORIA DE COLÓN

RESUMEN: Historia de las islas Canarias.—Historia de Colón.—Su patria.—Combate naval.—Llega á Lisboa.—Su casamiento y vida.—Su proyecto desechado por el rey de Portugal.—Idem por Génova y Venecia.—Llegada á Palos.—Marcha.—Garcí-Fernández.—Llegada á Córdoba.—Talavera.—Alonso Quintanilla.—El cardenal Mendoza.—Examen en Salamanca.—Tomás de Baza, Loja y Málaga.—Sus amores en Córdoba con D.^a Beatriz Enriquez.—Retorno á Palos.—Vuelta á la corte.—Santángel y Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya.—Isabel la Católica.—Fernando V.—Pactos con el rey.—Parte á Francia.—Vuelta á la corte.—Arranque de la reina.—Se firma el pacto.—Los Pinzones.—Salón de Palos.—Primera avería.—Se dirige á las Canarias á reparar su avería.—Salida de la Gomera.—Conclusión del canto.

1
Heredó las Canarias un Herrera,
obsuro ciudadano de Sevilla;
islas todas que, excepto la Gomera,
enajenó á los reyes de Castilla.
Que Herrera, rico ya, la isla postrera
guardase para sí, no es maravilla,
sin duda el tal para tener por donde
ser, como fué, de la Gomera conde.

2
Se halla Colón sus penas refiriendo
en la casa del Conde ciudadano,
mientras un don Elías le está oyendo,
deudo del tal Herrera sevillano.
Colón, con don Elías departiendo,
frente el uno del otro y mano á mano,
cuenta su historia con la tierna gracia,
con que al mérito adorna la desgracia.

3
—«Para mí el infortunio es una peste,
peste, señor, de que nací infestado;
la amiga antorcha del fulgor celeste
sólo una vez propicia me ha alumbrado.
Deciros quiero, aunque rubor me cueste,
que escarnecido aquí, y allí olvidado,
el desprecio no más siguió mi huella,
huésped eterno de la adversa estrella.

4
»Y como siempre ha sido de los hados
mi desdichada estirpe eterna injuria,
de padres como yo desventurados
en un pueblo nací de la Liguria.
Con deudos míos, cual ninguno osados,
mil veces de la mar sentí la furia,
que es para mí desde mi amor primero
la mar madrastra que cual madre quiero.

5
»En la empresa más dura á que he asistido
(no la más infeliz de mis empresas),
al león de Venecia, no vencido,
vencimos unas naves genovesas.
Café luchando al mar, y á un remo asido
llegué á nado á las costas portuguesas.
¡Cuánto dolor, cuánta esperanza mía
en sólo un remo se salvó aquel día!

6
»Náufrago entré en Lisboa, en donde amante
á *Felipa Monts* prendó mi audacia.
Fuí modelo de honor en lo constante,
ella era un tipo de virtud y gracia.
Fruto de tanto amor fué un tierno infante.
Aumentó la pasión nuestra desgracia,
porque en lazos se ligán más estrechos
en un mutuo dolor los nobles pechos.

7
»Para vender después, mapas trazaba,
ciencia que entre otras aprendí en Pavía;
de este modo á mi esposa alimentaba
y á mi padre y hermanos sostenía.
Con mi trabajo el hambre mitigaba.
Mis penas con mis libros distraía,
porque la ciencia, con discreto modo,
excepto la virtud, lo suple todo.

8
»Al rey de Portugal don Juan segundo,
que un paso busca para el suelo indiano,
le expuse un plan en que doblando el mundo
la India se hallase al fin del Oceano.
Juntó un consejo... y su saber profundo
me escarneció... ¿qué sabe un cortesano?
servir sin fe, reír por artificio,
querer por fuerza y admirar de oficio.

9
»Malsines! Luego, un buque aparejando,
mi plan salió á explorar con cauto celo,
mas el piloto se volvió temblando...
¡Justo castigo fué del alto cielo!
Desde entonces mi nombre fué nefando.
¿Qué podía ya hacer, en tanto duelo?
¡Pedir á Dios resignación cristiana,
la gran virtud de la pobreza humana!

10

» Muerta mi esposa, en Portugal burlado,
 á la patria volví donde he nacido;
 pero mi plan, que expuse á su cuidado,
 ni Venecia ni Génova han oído.
 Yo he sido, por ser pobre, despreciado,
 y por loco pasé, siendo instruido;
 siempre el mundo en mí ha visto en una pieza
 la locura injertada en la pobreza.

11

» Yendo hacia Huelva á pie, solos, con pena,
 hambre mi hijo sintió con fuerza cruda;
 á un convento llamé, y un alma buena
 pan dió á mi hijo y á mi pena ayuda.
 Su guardián, *fray Juan Pérez de Marchena*,
 me vió al paso, me habló... y en él, sin duda,
 me hizo ver Dios que en el postrer extremo
 jamás en un naufragio faltó un remo.

12

» Si no elogiase su bondad, haría
 al prior de la Rábida un agravio:
 ¡con cuánta admiración mi teoría
 oyó y reoyó pendiente de mi labio!
 Marchena, en no envidiada medianía,
 vive feliz y obscuro, aunque es tan sabio;
 pues la dicha cabal mucho más ama
 una buena opinión que una gran fama.

13

» Al médico de Palos determina
 llamar Marchena á docta conferencia;
 mi plan *Garcí-Fernández* examina
 con tan sabia atención como indulgencia.
 Caridad en acción su medicina,
 más es que oficio una virtud su ciencia:
 es templar de los tristes los dolores
 el amor más genial de sus amores.

14

» La junta humilde y sabia del convento
 pensó entonces lo cuerdo que sería
 el que, partiendo yo, fuese al momento
 á la Reina á exponer mi teoría.
 Desde Huelva hasta Córdoba contento
 crucé la calcinada Andalucía,
 patria de mi vejez, de mis dolores,
 de mi gloria tal vez y mis amores.

15

» Llegué. De Pérez la amistad sincera
 cartas me dió para un prior tan vano,
 que mi plan juzgó siempre una quimera;
 hombre indocto, aunque diestro cortesano.
 Hoy ya arzobispo *Hernando Talavera*,
 mejor que yo al furor del Oceano,
 las velas sabe izar, sin duda alguna,
 al viento desigual de la fortuna.

16

» Viví en Córdoba. En tanto que iba errante
 aquí y allí la corte de Castilla,
 me socorrió, de mi proyecto amante,
 prez de Asturias, *Alonso Quintanilla*.
Medinaceli me asistió constante,
 que siempre grande entre los grandes brilla.
 Feliz mendigo, entonces aun pensaba
 que en este mundo hasta el dolor se acaba.

17

» Con bondad que aun mi espíritu alborozaba,
 un día á ver los Reyes me acompaña
 el cardenal *don Pedro de Mendoza*,
 que *el tercer rey* le nombran de la España.
 Por cuantos sabios Salamanca goza
 mandó el Rey discutir mi ciencia extraña,
 luchando así por uno y otro lado,
 en mí el futuro, en ellos lo pasado.

18

» Á Salamanca fui. En un convento
 controvertí con doctos profesores:
 fueron á combatirme más de ciento
 entre frailes, y legos, y doctores.
 Probé allí de mi ciencia el fundamento
 por la opinión de sabios escritores,
 por pruebas naturales abundantes,
 y por la fe de doctos navegantes.

19

» Si no es redondo el mundo, les decía,
 ¿cómo el sol al rodearle no tropieza?
 ¿Por dónde nace y se sepulta el día?
 ¿En dónde acaba el globo y dónde empieza?
 Viendo hablar sólo en la defensa mía
 del príncipe al tutor, *fray Diego Desa*,
 yo pensé que exhalaba en un momento
 de mi vida infeliz todo el aliento.

20

»Lanzáronme, al final de la contienda,
esta serie de citas importuna:

—*Nadie que el texto de la Biblia entienda,
la fe con los antipodas aúna.*

Dios el cielo extendió como una tienda.—

Así ignorantemente una por una
fueron deshechas arrojando al viento
las plumas de mi altivo pensamiento.

21

»No comprendieron ¡ay! que mi fe pura
del Infierno los ídolos aterra.

Que el hecho grande que mi mente augura
abre el futuro y lo pasado, cierra.

Yo soy el que predice la escritura:

—*Se unirán los extremos de la tierra,
y, siguiendo del cielo los pendones,
se juntarán las lenguas y naciones.*—

22

»Dando al examen término prudente,
fué á Córdoba la corte. Yo, entretanto,
huésped molesto aquí y allí indigente,
tan sólo algún alivio hallé en mi llanto.
Lloré... y después... lloré tan solamente.
¿Qué podía yo hacer en duelo tanto?
¡Pedir á Dios resignación cristiana,
la gran virtud de la pobreza humana!»

23

Recordando Colón tan tristes días,
la aflicción sus palabras atenúa.

Su oyente, al contemplar sus agonías,
entre llorar y no llorar fluctúa.

—«Veréis, si esto os aflige, don Elías
después Colón diciendo continúa,
para cuánto dolor os dan materia
los fastos de mi vida de miseria!»

24

»Mientras la corte errante iba y venía,
blandiendo contra el árabe una espada,
se cuenta que luché con bizarría
en Baza, Loja, Málaga y Granada.
¿Qué importa al porvenir mi valentía?
Para mí el ser valiente, es no ser nada.
Toda fama es un crimen si es sangrienta.
O la gloria no es gloria, ó es incruenta.

25

»De Córdoba á una hija encantadora
amé con tan inmensa idolatría,
¡pobre *Beatriz Enriquez!* que aun la adora
con la ilusión de un niño el alma mía.
Habiendo amado tanto á esta señora,
no extrañareis que la ame todavía:
la juventud en la vejez sintiendo,
no puedo envejecer envejeciendo.

26

»Siguiendo yo una vez sus pasos iba
de un templo á la salida, cuando á poco
gritó—*¡al loco!*—una turba intempestiva,
mi vejez insultando con descoco.
Sin duda empezó á amarme compasiva
de oír al vulgo vil llamarme loco,
la que en ratos después más halagüeños
me solía llamar su *caza-sueños*.

27

»¡Cuántas veces, señor, la turba ciega
de loco tilda al cuerdo que en sus glorias
con sus ideas distraído juega
siendo sólo sus dados las memorias!
Nunca este grito á perturbarme llega,
pues sabía muy bien por las historias
que mil veces de loco fué tildado
quien padeció del genio el mal sagrado.

28

»De Beatriz la historia lacerante
si no os da enojo os contaré mañana,
esposa sin marido, oculta amante,
madre sin hijos, maldecida hermana.
¡Fueron los días que la amé un instante,
porque los años en la vida humana,
dulces alguna vez, otras amargos,
ó tan rápidos son ó son tan largos!...

29

»Pues, siguiendo mi vida malhadada,
sin esperanza ya, como os decía,
volví al convento, y me anuncié á la entrada
más pobre que otro tiempo todavía.
Fray Pérez comprendió de una mirada
que sólo hallado por el mundo había
odio, desprecio, olvido y amargura:
¡es tan fácil hallar la desventura!

30

»El alma del Guardián, de rabia henchida,
 escribe á la gran Reina; y siempre buena,
 de este su antiguo confesor dolida,
 que vaya Pérez á la corte ordena.
 Fué, habló á la Reina y me llamó en seguida.
 Dudo en volver, mas viénd' que Marchena
 cura mi herida y mi dolor acalla,
 torné otra vez al campo de batalla.

31

»De nuevo en mi favor abren campaña
Luis Santángel y *Alonso Quintanilla*,
 y á los pies de los reyes me acompaña
 la marquesa *Beatriz de Bobadilla*.
 La Marquesa es hermosa hasta en España;
 bellos sus ojos son hasta en Sevilla;
 nadie una vez su imagen tuvo enfrente
 sin llevársela impresa eternamente.

32

»Blanco su cutis, rojos sus cabellos,
 muestra gentil *doña Isabel primera*.
 Del cielo azul sus ojos son destellos.
 Grave es su andar, graciosa su manera.
 Es tan casta, que nadie sus pies bellos
 ni al ponerles la unción verá siquiera;
 su faz, sombra y espejo de sí misma,
 un pensamiento silencioso abisma.

33

»Dulce en la paz, en guerrear constante;
 á la firmeza y la bondad propensa,
 como en torno de un astro, gira amante
 cuanto siente junto á ella y cuanto piensa.
 Sirve con humildad, manda arrogante.
 Es su mirada reflexiva, intensa;
 nunca vi de ojo humano los reflejos
 ni venir de tan hondo, ni ir tan lejos.

34

»Al católico Rey, á juicio mío,
 le llaman bien, aunque con forma extraña,
 el *pérfido* Inglaterra, Italia el *pío*,
 Francia el *avaro*, y el *prudente* España.
 Calculador, sagaz, taimado y frío,
 será mucha su fe, grande su maña;
 pero, aunque algunos me apelliden loco,
 Su Alteza nuestro Rey me gusta poco.

35

»Cuando en mi pacto el Rey ve que arrogante
 ser rico, y don, y hasta virrey pretendo,
 juzga mi pretensión exorbitante...
 ¡Aun de enojo pensándolo me enciendo!»
 Alzó aquí don Elías el semblante,
 y, tan extrema pretensión oyendo,
 murmuró por lo bajo y poco á poco:
 —Tiene razón la gente: este hombre es loco.—

36

Colón siguió:—«Con la ruindad que veo,
 ¿qué hago? Me alejo y me dirijo á Francia;
 mas de la Reina me alcanzó un correo
 en un puente á dos leguas de distancia.
 No me atrevo á volver, y lo deseo.
 Mas de la Reina al escuchar la instancia,
 á ella obediente y á mis quejas sordo,
 mi bestezuela ruin viré de bordo.

37

—«*Al veros ir*, me dijo el mensajero,
 hablaron á la Reina de Castilla
Santángel, de *Fernando tesorero*,
 y el contador *Alonso Quintanilla*.—
 Torno á la corte al fin, y allí me entero
 que la hermosa *Beatriz de Bobadilla*
 volvió también providencial su gracia
 á poner entre el trono y mi desgracia.

38

»Entró la Reina á ver, y así se expresa
 con rostro altivo y con afable acento:
 —*En vez de perlas, como vos, Marquesa,*
ceñir con flores mi cabeza cuento.
Vended mis joyas, pues costear la empresa
por mi Corona de Castilla intento.—
 Dijo; y por Dios que al pronunciar tal cosa,
 además de sublime estaba hermosa.

39

»Firmóse el pacto al fin ¡sea en buen hora!
 donde *don* y *virrey* se me nombraba.
 Don Elías, cual yo, ¿no veis ahora
 que en este mundo hasta el dolor se acaba?
 Ya soy *don* por la Reina mi señora,
 cuando simple Colón morir pensaba.
 Siempre creí que en los humanos duelos
 cuando el mundo se va, vienen los cielos.

40

»De mi vida dan fin los tristes fastos.
Firmando Reina y Rey las condiciones,
ya mis proyectos, cual ninguno vastos,
la envidia van á ser de las naciones.
Para cubrir la octava de los gastos,
generosos conmigo los Pinzones
jugaron su fortuna con mi ciencia
al juego de la obscura providencia.

41

»Ya prontos, en la iglesia del convento
confesamos, y á Cristo recibimos;
nos dió Marchena en su sermón aliento,
nos bendijo, rezamos y partimos.
Desancelamos por fin. ¡Fresco era el viento!
¡Gracias al cielo! Hasta que al mar nos dimos
fué mi vida, entre tristes desengaños,
un sueño de diez lustros y seis años.

42

»Pasó un sol y otros dos; y al cuarto día,
de la *Pinta* el timón desenclavando,
ya *Quintero* azuzó la rebeldía,
mal sino entre mis gentes augurando.
Pero *Martin Pinzón* en su osadía,
con cabos el timón asegurando,
—*Si se rompe un timón*, dijo á *Quintero*,
el componerlo es el mejor agüero.—

43

»Roto el timón de nuevo al quinto día,
hice rumbo á Canaria en los siguientes.
Dejé la *Pinta* allí, y á esta bahía
vine á enmendar ligeros accidentes.
Juzgando al fin repuesta su avería,
por la *Pinta* volví; pero mis gentes,
cuando el volcán de Tenerife vieron
morir quemados en la mar temieron.

44

»Torné aquí á vituallar. Mi historia es esa.
Pronto zarpar de la Gomera espero.
A mi ventura, que de huir no cesa,
la suprema embestida darla quiero.
No dudéis, don Elías, de mi empresa.
Fiad en mí; porque cual nunca fiero,
ya voy, del mar por el triunfal camino,
batiendo en retirada á mi destino.»

45

Calló Colón. Se levantó á estrecharle
lleno de afecto y de dolor su oyente;
mas al ir don Elías á abrazarle,
pensó en su empresa y le creyó demente.
Miró. Se santiguó. Tornó á mirarle.
Se volvió á santiguar. Y tristemente,
con faz entre espantada y lacrimosa,
marchando murmuró no sé qué cosa.

CANTO VI

BEATRIZ ENRÍQUEZ

RESUMEN: Continúa Colón la relación de su vida.—Entierro de Beatriz.—Nacimiento de Fernando Colón.—Matrimonio secreto.—Fragmentos de las cartas de Beatriz Enriquez á Cristóbal Colón.—Conclusión del canto sexto.

I

En el mismo lugar, al otro día,
de Beatriz Enriquez, que aun adora,
las memorias Colón así leía
al buen señor que de escucharle llora:
—La historia, que es lo triste de la mía,
vais á escuchar de la que aun es señora
de *aquí* y de *aquí*, dijo, y clavó elocuente
una mano en el pecho, otra en la frente:

2.—PRIMERA PARTE

«A dos leguas de Córdoba traída,
y en un castillo con rigor guardada,
amando más la muerte que la vida,
hoy te escribe, Colón, tu prenda amada,
—*El fruto de tu amor, Beatriz querida,*
es fuerza dar á luz aquí encerrada—
dijo, cerrando mi prisión mi hermano,
con la altivez feroz de un castellano.

3

»—*Llevaréis por vuestro hijo eterno luto,*
si lejos no vivís por siempre—dijo—
de vuestro amor y de su amante fruto
(y al hijo, á mí y á vos aquí maldijo).
Si rendís á mi alcurnia ese tributo,
íleso á vuestro esposo irá vuestro hijo.—
¡Cuántas eternidades de contento
hallaron su sepulcro en un momento!

4

»Y añadió al concluir:—*De vos reclamo una mudez perpetua, aunque penosa, pues vuestra sangre verteré, que aun amo, si alguno os sueña de Colón esposa.*

—¿Y no he de verlos nunca?—entonces clamo; y él, mi mano estrechando temblorosa, dice con rabia que su aliento trunca:
—*¡Nunca!*—¿Y el día de mi muerte?—*¡¡Nunca!!*—

5.—SEGUNDA PARTE

Nada importa la ausencia: aquel que adora ve siempre el culto de su amor presente; para el recuerdo no hay ni *antes* ni *ahora*; sólo hay para el recuerdo *eternamente*. Por eso eternamente, hora tras hora, mi mente vive y vivirá en tu mente; nunca el rencor, luchando, alcanzó palmas en la memoria, patria de las almas.

6.—TERCERA PARTE

¡Ay! ¡me arrancaron con brutal exceso el hijo que mi dicha hace ilusoria!
¡Sólo un beso le dí, tan sólo un besol!
¡Adiós, vida de amor, sueños de gloria!
Solamente en fantástico embeleso desde hoy lo besaré con mi memoria, pues para dos que se aman, es sabido que los recuerdos son besos sin ruido.

7.—CUARTA PARTE

»Ya á nuestro hijo, por fin, menos esquivo, puso el cielo en tu amante compañía; fiero y leal, benévolo aunque altivo, cumplió mi hermano la esperanza mía.
¡Cuál su faz besarás de mármol vivo!
¡Con qué gozo verás día tras día, entre la luz que irradian de los cielos, mi espíritu cuajado en sus ojos!

8

»Sepárale del ruido con cautela que en torno á la inocencia airado zumba; con la virtud su espíritu abroquela, antes que al cebo del placer sucumba; pruébale que la dicha es bagatela que nada vale al borde de la tumba, que sólo compra el celestial tesoro de la virtud y la desgracia el oro.

9.—QUINTA PARTE

»No hago más que llorar; el llanto entiendo que lento el mal del corazón me enfrena; pues lágrima tras lágrima corriendo, descargándome van pena tras pena. Desangrando mi espíritu, voy viendo tranquilo el corazón, mi alma serena, porque es el llanto que las penas calma, sangre de las heridas de nuestra alma.

10.—SEXTA PARTE

¡Ah! ¡cuál me atrae en vértigo halagüeño del sepulcro el abismo poco á poco! Mis sueños reduciendo á un solo sueño, como un sueño inmortal la muerte evoco. Pasajera embarcada en un ensueño, al límite feliz del viaje toco; ya en su dolor mi espíritu, las puertas que sólo se abren hacia allá ve abiertas.

11

»Roto en pedazos de mi vida el prisma, ni á ver atino, ni á pensar acierto; mi alma, que el vaho del sepulcro abisma, ve sombras en lo real, luz en lo incierto. No extrañéis ya que os hable de mí misma cual si hablase de un ser que lloro muerto, y cuya alma á gemir, á otra alma unida, del otro lado vuelve de la vida.

12.—SEPTIMA PARTE

¡Adiós! Hoy pronta, si antes perezosa, ya á la muerte tranquila me avecino; mi suerte ha sido aquí tan lastimosa, que aguarda allá mi fe mejor destino. ¡Adiós, adiós! Si antes que vos, dichosa, llego á emprender el último camino, siga mi huella vuestra huella amante; yo no os dejo, mi bien; voy más delante...»

13

—Esta es—dijo Colón—la oculta historia que á la suerte de España unió mi suerte,— su cabeza gentil, sol de la gloria, entre ambas manos sepultando inerte. Y erguido luego,—Sólo su memoria de *aquí* y de *aquí* separará la muerte— dijo, clavando, en lágrimas deshecho, una mano en la frente, otra en el pecho.

CANTO VII

VIENTOS ALISIOS

RESUMEN: Se dió Colón á la vela en la madrugada del 6 de septiembre de 1492, saliendo de la isla de la Gomera.—Tres días de profunda calma.—Las legiones infernales entorpecen la acción de los vientos.—Las sombras del Infierno corren á perseguir la flota.—La Idolatría.—La Envidia.—La Ignorancia.—La Esperanza hace la flota invisible.—La Caridad convierte á las legiones infernales en los vientos alisios.—El día 8 se levantó con el sol una brisa favorable.—Promesas de Colón, y orden de que no anduviesen por la noche después de las setecientas leguas.—Consternación de los marineros.—Desaparecen del horizonte las alturas de Cerro.

1
Repuesta de la *Pinta* la avería,
y vituallada ya la flota entera,
de la quinta semana el sexto día
zarpó la expedición de la Gomera.
Se arroja al mar Colón con alegría;
pero la tropa, á quien el miedo altera,
de nuevo el mar á trasponer se lanza
¡sin placer, sin valor, sin esperanza!

2
Se alejan ya... Del mundo con espanto
para siempre tal vez se desheredan.
¡Cuán tristes van! Los de la isla, en tanto,
no hay modo de que ahogar sus ayes puedan.
Como en Palos, les mueve á verter llanto
lo mismo á los que van que á los que quedan,
si el amor antes, la piedad ahora:
¡Cuánto en el mundo, santo Dios, se llora!

3
Pasa un día... Los céfiros no alientan.
Las naves, bajo un cielo bochornoso,
como rocas inmóviles se ostentan.
¡Cual la tumba, el sosiego es silencioso!
¡Cuánta angustia! Los hombres se impacientan
molidos bajo el peso del reposo,
dudando alguna vez, no sin motivo,
si el límite es aquel del mundo vivo.

4
Pasó otro sol. Un proceder villano
del Rey de Portugal Colón temía.
Aun tocan la Gomera con la mano
en la mañana del tercero día.
¡No recordáis las sombras que inhumano
el Teide vomitó cuando decía:
—Esos son, esos son; soltad los vientos;
desatad, desatad los elementos?—

5
Esas son las legiones que el ambiente
á encarcelar en su mansión se atreven:
presas entre su cerco transparente,
asfixiadas las auras, ni se mueven.
Los vientos enredando mansamente,
las sombras en los céfiros se embeben,
del aire vano entretejiendo un velo
claro y sutil como la luz del cielo.

6
¡Calmá chicha! Del mar en los desiertos
nada se mueve: ni olas se columbran.
¡Sobre los cascos de los buques muertos,
cual sudarios las velas se derrumban!
¡Ecos se oyen no más de ecos inciertos,
donde tremendas las borrascas zumban!
Turbia es la luz.—La atmósfera es espesa.—
¡Cuán grave sobre el mar el cielo pesa!

7
¡Casi es mejor! En su furor violento
las prisiones al fin rompen secretas,
y se mueven también, soltando el viento,
fatigadas las sombras de estar quietas.
Por eso en remolino turbulento,
el mar las sombras removiendo inquietas,
van los bajeles con rencor buscando...
¡Bien! ¡Ya, si mueren, morirán luchando!

8
Mandando una legión la IDOLATRÍA
muestra procaz su destructor intento:
enhiesto el rostro, al cielo desafía,
descocado el mirar, bronco el acento:
ágiles brazos de actitud bravia,
húmedo el belfo labio ceniciento,
que dan á ídolos mil en torpes lazos,
con múltiple fervor besos y abrazos.

9
Va otra legión tras de la ENVIDIA ingrata,
que de herir la ocasión busca perspicua,
pues ponzoñosa á cuanto apunta mata,
recto el intento y la mirada oblicua:
hipócrita sus víctimas acata,
afable el rostro y la intención inicua:
vil ser que para herir el pecho ajeno
jamás la espada usó, siempre el veneno.

10

La IGNORANCIA va allí, rudo el semblante
donde lo atroz compite con lo necio;
niño en pensar, aunque en poder gigante,
ni da valor al mal ni al bien aprecio;
actor sin voluntad, máquina andante,
que más lástima inspira que desprecio,
más bien que un ser que acciona porque vive,
de otros, cual muerto ser, su acción recibe.

11

Mientras que en busca de la flota avanza
la satánica grey que al mar azota,
haciéndola invisible la ESPERANZA,
la fuerza vil de su rencor embota:
con sus alas en plácida bonanza
la envuelve sutilísima, y la flota,
de luz tejida entre el radioso velo,
su color pierde en el color del cielo.

12

Es la equívoca luz de la esperanza
invisible visión que nos fascina,
próxima siempre, y siempre en lontananza,
que sin llegar a verla se adivina.
Fulgor que si la vista á herir no alcanza,
del alma lo recóndito ilumina:
luz inextinta, que aunque luz se nombra,
es del deseo inseparable sombra.

13

La flota, así invisible, se desliza
entre esta luz ó sombra del deseo,
mientras el mar un vientecillo riza
que alza la grey con rápido aleteo;
va una vez, y otra vez, resbaladiza
en mudo é ineficaz revoloteo
desde Oriente á Poniente, y de Poniente
vuelve rauda á surgir por el Oriente.

14

Y en tanto que la Fe las naves guía,
la ESPERANZA velándolas prosigue,
y con ardor la CARIDAD decía
al vil tropel que en vano las persigue:
—Así vuestro camino, en fácil vía
tornando Dios, vuestro rencor castigue,
y que el viento que alzáis, perpetuamente
haga próspero el rumbo de Occidente.—

15

A esta bendita-maldición heridas,
sin que en su curso contenerse puedan,
las visiones, de un vértigo impelidas,
el globo sin cesar ruedan y ruedan.
En los *vientos alisios* convertidas,
rodando el mundo para siempre quedan.
Así de un mal que provocó el Infierno
hizo un bien la virtud que será eterno.

16

Desde entonces la turba desenvuelta,
nuestro globo rodando y más rodando,
á la flota, que en luz camina envuelta,
ignorante á su fin la va arrastrando:
y así la turba en aire alisio vuelta,
las flotas y las flotas ayudando
segula, sigue y seguirá obediente
la ruta de Colón perpetuamente.

17

¡Gracias á Dios! Los céfiros süaves
ya hacen crujir, soplando, las entenas;
las velas otra vez hondeando graves
ya se hinchan como pechos de sirenas.
¡Nueva consternación! Al ver las naves
sobre las aguas resbalar serenas,
muda exclamó, mirándose la gente:
—¡Se acabó todo: adiós eternamente!—

18

En términos hablando altisonoros,
dar promete á la chusma el Almirante
en Manguí y en Cathay cuantos tesoros
puede soñar un alma delirante.
Mas ni sus ayes templan ni sus lloros,
al contemplar que dentro de un instante,
se verán en la mar tan solamente
de su pena y recuerdos frente á frente.

19

Y para no encallar, Colón, prudente,
en tono les previno muy sincero:
—Que á setecientas leguas á Occidente
parasen por la noche el derrotero.—
Tal previsión creyendo impertinente,
siempre rebelde murmuró Quintero:
—En cuanto á mí, poco el temor me aterra
de estrellarme los ojos contra tierra.—

20

¡Viento en popa! Ya el límite remoto
de Ferro ven desaparecer por grados...
¡Tienden la vista al mar por siempre ignoto,
y todos quedan de pavor helados!
No piensa en ese mar ningún piloto
sin sentir los cabellos erizados,
y sin mostrar, mirándole delante,
turbios los ojos, pálido el semblante.

21

Lloran gritando:—¡Adiós!—Cuanto más se anda
más del amor se ha de aumentar la queja:
con la distancia la pasión se agranda,
como la sombra cuando el sol se aleja.
Lo que anda el buque, el corazón desanda
hacia el amor volviéndose que deja
y que en sombras tal vez se le aparece:
¡cuanto el cariño la distancia acrece!

22

Llega la noche. Una postrer mirada
tienden á Ferro antes que el mar la suma...
¡Aun se ve!—¡No se ve!—¡Sí!...—¡No!...—¡Sí!...—¡Nada!
¡Nada más que agua, aire se ven y espuma!
¡Buen viaje! ¡Adiós! La chusma consternada
ya sólo mira en derredor la bruma,
la sombra, el cielo, el aire, el oleaje...
¡Ya no se ven por fin!... ¡Adiós! ¡Buen viaje!...

CANTO VIII

AMOR Y CELOS

RESUMEN: El día 10 de septiembre anduvieron sesenta leguas. — A la luna. — Escena de amor entre Zaida y Rodrigo. — Tentativa de asesinato de Nuño contra Rodrigo. — Acción generosa de Rodrigo. — Sigue la misma escena de amor.

I

El diez no corren, vuelan.—En su vuelo
ni un ave ni una roca á ver se alcanza;
no parece sino que el alto cielo
recogió de estos mares la esperanza.
Ahora de Nuño contaré el anhelo,
mientras veloz la expedición avanza.
¡Cuándo no fué, para nuestra alma, amena
una historia de amor, aun siendo ajena!

2

Zaida feliz, Rodrigo venturoso,
pasan las noches de su amor gozando;
mientras que Nuño, á veces rencoroso,
su amor entre las sombras va espiando.
Tiernos aquellos dos, y éste celoso,
el diez estaban, cuando el sol, brillando
del mundo hacia ese fin que el mundo ignora,
iba á buscar los campos de la aurora.

3

De clara sombra inagotable fuente,
brilla la luna allí cerniendo el sueño;
parece un ser que con nuestra alma siente,
unas veces sombrío, otras risueño:
para todo infeliz, numen doliente;
para todo el que rie, astro halagüeño:
maga que al triste y al alegre asiste,
alegre como luz, cual sombra, triste.

4

En su dulce, cruel ó amante anhelo,
por confidente en su pasión la imploran
el aterido habitador del hielo,
los que en las zonas de las flores moran.
Campo de cita, adonde en manso vuelo
á verse van los que en ausencia lloran:
anillo universal que, en paz amiga,
los vagos cuerpos de las almas liga.

5

Sentado al borde de la *Pinta* un día
Rodrigo, con la prenda á quien adora,
está amoroso como estar solía
una vez y otra vez, hora tras hora.
Junto á ellos Nuño, entre la noche umbria
llegando como sierpe trepadora,
por la parte exterior del borde asido
celoso escucha con atento oído.

6

Con el amor que le devora ardiente
—¿Me amas, Zaida?— Rodrigo le decía;
y en el inmenso amor que Zaida siente
—Con amor sin igual—le respondía.
—¿Y siempre me amarás?—¡Eternamente!—
¡Oh sueños de la humana fantasía!
¡para un cariño como el de ellos tierno,
todo es inmenso, sin igual, eterno!

10423

7

Así siempre el amor rey se ha soñado
 más que los bronces y los tiempos fuerte,
 cuyo imperio invencible y no acotado
 los límites traspasa de la muerte.
 De incorruptible edén ser expatriado,
 la lengua habla de Dios, y de esta suerte
 muestra el amor que se engendró en el seno
 donde todo es eterno, hermoso y bueno.

8

De inmensidad y pequeñez conjunto,
 concreta amor en su esperanza vana
 lo eterno á un día y el espacio á un punto,
 los ayeres al hoy, y á hoy el mañana.
 De un rey que grande fué vivo trasunto,
 aun sueña avasallar, y el alma humana
 expresa, siente y ve en lo que en sí encierra,
 poniendo á su servicio cielo y tierra.

9

Siempre encuentra adhesivo el sentimiento
 su vida y la del mundo en armonía;
 es el rumor del aire nuestro acento;
 es el dolor la noche; el gozo el día;
 revela la extensión el pensamiento;
 las ilusiones son flores de un día;
 la faz del mundo el alma lleva impresa;
 la faz del alma humana el mundo expresa.

10

Del alma, el mundo cómplice y testigo,
 con su dolor ó su placer se enmanta,
 para el dolor críel, del gusto amigo,
 al triste angustia y al gozoso encanta.
 El aura pura á Zaida y á Rodrigo
 trovas de amor en su ilusión les canta;
 mas á Nuño infeliz el aura pura
 muertes y asesinatos le murmura.

11

¡Tristes las horas son que van pasando
 por un rival que espía á dos amantes!
 Es un rumor que atruena el son más blando;
 un instante sin fin son los instantes;
 rebotan las miradas luz chocando;
 roban la voz las auras inconstantes;
 y los silencios, con mentida calma,
 hacen vibrar estremecida el alma.

12

Así Nuño, que innoble espía atento
 lo que teme al buscar, busca lo que halla;
 cree ver de ambos flotar el pensamiento;
 más piensa que oye cuanto más se calla:
 sin pasar de un momento á otro momento
 el tiempo en lo hondo de su mal se encalla:
 como el silencio para el miedo suena,
 hondo el silencio el corazón le atruena.

13

—Si yo tirase—en su interior decía—
 del fuerte cable que los cerca enfrente,
 los tres á un tiempo el mar nos tragaría...
 ¡No, ella no; yo y Rodrigo solamente!—
 Así celoso al mal se apercibía,
 en tanto que la luna doblemente
 clara á Rodrigo con amor le asiste,
 y turbia á Nuño le acompaña triste.

14

Y al placer ó al dolor siempre adaptable
 la creación mostrándose seguía,
 si bien indiferente, á Zaida afable,
 tierna á Rodrigo, pero á Nuño impía;
 y éste, entretanto, acariciando el cable,
 —Si tiro así— pensando proseguía,—
 los dos á un tiempo se ahogarán conmigo...
 ¡No, Zaida no; yo solo con Rodrigo!—

15

Un instante á Rodrigo aislado viendo,
 tiró Nuño del cable con premura;
 mas torpe, sin su presa, al mar cayendo,
 un ¡ay! lanzó de rabia y de amargura.
 —¡Un hombre al mar!— Rodrigo el cable asiendo
 tras él se arroja, y Nuño sin ventura,
 para mayor dolor de su alma herida
 á quien quiso matar debió la vida.

16

Hasta la nave, al cable sujetado,
 sube Rodrigo al naufrago con brío;
 Nuño celoso, aunque abatido, airado,
 recibe de la vida el don sombrío.
 Y después, de sí mismo avergonzado,
 en el fondo se oculta del navío,
 en donde el llanto que á verter comienza
 su falta borraré, no su vergüenza.

17

Luego su faz, de indiferencia llenos,
muestran los elementos inconstantes;
los vientos sobre el mar corren serenos;
la luna á media luz brilla como antes.
Y muy poco después, de Nuño ajenos,
cercaos otra vez los dos amantes,
— ¡Me amas, Zaida! — Rodrigo le decía.
— ¡Con infinito amor! — le respondía.

CANTO IX

HISTORIA DE ESPAÑA

RESUMEN: Martes 11 de septiembre: anduvieron 20 leguas: encuentran el mástil de una nave: miran espantados aquel despojo de la furia de las ondas. — Colón, para alentarlos, recuerda las glorias nacionales leyendo la Historia de España. — La España. — Iberos, celtas, fenicios, cartagineses, romanos. — Reyes godos. — Principian los reyes de Asturias. — Batalla de Covadonga. — Reyes de Oviedo. — Reyes de León. — Reyes de Castilla. — Almanzor. — El Cid. — Don Jaime de Aragón, el Conquistador. — Acción heroica de Guzmán el Bueno. — Casa de Trastámara. — Don Alvaró de Luna. — El último suspiro del Moro.

1

Todo el mundo es igual según van viendo.
Es como el mar de Huelva el que los baña,
y el mismo sol que brilla están creyendo
que es el sol de septiembre de la España.
Que es aura de Granada el aire entiendo.
Y también por las noches ¡cosa extraña!
la luna que en los cielos relucía
ser la luna de España parecía.

2

¡Ay! Cuando más el goce en ellos vive,
cual recuerdo y señal de algún estrago,
el mástil de una nave se percibe...
Era martes el once ¡día aciago!
Flotando el mástil por el mar escribe:
— «Este será de vuestra hazaña el pago»;
y hasta á Colón, que altivo lo veía,
— «¡Morid en paz!» — parece que decía.

3

¡Qué hace, al verlo, Colón? Toda la gloria
traer de España á su memoria sabe,
quitándoles así de la memoria
el triste mástil de la rota nave.
Un libro coge, y nuestra patria historia
leyendo fué con la tristeza grave
del que ha dejado una ilusión querida
en cada sitio en que arrastró su vida:

4

— «La España, dice un árabe, es un suelo
fértil cual Siria, cual Adena hermoso;
es como el Yemen su templado cielo;
cual Hejaz y Cathay rico y precioso.»
«Dice bien: nuestra España es un modelo
de riqueza y salud, tan amoroso,
que en Adena, en Cathay y en Siria bella
palpita el corazón si se habla de ella.

5

»Mucho antes que los celtas, los iberos
poblaron esta tierra de placeres,
donde son los valientes caballeros,
donde se nombran damas las mujeres.
Vinieron de Cartago los guerreros,
después que los fenicios mercaderes.
Para estos pueblos de fatal memoria
fué mercancía sin valor la gloria.

6

»Después que Roma, por bondad del hado,
al gran león de la Numidia doma,
llegó el mundo á tener tan humillado,
que estaba Roma en todo y todo en Roma.
¡Grande fué su poder! Mas cuando airado
en venganza Alarico el hierro toma,
rota en el polvo la cerviz romana,
cambió de rumbo la cultura humana.

7

»Los extremos del mundo en son de guerra
mil huestes sobre Europa amontonaron.
A Roma en Roma el universo encierra,
y á Roma al fin de Roma desterraron.
Castilla, que parece un mar de tierra,
fué el campo en que los godos más brillaron
como dice una crónica olvidada:
«Con la ayuda de Dios y de la espada.»

8

»De Alarico la gloria y el derecho
pasó á Ataúlfo, que reinó en seguida;
mas de un balcón llegado al antepecho
rindió una vez el infeliz la vida.
Un vil siervo á traición le hirió en el pecho,
y Ataúlfo apretándose la herida,
se incorporó, gimió, miró hacia el cielo,
dió una vuelta en redondo y cayó al suelo.

17

Luego su faz, de indiferencia llenos,
muestran los elementos inconstantes;
los vientos sobre el mar corren serenos;
la luna á media luz brilla como antes.
Y muy poco después, de Nuño ajenos,
cercaos otra vez los dos amantes,
— ¡Me amas, Zaida! — Rodrigo le decía.
— ¡Con infinito amor! — le respondía.

CANTO IX

HISTORIA DE ESPAÑA

RESUMEN: Martes 11 de septiembre: anduvieron 20 leguas: encuentran el mástil de una nave: miran espantados aquel despojo de la furia de las ondas. — Colón, para alentarlos, recuerda las glorias nacionales leyendo la Historia de España. — La España. — Iberos, celtas, fenicios, cartagineses, romanos. — Reyes godos. — Principian los reyes de Asturias. — Batalla de Covadonga. — Reyes de Oviedo. — Reyes de León. — Reyes de Castilla. — Almanzor. — El Cid. — Don Jaime de Aragón, el Conquistador. — Acción heroica de Guzmán el Bueno. — Casa de Trastámara. — Don Alvaró de Luna. — El último suspiro del Moro.

1

Todo el mundo es igual según van viendo.
Es como el mar de Huelva el que los baña,
y el mismo sol que brilla están creyendo
que es el sol de septiembre de la España.
Que es aura de Granada el aire entiendo.
Y también por las noches ¡cosa extraña!
la luna que en los cielos relucía
ser la luna de España parecía.

2

¡Ay! Cuando más el goce en ellos vive,
cual recuerdo y señal de algún estrago,
el mástil de una nave se percibe...
Era martes el once ¡día aciago!
Flotando el mástil por el mar escribe:
— «Este será de vuestra hazaña el pago»;
y hasta á Colón, que altivo lo veía,
— «¡Morid en paz!» — parece que decía.

3

¡Qué hace, al verlo, Colón? Toda la gloria
traer de España á su memoria sabe,
quitándoles así de la memoria
el triste mástil de la rota nave.
Un libro coge, y nuestra patria historia
leyendo fué con la tristeza grave
del que ha dejado una ilusión querida
en cada sitio en que arrastró su vida:

4

— «La España, dice un árabe, es un suelo
fértil cual Siria, cual Adena hermoso;
es como el Yemen su templado cielo;
cual Hejaz y Cathay rico y precioso.»
«Dice bien: nuestra España es un modelo
de riqueza y salud, tan amoroso,
que en Adena, en Cathay y en Siria bella
palpita el corazón si se habla de ella.

5

»Mucho antes que los celtas, los iberos
poblaron esta tierra de placeres,
donde son los valientes caballeros,
donde se nombran damas las mujeres.
Vinieron de Cartago los guerreros,
después que los fenicios mercaderes.
Para estos pueblos de fatal memoria
fué mercancía sin valor la gloria.

6

»Después que Roma, por bondad del hado,
al gran león de la Numidia doma,
llegó el mundo á tener tan humillado,
que estaba Roma en todo y todo en Roma.
¡Grande fué su poder! Mas cuando airado
en venganza Alarico el hierro toma,
rota en el polvo la cerviz romana,
cambió de rumbo la cultura humana.

7

»Los extremos del mundo en son de guerra
mil huestes sobre Europa amontonaron.
A Roma en Roma el universo encierra,
y á Roma al fin de Roma desterraron.
Castilla, que parece un mar de tierra,
fué el campo en que los godos más brillaron
como dice una crónica olvidada:
«Con la ayuda de Dios y de la espada.»

8

»De Alarico la gloria y el derecho
pasó á Ataúlfo, que reinó en seguida;
mas de un balcón llegado al antepecho
rindió una vez el infeliz la vida.
Un vil siervo á traición le hirió en el pecho,
y Ataúlfo apretándose la herida,
se incorporó, gimió, miró hacia el cielo,
dió una vuelta en redondo y cayó al suelo.

9

» A *Sigerico* el vil, cuya alma impía
seis hijos de *Ataulfo* ha degollado,
de su reinado en el octavo día
fué ¡castigo de Dios! asesinado.
Sin gloria, sin virtud, sin alegría,
Sigerico murió desesperado;
pues ni los tronos del dolor redimen,
deshecha la ilusión que arrastra al crimen.

10

» Vengando *Walia*, que el rencor destila,
a *Ataulfo*, su padre, en su asesino,
al alano y al vándalo aniquila,
término dando a su feroz destino.
Teodorico cayó buscando a *Atila*,
que de *Chalóns* hasta los campos vino,
con frente altiva y corazón perverso,
la corona a ceñir del universo.

11

» Revoltoso y avaro *Turismundo*,
lo mató *Teodorico*, a los que iguales
dejó a entrambos *Eurico* el furibundo,
dominador cruel de prendas reales.
Segundo en nombre y débil sin segundo,
no es mucho que a *Alarico*, sus rivales
la vida, el trono y el honor le roben:
no creía en el mal: ¡era tan joven!

12

» *Gesalrico* infeliz, del hado siente
también, muerto a traición, todo el desvío.
Lo hereda *Amalarico*, que imprudente
se muestra avaro, sanguinario é impío.
¡Otra nueva traición! Muerto vilmente
Amalarico fué. ¿Por qué, Dios mío,
el cielo sufre a los inicuos tanto?...
No digo más porque me ahoga el llanto.»

13

—Mas ¿cómo—exclamó *Ruiz*—el alto cielo
tanto augusto bribón reinar consiente?—
Participando de su santo celo,
todos dijeron:—¡Verdaderamente!—
Colón siguió:—«Al buen *Teudis*, *Teudiselo*
le sucedió; y cruel, aunque valiente,
le asesinaron en Sevilla un día,
Sardanápalo vil, en una orgía.»—

14

Ruiz, con los ojos de rencor preñados,
dice, al oír tan bárbaros destinos:
—¡Qué serie de verdugos coronados!
¿Se van nombrando reyes ó asesinos?—
Y *Colón* continuó:—«De sus pasados
siguiendo *Agila* los infaustos sinos,
su misma gente le mató traidora.
¿A qué infeliz toca reinar ahora?

15

» *Atanagildo* electo, dulcemente
fué de modestia y rectitud modelo;
elegido después *Liuva* el Prudente
fué un justo rey también: ¡gracias al cielo!
Leovigildo el magnífico y valiente,
presa infeliz de un indiscreto celo,
en su hijo propio se ensañó iracundo;
mas ¿quién no yerra en algo en este mundo?

16

» Desde el tercer Concilio toledano,
Recaredo, halagado del destino,
ventió al Francés y convirtió al Arriano,
igual en el honor a Constantino.
Siempre el Señor le tuvo de su mano
de la existencia en el erial camino,
porque el Señor, en su equidad cumplida,
siempre recuerda al que jamás le olvida.

17

» Sin fe en su Dios, occidental *Juliano*,
siempre vil, *Witerico* el iracundo
asesinó con su traidora mano
al joven sin doblez *Liuva* segundo.
Arrastrado en Toledo aquel tirano,
aprendió al fin, muriendo, que en el mundo
para el que siembra acciones vergonzosas
no hay rosas sin espinas, si es que hay rosas.

18

» De la fe y de la paz gloria y amparo,
y dichoso en las cosas de la guerra,
sería un *Recaredo Gundemaro*,
si pudiera haber dos sobre la tierra.
Sisebuto cruel, aunque preclaro,
a los judíos sin piedad destierra.
Al *Recaredo* que reinó en seguida
la puerta del dolor le abrió la vida.

19

»No muy feliz *Suintila* en su reinado,
abriendo á la indigencia su tesoro,
El padre de los pobres fué llamado
por el grande en saber, san Isidoro.
Mas al fin, por la dicha extraviado,
sensual, avaro, inicuo y sin decoro,
pronto olvidó su desdichada historia:
¡la ventura es tan frágil de memoria!

20

»Feliz después su sucesor ha sido,
el trono de los godos usurpando:
mas el cuarto Concilio reunido,
la usurpación honró de *Sisenando*.
Chintila, por obispos elegido,
necio vivió, para ellos gobernando;
y así, con actos de grandeza ajenos,
fué virtuoso, ó hipócrita á lo menos.

21

»*Tulga*, de tierna edad y ánimo blando
llevó hasta el trono un generoso instinto.
Deudo cruel y enérgico en el mando,
decalvó á *Tulga* el fiero *Chindasvinto*.
Este gran rey, por último, abdicando
en el manso y piadoso *Recesvinto*,
exento ya de vanidad y encono,
buscando la ventura huyó del trono.

22

»*Wamba*, por los grandes aclamado,
sin la loca ambición que á tantos ciega
de días y de glorias coronado
¡noble ejemplo! arrastrado al trono llega.
Durmiose *Wamba* rey, mas decalvado,
despertóse á ser monje de Pampliega,
su nombre encomendando á la memoria
de la virtud, del genio y de la gloria.

23

»—*Con capa de piedad cubrió su vida*—
dicen de *Ervigio*, que reinó con gloria.
De su tierna inquietud compadecida,
—*Su fama grande fué*—dice una historia.
—*Mas*—añade esta crónica en seguida—
ni agradable ni honrosa su memoria.—
Su honor fué grande: el deshonor alguno.
¿Quién es perfecto sino Dios? Ninguno.

24

»Mejor que rey, *Egica* obispo fuera.
Á *Witiza*, en su loco desvario,
le llamará la historia venidera
desbaratado y vil, cruel é impio.
Ni de éste ni de aquél hablar quisiera.
¡Huid, huid del pensamiento mío
los que reinando sin virtud ni gloria
sois carga y carga vil de la memoria!

25

»*Rodrigo* el que...—Que en los infiernos arde—
con gusto general gritó Quintero.
No hay quien respetos á su nombre guarde,
llamándole «traidor», «mal caballero».
Grita uno:—¡Seductor!—Otro:—¡Cobarde!
—Dejad al infeliz—dijo un tercero;—
bien las injurias que infirió á la Cava
en el Jordán del Guadalete lava.

26

—«Llegó junto á Jerez tu hora postrera—
Colón siguió leyendo,—patria mía.»—
Calló después. Y Ruiz de esta manera
prorrumpió:—En tan atroz carnicería
ni el cadáver del rey se halló siquiera.
—¿Cómo habían de hallarlo, si aquel día—
dijo Roldán con afectada calma—
se lo llevó el demonio en cuerpo y alma?—

27

Completa indignación. Aquí llegando,
deja el libro Colón y toma aliento.
Luego, un rato en voz alta meditando:
—Sigamos—dijo,—y se volvió á su asiento.
Leyó; pero antes la mirada alzando,
rápida como el mismo pensamiento,
inquiérese el horizonte, á ver si alcanza
la ilusión, la alegría y la esperanza.

28

»¡*Loado sea Dios, del mundo dueño,*
que sobre todo poderoso brilla,
que quita ó da el poder, grave ó risueño,
que alza á quien quiere y á quien quiere humilla!»
«Estas palabras con placer diseño
de un árabe devoto á maravilla,
al referir, como él, á mis hermanos
las guerras entre moros y cristianos.

29

»Cuna de España y de la Arabia tumba,
luchan de Covadonga en la ancha cueva
ciento contra cien mil. ¡El viento zumba!
¡Más sangre que agua ya destila el Deva!
¡A millares los árabes derrumba,
sus troncos desgajando el monte Auseba!
¡Todo luchó por milagroso modo,
naturaleza, Dios, el hombre, todo!

30

Tras don Pelayo a don Favila vemos
por un oso feroz muerto sin gloria:
de este mancebo rey decir podemos
que no hizo cosa digna de la historia.
En volver a Jerez aun tardaremos
siete siglos de oprobio y de victoria.
Ya por la mano hoy el dolor nos gana.
¡Cuál será la desdicha de mañana?

31

»El Católico Alfonso ¡bien venido!
al que la raza de Ismael un día
—*El matador de gentes, el temido,*
el hijo de la espada— le decía.
Ya rinde el alma a Dios: ¿habéis oído?
Los ángeles se cree que en su agonía
cantan de Dios ante el poder augusto
el salmo. *Ved cómo se muere un justo.*

32

»De Oviedo fundador, Froila valiente
vence a Osmar: mas arroja de tu mano
ese puñal con que traidoramente
asesinas ¡cruel! a Vimarano.
Por la ley del Talión, pronto tu gente
vengará en ti la sangre de tu hermano.
¡Don Froila, no hay piedad! ¡Justo escarmiento;
que coja tempestad quien siembra viento!

33

»¡Id, Aurelio, pasad desconocido:
Mauregato, también, *Silo*, adelante!
Vos, *Bermudo*, pasad, pues que habéis sido
más de rezar que de blandir amante.
¡Cuitado! al fin abdica arrepentido;
y su mal señalando ya expirante,
—*¡Aquí!*— decía en lágrimas deshecho,
—*¡Aquí!*— decía, y se golpeaba el pecho.

34

»Otro Alfonso, ¡salud! ya es el segundo:
cristiano fiel, prudente consejero,
blando en Lisboa, en Lodos iracundo,
viene a eclipsar la gloria del primero.
Rey Casto, el Contrariado por el mundo,
¿por qué fué el hado para ti tan fiero?
Con bravo corazón, con alma pura,
engañar el dolor fué tu ventura.

35

»Ahora Ramiro el vengador descuella.
A ver cual vuestra indómita milicia
esos normandos con rigor degüella,
pues la vara os llamáis de la justicia.
¡Más rigor... mucho más! si vuestra estrella
derrotando a Abderraman es propicia,
mientras haya un visir que esté en reposo,
ni ganas tengo para ser dichoso.

36

»Gloria a Ordoño el primero, aquel que airado
de Albaida y Salamanca al Moró arroja.
En Clavijo san Jorge va a su lado
montado en corcel blanco y con cruz roja.
Mas ¡ay! celoso de su dicha el hado,
al pueblo de su padre al fin despoja:
¿nunca vendrá ¡gran Dios! libre de penas
con ambas manos la fortuna llenas?

37

»Sube a Sierra Morena, Alfonso un día,
y al mirar hacia allá, de envidia llora.
Todo ese edén, señor, nuestro sería
con triunfos como el día de Zamora.
¿Por qué la suerte a tan buen rey daría
hijos rebeldes y mujer traidora?
¡Cuán pocas veces el destino aúna
la virtud, el valor y la fortuna!

38

»Pasad, no sin honor, pasad, García.
Lleno el segundo Ordoño de esperanza,
que la sangre de Alfonso arder sentía,
dejando a Oviedo hasta León avanza.
¡Qué rota la del Val, Virgen María!
Seguidlos al Roncal, dadme venganza,
y si no la hay, la esperaré siquiera;
que es menos infeliz aquel que espera.

39

»Pero ¿qué he de esperar, Dios soberano,
de un *don Fruela* á quien el llanto arrulla?
Libertadnos de vos, rey inhumano;
y vos *Alfonso* el cuarto, rey cogulla.
Ven, *Ramiro*, libérenos tu mano
de un rey con peste y de otro con casulla.
Pronto un bridón, aplícale la espuela...
¿Por qué dirán ¡gran Dios! que el tiempo vuela?

40

»Ved ya á *Ramiro*! — ¡Fuera de Zamora,
de Talavera y de Madrid, villanos!
¿Queréis pelear? Mejor, la sangre mora,
vá de Simancas á inundar los llanos...
¡Horrible lucha! En tan tremenda hora,
mirándose invencibles los cristianos,
ven que *Santiago* en su favor pelea...
¿Cómo cree el corazón lo que desea!

41

»Perdiste á *Ordoño*, *Sancho*, y te perdiste.
Ramiro el ruin, libra de ti la tierra.
¿Almanzor, Almanzor! ¿Quién lo resiste?
Guerra, *Bermudo*, á ese hijo de la guerra.
¿Dónde hallarás otra León, rey triste,
si Almanzor de tu corte te destierra?
Todo el mundo no es patria, *Veremundo*:
la patria ¡vive Dios! es todo el mundo.

42

»¿Sus, don Menendo! arrebatadamente
aguija por *Alfonso* tus corceles:
ya Almanzor llama á la ira de tu gente
— *El bárbaro valor de los infieles*. —
Ya está en Medinaceli, hacedle frente;
que muera aunque se entierre entre laureles.
¡Anibal del Korán, tu gloria es ida!
¡El hacerse inmortal cuesta la vida!

43

»La última luz de Recaredo brilla
en *Bermudo* por fin, rey halagüeño,
á quien llama una crónica sencilla:
— *Grande en saber aunque en edad pequeño*. —
Y tú el primer *Fernando* de Castilla,
de algunos reyes tributarios dueño,
¿qué hacemos que de moros no libramos
la patria en que sufrimos y gozamos?

44

»Ya reina *Alfonso* el sexto, ¡buen talante!
Usad, usad del juvenil denuedo
antes que el tiempo vuestro ardor quebrante.
Ya asaltan ¡bravo! la imperial Toledo.
¿Quién fué el primero? El *Cid*. ¡Siempre delante!
¡Ahora, vive Dios, blandid sin miedo!
¿Por qué? Porque del Tajo la corriente
les da un temple á las armas excelente.

45

»Mirad al *Cid*, en quien la fe cumplida
del pundonor y los amores hallo:
súbdito fiel, los reyes intimida,
¡es tan grande *el mio* *Cid* para vasallo!
Está á triunfar tan avezado en vida,
que aun muerto vencerá puesto á caballo.
Vasallo sin señor, rey sin corona,
si se rompe Colada, entre Tizona.

46

»Vencisteis en Zalaca, mahometanos;
y en Uclés con más gloria todavía,
pues el hijo del Rey fué en vuestras manos
«*solaz de su alma, de sus ojos día*».
¡Ay! ¡cuál lloran de pena los cristianos!
¿Cómo tañen los moros de alegría!
No hagáis ¡malsines! de placer extremos;
¡algún día en las Navas nos veremos!

47

»Vé á entregar *doña Urraca*, como esclava,
á un *Lara* ó *Candespina* el albedrío.
Vencedor de Almería y Calatrava,
Alfonso emperador, ¡salud te envío!
Fernando el noble, adiós. *Alfonso*, acaba:
reina ocho lustros: ¡qué tardar, Dios mío!
De un rey inútil el vivir ¿qué importa?
¡Y luego dicen que la vida es corta!

48

»¡Las Navas! Pues á todos se aventaja,
el cristiano escuadrón al de Haro siga.
Guiadnos hasta allá, *Martín Halaja*:
tanto luchar, tanto esperar, fatiga.
¿Cuánto hace que peleamos con ventaja?
Ya van quinientos años. ¡Dios bendiga
almas de acero á quien el cielo santo
les ha dado el poder de sufrir tanto!

49

«Cuántos los muertos son que veis enfrente?
¡Ah! como escribe un árabe sesudo
hablando de Jerez:— *Tan solamente
el Dios que los crió contarlos pudo.*—
Colón iba a seguir. Mas de repente
Roldán pregunta:— Y en dolor tan crudo,
¿canta como en Uclés la raza mora?
La sombra de Almanzor ¿dónde está ahora?

50

Colón leyó:— «Desde tu edad sencilla,
triste, *Enrique* el primero, fué tu estrella.
En Cádiz, en San Lúcar y en Sevilla
Fernando el Santo estampará su huella.
¡Qué eriales son los campos de Castilla!
La rica Andalucía sí que es bella:
de cuanto cría Dios allí hay tesoros...
pero ¡ay! Andalucía es de los moros!

51

«No así en el cielo, *Alfonso* diez, te encantes,
y olvides por tu mal el mundo impio;
¡ay! no fijan los hados inconstantes
la virtud y el saber, ¡pobre rey mío!
Son tus vasallos fieros é ignorantes;
tu hijo, *contumaz, rebelde é impio.*
¡Qué importa, oh rey! Desprecia su flaqueza.
¡Tanta desdicha aumenta tu grandeza!

52

«Siendo el honor de la española historia,
don Jaime de Aragón entra en campaña.
Rinde á Mallorca, y con inmensa gloria
ya á Valencia tomó, jardín de España.
Ya estrecha á Murcia, otro jardín, ¡victorial!
¡Gracias, don Jaime!... en mi inextinta saña,
los héroes, como tú, conquistadores
son para el alma el sol para las flores.

53

«*Sancho* el cuarto es aquel, alma bravia,
engendrador de malos, é hijo malo,
el que escribió á un rey moro que tenía
—*en una mano el pan y en otra el palo.*—
Por él sacrificó Guzmán un día
á un hijo suyo de su amor regalo.»
—¡Oíd!—grita uno. Y de Guzmán la historia
escuchan, embriagados en su gloria.

54

—«A Tarifa sitiaba en ese día
por don Juan, un ejército africano,
y en él un hijo de Guzmán tenía
el Infante traidor, del Rey hermano.
—*Rendid la plaza*—éste á Guzmán decía—
ó asesino á vuestro hijo por mi mano.—
¡Hecho terrible que eclipsó el destino
del colega inmortal de Colatino!

55

«Calla el padre. Don Juan la voz levanta
y repite, en Guzmán el rostro fijo
y mostrando del niño la garganta:
—*¡Rendid la plaza, ó asesináis vuestro hijo!*—
A cuya baja atrocidad que espanta,
Guzmán con ira y con desprecio dijo:
—*¿Y á un hijo preguntáis de mis mayores
si ha de ser mártir ó traidor, traidores?*

56

«*Muera mil veces! Mas de vos espero
que no vierta el puñal su sangre amada;
hijo noble de un noble caballero,
que sufra con la espada muerte honrada.
Mas como al ver vuestra bajeza infiero
que en vuestro campo no hay quien cina espada,
prenda de vuestra infamia y mi hidalguía
(¡cobardes, no tembléis!) ¡ah! va la mía!*—

57

«Dijo, y la espada heróico arrojando,
tal terror esparció con su energía,
que una brisa, en un bando y otro bando,
sembró un hielo mortal cruzando fría.
Guzmán del muro se bajó temblando;
mas bien, aunque temblaba, se veía
que el temblor no era miedo, sino enojos
que audaz lanzaba con siniestros ojos.

58

«A la voz de Guzmán, su alma indignada,
al niño que reía placentero
el traidor lo mató con mano airada.
(Que era infante español decir no quiero.)
Sí, ¿lo creeréis? con la paterna espada
pasó su pecho, á cuyo golpe fiero
otra brisa, que yerta corrió apenas,
de ambos campos la sangre heló en las venas!

010423

59

»Al ver entre la turba el hecho infando,
de horror é indignación un grito estalla,
que retumbó en un bando y otro bando,
en la villa, en el campo, en la muralla.
—¡Asesinos!— con furia iban gritando
aquí y allí, los nobles, la canalla;
porque por dicha los infames hechos
no hallan jamás perdón ni en bajos pechos.

60

Guzmán sube al rumor del sobresalto;
y al ver de su desdicha el trance duro,
grave exclamó:— ¡Cuidé que un nuevo asalto
hecho había al infiel dueño del muro!—
Y despacio otra vez bajó de lo alto,
pálido el rostro, mas con pie seguro,
mostrando en su tranquilo movimiento
que es rémora el rencor del sentimiento.

61

»En lo más hondo que en el fuerte había
con su esposa después se retiraba,
y contra el pecho de él ella gemía,
y,— ¡Ahogadme, que no me oigan!—exclamaba,
— ¡ahogadme que no me oigan!—repetía;
y él, para ahogar su voz, casi la ahogaba;
hasta que de él también turbios los ojos,
dijo, cayendo el infeliz de hinojos:

62

— ¡Acoged, justos cielos, esa ofrenda
que os dan nuestros patrióticos desvelos,
é inspiradnos la fe que nos defiende
de nuestros largos é implacables duelos!
Ella es de nuestro amor la única prenda:
¡la única, Señor!...— Así á los cielos
el fruto encomendó de su cariño,
llorando el héroe cual si fuese un niño.

63

»Y entretanto que así corrió infecundo
su llanto, por la noche, en fuente róta,
de día, de su pecho en lo profundo,
oculto iba cayendo gota á gota.
Mientras fué claro su valor al mundo,
su pena para él mundo pasó ignota;
siendo así, entre flaqueza y energía,
padres de noche y héroes por el día.

64

»No sólo antes— Colón siguió diciendo—
la vida un hombre por su patria daba,
sino que altivo, en holocausto horrendo,
á su hijo mismo un padre degollaba.»
—Cierto—prorumpen. Y siguió leyendo:
—«El infeliz Guzmán mucho lloraba,
cuyo llanto, aunque nadie lo ha escuchado,
nadie que tenga entrañas lo ha ignorado.»

65

Y continuó:—«A Fernando el Emplazado
un viejo musulmán dijo así un día:
—De Sevilla Fernando me ha expulsado;
tu abuelo lejos de Ferez me envía;
de Tarifa don Sancho me ha arrojado;
de Gibraltar tu espada me expatria.
¿Y he de ir, por más que á tu bondad me quejo,
al Africa á morir?— ¡Sí, pobre viejo!

66

»¡Campiñas que el Salado fertiliza,
la sangre os va á inundar! ¡Así, á degüello!
¡Qué mortandad! ¡Por Cristo, que se eriza,
cual si estuviese vivo, mi cabello!
Para siempre jamás se immortaliza
de los Alfonsos el postrer destello;
volviendo á su carrera esplendorosa
el pendón de las Navas de Tolosa.

67

»No hay, don Pedro, quien de ira no se inflame
viendo tus obras de piedad desnudas.
No hay quien á Enrique contra ti no llame.
En vano de él con el puñal te escudas.
Déjalos, Duguesclín: ¿no ves, infame,
que pones rey si á tu señor ayudas?...
¡Cayó don Pedro!... Era tan inhumano
qué fué el Caín, aun muerto por su hermano.

68

»Bastardo, ¿y de don Pedro en la derrota
gozarás? Sin virtud no hay alegría:
¿no es verdad que su sangre gota á gota
te abrasa el corazón día tras día?
Huid, don Juan, huid de Aljubarrota:
¿qué otro premio más alto merecía
el que, teniendo moros en su tierra,
fué á hacer, traidor, á los cristianos guerra?

69

»Pase el tercer *Enrique* sin fortuna,
sin valor ni salud; el que decía
—*Que, mejor que no rey, sin duda alguna*
un fraile del Abrojo parecía.—
Pase don *Juan* segundo y el de Luna,
que cuando más en su poder creía,
la reina que él buscó le perdió, ingrata:
¡Dios nos hace querer lo que nos mata!

70

»*Enrique* cuarto...—Basta. No merece—
prorrumpió Ruiz—que de él nos ocupemos.
—Si,—contesta Escobedo—me parece
que hartos ineptos soportado habemos.
—Pues bien,—dijo Colón—ya que anochece,
la triste marcha de Boabdil leeremos.
—Leed su postrer ¡ay!—dicen en coro.
—El último ¡ay! del último rey moro.

71

»En lo alto del Padul, frente a Granada,
cuando Boabdil al Africa partía,
sentado, y con la frente reclinada,
—*¡Cómo me duele el corazón!*—decía.
—*¡Si ha de ser esta mi postrer mirada,*
que no se acabe, por piedad, el día;
dejadme, por Alá, que en mi tormento
viva una eternidad en un momento!

72

»*¡Oasis de un jardín! desde hoy el cielo*
no me dará un pesar, ni con la muerte;
para todos los males hay consuelo,
menos para la pena de perderte.
¡Tú sola y sola tú serás mi anhelo
al morir de tristeza de no verte;
para mí en tus hechizos florecía
la última flor de la esperanza mía!

73

»*Me volverá la suerte de la guerra*
el solo bien que en la existencia quiero?
Nunca su campo la esperanza cierra;
y ya verás que cuando vivo espero.
¡Es un valle sin sol sin ti la tierra!
¿Volveré? Sí; por eso no me muero.
¡No lucho, patria mía, por salvarte;
todo lo haré por ti, menos no amarte!

74

»*¿Hasta cuándo ¡oh dolor! no nos veremos?*
Nunca en creer que he de dejarte acabo.
¿Dónde una patria como tú hallaremos?
¡Mejor que en otra rey, fuera en ti esclavo!—
Boabdil, haciendo de dolor extremos,
cayó en hondo estupor, hasta que, al cabo,
dijo, mirando a su Granada hermosa:
—*¡Que sea, aunque con otros, venturosa!*

75

»Así dice Boabdil, y el llanto enfrena.
Mas pronto el pobre a suspirar tornaba
viendo a su raza de pesares llena
que lenta ante sus ojos desfilaba.
Lloró, y llorando desahogó su pena,
y en tal dolor, su madre, que pasaba,
—*¡Llora como mujer,*—le dijo al triste—
ya que morir como hombre no supiste!

CANTO X

LA ATLÁNTIDA

RESUMEN: En la noche del 13 de septiembre de 1492 observó Colón la declinación de la aguja.
—A los cuatro días notó la tripulación que por la noche nordestaba y por la mañana nordestaba algún tanto.—En las primeras horas de la noche del 15 vieron caer un maravilloso ramo de fuego a una distancia de cuatro ó cinco leguas.—A larva de la tripulación.—Aparición del genio de la Atlántida.—Ascendencia de Colón.—Ciencia de la antigua Atlántida.—Por qué hizo Dios las creaciones.—Cómo hizo Dios las creaciones.—Para qué hizo Dios las creaciones.—Resumen de la ciencia de la Atlántida.—Sumersión de la Atlántida.—Desaparición del genio de la Atlántida.

I

No hay pena que esta marcha no nos cueste.
Colón, el trece, al acabarse el día,
vió declinar un tanto hacia el Norueste
la aguja de marear. ¡Por qué sería?
Colón explica esta virtud celeste
por un error feliz que él se fingía.
Viendo la tropa tan fatal arcano,
dice:—Es que Dios nos deja de su mano.

2

Septiembre y quince.—Cuando el astro de oro
se iba hundiendo en el mar lánguidamente,
vieron caer del cielo un meteoro
como un *ramo de fuego* hacia Occidente.
¡Otra fatalidad! De nuevo al lloro
rezando apela en su pavor la gente.
¡Por cuántas cosas los cuitados lloran
cruzando un mar cuya extensión ignoran!

69

»Pase el tercer *Enrique* sin fortuna,
sin valor ni salud; el que decía
—*Que, mejor que no rey, sin duda alguna*
un fraile del Abrojo parecía.—
Pase don *Juan* segundo y el de Luna,
que cuando más en su poder creía,
la reina que él buscó le perdió, ingrata:
¡Dios nos hace querer lo que nos mata!

70

»*Enrique* cuarto...—Basta. No merece—
prorrumpió Ruiz—que de él nos ocupemos.
—Si,—contesta Escobedo—me parece
que hartos ineptos soportado habemos.
—Pues bien,—dijo Colón—ya que anochece,
la triste marcha de Boabdil leeremos.
—Leed su postrer ¡ay!—dicen en coro.
—El último ¡ay! del último rey moro.

71

»En lo alto del Padul, frente a Granada,
cuando Boabdil al Africa partía,
sentado, y con la frente reclinada,
—*¡Cómo me duele el corazón!*—decía.
—*¡Si ha de ser esta mi postrer mirada,*
que no se acabe, por piedad, el día;
dejadme, por Alá, que en mi tormento
viva una eternidad en un momento!

72

»*¡Oasis de un jardín! desde hoy el cielo*
no me dará un pesar, ni con la muerte;
para todos los males hay consuelo,
menos para la pena de perderte.
¡Tú sola y sola tú serás mi anhelo
al morir de tristeza de no verte;
para mí en tus hechizos florecía
la última flor de la esperanza mía!

73

»*Me volverá la suerte de la guerra*
el solo bien que en la existencia quiero?
Nunca su campo la esperanza cierra;
y ya verás que cuando vivo espero.
¡Es un valle sin sol sin ti la tierra!
¿Volveré? Sí; por eso no me muero.
¡No lucho, patria mía, por salvarte;
todo lo haré por ti, menos no amarte!

74

»*¿Hasta cuándo ¡oh dolor! no nos veremos?*
Nunca en creer que he de dejarte acabo.
¿Dónde una patria como tú hallaremos?
¡Mejor que en otra rey, fuera en ti esclavo!—
Boabdil, haciendo de dolor extremos,
cayó en hondo estupor, hasta que, al cabo,
dijo, mirando a su Granada hermosa:
—*¡Que sea, aunque con otros, venturosa!*

75

»Así dice Boabdil, y el llanto enfrena.
Mas pronto el pobre a suspirar tornaba
viendo a su raza de pesares llena
que lenta ante sus ojos desfilaba.
Lloró, y llorando desahogó su pena,
y en tal dolor, su madre, que pasaba,
—*¡Llora como mujer,*—le dijo al triste—
ya que morir como hombre no supiste!

CANTO X

LA ATLÁNTIDA

RESUMEN: En la noche del 13 de septiembre de 1492 observó Colón la declinación de la aguja.
—A los cuatro días notó la tripulación que por la noche noruestaba y por la mañana nordestaba algún tanto.—En las primeras horas de la noche del 15 vieron caer un maravilloso ramo de fuego a una distancia de cuatro ó cinco leguas.—A larra de la tripulación.—Aparición del genio de la Atlántida.—Ascendencia de Colón.—Ciencia de la antigua Atlántida.—Por qué hizo Dios las creaciones.—Cómo hizo Dios las creaciones.—Para qué hizo Dios las creaciones.—Resumen de la ciencia de la Atlántida.—Sumersión de la Atlántida.—Desaparición del genio de la Atlántida.

I

No hay pena que esta marcha no nos cueste.
Colón, el trece, al acabarse el día,
vió declinar un tanto hacia el Norueste
la aguja de marear. ¡Por qué sería?
Colón explica esta virtud celeste
por un error feliz que él se fingía.
Viendo la tropa tan fatal arcano,
dice:—Es que Dios nos deja de su mano.

2

Septiembre y quince.—Cuando el astro de oro
se iba hundiendo en el mar lánguidamente,
vieron caer del cielo un meteoro
como un *ramo de fuego* hacia Occidente.
¡Otra fatalidad! De nuevo al lloro
rezando apela en su pavor la gente.
¡Por cuántas cosas los cuitados lloran
cruzando un mar cuya extensión ignoran!

3

—¿Si Dios—**piensa** uno—abrasará al maldito
que al mar **burlando**, el sol no le acobarda,
y por eso el **edén** de lo infinito,
con su espada **de** fuego, un ángel guarda?
—Acaso como el **fulgido** aerolito—
dice otro—el **mar** sobre que vamos arda,
pues el ramo de **fuego** tal vez era
de un astro en **ignición** la luz postrera.

4

Discorre así la turba en su error ciego,
en tanto que **Colón**, con faz serena,
los restos **busca** del celeste fuego
con vista **inquieta**, mas de miedo ajena.
Sube al castillo. **Llega**, mira, y luego,
decir oye á una **voz** cual de sirena:
—¡Digno es, **Colón**, de tu ascendencia el brio:
cruza impávido el mar: sigue, hijo mío!

5

—¿Quién sois?— grita **Colón**; y hacia Occidente
ve del mar **levantarse** una neblina,
que es **sombra** y como luz **brilla** esplendente,
que, siendo luz, en **sombra** se termina.
No acertando, **confuso**, si su mente
ve la luz, ó la **sombra** se imagina,
—¿Quién sois?— de nuevo en **preguntar** se empeña,
como el que **duda** si delira ó sueña.

6

La visión contestó:—«Yo soy el Numen
que sobre el sitio de la tierra vago,
que los sectarios de **Platón** presumen
que aquí se **hundió** con general estrago.
Los destinos del hombre se **resumen**
en mi destino para siempre **aciago**.
Los continentes en mi suerte propia
de su suerte verán la **horrenda** copia.

7

La **Atlántida** gloriosa, que se alzaba
donde hallas hoy sus **insepultos** manes;
porque á su **Adán**, Titán se le llamaba,
la tierra se **llamó** de los Titanes.
Grandes pueblos la **Atlántida** encerraba,
sabios sin fin, **gloriosos** capitanes,
los **Pirros** y **Alejandros** á millones,
á millones los **Tiros** y **Sidones**.

8

»Hubo un día en que el pueblo del Atlante,
juntando una victoria á otra victoria,
en **Europa** y en **Africa** arrogante
plantó los estandartes de su gloria.
Hoy la **Europa** hacia mí viene triunfante,
porque en las vueltas de la humana historia,
de **vencidos** pasando á **vencedores**,
los esclavos de ayer son hoy señores.

9

»Un Titán nació en mí, **Colón** pasado,
que el **África** y la **Europa** hacia el Oriente
vió el primero, cual tú verás osado
las tierras de los mares de Occidente.
Este héroe que la **Europa** ha subyugado
fué de tu noble estirpe el ascendiente.
¡Digno es de su valor, **Colón**, tu brio:
vence en gloria al Titán; sigue, hijo mío!»—

10

La mente de **Colón**, enardecida
al saber su ascendencia **acrisolada**,
sobre la mar de su azarosa vida
tendió retrospectiva una mirada;
y al contemplar tanta **maldad** vencida,
tanta **ignorancia** con tesón hollada,
sintió hervir, de sí mismo **satisfecho**,
la sangre de un Titán dentro del pecho.

11

La visión prosiguió:—«Tiempo ha que espero,
y aquí esperando esta región circundo;
pues que difundas por la tierra quiero
la ciencia que hoy en tu memoria infundo.
Y porque, de mi numen mensajero,
fecunde el tuyo el porvenir del mundo,
oye el enigma de la vida humana;
oye de Dios la ciencia soberana.

12

»Hay un Dios en la tierra y en el cielo
que es bueno, sí, bueno infinitamente.
Eco es su corazón de todo duelo.
Sólo la dicha reflejada siente.
Amar y ser amado; he aquí su anhelo.
Mucho más que justísimo, es clemente.
En su ternura, de bondades llena,
sólo es digna de Dios la dicha ajena.

13

» Por su justicia es Dios tan excelente,
que fuera de su ley sólo hay quebranto.
Todo lo ordena Dios tan sabiamente
que es tan bello lo que hace, como santo.
Alcanza su poder lo que su mente.
Y como quiere tanto y puede tanto,
cuando el bien de otros por gozar desea,
los universos de la nada crea.

14

» Cuando á imitar á Dios la fe se atreve,
es la bondad la flor del sentimiento,
lo sabio eterno, y lo imperfecto breve,
y la virtud la fuente del contento.
El sol que brilla, el aura que se mueve,
son la mano de Dios en movimiento.
No hay voz para alabar á un Dios augusto,
tan bueno, sabio, poderoso y justo.»

15

Calló el Numen de un mundo que ha pasado,
mientras el cielo de Colón se ufana
al ver por la visión ratificado
el santo credo de su fe cristiana.
— «Porque de gloria y de valor cercado—
diciendo continuó la sombra vana—
fecunde el porvenir tu inteligencia,
del mundo, el hombre y Dios oye la ciencia.

16

» Muy bueno, sabio, justo, omnipotente,
cuando el ajeno goce Dios desea,
la creación irradia de su mente
de un éter tan sutil como una idea.
Más ó menos intensa ó débilmente
tiene parte de Dios cuanto Dios crea:
bajo formas mostrándose sin cuento,
no es más la creación que un pensamiento.

17

» Nos movemos en Dios y en Dios vivimos,
del éter de su espíritu engendrados;
fundiéndonos nacemos y morimos,
siendo y no siendo, amando y siendo amados.
Desde la nada á la razón subimos,
por misterios santísimos, llamados
generación oculta, santo anhelo,
producción natural, virtud del cielo.

18

» Desde el ruin mineral que tardo *crece*,
sube á la planta que *creciendo vive*,
el éter, que ya el ser luego enaltece
que *vive, crece* y *sensación* recibe:
en el hombre después noble aparece,
que *vive, crece ya, siente* y *concibe*.
Así el éter que lento se despliega
desde el ruin mineral al hombre llega.

19

» De seres mil en el variado abismo,
marchan en no alterado movimiento,
desde el átomo al hombre, el vitalismo,
y, desde el hombre á Dios, el pensamiento.
Va el éter desde el átomo á Dios mismo
sin solución de punto ni momento.
Es del principio y fin de la existencia,
el polo Dios, su imán la inteligencia.

20

» De otro ser nuestro ser reminiscencia
la muerte hace invisibles, no destruye;
pues el *yo*, nuestra *vida*, nuestra *esencia*,
de ser en ser transfigurándose huye.
Volviendo hacia su origen la existencia,
desde éste á aquél purificada fluye;
siguiendo así con invariable anhelo
su eterna ley: *la reversión al cielo.*

21

» ¿Adónde marcha el orbe vagabundo?
El orbe no se va, vuelve muriendo;
lo que vino de Dios en un segundo,
tarda mil siglos hacia Dios volviendo.
El orbe, de que es átomo este mundo,
los siglos á los siglos sucediendo,
en caravana eterna peregrino
sigue de Dios el inmortal camino.

22

» De inteligencia las esferas dota
yendo hacia Dios la creación errante.
Cual la tierra una flor, el orbe brota
crisálida inmortal el *ser pensante*.
El éter de que consta y en que flota,
hirviendo en lenta ebullición constante,
produce el universo *inteligencia*,
cual la tierra la flor, y ésta la *esencia*.

23

»De Dios el hombre semejanza y fruto,
tiene su alma hacia aquél santo atractivo;
Dios, atmósfera de almas, su atributo
es de espíritus ser el centro vivo.
Dios es lo necesario y lo absoluto;
lo contingente el hombre y relativo;
y siendo el *yo creado* un *Dios finito*,
es el *Dios increado* un *yo infinito*.

24

»Del mundo, el hombre y Dios tal es la ciencia:
La creación el yo brota inflamada.
El yo es un Dios de limitada esencia;
Dios es un yo de esencia ilimitada.
Tan sólo en la extensión se diferencia
la increada razón de la creada;
por atracción, el yo, razón finita,
siempre hacia Dios, plena razón, gravita.»

25

Llegó la sombra aquí. Calló un momento.
Colón, su ciencia descifrando grave,
fué encontrando en su activo pensamiento
de la unidad universal la clave.
De la atlántica tierra el hundimiento
cuenta la sombra así con voz suave,
en tanto que Colón, aunque oye y mira,
dudando está si sueña ó si delira.

26

— «Del atlántico mundo la existencia
extinguiéndose fué de grado en grado,
cuando su *extracto, yo, su inteligencia,*
su *espíritu vital* dejó agotado.
Como una flor que derramó su esencia,
la Atlántida su espíritu ha exhalado;
¡nada una flor de un mundo se difiere:
nace, crece, embalsama, cae y muere!

27

»Madre de Romas, Tiros y Sidones,
sus hijos fué la Atlántida nutriendo;
de sus Homéros, Dantes y Platones,
su *vida, yo, su numen*, fué naciendo.
En mí ya juntos sus vitales dones,
se fué la tierra lánguida extinguiendo,
como la llama que el blandón ostenta
el blandón gasta al fin que la sustenta.

28

»Huyen las gentes por la tierra hendida,
y en simas caen que al caer retumban:
su cohesión molecular perdida,
las montañas en polvo se derrumban.
En torno de la tierra comprimida
sus ondas mueve el mar, que airadas zumban
cual gran caimán que, si su presa toca,
ruge al abrir descomunal la boca.

29

»La madre tierra, estéril no sustenta;
el aire inútil tímido se estanca;
la color que la luz negruzca ostenta
es la postrer degradación de blanca.
En sed de aire suspira cuanto alienta;
el ansia de la luz ayes arranca;
bajan las aves tras del aire al suelo;
las fieras miran tras la luz al cielo.

30

»Todos expiran, sin que sangre vean
que al morir enardezca su ardimiento.
No arden los bosques que incendiar desean.
Quieren mover y no se mueve el viento.
Faltos del aire y de la luz, pelean
en un suplicio interminable, lento,
con completa razón para medirlo
y entero el corazón para sentirlo.

31

»El miedo, ese gran mal de nuestros males,
sofoca la virtud y el heroísmo:
no agita más pasión á los mortales
que el temor de morir, el egoísmo.
Odiando cada cual á sus iguales,
sin caridad ni amor más que á sí mismo,
con tal de ser la víctima postrera
viera morir la humanidad entera.

32

»Ya la atlántica tierra envejecida
en el gran río del vivir se atasca,
y al peso de los siglos oprimida
por su eje inútil con fragor se chasca:
de los opuestos mares la avenida
la sume al fin con tan atroz borrasca,
que en hervor desde entonces repetido
bullen los mares con perpetuo ruido.

33

»Así, en oprobio de la humana gente,
pasó en el mundo á ser sombra ilusoria
un pueblo, de quien Roma prepotente
ni el eco ha sido de su inmensa gloria;
de este modo el más rico continente,
para escarmiento de la humana historia,
con su destino, para siempre aciago,
aquí se hundió con general estrago.

34

»Tales fueron de Atlántida inconstantes
las glorias que pasadas hoy me afligen,
glorias que tus esfuerzos arrogantes
en el mundo, Colón, de nuevo erigen.
Vástago de una raza de gigantes,
que de otra raza igual va á ser origen,
dobla á mi ruego tu indomable brio,
¡cruza impávido el mar, sigue, hijo mío!»

35

Dijo así la visión, y dulcemente
con un—¡Adiós!—su relación concluye,
y, enrarecida hasta llegar á ambiente,
sobre las alas de los aires fluye;
volando poco á poco hacia el Oriente,
con otro—¡Adiós!—entre las sombras huye,
dejando allí á Colón torvo y risueño,
como el que empieza á despertar de un sueño.

CANTO XI

DESAFÍO

RESUMEN: El 16 de septiembre llovizna.—Esperanza de los marineros, que creían cerca la tierra.—Campos de hierba.—El 17 el agua era menos salada.—Desafío entre Nuño y Rodrigo.—Consejos de Colón.—Propuesta de Colón.—Reflexiones de Colón.

I

Diez y seis de septiembre: ¡hermoso día!
—Llovizna:—¡gran señal!—Hierbas al frente
como verde y flotante pradería.
Diez y siete.—Aguas dulces.—¡Excelente!
El pobre Nuño, que de amor moría,
su pasión va ocultando. ¡Inútilmente!
No hallaba á veces de esconderla modo:
¿dónde hay razón que lo resista todo?

2

Por eso al fin del día, así á Rodrigo
preguntó Nuño con ahogado acento:
—Si amase á otro hombre, acaso vuestro amigo,
una mujer que fuese vuestro aliento,
¿qué haríais siendo de su amor testigo
una vez, y otra vez, hasta otras ciento?—
Rodrigo contestó:—¡La mataría!
¿Y vos?—Nuño siguió:—¿Yo?... ¡moriría!

3

»Yo moriría; sí, morir anhelo,
porque á Zaida al mirar de vos amante,
mi amor, tranquilo un día como el cielo,
en un amor se ha vuelto delirante:
quiero dejar frenético en un duelo
la carga de mi espíritu anhelante.
¡Vos no sabéis, Rodrigo afortunado,
cuánto le pesa el alma á un desdichado!

4

»Juradme que jamás Zaida enterada
de la causa será de mis desvelos.—
Clavando alta Rodrigo su mirada,
le contestó:—Lo juro por los cielos.
—Desde que vi—Nuño siguió—embarcada
con vos á Zaida, presa de los celos,
¡parece que, abrumado inmensamente,
pesa un mundo ¡gran Dios! sobre mi frente!

5

»¡Morir quiero ó matar! Mi hado enemigo
hará feliz mi estrella maldecida,
si dejar con mis celos hoy consigo
este dolor de soportar la vida.
Quiero mataros ó morir, Rodrigo,
para curar de mi dolor la herida;
pues ignoro, en mi loco devaneo,
si es que mataros ó morir deseo.

6

—¡Bien!—Rodrigo exclamó con firme acento:—
acabe un duelo, sí, nuestra existencia;
que una pasión que es de la vida aliento
no la curan ni el tiempo ni la ausencia.
Comprendo vuestro amor, porque lo siento;
y sé, Nuño, también por experiencia,
que si en celos el alma se arrebatara,
el gran mal del dolor es que no mata.

7

—¡Siempre delirios!—por detrás murmura,
de pronto apareciendo, el Almirante.—
¡Ay del que cuerdo el juicio no procura
de la ciega pasión llevar delante!
Matarse por amor fuera locura.—
Así dice Colón, y Nuño amante
pregunta, su alma de dolor transida:
—Y ¿para qué es sin el amor la vida?

8

—Sin gloria es el amor sombra ilusoria—
dijo Colón, primero, suspirando.
—Sombra es amor—dicen los dos—sin gloria?
—Sombra!—siguió Colón, otro ¡ay! lanzando.—
Tened siempre presente en la memoria
que para el mal de amor, la vida andando,
es médico excelente la paciencia,
el tiempo insigne, y sin igual la ausencia.—

9

Tales palabras con dolor oyendo
Rodrigo, pesaroso de su estrella,
—¡Vivir sin ella!—prorrumpió gimiendo;
y Nuño replicó:—¡Vivir sin ella!
¡Oh! no, imposible proseguir viviendo
sin ver, y ver sin fin su imagen bella;
¡al dejar su memoria el alma mía,
inerte el corazón sé me helaría!

10

»Nunca su imagen presta á mi albedrío
la libertad siquiera de un momento:
siempre á ella va como hacia el mar el río,
girasol de su luz, mi pensamiento.
Ni al morir tendré paz; que el amor mío
es tan grande, tan grande, que presiento
que, si ya muerto, me llamase un día,
mi esqueleto á su voz respondería.

11

—¡Siempre delirios, siempre!—el Almirante,
cual padre tierno, con dolor exclama.—
¡Ay del que no echa de su amor delante
la luz del cielo que razón se llama!
Ved que del árbol de la vida amante
esa pasión es ponzoñosa rama:
no acaba el mundo la ira de los cielos,
y lo envenena un átomo de celos.

12

»¿Sabéis de Zaida el que obtendrá la mano?
Quien primero la tierra á ver acierte.
Así á uno de los dos el suelo indiano
dará gloria y honor, por odio y muerte.
El duelo consentir fuera inhumano.
Que uno, al menos, feliz haga la suerte:
con su amor al triunfante premiaremos;
y al que pierda... después... después... veremos.

13

»¡Rodrigo! un puesto acotará en la historia
el que antes tierra con sus ojos mida,
y de su amor la dicha transitoria,
cuanto lo pueda ser, será cumplida.
¡Nuño! depure esa pasión la gloria;
que en la esfera moral de nuestra vida,
cuando el fuego de amor la gloria inflama,
es más brillante, aunque menor, la llama.

14

»Del alto mirador de un mastelero
la India cada cual espíe ansioso,
y al que «tierra» ¡oh placer! grite el primero,
mis preces y el amor lo harán dichoso.
¡Dios premie al más feliz ó más certero!
Y el más desventurado ó perezoso,
que aguarde el porvenir: siempre el destino
para llegar al bien tiene un camino.

15

»Vamos, marchad.» Y, súbito marchando,
miró á un mástil Rodrigo de Triana;
luego al trinquete se acercó exclamando:
—¡Sedme amiga una vez, suerte tirana!—
Nuño, otro puesto rápido buscando,
dijo, apoyado al palo de mesana:
—¡Aunque es mi sino cual ninguno fiero,
tanto anhelo esperar, que en él espero!

16

—¡Tristes!—Colón prorrumpe.—¡Mucho siente
su afán mi corazón, porque no ignora
que el alma á veces vive solamente
con la vida del dueño á quien adora!
Daremos tiempo á que la edad ahuyente
el fuego del amor que los devora.
¡Aun viven para amar!—siguió diciendo.—
¡No aman para vivir!—dijo gimiendo.

17

¡Sí! ¡Yo también en mi vejez refreno
una inmensa pasión, tan acendrada,
que cual la tierra ayer, con ella hoy lleno
la inmensidad del mar nunca acotada!
¿Qué quedaría en mi doliente seno
si este amor se extinguiese?... ¡Nada! ¡Nada!
Nuño tiene razón, Beatriz querida.
¡Ay! ¡para qué es, sin el amor, la vida!—

CANTO XII

LAS NUBES

RESUMEN: El 18 de septiembre de 1492, Martín Alonso Pinzón vio una gran multitud de aves dirigirse hacia Poniente. — Al Norte gran cerrazón. — Revista de la historia universal. — La Cava. — Colón. — Hércules. — Margarita de Dinamarca. — Los amantes de Teruel. — Abelardo y Eloisa. — Nabucodonosor. — Don Alvaro de Luna. — Forquemada. — D. Pedro el Cruel. — Doña María Coronel. — Epigrama. — Semiramis. — Sistema de Pitágoras. — Martín Vicente. — Lucrecia. — Paleólogos. — Comnenos. — Merovingios. — Judíos. — Rascón. — Platón. — Enrique IV de Castilla. — D.ª Isabel de Portugal, su esposa. — Pablo Toscanelli. — Macías. — El caballo de Caligula. — Augusto. — Demócrito y Heráclito. — Escayola. — Saladino. — Juana de Arco. — Luis XI. — Leonidas. — Bruto. — César. — Sócrates. — Mahoma. — Continuación del viaje. — A. G. — Conclusión del canto.

1

Vivir es *ver pasar*. Ya iba alborando
del diez y ocho de septiembre el día,
cuando estaban las gentes contemplando
las mil nubes y mil que el sol teñía.
Tantas nubes, tan variadas, revolando,
el juego de la vida parecía.
Y, bien pensado al fin, ¿qué es en la esencia
más que un juego de nubes la existencia?

2

Las nubes, con su forma transitoria,
cual ideas que el viento ha condensado,
son, breve imagen de la humana gloria,
del insondable porvenir traslado.
Haciendo aplicaciones á la historia
leían en las nubes lo pasado,
como si fuesen sus flotantes velos
alfabetos móviles de los cielos.

3

¡Buen día! Disputando alegremente
el dulce Ruiz; Roldán, el tormentoso;
Maestre Juan, ateo é inteligente;
Pedro Gutiérrez, noble y valeroso;
Maestre Alonso, médico excelente;
Quintero, el vil; Rascón, el quejumbroso,
van de las nubes traduciendo el vuelo,
inescrutable diálogo del cielo.

4

Al Norte hay cerrazón; caso previsto,
en que la tierra se supone en frente;
además, un Pinzón cuenta haber visto
volar algunas aves al Poniente.
Es ya tan grande la ilusión, por Cristo,
que grita loca de placer la gente.
Sólo Colón en horas tan mortales
su corazón revuelve entre puñales.

5

Aquel ir entre el agua y el ambiente
un viaje por el éter parecía...
Como un sueño agradable, dulcemente
mareaba el mar, la luz desvanecía...
y sin dejar el rumbo de Occidente
andando y más andando, todo huía...
¡y las nubes, conforme adelantaban,
pasaban, y pasaban, y pasaban!...

6

—Mirad—dijo Roldán—esos vapores
dan de la Cava idea parecida,
que en la opinión de graves escritores
más que su honor fué su beldad cumplida.—
Escobedo siguió:—Y ¿á quién, señores,
si del rosario que llamamos vida
las cuentas blancas en pasar se alegra,
no le herirá el color de alguna negra?

7

—Á Colón, que cree en Dios—Roldán les dijo.
Á la sazón hallándose cercano
le replicó Colón:—Es verdad, hijo;
siempre cree en Dios quien cruza el Oceano.—
Y continuó, en Roldán el rostro fijo:
—Si ignorase su nombre soberano,
¿á quién en la borrasca invocaría?
Si no creyese en Dios, ¿en quién creería?—

8

(Aplauso general.) Y de repente,
viendo unas nubes á la diestra mano,
dijo Martín Pinzón:—¡Cuán propiamente
imita una ciudad el aire vano!
Ya sus cimientos removió el ambiente...
ya se va hundiendo...—Cual se hundió Hércules—
dijo Escobedo;—y añadió en seguida:
—¡Castillos en el aire: he aquí la vida!

17

¡Sí! ¡Yo también en mi vejez refreno
una inmensa pasión, tan acendrada,
que cual la tierra ayer, con ella hoy lleno
la inmensidad del mar nunca acotada!
¿Qué quedaría en mi doliente seno
si este amor se extinguiese?... ¡Nada! ¡Nada!
Niño tiene razón, Beatriz querida.
¡Ay! ¡para qué es, sin el amor, la vida!—

CANTO XII

LAS NUBES

RESUMEN: El 18 de septiembre de 1492, Martín Alonso Pinzón vio una gran multitud de aves dirigirse hacia Poniente. — Al Norte gran cerrazón. — Revista de la historia universal. — La Cava. — Colón. — Hércules. — Margarita de Dinamarca. — Los amantes de Teruel. — Abelardo y Eloisa. — Nabucodonosor. — Don Alvaro de Luna. — Forquemada. — D. Pedro el Cruel. — Doña María Coronel. — Epigrama. — Semiramis. — Sistema de Pitágoras. — Martín Vicente. — Lucrecia. — Paleólogos. — Comnenos. — Merovingios. — Judíos. — Rascón. — Platón. — Enrique IV de Castilla. — Doña Isabel de Portugal, su esposa. — Pablo Toscanelli. — Macías. — El caballo de Calígula. — Augusto. — Demócrito y Heráclito. — Escayola. — Saladino. — Juana de Arco. — Luis XI. — Leonidas. — Bruto. — César. — Sócrates. — Mahoma. — Continuación del viaje. — A G. — Conclusión del canto.

1

Vivir es *ver pasar*. Ya iba alborando
del diez y ocho de septiembre el día,
cuando estaban las gentes contemplando
las mil nubes y mil que el sol teñía.
Tantas nubes, tan variadas, revolando,
el juego de la vida parecía.
Y, bien pensado al fin, ¿qué es en la esencia
más que un juego de nubes la existencia?

2

Las nubes, con su forma transitoria,
cual ideas que el viento ha condensado,
son, breve imagen de la humana gloria,
del insondable porvenir traslado.
Haciendo aplicaciones á la historia
leían en las nubes lo pasado,
como si fuesen sus flotantes velos
alfabetos movibles de los cielos.

3

¡Buen día! Disputando alegremente
el dulce Ruiz; Roldán, el tormentoso;
Maestre Juan, ateo é inteligente;
Pedro Gutiérrez, noble y valeroso;
Maestre Alonso, médico excelente;
Quintero, el vil; Rascón, el quejumbroso,
van de las nubes traduciendo el vuelo,
inescrutable diálogo del cielo.

4

Al Norte hay cerrazón; caso previsto,
en que la tierra se supone en frente;
además, un Pinzón cuenta haber visto
volar algunas aves al Poniente.
Es ya tan grande la ilusión, por Cristo,
que grita loca de placer la gente.
Sólo Colón en horas tan mortales
su corazón revuelve entre puñales.

5

Aquel ir entre el agua y el ambiente
un viaje por el éter parecía...
Como un sueño agradable, dulcemente
mareaba el mar, la luz desvanecía...
y sin dejar el rumbo de Occidente
andando y más andando, todo huía...
¡y las nubes, conforme adelantaban,
pasaban, y pasaban, y pasaban!...

6

—Mirad—dijo Roldán—esos vapores
dan de la Cava idea parecida,
que en la opinión de graves escritores
más que su honor fué su beldad cumplida.—
Escobedo siguió:—Y ¿á quién, señores,
si del rosario que llamamos vida
las cuentas blancas en pasar se alegra,
no le herirá el color de alguna negra?

7

—Á Colón, que cree en Dios—Roldán les dijo.
Á la sazón hallándose cercano
le replicó Colón:—Es verdad, hijo;
siempre cree en Dios quien cruza el Oceano.—
Y continuó, en Roldán el rostro fijo:
—Si ignorase su nombre soberano,
¿á quién en la borrasca invocaría?
Si no creyese en Dios, ¿en quién creería?—

8

(Aplauso general.) Y de repente,
viendo unas nubes á la diestra mano,
dijo Martín Pinzón:—¡Cuán propiamente
imita una ciudad el aire vano!
Ya sus cimientos removió el ambiente...
ya se va hundiendo...—Cual se hundió Hércules—
dijo Escobedo;—y añadió en seguida:
—¡Castillos en el aire: he aquí la vida!

9

—¡Qué mujer tan altiva y tan hermosa!—
gritó Alonso; y siguió de esta manera:
—Margarita Calmar fué virtuosa;
y tanto como buena fué hechicera.
—¡Una mujer perfecta! ¡extraña cosa!—
dijo Ruiz. Y Colón:—Aunque no fuera,
para el que noble con razón se llama,
es bella y tiene honor cualquiera dama.—

10

Dos bellas sombras maestre Juan mirando,
—Ved los amantes de Teruel— exclama;—
¡siempre lo mismo! Siempre conjugando
el yo amo, tú amas, aquel ama.
A la muerte el amor nos va llevando
de dolor en dolor, de llama en llama.
Lo que fué abnegación ya es egoísmo:
amar y desamar. ¡Siempre lo mismo!—

11

Y siguió:—El cierzo, ¿veis? ¡siempre lo mismo!
ahora á Abelardo y Eloísa sorbe:
perdóneles el cielo: su erotismo
fué un adorable escándalo del orbe.—
Y continuó:—El amor es un abismo
que honor, gloria y salud ávido absorbe.—
Calló maestre Juan. Mas de contado,
le replicó Escobedo:—Y ¿quién no ha amado?—

12

¡Id, amantes, en paz! Si el mundo helado
execra sin piedad vuestra memoria,
¿quién no sintió un amor desventurado?
¡Lucha eterna sin prez y sin victorial
Peró ¡siempre ¡ay de mí! será execrado
el que en amar cual vos fundé su gloria,
sin ver que es la razón de tanto anhelo
el sentimiento, la razón del cielo?...

13

—¡Nabucodonosor!— siguió altanero
maestre Juan;— los hados inconstantes
le transformaron, por sensual y fiero,
en una bestia al fin, siendo rey antes.
—¡Justa transformación!— siguió Quintero;—
si á cuantos reyes veo semejantes
les da un castigo igual de Dios la ira,
¿cuánta bestia futura el mundo admira!—

14

Y añadió, señalando al diestro lado:
—Don Alvaro de Luna.—¡El favorito!—
el público exclamó desconcertado,
unos diciendo: ¡Pobre!— otros: ¡Maldito!
—Fué— dijo Ruiz— bastante desgraciado;
por lo demás, su orgullo fué infinito.—
Y repuso Quintero:—¡Ah! sí, ¡quién fuera
lo que ese buen señor pensaba que era!

15

—Nada hay más vil que apellidar maldito—
dijo Escobedo— á un alma desdichada.
—¿Aunque sea— dijo uno— el favorito?—
Y repuso Escobedo:—Nada, nada.—
—¡Torquemada!— grita otro; á cuyo grito
maestre Juan prorrumpe:—¡Torquemada!
Sólo de ver su imagen me consterno;
dejad que vaya en paz, irá al infierno.

16

—¡Don Pedro el justiciero!— ¡El inhumano!—
interrumpiendo á Ruiz dijo Quintero.
Uno gritó:—El cruel;— y otro:—El villano;—
y—El maldito también— dijo un tercero.
¡Horror universal! Viendo al tirano
con su rostro procaz y aire altanero,
preguntó Ruiz:—¿Cuántas serán, maese,
las cuentas negras del rosario de ése?

17

Y siguió:—¿Veis? Quemando su mejilla
halló la Coronel á su honra puerto:
temiendo al tal don Pedro de Castilla,
no su existencia, su beldad ha muerto.
—¡Oh, jamás no imitada maravilla!—
dijo Roldán:—nunca creí, por cierto,
que fuese hasta el extremo virtuosa
de hacerse fea una mujer hermosa.—

18

¡Murmuración pueril! Así mostrando
en juego tal cuanto saber presumen,
ya hiriendo con razón, ya calumniando,
todos agotan con placer su numen.
Van la verdad con sueños engañando.
¿Y es más cierto lo real? No, no; en resumen,
es sombra y nada más la humana gloria;
nubes que van y vienen es la historia.

19

—¿Sabéis—dijo uno—esa visión quién era?—
Maestre Juan contesta:—Un rey ha sido...
—Llama rey á un fulano cualesquiera—
maestre Alonso exclama—¡presumido!
Al ver maestre Juan de tal manera,
en su amor propio el corazón herido,
le dijo:—Y bien; ¿qué es el linaje humano,
con alguna excepción, más que un fulano?

20

¡Semiramis, Semiramis!—prosigue—
¡cuán grande es su pavor! Huye de miedo
al ver que Nino airado la persigue.
¡Remordimiento horrible!—Quedo, quedo,
señor maestre Juan, que la castigue
su conciencia no más—dijo Escobedo.—
¿Quién en el mundo, al recordar su historia,
no se encuentra algún Nino en la memoria?

21

Y de las nubes traduciendo el juego,
maestre Juan siguió:—La nube aquella
es Pitágoras.—(Risas.)—Ved, os ruego,
ved bien la metempsicosis en ella.
El caos... una flor... un bruto... luego
la imagen de Pitágoras descuella...
de Pitágoras luego otra flor nace...
¡ya se ha deshecho!—Y ¿qué no se deshace?

22

Á tan rara invención el vulgo atento,
le interrumpió gritando:—¡Bravo, bravo!—
Maestre Juan siguió:—Ya es un jumento...
un rey... un gato... una mujer... un pavo...
ya es no sé qué... ya es un vapor... ya es viento...
Todo se vuelve viento al fin y al cabo.—
¡Dura verdad! Al fin de la jornada
todo acaba lo mismo: ¡el caos, la nada!

23

Mientras la bulla y el placer crecía,
—¡Ay! ¿no hará un mundo, Dios compadecido
para premiar mi fe?—Colón decía,
ciego á la luz y sordo á todo ruido.
—¿De dónde era aquel palo—proseguía—
que recuerdo muy bien haber leído
que halló á quinientas leguas á Occidente
el bravo portugués Martín Vicente?

24

Sigue el viento y la bulla y... ¡adelante!
Quintero, que hasta en sombras su ira gasta,
—¡Ved—exclamó—á Lucrecia tan amante,
tan buena esposa, tan gentil, tan casta!...—
Paróse, y continuó:—Pero...—Al instante
le interrumpió Escobedo:—Basta, basta:
decidme por favor, señor Quintero,
¿hay quien no tenga en su existencia un pero?—

25

Á cuantos grupos el vapor formaba,
en razas maestre Alonso los partía.
—¡Emperadores griegos!—exclamaba.
—Paleólogos, Comnenos—añadía.
—Los reyes Merovingios—continuaba.
Conforme maestre Alonso así decía,
maestre Juan iba diciendo en tanto:
—¡Cuántas nubes de tontos, cielo santo!—

26

—¿Quién es la raza que atraviesa ahora?—
le preguntó Roldán. Juan, de contado,
—Es—dijo—el pueblo que el becerro adora,
que al pie del Sinaí torpe ha adorado.
Vaya con Dios la raza previsora
que mudando el país con el calzado,
por patria adopta, de codicia llena,
como la abeja la mejor colmena.

27

—¿Quién será—dijo Ruiz—esa heroína?—
Escobedo exclamó:—¡Crimen horrendo!
¡Después de acariciarle lo asesina!—
Y encarándose á Ruiz, siguió diciendo:
—¡Forman una visión muy peregrina
ella de él la cabeza sosteniendo!
¡Pero esa aparición fuera más bella
si él sostuviese la cabeza de ella!—

28

Así del cielo entre el móvil encanto,
y entre el reír alegre del gentío,
la mansión de la noche y del espanto
¡indomable valor! cruzan con brío.
¡Era inmenso el bullicio! Y entretanto,
—¿Dónde estará, cómo será, ¡Dios mío!—
decía el buen Rascón meditabundo—
el paredón donde se acaba el mundo?

29

Mirando maestro Alonso al diestro lado,
que á cuantos le oyen en saber les gana,
—¡Fuera sombreros!—exclamó admirado.—
Ved de Platón la imagen soberana.
El del mundo el espíritu ha animado,
como inventor de la moral humana.—
En son de burla:—Si la halló el primero,
fué del alma el Colón—dijo Quintero.

30

Y siguió:—Un monstruo que el vapor fabrica
¿es un hombre ó una bestia? Pero ¡tate!
veréis como el buey Apis significa
después que maestro Juan nos lo retrate.—
Siempre zumbón, maestro Juan replica:
—¿Creéis que es el buey Apis? ¡Disparate!
Que calumniéis así me maravilla
al rey Enrique cuarto de Castilla.

31

—Ved allí á su mujer—siguió diciendo.
—¿Con don Beltrán?—dice uno.—Pues es llano—
prorrumpen en coro el público riendo.
—¡Quién sabe,—dijo Ruiz—fué eso un arcano.—
Las buenas dudas del buen Ruiz oyendo,
siguió maestro Juan:—En vano, en vano
de cuentas blancas su vestido bordas;
las cuentas de ésa son negras y gordas.—

32

¡Gran fiestal Mientras éste divertido
disfruta en la ilusión del aire vano,
está pensando aquél enternecido
en el padre, en la madre ó en el hermano.
Colón, en tanto, sordo á todo ruido,
con el compás en la derecha mano,
un mapa estudia que trazó la ciencia
de Pablo Toscanelli de Florencia.

33

Lamentando leal sus agonías,
—Ved á Macías—dijo Ruiz gritando.
Rascón siguió:—Con tiernas elegias
irá al cielo de amor enajenando.—
Viendo al ilustre soñador Macías
que el aire y nada más iba abrazando,
Nuño exclamó, siempre á su mal atento:
—¿Qué es nuestro amor más que abrazar el viento?

34

—¡Gran caballo!—prorrumpen un marinero.
—Es el del Cid,—dijo otro—cuyo brío
más sarracenos arrolló ligero
que arenas lleva hacia la mar un río.
—Será el que eligió rey—dijo Quintero—
relinchando á la aurora, al buen Darío:
conque, aunque ofenda con el símil, hallo
que era un gran elector el tal caballo.

35

—Pues yo en creer—dijo Roldán—insisto
que aquel será que por su gran despejo
nombró cónsul Calígula, y por Cristo
que era un miembro especial para un concejo;
pues nunca, como muchos que yo he visto,
le dió al emperador un mal consejo.
Ya veis si el consejero era excelente.—
Todos dijeron:—¡Efectivamente!

36

—¿Á quién veis, maestro Alonso?—Allí estoy viendo
al gran Augusto, un déspota excelente.
¡Feliz tirano!—continuó diciendo:—
fué feliz, muy feliz seguramente.
—Sí, como todos—prorrumpió gimiendo
Nuño, apretando con dolor su frente;—
en este valle de delicia y llanto
se goza mucho, mas ¡se sufre tanto!...

37

—¡Demócrito y Heráclito!—al Oriente
gritó Rodrigo Sánchez señalando;—
mirad bien con qué aspecto diferente
uno riendo ya y otro llorando.—
Viendo pasar á entrambos lentamente,
quedóse maestro Alonso murmurando:
—Los polos del humano sentimiento:
¡lágrimas necias! y ¡bestial contento!—

38

Ruiz preguntando, Alonso respondiendo,
la ruta alegran de su erial camino:
—Este ¿quién es?—Ruiz comenzó diciendo.
—Es Escévola, un célebre asesino.
—¿Y esa otra sombra que le va siguiendo?
—Ese, admiraos, Ruiz, es Saladino,
que, al batallar con incruentas manos,
enseñó el Evangelio á los cristianos.

39

—¿Quién es, antes que entre otras se me pierda—
dijo Ruiz—esa sombra pudorosa?

—A la gran Juana de Arco me recuerda,
por valiente, por buena y por hermosa.

—Y esa otra que se extiende hacia la izquierda,
espesa, hedionda, informe y tenebrosa?

—Esa es—le contestó con arrogancia—
el alma de Luis once, rey de Francia.

40

—¿Quién es aquel?—Leonidas el valiente,
el que enseñó a morir con heroísmo.

—Y éste?—Bruto: un traidor.—¿Y ese de enfrente?

—Es César, el factor del despotismo.

—¿Quién es aquel de inalterable frente?

—El autor del *Conócete a ti mismo*.

—Y aquel que el vuelo hacia el Oriente toma?

—Un rapsoda de Cristo; ese es Mahoma.—

41

¡Vertigo interminable! Disparados,
sin pararse en un punto ni un momento,
sólo miran sus ojos fascinados
la realidad del mar, ¡brumas y viento!
Corrían, yendo al parecer volcados
en la bóveda azul del firmamento...
¡y las nubes, conforme navegaban,
pasaban, y pasaban, y pasaban!...

42

—¿Quién será?—en todas partes se decía

viendo una imagen resbalar suave,

que á todas las imágenes vencía

en lo gentil, lo poderoso y grave.

—¿Quién era? Nadie el caso presentía.

Mas, viendo siempre al porvenir, —¿Quién sabe!—

dijo Colón: —tal vez la musa es esa

que el canto ha de inspirar de nuestra empresa.—

43

¡Salud, musa gentil, alma futura,
de toda innoble tentación ajena,
jamás la mente en su ilusión más pura
alcanza al linde hasta donde eres buena!
Salve, del cielo predilecta hechura,
á quien hizo eslabón de la cadena
que el sentimiento de la humana raza
al sentimiento del Eterno enlaza!

44

Mírame... así... tu rostro que bendigo
nunca me canso de tenerlo enfrente,
y muchas veces, cuando estoy contigo,
para quererte más, me finjo ausente.
No sufras, no, si tu mejor amigo
de pena llora al ver que inútilmente
por más que el alma tras la tuya lanza
á igualar tu virtud jamás alcanza.

45

—¿Tú también pasarás, como ha pasado
de esas visiones la ilusión externa;
tú, con un pecho de virtud dechado;
tú, con un alma cual ninguna tierna?...
También ¡ay! seguirás, siempre á mi lado,
de cuanto existe la evasión eterna...
¿Qué cosa hay en el mundo, dueño mío,
que marque su carrera en el vacío?

46

¡Se acabó la ilusión! Desde el Oriente
sobre la mar la sombra se derrama,
empezando esa hora en que la mente
en el alma, sin luz, mira cuanto ama.
Perpetua amiga del amor ausente,
viendo la noche cada cual exclama,
recordado el objeto á quien adora,
un—¿en dónde estará?—un—¿qué hará ahora?—

47

Anocheció. Del cielo huyó el hechizo
cual de la tierra al fin huye la gloria:
las nubes poco á poco el Sur deshizo
como el tiempo las sombras de la historia.
Y después que á su vez cada cual hizo
un viaje por su patria de memoria,
el himno entonan con ferviente anhelo:
¡Gloria á Dios en la tierra y en el cielo!

CANTO XIII
INSURRECCIÓN

RESUMEN: Día 19 de septiembre: calma pesada: un alcatraz: Colón sondea 200 brazas sin encontrar fondo.—Día 20: vuelve a aparecer la hierba: se coge un pájaro como una garza: varios pajarillos cantando.—Día 21: más hierbas: alarma: una ballena.—Día 22: menos hierba: viento de Sudoeste: serias murmuraciones.—Día 23: una tórtola: pájaros pequeños: se levanta el mar.—Días 24, 25 y 26: desevoltura de los marineros: viento del Este: Martín Pinzón grita: «¡Tierra! torcióse el rumbo: la tierra era una nube.—Días 1.º, 3, 6 y 7 de octubre: discrepancia de las medidas tomadas por los pilotos: no se ven pájaros: la Niña dispara un cañonazo: se deshace la ilusión.—Días 8 y 9 de octubre: pajarillos como de campo: aire fresco y suave como por abril en Sevilla.—10 de octubre: motín.—Discurso de Roldán.—Contesta Colón.—La Idolatría y la Fe.—La mayor batalla del mundo.—Continuación del motín.—Profecía y última orden de Colón.—Nueva aparición del genio de la Atlántida.

1
Gran calma.—Un alcatraz.—Colón sondea
más de doscientas brazas—¡no es bastante!
¡Qué atroz profundidad, casi marea!
—Pradería de hierbas ambulante.
—En un buque una garza el vuelo apea.
—¡Pajarillos que cantan!—¡Adelante!
Si hoy sólo hierba vuestra quilla toca,
mañana será arena, y después roca.

2
Aun prosigue la mar de hierbas llena:
¿quién al mirarlas de pavor murmura?
—¡Casi alegre el horror de una ballena
en tan grande quietud y á tanta altura!
No hay hierba:—veintidós.—¡Brisa serena!
—¡Más murmurar! en ocasión tan dura,
¡no sabéis, españoles, que á lo menos
saben morir sin murmurar los buenos?

3
Una tórtola; ¡bien! ¡nuncio dichoso!
¡Cuál despiertan sus cantos nuestros duelos!
—Más pájaros, ¡salud!—¡Cuánto reposo!
—Se alza el mar, se disipan los recelos.
—Algunos días más y soy dichoso:
seguid, seguid, yo pediré á los cielos
que volváis con la dicha que habéis ido.
¡Es tan poco y tan fácil lo que os pido!

4
Veinticuatro.—Aun hay gente que murmura.
Viento de Este.—Pinzón á un mástil sube:
—¡Tierra!—grita: ¡buen Dios! ¡será locura?
¡Nunca un placer como al oírlo tuve!
Variad de rumbo.—¿Es cierta mi ventura?
No era tierra ¡oh dolor! era una nube.
¡Sucede tantas veces en la vida
tomar por cosa real la que es fingida!

5
La ciencia de los prácticos se admira,
porque discrepa la distancia andada.
¡Qué soledad!—El tres sólo se mira
aire y silencio, imágenes de nada.
—¡Tierra!—la Niña un cañonazo tira...
Mas la ilusión deshace la alborada.
¿Acaso un mago con furor violento
nos va la tierra convirtiendo en viento?

6
Giran el ocho en torno de las naves
pajarillos que al alba se levantan:
¡Qué hermosas son en alta mar las aves!
Y, si buscamos tierra, ¡qué bien cantan!—
Día nueve.—Aires frescos y suaves,
que tanto el gusto de Colón encantan,
«que son (lo escribe así su alma sencilla)
cual las brisas de abril son en Sevilla.»

7
En el mil cuatrocientos que corría,
y año noventa y dos de nuestra era,
el diez de octubre, por la vida mía,
de esta historia inmortal borrar quisiera.
Cuanto se toca, y oye, y ve este día,
todo á la vil tripulación altera.
Se vuelve el más pacífico iracundo.
¡Todo se acaba donde acaba el mundo!

8
De su temor en el fatal exceso,
Roldán la chusma amotinar procura,
y en un corrillo bárbaro y sin seso
hablando de Colón, así murmura:
—Si impidiese tenaz nuestro regreso,
lanzadle al mar en premio á su locura;
que el hecho ocultará, más que el humano,
con discreción eterna el Oceano.—

9
Oye Colón su estúpido delito,
y al verlos acercarse á su presencia,
—Atended, que su fruto es exquisito—
les dijo—si es amarga la paciencia.
—Sabed—clamó Roldán alzando el grito—
que proseguir más lejos ya es demencia:
cuantos me escuchan creen, como yo creo,
esa ilusión que os huye ante el deseo.

10

—¿No veis—dijo Colón—cuán bienhadados vamos poniendo fin, con tiempo hermoso, á este mar que llamaban espantados los árabes: —*inmenso y tenebroso?*
—¡Muera!—gritan los Porras sublevados.
—¡Pues herid!—sigue el héroe con reposo.—
Labraréis con mi daño vuestro daño;
¿dónde sin su pastor irá el rebaño?

11

—¡Muera!—insiste Roldán enfurecido.—
No puede ser más sabio un pobre loco que cuantos sabios en el mundo han sido; ni más valiente que Hércules tampoco.
—¡Pues heridme!—Colón dijo atrevido—
¿Qué me importa morir? Dentro de poco el generoso pecho de algún hombre hará de gozo palpar mi nombre.

12

—¡Herid! si os atreveis, ¡herid!—decía.—
¡Cuánto inútil terror vino inspirando ese menguado de Hércules un día el fin del mundo en Cádiz señalando!
¡Herid!—siguió:—sin la experiencia mía una muerte común, torpes vagando, más tarde encontraréis, ó menos tarde, obscura y criminal, necia y cobarde.—

13

No hay quien no luche allí. LA IDOLATRÍA entre todos con ciego fanatismo difundiendo el terror, así decía:
—Mirad: aquí... ¡el abismo!, allí... ¡el abismo!—
La Fe, en tanto, á Colón le repetía, como si fuese un eco de sí mismo:
—¡Tu bajel, inmortal aventurero, remolcará á la vuelta un mundo entero!—

14

¡Quién creará que en tan frágiles maderos, y en esas luchas que parecen vanas, se disputan tal vez mundos enteros!
¡Altos juicios de Dios! ¡Cosas humanas!
¡Entre cuatro infelices marineros, más que en Farsalia, y en Chalóns, y en Cannas, en alta mar, en incruenta guerra, mediando está la suerte de la tierra!

15

—Y ¿qué veis—un Jiménez preguntaba— para esperar á nuestro mal consuelo?
¡Tras la extensión de un mar que nunca acaba, la inaccesible soledad del cielo!...—
Diciendo así, Jiménez sollozaba; y abundando los otros en su duelo, exclaman, recordándolos en vano:
—¡Mi pobre madre!—¡Mi infeliz hermano!

16

—Lejos—siguió Roldán—de nuestros lares no hay para nuestra muerte un punto cierto; nuestro sepulcro borrarán los mares tan pronto ¡ay Dios! cerrado como abierto. Las madres, descargando sus pesares, ¿dónde crearán las tristes que hemos muerto? ¿Ante qué cuerpos rendirán honores? ¿Sobre qué tumbas ¡ay! verterán flores?

17

»De la patria la tierra encantadora se entreabre de los deudos al gemido; mas cuando el mar sus víctimas devora lo hace en silencio, sin dolor, sin ruido!
Decidme, os ruego, si nos traga ahora este lago de plomo derretido, ¿qué nos espera en tan aciaga suerte? ¡El olvido, la muerte de la muerte!

18

»¿No veis—siguió—cuál de dolor suspiran los que modelos de valor llamamos? Los más leales contra vos conspiran. ¿Dónde vamos, decid, y en dónde estamos?—
Todos en torno el horizonte miran, como quien dice: —Es cierto: ¿adónde vamos?— ¡y sólo ven por único consuelo agua y agua en el mar, aire en el cielo!

19

Y en tanto que el dolor de todos crece, —
—¿No veis—siguió, doblando sus lamentos— que hasta que han muerto por aquí parece los inconstantes soplos de los vientos? Nada en la tierra este dolor merece: mirad que, aunque logréis vuestros intentos vuestra dicha será, siendo envidiada, menos dichosa cuanto más honrada.

20

—¡Adelante!—Colón grita altanero.
Y hablando en baja voz, murmura apenas:
—Me lo ha dicho del cielo un mensajero:
«Tú librarás el mar de sus cadenas.»
Continuad el marcado derrotero—
con palabras siguió de imperio llenas;—
que quepa á todos por igual la suerte:
¡todos á la India, ó todos á la muerte!—

21

Así dijo Colón. Y con la mano
señalando al Ocaso con fiereza,
cruzó de una mirada ese Oceano
que hace perder el verlo la cabeza.
Y el recuerdo de un Numen ya lejano,
pasando por su mente con presteza,
dijo con voz que redobló su brío:
—¡Cruza impávido el mar; sigue, hijo mío!

CANTO XIV

¡TIERRA!

RESUMEN: El 31 de octubre encontraron un palo, una caña, un bastón labrado ingeniosamente, un junco recién cortado y una hierba recientemente arrancada.—La Ignorancia, la Envidia y la Idolatría cercan al sol.—Discurso de la Idolatría.—Huida del sol.—Efectos de la Envidia.—Al anochecer cantan el *Salmus Regina*: promesa de Colón.—La Esperanza electriza la atmósfera.—A las diez se ve una luz que se mueve.—Expectación general.—A las dos de la mañana dispara la *Pinta* un cañonazo.—Sonrisa de la Esperanza.—¡Tierra!—Colón manda aterrarse.—Arrepentimiento de los insurrectos.—Invocación de Colón á las virtudes teológicas.—Pensamientos de Colón.

1

¡Bien por Colón! Si más le atormentaron,
desde que octubre por su mal corría,
mil señales de tierra le alegraron
en la mañana del oncenno día.
—Un palo y una caña aquí alcanzaron.
—Allí un bastón labrado ve un vigía.
—Parece que ya tierra á ver se alcanza...
¡Cuánta prueba, es decir, cuánta esperanza!

2

—¡Un junco!... es tan reciente, que ver creo
el brillo de la hoz que lo ha segado.
—¡Cuán nueva es esa hierba!... Casi veo
la mano del pastor que la ha arrancado.
—¿Veis tierra?—¡Aun no! es la sombra del deseo.
—¡No rompáis el bauprés; id con cuidado!
Ved que el junco y la hierba es cosa nueva...
Esa no es esperanza, esa es ya prueba.

3

¡Cerca la tierra está! Sí, ya se siente
aire gentil como de olor de flores.
¡Cerca está, cerca está! porque impaciente
la IDOLATRÍA agota sus furores.
¡Sí, cerca está, porque también clemente
dobla el bando del cielo sus favores!
El principio del fin éste es por tanto:
¡a vencer ó á morir!... ¡Piedad, Dios santo!

4

Iban, la IDOLATRÍA concitando
cuanta torpe pasión su culto encierra;
la IGNORANCIA, del mar la ira agitando;
á las almas la ENVIDIA haciendo guerra.
Y, en su inútil encono, no logrando
mover el mar ni conturbar la tierra,
en rápido tropel, tendiendo el vuelo,
suben la furia á desatar del cielo.

5

Cercan al sol las tres. Con arrogancia
parar su curso la IGNORANCIA ansía.
Le habla la IDOLATRÍA con jactancia.
Puesta detrás la ENVIDIA enturbia el día.
Y cuando el sol detuvo la IGNORANCIA,
—Si tu trono—gritó la IDOLATRÍA—
no arrastras al antípoda hemisferio,
¡dios de los Incas! se acabó tu imperio.

6

¡Ciega esas naves! Si la cruz cristiana
toca esas playas á tu fe rendidas,
no verá más la tierra americana
las víctimas sin fin á ti ofrecidas.
¡O los dejas hoy ciegos, ó mañana
no tendrán para ti, desconocidas,
ni la tierra montañas, ni el mar ondas,
donde tu faz avergonzado escondas!

7

¡Niega á Colón tu luz. Justo es que ampires
la tierra que en tu culto persevera,
el último tal vez de tus altares,
y la defensa de mi fe postrera.
¡Salva, salva, abismándote en los mares,
tu último altar y mi postrer trinchera!
Si en redoblar tu curso no te ahincas,
tu imperio se acabó, ¡dios de los Incas!

20

—¡Adelante!—Colón grita altanero.
Y hablando en baja voz, murmura apenas:
—Me lo ha dicho del cielo un mensajero:
«Tú librarás el mar de sus cadenas.»
Continuad el marcado derrotero—
con palabras siguió de imperio llenas;—
que quepa á todos por igual la suerte:
¡todos á la India, ó todos á la muerte!—

21

Así dijo Colón. Y con la mano
señalando al Ocaso con fiereza,
cruzó de una mirada ese Oceano
que hace perder el verlo la cabeza.
Y el recuerdo de un Numen ya lejano,
pasando por su mente con presteza,
dijo con voz que redobló su brío:
—¡Cruza impávido el mar; sigue, hijo mío!

CANTO XIV

¡TIERRA!

RESUMEN: El 31 de octubre encontraron un palo, una caña, un bastón labrado ingeniosamente, un junco recién cortado y una hierba recientemente arrancada.—La Ignorancia, la Envidia y la Idolatría cercan al sol.—Discurso de la Idolatría.—Huida del sol.—Efectos de la Envidia.—Al anochecer cantan el *Salmus Regina*: promesa de Colón.—La Esperanza electriza la atmósfera.—A las diez se ve una luz que se mueve.—Expectación general.—A las dos de la mañana dispara la *Pinta* un cañonazo.—Sonrisa de la Esperanza.—¡Tierra!—Colón manda aterrarse.—Arrepentimiento de los insurrectos.—Invocación de Colón á las virtudes teológicas.—Pensamientos de Colón.

1

¡Bien por Colón! Si más le atormentaron,
desde que octubre por su mal corría,
mil señales de tierra le alegraron
en la mañana del oncenno día.
—Un palo y una caña aquí alcanzaron.
—Allí un bastón labrado ve un vigía.
—Parece que ya tierra á ver se alcanza...
¡Cuánta prueba, es decir, cuánta esperanza!

2

—¡Un junco!... es tan reciente, que ver creo
el brillo de la hoz que lo ha segado.
—¡Cuán nueva es esa hierba!... Casi veo
la mano del pastor que la ha arrancado.
—¿Veis tierra?—¡Aun no! es la sombra del deseo.
—¡No rompáis el bauprés; id con cuidado!
Ved que el junco y la hierba es cosa nueva...
Esa no es esperanza, esa es ya prueba.

3

¡Cerca la tierra está! Sí, ya se siente
aire gentil como de olor de flores.
¡Cerca está, cerca está! porque impaciente
la IDOLATRÍA agota sus furores.
¡Sí, cerca está, porque también clemente
dobla el bando del cielo sus favores!
El principio del fin éste es por tanto:
¡a vencer ó á morir!... ¡Piedad, Dios santo!

4

Iban, la IDOLATRÍA concitando
cuanta torpe pasión su culto encierra;
la IGNORANCIA, del mar la ira agitando;
á las almas la ENVIDIA haciendo guerra.
Y, en su inútil encono, no logrando
mover el mar ni conturbar la tierra,
en rápido tropel, tendiendo el vuelo,
suben la furia á desatar del cielo.

5

Cercan al sol las tres. Con arrogancia
parar su curso la IGNORANCIA ansía.
Le habla la IDOLATRÍA con jactancia.
Puesta detrás la ENVIDIA enturbia el día.
Y cuando el sol detuvo la IGNORANCIA,
—Si tu trono—gritó la IDOLATRÍA—
no arrastras al antípoda hemisferio,
¡dios de los Incas! se acabó tu imperio.

6

¡Ciega esas naves! Si la cruz cristiana
toca esas playas á tu fe rendidas,
no verá más la tierra americana
las víctimas sin fin á ti ofrecidas.
¡O los dejas hoy ciegos, ó mañana
no tendrán para ti, desconocidas,
ni la tierra montañas, ni el mar ondas,
donde tu faz avergonzado escondas!

7

¡Niega á Colón tu luz. Justo es que ampare
la tierra que en tu culto persevera,
el último tal vez de tus altares,
y la defensa de mi fe postrera.
¡Salva, salva, abismándote en los mares,
tu último altar y mi postrer trinchera!
Si en redoblar tu curso no te ahincas,
tu imperio se acabó, ¡dios de los Incas!

18

—¡TIERRA!... grita una voz. Todos perplejos miran... ¡no es cierto!... el cielo está sombrío. Sonríe la ESPERANZA... á sus reflejos miran más... ¡tierra ven!... ¡no es desvarío! ¡Sí!... ¿qué es la sombra que se ve á lo lejos? Tierra será, tierra es tal vez, ¡Dios mío! pues aun tenaz en repetir se aferra
Rodrigo de Triana:—¡TIERRA! ¡TIERRA!

19

¡Tierra! ¿Es posible que tan cuerdo fuera de los locos el loco más extraño, que por fin de otro mundo se apodera que hace veinte años sigue año tras año? ¿Conque esa eterna y sin igual quimera era verdad, gran Dios? Si no es engaño, ¡prestadme vuestro aliento peregrino, Homero sin rival, Dante divino!

20

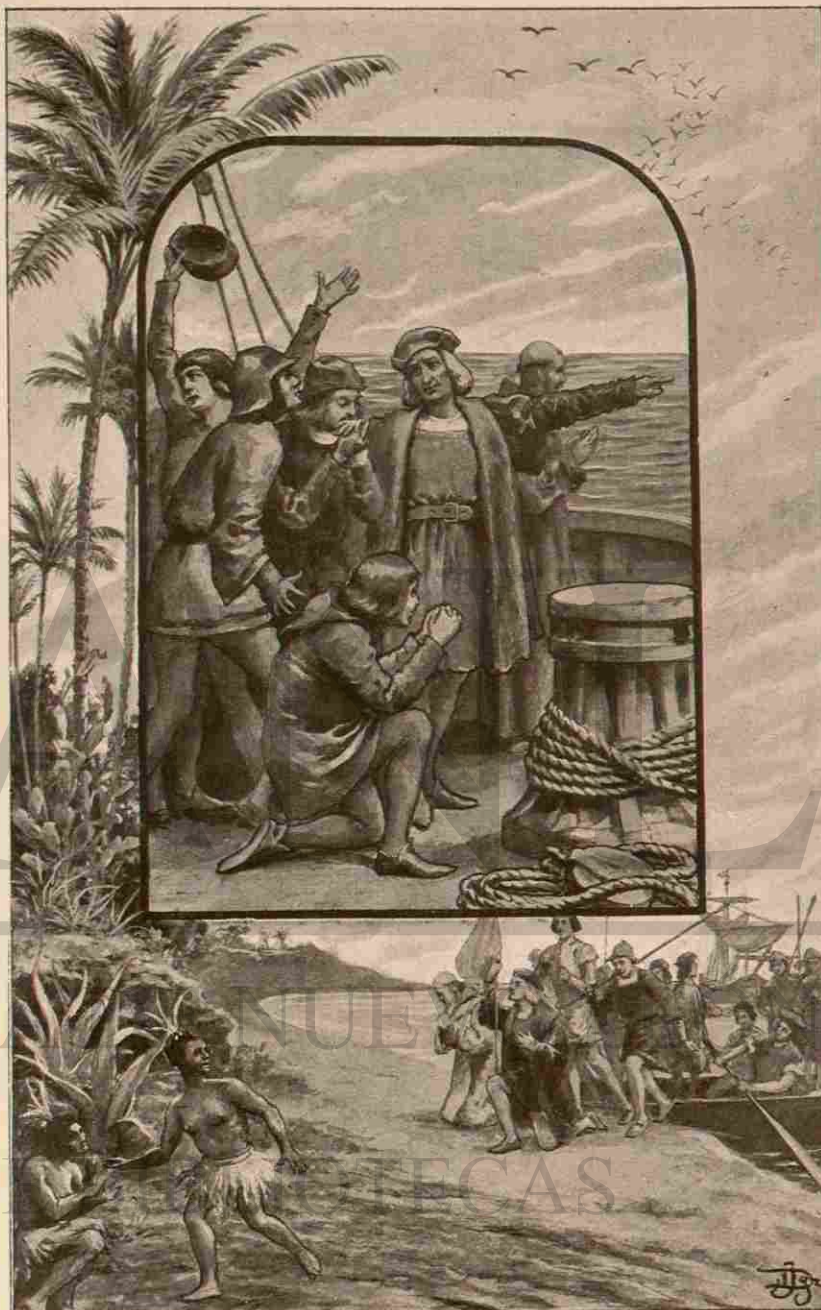
Dejad que cante al genio que ha eclipsado de los héroes y sabios la memoria, oprobio de los siglos que han pasado, y de los siglos venideros gloria: al que excediendo, por querer del hado, cuantos prodigios hacinó la historia, desea... y realizando devaneos, ¡cual los de Dios, son mundos sus deseos!

21

¿Qué sentirá Colón cuando, evocando un mundo de entre el húmedo elemento, sobre las alas de su fe flotando ve sobre el mar petrificarse el viento? Sentirá lo que Dios cuando, engendrando cuanto ha sido y será de un pensamiento, su hechura al contemplar de encantos llena, con sonrisa de amor *vió que era buena.*

22

—¡Alto! ¡Aferrad!— ¡La tierra está delante!—
Dan las tres... ¡Cuánto tarda la mañana!
La chusma, ayer frenética, arrogante, tan sumisa se muestra como ufana:
grita aquí uno cual grita el Almirante;
remeda otro á Rodrigo de Triana;
los unos exclamando:—¡Aferra! ¡aferra!—
repitiendo los otros:—¡Tierra! ¡tierra!—

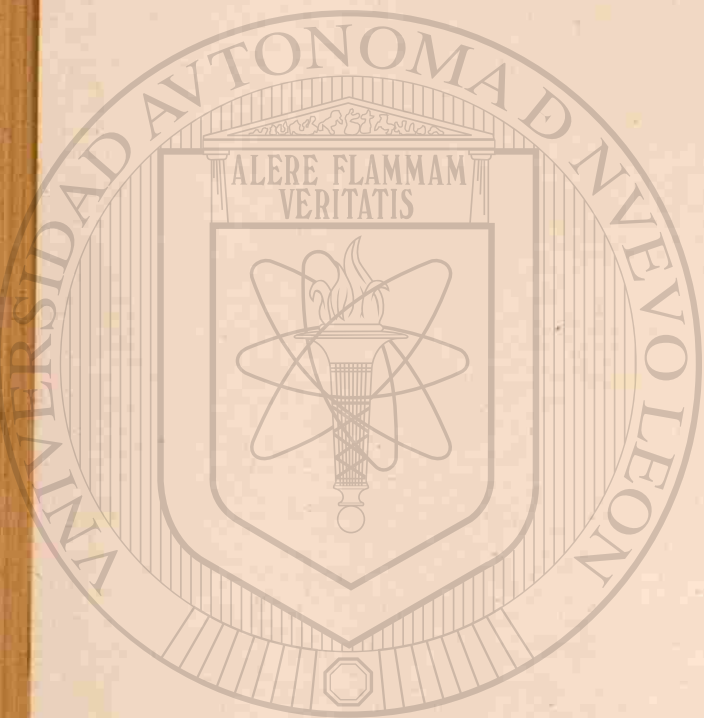


—¡Alzad! ¿y quién no yerra? alzad, hermanos—
generoso Colón les va diciendo:—
¡gracias al cielo! ¡Alzad! ¿y quién no yerra?
¿Veis esa sombra bien?... ¡Esa es la tierra!

(Canto XIV.)

Y bogan más... Llegaron. En el acto
Colón la enseña de Castilla abarca,
y el Nuevo Mundo, desde Adán intacto,
grande el primero con sus plantas marca.

(Canto XVI.)



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

23

Así ¡de hinojos! De Colón las manos
besan algunos á sus pies cayendo;
los que insultaron su dolor villanos,
villanos piden su perdón gimiendo.
—¡Alzad! ¿y quién no yerra? alzad, hermanos,—
generoso Colón les va diciendo.—
¡Gracias al cielo! ¡Alzad! ¿y quién no yerra?
¿Veis esa sombra bien?... ¡Esa es la tierra!—

24

¡Pasa otro instante!... ¡dos!... Todos el día
aguardan, vueltos hacia el suelo hispano,
mientras, pidiendo luz, Colón decía,
descubierta la frente, alta la mano:
—¡Si hay gloria en este mundo, de la mía
permitidme ¡oh virtudes! que esté ufano!
¡Que alumbre el sol mi venturosa suerte,
y después, si queréis, venga la muerte!—

25

La FE, la CARIDAD y la ESPERANZA,
á esta humilde oración, siguen la vía
del fugitivo sol que, porque avanza,
cegar el genio de Colón creía.
El grupo en busca de la luz se lanza,
y, con el sol volviendo al otro día,
para ser de su disco conductoras
las tres virtudes suplen á las horas.

26

Y otro instante pasó... y otro... En su gloria
piensa Colón, cruzando por cubierta,
y tanto, tanto se engolfó en su historia,
que era su distracción locura cierta.
Hirviendo de recuerdos su memoria,
de sus sentidos la existencia muerta,
así decía, continuando internos,
de su alma los monólogos eternos:

27

—¿Conque, al fin, más feliz que mis mayores,
dejo del fiero mar la senda franca?...
¡De placer, olvidando sus dolores,
el corazón del pecho se me arranca!
¡Imbéciles, imbéciles doctores
que hicieron de mí escarnio en Salamanca!...
(¡Oh, cuánto tarda el sol!) ¡Su gran talento
ha quedado, por Dios, con lucimiento!

28

«¡Qué gozo va á sentir tan lisonjero
 Beatriz Enríquez, mi secreta esposal
 ¡A su feliz progenitor primero,
 cuánto mi stirpe alabará orgullosal
 ¿Y qué dirá del pobre aventurero,
 al ver que su corona hace gloriosa,
 aquella Reina para mí tan buena?
 ¿Y qué dirá fray Pérez de Marchena?

29

«Santángel ¿qué dirá de mi jornada?
 ¿Y Toscanelli, de Florencia aurora?
 ¿Y Quintanilla?... Si de mí hoy se agrada,
 de seguro en sabiéndolo me adora.
 La marquesa de Moya, la privada
 de la reina Isabel ¿qué dirá ahora?
 ¡Con qué gracia, bondad y cortesía
 en la cámara real me entró aquel día!

30

«Venecia, ¿qué dirá mi gloria viendo?
 ¿Y Génova, la ingrata patria mía,
 y el falso Portugal, que dejó huyendo?...—
 Y ya triste, ya alegre, iba y venía
 y una vez, y otra vez, yendo y viniendo,
 —¡Y ese sol que no viene!—repetía.
 La postrer vez que á un loco asemejaba;
 y la primera vez que loco estaba.

31

—¿Y fray Pérez?—seguita;—no se aparta
 su imagen fiel de la memoria mía:
 ¡el buen fraile! justo es que con él parta
 cual mi dolor ayer, hoy mi alegría.
 ¿Cómo decía su postrera carta?
 ¿Cómo decía, á ver, cómo decía?
 SI LA TIERRA NO HALLÁIS, LOCO PROFUNDO:
 SI HALLÁIS LA TIERRA, REDENTOR DE UN MUNDO.

CANTO XV

MUERTE DE NUÑO

RESUMEN: Caída mortal de Nuño.—Conclusión de su historia.—Su muerte.

1

De un vértigo de muerte poseído
 cayó Nuño del árbol de mesana,
 cuando rival, de Dios favorecido,
 —¡Tierral—gritó Rodrigo de Triana.
 Del alta punta con fragor caído
 Nuño, dando á su mal muerte temprana,
 pegado al puente, que con rabia oprime,
 rota una sien, desesperado gime.

2

Oyen Zaida y Rodrigo de su pecho
 el ¡ay! al gozo general mezclado;
 y corriendo hacia él:—Nuño, ¿qué has hecho?—
 gritan los dos con fraternal cuidado.
 Nuño, entre llanto que ocultó deshecho,
 fué resuelto á decir:—¡Que me he arrojado!—
 Mas por no herir su pecho entristecido,
 prorrumpió el infeliz:—¡Que me he caído!

3

—Adiós, Zaida,—siguió—dulce embeleso;
 sabe por fin que tanto te quería,
 que de tu amor me asesinó el exceso.
 —¿Tú, amor, hermano?—¡Amor, hermana mía!
 Mas no se alarme tu virtud por eso;
 porque el mío en tu espíritu vivía
 como dicen que está con santa calma
 en el seno de Dios mística el alma.

4

«Viví á tu lado ardiendo en casto fuego,
 en tu vida mi vida concentrada,
 viéndote airada ahora, amable luego,
 unas veces amante, otras amada.
 Es el amor tan confiado y ciego
 que, aunque de mí vivías olvidada,
 iba siempre esperando el alma mía
 que te acordases de quererme un día.

5

«Solamente una vez quise enemigo
morir matando y acabar mis duelos;
pero al mataros, perdonad, Rodrigo,
impidieron mi error justos los cielos:
más á lanzaros á morir conmigo
no me arrastraba el odio, eran los celos;
no he podido jamás, ni aun puedo ahora,
aborrecer lo que mi Zaida adora.

6

«Dadme, Rodrigo, vuestra mano—(y fría
tendió la mano, que estrechó Rodrigo);—
aun si labráis de Zaida la alegría,
seré desde la tumba vuestro amigo:
su dicha haced, tras la desdicha mía,
ó tremenda os dará lento castigo
la eterna, fiera y última mirada
que en vuestra alma ¡la veis? dejó clavada.

7

«Zaida! la frente que en alzar me afano
encienda por piedad tu mano ardiente,
pues ya me hiela el pensamiento vano
cual losa del sepulcro de mi mente.
¡Zaida! me ahogo ya; mas no tu mano
separe cuidadosa de mi frente,
pues lo que en ansia atroz mi aliento embarga
es de mi propio corazón la carga.»—

8

Zaida, vuelto á Rodrigo el rostro hermoso:
—¡Si él muere, muero yo!—dijo llorando;
á lo que Nuño replicó animoso:
—Tú vive, y sé feliz; yo te lo mando.
También yo, si lo sois seré dichoso,
mi suerte á vuestra suerte atemperando,
pues no querrán benéficos los cielos
que después de morir, muera de celos.

9

«¡Qué noche tan glacial!... Ya heló el ambiente
la sangre de mi pecho en lo profundo.
¡Zaida! ¡sosténme, porque mi alma siente
que inmenso sobre mí se vuelca el mundo!...»—
Dijo así; y Zaida lo besó en la frente,
la que inclinó por siempre el moribundo...
¡Oh de amor intencísimo embeleso!
¡Zaida, al besarle, lo mató del beso!

CANTO XVI

JUICIO DEL MUNDO

RESUMEN: Prisión del sol.—Juicio del mundo.—El Asia.—La Europa.—El África.—La América.—Desembarque.—Sistema solar de Copérnico.—Conclusión.

1

Hacia la parte que al Oriente cae
no alegre se alza el sol, triste es alzado;
de las virtudes teologales trae
el disco ardiente, sin ardor, cercado.
Con cadenas de luz la FE lo atrae,
y prisionero, á un lado y á otro lado
la CARIDAD trayendo y la ESPERANZA,
entre lazos de imán pálido avanza.

2

Y—«¡Anda!—dice la FE—sol refulgente—
mientras atento el sol la escucha andando,—
el pasado, el futuro y el presente,
residenciados los verás pasando.
¡Anda! y verás cómo dichosamente,
de la virtud el reino conquistando,
de primor en primor, de ruina en ruina,
glorioso el mundo hacia su fin camina.

3

«Para ir hasta la fe de los creyentes
fué un paso nada más tu idolatría.
¡A juicio! ¡a juicio! las eternas gentes;
y vos, ¡siglos sin fin, sueños de un día!
pasadas sombras, sombras preexistentes,
el acento de Dios es la voz mía.
¡Honor á la virtud! ¡Oprobio al vicio!
Universo moral, ¡alzate á juicio!

4

«Ex dios del cielo,—continuó—camina;
verás surgir de entre hordas de verdades,
de todas las naciones la doctrina,
y la moral de todas las edades.
Verás también hoy que Colón arruina
de vuestros falsos cultos las deidades,
que es la justicia la pasión más tierna,
que es la virtud la religión eterna.»

5

«Solamente una vez quise enemigo
morir matando y acabar mis duelos;
pero al mataros, perdonad, Rodrigo,
impidieron mi error justos los cielos:
más á lanzaros á morir conmigo
no me arrastraba el odio, eran los celos;
no he podido jamás, ni aun puedo ahora,
aborrecer lo que mi Zaida adora.

6

«Dadme, Rodrigo, vuestra mano—(y fría
tendió la mano, que estrechó Rodrigo);—
aun si labráis de Zaida la alegría,
seré desde la tumba vuestro amigo:
su dicha haced, tras la desdicha mía,
ó tremenda os dará lento castigo
la eterna, fiera y última mirada
que en vuestra alma ¡la veis? dejó clavada.

7

«Zaida! la frente que en alzar me afano
encienda por piedad tu mano ardiente,
pues ya me hiela el pensamiento vano
cual losa del sepulcro de mi mente.
¡Zaida! me ahogo ya; mas no tu mano
separe cuidadosa de mi frente,
pues lo que en ansia atroz mi aliento embarga
es de mi propio corazón la carga.»—

8

Zaida, vuelto á Rodrigo el rostro hermoso:
—¡Si él muere, muero yo!—dijo llorando;
á lo que Nuño replicó animoso:
—Tú vive, y sé feliz; yo te lo mando.
También yo, si lo sois seré dichoso,
mi suerte á vuestra suerte atemperando,
pues no querrán benéficos los cielos
que después de morir, muera de celos.

9

«¡Qué noche tan glacial!... Ya heló el ambiente
la sangre de mi pecho en lo profundo.
¡Zaida! ¡sosténme, porque mi alma siente
que inmenso sobre mí se vuelca el mundo!...»—
Dijo así; y Zaida lo besó en la frente,
la que inclinó por siempre el moribundo...
¡Oh de amor intensísimo embeleso!
¡Zaida, al besarle, lo mató del beso!

CANTO XVI

JUICIO DEL MUNDO

RESUMEN: Prisión del sol.—Juicio del mundo.—El Asia.—La Europa.—El África.—La América.—Desembarque.—Sistema solar de Copérnico.—Conclusión.

I

Hacia la parte que al Oriente cae
no alegre se alza el sol, triste es alzado;
de las virtudes teologales trae
el disco ardiente, sin ardor, cercado.
Con cadenas de luz la FE lo atrae,
y prisionero, á un lado y á otro lado
la CARIDAD trayendo y la ESPERANZA,
entre lazos de imán pálido avanza.

2

Y—«¡Anda!—dice la FE—sol refulgente—
mientras atento el sol la escucha andando,—
el pasado, el futuro y el presente,
residenciados los verás pasando.
¡Anda! y verás cómo dichosamente,
de la virtud el reino conquistando,
de primor en primor, de ruina en ruina,
glorioso el mundo hacia su fin camina.

3

«Para ir hasta la fe de los creyentes
fué un paso nada más tu idolatría.
¡A juicio! ¡a juicio! las eternas gentes;
y vos, ¡siglos sin fin, sueños de un día!
pasadas sombras, sombras preexistentes,
el acento de Dios es la voz mía.
¡Honor á la virtud! ¡Oprobio al vicio!
Universo moral, ¡alzate á juicio!

4

«Ex dios del cielo,—continuó—camina;
verás surgir de entre hordas de verdades,
de todas las naciones la doctrina,
y la moral de todas las edades.
Verás también hoy que Colón arruina
de vuestros falsos cultos las deidades,
que es la justicia la pasión más tierna,
que es la virtud la religión eterna.»

5

—¡A juicio!—repitió: Y á este conjuro
de exhumación, desde la tumba fría
el pasado, el presente y el futuro
pueblan en irrupción la luz del día.
Y aunque se alzó cuanto es y ha sido puro,
casi desierto el éter parecía.
¡Cuán pocos genios en el mundo fueron!
¡Cuán pocos ¡ay! en la virtud murieron!

6

Después la CARIDAD repite:—Avanza,
con eterno pesar, á Colón viendo
que á derrocar la idolatría alcanza,
hoy su misión providencial cumpliendo.—
Calló la CARIDAD, y la ESPERANZA
dirigiéndose al sol sigue diciendo:
«Mira brillar con deslumbrante gloria
la gran fosforescencia de la historia.

7

Medio muerto aquí el Chino infatuado
vegeta en no alterada servidumbre;
cual gusano eficaz vive encerrado
en la cápsula vil de la costumbre.
El hombre arrastra aquí, mal de su grado,
de sí mismo la inmensa pesadumbre.
Para hallar su ataúd sin pena alguna
vuelve al revés su inseparable cuna.

8

«Á Confucio mirad, cuya doctrina
la más ilustre comunión adora;
por él la gloria de la raza china
del mundo irá hasta el fin hora tras hora.
¡Salud por siempre á ti, sombra divina,
destello de Moisés, de Cristo aurora!
Para pasar por dios faltó á tu estrella,
mártir de tu moral, morir por ella.

9

«Región de los humanos huracanes
la Mongolia mirad, del mundo sierra;
donde aludes de bárbaros sus khanes
desplomán sin piedad sobre la tierra.
Fiera madre de fieros Tamerlanes,
desde las cimas predicando guerra,
verdugo Atila descendió iracundo
de orden de Dios á ajusticiar al mundo.

10

«India feraz que los diamantes cría,
donde manda primero el que antes llega;
tu belleza gentil, blanca Etiopía,
siempre á reyes exóticos se entrega.
Rindiendo á Brama adoración impia,
cual hoy mañana, raza mujeriega,
¡siempre tu estrella te será contraria!
¡siempre serás del universo paria!

11

«¿Dónde fueron? Ni el sitio de Ecbatana,
de Babilonia y Nínive adivino:
de un rey fundadas por la fuerza vana,
morir casi al nacer fué su destino.
Siempre que un pueblo, en su carrera humana,
de la austera virtud deja el camino,
del registro en que fiel sus faltas lleva,
dobla el cielo la hoja, y cuenta nueva.

12

«¿Quién tanto Franco en agresión aleve
á las orillas del Jordán convoca?
Volved atrás ¡idólatras!; no debe
ver la virtud superstición tan loca.
De los reyes y príncipes la plebe
sólo, cual vulgo vil, cree en lo que toca.
¿Va indiscreta á enseñar vuestra osadía
el camino de Europa á la Turquía?

13

«¿Os llevó Dios á Siria, cual llevaba
al Asia á Omar de expoliaciones rico?
Emisario del cielo se juzgaba,
el Africa talando, Genserico.
Que lo impelía Dios también pensaba,
cuando, asolando, al bárbaro Alarico
le preguntó la Europa desvalida:
—¿Qué nos dejáis?—Y él contestó:—*La viaa*

14

«Nunca es adepto del Divino-humano
quien, en su nombre, bárbaro extermina.
Cuando se aja á este Dios, alza la mano,
bendice, y rayos de perdón fulmina.
Al mundo en escisión proclama hermano.
Práctica del amor es su doctrina.
Por él en cualquier tiempo y dondequiera
espera con razón todo el que espera.»—

15

Así el eterno Oriente diseñando,
de donde el genio con la luz se vino,
fué el celeste congreso, y, continuando,
hacia la Europa apresuró el camino.
La virtud prosiguió:—Seguid pasando,
los grandes emisarios del destino,
á quienes queda de su inmensa gloria
el fantasma del goce, la memoria.

16

»La Rusia allí, que su cerviz levanta
de entre la alfombra de la nieve fría,
para llevar su entumecida planta
fastidiada del Norte al Mediodía.
Saludad á Moscou, la ciudad santa
que, cual blandón, ha de incendiar un día
de los cosacos la salvaje tropa,
para alumbrar la libertad de Europa.

17

»¡Lázaro triste de la raza humana!
¡Glacial Italia! ¡Tan leal como eres,
desdichado Esclavón, serás mañana
pobre José vendido á mercaderes!
Cual Cid, aun muerto, de tu sombra vana
tus contrarios huirán como mujeres,
y no tendrán tranquilizado el pecho
á no verte ¡infeliz! pedazos hecho.

18

»¡Hijo del mundo, Macedón guerrero!
tú y tus iguales de inviolable estrella,
para dar campo á vuestro numén fiero
alzáis al mundo en paz falsa querella.
¡Héroes, cometas de fatal agüero!
dejáis de sangre una indeleble huella,
y talaréis al fin, rama tras rama,
el gran plantel que humanidad se llama.

19

»Cual razón tu glorioso vandalismo
habrá ante Dios que á disculparte baste?
¡En el Asia tal vez con heroísmo
á Salamina y Maratón vengaste?
¡Horror! desde que en fama y despotismo
impregnada la atmósfera dejaste,
febrífugo se lanza á la victoria
envenenando al mundo con tu gloria.

20

»De ti, Stambul, la juventud se aleja;
débil cual niña, como vieja vana,
decrépita al nacer, Roma te deja;
la Turquía después te engendrá anciana.
Eterna joven y perpetua vieja,
hoy eres vieja como ayer; mañana,
rompiendo tus fronteras que ya sitia,
vieja también te engendrará la Escitia.

21

»¡El Turco! No hay quien á luchar osado
en honor de sus bárbaros se apreste;
su término en Lepanto está marcado,
antes que á Europa su lascivia infeste.
Será de nuevo al Turkestán lanzado,
para ejercer entre ignorancia y peste
la esclavitud con indeleble infamia,
con deshonor sin fin la poligamia.

22

»¡Adiós, Grecia! Tus fábulas extrañas
las más dichosas son que se han forjado:
grandes fueron, muy grandes, tus hazañas,
mas ¡cuánto la bondad te ha calumniado!
Esparta, la de madres sin entrañas;
Atenas, la que á Aspasia ha admirado;
quedaos ahí con vuestra falsa gloria
volviendo á ser el sueño de la historia.

23

»Dios por su Dios, sus hábitos por leyes,
su fe y candor por únicos honores,
la Alemania, ayer bárbara, sus greyes
en plantel convirtió de emperadores.
Dando cartas de príncipes y reyes
á un oscuro aluvión de sus pastores,
respirando rencor su genio un día
vino á matar al mundo que moría.

24

»La valiente Alemania ha despertado
contra Roma del mundo el patriotismo;
enérgico Sansón que ha derribado
el templo universal del paganismo.
Este fiero Sansón ya lo ha enervado
Dalila de su fuerza, el cristianismo;
hoy preso y ciego su vigor condensa
en pensar y sufrir, muerto que piensa.

25

»Ven Gutenberg; tú que en metal vaciaste
nuestra mente, estatuario de la ciencia;
y que alas, nuevo Dédalo, engarzaste
a tu hija en prisión, la inteligencia.
Tú los diluvios que vendrán secaste:
de bárbaros y de aguas la afluencia
ya el mundo no ahogará, pues es tu invento
el arca de Noé del pensamiento.

26

Rompiendo Schwartz la espada a los tiranos,
erigió una igualdad nunca vista antes.
Al inflamar la pólvora sus manos,
tornó en polvo el acero y los diamantes.
El los gigantes convirtió en enanos,
y, alzando los enanos a gigantes,
hoy dispensa la vida o da la muerte,
tan poderoso el débil como el fuerte.

27

»Capua del mundo! ¡Tierra de alegría!
Legataria nación de aventureros:
son tus ciudades, reinos algún día,
de las hordas del Norte invernaderos.
¡Pobre madre de expositos, que cria
los hijos de su amor como a extranjeros!
Genoveses, venetos, sicilianos...
¡Oh, Italia! ¿dónde están los italianos?

28

»Nápoles! ninfa de la mar salida,
en agua envuelto el pie, la frente en lava.
¡Génoval! la de historia esclarecida,
plebeya reina ayer, y hoy reina esclava.
¡Gloria a Venecia! la ciudad nacida
de un mandoble de Atila, el que asolaba.
¡Florencial! emporio de artes liberales,
bazar de bagatelas inmortales.

29

»Con la brújula se honra Pasitano,
del grande Flavio cuna y mauseolo;
con ella a un leve revolver de mano
un polo colocó del otro polo.
Con esa negra luz el nauta ufano
cruza seguro el mar, perdido y solo;
que es su aguja en la noche más sombría
el índice de Dios que al hombre guía.

30

»¡Roma infeliz! hoy sierva, antes señora:
perpetua en todo, eterna es tu agonía.
¿No es verdad, inmortal conquistadora,
que es un tormento atroz la tiranía?
Sufre tú en ley de Dios, sufre tú ahora
todas las penas que causaste un día
por un hado al servir, cual tú perverso,
de eterna expiación al universo.

31

»¡Caer! Tal es la inevitable suerte
de todo pueblo altivo ó miserable,
que desprecia por débil ó por fuerte
el genio humilde y la virtud amable.
Siempre así fué y será. Porque la muerte,
de un justo Dios ministro inexorable,
castiga de su ley las transgresiones
volviendo al orden pueblos y naciones.

32

»Ved de la Europa el mirador alzado
adonde en busca de solaz asiste
ya el triste por la patria, el expatriado;
ya el expatriado del placer, el triste.
De los libres la Helvecia es el dechado:
lo grande en lo sencillo allí preexiste:
de su verdor y su inocencia irradia
la pura luz de la ideal Arcadia.

33

»Ved la Francia, Amadís de las naciones,
que el tipo-rey del Ateniese encierra,
culto en su hablar, gentil en sus acciones,
tierno en la paz, heróico en la guerra.
Dueño de los humanos corazones
cual general Demóstenes, la tierra
de polo a polo, a su pesar absorta,
su lengua escucha que el infierno aborta.

34

»Pueblo francés, gentil aventurero:
corazón de la Europa siempre ardiente;
seco después, si arrollador primero,
tu genio es la avenida de un torrente.
Hijo pródigo en sangre, el orbe entero,
de tu ardor juvenil padre indulgente,
siempre tus faltas a olvidar se allana,
¡buen Benjamín de la familia humana!

35

»Limosnero de tronos, genio aciago,
de un gran siglo sangriento meteoro;
sólo sabrás en tu glorioso estrago
verter la sangre y derramar el oro.
¿Qué libertad darás al mundo en pago
de tanta mortandad y tanto lloro?
No dejarle más cauce al pensamiento
que el cauce estrecho de tu pobre aliento.

36

»Fidias de reyes! las estatuas reales
que hará el buril de tu invencible espada,
mostrarán en sus rostros las señales
de su alcuña vulgar del polvo alzada.
Miradlas cual ostentan sus modales
servil grandeza, genio su mirada,
nobleza el rostro, el corazón perfidias...
¡bustos indignos de tan grande Fidias!

37

»Nave anclada por Dios eternamente,
tus cables hacen de la mar un lago.
Codiciosa Sidón, Roma potente,
Tiro suntuosa, suspicaz Cartago,
del mundo santabárbara, tu mente
de la tierra será gloria y estrago,
pues si Dios comprimiese tu energía
un orbe de diamante volaría.

38

»Pueblo heroico sin fin, de héroes no honrado,
Atenas espartana, Albión sombría,
rey-pueblo, en cuya historia han encarnado
cien verdugos su vil genealogía,
témpano desde el polo desgajado
para aplastar al débil Mediodía;
plaza que el mar defiende y que bloquea,
de exterminio y de luz futura tea.

39

»Patria del Cid, del continente llave,
valle feraz y estéril ventisquero;
pueblo infanzón, pundonoroso y grave;
de la tierra hijodalgo caballero,
para tus reyes en su frágil nave
va á remolcar Colón un mundo entero.
Desde hoy será, con infinita gloria,
sarcasmo de la fábula tu historia.

40

»Allí Numancia en inextinta hoguera
cayó vencida, sí, mas no humillada.
¡El Thibet español, Castilla fiera!
Mirad la Troya occidental, ¡Granada!
¡Zaragoza! Numancia venidera,
Sagunto por sus manos incendiada,
por no verter como cautiva llanto...
¡jamás tu aliada Roma hizo otro tanto!

41

»Saludad á la reina de Castilla,
pasma y honor de la española gente:
será tu luz ¡oh sol! que inmensa brilla,
la antorcha de su imperio solamente.
De cuantos son y fueron maravilla;
buena, osada, severa é inteligente,
nunca un alma ostentó más soberana
en su vida inmortal la raza humana.»—

42

Viendo á la reina de Castilla enfrente,
las tres virtudes, desde el sol bajando,
una tras otra su espaciosa frente
fueron gentiles con amor besando.
Y una tras otra alternativamente,
cual un ensueño ante su faz pasando,
murmuró—*amiga*—la ESPERANZA ufana;
—*Hija*—la FE; la CARIDAD—*hermana*.—

43

Y por primera vez el sol brillando,
la América hizo ver en tal momento.
¡Oh placer! ya sabremos en llegando,
si al gran Colón lo asesinó el contento.
La ESPERANZA después prosigue hablando
y dirige hacia esa Africa el acento,
donde es perpetuamente una dolencia
ó un eterno bostezo la existencia:

44

—¡Salud, patria de Aníbal! Te ha perdido
tu balance final, rico avariento.
En tus largas empresas siempre ha sido
más grande la verdad que el fingimiento.
Di, si no, tú, fiel y valiente Dido,
cuanto más bella es tu virtud, que el cuento
en que Virgilio, al calumniar tu historia,
de tu ultra-castidad nubló la gloria.

45

»Dejemos que el Egipto, India africana,
con gloria sus pirámides ostente.
¿Quién las ha alzado?—¡Oh vanidad humana!
Ni el nombre de su autor guarda esa gente.
Momia nación, ya turca, ya pagana,
¿cuándo eres grande tú? Cuando á tu frente
conquistan en tu nombre algún trofeo
Sesostris, Faraón ó Tolomeo.

46

»A Cleopatra ved, libidinosa,
sus gracias al poder vendiendo impura.
Venus-verdad, tan fatalmente hermosa
que aun muerta nos fascina su hermosura.
¡Oprobio á tu impudicia cenagosa!
¡Gloria á tu orgullo que borrar procura,
aunque frágil mujer, cual hombre fuerte,
tu innoble vida con tu noble muerte!

47

»Ruin herencia de Cham, madre de penas;
feraz en monstruos y en virtud agreste;
tierra de cal, mercado de cadenas,
foco escogido del rencor celeste;
¿siempre, África, han de ser de tus arenas
solariegos el crimen y la peste?
¿nunca el genio ha de hollar tu suelo inmundo,
vil arrabal de la ciudad del mundo?»

48

La ESPERANZA siguió:—«¿Cuál reverbera
el Atlántico mar, metal fundido
que algún artista, como Dios, espera
en el alveo del globo contenido!
Tal vez cuando al llegar su hora postrera
el mundo actual se anule envejecido,
del mar, petrificadas las corrientes,
brotarán los futuros continentes.

49

»El mar, el mar! Ved á Colón rasgando
de sus abismos los tupidos velos,
las columnas y montes derribando
que el arco sostenían de los cielos.
¡Salud al gran Colón, que, triturando
columnas de cristal, montes de hielos,
á pueblos mil de un inmortal destino
liquidando la mar abre el camino!

50

»¡El mar, el mar! del universo puente,
que la unidad del globo tuvo rota;
campo que nunca limitó la mente,
y que hoy el brazo de Colón acota.
Ya, si aspira, sumerge un continente;
ya, su aliento al lanzar, mil islas brota.
De quien fuiste terror serás fortuna,
¡tumba de mundos y de mundos cuna!

51

»Mientras la Europa á descansar se sienta,
cual blanca Venus de la mar saliendo,
la nunca vista América se ostenta
hacia el camino de la luz corriendo.
Por ella, de lo antiguo con afrenta,
el agua con el fuego enrareciendo,
no ha de cruzar el mar piloto alguno
que no sea más dios que el dios Neptuno.

52

»¡Patria del sol! Hoy desde sombra vana
el jardín vas á ser de lo creado,
nacido de la mente soberana
de ese Adán sin ventura y sin pecado.
Gloria al que en ti debe romper mañana
la espada con que Júpiter airado
al tártaro lanzó tras mil afanes
la descendencia real de los Titanes.»—

53

Saludando también desde su altura
la CARIDAD la tierra americana,
—«¡Salve!—prorumpe—raza sin ventura,
tímido Abel de la hermandad humana.
Alza tu frente al sol de la cultura,
de entre el mar que tu espíritu empantaba,
ya tu placer cantando, ya tu pena,
en la lengua inmortal de Juan de Mena.

54

»Hijos del sol, de Dios siempre olvidados,
en eterna ignorancia embrutecidos,
seréis de vuestros bosques arrancados
á la vez ilustrados y nacidos.
Ejemplos de valor nunca igualados,
modelos de primor siempre sentidos,
sobre vos echarán á manos llenas
la ruda Esparta y la gentil Atenas.

55

»De la vida en el áspero camino
de flores sembrarán vuestro sendero,
ora la gloria del saber latino,
ora de Dios el culto verdadero:
la razón de Platón, siempre divino;
la idealidad del inmortal Homero;
la ternura del cisne Mantüano,
el más sensible corazón humano.

56

»Vuestra hez de ministros sanguinaria,
que á devorar cadáveres se atreven,
los honrarán con pompa funeraria,
que á los muertos honrar los vivos deben.
Y aquellos que entre vos sangre contraria
de sus contrarios en el cráneo beben,
el Chipre, exentos de indomable furia,
en ricos vasos beberán de Etruria.

57

»¿Dónde están los que á un templo dedicados
en Méjico, cual turba de corderos,
sesenta mil cayeron degollados
ante los pies de vuestros dioses fieros?
No les valió en su afán á los cuitados
la santa inmunidad de prisioneros;
así juntando en amalgama impta
con la vil crueldad la cobardía.

58

»El Dios que os impondrá nuestra milicia,
en virtud ha erigido la paciencia;
mayor que su rigor es su justicia,
mayor que su justicia es su clemencia.
Por él, arrepentida la malicia,
hermana vuelve á ser de la inocencia;
¡un Dios que sólo al sacrificio atiende!
¡un Dios que de la ofensa no se ofende!»—

59

Calló la CARIDAD. Y á un sol brillante
Colón la tierra con placer mirando,
sellar en ella el pie quiere arrogante
en nombre de Isabel y de Fernando.
Cambia el mundo de faz, y en el instante
del sistema solar la ley trocando,
así dijo la FE, por Dios enviada,
entre el sol y la tierra colocada:

60

—¡Párate,—dijo—oh sol! Alto aquí haciendo,
queda por siempre tu misión cumplida;
á cuanto ves desde hoy darás, luciendo,
muerto é inmóvil, movimiento y vida.
Serviste ayer la idolatría huyendo,
y en perpetuo castigo de tu huída,
te condena á estar fijo eternamente,
por falso dios el Dios omnipotente.—

61

Y añadió, vuelta hacia el opuesto lado:
—Y tú, globo terráqueo, Prometeo
á un invisible Cáucaso aherrojado
por la fuerza mental de Tolomeo,
el Hércules Colón, tan esforzado
que engendra un continente de un deseo,
de tu eterna prisión librate anhela;
rompe tus hierros, cerca el sol, y vuela.—

62

Era el momento aquel en que mandando
armar los botes, salta, é iza triunfante
el pendón de Isabel y de Fernando,
vestido de escarlata el Almirante.
Van en tropel los botes asaltando.
Bogan... Ya llegan... Dentro de un instante
de la ENVIDIA fatal pese á la guerra,
sin morir de placer pisarán tierra.

63

Y bogan más... Llegaron. En el acto
Colón la enseña de Castilla abarca,
y el Nuevo Mundo, desde Adán intacto,
grande el primero con sus plantas marca.
La tierra, electrizada á su contacto,
se estremeció en el éter, como barca
que asalta el pescador, y que, intranquila,
haciéndose á la mar trémula oscila.

64

Y suelta ya, de libertad avara,
mientras se fija el sol levanta el vuelo,
y á un tiempo así la humanidad ve clara
la verdad en la tierra y en el cielo.
Y entretanto que el sol su curso para,
de sus entrambos polos roto el hielo,
la tierra, como fúlgido topacio,
libre en torno del sol cruza el espacio.

65

Y contemplando el genio que en un día
de la tierra y del sol cambia el gobierno,
la ENVIDIA, la IGNORANCIA é IDOLATRÍA
tornáronse espantadas al infierno.
La gente en tanto una oración envía,
hincada de rodillas, al Eterno.
Vuélvense á su mansión de bienandanza
la FE, la CARIDAD y la ESPERANZA.

66

Fué entonces cuando el orbe vió espantado
rodear el globo al cetro de Castilla,
como un grano de arena abandonado
que en lo infinito del espacio brilla.
Y entonces fué cuando observó admirado
Copérnico, del Báltico á la orilla,
que un inmóvil poder al sol aferra,
y que en torno del sol gira la tierra.



EL DRAMA UNIVERSAL

JORNADA PRIMERA

PERSONAJES PRINCIPALES

SOLEDAD.		PAZ, madre de HONORIO y de PALACIANO.
Jesús EL MAGO.		

ESCENA I

LA APARICIÓN

LUGAR DE LA ESCENA: *El jardín de un convento*

PERSONAJES: SOLEDAD. — HONORIO (*oculto*). — *La sombra de Jesús EL MAGO*

ARGUMENTO.—Soledad, vagando pensativa por el jardín de su convento, ve que sus sueños toman forma real en el vacío, mientras Honorio, oculto entre unas ramas, contempla celoso la aparición de Jesús el Mago.

Sentada en el jardín de su convento
la hermosa Soledad, soñando un día,
hasta el cielo elevaba el pensamiento,
arraigado á la tierra todavía.

Y ardiendo Honorio en inextintas llamas,
sus hechizos, con furia idolatrados,
contemplaba escondido entre unas ramas,
con ojos por las lágrimas quemados.

Ella, soñando en celestial pereza,
cual toda mente de mujer sin dueño,
busca ese tipo de ideal belleza
que flota en sus entrañas como un sueño.

65

Y contemplando el genio que en un día
de la tierra y del sol cambia el gobierno,
la ENVIDIA, la IGNORANCIA é IDOLATRÍA
tornáronse espantadas al infierno.
La gente en tanto una oración envía,
hincada de rodillas, al Eterno.
Vuélvense á su mansión de bienandanza
la FE, la CARIDAD y la ESPERANZA.

66

Fué entonces cuando el orbe vió espantado
rodear el globo al cetro de Castilla,
como un grano de arena abandonado
que en lo infinito del espacio brilla.
Y entonces fué cuando observó admirado
Copérnico, del Báltico á la orilla,
que un inmóvil poder al sol aferra,
y que en torno del sol gira la tierra.



EL DRAMA UNIVERSAL

JORNADA PRIMERA

PERSONAJES PRINCIPALES

SOLEDAD.		PAZ, madre de
Jesús EL MAGO.		HONORIO y de
		PALACIANO.

ESCENA I

LA APARICIÓN

LUGAR DE LA ESCENA: *El jardín de un convento*

PERSONAJES: SOLEDAD. — HONORIO (*oculto*). — *La sombra de Jesús EL MAGO*

ARGUMENTO.—Soledad, vagando pensativa por el jardín de su convento, ve que sus sueños toman forma real en el vacío, mientras Honorio, oculto entre unas ramas, contempla celoso la aparición de Jesús el Mago.

Sentada en el jardín de su convento
la hermosa Soledad, soñando un día,
hasta el cielo elevaba el pensamiento,
arraigado á la tierra todavía.

Y ardiendo Honorio en inextintas llamas,
sus hechizos, con furia idolatrados,
contemplaba escondido entre unas ramas,
con ojos por las lágrimas quemados.

Ella, soñando en celestial pereza,
cual toda mente de mujer sin dueño,
busca ese tipo de ideal belleza
que flota en sus entrañas como un sueño.

Y cuanto más Honorio la admiraba,
más se aumentaban sus amantes penas,
y su sangre á torrentes circulaba,
como el fuego de un rayo, por sus venas.

Coros de almas errantes parecían
los ruidos que los céfiros alzaban;
las sombras que los árboles hacían,
una vida fantástica imitaban.

Ansiosa de misterios, tiende el vuelo
del empero hasta el fondo, y de repente
se destacó sobre la luz del cielo
el brillo de otra luz incandescente.

Así esperó la noche embelesada:
cuando de pronto, sin fulgor ni ruido,
la presencia sintió, sin oír nada,
de un algo que llegó, desconocido.

Aun duda; mira más, y ve delante,
al borde de una nube de colores,
así como una mancha más brillante
en un fondo de vivos resplandores.

De entre las ramas en que Honorio espera,
cuando ya la visión aparecía,
salió, como una nota lastimera,
un profundo suspiro de agonía.

¡Dichosa Soledad! El paraíso,
curiosa, aspira á ver, á verle alcanza;
pide una imagen de él, y de improviso
ve cuajarse en el viento su esperanza.

Y conforme soñando proseguía,
su hermoso sueño le volvía el viento,
y era el sueño que el viento le volvía,
espejo de su mismo pensamiento.

¡Cómo el tipo ideal de su cariño
inquiéren en el cielo sus miradas!
y ¡cómo es siempre la mujer un niño
que le gusta pensar en cuentos de hadas!

En tanto, desde el próximo convento,
la música del órgano sagrado
le recordaba el inefable acento
del amante perdido y no olvidado.

EL DRAMA UNIVERSAL



Y cuanto más Honorio la admiraba,
más se aumentaban sus amantes penas,
y su sangre á torrentes circulaba,
como el fuego de un rayo por sus venas.

(Escena I.)

... se encontró, al despuntar del otro día,
un muerto, tan inmóvil como un muerto,
sobre un mármol que vivo parecía.

(Escena IV.)

Y sueña más, y al fin, aunque distante
y envuelto entre vapores todavía,
se dibujó en las nubes un semblante
que sonreír á un ángel parecía.

De sus ojos la luz era inefable,
el contorno gentil, la frente pura,
y su tez de un color incomparable,
hecho de luz, de azul y de blancura.

Mientras ve que la imagen vaporosa,
entre el ser y no ser vaga indecisa,
sobre su boca de marfil y rosa,
como un rayo de luz, salta su risa.

Y así pasan entrambos la velada,
cual de la vida el erial camino,
soñando Soledad embelesada,
Honorio maldiciendo su destino.

Y ¿es placer ó pesar lo que le aqueja,
cuando ve con verdad deslumbradora
que de un vapor de luces se bosqueja
de su sueño la sombra encantadora?

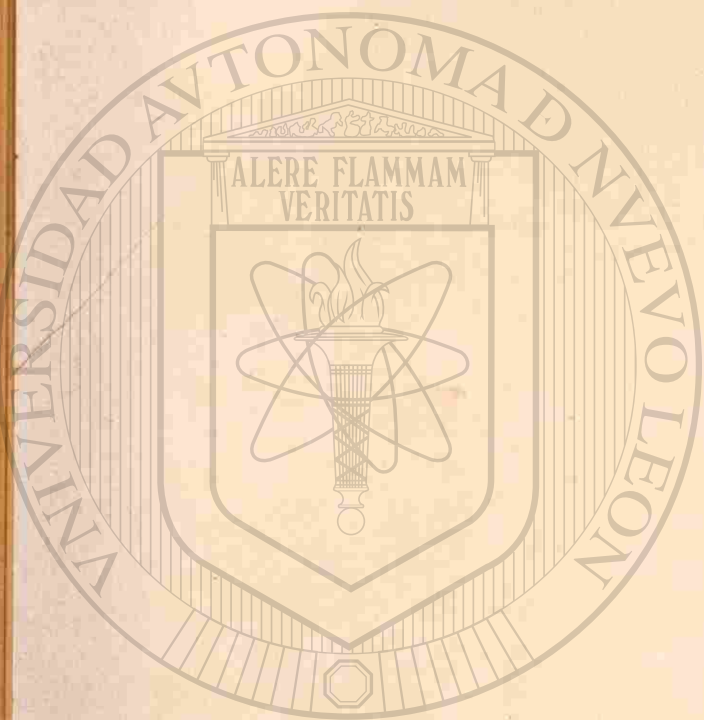
¿Era cuerpo ó ilusión lo que veía?
¿era aquella una luz, ó era un reflejo?
Más bien que el mismo cuerpo, parecía
la reflexión de un cuerpo en un espejo.

Cuanto más la visión se aclara y crece,
más la verdad con la ilusión se aúna,
pues que forman su túnica parece
gasas hechas con rayos de la luna.

Y cuanto más miraba, y más creía
que fuese realidad ventura tanta,
pulsaban sus arterias, y sentía
latir el corazón en la garganta.

La forma, Honorio, al ver de un ser humano,
mezcla de aire, de luz y de tiniebla,
le asió celoso; mas pasó su mano
como pasa una mano por la niebla.

Aun Soledad en el tropel confuso
de mil dudas se abisma; y dulcemente,
para hacerla creer, la Sombra puso
una mano de luz sobre su frente.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Pero, al creer su frente profanada,
el más bello y más casto de los seres,
—¡Jesús!—gritó la joven espantada;
y contestó el fantasma:—¿Qué me quieres?—

ESCENA II

LA REDENCIÓN

LUGAR DE LA ESCENA: *El Gólgota*

PERSONAJES: JESÚS EL MAGO.—SOLEDAD.—HONORIO

ARGUMENTO.—Jesús el Mago cuenta á Soledad y á Honorio que él es aquel joven vestido de una túnica que, como dice el Evangelio de san Marcos, siguió á Jesucristo, después de haber sido preso y abandonado por sus discípulos. Refiere como testigo presencial la muerte de Jesucristo, y describe el puente que formaron los ángeles para que, después de la muerte del Dios hombre, bajasen del cielo á la tierra la Penitencia y el Perdón.

Esa visión que á Soledad aterra,
y llegar de tan lejos parecía,
¿es tan sólo algún hijo de la tierra,
ó de un planeta superior venía?

Vedle contar sus hechos y su nombre
á Soledad y á Honorio de esta suerte:
—«Un discípulo soy de aquel que al hombre
arrancó de las garras de la muerte.

»Aunque una vez, y con escasa gloria,
ved ¡cuán lleno de fe se me presenta,
cuando san Marcos en su santa historia
la religión del porvenir nos cuenta!

—*Un joven, de una túnica vestido,
que iba á Cristo de cerca contemplando,
por los soldados con rigor asido,
de ellos huyó, la túnica dejando.*

»Y al mirar el Señor tan santo celo,
así dijo al mancebo diligente:
—*Sígueme por la tierra y por el cielo,
invisible ó visible, eternamente.*—

»Yo me llamo Jesús, como el Ungido;
soy el que huyó, la túnica dejando;
y porque el Dios piadoso lo ha querido,
me sobreviví á mí, no sé hasta cuándo.

»Todo el mundo sembré de mis consejos,
y harta copia cogí de desengaños,
porque son las naciones, cual los viejos,
que pierden la memoria á fuerza de años.

El por qué y cómo, de mi Dios amigo,
bajo mil formas la verdad difundo,
ya lo sabréis cuando os halléis conmigo
ya fuera de la vida de este mundo.

»Mi ubicuidad fantástica, de Mago
me dió el renombre por el mundo entero,
porque me encuentro donde quiera, y vago
cual quiero, adonde quiero y como quiero.

»Mas, dejando mi magia y vuestros males,
oíd mi ruina del vencido infierno:
¿qué importan hoy amores terrenales,
cuando se trata del amor eterno?

»Yo que la escena del Calvario he visto,
perdonad á mi celo si os diseña
la santa muerte de Jesús, el Cristo,
que á padecer y perdonar enseña.»

Tras Soledad, Honorio arrodillado
cayó, como adorando el santo leño,
pensando en la Pasión, en ese estado
que no es vigilia, ni sopor, ni sueño.

Jesús siguió:—Ya, de la cruz pendiente
sólo algún fiel de lejos le adoraba;
y hasta el Gólgota entonces tristemente
con una fría luz el cielo helaba.

»Y es que al sol, el infierno tumultuario
de espíritus malignos echa un velo;
nada se ve distinto en el Calvario,
ni hay un rincón azul en todo el cielo.

»Los infernos, que al hombre dominaban,
porque ocultar su redención querían,
bocanadas de espíritus echaban,
que entre nieblas los soles envolvían.

»Yo entonces diligente, en raudal vuelo,
viendo á mi Dios sobre la cruz clavado,
descendiendo á la tierra, abrí en el cielo
una rendija de oro en el nublado.

»La luz filtrada, de la Virgen pura
tocó la melancólica belleza,
que en ella se volvió luz de ternura,
de esperanza, de paz y de tristeza.

»Y al rededor, en círculo inefable,
más bien que luz, junto á sus sienas bellas
compusieron un blanco incomparable
la sombra, el sol, la luna y las estrellas.

»Brillaba así del tiempo en la gran hora,
de frente maternal fulgor querido,
mezcla de luz de una naciente aurora,
y reflejo de un sol desvanecido.

»Tal de la augusta redención del mundo
alumbro los misterios de aquel día,
un brillo extraño, virginal, profundo,
que un ángel le llamó *luz de María*.

»Rodeado de esta luz inmaculada,
el *Consumatum est!* Cristo murmura,
y ve ante sí tendiendo una mirada,
la soledad, el odio y la amargura.

»Bendice con su vista al mundo entero;
le da un beso mental, suspira y muere.
El verdadero amor, si es verdadero,
besa, al morir, la mano que le hiere.

»Caído Adán, la Muerte y el Pecado
un puente hicieron con un caos sin nombre,
para pasar al mundo, condenado
á ver la entera esclavitud del hombre.

»La Muerte estéril y el Pecado inundo
á la tierra infeliz, por él pasaron,
forjando las cadenas con que al mundo
desde Adán hasta Cristo aprisionaron.

»Los ángeles, también, en dos hileras
fabrican con las manos otro puente:
por la espalda tocándose ligeras
sus alas se acarician dulcemente.

»El Pecado y la Muerte en aquel día
ven el puente cruzar, desvanecidos,
que desde el Padre al Hijo relucía
como un río caudal de astros fundidos.

»Los unos de los otros frente á frente,
en dos filas los ángeles formados,
van por el éter fabricando el puente
sobre nubes de luz arrodillados.

»Y por detrás sus alas rutilantes
irradian con variados arboles
un iris de riquísimos cambiantes,
más bellos que los iris de los soles.

»Del puente aquel que la región vacía
desde el cielo á la tierra circunvala,
forman al fin las manos de María
el último peldaño de la escala.

«Desde la cruz al alto firmamento
brilla el puente de palmas celestiales
con tal fulgor, que verlo ni un momento
podrían, sin cegar, ojos mortales.

»La Penitencia y el Perdón bajaron
esta escala de luz en aquel día,
y sus ojos á un tiempo se alumbraron
con brillos de dolor y de alegría.

»Triste por él la Penitencia avanza:
sigue el Perdón detrás meditabundo;
en sus frentes brillaba una esperanza,
mas no era una esperanza de este mundo.

»Y besan, al bajar, el pie sagrado,
el uno tras del otro, reverentes,
de aquel que trajo, de la cruz clavado,
el reinado de Dios entre las gentes.

»Y el mundo redimieron apacibles,
de Cristo al pie diciendo de este modo:
—*No hay culpas en el mundo irremisibles:*
permite Dios que se redima todo.

»—*¡El mundo es libre!*—de esperanzas llenas
las legiones de arcángeles cantaban,
mientras se iban rompiendo las cadenas
que al mundo desde Adán aprisionaban.

»Así murió, como vulgar culpable,
del cielo y de la tierra el Soberano,
por redimir este orbe miserable,
del polvo sideral último grano.

»Y así yo del Señor la frente bella
pude hacer ver, dejando de pasada
la espesa sombra de la tarde aquella
por un rayo de luz atravesada.»

Calló Jesús aquí; lanzó un gemido
contando el fin del Redentor del mundo,
y después se alejó, desvanecido
en cierto no sé qué vago y profundo.

Y lejos ya, se dispó diciendo:
«Llamadme y me hallaréis á cualquier hora,
mientras ilusos caminéis gimiendo
por este astro feliz donde se llora.

»Y ya os diré de cómo embelesado
hacia vosotros hoy tendí mi vuelo;
poema que en la tierra comenzado
acabará cantándose en el cielo.»

Y cuando Honorio y Soledad creían
traslucir, entre dichas y pesares,
que, cruzando los cielos, aun lucían
los ángeles cual fugas estelares,

vuelven de pronto en sí, tornan los ojos,
y su ilusión deshecha en el ambiente,
con las manos cruzadas, y de hinojos,
se hallaron uno de otro frente á frente.

ESCENA III

LA FUENTE DEL OLVIDO

LUGAR DE LA ESCENA: *Un bosque*

PERSONAJES: JESÚS EL MAGO. — HONORIO

ARGUMENTO.—Celoso Honorio, refiere á Jesús el Mago, al borde de una fuente llamada del Olvido, que para hacerse dueño del amor de Soledad, secuestró á su hermano Palaciano.

—¡Sólo el amor es grande, él solo es bello!—
dice Honorio contando sus amores;
y refiere á Jesús, hablando de ello,
la larga procesión de sus dolores.

Sentados junto al borde de una fuente;
que brotaba de un bosque en la espesura,
un espacio sin fin tienen enfrente,
de aire, de luz, de cielo y de verdura.

—¡Sólo el amar es grande!— proseguía,
añadiendo un delirio á otro delirio.—
Por Soledad dichoso correría
al crimen, á la gloria y al martirio.

»Tengo ¡ay de mí! un hermano, á quien, perjuro,
amándole sin fin, guardo encerrado.
Por otro amor más grande y menos puro,
de su sagrado amor he renegado.

»Aunque era Soledad una belleza
por su padre á mi hermano prometida,
sentía yo al mirarla esa tristeza
que es la bruma del alba de la vida.

»Cuanto más la quería en el misterio,
más crecía el ardor de mis quimeras;
que el sentido halagado alza un imperio
que, sin cesar, dilata sus fronteras.

»Después que la adoré con desvario,
sólo atendí á mi amor y á mi despecho.
Yo era bueno, muy bueno... mas ¡Dios mío!
¿cómo arrancar el corazón del pecho?

»Por no estorbar la dicha de mi hermano,
á la gloria aspiré: ¡visión mentida!
Corrí tras la ambición: ¡empeño vano!
Amar y ser amado: he aquí la vida.

»Fué mi hermano á viajar, y á su regreso,
aquí, por gentes que compré, asaltado,
sin saber cómo ni por quién, fué preso,
escondido después, y secuestrado.

»Yo su amor usurpando, y él cautivo,
ninguno de los dos su dicha alcanza:
vive él sin libertad; pero yo vivo
roído por un mal sin esperanza.

»Después que muera yo, volverá ileso
á ser en este sitio abandonado;
y sin saber por quién, ni á qué fué preso,
el porvenir le endulzará el pasado.

»Por mi mal, me ha dotado la ventura
de inútiles riquezas que abomino
y estirpe casi real; no hay criatura
más ingrata que yo con el destino.

»Y es un tormento para mí espantoso,
que habiendo delinquido tanto, tanto,
sólo por ser con ellos generoso,
cuantos pobres me ven, me llaman santo.

»Me juzgaban tan bien, cuando por ella,
más que en Dios, en Pitágoras creía;
yo, que por ser lo que su planta huella,
el cielo con delicia dejaría.

»Y he de pedir, cuando al dolor sucumba,
que me convierta, por favor divino,
en el ciprés ó el mármol de su tumba,
compañero inmortal de su destino.

»De Palaciano Soledad prendada,
le esperaba las horas y las horas,
y nunca su alma de esperar cansada,
a otras brisas se abrió restauradoras.

»Decía alguna vez cándidamente:
—Palaciano no vuelve y me abandona;—
y empezaba á nublarse aquella frente,
que parece que aguarda una corona.

»—Bebe en ella, y tal vez, la dije un día,
tu amor la fuente del Olvido vengá.—
Y bebió; mas yo, al verlo, me sentía
desfallecer de dicha y de vergüenza.

»Bebió por olvidar, con tal intento,
que del ingrato se olvidó de veras,
y en alas se lanzó del pensamiento
al hermoso país de las quimeras.

»Y es santa desde entonces esta fuente;
pues todo el mundo en la comarca sabe
que curó á una mujer de limpia frente,
de celestial candor y aspecto grave.

»De la ausencia y los celos ayudados,
vinieron á estas aguas atraídos
mil naufragos del alma, allá estrellados
contra escollos tal vez desconocidos.

»¡Ay! Después de beber aguas tan claras
á sus casas volver, de dicha llenas,
vi familias enteras, con las caras
casi todas alegres y serenas.

»¡A cuántos vi llegar que, pesarosos,
ni miraban las verdes enramadas,
y que admiraban, al volver, gozosos,
las praderas de flores esmaltadas!

»El agua del olvido de esta fuente
¿es quien daba á sus almas el consuelo?
¡No! La ausencia y los celos solamente
levantan entre dos, montes de hielo.

»Que á la ausencia añadidos, son los celos
el agua del olvido verdadera,
pues pasan, como un fuego de los cielos,
esparciendo el rencor por dondequiera.

»Ya sin fe Soledad, desde esta fuente
fué á un convento á buscar la paz perdida:
que el ídolo, al caer tan bruscamente,
siempre inmola al creyente en su caída.

»Ya sabéis lo que pasa en un convento:
un día que da fin, y otro que empieza.
Si crea algún rival el pensamiento,
son fantasmas que evoca la tristeza.

»Bajo un dosel de flores y verdura,
quise ciego...—¡perdón para un malvado!—
ó gozar una vez de su hermosura,
ó morir á sus pies desesperado.

»Oculto en el jardín, todos mis males
curar, cual visteis, ó morir, quería,
porque mi pecho en vívidos raudales
de entusiasmo y de amor se deshacía.

»Viendo por vos frustrado, aquella tarde,
mi intento vil de amor y de despecho,
mis rodillas flaquear sentí, cobarde,
y el corazón desfalleció en mi pecho.

»Impidiendo mi crimen, aquel día
llegasteis vos para su bien y el mío,
pues sin dejarse ver, Dios nos envía
la dicha, el sol, la lluvia y el rocío.

»Y desde entonces, de su pura frente
respetando el candor y la hermosura,
bebo el placer sin enturbiar la fuente
de donde emana mi inmortal ventura.

»Como he apurado, en mis furores, tanto
la copa del dolor hasta las heces,
tan cerca de los ojos tengo el llanto,
que sin querer, cual veis, lloro mil veces.»—

Como al llegar aquí, nadie ni nada
alivio le prestaba en su tormento,
tendió Honorio una rápida mirada,
y halló la soledad y el desaliento.

Y ve a Jesús, que por los aires sube,
cual blanco grupo de vapor fulgente,
como yendo a esperar de nube en nube
al sol, que se elevaba lentamente.

Y sus oídos, de placer ajenos,
ni las aves escuchan, ni se encantan
con esos ruidos, de misterios llenos,
que del campo aun dormido se levantan.

Nada ni nadie su dolor modera,
ni las flores, ni el sol, ni la verdura:
cuando están en el alma, hay dondequiera
desolación, tristeza y desventura.

Y, como siempre, en Soledad pensando,
del aura en el murmullo oye su acento,
cree ver las huellas de sus pies andando,
y respira en los céfiros su aliento.

Y como, fiel Honorio, en cuanto hallaba
de su acerba pasión ponía el sello,
andando a la ventura murmuraba:
—¡Sólo el amor es grande, él solo es bello!

ESCENA IV

LA TRANSMIGRACIÓN A UN MÁRMOL

LUGAR DE LA ESCENA: *Un cementerio*

PERSONAJES: HONORIO.—JESÚS EL MAGO.—SOLEDA

ARGUMENTO.—Como el sentimiento tiende a la metempsicosis, después de la muerte de Soledad, Honorio pide a Jesús el Mago que le conceda la gracia de transmigrar al mármol de la tumba de su amada.

¡Oh vida, mezcla de inquietud y calma,
alternativa infiel de paz y guerra,
rebelión de la carne contra el alma,
lucha eterna del cielo y de la tierra!

Venciendo a Soledad el desaliento,
después de su aparente desengaño,
entró como novicia en un convento,
y novicia salió, muriendo al año.

Allí, tranquila, ni el rencor sentía,
ni menos del amor la ardiente llama;
deseaba morir, porque creía
que Dios lleva consigo a cuantos ama.

Y conforme cambiando iba su mente
en santas oraciones sus delirios,
su cutis fué tomando lentamente
el color de la cera de los cirios.

¿Os contaré su vida en el convento?
Sin pesares allí, sin alegrías,
sucediendo un momento a otro momento,
los días sucedieron a los días.

Y sólo, al fin, en su semblante puro
las huellas se miraron de sus penas,
cuando ya de una red de azul oscuro
se dibujaban en su sien las venas.

¿Y su amante? ¿Qué importa? Aunque él, acaso
la dejó por amor de otros amores,
sólo le pide a Dios que abra a su paso,
en honor a sus pies sendas de flores.

Pues ella triste, sin pasión, sin celos,
al odio y al amor indiferente,
como una desterrada de los cielos
sólo se acuerda de la patria ausente.

No perdonando ni horas ni minutos,
el rezo llegó a ser su afán diario,
entre sus dedos, por la fiebre enjutos,
deslizando las cuentas de un rosario.

¡Ay! un día en su blanco dormitorio,
teniendo un derredor a cuantos quiere,
su mano de marfil tiende hacia Honorio,
les dice «¡adiós!» y sonriendo muere.

Con sed de sacrificios sobrehumanos,
después Honorio, en lágrimas deshecho,
su sepulcro oprimiendo entre las manos,
lo estrechó con furor contra su pecho.

»Como he apurado, en mis furores, tanto
la copa del dolor hasta las heces,
tan cerca de los ojos tengo el llanto,
que sin querer, cual veis, lloro mil veces.»—

Como al llegar aquí, nadie ni nada
alivio le prestaba en su tormento,
tendió Honorio una rápida mirada,
y halló la soledad y el desaliento.

Y ve á Jesús, que por los aires sube,
cual blanco grupo de vapor fulgente,
como yendo á esperar de nube en nube
al sol, que se elevaba lentamente.

Y sus oídos, de placer ajenos,
ni las aves escuchan, ni se encantan
con esos ruidos, de misterios llenos,
que del campo aun dormido se levantan.

Nada ni nadie su dolor modera,
ni las flores, ni el sol, ni la verdura:
cuando están en el alma, hay dondequiera
desolación, tristeza y desventura.

Y, como siempre, en Soledad pensando,
del aura en el murmullo oye su acento,
cree ver las huellas de sus pies andando,
y respira en los céfiros su aliento.

Y como, fiel Honorio, en cuanto hallaba
de su acerba pasión ponía el sello,
andando á la ventura murmuraba:
—¡Sólo el amor es grande, él solo es bello!

ESCENA IV

LA TRANSMIGRACIÓN Á UN MÁRMOL

LUGAR DE LA ESCENA: *Un cementerio*

PERSONAJES: HONORIO.—JESÚS EL MAGO.—SOLEDA

ARGUMENTO.—Como el sentimiento tiende á la metempsicosis, después de la muerte de Soledad, Honorio pide á Jesús el Mago que le conceda la gracia de transmigrar al mármol de la tumba de su amada.

¡Oh vida, mezcla de inquietud y calma,
alternativa infiel de paz y guerra,
rebelión de la carne contra el alma,
lucha eterna del cielo y de la tierra!

Venciendo á Soledad el desaliento,
después de su aparente desengaño,
entró como novicia en un convento,
y novicia salió, muriendo al año.

Allí, tranquila, ni el rencor sentía,
ni menos del amor la ardiente llama;
deseaba morir, porque creía
que Dios lleva consigo á cuantos ama.

Y conforme cambiando iba su mente
en santas oraciones sus delirios,
su cutis fué tomando lentamente
el color de la cera de los cirios.

¿Os contaré su vida en el convento?
Sin pesares allí, sin alegrías,
sucediendo un momento á otro momento,
los días sucedieron á los días.

Y sólo, al fin, en su semblante puro
las huellas se miraron de sus penas,
cuando ya de una red de azul oscuro
se dibujaban en su sien las venas.

¿Y su amante? ¿Qué importa? Aunque él, acaso
la dejó por amor de otros amores,
sólo le pide á Dios que abra á su paso,
en honor á sus pies sendas de flores.

Pues ella triste, sin pasión, sin celos,
al odio y al amor indiferente,
como una desterrada de los cielos
sólo se acuerda de la patria ausente.

No perdonando ni horas ni minutos,
el rezo llegó á ser su afán diario,
entre sus dedos, por la fiebre enjutos,
deslizándose las cuentas de un rosario.

¡Ay! un día en su blanco dormitorio,
teniendo un derredor á cuantos quiere,
su mano de marfil tiende hacia Honorio,
les dice «¡adiós!» y sonriendo muere.

Con sed de sacrificios sobrehumanos,
después Honorio, en lágrimas deshecho,
su sepulcro oprimiendo entre las manos,
lo estrechó con furor contra su pecho.

Cual ráfaga hacia allí Jesús avanza,
mientras Honorio, con los ojos presos
de Soledad en el sepulcro, lanza
miradas voluptuosas como besos.

Y dice así: — Ya os lo conté: *por ella,
más que en Dios, en Pitágoras creía,
yo, que por ser lo que su planta huella,
el cielo con delicia dejaría.*

» *Y he de pedir, cuando al dolor sucumba,
que me convierta, por favor divino,
en el sírps ó el mármol de su tumba,
compañero inmortal de su destino.*

» ¡Que en posesión de sus cenizas, pueda
con ellas ver mi corazón cubierto;
que el hado la ventura me conceda
de hablarla de mi amor después de muerto!

» ¡Que me deje sufrir el cielo amigo
junto á esa tumba mi dolor eterno,
aunque por ella aquí sufra el castigo
de todos los horrores del infierno! —

Dijo Honorio; y en tanto que aguardaba
lo que el mago Jesús le respondía,
en las sienes su sangre martilleaba,
y hasta latir su corazón se oía.

Y contestó Jesús: — «¿Piensas que el cielo
te dará ni en la misma sepultura,
un período de tregua ni consuelo,
un oasis de paz ni de ventura?»

» Transmigra, pues; mas que eludir se intente
la pena de una culpa, es un delirio:
si transmigras, Honorio, eternamente,
sólo harás infinito tu martirio.

» No encontrarás la dicha en parte alguna;
mudarás de dolor, mas no de duelo;
hasta en la tumba es loca la fortuna,
y no hay eterno amor sino en el cielo.» —

Dijo Jesús; y al éter, fugitivo,
le vió Honorio volar en su presencia,
después que sus flaquezas, compasivo,
con el manto cubrió de su indulgencia.

— «Vuelvo á tu lado, Soledad querida,
Honorio prorrumpió, y el cielo quiera
que, después de llenar toda mi vida,
llenes también mi muerte toda entera.» —

Con voluntad tan firme y tan constante
quiere morir, que muere porque quiere;
vivía con la vida de su amante,
y fiel á su pasión, con ella muere.

Activo, enamorado, violento,
náufrago ya, sin brújula ni estrella,
con el vivo puñal del pensamiento
se asesinó para morir con ella.

Y el mármol del sepulcro contemplando
con alma y vida, de alegría loco,
la densidad del mármol penetrando,
sintióse en él filtrar muy poco á poco.

El mármol con la carne confundiendo,
parece que uno en otro se fundía:
la carne se iba en mármol convirtiendo,
y algo de carne el mármol se volvía.

Su espíritu en los poros derramado,
lento y escaso se sumió primero;
mas luego se recoge, y, concentrado,
en el mármol, por fin, se vierte entero.

Y un sordo ruido de absorción se siente,
como el que hace al sorber seca la tierra:
no hiera el corazón tan tristemente
del ataúd la tapa que se cierra.

Después que hubo al sarcófago querido
transmigra de Honorio el pensamiento,
sólo se oyó en el mármol un quejido,
y un sollozo en la ráfaga del viento.

Así dió fin, tan triste y tan obscura,
esta historia, de amor y de ansias llena,
encerrando una misma sepultura
el criminal, el crimen y la pena.

Sólo un guarda infeliz, de espanto yerto,
se encontró, al despuntar del otro día,
un muerto, tan inmóvil como un muerto,
sobre un mármol que vivo parecía.

ESCENA V

LA PENITENCIA

LUGAR DE LA ESCENA: *Un cementerio*

PERSONAJES: PALACIANO.—HONORIO.—CORO DE ALMAS CELOSAS.—JESÚS EL MAGO

ARGUMENTO.—Libre Palaciano del secuestro, va á visitar la tumba de Soledad. Al verle, levántase sobre el mármol la sombra de Honorio, y empieza á sufrir la serie de padecimientos que le auguró Jesús el Mago.

No importa cuál, pero en la noche aquella
la luna destilaba, adormecida,
como una grande y moribunda estrella,
una especie de luz de la otra vida.

Honrando á Soledad, cuenta la gente
que de su tumba al pie vela algún mago;
y los guardas de allí creen firmemente
que en el mármol aquel flota algo vago.

Y algún misterio habrá, pues nadie ignora
que del fúnebre mármol se contaba
que al tacto de la brisa y de la aurora
como la estatua de Memmón vibraba.

En noche tan tranquila, ni un acento
del cementerio en derredor se oía,
la luna desde el alto firmamento
como un disco de plomo descendía.

En calma tal, Honorio, de repente,
se levantó del mármol vengativo,
viendo llegar á un hombre de ancha frente
de airoso porte y de mirar altivo.

Era su hermano ¡ay triste! el que veía,
que, libre del secuestro, en su impaciencia,
la tumba ver de Soledad quería,
con su amor exaltado por la ausencia.

De celos de ultratumba Honorio herido,
consternó con un ¡ay! el horizonte,
que, de un sepulcro en otro repetido,
el eco lo llevó de monte en monte.

Se acerca Palaciano, y cual si hubiera
turbado del sarcófago la calma,
un suspiro se oyó, como si fuera
un sollozo nacido de algún alma.

Y Honorio—«¡Atrás!—entre sentido y fiero
gritó con una voz que nadie oía;
—antes que á ella, á mí y al mundo entero,
y á mi madre y á Dios renunciaría.

«Los que, muertos de amor, sabéis mi historia,
venid el alma á ver más desdichada,
aquí, donde el martirio es una gloria,
mansión fatal de gente asesinada.»—

A su acento, por valles y por cumbres,
una legión de espíritus alados
chispearon, cual las rápidas vislumbres
de las tardes de estío en los sembrados.

Y nadando en suspiros, el ambiente
inundan en su curso vagaroso
los que llevan clavado eternamente
el aguijón del padecer dichoso.

Y al ver á Honorio de dolor transido,
casi vuelan felices á su lado
los que, al morir de celos, han sufrido
el odio del amor desventurado.

En el aire, por fin, envuelto en ira,
el fantasma de Honorio reverbera:
duda su hermano, retrocede, y mira
la sombra de su horrible calavera.

Era su misma imagen: Palaciano,
al verla, fué á gritar:—¡hermano mío!—
mas vió que aquella imagen de su hermano,
más que sombra, era un hueco en el vacío.

Y—¡un milagro!—exclamó. Después su imperio
perdiendo el infeliz sobre sí mismo,
abandonó cobarde el cementerio,
siendo un hombre ávezado al heroísmo.

Y Honorio prosiguió:—¿Quién ver podría
su sepulcro por otro profanado?
¡Atrás! porque, si no, me vengaría,
aun después de mil años de enterrado.

¿Nunca han de dar á un verdadero amante,
ni el mundo bien, ni paz la sepultura?
¡Un consuelo, un consuelo en este instante,
en que siento, en que toco la locura!—

Y hasta consigo el desdichado en guerra,
turbulento, iracundo, arrebatado,
blasfemando del cielo y de la tierra,
el pecho se golpeó, desesperado.

—¡Manda un ángel, buen Dios, en mi consuelo!—
exclamó Honorio; y cuando así exclamaba,
Jesús hacia su tumba, desde el cielo,
cual la sombra de un sueño se inclinaba.

Y dijo con la plácida indulgencia,
que la bondad con el rigor aúna:
—Penitencia, hijos mios, penitencia;
contra el orden de Dios no hay fuerza alguna.—

De almas celosas el doliente coro,
gimiendo aquí y allí los aires hiere,
cual si Jesús tuviese el ramo de oro
que manda á los fantasmas como quiere.

Y á su voz, cada espíritu tranquilo
buscó con humildad su sepultura,
volviendo á hallar en el sagrado asilo
el silencio, la paz y la frescura.

Y de nuevo Jesús dijo apiadado:
—Paciencia, Honorio, en el dolor, paciencia;
sufriendo tu destino resignado,
rescatará tu mal la penitencia.—

Calla Jesús; en el recinto santo
ni una sombra se ve, ni se oye un ruido;
solo Honorio, de pie, gime, entretanto,
en su prisión de mármol retenido.

Todo sigue después sin vida alguna;
el aire sordo, encapotado el cielo;
en el fondo del mar se hunde la luna,
y una negruzca luz rastrea el suelo.

Y Honorio, sus dolores sobrehumanos
aglomerando en su inmortal cariño,
cubriéndose la cara con las manos,
se quedó sollozando como un niño.

ESCENA VI

LA IDOLATRÍA

LUGAR DE LA ESCENA: *Un cementerio*

PERSONAJES: PALACIANO.—HONORIO.—CORO DE ESPÍRITUS
BUENOS.—CORO DE ESPÍRITUS MALOS

ARGUMENTO.—En la ceguedad de la idolatría, la opinión popular, fascinada por la generosidad de Honorio, le tributa honores casi divinos. Avergonzado de esta honra inmerecida, rompe Honorio, por gracia de Jesús el Mago, su prisión de mármol, y huye rodeado de espíritus.

—¡Un milagro!—repite al otro día
del cementerio en torno el pueblo unido.
¿Quién el torrente contener podía
de un vulgo en sus entrañas conmovido?

Exige el pueblo, de entusiasmo lleno,
que se tributen entre gozo y llanto
sufragios al mortal, honras al bueno,
y un *Te-Deum* por fin, al casi santo.

Ya á oír el panegírico se junta,
de la virtud de Honorio, el pueblo entero,
y en la capilla al cementerio adjunta,
canta el *Te-Deum*, en su honor, el clero.

Mas la sombra de Honorio, vengativa,
los vió llegar, de tan ingrato modo,
que lanzó una mirada tan activa,
que ella sola abarcara el mundo todo.

Cuanto más sin razón se vió ensalzado,
tanto más se vió Honorio despreciable,
y el lúgubre fantasma del pasado,
se alzó delante de él inexorable.

Llega el momento, al fin, que en aquel día
de Honorio el panegírico comienza;
mas él, al escucharlo, no podía
el peso soportar de la vergüenza.

—¡Bien haya Honorio!—el sacerdote exclama.
—Su nombre ha de brillar entre los nombres
que han venido á encender con pura llama
el santo amor de Dios entré los hombres.—

Y al ver que el sacerdote continuaba poniéndole de ejemplo á los humanos, Honorio, que leal, se despreciaba, cubrióse la cabeza con las manos.

Y solo, y abismado en su paciencia, en silencio después sufre el castigo de esa lucha infernal de la conciencia, que tiene á Dios tan sólo por testigo.

De Honorio el panegírico seguía: el público escuchaba placentero: lo mismo que su voz, cuando vivía, su nombre hace vibrar á un pueblo entero.

Mas al llegar ¡oh escándalo! á su oído del *Te-Deum* la música sagrada, el canto del honor no merecido pasó su corazón como una espada.

Mientras los hombres, con ferviente celo,
—A Ti, Señor, cantamos,—entonaban,
los ángeles gozosos desde el cielo
con sonrisa inefable se inclinaban.

Y en tanto que en su honor el canto oía,
—¡Miseria humanidad, que imbecil honra—
el desdichado Honorio prorrumpía
—á quien, cruel, la diezma y la deshonra!—

Y á coro con el místico concierto,
gritó, torva la faz y alta la mano:
—¿No oís la voz de Dios en el desierto?
¡Cain! Cain! ¿qué has hecho de tu hermano?—

¡Suerte fatal! El infeliz quería
su acento hacer oír; mas vano empeño;
su voz sonaba cual sonar podría
un suspiro lanzado en un ensueño.

Sólo arrullan á Honorio con sus quejas
los que, al cumplir su terrenal destino,
dejaron su virtud; cual las ovejas
la lana entre las zarzas del camino.

Los ámbitos llenando de la esfera,
así seguía el religioso canto:
—A Ti toda la tierra te venera;
á Ti todos te llaman Santo, Santo.—

Correspondiendo á tan sagrado celo,
admirados, alegres, rutilantes,
los ángeles circulan por el cielo,
cual formados de polvo de diamantes.

Los espíritus malos, de los buenos
envidiaban, gimiendo, la victoria;
y el canto continuaba:—Y están llenos
los cielos y la tierra de tu gloria.—

Con Honorio, entretanto, se lamentan
aquellos que, como él, han delinquido,
que hasta en la vida eterna se alimentan
del pasto de las lágrimas querido.

Le cercan los malditos por amores
con su aflicción, más que la dicha, amada:
esa aflicción tan dulce en sus dolores,
que no quiere jamás ser consolada.

Y el himno continuaba de esta suerte:
—Con tu sangre, Señor, nos redimiste,
y el aguijón rompiendo de la muerte,
las puertas de los cielos nos abriste.—

Oyendo de su Dios las maravillas,
miró Honorio hacia arriba fascinado,
y vió á Jesús orando, de rodillas,
en un trozo de cielo iluminado.

—«Permitidme—exclamó—que dignamente
sólo un pesar sin deshonra me vengas;
haced que un gran castigo me atormente,
mas no que me atormente la vergüenza.

«Dejadme que transmigre—le decía—
á otro dolor más grande y más eterno;
permitidme que escoja—prosegua—
algún rincón de dicha en el infierno.»—

Una mano de luz cruzó el ambiente,
de luz más clara que la luz febea,
y al tenderla hacia Honorio dulcemente,
benévolo Jesús le dijo:—Sea.—

Al *sea* de Jesús se oyó un chasquido,
y á Honorio que gimió; mas éste, á poco,
se sintió roto el mármol, desprendido,
y el aire hendió con el terror de un loco.

Y entre el tropel de la infernal balumba,
de sus honores sin honor huía,
como espectro que sale de la tumba,
sin sacudir la tierra todavía.

Todos, á poco, el cementerio dejan;
y en pos de Honorio, en tormentoso vuelo,
los rebeldes espíritus se alejan,
cual aves que se pierden en el cielo.

Completa soledad: se extingue el coro;
los devotos al fin desaparecen;
los ángeles también en nubes de oro,
ya fundidos en luz se desvanecen.

Sólo una voz de espanto y de agonía,
como en sueños, oía Palaciano,
que allá lejos, muy lejos, repetía:
—¡Cain, Cain! ¿qué has hecho de tu hermano?

ESCENA VII

EL CUERPO Y EL ALMA

LUGAR DE LA ESCENA: *Las cinco partes del mundo*

PERSONAJES: HONORIO.—EL CADÁVER DE CARLOS V.—LA INSURRECCIÓN DE LOS MUERTOS

ARGUMENTO.—En la eterna lucha de las dos naturalezas, física y moral, queriendo poseer el sepulcro de Soledad, piensa el espíritu de Honorio en volver de nuevo á la vida, animando el cuerpo de algún grande hombre, y se dirige á buscar los restos de Carlos V. El esqueleto del Emperador se espanta á la vista de un alma, y llevando la alarma á todos los ámbitos de la tierra, una multitud de espectros dan la vuelta al mundo, huyendo del espíritu de Honorio.

Lejos Honorio de la tumba amada,
ya del aire en las cóncavas regiones,
confusa entre la niebla su mirada,
las siluetas perdió de las visiones.

Duda, mira, se orienta, y de esta suerte
murmura en su espantosa pesadilla:
—¡Sí! quiero el odio que me dé la muerte;
mas no quiero el honor que así me humilla.—

Luego, del sol á un rayo moribundo,
ya del vacío en la región más baja,
ve el negro tul que pesa sobre el mundo,
cual manto que le sirve de mortaja.

Y piensa así, luchando con fiereza
contra el rigor de su destino adverso:
—¡Querer! ¡Tener! ¡Con gloria y con riqueza,
tendría de su tumba el universo!—

Y al penetrar en su memoria herida
el mundo de la tumba de su amante,
no se ha visto una pena parecida
á la pena pintada en su semblante.

Y continuó:—«¡Poder! ¡Cumplir el sueño
de conquistar el bien por que deliro!
¡Ser sin rival, de su sepulcro dueño!
¡Comprendo la ambición; la honro y la admiro!

¡Sentir! De dichas caminar sediento,
con odio ciego ó con amor profundo!
¡Saber! ¡O con un solo pensamiento
quemar, mover ó iluminar el mundo!

«¡Dame—añadía en su arrogante acceso.—
Atila, tu querer; tu ciencia, Dante;
Mahoma, tu sentir; tus arcas, Crespo;
tu universal poder, Carlos de Gante!»—

Y añadió:—Tomaré de alguna huesa,
de estos hombres de siempre la envoltura.—
Dijo, y voló hacia España, siendo presa
de una ardiente y terrible calentura.

De Carlos de Austria, ante la tumba, osado,
el cadáver llamó que reposaba,
y el cadáver se alzó como animado
por la vista de Honorio, que abrasaba.

Al verle el Rey, del panteón turbando
la no envidiada y envidiable calma,
—¡Que viene un alma!—dijo, y retumbando,
el eco respondió:—¡Que viene un alma!—

Carlos con ira, Honorio con respeto,
se contemplan y callan; mas al cabo,
dijo, mirando á Honorio, el esqueleto,
con gesto superior de rey á esclavo:

—«Del rey don Carlos, mi señor, ignoro,
si fui vaso de honor ó sambenito;
y el día que nací, que siempre lloro,
fué para mí entre todos el maldito.

»Del cuerpo el alma se convierte en dueña,
y es su ventura un insaciable anhelo;
si ama, es con fiebre; si se duerme, sueña:
para el cuerpo hay no ser, para ella hay cielo.

»Y el cuerpo, como el alma á Dios alaba,
y como ella su nombre lleva escrito;
de la choza más pobre hasta una aldaba
la puerta puede abrir de lo infinito.

»Libre el alma en obrar, de su miseria
ante Dios y los hombres nos acusa;
y es siempre para el alma, la materia,
de su eterno pecar, eterna excusa.

»Y cómo el cuerpo, á quien así se humilla,
le verá como amigo, cuando el hombre
no sabe respetarse ni en la arcilla
que honró su alma y que llevó su nombre?

»El Saber! Ignorantes nuestros dueños,
este cuerpo, que juzgan miserable,
matan á fuerza de vigilia y sueños,
tratando de explicar lo inexplicable.

»El Poder y el Tener! Si el oro es fuente
del gusto de hoy y el duelo de mañana,
con el poder el cuerpo es solamente
un mártir sin honor del alma humana.

»El Sentir y el Querer! Su furia es tanta
cuando se juzgan de su fuerza ciertos,
que en su honor el espíritu levanta
pedestales de ejércitos de muertos.

»La ambición de las almas! ¿Quién podría
realizar vuestras locas esperanzas,
y esa pasión tan llena de energía,
de delirios, de muertes y venganzas?

»Nunca, nunca los cuerpos fatigados
podríamos calmar vuestros afanes,
aunque fuésemos hechos y amasados
con candentes substancias de volcanes.

»Apártate de mí, que harto he sufrido:
como alma humana, la pasión te ciega.
Busca, si quieres ser, lo que no ha sido:
el polvo que fué ya, del ser reniega.»

Calla el espectro, Honorio, en su esperanza,
aun el cuerpo del Rey vestirse intenta,
y hacia el cadáver con ardor se lanza,
en la fiera ambición que le atormenta.

Huyendo de su nueva servidumbre,
con el terror que inspira el escarmiento,
voló del Guadarrama hacia la cumbre,
como polvo barrido por el viento.

Y el muerto, desde lo alto de la sierra,
dejando el mundo de la paz sin calma,
lanza, mirando en derredor la tierra,
este grito de horror:—¡Que viene un alma!—

Como suele el ¡alerta! misterioso
correr de centinela en centinela,
aquel ¡que viene un alma! pavoroso
de cementerio en cementerio vuela.

Con el terror que inspira el escarmiento,
creyéndose de un alma frente á frente,
surgiendo van cadáveres sin cuento,
al Norte, al Sur, á Oriente y á Occidente.

Dando alaridos, con furor levantan
mil espectros su pálida osamenta,
como las aves de la mar, que cantan
hacia el lado que ruge la tormenta.

De un pueblo al otro pueblo, no corría
la repetida voz, porque volaba,
y aquel ¡que viene un alma! parecía
la trompeta del juicio que sonaba.

Sonámbulo que corre sin conciencia,
cuanto más huyen de él, él más se irrita,
y ante abismo tan hondo de demencia,
Honorio con furor se precipita.

La madre tierra sacudió el regazo;
y entre esqueletos mil que echó esparcidos,
medios cuerpos se ven de un pie y un brazo,
de arriba abajo por mitad partidos.

Se ven cruzar de seres incompletos,
por aquí y por allí, las varias piezas;
fragmentos de fragmentos de esqueletos,
pies sin troncos y troncos sin cabezas.

Y hay brazos que se ignora lo que abrazan,
cual pegados á un ser que va invisible;
y manos cercenadas que amenazan,
y dedos que señalan algo horrible.

Y algunos vueltos, por los pies colgados
de las nubes, pendientes se columbran;
y hay cráneos que, de fósforo impregnados,
cual linternas diabólicas alumbran.

Y en zigzags pavorosos y sutiles,
huesos sueltos, de formas desiguales,
trazan líneas sin fin, como reptiles,
ya derechas, ya curvas, ya espirales.

Llenó ya el aire hasta los cuatro vientos
de esqueletos de muertos espantados,
furioso resonó con los acentos
de todos los lugares desolados.

Conforme los cadáveres huían
salvando pueblos y cruzando esferas,
circular por los aires parecían
alaridos de hiena, ayes de fieras.

Volando sin cesar, ya van lejanas
las playas de esa tierra que está llena
de rocas y de plantas africanas,
bosques de palmas y tostada arena.

De un hondo terremoto al traqueteo
se oye el suelo crujir, y en lo más alto,
el ruido que se oiría en el saqueo
de mil Romas tomadas por asalto.

El polvo que hombre fué surge abundante
de los fúnebres campos de batalla;
materia en frenesí, muy semejante
á la lava del cráter cuando estalla.

Cruzan la parte en que el escita mora,
y ven, pasando á la derecha mano,
los países del sol, donde se adora
la cruel trinidad del culto indiano.

Del Asia la región, de Honorio el alma
ve trasponer la caravana horrible,
mientras reina en el mar profunda calma,
mucho más que la cólera terrible.

Por la nueva región, que es de oro el suelo,
y es más que la ilusión encantadora,
cruzaron embriagados en su vuelo
por bosques de frescura abrasadora.

Y vuelven, trasponiendo al Oceano,
á la región de Europa, ardiente y fría,
helada en el invierno, y en verano
quemada por el sol del Mediodía.

Y al ver de Soledad la tumba amada,
lanza Honorio, gimiendo, un ¡ay! agudo;
va á seguir, ¡imposible! insiste, y ¡nada!;
mil veces fué á pasar, pero no pudo.

Y al fin, consigo de luchar cansado,
se paró más amante que rendido;
pues si al mundo dió vuelta el desgraciado,
no dió ni un solo paso hacia el olvido.

Ve una vez y otra vez la sepultura,
y descende, atraído hacia la tierra,
dejándose caer desde su altura,
como cae el alud desde la sierra.

Y allí vuelve á rodearle, fascinado,
de todas sus quimeras el cortejo;
pues tiene el hombre del amor cegado
sueños de niño en corazón de viejo.

Borra al fin con sus rayos esplendentes,
polvo, nieblas, fantasmas y rumores
el sol, para quien son indiferentes
los placeres del hombre y los dolores.

Y de nuevo otra vez, quietos ó activos,
el campo y la ciudad se ven cubiertos
de muertos que dudaban si eran vivos,
de vivos que no dudan que están muertos.

Y como es tan común en nuestra estrella
no ser constante el mal, ni el ruido eterno,
el día puso fin á toda aquella
babilónica noche del infierno.

ESCENA VIII

LA TRANSMIGRACIÓN A UN ÁRBOL

LUGAR DE LA ESCENA: *Un cementerio*

PERSONAJE: HONORIO

ARGUMENTO.— De vuelta al lugar de la tumba de su amada, Honorio se detiene y ascendiendo en la escala de la naturaleza física, transmigra al ciprés que da sombra al sepulcro de Soledad, y vuelve a creer en la posibilidad de su dicha.

Quiso Honorio seguir, pero ¡imposible!
De nuevo lo intentó, mas ¡nada! ¡nada!
Una atracción inmensa, irresistible,
le arrastró hacia la tumba de su amada.

Que huir de aquel sepulcro lamentable
el pobre no podía, ó no quería,
cegado por el fuego incomparable
que hasta los mismos soles fundiría.

Y así como el imán sigue al acero,
volvió a mirar la tumba, y al mirarla,
—¡Si no puedo—decía,—si no quiero,
si tengo tantas cosas que contar!—

Y el ciprés de la tumba contemplando,
fue Honorio, sus deseos más queridos
celoso entre sus ramas ocultando,
como ocultan los pájaros sus nidos.

Corría el viento, y el ciprés ondeaba,
y al mirarlos, dudaba el pensamiento
si es que el viento al ciprés acariciaba,
ó era el ciprés el que movía al viento.

—«Desde ese árbol—seguida,—ángel divino,
tus cenizas guardando encantadoras,
cual un genio invisible del destino,
por tí podré velar á todas horas.

»Los días, las semanas y los meses
veré pasar en tiernas confianzas,
y entre tumbas y adelfas y cipreses
en vez de olvido encontraré esperanzas.

»Te prestará el ciprés, la noche andando,
paz, calor y silencio; y por el día,
en las ramas los pájaros cantando,
todo en él será amor, luz y armonía.

»Propicia ya una vez la buena suerte,
después de tanto amor y pena tanta,
mi unión, acrisolada por la muerte,
será más que hasta ahora, augusta y santa.

»Allí—seguida Honorio,—allí, bien mío,
desde ese oculto y ondulante asiento,
te mandaré, estampado en el vacío,
mi último beso en mi postrer aliento.

»Coronando la hermosa sepultura,
ese árbol que ondulado baja y sube,
con mi amor, y su sombra y su verdura,
parecerá un edén sobre una nube.»—

Y ante la tumba, de esperanza llenos,
las verdes ramas del ciprés veían
aquellos ojos de león, serenos,
que rara vez los párpados cubrían.

Y transmigrando á una segunda vida,
volando hacia el ciprés, los aires hiende,
y su sombra, ya á plomo suspendida,
cual nevada de luz, sobre él se tiende.

Llega el alma cual brisa que se queda,
y después de quedarse no se mueve;
luego en el centro del ciprés se hospeda,
y fluyendo sutil, en él se embebe.

El rostro, que primero va filtrando
por dentro del ciprés, se eleva al cielo:
son sus brazos dos ramas, y es, bajando,
cada pie una raíz que horada el suelo.

Y ya en savia su sangre convertida,
en torno circulando, sube y baja,
y Honorio en fácil curso, así se anida,
de su dolor cambiando la mortaja.

Y fluye, y fluye, y tras de mil congojas
realiza en el ciprés su amante objeto,
pues su cuerpo de tronco, y dedos de hojas,
forman ya un hombre vegetal completo.

Después de ser un mármol que vivía,
un árbol llega á ser, que vive y siente;
así en ciprés se convirtió aquel día,
cual Dafne y Biblis en laurel y en fuente.

Y cuando Honorio vió, sintiendo frío,
que en carne del ciprés se fué volviendo,
en su pecho esperó que, cual rocío,
el silencio y la paz fuesen cayendo.

Mas todo era ilusión, porque su estrella
le hace, aumentando su inmortal cuidado,
hasta en la tumba, y hasta al lado de ella,
y hasta amando sin fin, desventurado.

¡Pobre Honorio! En sus locos desvarios,
soñando en ser feliz, piensa, inocente,
que ya de Soledad los restos fríos
quemándole estarán eternamente.

ESCENA IX

LO QUE DICEN LOS ÁRBOLES

LUGAR DE LA ESCENA: *Un cementerio*

PERSONAJES: HONORIO, CONVERTIDO EN CIPRÉS

ARGUMENTO.—Como tal vez todo lo que vive siente, Honorio, convertido en ciprés,
habla de su amor á Soledad. Se evocan todos los espíritus que, como Honorio, parecen gemir
transmigrados en árboles.

Lo que dice en el árbol embebido,
amante Honorio, de la tumba al hueco,
lo devuelve la tumba repetido
con la marcada exactitud de un eco.

—¡Ya de ti estoy—á Soledad decía—
hasta el día del juicio, frente á frente,
y esperándote así me aguardaría
mil años, y otros mil, y eternamente!

—Oye—seguía, revelando el duelo
de sus tiernos combates interiores,—
por verte vine aquí, cual van al cielo
volando los aromas de las flores.—

Ya es Honorio, cual veis, árbol que siente,
después que ha sido ya mármol sensible:
¿será este mundo real tan solamente
el velo de otro ser que esté invisible?

¡Ay, sí! ¿Quién sabe si, de angustias locas,
las almas que echa Dios al purgatorio,
convertidas en árboles ó en rocas,
nos hablarán también, como habla Honorio?

Estos ecos, que turban mi conciencia,
salvando de ambos mundos el abismo,
¿ejercen sobre mi alma una influencia
ignorada del mundo y de mí mismo?

¿Será cierto el placer ó el desencanto
de nuestros sueños tristes ó risueños?
¡Quién me diría á mí, que sueño tanto,
que acaso son verdad mis largos sueños!

—¿Tal vez porque estás sola y enterrada
sientes dolor?—Honorio proseguía.—
Si yo pudiera consolarte, nada
á las dichas del cielo envidiaría.—

Calla Honorio, y con lánguido abandono,
remedando el ciprés su triste acento,
resuena como el arpa, cuando el tono
en que templada está, susurra el viento.

¡Santos recuerdos de mi amor difuntos;
ya sé por el ciprés que esa alma anida,
que sois, uno por uno, ó todos juntos,
invisibles testigos de mi vida!

Ya, á costa de mi vida he presentado
que, al través de este mundo tenebroso,
en torno de lo claro y definido,
vuela algo indefinible y misterioso.

Sin duda no ve el mundo aletargado,
más bien que al alma, á su sentido atento,
ese otro mundo de ideal soñado,
por fatiga, indolencia ó desaliento.

¡Oh inspiración del alma candorosa!
¿Cuántas veces á mí, quiera ó no quiera,
divina una atracción, siempre imperiosa,
de la terrestre acción me empuja fuera!

La tumba contemplando embebido,
Honorio continuaba:—No te alejes;
temo, al verte dormida en ese nido,
que un soplo te despierte y que me dejes.

»Eternamente gemiré á tu lado,
para ti vivo y para el mundo muerto:
estaré en el ciprés siempre encantado,
dormido á todo, y para ti despierto.»—

Y esclavo satisfecho del ambiente,
después que esto el espíritu decía,
al impulso del aire mansamente,
moviéndose el ciprés, iba y venía.

Y mientras tanto que el ciprés, sombrío,
gemidos esparcía solitarios,
arrebatado Honorio, en el vacío
sus besos estampaba imaginarios.

Y si de hablar, para gemir, cesaba,
el ciprés parecía que, ondulando,
en un mental monólogo quedaba,
en silencio las hojas agitando.

¿Si quejas, como Honorio, le darian
á mi alma joven, de ventura escasa,
cuando á impulsos del aire se movían
los árboles del huerto de mi casa?

Al gozar de la sombra encantadora
de este árbol que mi padre plantó un día,
¿cuántas cosas, Dios mío, entiendo ahora,
que entonces, pobre niño, no entendía!

¿Será un eco el ciprés de mi ventana
del acento del padre idolatrado,
del triste adiós de la difunta hermana,
del ¡ay! del ser de pena asesinado?

Sin duda á todo amante que padece,
en nombre de los muertos y los idos,
de algún Honorio el alma les ofrece
grato festín de encantadores ruidos.

¡Vosotras sois, visiones gemidoras,
las que en forma de céfiros alados,
pasando despertáis á todas horas
estos ojos al sueño no cerrados!

Vosotras al perdido caminante
le anunciáis, susurrando, su destino,
con la voz de la madre ó de la amante,
desde el árbol del borde del camino.

¡No mi pena aumentéis, sombras queridas;
pues por no hallar olvido en mi quebranto,
desgarro con mis manos mis heridas,
de sangre apacentándome, y de llanto!

¡Espíritus de Honorios, tentadores,
dejadme por piedad, dejadme un poco;
que al ver almas gimiendo hasta en las flores,
más bien que alucinado estoy ya loco!

¡Recoge, oh noche, el manto en que se anida
tanto rumor, que soportar no puedo!
¡Sol, que alumbras las sendas de mi vida,
dame luz, dame luz, que tengo miedo!

ESCENA X

EL ALMA DESTERRADA

LUGAR DE LA ESCENA: *El cielo*

PERSONAJE: SOLEDAD

ARGUMENTO.— Ve Soledad desde la gloria el amor de Honorio, y en castigo de pensar en redimirle bajando al mundo, es desterrada del cielo, á cuya puerta queda de rodillas pidiendo luz para poder ver la tierra.

Con sobrehumana intuición presente
Soledad, desde el cielo donde mora,
que la ama Palaciano dulcemente,
mientras que Honorio con furor la adora.

Y sabe que uno loco, y otro amante,
un amor la profesan verdadero:
Palaciano tranquilo y vacilante,
sensual Honorio, arrebatado y fiero.

Leal y agradecida, allá en su mente
piensa en los dos, y por entrambos ora;
mas ella, en cuanto á afectos, sólo siente
el placer de hacer bien, que la enamora.

Son ellos y ella, en el amor humano,
ella, lo que hay en el amor de eterno;
las pasiones del mundo, Palaciano,
y Honorio, los ardores del infierno.

La amaba el uno, el otro la adoraba;
pero ella, sin pasión, era tan buena,
que en otra vida de dolor soñaba,
de abnegación y sacrificios llena.

Piensa de Honorio en el suplicio horrendo,
y á sí misma, pensando, se decía:
—¿Debo yo redimir su alma sufriendo,
pues sufre el infeliz por causa mía?—

Por lástima (y quién sabe!), por ternura
se enciende su bondad en vivo cielo:
¿podrá ser que, á pesar de su ventura,
tenga también sus vértigos el cielo?

Goza el supremo bien; mas de manera,
que unas veces sintiendo, otras pensando,
su ventura, en la gloria, es tan austera,
que recuerda el dolor, de cuando en cuando.

—:Por qué seré de Honorio tan querida?
pregunta á su razón su ánimo inquieto:
¿casta flor en los bosques escondida,
que no está de su encanto en el secreto!

Cuantos incienso á la virtud quemamos,
la pureza ensalcemos de su llama;
¿más noble que penar por el que amamos,
es sufrir por el pobre que nos ama!

¡Oh! ¿Si dichosa redimir pudiera
al infeliz que por su amor sufría,
á ganar con mil vidas que tuviera
otro cielo, y mil cielos, volvería!

De Soledad el pecho, ni en la gloria
de afectos de piedad se encuentra lleno,
pues sólo le consuela la memoria
del santo alivio del dolor ajeno.

Pero una vez, más que otras, que al amante
bajó, soñando, á redimirlo al suelo,
los ojos Soledad cerró un instante...
y al abrirlos se halló fuera del cielo.

¿Qué falta cometió?—Llamó, atrevida,
un amor de la tierra á su memoria;
¿quién lleva al centro de la eterna vida
pensamientos indignos de la gloria!

Transmigando por ella, y de amor muerto,
de Honorio, el infeliz, pensó en el nombre;
pensó tan sólo en redimirle, es cierto;
pero al fin Soledad pensó en un hombre.

Al verse de los cielos desterrada,
rezó con santa devoción el credo;
después miró hacia el mundo, y, espantada,
no viendo luz, se santiguó de miedo.

Hallando el cielo en derredor sombrío,
la creación miró desde su altura;
mas sólo halló su vista en el vacío
la noche de una inmensa sepultura.

Y al cielo, en cruz, por el amor de Cristo,
le pide un rayo de su luz brillante:
¿cómo ha de ver el sol la que ya ha visto
la verdadera luz un solo instante?

Mientras, ciega, en sus horas solitarias,
en vano los espacios escudriña,
repite fervorosa las plegarias
que le enseñó su madre siendo niña.

Sondeando los abismos tenebrosos,
pensó, miró, volvió á pensar, y luego
vió con ojos tan grandes como hermosos
que, del cielo al salir, todo está ciego.

Mientras los ojos Soledad tenía
en la profunda obscuridad clavados,
á la puerta del cielo parecía
una estatua con ojos animados.

Ni el sitio ve donde la planta asienta;
y hasta el sol, allá abajo suspendido,
con luz, como la tierra, cenicienta,
parecía también casi extinguido.

La pobre Soledad, de cuando en cuando
aun se vuelve hacia el sol; mas no ve nada,
y parece decir, como soñando:
—¿Por qué siempre seré desventurada?—

Por culpas de otro á padecer comienza,
y llora el mal de la primera herida,
la que no tiene que sentir vergüenza
ni de un solo momento de su vida.

Y ciega y aterrada y sin consuelo,
en aquel limbo, sin dolor, sombrío,
sin frío ni calor, fuera del cielo,
siente ya ideas de calor y frío.

Aguarda y tiene fe; mas nada alcanza.
Y á Dios, que sordo está, ¿qué le pedía?
Ni entereza le pide, ni esperanza;
un rayo solo de la luz del día.

De lejos mira atravesar, dolientes,
las sombras de los coros celestiales,
pues cerraban el cielo transparentes,
así como unas nieblas ideales.

Y un grave son de música sagrada
pasar dejaba á su avariento oído
la puerta, por un ángel mal cerrada,
de aquello que nos es desconocido.

Y sus ensueños de piedad febriles
encomiando con frases de ventura,
la arrulla un coro de almas juveniles,
himnos de amor cantando y de ternura.

Su destierro lamentan aterradas,
las vírgenes de paz que no han sufrido;
mas la admiran las almas desoladas,
que han amado, llorado y padecido.

Y unas y otras, en santas melodías,
enviándola palabras de consuelo,
el Trisagio cantaban, que Isaias,
feliz desde la tierra, oyó en el cielo.

Y el canto que se eleva al Dios augusto,
de este modo alentaba su paciencia:
—Y sabio y poderoso y bueno y justo;
nuestra maldad perdona tu clemencia.—

Oyendo el canto con ferviente celo,
mientras llega la luz, que tanto tarda,
sola, á la puerta del perdón del cielo,
como una pobre de pedir aguarda.

Y seguía la noche; y mientras puras
dos lágrimas surcaban sus mejillas,
se quedó Soledad sola y á obscuras,
á la puerta del cielo, de rodillas.

ESCENA XI

CASTIGO DE DIOS

LUGAR DE LA ESCENA: *Entre el cielo y la tierra*

PERSONAJES: SOLEDAD.—JESÚS EL MAGO.—HONORIO

ARGUMENTO.—Desterrada Soledad á la puerta del cielo, invoca el nombre de Jesús Mago. La reverberación que produce la presencia de éste, le permite ver el mundo, á tiempo que caía sobre él una tempestad. Soledad baja envuelta en un rayo, y destruye sus propias cenizas, Honorio la maldice. Caen otro rayo, que incendia el ciprés. Honorio sale de entre el árbol incendiado y huye de aquel sitio.

Falto de luz, ajeno de reposo,
de Soledad el corazón sumiso,
ya empezaba á sentir cuánto es costoso
el ganar para otro un paraíso.

Jamás, después de Dios, de afectos lleno,
pudo un celeste amor llegar á tanto:
purgar la propia falta es noble y bueno;
mas pagar culpas de otro es bueno y santo.

A obscuras, sola, y de dolor transida,
se acuerda de Jesús, y en su amargura,
se siente á este recuerdo estremecida
de esperanza, de gozo y de ternura.

Y «ampárame», pensó.—Jesús, llegando
puso término al fin á sus clamores;
pues, su frente de luz reverberando,
de él un foco salió de resplandores.

Curar á Honorio de su amor quería,
y al ver su propia tumba, ella pensaba
que extinguiendo su cuerpo, extinguiría
la causa del amor que le abrasaba.

Sobre la tierra su furor pasean
en sorda tempestad los elementos,
y desde el Norte al Sur chisporrotean,
como un árbol de pólvora, los vientos.

Mira al mundo, que á trechos parecía,
en partes encendido, en partes ciego,
porque sobre él á la sazón caía
una tromba infinita de agua y fuego.

Ve una chispa á sus pies que nace y crece;
suena un trueno, la envuelve una centella,
se mete entre su luz, y resplandece
el rayo, como nunca, al entrar ella.

Y Soledad, en rayo transformada,
de sus restos mortales en acecho,
á la tierra bajó, como sentada
en un trozo de sol, pedazos hecho.

Y al caer, su sepulcro calcinando,
ni en él dejó de sus cenizas huella,
y luego hacia el ciprés su vuelo alzando,
ángel subió la que bajó centella.

Por más que Honorio á Soledad veía,
no estaba aún de la verdad seguro,
porque aquella mirada parecía,
más bien que de mujer, de un ángel puro.

La frente, aquella frente recordaba
de Soledad; mas sus pupilas bellas,
húmedas otro tiempo, hoy las hallaba
sosegadas y enjutas como estrellas.

Aunque era Soledad, no parecía
la misma Soledad que él tanto llora;
él amó más que á un ángel todavía,
pues amó á una mujer encantadora.

Al estrago fatal de la centella,
Honorio, eternamente altivo y tierno,
extintas viendo las cenizas de ella,
dió un grito que era un eco del infierno.

Y al bárbaro fragor perdió, aturdido,
de su razón la varonil firmeza,
cual si le hubiese, horrisono, partido,
el retumbar de un trueno, la cabeza.

Sus ojos como llamas relucían
de la noche á los lúgubres destellos;
y crespos por la ira, parecían
manojos de serpientes sus cabellos.

Mientras, causando universal espanto,
le envuelve de volcanes una nube,
el corazón de Honorio es, entretanto,
llama voraz, que del infierno sube.

Y como Honorio, en su furor, vertía
de injurias y denuestos un torrente,
estaba Soledad como estaría
la tórtola mirando á una serpiente.

Y tanto mal á Soledad desea,
forjando de venganza atroces planes,
que Dios, por castigarle, le rodea
de una explosión completa de volcanes.

Y arde el ciprés, y con mortal desmayo
ella lo mira, mientras que él, paciente,
un rayo ve caer, tras otro rayo,
con la altivez de un rey, sobre su frente.

Como estatua de mármol derribada,
de hinojos, Soledad llora sus duelos,
llamando sobre Honorio, resignada,
las bendiciones todas de los cielos.

Y al salir de las llamas abrasado,
ella le mira consternada y tierna,
y él la dice, de cólera cegado:
—¡Que caiga en ti la maldición eterna!—

Y escapa Honorio, entre espantado y fiero,
del seno de las llamas desprendido,
como hombre que ha ofendido al mundo entero,
y que aborrece al mundo que ha ofendido.

ESCENA XII

LA LLUVIA DE ESPERANZAS

LUGAR DE LA ESCENA: *Delante del sol*

PERSONAJES: JESÚS EL MAGO.—HONORIO

ARGUMENTO.—Honorio pide consejo á Jesús el Mago, el cual le dice que obre con arreglo á su conciencia. Jesús el Mago sube al trono del sol, desde donde vierte, al amanecer, una lluvia de esperanzas. Descripción del amanecer. Invocación á Jesús el Mago, como dispensador de las esperanzas.

Viendo siempre la ex tumba de soslayo,
prosigue Honorio su aturdido vuelo,
y encima ya de la región del rayo,
se encuentra cara á cara con el cielo.

Y avanza inquieto, y cuanto más avanza,
la causa mira más de sus pesares,
como el pobre proscrito cuando lanza
la postrera mirada á sus hogares.

Y viendo Honorio que Jesús atento
le contemplaba triste y apacible,
—¿Qué haré—le dijo con amargo acento—
hoy que el bien para mí es ya imposible?

—«Ten fe—dijo Jesús,—en Dios confía,
y no será tu desventura tanta,
pues al bien puede unirte todavía
alguna mano cariñosa y santa.

»Tu gusto, aun transmigrando, será el mío;
sea el juez de ti mismo tu conciencia:
obre primero, Honorio, tu albedrío;
que después ya obrará la Providencia.»

*Dice Jesús, y por los aires sube,
cual blanco grupo de vapor fulgente,
como yendo á esperar, de nube en nube,
al sol, que se elevaba lentamente.*

Y vió Honorio después que, al sol llegando,
iba del alba entre la luz primera,
semillas de esperanzas arrojando
en su marcha triunfante por la esfera.

Y es que Jesús las esperanzas vierte
ante el trono del sol, de Cristo en nombre,
desde el gran día en que rompió su muerte
la servidumbre universal del hombre.

Por eso, ya á granel, ya de una en una,
vierte, hechas luz, en nombre del Ungido,
esperanzas de gloria y de fortuna,
de fe, de amor, de libertad y olvido.

Era la hora en que del alba el velo
de una noche de horror borra las huellas
y ya el sol, ascendiendo por el cielo,
recogía á su paso las estrellas.

Honorio, en esperar siempre remiso,
de su vida de amor desesperado,
se oculta en el crepúsculo indeciso,
entre el sol y la sombra colocado.

Y conforme la lumbre los colora,
despojándose van los horizontes
de esos velos de gasa que á la aurora
se arrollan á las faldas de los montes.

Alegre el mirlo, al alba saludando,
ya á la cima del árbol se encarama,
y tras de una canción otra entonando,
canta y salta á la vez de rama en rama.

Del lecho de sus únicos amores
las zagalas en paz se alzan tranquilas,
pues la luz anunciando á los pastores,
mueven las vacas su collar de esquilas.

Y empieza el humo á circular ligero
desde el hogar de la feliz cabaña,
y ya una vez el canto del jilguero
el eco repitió de la montaña.

Y en tanto que Jesús cruza la esfera
entre la sombra y el confin del día,
se oculta Honorio, sin mirar siquiera
la lluvia de esperanzas que caía.

Y murmuró por fin.—Se acabó todo;
perdiendo á Soledad, todo lo pierdo:
pensaré siempre en ella, y de este modo
viviré, aunque infeliz, con su recuerdo.—

Y por última vez mira á la tierra,
y el negro rumbo de la noche toma,
y por no ver ni aun esperanzas, cierra
sus ojos de león y de paloma.

Y entretanto Jesús vierte, cernidas,
semillas de esperanza y de contento
por entre nubes, que, del alba heridas,
cual copos de algodón esparce el viento.

¡Feliz mil veces tú, Jesús bendito,
que el santo honor por Jesucristo alcanzas
de cruzar ante el sol el infinito,
derramando semillas de esperanzas!

Sembrando el aire, cual tu Dios fecundo,
de ensueños, esperanzas y consuelos,
urbem et orbem, la ciudad y el mundo,
bendices desde lo alto de los cielos.

Tú de la aurora la naciente risa,
trayendo dicha, á nuestra puerta llamas
con voz como el susurro de la brisa
cuando besa las puntas de las ramas.

De nación en nación, de gente en gente,
derrama tu piedad tanto consuelo,
que al que se cree maldito eternamente
echas sobre él la bendición del cielo.

Tú das valor al que á vivir empieza;
fe á los que sufren, ilusión al que ama;
al pobre la esperanza de riqueza;
al débil, de poder: al vil, de fama.

Yo también, porque alivies mis desvelos,
de Cristo en nombre, mi oración te envío;
acuérdate, al sembrar tantos consuelos,
de este rincón del mundo, Jesús mío.

Por ti el que pierde su esperanza, y llora,
y reza al comenzar de la velada,
la pérdida esperanza, con la aurora,
se encuentra, al despertar, sobre la almohada.

¡Yo no aguardo esperanzas ni alegrías;
mas por la sangre pura del Ungido,
manda á esa bendición que tú me envías
que me traiga la dicha del olvido!

JORNADA TERCERA

ESCENA XIII

LA TRANSMIGRACIÓN Á UN ÁGUILA

LUGAR DE LA ESCENA: *En las nubes*

PERSONAJES: HONORIO.—UN ÁGUILA

ARGUMENTO.—Cansado Honorio de la dicha del reposo, subiendo más en la escala de los seres, transmigra á un águila.

El verdadero amor nunca sosiega,
y así el bien como el mal á todo alcanza;
como el castigo á toda falta llega,
le llega á cada pena su esperanza.

Honorio, en aquel caos sepultado,
principio de la noche y fin del día,
en vano, en sus memorias abismado,
cara á cara el fastidio desafia.

Sobreexcitando su inmortal quimera,
su eterna aspiración á ser dichoso,
en transmigrar pensó por vez tercera,
cansado de la dicha del reposo.

Buscando un ser para su nueva historia,
puso Honorio, por fin, sus asechanzas
sobre un águila, símbolo de gloria
de los pueblos que viven de matanzas.

Y aguarda un día y otro á que altanera
el águila caudal cruce á su lado,
como el que vuelto hacia la mar espera
el regreso del barco deseado.

De transmigrar de nuevo ya anhelante,
la ve como el que afila su mirada,
cuando, atrevida, el cielo cruza errante
con sus aires de reina destronada.

Viendo una vez su brillo de topacio,
cual descende el halcón sobre su presa,
Honorio, tras del águila, el espacio,
como descarga eléctrica, atraviesa.

Sigue al pájaro el alma diligente,
y al verse, gime Honorio y grita el ave,
ella con voz aguda y estridente,
y él con la voz ya lúgubre, ya grave.

Al águila en sus giros caprichosos
persigue Honorio, y persiguiendo aterra
al ave á quien los pueblos belicosos
escogen por enseña de la guerra.

El fantasma y el águila luchando,
se persiguen, se acosan y se acechan,
y haciendo inmensos círculos, volando
poco á poco sus órbitas estrechan.

El ruido extraño que luchando hacían,
lúgubre Honorio, el águila estridente,
confundidos, un grito producían
parecido á la risa de un demente.

Con el fantasma el pájaro revuelto,
si avanza el uno, el otro se retira,
y ve éste al fin que, por el alma envuelto,
hecha nube, la aspira y la respira.

Hasta el pulmón el pájaro acosado
por un vapor que respirar no quiere,
con el pico torcido y acerado,
al fantasma picando, el viento hiere.

De nación en nación, de gente en gente,
derrama tu piedad tanto consuelo,
que al que se cree maldito eternamente
echas sobre él la bendición del cielo.

Tú das valor al que á vivir empieza;
fe á los que sufren, ilusión al que ama;
al pobre la esperanza de riqueza;
al débil, de poder: al vil, de fama.

Yo también, porque alivies mis desvelos,
de Cristo en nombre, mi oración te envío;
acuérdate, al sembrar tantos consuelos,
de este rincón del mundo, Jesús mío.

Por ti el que pierde su esperanza, y llora,
y reza al comenzar de la velada,
la pérdida esperanza, con la aurora,
se encuentra, al despertar, sobre la almohada.

¡Yo no aguardo esperanzas ni alegrías;
mas por la sangre pura del Ungido,
manda á esa bendición que tú me envías
que me traiga la dicha del olvido!

JORNADA TERCERA

ESCENA XIII

LA TRANSMIGRACIÓN Á UN ÁGUILA

LUGAR DE LA ESCENA: *En las nubes*

PERSONAJES: HONORIO.—UN ÁGUILA

ARGUMENTO.—Cansado Honorio de la dicha del reposo, subiendo más en la escala de los seres, transmigra á un águila.

El verdadero amor nunca sosiega,
y así el bien como el mal á todo alcanza;
como el castigo á toda falta llega,
le llega á cada pena su esperanza.

Honorio, en aquel caos sepultado,
principio de la noche y fin del día,
en vano, en sus memorias abismado,
cara á cara el fastidio desafia.

Sobreexcitando su inmortal quimera,
su eterna aspiración á ser dichoso,
en transmigrar pensó por vez tercera,
cansado de la dicha del reposo.

Buscando un ser para su nueva historia,
puso Honorio, por fin, sus asechanzas
sobre un águila, símbolo de gloria
de los pueblos que viven de matanzas.

Y aguarda un día y otro á que altanera
el águila caudal cruce á su lado,
como el que vuelto hacia la mar espera
el regreso del barco deseado.

De transmigrar de nuevo ya anhelante,
la ve como el que afila su mirada,
cuando, atrevida, el cielo cruza errante
con sus aires de reina destronada.

Viendo una vez su brillo de topacio,
cual descende el halcón sobre su presa,
Honorio, tras del águila, el espacio,
como descarga eléctrica, atraviesa.

Sigue al pájaro el alma diligente,
y al verse, gime Honorio y grita el ave,
ella con voz aguda y estridente,
y él con la voz ya lúgubre, ya grave.

Al águila en sus giros caprichosos
persigue Honorio, y persiguiendo aterra
al ave á quien los pueblos belicosos
escogen por enseña de la guerra.

El fantasma y el águila luchando,
se persiguen, se acosan y se acechan,
y haciendo inmensos círculos, volando
poco á poco sus órbitas estrechan.

El ruido extraño que luchando hacían,
lúgubre Honorio, el águila estridente,
confundidos, un grito producían
parecido á la risa de un demente.

Con el fantasma el pájaro revuelto,
si avanza el uno, el otro se retira,
y ve éste al fin que, por el alma envuelto,
hecha nube, la aspira y la respira.

Hasta el pulmón el pájaro acosado
por un vapor que respirar no quiere,
con el pico torcido y acerado,
al fantasma picando, el viento hiere.

Sintiendo el doble afán que sentiría
el que aspirase un alma en un aliento,
vió el ave que por grados adquiría
vida, instinto, pasión, casi talento.

Y Honorio, al transmigrar, ve con encanto
más aire y luz, más infinito el cielo,
mientras se siente el águila, entretanto,
superior á sí misma por el vuelo.

Rey uno de otro, y á la vez vasallo,
juntos los dos en transfusión suave,
cual se encarna el centauro en el caballo,
de Honorio el alma se encarnó en el ave.

Y de un alma ya el águila animada,
lanza de gozo y de victoria un grito,
atravesando audaz con la mirada,
y casi en un momento, lo infinito.

Como pájaro humano, á todo excede
en pensar y en volar, pues nadie sabe
lo que puede pensar, y volar puede,
un espíritu de hombre en cuerpo de ave.

Dueño ya Honorio del león alado,
después de tanto esfuerzo y pena tanta,
con cierta especie de chirrido hablado,
del amor imposible el himno canta.

ESCENA XIV

LO QUE CANTAN LAS AVES

LUGAR DE LA ESCENA: *En todas partes*

PERSONAJE: HONORIO, CONVERTIDO EN ÁGUILA

ARGUMENTO.—Canta una golondrina, como Honorio, el himno del amor imposible.—Honorio, convertido en águila, vierte flores sobre el lugar donde estuvo la tumba de Soledad.—Descripción del crepúsculo de la tarde.—Cesa con la venida de la noche el canto de las aves.

Ya entre enjambres de espíritus camina,
hecho un águila, Honorio, y entretanto,
una gárrula y mansa golondrina
me aturde con la jerga de su canto.

Si este pájaro hablase, ¿qué diría?
nos diría que al alba se levanta,
y que, gimiendo hasta acabarse el día,
del amor imposible el himno canta.

Diría que es un alma que, á otra amando,
ni dió en la vida paz, ni halló contento,
y que, aun febril, volando y más volando
descansa en el eterno movimiento.

Diría que, por culpas que ella sabe,
la hizo Dios un espíritu sin nombre,
y que en su idioma rítmico, aunque es ave,
charla, grita y dialoga como el hombre.

Diría, en fin, que su desdicha es tanta,
que, después de morir, vive gimiendo;
que también, como Honorio, el himno canta
del amor imposible, así diciendo:

—«¡Bendita sea el alma que no sabe
sobrevivir á una ilusión perdida,
y luego muerta, y transmigrada en ave,
canta el amor de su primera vida!

»¡Bien haya la pasión del ser bendito
que sueña que algún día, sin cuidados,
allá entre el esplendor de lo infinito
sus votos colmará nunca saciados!

«Bendita el alma, á la que, siempre pura,
la tentación de lo ideal acosa:
que embebida en sus sueños de ventura,
nada encuentra feliz, y así es dichosa!

»¡Bien haya el que, en su dicha desdichado,
quiere á su ingrato amor porque le quiere,
y que acaba la vida resignado,
bendiciendo al ingrato por quien muere!

»¡Dichoso el que por sueños de mañana
no halla hoy placeres ni ventura cierta,
pues sólo hay dicha para el alma humana
mientras soñando está que está despierta!»—

Es imposible amor así cantando,
golondrina locuaz; caerás rendida,
como en su cuerno de marfil Rolando
gastó su fuerza hasta acabar la vida.

No importa: canta así, pues tus amores
escucho con tal fe, que no me extraña
que sólo por las aves y las flores,
tenga el palacio envidia á la cabaña.

A tus abuelos, como á ti, volando,
vi en torno de mi cuna siendo niño;
¡cuánto recuerdas á mi amor, charlando,
de mi madre los brazos y el cariño!

¿Serás la misma tú que á mi ventana
escuché tantas veces extasiado,
cuando al compás de tu canción, mi hermana
se columpiaba á un lado y á otro lado?

Tu fuente inagotable de ternura
derrama en torno mío, ¡oh golondrina!
canta más, melodiosa criatura,
azul reflejo de la luz divina.

Cuando vea en otoño tristemente
que tu nidada hacia el Egipto pasa,
te diré que no olvides en Oriente
el nido del alero de mi casa.

Di á tus hijos que vengan algún día
á proseguir tu interrumpido canto
á este albergue, en que reina la alegría
del continuo festín del libro santo.

Y díles que tu pena aquí en mi pecho,
como en el tuyo, siempre halló morada;
que jamás desoida fué en mi techo
tu redicha canción, nunca imitada.

Porque causa tu voz tan tierno encanto,
que escucha Honorio tu canción divina,
mientras rendido con mortal quebranto,
entre enjambres de espíritus camina.

Paseando con olímpico denuedo
su amor eterno y su inmortal constancia,
vuela y vuela, cual pájaro, sin miedo,
el tiempo suprimiendo y la distancia.

Él, que, obcecado por la vez tercera,
de piedra en árbol transmigrando, lucha,
ya águila al fin, del ritmo de la esfera
el eco, cual Pitágoras, escucha.

De Soledad, volando, presentía
en dónde el sitio de la tumba estaba,
y sin duda el lugar reconocía
por el santo perfume que exhalaba.

Y círculos y círculos describe,
y circulando así, jamás se ausenta
de un cierto punto azul, donde se vive
en paz mientras que ruge la tormenta.

Como alma que su hermana anda buscando,
ya una vez y otra vez, cual de pasada,
sobre la ex tumba una mirada echando,
jamás por el dolor escarmentada.

Y excepto de su voz algún gemido,
pensando ver el alma que no olvida,
son sus ojos el único sentido
en que voraz reconcentró su vida.

A veces, al mirar, tras corta ausencia,
de Soledad la ex tumba, un ¡ay! exhala,
y derrama jazmines de Valencia
y rosas de los huertos de Bengala.

Y en tanto que entre espíritus camina
Honorio, y sin llorar, se ahoga en llanto,
la gárrula y flotante golondrina,
para llorar también, cesó en su canto.

Y es que llega la noche, y no gorjean
las aves su canción en torno mío,
porque ya las estrellas centellean
del alto cielo en el azul sombrío.

Por la luz del crepúsculo asaltados,
ya bajando los pájaros el vuelo,
descienden á los bosques y á los prados,
como flores caídas desde el cielo.

La noche avanza, y á esparcir empieza
los coros de las pobres avecillas,
como al traer otoño su tristeza,
sus brumas y sus hojas amarillas.

Ya al aura de la tarde, que fluyendo
se perfuma por bosques de rosales,
los árboles se inclinan, como oyendo
misteriosos conciertos celestiales.

Y al tiempo en que se ocultan los pardillos,
monótonos los buhos se levantan,
y ya comienzan á entonar los grillos
unas canciones de adormir que encantan.

Y al fin un himno á resonar empieza,
misterioso, confuso, palpitante,
que sin duda alza á Dios naturaleza,
perpetua madre y eternal amante.

Himno de amor, que cantan los ambientes
y las ondas del aire y las del río,
los árboles, las aves y las fuentes,
en las noches serenas del estío.

Queda Honorio en las nubes, y entretanto
un sólo ruiñeñor, muerto de pena,
velando como yo, con triste canto
el gran silencio de la noche llena.

Ven, noche, ven, y hacia la pena mía,
de olvido y sueño enriquecida avanza:
ven, mientras suenan, al rayar el día,
los himnos de la alondra á la esperanza.

ESCENA XV

LA VERDAD DE LO QUE SE DICE

LUGAR DE LA ESCENA: *Encima y no lejos del mundo*

PERSONAJES: HONORIO.—LA CAVA.—EL CONDE DON JULIÁN

ARGUMENTO.—Vagando Honorio, llega á una región de la atmósfera donde se oye la verdad de todo lo que se dice.—Oye después que Florinda hace á su padre el conde D. Julián la confesión de cómo fué engañada por el rey D. Rodrigo.—Luego Honorio escucha las maldiciones que en algún tiempo lanzó sobre su raptor su hermano Palaciano, secuestrado entonces y preso por él. Horrorizado Honorio al oír las quejas de su hermano, huye de la esfera donde se oye la verdad de todo lo que se dice.

Vagando Honorio por el aire un día,
halla una esfera de sonidos llena,
que un eco de este mundo parecía,
pues cuanto se habla en él, allí resuena.

Se sabe del lugar de donde vienen
y adónde van, cuando se van, los ruidos,
y en aquella región siempre se tienen
cargados de rumores los oídos.

Por hechos mil, á la razón extraños,
suena allí todo ruido en un momento,
y si unos tardan días, y otros años,
alguno tarda un siglo, y otros ciento.

Oía tanto Honorio, que hasta oía
el recuerdo del son que muerto estaba,
y hasta el silencio mismo parecía
que, cuanto era mayor, más se escuchaba.

Se oye el más leve murmurar del viento,
lo que el que duerme en sus ensueños dice,
el ¡ay! del triste, el grito del contento,
el odio que entre dientes nos maldice;

la tierna voz del que á vivir empieza,
el eco del que ríe y del que llora,
la madre fiel que por el hijo reza,
y el joven que requiere á la que adora;

el vil que se desliza cual serpiente,
el héroe que galopa á toda brida,
la campana que anuncia, indiferente
tocando, nuestra muerte y nuestra vida;

el que duerme tranquilo en las cabañas,
los que casi en silencio hablan de amores,
y esas cosas monótonas y extrañas,
que el céfiro, al pasar, cuenta á las flores.

Honorio á oír con ansiedad se puso
una voz de mujer, que gime hablando,
y se empeña en saber, todo confuso,
si aquello es cierto, ó si estará soñando.

Y entre un gemido oyó, y otro gemido,
que así la Cava sus amores cuenta;
y Honorio, que la escucha enternecido,
para oírla mejor, casi no alienta.

LA CONFESIÓN DE FLORINDA

Del Tajo en la ribera, así la Cava
triste le hablaba á don Julián sombrío,
ocultos en un soto que formaba,
entre dos orlas de álamos, el río.

Florinda echada de su padre al cuello,
así su pena á referir comienza:
—¿Cómo empezar, señor! ¿Cómo hablar de ello!
¿Quién me esconde de mí? ¡Tengo vergüenza!

Aunque perdón por mi desdicha imploro,
por vuestra vida os juro, que es la mía,
que, en mi infantil candor, del mal que lloro,
el cómo fué no sé; yo no quería.

»Antes de hacer, más que galán, cobarde, á mi inocencia y á su honor agravios, siempre al decirme el Rey, *el cielo os guarde*, me cerraba los ojos con sus labios.

»Yo, ajena del amor que le inspiraba, dejándome querer, pensé, inocente, que Rodrigo en los ojos me besaba como besan los padres en la frente.

»Una noche ¡ay de mí! sentí durmiendo el beso de los ojos en la boca...—
Calló un instante y prosiguió diciendo:
—¡De pensar lo demás, me vuelvo loca!—

Tras nueva pausa, continuó, llorando:
—¡Cuánta afrenta y dolor, Virgen María, hallé en mi corazón, la luz mirando, que brilló como siempre al otro día!

»Luego, ni amante, ni siquiera amigo, si al verme, *el cielo os guarde*, murmuraba, no volvió á darme el infeliz Rodrigo aquel beso en los ojos que me daba.

»Tanto á los dos nuestro recuerdo humilla, que, él pensando en su honor, yo en mi pureza, con cierta palidez, casi amarilla, bajamos, al mirarnos, la cabeza.—

Y ahogada en llanto, y sin mirar al padre, una vez y otra vez le repetía:
—¡Mas por la sombra, os juro, de mi madre que el cómo fué no sé; yo no quería!—

Con lágrimas de amor y de despecho ve el llanto de Florinda el pobre Conde, y con noble pudor, contra su pecho, como ocultando el de ella, el suyo esconde.

Y haciendo al cielo, al que miró con saña testigo del furor de sus querellas, un ¡ay! lanzó, que consternando á España, por encima rugió de las estrellas.

Las quejas que algún día alzó su hermano, oye Honorio después, todo aturdido, y es para él la voz de Palaciano, más que audición, remordimiento oído.

De la verdad en la celeste esfera, oyendo aquella voz que resonaba, sin pestañear, la oía de manera, que casi con los ojos la escuchaba.

Mientras que Honorio de su hermano oía maldiciones y gritos de venganza, de aquellos ojos de águila vertía destellos de un dolor sin esperanza.

Maldice Palaciano, secuestrado, al que fué su raptor, desde su abismo: y Honorio oye su voz desencajado, cual si fuese el fantasma de sí mismo.

Y triste, y ciego, y de furor beodo, sube, y baja, y suspira, y de repente, de aquella esfera en que se oía todo, desconcertado, huyó como un demente.

Y vuela con histérica agonía, y suelta Honorio, al emprender su vuelo, la risa que el demonio inventó el día en que lanzado fué del alto cielo.

ESCENA XVI

LA VERDAD DE LO QUE SE HACE

LUGAR DE LA ESCENA: *El mundo á vista de pájaro*

PERSONAJES: HONORIO.—CÉSAR.—PALACIANO.—UN BUHO

ARGUMENTO.—Como no hay nada grande ni nada pequeño, al huir Honorio de la esfera en la cual se oye todo cuanto se dice, llega á otra región donde se ve todo cuanto se hace.—Ve á César á la orilla del Rubicón, límite de su gobierno, que las leyes le prohibían traspasar, consultando el augurio del vuelo de las aves.—Oye cantar á un buho, le arroja una piedra para ver hacia dónde vuela, y espantado el buho, pasa el río y se dirige hacia Roma.—César, suponiendo que el vuelo del pájaro es la voluntad de los dioses, pasa el Rubicón.—Ve después Honorio el acto en que gentes enviadas por él aprisionan y secuestran á Palaciano.—Avergonzado de su acción, huye Honorio, alejándose de la región en la cual se ve todo cuanto se hace.

De vuelo en vuelo, al fin, de pausa en pausa se quedó Honorio á contemplar atento ese espejismo mágico que causa la desigual rarefacción del viento.

Y un alta esfera de la luz querida ve Honorio, donde, en óptico escenario, contempla cada drama de la vida, cual si fuese algún drama imaginario.

Cuando, al final de su veloz carrera,
de la audición la atmósfera traspasa,
ascendiendo, ascendiendo, halla la esfera
donde se ve cuanto en el mundo pasa.

Mira Honorio las ansias y el desvelo,
la fe sangrienta, la inquietud horrible
del hombre de ambición, en quien el cielo
grabó la tentación de lo imposible.

Trasluce las visiones transparentes
que aun guarda en el no ser lo no venido,
y mira los espectros refulgentes
de los imperios que en la tierra han sido.

Se miran con horror santificados
el deshonor, el vicio y la ignorancia,
cuando se ven los hombres despojados
del prestigio del tiempo y la distancia.

Ve Honorio con tristeza que aminoran
las glórias del mortal, ruines misterios,
que Dios, aunque los Césares lo ignoran,
destruye por nonadas los imperios.

Y mira, en prueba de ello, una mañana,
que á César hacia Roma un ave guía,
pese al orgullo de la historia humana,
engañosa ó engañada hasta aquel día.

Mira al héroe mayor, que, batallando
con no usado valor é inútil brío,
el mundo se le escapa, conquistando,
á fuerza de batallas, el vacío.

Y meditar le mira el gran perjurio
que aun duda cometer su alma traidora,
hasta que así, de un buho ante el augurio,
conquista la nación conquistadora.

EL BUHO DE CÉSAR

Junto á un río, una noche piensa un hombre
delgado, calvo, pálido y pequeño,
que es cosa vil para su ilustre nombre
ser siempre vencedor y nunca dueño.

Vacilante en la sombra, al fin se inflama,
ya del alba á los pálidos destellos,
y—El mundo y Roma, ó yo—resuelto exclama.—
Si no paso, ¡ay de mí!; si paso, ¡ay de ellos!—

Y el tardó vuelo á consultar se humilla,
como augurio feliz de cosa santa,
de un buho que en un árbol de la orilla,
con monótono son, pausado canta.

Aquel César audaz, tan orgulloso,
que el orbe entero avasallar quería,
como romano, al fin, supersticioso,
del buho en la presciencia encuentra un guía.

—Si va hacia Roma—dice—paso el río;—
y añade abandonándose al acaso:
—El rumbo de su vuelo será el mío.
Si pasa, paso; y si no pasa, ¿paso?...—

Se acerca al árbol, silencioso y grave;
cauto, una piedra de entre el césped toma;
se alza, la tira, y espantada el ave,
pasando el Rubicón, voló hacia Roma.

Siguió César detrás, y luego á dúo,
á la primera luz de la alborada,
en tanto que pausado canta el buho,
—¡Ya está—César gritó—la suerte echada!—

Del Rubicón sobre la opuesta loma
César gritando:—¡A Roma!—al mundo espanta;
y contestando la legión:—¡A Roma!—
con monótono son, el buho canta.

—«Y nos mintió después que oyó trompetas—
murmura Honorio—y cantos de victoria,
y sueños, y visiones, y cometas,
la necia intemperancia de la historia.

»Y es que al besarle cual señor, más tarde,
servil el pie, se avergonzó la tierra
de que á un pájaro se diese, cobarde,
este genio del vicio y de la guerra.

»¡Suerte fatal, que con augurios ande
la vida de los Césares mezclada!
Cuando un buho es un buho, es César grande;
cuando un buho es un Dios, César no es nada.»—

Honorio, después de esto, el tiempo andando,
á César contempló del mundo dueño,
y el Rubicón y el buho recordando,
—Nada hay grande, exclamó, nada hay pequeño.

Y ve después que á Palaciano un día,
gente enviada por él aprisionaba,
y dudando de aquello que veía,
quería persuadirse que soñaba.

Con la magia cruel del espejismo,
de su antiguo baldón la infamia crece,
y viendo la deshonra de sí mismo,
de vergüenza su pecho desfallece.

Y la extensión cruzando del vacío,
se aleja hasta de sí con loca prisa,
sintiendo de la fiebre el calofrío,
que acaba siempre en convulsión de risa.

Y llevando de nuevo hacia otra esfera
la triste historia de su amor eterno,
hufa con terror, como si huyera
rozando con los bordes del infierno.

ESCENA XVII

LA VERDAD DE LO QUE SE PIENSA

LUGAR DE LA ESCENA: *Debajo y cerca del cielo*

PERSONAJES: HONORIO.—EL DANTE.—PALACIANO

ARGUMENTO.—Subiendo Honorio de la región donde se ve todo lo que se hace, se encuentra en otra región donde se penetra todo lo que se piensa.—Allí, entre otras cosas, ve el siguiente último sueño del Dante.

El Dante, poco antes de morir, sueña que vive Beatriz, y que sus enemigos, los güelfos, le encierran en la Torre del Hambre de Ugolino, para que desde ella vea cómo ejecutan á Beatriz, haciéndola morir en un cadalso. Al ver el tormento y muerte de Beatriz, el Dante sigue soñando que se estrella la frente contra el suelo, y del dolor que le causa la caída, muere, despertando en el otro mundo. Encuentra, al entrar en el cielo, á Beatriz.

Después Honorio sorprende el pensamiento de Palaciano, fijo en el semblante de Soledad, y desde la región del lugar donde se penetra todo lo que se piensa, vuelve á bajar á la esfera donde se ve todo lo que se hace.—En esta región ve la imagen de Soledad en un altar, y clavada en ella la mirada de Palaciano, y por no verlo, baja Honorio á la esfera donde se oye todo lo que se dice.—En esta última región oye la oración que Palaciano eleva á Dios rogando por Soledad, y Honorio vuela hacia donde suena la voz de su hermano.

Y vuela Honorio más, y á cada paso
sus ojos con valor rápidos miden
las etéreas regiones, donde acaso
las suertes de las almas se deciden.

Y llega de dolor calenturiento,
á otra región más alta y menos densa,
donde abarcando el mundo el pensamiento,
penetra desde allí cuanto se piensa.

Y tanta alma conoce disfrazada,
que el globo desde allí le parecía
una mina de crímenes cargada
que á un rayo de verdad reventaría.

Viendo Honorio á la luz de la evidencia
la secreta intención de las acciones,
que es en el mundo, advierte, la existencia
un ojeo de tigres y leones.

Si Dios las cosas separase un día,
de las que falsas son, las verdaderas,
el hombre hacia los bosques correría
á disputar sus antros á las fieras.

Mira Honorio que, en lucha desastrosa,
no va el hombre á su hermano destrozando,
porque en pos la mentira va, piadosa,
las garras de los tigres afelpando.

Y un día Honorio con dolor repara
el gran remordimiento y la agonía
que revelan los pliegues de la cara
del padre de la ardiente poesía.

EL ÚLTIMO SUEÑO DEL DANTE

En su lecho, al morir, Dante reposa,
y en vez de descansar, sueña el poeta:
una visión terrible y espantosa
con bárbaro furor su sueño inquieta.

Viva y hermosa á Beatriz soñaba,
y que, puesto en prisión por gibelino,
para verla, á la reja se asomaba
de la *Torre del Hambre* de Ugolino.

¡Atroz remordimiento! Sueña el Dante
que en la Torre del Hambre se le encierra
para hacerle sufrir la más punzante
de todas las angustias de la tierra.

Entre unos güelfos, de furor beodos,
mira á Beatriz llorando tristemente,
y sufre en uno los tormentos todos
que hizo él sufrir en la *ciudad doliente*.

Y cuando esto soñaba, iba cayendo
un llanto de sus párpados, que ardía,
mirando á un pregonero que, leyendo
la sentencia fatal, así decía:

Y ve después que á Palaciano un día,
gente enviada por él aprisionaba,
y dudando de aquello que veía,
quería persuadirse que soñaba.

Con la magia cruel del espejismo,
de su antiguo baldón la infamia crece,
y viendo la deshonra de sí mismo,
de vergüenza su pecho desfallece.

Y la extensión cruzando del vacío,
se aleja hasta de sí con loca prisa,
sintiendo de la fiebre el calofrío,
que acaba siempre en convulsión de risa.

Y llevando de nuevo hacia otra esfera
la triste historia de su amor eterno,
hufa con terror, como si huyera
rozando con los bordes del infierno.

ESCENA XVII

LA VERDAD DE LO QUE SE PIENSA

LUGAR DE LA ESCENA: *Debajo y cerca del cielo*

PERSONAJES: HONORIO.—EL DANTE.—PALACIANO

ARGUMENTO.—Subiendo Honorio de la región donde se ve todo lo que se hace, se encuentra en otra región donde se penetra todo lo que se piensa.—Allí, entre otras cosas, ve el siguiente último sueño del Dante.

El Dante, poco antes de morir, sueña que vive Beatriz, y que sus enemigos, los güelfos, le encierran en la Torre del Hambre de Ugolino, para que desde ella vea cómo ejecutan á Beatriz, haciéndola morir en un cadalso. Al ver el tormento y muerte de Beatriz, el Dante sigue soñando que se estrella la frente contra el suelo, y del dolor que le causa la caída, muere, despertando en el otro mundo. Encuentra, al entrar en el cielo, á Beatriz.

Después Honorio sorprende el pensamiento de Palaciano, fijo en el semblante de Soledad, y desde la región del lugar donde se penetra todo lo que se piensa, vuelve á bajar á la esfera donde se ve todo lo que se hace.—En esta región ve la imagen de Soledad en un altar, y clavada en ella la mirada de Palaciano, y por no verlo, baja Honorio á la esfera donde se oye todo lo que se dice.—En esta última región oye la oración que Palaciano eleva á Dios rogando por Soledad, y Honorio vuela hacia donde suena la voz de su hermano.

Y vuela Honorio más, y á cada paso
sus ojos con valor rápidos miden
las etéreas regiones, donde acaso
las suertes de las almas se deciden.

Y llega de dolor calenturiento,
á otra región más alta y menos densa,
donde abarcando el mundo el pensamiento,
penetra desde allí cuanto se piensa.

Y tanta alma conoce disfrazada,
que el globo desde allí le parecía
una mina de crímenes cargada
que á un rayo de verdad reventaría.

Viendo Honorio á la luz de la evidencia
la secreta intención de las acciones,
que es en el mundo, advierte, la existencia
un ojeo de tigres y leones.

Si Dios las cosas separase un día,
de las que falsas son, las verdaderas,
el hombre hacia los bosques correría
á disputar sus antros á las fieras.

Mira Honorio que, en lucha desastrosa,
no va el hombre á su hermano destrozando,
porque en pos la mentira va, piadosa,
las garras de los tigres afelpando.

Y un día Honorio con dolor repara
el gran remordimiento y la agonía
que revelan los pliegues de la cara
del padre de la ardiente poesía.

EL ÚLTIMO SUEÑO DEL DANTE

En su lecho, al morir, Dante reposa,
y en vez de descansar, sueña el poeta:
una visión terrible y espantosa
con bárbaro furor su sueño inquieta.

Viva y hermosa á Beatriz soñaba,
y que, puesto en prisión por gibelino,
para verla, á la reja se asomaba
de la *Torre del Hambre* de Ugolino.

¡Atroz remordimiento! Sueña el Dante
que en la Torre del Hambre se le encierra
para hacerle sufrir la más punzante
de todas las angustias de la tierra.

Entre unos güelfos, de furor beodos,
mira á Beatriz llorando tristemente,
y sufre en uno los tormentos todos
que hizo él sufrir en la *ciudad doliente*.

Y cuando esto soñaba, iba cayendo
un llanto de sus párpados, que ardía,
mirando á un pregonero que, leyendo
la sentencia fatal, así decía:

—«Aunque es tan sólo el gibelino Dante
un loco que escribió lo que soñaba,
hoy vengarán los güelfos en su amante
cuanto hizo padecer á los que odiaba.

»Cual vampiro, las tumbas escarbando,
fué exhumando cadáveres, y luego
las frentes de los güelfos señalando
con luz de infamia y rótulos de fuego.

»Que sufra el Dante en el dolor de aquella
que sus cantos de furia le inspiraba;
muera en su nombre ahorcada la doncella
que, aun niña y sin amor, ya le adoraba.

»Él al infierno condenó inclemente
cualquiera papa ó rey, siendo enemigo:
quien hizo padecer injustamente,
que sufra justamente igual castigo.

»Vea el Dante expirar, desesperado,
el solo aliento de su vida entera;
y siendo en Beatriz ajusticiado,
ya que á hierro mató, que á hierro muera.»—

Viendo el Dante el patíbulo afrentoso,
de la tarde á los últimos reflejos,
—¡Malditos güelfos!—murmuró furioso,
pensando en alta voz como los viejos.

Y al ruido de los güelfos, que aplaudían,
de su sueño juguete desdichado,
vió que al cadalso á Beatriz subían,
sudando el Dante, y á la vez helado.

Armados ya con el dogal, rompieron
las gasas de aquel cuello, á cuyo broche
sólo á tocar ocultas se atrevieron
las alas de las brisas de la noche.

Y al cuello de Beatriz á echar se atreve
un sayón el dogal con insolencia,
sin el santo respeto que se debe,
mas bien que á la virtud, á la inocencia.

Dante su cárcel con furor recorre,
y—¡Oh Ugolino! ¡Ugolino!—repetía;—
fué un delito de paz, en esta torre,
tu muerte, comparada con la mía.—

Mirándola otra vez, sacude airado
los hierros de la reja en que se asoma,
viendo ya negro el círculo azulado
que rodeaba sus ojos de paloma.

La turba de los güelfos aplaudía,
viendo al Dante rugir como una fiera;
y en tanto el pregonero repetía:
—El que á hierro mató, que á hierro muera.—

De venganza tan vil, á Dios clamaba,
la maldición mezclando con el ruego,
el hierro de la reja en que miraba
escaldando con lágrimas de fuego.

Y un no sé qué mirando de hito en hito,
—¡Dame ahora—gritaba,—patria mía,
más llanto que verter, ya que, proscrito,
te he dado cuantas lágrimas tenta!—

Beatriz, rompiendo de la vida el yugo,
la vista alzaba de la misma suerte
que quien pide perdón para el verdugo
en la hora postrera de la muerte.

Y después que ella espira, él ve espantado,
yendo y viniendo en tenebrosos giros,
de espectros el patíbulo erizado,
de perros vagabundos y vampiros.

—Y al verlos repartirse en son de guerra,
de Beatriz los miembros destrozados,
cayó rendido, quien infierno y tierra
de venganza y terror dejó agotados.

Vuelto ya en sí, su sangre cual torrente
por sus arterias rápida corría,
y contra el suelo se estrelló la frente
cuando vió, sin morir, que ella moría.

Y soportar el Dante no pudiendo
el golpe atroz de su mortal caída,
á un tiempo despertándose y muriendo,
despertó, despertando en la otra vida.

Y ya en la vida eterna, al fin vió Dante
que su alma soñó lo que temía;
y encontró á Beatriz, cuyo semblante
hacer palidecer al sol podría.

Por caminos de luz va de la que ama
el Dante en pos, con el anhelo mismo
con que asimos en sueños una rama,
creyéndonos lanzados á un abismo.

Y —He sufrido, al morir— la dijo, —tanto!...—
Y contestó Beatriz, de gracia llena:
—Ya vi que á punto de morir de espanto,
al fin tu sueño te mató de pena.

—Tú, al castigarte en sueños, iracundo,
el odio que has sembrado recogías.
Para aquel que obra mal en ese mundo
no hay bellas noches ni serenos días.

—Hoy conmigo vendrás al paraíso,
pues sentiste al morir remordimientos:
así purificar el cielo quiso
tu alma de culpables pensamientos.

Dijo al Dante Beatriz, y lo guiaba
por la región de las celestes brisas,
y el horror de su sueño disipaba
vertiendo en derredor santas sonrisas.

La mística ciudad, por fin, tocando,
con la actitud de un Dios sin resplandores,
entró en el cielo el que vivió soñando
en la eterna ciudad de los dolores.

Desde aquel sitio Honorio, en su presencia,
los hombres y las cosas penetraba,
é intranquila al mirar tanta conciencia,
—¡Cuánto sueño del Dante!...—murmuraba.

Y descorrido al ver el denso velo
que cubre el corazón, pensó aquel día
que es la mentira vil un don del cielo,
y una inicua virtud la hipocresía.

Mas luego, desdichado, y siempre amante,
tornando, al fin, á su inmortal tormento,
de Soledad clavado en el semblante,
penetra de su hermano el pensamiento.

Y á desandar volviendo su carrera,
con sentimiento aquí, y allí con ira,
de la visión bajando hacia la esfera,
ve de color de sangre cuanto mira.

Y en un altar la imagen adorada
de Soledad columbra, y que profano
tiene en su rostro fija la mirada
de sus ojos amantes, Palaciano.

Y huye más, y huye más, y cuando el vuelo
hacia el lugar de la audición tendía,
oye Honorio que mística hacia el cielo,
de Palaciano una oración subía.

Nombrando á Soledad, oye que de ella
la eterna salvación, enamorado,
le pide á Dios, por el amor de aquella
que ha sido concebida sin pecado.

En boca de un rival le da aquel día
la oración por la que ama, tal martirio,
que era el furor con que á su hermano oía,
el rencor en el colmo del delirio.

Y vuela oyendo y el lugar buscando
en que la voz de Palaciano suena;
y parece, más que águila volando,
un león que sacude la melena.

Por los celos cegado, el aire hiende
con fiero amor é insólita arrogancia,
y hacia la tierra con furor descende,
del sitio de la eterna resonancia.

Y ¿adónde vuela Honorio? ¿Adonde piensa
saciar la inextinguible idolatría
de una pasión feroz, á la que inmensa
la misma eternidad no saciaría!

ESCENA XVIII JUSTICIA POPULAR

LUGAR DE LA ESCENA: *Una catedral*

PERSONAJES: HONORIO.—PALACIANO.—SOLEDAD.—PUEBLO

ARGUMENTO.—Honorio celoso, después de mirar al centro de la catedral, y ver la imagen de Soledad colocada en un altar, entra por el rosetón de la fachada, y empujando el águila de bronce que contenía el fuego sagrado, se repite la misma escena que ocurrió en la catedral de Valencia el día 21 de mayo de 1469, pues al bajar como entonces se acostumbraba, desde el cimborio, un águila echando fuego, saltó una chispa que hizo arder el altar, fundiéndose la plata que contenía, la cual corrió hasta la reja del presbiterio.—El águila en que se halla transmigrado Honorio es maltratada, presa y condenada á morir en una hoguera.—Después de quemada el águila, huye el alma de Honorio y bajando Soledad, se mete en la hoguera, en expiación de los pecados de Honorio, y sufre por él los tormentos á que estaba condenado.

Rápido, altivo, enamorado, ardiente,
sigue Honorio su vuelo infatigable.

Estar loco de amor es tan frecuente
como es lo natural inevitable.

Furioso, de la cima de los cielos,
bajó, como el que baja un precipicio,
llevado de la rabia de los celos,
que roe el corazón y turba el juicio.

De la gran catedral ya frente á frente,
al bajar de las zonas superiores,
ve que de luz vomitan un torrente
las ventanas de vidrios de colores.

La voz de Palaciano en lontananza
solemne desde el púlpito retumba,
y Honorio, para oírle, el rostro avanza,
cual máscara exhumada de una tumba.

Hacia el altar que brilla esplendoroso
y es el blanco de ardientes oraciones,
Honorio un no sé qué de misterioso
ve, ahogado por sus mismas pulsaciones.

Entre la luz inmensa que fulgura,
á los ojos de Honorio se presenta,
igual á Soledad, una escultura
que como el sol sobre el altar se ostenta.

De ella esculpir las púdicas facciones
Palaciano mandó, devoto y tierno,
y él con ojos lo ve cual los tizones
que enciende Satanás en el infierno.

Y clavando en la imagen su mirada,
tanto ó más que celoso, sanguinario,
por el gran rosetón de la fachada
hasta el fondo voló del santuario.

Dejan á Honorio, al penetrar, á obscuras
de unas luces sin fin los resplandores;
mas ve en torno después las mil figuras
de ángeles, cristos, santos y doctores.

Y unas formas que en otras se perdían
vió, no sé si en quietud ó en movimiento,
que del suelo á la bóveda subían,
bajando de la ojiva al pavimento.

Y vió que por las naves se enlazaban,
corriendo en variedad inagotable,
dibujos y calados que imitaban
tejidos de un valor inponderable.

Todo el genio del arte, en savia ardiente,
por ramos y molduras se extendía,
y la masa de piedra, transparente,
bajo el cincel su pesadez perdía.

Y cual grita al salir, exorcizado,
del cuerpo, Satanás, de algún maldito,
oyó el pueblo en la iglesia congregado
un graznido feroz, casi inaudito.

Cuando Honorio irascible así gritaba,
el vulgo, embelesado y de fe ciego,
bajando del cimborio contemplaba
otra águila de bronce echando fuego.

Por Honorio empujada, se desploma
sobre el altar esta águila humeante,
y lanzado ya el rayo, Honorio toma
un aspecto de Júpiter tonante.

Prende el fuego al altar, y de manera
va de un ángulo á otro ángulo corriendo
que al calcinar la llama la madera,
funde la imagen la madera ardiendo.

Acude el pueblo, y el altar socorre;
mas pronto, derretido el gran tesoro,
del presbiterio hasta la reja corre
de un sol fundido una cascada de oro.

El águila, aletazos sacudiendo,
tanto la imagen deshacer quería,
que hasta el oro en fusión que iba corriendo,
quemándose las alas, esparcía.

Cuando ya en humo el águila altanera
vió convertida del altar la gloria,
el rico timbre de su voz guerrera
la alegría expresó de la victoria.

Entre la rabia y el terror que pasma,
no sabe el pueblo, en su opinión incierto,
si es aquel monstruo un águila, un fantasma,
ó un demonio tal vez que lleva á un muerto.

Le ve, le acosa, y destrozarle quiere,
y rindiendo á aquel Hércules alado,
por más que grita y que amenaza y hiere,
queda á golpes muy pronto acogotado.

El pueblo, de su rabia en el delirio,
le arrastra sin piedad, y antes que muera,
le impone, al fin, por último martirio,
la pena de morir en una hoguera.

Le arrojan á la llama, y los sayones,
celebrando el tormento merecido,
lanzan gritos de horror y maldiciones
en torno del suplicio del vencido.

Se va el águila, al fin, carbonizando
entre la hoguera en que cayó jadeante,
mientras se iba entre el humo levantando,
de Honorio el cadavérico semblante.

Y huye después, y en tanto que divisa
la hoguera y los sayones, sobre el mundo
va arrojando una histórica sonrisa,
que revela el desprecio más profundo.

Y como suele á veces de la esfera
bajar desconocido un meteoro,
desciende Soledad, y entra en la hoguera
con tez de nieve y con cabellos de oro.

Y en el incendio de que Honorio huía,
cual mártir voluntario se atormenta,
y al cielo el rostro con dolor volvía,
como diciendo á Dios:—Ténselo en cuenta.—

Tranquilo el corazón, el alma pura,
santa redime al obcecado amante;
y brilla más al fuego su figura,
como al darle la luz brilla el diamante.

Vuelta hacia el cielo la gentil cabeza,
triste y alegre Soledad tenía
los ojos impregnados de tristeza
y la frente radiante de alegría.

Después de tanto afán y penas tantas,
cuanto sufre por él, tanto ella goza,
obrando generosa cual las plantas,
que perfuman el pie que las destroza.

Y, en vez de un diablo, el público no mira
que abrasa á un ángel de hermosura extrema,
pues sucede á menudo que la ira,
por quemar á un demonio, á un ángel quema.

JORNADA CUARTA

ESCENA XIX

LA TRANSMIGRACIÓN Á UN HOMBRE

LUGAR DE LA ESCENA: *Diócesis del obispo Palaciano*

PERSONAJES: LOS DOS HONORIOS

ARGUMENTO.—El alma de Honorio, completando la escala de los seres, vuelve á transmigrar al cuerpo de un joven profeso, á quien, al confirmarle el obispo Palaciano, había puesto el nombre de Honorio, en memoria de su difunto hermano.

Y cuando esto sucede, en un convento
vive feliz un joven en clausura,
alma de fe, de paz, y de contento,
de inocencia impregnada y de dulzura.

Con el nombre de Honorio, siendo niño
le confirmó el obispo Palaciano;
recuerdo inolvidable del cariño
que profesaba á su difunto hermano.

Sin historias presentes ni pasadas,
sólo en las ciencias su pasión encierra,
como una de esas almas resignadas
que jamás se confían á la tierra.

Grande es su fe, severa su alegría,
sus mejillas y labios sonrosados;
limpia y blanca, su frente parecía
la frente de una niña sin cuidados.

Un día cierto espíritu que vuela,
de niebla el brillo de sus ojos cubre,
como la escarcha los retoños hiela
de los últimos soles del Octubre.

Algo en su pecho abrasador se embebe,
pues, de pronto, esta noble criatura
presiente que á su espíritu de nieve
un bautismo de fuego transfigura.

Y lo mismo que un alma que no ha amado
se encuentra, sin saberlo, á otra alma unida,
sobre la vida, el joven, que ha gozado,
¡fatal resurrección! siente otra vida.

El pueblo, de su rabia en el delirio,
le arrastra sin piedad, y antes que muera,
le impone, al fin, por último martirio,
la pena de morir en una hoguera.

Le arrojan á la llama, y los sayones,
celebrando el tormento merecido,
lanzan gritos de horror y maldiciones
en torno del suplicio del vencido.

Se va el águila, al fin, carbonizando
entre la hoguera en que cayó jadeante,
mientras se iba entre el humo levantando,
de Honorio el cadavérico semblante.

Y huye después, y en tanto que divisa
la hoguera y los sayones, sobre el mundo
va arrojando una histórica sonrisa,
que revela el desprecio más profundo.

Y como suele á veces de la esfera
bajar desconocido un meteoro,
desciende Soledad, y entra en la hoguera
con tez de nieve y con cabellos de oro.

Y en el incendio de que Honorio huía,
cual mártir voluntario se atormenta,
y al cielo el rostro con dolor volvía,
como diciendo á Dios:—Ténselo en cuenta.—

Tranquilo el corazón, el alma pura,
santa redime al obcecado amante;
y brilla más al fuego su figura,
como al darle la luz brilla el diamante.

Vuelta hacia el cielo la gentil cabeza,
triste y alegre Soledad tenía
los ojos impregnados de tristeza
y la frente radiante de alegría.

Después de tanto afán y penas tantas,
cuanto sufre por él, tanto ella goza,
obrando generosa cual las plantas,
que perfuman el pie que las destroza.

Y, en vez de un diablo, el público no mira
que abrasa á un ángel de hermosura extrema,
pues sucede á menudo que la ira,
por quemar á un demonio, á un ángel quema.

JORNADA CUARTA

ESCENA XIX

LA TRANSMIGRACIÓN Á UN HOMBRE

LUGAR DE LA ESCENA: *Diócesis del obispo Palaciano*

PERSONAJES: LOS DOS HONORIOS

ARGUMENTO.—El alma de Honorio, completando la escala de los seres, vuelve á transmigrar al cuerpo de un joven profeso, á quien, al confirmarle el obispo Palaciano, había puesto el nombre de Honorio, en memoria de su difunto hermano.

Y cuando esto sucede, en un convento
vive feliz un joven en clausura,
alma de fe, de paz, y de contento,
de inocencia impregnada y de dulzura.

Con el nombre de Honorio, siendo niño
le confirmó el obispo Palaciano;
recuerdo inolvidable del cariño
que profesaba á su difunto hermano.

Sin historias presentes ni pasadas,
sólo en las ciencias su pasión encierra,
como una de esas almas resignadas
que jamás se confían á la tierra.

Grande es su fe, severa su alegría,
sus mejillas y labios sonrosados;
limpia y blanca, su frente parecía
la frente de una niña sin cuidados.

Un día cierto espíritu que vuela,
de niebla el brillo de sus ojos cubre,
como la escarcha los retoños hiela
de los últimos soles del Octubre.

Algo en su pecho abrasador se embebe,
pues, de pronto, esta noble criatura
presiente que á su espíritu de nieve
un bautismo de fuego transfigura.

Y lo mismo que un alma que no ha amado
se encuentra, sin saberlo, á otra alma unida,
sobre la vida, el joven, que ha gozado,
¡fatal resurrección! siente otra vida.

Y es que, uno resignado, otro altanero,
con la duda amargando la inocencia,
en el humilde Honorio, Honorio el fiero
transubstancia su vida en su existencia.

Al joven, con dolor, como el que siente
su juventud á una vejez unida,
ya empieza á parecerle vagamente
sueño de fecha inmemorial su vida.

Tranquilo sin razón, ó turbulento,
ve á veces con terror, y otras con calma,
que un vapor tan sutil como su aliento
turba sus ojos ó ilumina su alma.

Parece que le envuelve y no le toca,
algún ser escapado de la tumba,
que, impalpable, al pasar, besa su boca,
late en sus venas, y en sus sienas zumba.

En los sueños sin fin que le extravían,
más que el cuerpo su espíritu embarazan
manos de luz que á su pesar le guían,
y brazos aeriformes que le abrazan.

Al ver que sobre su alma se desploma
la invisible presión de alguna mano,
se agita con pavor, cual la paloma
se agita bajo el vuelo del milano.

Se vuelve en torno, mira, y no ve nada;
mas siente que tenaz, fría, invisible,
en el fluido eléctrico mezclada,
le acosa una influencia indefinible.

Turbado entre tristeza y alegría,
con noble abnegación y hondo egoísmo,
con dos almas se encuentra cierto día,
prisionero de guerra de sí mismo.

Luchan con ira ó con mortal desmayo,
con sus gustos pasados los presentes,
cual si hubiese su espíritu algún rayo
partido en dos mitades diferentes.

En un alma que ríe, otra que llora,
como el mal en el bien, al fin se anida.
¡Oh Dios! y ¡cuántas veces, como ahora,
se anidará otra vida en nuestra vida!

Así en lucha tenaz, en el pequeño
Honorio el grande se embebió implacable,
encadenando á un porvenir risueño
un pasado del todo irreparable.

Y el joven, sollozando, se decía:
— «¿Habrá cual mi dolor, dolor alguno?
¿Me guío yo á mí mismo, ó quién me guía?
¿Vengo á ser uno en dos, ó dos en uno?»

Si la que ayer pensaba era mi mente,
esta conciencia de hoy no es mi conciencia;
ó yo soy otro, ó misteriosamente
repercute en mi ser otra existencia.

«Tendré fe en Dios, pues con su santa ayuda
toda la luz de la verdad se alcanza.»
Y calla, y al callar, cae en la duda,
desde el cielo feliz de su esperanza.

Así, una vez creyendo, otras dudando,
queda el alma del joven confundida,
temerosa de sí, como buscando
por qué puerta escaparse de la vida.

ESCENA XX

EL BIEN Y EL MAL

LUGAR DE LA ESCENA: *El cuerpo humano*

PERSONAJES: DOS ALMAS EN UN CUERPO

ARGUMENTO.—Existencia antitética del bien y el mal. El espíritu del joven, viéndose contrariado por las inclinaciones del alma transmigrada, huye y deja en su cuerpo, alojada y sola, el alma de Honorio.

Al profeso infeliz desde aquel día
á nueva vida el corazón abierto,
su morada claustral le parecía
un sepulcro perdido en un desierto.

Llevando Honorio al joven sus dolores,
juntos así vivieron y penaron:
cual en el tallo de una flor, dos flores,
dos almas en un cuerpo se injertaron.

De pesar abrumado, y siempre en vela,
con dos almas cargado, el cuerpo gime,
y lucha, y forcejea, y se rebela
bajo el peso de hierro que le oprime.

Confuso el joven, distraído, inquieto,
si se asoma al jardín, mira embebido
en el árbol de enfrente algún objeto
que nunca ha estado allí, pues no ha existido.

De hastío y de dolor el joven muere,
pensando que es un alma desolada,
que segura no está de lo que quiere,
mas que no quiere del presente nada.

¡Tormento universal! ¿Cuál ser obscuro
hace inútil la acción de su albedrío?
Porque el joven Honorio está seguro
que entre su cuerpo y él corre algo frío.

¿Podrá ser que á nuestra alma, otra alma intusa
sus recuerdos le añade y sus flaquezas,
cuando, al sentirse dominada, acusa
á la carne infeliz de sus torpezas?

¿Cuántas veces herido de pasada,
en esta vida de inquietud que llevo,
por causa de un pesar, de una mirada,
transformado mi ser, nací de nuevo!

Del alma de aquel joven frente á frente
queda el alma del hombre transmigrado,
como al lado de un ser bueno y creyente
vive otro ser rebelde y sublevado.

Las dos almas en lucha fratricida
se ahogan en un cuerpo, y de esta suerte,
mezclada á los deseos de la vida,
siente el joven las ansias de la muerte.

Vagando por sus miembros agitados,
circula el alma de él como una loca,
al ver por otro espíritu animados
sus turbios ojos y su inquieta boca.

Aquel cuerpo sin paz sirve de asilo,
además de la propia, á un alma ajena,
y esclavo de las dos, sufre intranquilo,
tras noches de pesar, días de pena;

pues viviendo azorado noche y día
pensando si creía ó si dudaba,
aunque una parte de su ser creía,
en medio de su fe se despreciaba.

Luchando entrambas en batalla ruda
dentro de un cuerpo en desigual manera,
el alma transmigrada siente y duda,
el alma del profeso cree y espera.

Y en el cuerpo infeliz, de ambas juguete,
un alma candorosa, y otra impía,
ésta le dice á la esperanza:—¡Vete!—
y aquélla:—¡No te vayas todavía!—

Y en terrible y perpetua discordancia,
rechazan ó acarician la ventura,
la del uno jovial como la infancia,
la otra triste cual la edad madura.

Lo que hace un alma, la otra lo deshace.
¡Oh fiel imagen de las ansias mías!
¡Tener una cabeza que renace,
y sentirla cortar todos los días!

Aunque va de pesar y horror cubriendo
al alma buena el alma sin ternura,
el joven, por bondad, sigue creyendo
la mitad de sí mismo en la ventura.

¡Oh! Dejad á la mente confundida
sus recuerdos confusos y adorados;
si ilumináis los días de la vida,
no serán lo que son, iluminados.

Tenaz Honorio, en fin, ahogó iracundo
al alma joven, que murió de pena;
y como el mal al bien suele en el mundo,
derrotó el alma grande al alma buena.

Y muerta esta alma ya, sin lucha alguna,
en el cuerpo gentil, de gracia espejo,
sólo quedó de las dos almas una,
muriendo el joven y naciendo el viejo.

Juntando Honorio á la altivez la gracia
en el cuerpo hoy soberbio, antes sencillo,
con tal facilidad lleva su audacia
como el tallo la flor, y el sol su brillo.

Aunque Honorio llevaba, transmigrando,
su memoria, razón y sentimiento,
el cuerpo de hombre, en que se entró volando,
la esencia le ofuscó del pensamiento.

¡Oh humana confusión! Sólo Dios sabe
por cuál secreto fin y extraño modo,
al mismo que vió claro siendo un ave,
hombre después, se le obscurece todo.

Sola en el cuerpo el alma transmigrada,
quedando cual la flor que, sin rocío,
repliega su corola, condenada
á eterna soledad, á hondo vacío,

tan sólo al cielo en admirar se emplea:
que el alma que su origen adivina,
siempre hacia Dios, aunque rebelde sea,
como las flores hacia el sol, se inclina.

ESCENA XXI

VIVIR ES RECORDAR

LUGAR DE LA ESCENA: *Dentro del alma*

PERSONAJES: HONORIO.—SOLEDAD.—UNA MUJER DESCONOCIDA

ARGUMENTO.—La vida es una reminiscencia. Se confiesa con Honorio una mujer desconocida y buena. Abismado en las reminiscencias de sus recuerdos, ni siquiera oye la santidad de la doctrina de la desconocida: y Soledad, para fijar la atención de Honorio, encarna su espíritu en el rostro de aquella mujer. Honorio se exalta al ver la imagen de Soledad reverberando en los ojos de la desconocida. Vuelve á desaparecer Soledad, y Honorio vuelve á no escuchar la doctrina de la mujer que se confiesa. Nueva aparición de Soledad, y nueva exaltación de Honorio. Después Soledad desaparece del todo; la mujer se aleja; y Honorio queda sumido en el dolor de sus recuerdos.

Buscando un privilegio de inocencia,
que darle Honorio el confesor podía,
se acercó de la santa penitencia
al tribunal, una mujer un día.

Y aunque Honorio, sin fe, no la escuchaba,
decía la mujer tan santas cosas,
que un ángel parecía que acababa
de abandonar las zonas luminosas.

Al trabajo, al dolor y hasta á la muerte,
altivo Honorio, cual Zenón, resiste;
mas sin saber por qué, varón tan fuerte,
cuando oye hablar de amor, se siente triste.

De traje honesto, de esperanzas puras,
le hablaba la mujer con tanto celo,
como una de esas nobles criaturas
que á hacer pensar en Dios, bajan del cielo.

Mas, sin oirla, Honorio se abandona
al sueño vil de una ilusión impía,
pues más que en la verdad del que perdona,
en la fe de Pitágoras creía.

A la mujer de singular belleza
oye Honorio con aire soñoliento,
aunque habla como un ángel de pureza,
de gracia, de virtud y de talento.

Y de ella, aun no escuchada, proseguía
hablando dulce, el murmurar sonoro,
que un arroyo de perlas parecía,
sonando al paso sobre guijas de oro.

Al hablar de virtud con tanto celo,
parece que es su natural destino
el de un ángel enviado por el cielo
para enseñar á Honorio el buen camino.

De pronto, Soledad pasa é ilumina
de la mujer la sin igual belleza,
para que oyese Honorio la doctrina
que vertían sus labios de cereza.

Y fulgura en su faz, como si fuese
la imagen de un visible pensamiento,
ó un velo azul y blanco que estuviere
tejido con la luz y con el viento.

De la santa mujer, al rostro hermoso
añadió Soledad, pasando pura,
el no sé qué divino y misterioso
con que alumbraba el amor á la hermosura.

Mas ¡ay! cuando de Honorio impenitente
en conseguir la conversión se empeña,
las aguas Soledad mueve, imprudente,
que duermen en el hueco de la peña.

Honorio sin placer ni simpatía
de Soledad el alma contemplaba;
pero un alma que nada le decía,
unida ya á la carne, le abrasaba.

Por eso, al ver su brillo soberano,
sintió el dolor de su olvidada historia,
cual si hubiera llegado alguna mano
que le hubiese traído una memoria.

¿Qué son esos fugaces resplandores,
que renovando una cerrada herida,
despiertan en el alma los ardores
de la alegre mañana de otra vida?

¡Oh! ¡Cuántas veces, como á Honorio ahora,
al vago son de nuestra voz responde
la voz de una persona que se adora,
mas sin saber quién es, cómo, ni dónde!

Para traer á Honorio al buen camino,
que la escuchase Soledad quería;
mas de la hermosa al resplandor divino
Honorio, por mirar, casi no oía.

De aquel fulgor fantástico tocada,
brillaba tanto la mujer hermosa,
que, por la luz de Soledad bañada,
mas bien que una mujer, era una diosa.

Mirando á la mujer, Honorio, ardiente,
halló en ella el recuerdo de otra vida,
y una mirada echó sobre su frente,
mirada en mil ojeadas dividida.

Mientras él la veía, ella buscaba,
hincada al pie del confesor, consuelo,
y más bien que pecados, confesaba
mil dichas aprobadas por el cielo.

Viéndola Honorio, de su antigua historia
fué sintiendo unas hondas simpatías,
cual si encontrar quisiese en su memoria
algún vago recuerdo de otros días.

¡Ay! ¡Qué serán esas visiones bellas,
que, los tiempos venciendo y la distancia,
con vaguedad nos acordamos de ellas,
cual de un libro leído en nuestra infancia!

Al contar la mujer tan santas cosas,
mira de frente á Honorio, hermosa y pura,
como una de esas niñas candorosas
que no saben qué hacer de su hermosura.

Y como él, decidido, ciego, ardiente,
miraba á la mujer, á toda prisa
robando aquel encanto de su frente,
se alejó Soledad como una brisa.

Cuando del rostro de la dama bella
la luz de Soledad huyó del todo,
no miró Honorio, pues la dama aquella
era hermosa también, mas de otro modo.

Conforme de ella Soledad huía,
con más tristeza Honorio que despecho,
no encontrando el recuerdo que quería,
inclinó la cabeza sobre el pecho.

Cuenta en tanto la dama lo que siente,
noble en creer, en pensamientos vasta,
pasando al porvenir desde el presente,
encantada, feliz, ingenua y casta.

De la mujer desconocida y bella
no mira Honorio el rostro peregrino;
mas Soledad, reverberando en ella,
de nuevo aumenta su esplendor divino.

Y Honorio, al ver que á la mujer inflama
aquella sombra, al parecer, venida
á revelar á la persona que ama
los profundos misterios de otra vida,

con grandes ojos, de pureza ajenos,
todo el amor vertiendo de la tierra,
mira en los de ella, de inocencia llenos,
un reflejo del cielo que le aterra.

Aquella luz de una ilusión pasada
le parece una mágica caricia,
ó el canto de una música, escuchada
por él en otro tiempo con delicia.

Viendo de Honorio la infernal ternura
se espanta Soledad, emprende el vuelo,
ciñe un rayo sol á la cintura,
y elevada por él, se sube al cielo.

Despojada otra vez de lo ilusorio,
á ser real, de ideal, volvió la hermosa,
y volvió entonces á mirarla Honorio
con ojos que miraban otra cosa.

No viendo ya á la dama, poco á poco,
sus sentimientos sofocó livianos,
echó de sí su pensamiento loco,
y el rostro se cubrió con ambas manos.

Y una esperanza aquí, y allí una queja,
exhala, medio vivo y medio muerto,
y aquel fatal confesonario deja,
de una espantosa palidez cubierto.

Absuelta la mujer encantadora,
se alejó, satisfecha, de su lado,
como se aleja el alma pecadora,
ya aliviada del peso del pecado;

y Honorio, recordando embebecido
sus labios de coral, sus ojos bellos,
el fuego de un volcán desconocido
en su raíz quemaba sus cabellos.

— «¿De quién es, de quién es— grita soñando—
la voz del eco que en mis sienes zumba?
¿Qué imagen era aquella que pasando
me habló del otro lado de la tumba?»

«¿Por qué sombra mi indómito deseo,
de todo vencedor, es hoy vencido?
¿De mi vida que haré, si no la veo?
¿Dónde está? ¿Dónde está? ¿Dónde se ha ido?»—

Y en lucha tan fatal su alma vencida,
Honorio el confesor queda de suerte,
que en su austero pesar, su triste vida
no tiene más objeto que la muerte.

ESCENA XXII

RECORDAR ES VIVIR

LUGAR DE LA ESCENA: *El corazón del hombre*

PERSONAJES: HONORIO.—PALACIANO

ARGUMENTO.—Pantelismo del corazón. El obispo Palaciano, consolando á Honorio en su tristeza y dudando de su fe, registra sus papeles, y halla entre ellos unos versos titulados *El Rosal del Paracletto*. El Prelado echa en cara á Honorio su impiedad, y éste escandaliza á Palaciano con sus sentimientos pantelísticos hasta un punto que el Obispo se aleja, decidido á entregarlo al rigor del Santo Oficio.

Consuela á Honorio Palaciano un día,
prelado lleno de bondad y celo,
alma débil y honrada, que vivía
á una distancia igual de tierra y cielo.

Triste Honorio, en fugaz reminiscencia,
no sé por qué, mirando á Palaciano,
se dibuja al fulgor de su conciencia
la prisión y el secuestro de su hermano.

Con amor paternal, casi importuno,
va el Obispo á animar su fe perdida,
y registra eficaz, uno por uno,
los libros compañeros de su vida.

Y—Este hombre es un impío, este hombre es loco—
dice al ver los fantásticos amores
de Honorio, á quien acaban poco á poco
por consunción la fiebre y los dolores.

Y ve que, en su inmortal melancolía,
vuelve sólo á su espíritu la calma
el ritmo de la noble poesía,
esa divina música del alma.

Y que exhala su amor y sus congojas
en cantos, ora locos, ora cuerdos,
como este eco arrancado de las hojas
del libro de sus íntimos recuerdos:

EL ROSAL DEL PARACLETO

— «La muerte nos transforma, y no morimos—
leía estremecido Palaciano.—
Es la tierra en que amamos y sufrimos,
de un infinito amor el oceano.

»Sobre la tumba de Abelardo había
cual símbolo de amor y de respeto,
un rosal que Eloísa plantó un día
en su amado jardín del Paracletto.

»Primero su raíz, después sus flores,
la suerte uniendo fué, compadecida,
como el germen vital de los amores
junta ó dispersa el viento de la vida.

»Y humilde la raíz, y alto el ramaje,
después que aquella lo mezcló en el suelo,
envueltas en perfume alzó el follaje
las almas de los dos juntas al cielo.

»El rosal de ella y de él la savia toma,
y mece, confundiéndolos, la brisa,
en una misma flor, y un mismo aroma,
las almas de Abelardo y de Eloísa.

»Para ejemplo y envidia de las gentes,
la suerte los unió de esta manera.
¡Oh ser que crees, que esperas y que sientes,
siente mucho, cree más, y en Dios espera!

Y una esperanza aquí, y allí una queja,
exhala, medio vivo y medio muerto,
y aquel fatal confesonario deja,
de una espantosa palidez cubierto.

Absuelta la mujer encantadora,
se alejó, satisfecha, de su lado,
como se aleja el alma pecadora,
ya aliviada del peso del pecado;

y Honorio, recordando embebecido
sus labios de coral, sus ojos bellos,
el fuego de un volcán desconocido
en su raíz quemaba sus cabellos.

— «¿De quién es, de quién es— grita soñando—
la voz del eco que en mis sienes zumba?
¿Qué imagen era aquella que pasando
me habló del otro lado de la tumba?»

«¿Por qué sombra mi indómito deseo,
de todo vencedor, es hoy vencido?
¿De mi vida que haré, si no la veo?
¿Dónde está? ¿Dónde está? ¿Dónde se ha ido?»—

Y en lucha tan fatal su alma vencida,
Honorio el confesor queda de suerte,
que en su austero pesar, su triste vida
no tiene más objeto que la muerte.

ESCENA XXII

RECORDAR ES VIVIR

LUGAR DE LA ESCENA: *El corazón del hombre*

PERSONAJES: HONORIO.—PALACIANO

ARGUMENTO.—Pantelismo del corazón. El obispo Palaciano, consolando á Honorio en su tristeza y dudando de su fe, registra sus papeles, y halla entre ellos unos versos titulados *El Rosal del Paracletto*. El Prelado echa en cara á Honorio su impiedad, y éste escandaliza á Palaciano con sus sentimientos pantelísticos hasta un punto que el Obispo se aleja, decidido á entregarlo al rigor del Santo Oficio.

Consuela á Honorio Palaciano un día,
prelado lleno de bondad y celo,
alma débil y honrada, que vivía
á una distancia igual de tierra y cielo.

Triste Honorio, en fugaz reminiscencia,
no sé por qué, mirando á Palaciano,
se dibuja al fulgor de su conciencia
la prisión y el secuestro de su hermano.

Con amor paternal, casi importuno,
va el Obispo á animar su fe perdida,
y registra eficaz, uno por uno,
los libros compañeros de su vida.

Y—Este hombre es un impío, este hombre es loco—
dice al ver los fantásticos amores
de Honorio, á quien acaban poco á poco
por consunción la fiebre y los dolores.

Y ve que, en su inmortal melancolía,
vuelve sólo á su espíritu la calma
el ritmo de la noble poesía,
esa divina música del alma.

Y que exhala su amor y sus congojas
en cantos, ora locos, ora cuerdos,
como este eco arrancado de las hojas
del libro de sus íntimos recuerdos:

EL ROSAL DEL PARACLETO

— «La muerte nos transforma, y no morimos—
leía estremecido Palaciano.—
Es la tierra en que amamos y sufrimos,
de un infinito amor el oceano.

»Sobre la tumba de Abelardo había
cual símbolo de amor y de respeto,
un rosal que Eloísa plantó un día
en su amado jardín del Paracletto.

»Primero su raíz, después sus flores,
la suerte uniendo fué, compadecida,
como el germen vital de los amores
junta ó dispersa el viento de la vida.

»Y humilde la raíz, y alto el ramaje,
después que aquella lo mezcló en el suelo,
envueltas en perfume alzó el follaje
las almas de los dos juntas al cielo.

»El rosal de ella y de él la savia toma,
y mece, confundiéndolos, la brisa,
en una misma flor, y un mismo aroma,
las almas de Abelardo y de Eloísa.

»Para ejemplo y envidia de las gentes,
la suerte los unió de esta manera.
¡Oh ser que crees, que esperas y que sientes,
siente mucho, cree más, y en Dios espera!

»Con variedad, en la apariencia, loca,
camina un mismo ser, mudando el nombre,
bajo la forma de árbol ó de roca,
de niebla, de aire, de animal ó de hombre.

»Si va á un fin cada ser, luego aparece
que uno en otro mezclándose, se abisma,
y en variedad perpetua resplandece
la eternidad sobre la muerte misma.

»Fué símbolo el rosal del mundo entero,
nuestra vida es la vida de las rosas;
todo es un accidente pasajero
de ese fondo invariable de las cosas.»—

¡Ay! Así Honorio el confesor pensaba;
y al leer con horror tal desvarío,
por lo bajo el Obispo murmuraba:
—No es un loco, es peor: es un impío.—

Ve Honorio el rostro de su antiguo hermano:
y en forma vaga, su confusa historia,
unida á Soledad y á Palaciano,
en lo más hondo halló de su memoria.

Y exaltado exclamó:—«Todo cuanto ama
se torna en lo que amó; pues nadie sabe
por qué la tierra se convierte en grama,
la grama en ruiseñor, y en hombre el ave.

»¿Sabe lo que es vuestra razón, acaso,
esa fuerza vital, alma sin nombre,
que lleva á la materia, paso á paso,
de roca en flor, y de animal en hombre?

»Yo soy un ser de los que en sí batallan;
esclavos de un delirio, y nunca dueños,
que á cualquier lado que se vuelven, hallan
lo infinito en el fondo de sus sueños.

»Siempre agitó mi corazón amante
el yago son de una olvidada historia,
una niebla sin forma, un eco errante
perdido á la ventura en la memoria.

»Si veo un placer real, sigo, lo cojo;
su dicha toda á devorar me apresto;
lo gusto con ardor, luego lo arrojó;
gimo y exclamo con dolor:—¡No es esto!—

»¡Sí! ¿quién sabe—prosigue—si habré sido
vuestro deudo algún día, Palaciano?
¿No amasteis algún ser que hayáis perdido,
vuestro padre, algún hijo, algún hermano?

»Fruto tal vez de una ilusión funesta,
yo sé que hay algo que con ansia adoro.
¡Oh! ¿qué fatal reminiscencia es esta?
¿Dónde he amado? No sé. Y ¿á quién? Lo ignoro.

»La vaga tradición voy renovando
de una antigua existencia que he perdido,
en tenebrosa confusión mezclando,
lo que será, lo que es y lo que ha sido.»—

De Honorio al ver que es la febril cabeza
de todo sueño y desventura foco,
Palaciano, con ira y extrañeza,
—No es un impío—dice;—es que está loco.

—«¿Para qué vivo yo? Por más que avanzo—
absorto Honorio, continuó diciendo—
un cierto no sé qué, que nunca alcanzo,
caminando hacia Dios, voy persiguiendo.

»¿Qué será esta emoción, que se deshace
como el fulgor de una ilusión perdida?
ó ¿es un futuro amor esto, que me hace
la muerte apetecer toda la vida?

»Yo he sido algo otra vez, y condenado
por mi maldad ó por mi mala suerte,
al través de la vida, disfrazado,
purgando no sé qué, voy con la muerte.

»¿Dónde he gozado esta divina esencia,
amada en otro tiempo y hoy perdida?
¿Es sólo una fugaz reminiscencia,
como dice Pitágoras, la vida?

»Aunque todo perece, todo dura;
lo que muere, no muere, y se transforma.
Cree el hombre de esta vida en la futura;
pero ¿cómo? ¿á qué luz? ¿bajo qué forma?

»¡Tras de una cosa, ó muerta, ó no nacida,
marcho sin guía, y sin imán navego;
emigrado perpetuo de la vida,
navegante eternal que nunca llego!»—

Y cara á cara de su antiguo hermano,
mira al prelado, alza la vista, gime,
y—¡Ayl! ¿qué será—pregunta á Palaciano—
ese raudal de vida que me oprime?—

De nuevo Honorio con dolor suspira;
murmura, sin querer, imprecaciones,
y se pone á alentar como el que aspira
todo el aire del cielo en sus pulmones.

Y Palaciano murmuró:—¡Que muera!
Para este infiel la excomunión es poco.
¡Que purgue su maldad en una hoguera;
es un impio, y además un loco!—

Y de su fe dudando, y de su juicio,
Palaciano partió, lleno de celo,
á entregarle al furor del Santo Oficio
con el ardor de un justo que ama el cielo.

ESCENA XXIII

FIN DE RECUERDOS Y VIDAS

LUGAR DE LA ESCENA: *En una catedral, ante el sepulcro
de Palaciano.*

PERSONAJES: SOLEDAD.—HONORIO.—PALACIANO.—JESÚS EL MAGO

ARGUMENTO.—Muere Honorio de pena, y Palaciano de remordimientos. Se encuentran
junto al sepulcro del obispo Palaciano, y los dos hermanos se echan en cara sus faltas. Aparece
en un púlpito de la catedral la sombra de Jesús el Mago, y encarga á Palaciano que en castigo de
haber sido causa de la muerte de su hermano, vaya á convertir á otros culpables. Dirigiéndose á
Honorio, le manda ir al astro donde purgan sus culpas los perezosos, y en el cual su madre se
hallaba padeciendo por su negligencia en cuidar de su fe, y le dice que ella le conducirá á otros
planetas, á presenciar el resultado que traen los pecados capitales.—Mientras Soledad se queda
orando por ellos, los dos hermanos parten á cumplir la penitencia que les fué impuesta, y Hon-
orio sube á la región de los astros, siguiendo el camino de la vía láctea.

Es, por la duda y el escaso juicio
que el monje Honorio en escribir emplea,
entregado al poder del Santo Oficio,
cual loco aventurero de una idea.

Cree que todo está en todo, y así muere
en una cárcel á la luz cerrada,
como un ser sin consuelo, que no quiere
ni ver, ni oír, ni respirar, ni nada.

Aunque era siempre de su encono objeto,
fué al morir, para el débil Palaciano,
la historia del rosal del Paracleto,
la historia fiel del corazón humano.

Si muere Honorio triste y en clausura,
muere el prelado con la fe perdida.
Lleva un premio en sí misma la amargura,
porque abrevia los días de la vida.

Mas nada importa á nadie el sentimiento
del alma de los dos: el hombre llora;
sus lágrimas, pasando, enjuga el viento,
las cuenta Dios, y el sol las evapora.

Mientras que Honorio, sin ajeno amparo,
de sus verdugos el poder vencía
con la paciencia, ese valor más raro
que el valor que se llama valentía,

sin ver, ni oír, ni respirar, ni nada,
mataba á Palaciano el desconsuelo,
cual mártir cuya sangre sofocada
ni cae de alto ni enrojece el suelo.

—«El poder, piensa Honorio, es iracundo,
y toma los errores por maldades,
porque jamás, artificioso el mundo,
se aviene con las fáciles verdades.

»Lo que escribí otra vez, de nuevo escribo.
¿Qué dije á Palaciano? Lo que es cierto:
que el ser que vive, sueña que está vivo;
que el ser que muere, sueña que está muerto.

¡Justicia de los hombres y naciones!
Salva Juana al francés;—pues ¡á la hoguera!
Colón descubre un mundo;—¡á las prisiones!
Da Cristo al hombre libertad;—¡que muera!—

Palaciano expiró, y el mismo día
la dicha Honorio de morir alcanza,
sin abjurar ni un punto su herejía,
de un cierto mal de amor sin esperanza.

Cortando á aquel su duda, á éste sus sueños,
sus ojos á los dos la muerte cierra,
librándolos así de estos pequeños
miserables afanes de la tierra.

Bajo una inmensa bóveda, en que había,
un algo de sólemne y misterioso,
y en donde el pueblo á su prelado un día
inmóvil le escuchaba y silencioso,

en espíritu se hallan mano á mano
con su odio inmenso ó con su amor eterno,
Honorio, Soledad y Palaciano,
ó á un tiempo el cielo, el mundo y el infierno.

Al verse los hermanos frente á frente
ante la tumba del Obispo,alzada
debajo de la bóveda esplendente,
sobre espesos pilares asentada,

inmóvil cada cual como una roca,
hasta el furor llevando sus enojos,
se está viendo en los dos la rabia loca,
que hace afluir la sangre hasta los ojos.

—¡Mi hermano!—grita aquél, y éste:—¡Mi hermano!—
Y recordando su fatal destino,
se decían Honorio y Palaciano:
—¡Tú fuiste mi raptor!—¡Tú mi asesino!—

Y llenos de mortal melancolía,
cada cual de su error cogiendo el fruto,
ven los dos su pasado, y día á día
lo recuerdan, minuto por minuto.

Pensando así los dos, y esto diciendo,
de repente, ante un bello crucifijo,
desde el fondo de un púlpito surgiendo,
Jesús el Mago apareció y les dijo:

—«Palaciano infeliz! alzáte y anda;
purgarás tus errores y fierezas,
porque, en vez de matar, Cristo nos manda
compadecer al hombre y sus flaquezas.

»Fué ¡oh pastor sin piedad y sin cordura!
con tu hermano tu cólera terrible,
no perdonando á un alma sin ventura,
que ama tanto, que hasta ama lo imposible.

»Para dudar, al fin, de tu creencia,
porque él dudaba, le impusiste el yugo.
Tu celo, hecho pasión, fué violencia;
y apóstol con poder, fuiste verdugo.

»Tú, que al morir, hasta la fe perdiste,
la fe predicarás á otros culpables,
ya que dudaste, y conocer quisiste
los caminos de Dios impenetrables.

»¡Vosotros, que sufrir en un infierno
á una madre dejáis que tanto os ama!...»
(Y al oír de su madre el nombre tierno,
Palaciano da un ¡ay! que al cielo clama;

y Honorio, que no hay pena á que sucumba,
oye ahora á Jesús desencajado,
cual Lázaro que sale de la tumba
después de enfermo, muerto y enterrado.)

—«Tu última vida á recorrer empieza—
dice á Honorio Jesús;—vé al sol, y luego
el astro encontrarás de la Pereza,
entre sangre, entre lágrimas y fuego.

»De sol en sol después, de luna en luna,
tu madre, que te amó sin ser querida,
te mostrará, pasando, una por una,
las dichosas miserias de la vida.

»Si en velar por tu bien fué descuidada,
tú, en cambio de su amor, penar la dejas,
cuando por tí, cual garza aprisionada,
sufre cautiva sin pesar ni quejas.

»Tornad vuestras injurias en perdones,
y elevando las almas como el vuelo,
subid á Dios con santas oraciones,
que son las alas del amor del cielo.

»Recobrad, desandando el mal camino,
los tiernos sentimientos de la infancia,
ya que á uno á ser raptor, y otro asesino,
os llevó la pasión ó la ignorancia.»—

Exhortando á los dos de esta manera,
sin apariencia de alejarse alguna,
desapareció Jesús, cual si se hubiera
desleído en los rayos de la luna.

Palaciano y Honorio, horrorizados,
vagan como almas por Jesús malditas,
cual ruedan esparcidas por los prados
las flores olvidadas y marchitas.

Y una mirada, al fin, los dos, partiendo,
indiferente el uno, el otro tierna,
á Soledad echaron, como haciendo
una señal de despedida eterna.

Viendo partir con pena á los hermanos,
Soledad, de rodillas, reverente,
miró al altar, gimió, cruzó las manos,
y quedó como orando mentalmente.

Viendo Honorio, entre dudas y dolores,
el fulgor de los astros indeciso,
cual si fueran los vidrios de colores
las puertas de cristal del paraíso,

aunque loco de amor, honrado y justo,
del cielo contemplando la belleza,
baja, de Dios ante el poder augusto,
aquella alma rebelde la cabeza.

Traspone, al fin, los vidrios de colores;
al éter insondable, audaz se lanza;
y al pensar de su madre en los dolores,
halla el valor, perdida la esperanza.

Ve en una faja, que el espacio puebla,
como sombra en los cielos extendida,
una vía monótona de niebla
encima de un abismo suspendida;

y por ella elevándose, apresura,
entre dolor y admiración, el vuelo,
sintiendo por su madre una ternura
tan inmensa y profunda como el cielo.

ESCENA XXIV

EL HIMNO DE PITÁGORAS

LUGAR DE LA ESCENA: *La bóveda estrellada*

PERSONAJES: HONORIO.—PAZ

ARGUMENTO.—Armonía de la creación. Saliendo Honorio de la catedral en busca del astro de la Pereza, donde está castigada su madre Paz por haber sido negligente en enseñarle el camino de la virtud, oye el concierto armonioso que hacen los astros girando en los espacios, conocido con el nombre de *Lira de Pitágoras*. Siguiendo la vía láctea, llega Honorio al astro de la Pereza, donde encuentra á su madre.

Cuando en pos de su madre, Honorio el vuelo
desde la augusta catedral alzaba,
al mismo tiempo hacia la luz del cielo
la alondra, hija del sol, se levantaba.

Desparramando ante él luz y colores,
sus abismos los cielos entreabrían,
y á nuevos esplendores de esplendores
ensanches de horizontes sucedían.

Midiendo en su camino paso á paso
esa faja de brillo ceniciento,
cual metal en fusión, que es hoy, acaso,
de mundos que han de ser vivo fermento,

sigue esa láctea y misteriosa vía,
que de un solsticio al otro derramada,
á la luz de la aurora parecía
un encaje, una gasa, un aire, un nada.

Vió lo infinito, y se sintió admirado
ante aquel mar de espléndidos vapores,
el corazón de Honorio, lacerado
por la historia cruel de sus amores.

Mas sus celos, su amor y su esperanza
en lo más hondo de su pecho encierra,
cuando ya casi á distinguir no alcanza
esta nada visible de la tierra.

Y luego vuela más, y ve, volando,
que, entre ardores y vívidos celajes,
en libertad salpican, circulando
de la luz y el calor los oleajes;

y que allá en las esferas luminosas
del claro cielo, en la región más alta,
como el agua en cascadas espumosas,
en cascadas de luz el éter salta.

En piélagos de luces y colores,
cree que esparcidos ó apiñados mira
los brillos, los diamantes y las flores
de Delhy, de Golconda y Cachemira.

«¡Gloria á Dios!» en la esfera esplendorosa,
en olas de ondulante movimiento,
vibra el éter la nota luminosa,
como la nota musical del viento.

«¡Gloria á Dios! ¡Gloria á Dios!» Así llenaba,
del orbe todo el celestial circuito,
el concierto inefable que formaba
la eterna ebullición de lo infinito.

De pie sobre una nube luminosa,
oir Honorio preludiar creta
esa lira celeste que, armoniosa,
en éxtasis Pitágoras oía.

Y del espacio en la suprema altura,
va escuchando, aunque triste, embelesado,
ese ruido de ruidos que murmura
el infinito hervor de lo creado.

Siguiendo el curso de la láctea vía,
ve que, embriagada de ventura tanta,
la inmensa creación, con su armonía,
al gran poeta de los mundos canta.

Allí con voz sutil ó poderosa
la lira de Pitágoras resuena,
como la flauta, á veces misteriosa,
y á veces ronca como el rayo, atruena.

Hoy Honorio la música indecisa
escucha del concierto soberano,
como el fácil murmullo de la brisa
que sopla al mediodía en el verano.

Ya remedan las notas encantadas
vuelos de alas de alegres mariposas,
ya el rumor de las hierbas agitadas
por familias de insectos tenebrosas:

ya fingen los planetas, circulando,
del follaje arrastrado el sordo ruido;
ya murmuran caricias, imitando
dulce gorjear al rededor del nido;

ya repiten las auras inseguras
la canción, vagamente modulada,
de la alondra arrogante en las alturas,
del tordo inimitable en la enramada;

ya es de un agua invisible la corriente,
árbol que ondea, céfiro de estío,
cantar de ruiseñor, ruido de ambiente,
lejana tempestad, queja de río;

ya el rumor de las cosas que se mecen;
ya, á un tiempo encantadores y encantados,
ecos de ecos de sonos, que parecen
ensueños por los astros murmurados.

Así Honorio, que vive entre quimeras,
del infinito el vértigo sintiendo,
va á través del azul de las esferas
el himno de Pitágoras oyendo.

Y hasta exhalan también cantos benditos
sus labios, para orar siempre cerrados,
allí donde los mundos infinitos
germinan cual las hierbas en los prados.

¡Santas salmodias, de esperanzas llenas!
¡Para creer en Dios con vivo celo,
no hay remedio mejor que tener penas,
ir por el mar ó contemplar el cielo!

Como siempre á la boca del que admira,
Dios acude de Honorio á la memoria,
y en su loor su corazón respira
amor, respeto, bendición y gloria.

Y al compás de los astros, halagüeño,
busca Honorio á su madre, embebecido,
cual si fuese feliz, en un ensueño,
del cielo por los hálitos mecido.

De la Pereza el astro entre los soles
rebuscan sus pupilas agrandadas,
viendo á su paso las inmensas moles
de unas islas por almas habitadas.

Piensa en su madre al remontar la esfera.
—¿Me esperará?—Me esperará—se dijo;—
que una madre amorosa siempre espera
la llegada del alma de algún hijo.—

Avanza más y más, é inquiera amante;
y el astro al distinguir de la Pereza,
nadie ha visto jamás en un semblante,
ni alegría mayor ni más tristeza.

Y al llegar de su madre al purgatorio,
Paz se arrodilla, gime, besa el suelo.
Se alza, y prorrumpe al acercarse Honorio:
—¡Gloria á Dios en la tierra y en el cielo!—

JORNADA QUINTA

ESCENA XXV

EL PECADO DE LA PEREZA

(PRIMERA PARTE)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro volcanizado*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO

ARGUMENTO.—Después de abrazarse la madre y el hijo, Honorio, á instancias de Paz, le cuenta sus transmigraciones y su amor á Soledad. Luego sobreviene una tempestad de viento y lava en aquel astro, que es uno de los purificadores de las almas pecadoras.

Llegando al astro en que castiga el cielo
la dejadez de la pereza extrema,
siente Honorio, al andar, que hierve el suelo,
el aire da calor, y el agua quema.

Si calientes los céfiros abrasan,
son las sombras allí sofocadoras;
y hasta del tiempo que se arrastran, pasan
más lentas y monótonas las horas.

Más que el cansancio la quietud se siente;
y arabescos fantásticos formando,
con un zumbido agudo y estridente,
piden sangre los cinifes volando.

Nubes de insectos, circulando en torno,
cubren la extensa soledad del cielo;
toda fuente es termal, el aire un horno,
y un nido de tarántulas el suelo.

Del uno al otro apenas les dejaba
contemplar á placer la faz querida,
la obscuridad de plomo que formaba
la arena por el viento removida.

Paz y Honorio se abrazan, y encantados
se vuelven á abrazar; toman asiento,
y luego se contemplan, ya sentados
en dos piedras de un blanco ceniciento.

Miraba á Honorio Paz como lo haría
la madre más feliz junto á una cuna;
y—«Acércate, hijo mío—le decía,—
y cuéntame tus penas una á una.

»Y ¡háblame mucho, pero mucho!—dijo—
de ti, de Soledad y Palaciano...»—
Calló la madre, y con vergüenza el hijo
bajó los ojos y besó su mano.

Y de Paz, cuando Honorio se prepara
la historia á referirle de sus males,
dos lágrimas de amor ve por su cara
rodar, como dos perlas orientales.

Después que Honorio en el profundo abismo
de su espíritu entró, de esta manera,
sacándola del fondo de sí mismo,
á su madre contó su vida entera.

—Por ese amor que hasta el honor relaja
—dice Honorio,—á mi hermano he secuestrado.—
Y esto lo habló con la cabeza baja,
cual delante de un juez habla un malvado.

Y continuó después, enternecido,
aun rojas de vergüenza las mejillas:
—«La hermosa Soledad siempre ha debido
ser de un rey adorada de rodillas.

»¡Ay! Ya veréis, al escuchar mi historia,
que en muchas vidas, de amargura llenas,
sólo está Soledad en la memoria
de tantas dichas y de tantas penas.

»Con permiso del cielo transmigrando,
por senderos del mundo no sabidos,
fue la ilusión á mi alma traspasando
la ternura fatal de mis sentidos.

»Tanto alegraba esta fatal ternura,
de mis vidas la rueda interminable,
que hallaba en el amor cierta dulzura,
aun siendo mi desdicha inagotable.

»Amando á Soledad, fui condenado
á ser por su memoria perseguido,
ya en los poros de un mármol encerrado,
ya en el cuerpo de un águila embébedo.

»¿Quién hubiera creído, madre mía,
en terrenal amor tanta firmeza?
¿Quién lo hubiera creído?—repetía,
sobre Paz inclinando la cabeza.—

»Con el fuego voraz en que aun me abraso—
prosiguió Honorio,—la seguí contento,
por una y otra vida paso á paso,
desde el primero al último momento.

»Vivo ó muerto, de noche cual de día,
templaba mi dolor con mis amores,
pues siempre fué en el mundo, madre mía,
más fuerte mi pasión que mis dolores.

»Fui mármol y ciprés; luego subiendo,
fui pájaro de aliento soberano,
para pasar después, siempre sufriendo,
desde el reino animal al reino humano.

»Y hombre, roca ó ciprés, siempre he seguido
con estas ansias para mi queridas;
siempre acabé de su memoria asido,
la rueda interminable de mis vidas.

»Y amaba, madre mía, de tal suerte,
que embebido en la tumba en que ella estaba,
aunque es tan frío el frío de la muerte,
como una hoguera el mármol me abrasaba.

»Jamás he visto de sentir cansado
mi triste corazón, que tantas veces
desde mármol á espíritu ha apurado
la dicha y la desdicha hasta las heces.»—

Diciendo Honorio así, dando bramidos,
rodó una nube lóbrega, que, impura,
dejó, al pasar, sus rostros encendidos,
que abrasaba también la calentura.

Y en medio de vapores inflamados,
cuando fin á su historia Honorio daba,
á rugir empezó por todos lados,
una atroz tempestad de viento y lava.

Soplando como cárdena humareda,
un simón abrasado de un desierto,
trastornándolo todo, rueda y rueda
sobre aquel purgatorio á cielo abierto.

Miran correr las sombras tenebrosas
por un aire cargado de suspiros.
Rayos que forman zedas luminosas
cruzan el cielo en angulosos giros.

Quemados ya por el volcán que abrasa,
sintiendo uno por otro amarga pena,
se echan los dos, mientras el viento pasa,
como quien va á morir, sobre la arena.

Y dice á Honorio Paz, envuelta en lava:
—La clemencia de Dios con fe pidamos.
¡Perdónanos, Señor,—Paz exclamaba—
así como nosotros perdonamos...!—

ESCENA XXVI

EL PECADO DE LA PEREZA

(SEGUNDA PARTE)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro volcanizado*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—LOS INDOLENTES.—LOS EGOÍSTAS.
PANCHO EL INDIANO

ARGUMENTO.—Recorriendo el planeta en que se purga el pecado de la pereza, ven Honorio y Paz el castigo que se da á los indolentes y á los egoístas. Entre éstos hallan á Pancho el Indiano, quien les cuenta que, habiéndose hecho rico, dejó morir á su madre indigente á la puerta de su casa, por no sacar la mano del lecho para abrirle la puerta en una noche de invierno.

Pisando Honorio y Paz con planta inquieta
aquel suelo, que un horno parecía,
los ámbitos recorren del planeta;
encendido volcán, aunque no ardía.

Y por más que aquel astro enrojecido
cruzaron con terror de arriba abajo,
no hallaron ni un lugar embellecido
por el amor, la dicha y el trabajo.

Tenaces, á las almas indolentes
acosan, entre horribles convulsiones,
unas nubes de moscas relucientes,
esparcidas por miles de millones.

Espantada por él, su madre á Honorio,
—Pasa, hijo mío,—le decía—pasa;
que al ardor de este horrible purgatorio
se angustia el corazón, y el pie se abrasa.—

Hallan luego la raza maldecida
de cuerpo sin vigor y de alma inerte,
que teme á los pesares de la vida,
por si pueden durar hasta la muerte;

á quienes en sus cómodas posturas,
picando á un tiempo y susurrando á coro,
inquietan con acerbos picaduras
mil cínifes de luz con trompas de oro.

Y ellos de pie, la faz desencajada,
al tórrido calor que se desploma,
tienen con pena esa tensión forzada
que, al querer tomar vuelo, el ave toma.

Después, con el sudor de la agonía,
ven que no dan los cínifes reposo
á un tal Pancho el Indiano, que algún día
se condenó á sí mismo á ser dichoso,

el cual explica así su gran pecado,
dando á Honorio estas cínicas razones,
en tanto que, de insectos acosado,
se agita entre horrorosas convulsiones:

PANCHO EL INDIANO

—En todo tiempo, y de cualquier manera,
después del oro apeteci la calma;
y al cabo de una vida aventurera,
en que perdí el honor y casi el alma,

rico y á todo sinsabor extraño,
siendo mi bien el único amor mío,
sin la fe, y con la paz de un ermitaño,
me instalé en un pensil cercano á un río.

»A fuerza de inquirir, mi residencia
halló mi madre en mi feliz desierto;
su miseria olvidaba en mi opulencia,
suponiendo además que había muerto.

»Llegó una noche del invierno fría,
y á mi puerta llamó pidiendo asilo;
que era un pobre cualquiera, presumía,
y así en el lecho me quedé tranquilo.

»Volvieron á llamar tras corto plazo;
pero yo, para abrir al que llamaba,
tenía al menos que sacar un brazo
y tender una mano hacia la aldaba.

»Ya, dando la infeliz diente con diente,
—¡Tengo frío!—decía—¡tengo frío!—
Y era, en verdad, mortífero el ambiente
que subía soplando desde el río.

»Con frío tan glacial cayó aterida;
yo dormía entre tanto satisfecho;
pues no hay cosa más dulce en nuestra vida,
que en una noche de tormenta, el lecho.

»Por no turbar la madre, resignada,
tal vez el sueño ó la quietud del hijo,
al umbral de la puerta acurrucada,
—Hasta mañana aguardaré—se dijo.

»Y se puso á rezar, y un ¡ay! doliente
creo escuchar, mezclado con su rezo;
pero yo me dormí tranquilamente,
contestando á aquel ¡ay! con un bostezo.

»El rostro entre las manos recogido,
sobre el regazo á dormir empieza,
como antes de morir, el cisne herido
recoge entre las alas su cabeza.

»Sueña feliz su maternal locura
que me ve, que me besa y que me toca,
y á raudales afluye la ternura
á sus ojos, sus manos y su boca.

»Soñando moderar, ya medio muerta,
aquel frío que helaba hasta sus huesos,
imagina, por fin, que abro la puerta,
la cojo al vuelo y me la como á besos.

»Que una taza de leche la servía,
soñaba en sus risueños pensamientos,
y que luego afanoso la encendía
una grande fogata de sarmientos.

»Fingiendo amor en mí, siempre amorosa,
la pobre se quedó, muriendo helada,
marchita y sin color, como la rosa
que se queda en un búcaro olvidada.»—

Y cuando esto el Indiano iba diciendo,
por el rostro de Paz, descolorido,
dos arroyos de lágrimas ardiendo
caían de sus párpados sin ruido.

—«Cuando ya con buen sol abrí la puerta
—siguió el hombre,—de lágrimas preñados,
casi lloraron, al mirarla muerta,
mis ojos, á llorar no acostumbrados.

»Juré en falso después que no sabía
cuál fuese el nombre de la pobre aquélla;
pero ahora conozco que debía
de rodillas caer delante de ella.

»Un cura pobre, y como un ángel bueno,
rogó por ella y la enterró en sagrado;
pues yo, apartado del dolor ajeno,
soy tan poco feliz que nunca he orado.

»¡Al pensar en sus besos repetidos,
pensó la madre fiel cuanto quería;
soñando en mis sarmientos encendidos,
soñaba la infeliz lo que debía!

»¡Pobre madre, que helada y delirando,
muerta al umbral de mi feliz estancia,
extática quedó, como escuchando
las dulces melodías de mi infancia!

»¡A qué extremo fatal me han conducido
el oro, el egoísmo y la indolencia!
Obré mal, ¿qué queréis? así he nacido,
y el gusto es condición de la existencia.»—

Honorio y Paz, al hombre contemplando,
en muda y noble indignación se abrasan,
y de ira ardiendo y de dolor llorando,
miran gimiendo, y despreciando pasan.

ESCENA XXVII

EL PECADO DE LA PEREZA

(TERCERA PARTE)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro volcanizado*

PERSONAJES: HONORIO.—PAZ.—LOS EXTÁTICOS.—LAS VIRTUDES
ESTÉRILES.—LOS ESPAÑOLES.—FELIPE IV.—INÉS DE RIBERA

ARGUMENTO.—Hallan Paz y Honorio á los extáticos, á las virtudes-estériles, á varios españoles y á Felipe IV.—Ven después á una mujer en medio de dos hombres, que, por herirse furiosos, involuntariamente la hieren á ella. Cuenta uno de ellos la historia de Inés de Ribera, la cual recibía á dos amantes á distintas horas de la noche; una vez se encontraron en el fondo de una atajea, por donde entraban y salían, y, no pudiendo retroceder, murieron ahogados por el agua destinada á regar un jardín. Vuelven Honorio y Paz á tomar el camino de la vía láctea, y continúan su viaje por los espacios.

Entre el vapor de fuego que caía,
rendido Honorio, Paz infatigable,
cruzando el astro van, que casi ardía
bajo el calor de un cielo insoportable.

Y lamentando, aunque sus pies se abrasan,
más que la propia, la desdicha ajena,
sufriendo al ver sufrir, inquietos pasan
de dolor en dolor, de pena en pena.

Al llegar á los sitios abrasados
de unas playas tranquilas y desiertas,
se encuentran á los seres extasiados,
de mentes locas y de entrañas yertas;

que, abandonados con inútil calma
á las varias delicias del reposo,
no piensan que, lo mismo que nuestra alma,
el cuerpo se corrompe estando ocioso.

Y los codos hincando en las rodillas,
se entregan con placer á sus quimeras,
y apoyando en sus manos las mejillas,
se quedan sin moverse horas enteras.

Hallan después á los que llaman buenos,
á quien la ardiente caridad no inflama,
que nunca sienten, de indolencia llenos,
la gran virtud del que padece y ama.

Jamás la luz de ajenas alegrías
en la virtud estéril reverbera;
que en ciertas almas, cual la nieve, frías,
ni reina el vicio, ni el amor impera.

Muestran con gesto en la apariencia amante,
con blando acento y corazón de roca,
una inútil bondad en su semblante,
que hiela lo que mira y lo que toca.

Dejando Honorio y Paz las almas ruines,
que en vano en sueños escuchar intentan
las cosas que los buenos serafines
á los oídos de los que aman cuentan,

unos hidalgos ven, cuyos semblantes
jamás revelan ni placer ni pena,
pues piensan sólo en disipar instantes
por la árida extensión de un mar de arena.

Tan bravos infanzones, convirtiendo
á la pereza en su deidad querida,
haciendo sólo tiempo van haciendo
un eterno bostezo de la vida.

Allí al ciego querer de la fortuna
Felipe IV, el español, se entrega,
y jamás llega á tiempo á parte alguna,
esperando una cosa que no llega.

Vasallos dignos de él le van siguiendo,
que holgando hacen al Rey digno agasajo,
y más que en trabajar sufren huyendo,
del que llaman demonio del trabajo.

Cercando á una mujer de estrecha frente,
dos hombres ven que con furor combaten;
mas ella entre los dos sufre indolente,
cual les dejó morir, que ellos la maten.

INÉS DE RIBERA

Era Inés de Ribera, que en Granada
tristemente fué célebre algún día,
tipo común de dejadez, mezclada
con cierta astucia subterránea y fría.

Y al ver que Honorio y Paz lloran su suerte,
—Esta—uno de ellos á decir comienza—
arrastró nuestros cuerpos á la muerte,
hundiendo nuestro nombre en la vergüenza.

»Había y hay en la feliz Granada
cierto conducto angosto y encubierto,
por donde hallando artificial entrada
el agua del Genil, regaba un huerto.

»Por la acequia arrastrándose anhelante,
á contemplar de noche á esta señora,
al ocultarse el sol, iba un amante,
y otro amante después iba á deshora.

»Chocando ¡ay Dios! cabeza con cabeza,
una noche en la obscura cañería,
ya sin poder retroceder, tropieza,
con el hombre que entraba, el que salía.

»Como amantes los dos, faltos de juicio,
se apretaban furiosos las gargantas.
¡Nunca alumbró tan bárbaro suplicio
el sol, que alumbra desventuras tantas!

»¿Qué hacía en tanto la mujer funesta?
Dejar que horrible se cumpliera el hado,
pues aun amando á dos, siempre fué en ésta,
más grande la pereza que el cuidado.

»Antes de ser desesperadamente
uno por otro destrozado y muerto,
corriendo por la acequia de repente
el agua del Genil, entró en el huerto.

»Al verse por las aguas inundados,
y el uno contra el otro comprimidos,
se oyeron dos gemidos sofocados...
mas después no se oyeron ni gemidos.»—

Calla, se miran, y con rabia y tedio
renuevan ambos su feroz querella,
y al pegarse los dos, con ella en medio,
se dan el uno al otro y dan en ella.

De la mujer funesta, pero amada,
tiran después con cólera homicida;
y si á medias amó, casi arrastrada,
á medias sufre, entre los dos partida.

Mas de aquella mujer de escasa frente
nunca la fuerza de la inercia abaten,
pues sin odio ni amor, sufre indolente,
cual les dejó morir, que ellos la maten.

Los dos huyen después, con ella en medio,
demostrando en su bárbaro suplicio,
ellos la rabia, el deshonor y el tedio,
y ella la inercia, el deshonor y el vicio.

Después Honorio y Paz, andando, andando,
pusieron fin á su estival carrera,
y alejados del sol, fueron dejando,
de su calvario la estación primera.

De nuevo entrando en la celeste vía,
siguen los dos ese inmortal sendero,
ancha faja de luz, que parecía,
de soles en fusión blanco reguero.

Y más que por sus penas, fatigados
de ver un vicio aquí, y allí otro vicio,
prosигuen su camino, condenados
á andar de precipicio en precipicio.

ESCENA XXVIII

EL PECADO DE LA AVARICIA

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro de oro*

PERSONAJES: HONORIO.—PAZ.—LOS USUREROS.—GIL GÓMEZ.
LOS MALOS JUECES.—CATÓN.—CRESO.—CRASO.—PERICLES.
LOS VENTEROS DE DAIMIEL.

ARGUMENTO.—Llegando al planeta donde se purga el pecado de la avaricia, encuentran á Judas con los usureros; á uno que les cuenta el hurto de Gil Gómez; á los malos jueces mezclados con los ladrones; á Catón con los avaros; á Creso y Craso acompañados de los conquistadores, y á Pericles con los dilapidadores.—Ven luego á los venteros de Daimiel, que les cuentan el robo y parricidio cometidos en su propio hijo. Después Honorio y Paz vuelven á seguir por la vía láctea su peregrinación celeste.

Y andando más y más, miran delante
un astro rojo relumbrar un día,
donde el rayo feliz de un sol levante
próvido el oro y los diamantes cría.

Aunque allí el ansia de apilar inquieta,
rueda inútil la plata por el suelo:
da fiebre de adquirir aquel planeta,
inagotable Potosí del cielo.

La tierra el seno de metal mostraba
por las grietas sin fin de un suelo hendido;
el agua de los ríos reflejaba
los cambiantes del oro hecho fluido.

La tierra, como el agua, al hombre ofrece
los milagros que sueña la pobreza,
y hasta la árida arena allí parece
que exhala de sí misma la riqueza.

Allí, por una baja idolatría,
está el becerro de oro hecho divino,
y el sitio de la escena, parecía,
de la historia oriental del vellocino.

Triunfando los innobles pensamientos,
el hurto sólo el corazón halaga,
excitando á los ricos avarientos
una hidrópica sed, que no se apaga.

En vano reclinando la cabeza,
quiere gozar de calma la codicia;
que aumenta el oro el ansia de riqueza,
y exalta la riqueza la avaricia.

Nada de Paz los ojos alegraba;
hasta el color del campo era amarillo;
la rica arena estéril no criaba
ni romero, ni rosas, ni tomillo.

Y ven que, de usureros circundado,
su talla Judas el traidor ostenta,
crespo el cabello y de color dorado,
con la cara también amarillenta.

Después Honorio y Paz se acercan, viendo
un avaro á quien otros persegufan,
y á una gente que, audaz, tras de él corriendo,
—¡Asesino de muertos!—le decían.

GIL GÓMEZ

—¿Quién es ese infeliz, que un torbellino
de enemigos cercáis?—Paz les pregunta;
y uno de ellos contesta:—Un asesino,
que una vez cortó un dedo á una difunta.

»Es Gil Gómez, señora,—proseguita—
avaro, sacristán y valenciano,
que por robar á una difunta un día,
creyendo ser ladrón, fué cirujano.

»Miró á una muerta Gil llevada en coche;
la vió enterrar con sus anillos de oro,
y al nicho el muy bribón volvió de noche,
como vuelve el avaro á su tesoro.

»No pudiendo sacarle un grueso anillo,
el sacristán, con el mayor denuedo,
su linterna dejó, sacó un cuchillo,
y ¡horror! cortó de la difunta un dedo.

»Por efecto tal vez de la sangría,
mientras Gil, por huir, al viento pasa,
alzándose la muerta, que vivía,
cogió la luz y se volvió á su casa.

»Mas desde entonces Gil, lleno de miedo,
sin que haya nada que su espanto venza,
mientras vive ella alegre y sin el dedo,
él se muere de susto y de vergüenza.

»Por eso siempre y sin cesar la gente,
por cualquiera lugar que Gil camina,
—¡Al valiente!—le gritan—¡al valiente,
que hace vivir los muertos que asesina!»

Ven luego curas, jueces y doctores,
que vendieron con sordida avaricia,
por oro, por favor ó por honores,
unos gracia, otros ciencia, otros justicia.

Tirándoles al rostro su grillete,
se vengan de los jueces los penados,
y en ir con los marchantes de bonete,
se juzgan los ladrones deshonorados.

El ansia de adquirir no tiene freno;
lo suyo y lo no suyo les desvela;
no les deja dormir el bien ajeno,
y ansiando el propio bien, los tiene en vela.

Patricio sin valor, venal esposo,
recogiendo y ansiando cuanto mira,
se arrastra allí Catón el virtuoso,
mancillando hasta el aire que respira.

Marcha Creso detrás, que fué preclaro
por contar más tesoros que proezas,
el que avaro y tan sólo por avaro,
las riquezas amó por las riquezas.

Y con Craso el venal, al que proclaman
los proscritos de Sila el gran villano,
marchan los héroes, que á sus robos llaman,
lo mismo allí que aquí, golpes de mano.

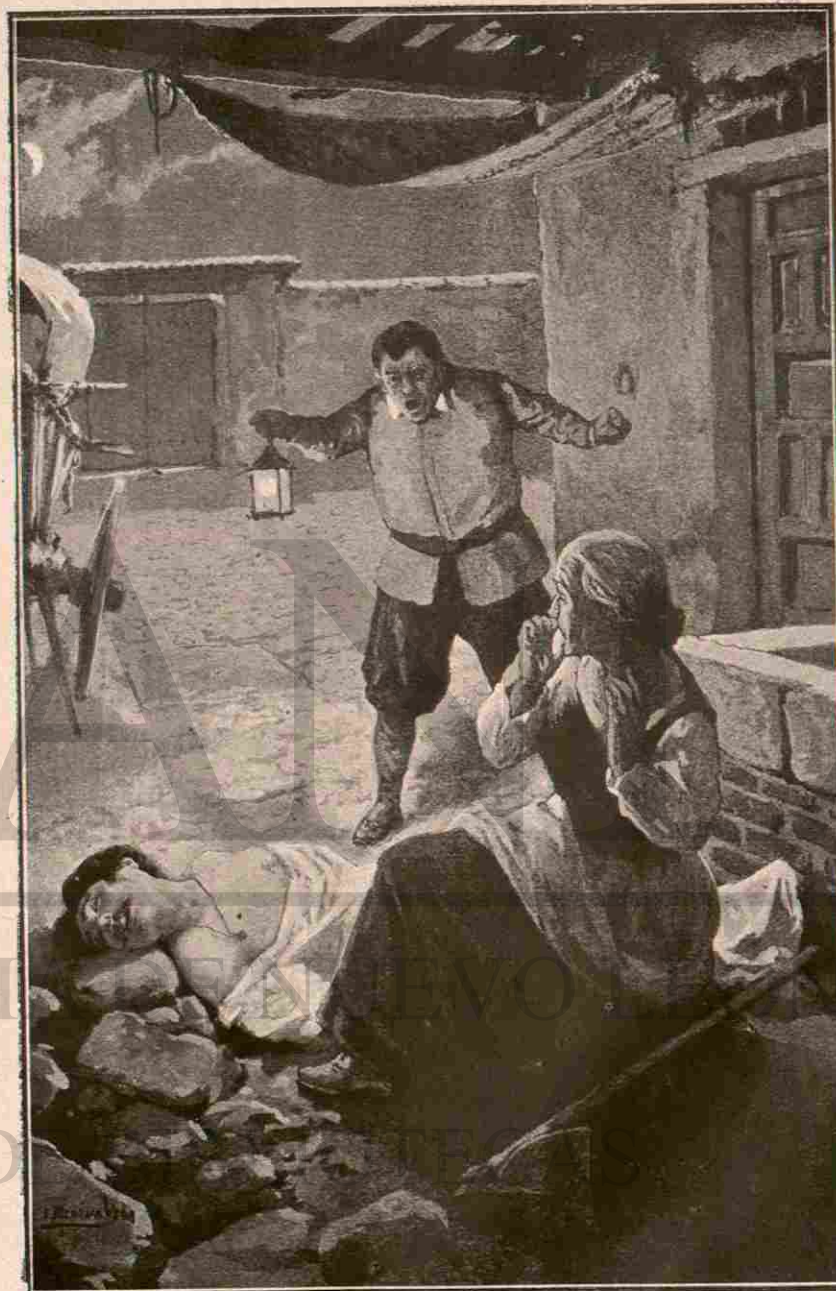
Y va Pericles, que lanzó á la guerra
á su patria, ocultando su codicia,
enseñando falaz como en la tierra
nació la crueldad de la avaricia.

Ven luego dos esposos que suspiran,
y que huyen de mirarse frente á frente,
porque se dan los dos, cuando se miran,
el horror que da al ave la serpiente.

LOS VENTEROS DE DAIMIEL

Suspende, al verlos, la mujer su lloro,
y á Honorio y Paz les dice con tristeza:
—¿Queréis en cambio de la paz el oro?
¡La paz del alma es la mayor riqueza!

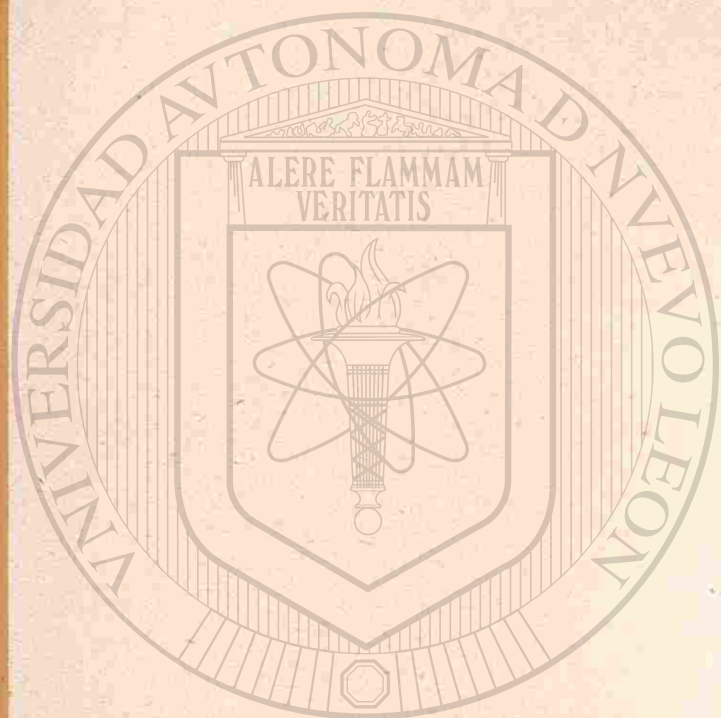
Yo soy—prosigue—una mujer maldita,
á quien ha vuelto de avaricia loca
la sed del oro, un monstruo que marchita
el corazón que con su mano toca.



EL DRAMA UNIVERSAL

(LOS VENTEROS DE DAIMIEL)

»¡Cuando vi, al enterrarle, la medalla...!—
Aquí enmudece, en su dolor se abisma,
y dice al hombre, que no hablaba:—«¡Calla!
pues más que me odias tú, me odia yo misma.—



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»Pobre, con fe, y una medalla al cuello,
fué nuestro hijo á correr tierras extrañas;
y después de encantarnos por lo bello,
á Flandes admiró con sus hazañas.

»Tras largo tiempo de su patria ausente,
llegó un soldado á nuestra venta un día;
era el rico, era el bello, era el valiente,
era el hijo infeliz del alma mía.

»Sin darse á conocer, de mi sigilo
fió el caudal de que volvía dueño:
cogí el dinero, él se durmió tranquilo;
mas yo no pude conciliar el sueño.

»Sin conocer al hijo, y codiciosa,
al ver en mi poder tan gran tesoro,
sentí la tentación vertiginosa
que da, al alcance de la mano, el oro.

»Busqué á mi esposo, y como, mal guardada,
la mies inspira el robo y el saqueo,
me dejó á su presencia avergonzada,
cogiéndome en el aire, un mal deseo.

»Viendo tanto oro relucir enfrente,
nos miramos la esposa y el esposo,
y jamás á un mirar más elocuente
un silencio siguió más espantoso.

«En la estancia del huésped, que dormía,
pasó después, entre la sombra oscura,
una escena de sangre, una agonía,
un delirio, un horror, una locura.

»¡Cuando vi, al enterrarle, la medalla...!—
Aquí enmudece, en su dolor se abisma,
y dice al hombre, que no hablaba:—¡Calla!
pues más que me odias tú, me odio yo misma.»—

Y continuó después:—Mudos cual bronce,
viendo al hijo del alma asesinado,
cayó de nuestros párpados entonces
la lágrima mayor que se ha llorado.

—Pero ¿cómo al decirte: «¡Oh madre mía!»
su voz no conociste?—exclama el padre.
Y dice la mujer:—Porque creía
que era otro hijo que hablaba de otra madre.—

Y el hombre y la mujer en sus miradas
el mutuo horror de su maldad revelan,
y se cruzan las frases aceradas,
y las ideas que asesinan vuelan.

Y al padre vil la madre le decía:

—¿Te acuerdas del dogal con que le ataste?

—Y recuerdas—el padre respondía—
el puñal con que atroz le asesinaste?

—Fue el mismo que después clavé en mi pecho—
dice ella,—castigando mi avaricia.

—Yo, ahorcándome,—dice él,—en mi despecho,
con el mismo dogal me hice justicia.

—¡Parricida!—uno de otro aborrecido,
gritan con alma de dolor transida;

y el eco, doblemente repetido,

—¡Parricida!—responde—¡parricida!—

Y siempre recordando al hijo muerto,
el hombre avaro y la mujer avara,
se miran cual si un día en el desierto
se hallasen con un tigre cara á cara.

Y ya lejos, mirándolo hacinado,

—¡Oro! ¡Más oro!—la mujer decía,

mas el hombre á su vez, desesperado,

—¡Pero, y la paz del alma!—respondía.

Del astro sin quietud en que, villanos,
para robar el oro que apilaban,
el padre al hijo, el hijo á sus hermanos,
como el buitre á su presa, se espían,

odiando Honorio y Paz todos sus dones,
con la cara de horror casi amarilla,
se alejan de un lugar donde á montones,
inútil para todo, el oro brilla;

y donde, en ansia vil, jamás se ha hallado
ni un corazón con paz ni un ser risueño.
Lugar de los insomnios adorado,
donde nunca á dormir se para el sueño.

ESCENA XXIX

EL PECADO DE LA GULA

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro despenado*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—LOS GLOTONES.—UN
DESTACAMENTO DE FRANCESES

ARGUMENTO.—Un día alcanzan á ver una especie de cometa en el que están castigados los glotones, y ven á Heliogábalo Galba, Claudio Albino, Mitridates, Lúculo, Vitelio, Maximino, Enrique VIII y Catalina de Lancaster. El capitán de un grupo de soldados franceses les cuenta la heroicidad de Blanca Armendariz, quien, envenenándoles el vino, bebió y murió con ellos, matándolos á todos por ser enemigos de su patria.—Honorio y Paz ven desaparecer el cometa.

Un día que encantados contemplaban
esos globos inmensos de topacio,
que en infinita profusión brillaban,
sembrados como polvo en el espacio,

ven que en sus curvas, ondulante y varia
en marcha desigual, sin luz ni huella,
describiendo una elipse cometaria
luce errática y nómade una estrella.

En un golfo de pálidos vapores,
balanceando sin fin, vira en redondo,
cual del mar se abandona á los furores
algún barco que hace agua, al irse á fondo.

Después de ir, ya subiendo, ya bajando,
del cenit al nadir, marcha el cometa
de un lado al otro, en derredor girando,
cual gira sobre el eje una veleta.

Cuanto anda en él, ó rueda ó se desliza;
marea el movimiento como el vino;
en el suelo de arena movediza,
donde pisan los pies, huye el camino,

Junta el cometa en su veloz carrera,
describiendo la elipse cometaria,
al tumbo de una innoble borrachera,
el vaivén de una danza involuntaria.

Nada tranquilo ni de pie se tiene;
los que marchando van, marchan lo mismo
que un hombre que se agita, y que va y viene
en un barco que rueda en un abismo.

Y el hombre y la mujer en sus miradas
el mutuo horror de su maldad revelan,
y se cruzan las frases aceradas,
y las ideas que asesinan vuelan.

Y al padre vil la madre le decía:

—¿Te acuerdas del dogal con que le ataste?

—Y recuerdas—el padre respondía—
el puñal con que atroc le asesinaste?

—Fue el mismo que después clavé en mi pecho—
dice ella,—castigando mi avaricia.

—Yo, ahorcándome,—dice él,—en mi despecho,
con el mismo dogal me hice justicia.

—¡Parricida!—uno de otro aborrecido,
gritan con alma de dolor transida;

y el eco, doblemente repetido,

—¡Parricida!—responde—¡parricida!—

Y siempre recordando al hijo muerto,
el hombre avaro y la mujer avara,
se miran cual si un día en el desierto
se hallasen con un tigre cara á cara.

Y ya lejos, mirándolo hacinado,

—¡Oro! ¡Más oro!—la mujer decía,

mas el hombre á su vez, desesperado,

—¡Pero, y la paz del alma!—respondía.

Del astro sin quietud en que, villanos,
para robar el oro que apilaban,
el padre al hijo, el hijo á sus hermanos,
como el buitre á su presa, se espían,

odiando Honorio y Paz todos sus dones,
con la cara de horror casi amarilla,
se alejan de un lugar donde á montones,
inútil para todo, el oro brilla;

y donde, en ansia vil, jamás se ha hallado
ni un corazón con paz ni un ser risueño.
Lugar de los insomnios adorado,
donde nunca á dormir se para el sueño.

ESCENA XXIX

EL PECADO DE LA GULA

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro despenado*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—LOS GLOTONES.—UN
DESTACAMENTO DE FRANCESES

ARGUMENTO.—Un día alcanzan á ver una especie de cometa en el que están castigados los glotones, y ven á Heliogábalo Galba, Claudio Albino, Mitridates, Lúculo, Vitelio, Maximino, Enrique VIII y Catalina de Lancaster. El capitán de un grupo de soldados franceses les cuenta la heroicidad de Blanca Armendariz, quien, envenenándoles el vino, bebió y murió con ellos, matándolos á todos por ser enemigos de su patria.—Honorio y Paz ven desaparecer el cometa.

Un día que encantados contemplaban
esos globos inmensos de topacio,
que en infinita profusión brillaban,
sembrados como polvo en el espacio,

ven que en sus curvas, ondulante y varia
en marcha desigual, sin luz ni huella,
describiendo una elipse cometaria
luce errática y nómade una estrella.

En un golfo de pálidos vapores,
balanceando sin fin, vira en redondo,
cual del mar se abandona á los furores
algún barco que hace agua, al irse á fondo.

Después de ir, ya subiendo, ya bajando,
del cenit al nadir, marcha el cometa
de un lado al otro, en derredor girando,
cual gira sobre el eje una veleta.

Cuanto anda en él, ó rueda ó se desliza;
marea el movimiento como el vino;
en el suelo de arena movediza,
donde pisan los pies, huye el camino,

Junta el cometa en su veloz carrera,
describiendo la elipse cometaria,
al tumbo de una innoble borrachera,
el vaivén de una danza involuntaria.

Nada tranquilo ni de pie se tiene;
los que marchando van, marchan lo mismo
que un hombre que se agita, y que va y viene
en un barco que rueda en un abismo.

Movidos siempre allí, sin que se muevan,
ven Césares ródar con pie inseguro,
que en los anillos de sus dedos llevan
el retrato del cínico Epicuro,

como Galba, Heliogábalo y Albino,
que presentan sus caras amarillas,
con los labios resecos por el vino,
jaspeadas por los besos las mejillas.

Marcha, no hallando de parar manera,
Mitridates también, de rabia lleno,
que en su estómago atroz de hambrienta fiera
voraz desafiaba hasta el veneno.

Y amando el juego y el beber sin tino,
y la mesa y el circo y las mujeres,
van Lúculo, Vitelio y Maximino,
gastados por frenéticos placeres.

Y Enrique VIII, el del impuro fuego,
que podía beber cuanto quería;
y Catalina de Lancaster luego,
que quería beber cuanto podía.

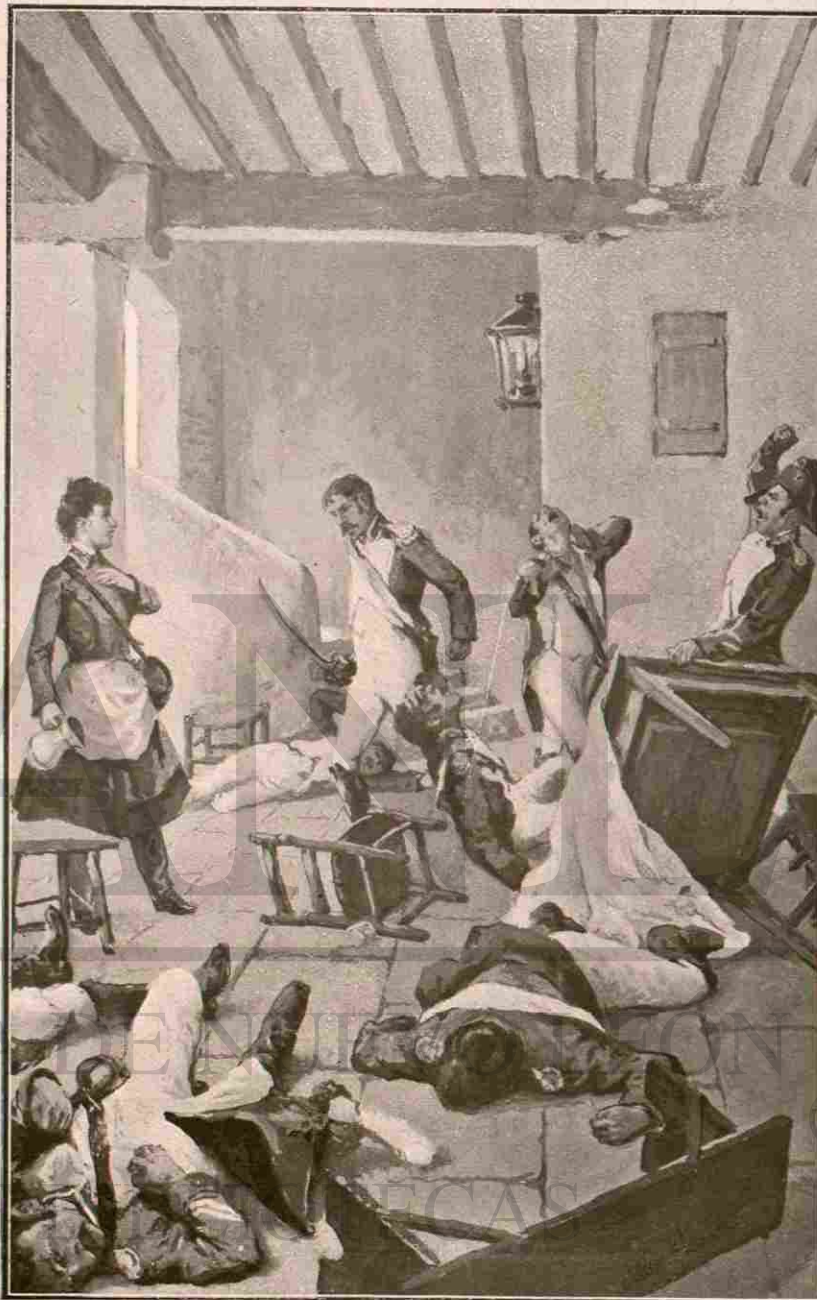
Todos, haciendo á la razón insulto,
tentaban la justicia del destino,
palpitando en sus labios, en tumulto,
la muerte, el vicio, el deshonor y el vino.

Marcados se desploman, caen, juran,
cual en un barco por la mar perdido;
después como sonámbulos murmuran
palabras desprovistas de sentido.

Y Honorio y Paz después ven que, gritando
un ruidoso tropel á gran distancia,
más y más cada vez se va acercando,
diciendo sin cesar: —¡Viva la Francia!—

Y dando hacia los dos, pasos inciertos,
cual beodos que salen de una orgia,
en tanto que en sus labios entreabiertos
una sonrisa idiota aparecía,

salió uno al frente, que hacia Honorio anduvo,
le saludó colérico, aunque urbano,
con la rabia de un gallo que no tuvo
la gloria de morir espada en mano.

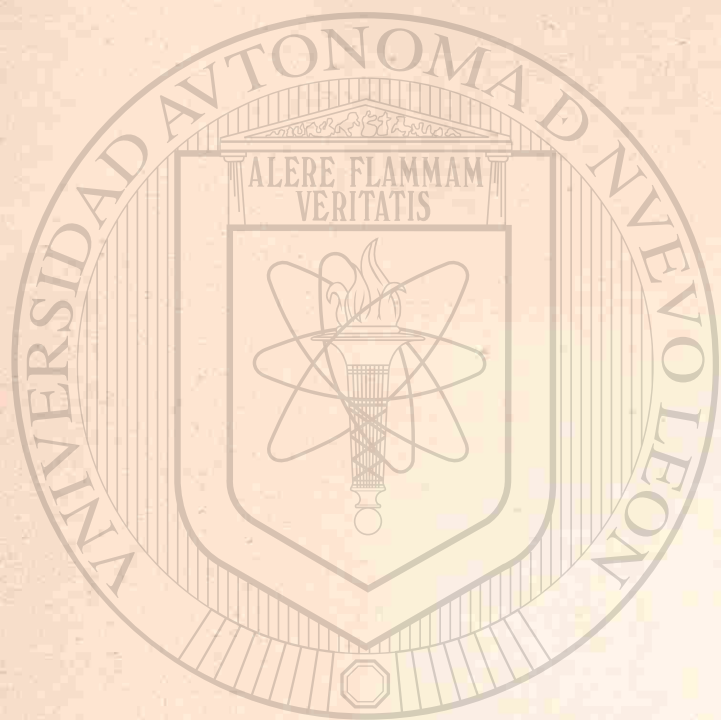


EL DRAMA UNIVERSAL

(BLANCA DE ARMENDÁRIZ)

«Me lancé yo á matar aquella fiera;
mas vi su cara de color de rosa,
y caí sin matar por vez primera,
porque al fin soy francés, y ella era hermosa.

(Escena XXIX.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BLANCA DE ARMENDÁRIZ

Y el bravo capitán de aquellas gentes,
encarándose á Honorio, así decía:
—Llegué con este grupo de valientes
á cierto pueblo de Navarra un día.

»Fiel á su patria, y á la fe traidora,
para acabar con mi brigada entera,
disfrazada y cruel, cierta señora,
se convirtió de pronto en cantinera.

»Viendo el vino y la joven, nos rendimos
al goce de una innoble intemperancia,
y bebimos, bebimos y bebimos,
exclamando al beber:—¡Viva la Francia!—

»Porque yo, astuto y receloso acaso,
la pregunté si el vino era un veneno,
me miró la mujer, y apuró un vaso
con pulso firme y corazón sereno.

»Hallándonos en guerra y en España,
dudar debí de la mujer aquella...
¿quién resiste al prestigio que acompaña
á un rey si es bueno, á una mujer si es bella?

»Al vernos vacilar, ella arrogante,
—Ya el veneno os abrasa, os turba el vino—
nos dijo audaz, brillando en su semblante
la expresión infernal del asesino.

»Y mostrando, fanática, en sus ojos
un patriótico amor y un odio eterno,
—¡Viva España!—gritó con labios rojos
como el tizón más rojo del infierno.

»Blanca, al mirar que echaban mis valientes
la mano á sus inútiles espadas,
una risa infernal muestra en los dientes,
y un báquico delirio en sus miradas.

»Me lancé yo á matar aquella fiera;
mas vi su cara de color de rosa,
y caí sin matar por vez primera,
porque al fin soy francés, y ella era hermosa.

»Y era además tan brava, que aquel día
con risa tan gentil bebió el veneno,
que, entreabierta, su boca parecía
un vaso de coral de perlas lleno.

»Dispuestos ya á morir mis camaradas,
uno jura, éste ruega, aquél suspira:
era un caos de frases pronunciadas,
una vez con ternura, otras con ira.

—¡Adios, mi eterno amor! Allá te espero.
—¡Qué risa de mujer! ¡Maldita sea!
—¡Desgraciado de mí, porque me muero
sin oír las campanas de mi aldea!

—¡Nadie esta infamia sospechar podria!
—¡Bendigamos á Dios, pues lo ha querido!
—¡Qué dirás de nosotros, patria mía?
—¡Quién pudiera morir donde ha nacido!

»Dándose todos, al caer, la mano,
se acuerdan al morir, aunque beodos,
uno del padre, el otro del hermano,
y de su madre y de la patria, todos.

»Y al fin, entre nosotros maldecida,
como nosotros de sufrir cansada,
soltó también la carga de la vida
la mujer venenosa envenenada.»

Calló aquí el capitán, y en tal momento,
por la memoria del veneno herido,
aletargado, inmóvil, soñoliento,
la cabeza inclinó, como dormido.

Y consigo después en tierra dando,
en honda estupidez, aquella gente,
uno á uno cayeron, imitando
el letargo brutal de la serpiente.

Y dejando aquel astro, en su camino,
las curvas de sus órbitas borradas,
se aleja, cual errante peregrino,
del éter por las playas azuladas.

Honorio y Paz desde la láctea vía
lo ven que, como esquife arrebatado,
en una elipse inmensa se movía
por las sendas del cielo extraviado.

Y se quedan los dos del cielo enfrente,
casi sintiendo del terror el frío,
mientras ven el planeta enteramente
perdido en los desiertos del vacío;

admirando las glorias infinitas
del Dios que reina en su inmutable asiento,
que con letras de fuego están escritas
en la bóveda azul del firmamento.

ESCENA XXX

EL FIN DE UN MUNDO

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro moribundo*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—JESÚS EL MAGO.—LAS ALMAS
EN PENA.—PALACIANO

ARGUMENTO.—Sorprende á Paz y á Honorio el espectáculo de la destrucción de un mundo.
Quedan en el vacío una multitud de almas en pena, que van guiadas por el espíritu de Palaciano.

A la parte oriental de su camino,
ven que un día siniestro se descubre
ese color obscuro y mortecino
de los últimos días del octubre,

y entre una multitud de inmensas moles,
un planeta brillar por todos lados,
en un vasto archipiélago de soles,
por un cósmico mar desparramados.

Como el brillo de un sol que se ponía,
sintiendo Honorio y Paz el alma inquieta,
asisten á la bárbara agonía
de las últimas horas de un planeta.

De pronto un gran fragor, sobrecogido
dejó hasta á Honorio, que, en su eterno duelo,
jamás le conmovió ningún rugido
ni del mar, ni del mundo, ni del cielo.

Y al tiempo que del ruido desusado
la causa Honorio con afán inquiera,
dice Jesús, pasando por su lado:
—Cumplió su tiempo ese planeta y muere.—

¡Oh ley universal! ¿Es que perecen,
como el hombre, los astros en el cielo?
Después que vegetando resplandecen,
¿llegan también á una vejez de hielo?

¿Que es ya ese mundo? Impulso que se agota,
cosmos sutil que agonizando vaga,
de un péndulo inmortal fuerza ya rota,
voz que se extingue, hoguera que se apaga.

Mirando el astro aquel, despavoridos,
 más les consternan, cuanto más caminan,
 los débiles, siniestros y perdidos
 resplandores de luz que lo iluminan.

Condensándose más, van adquiriendo
 las nubes un carácter despiadado,
 y toman, descendiendo, descendiendo,
 un color uniforme y aplomado.

Vertidos de los montes, descendían
 derramados sin cauces los torrentes.
 Los rayos, ondulando, parecían
 unas sueltas nidadas de serpientes.

Sigue el fragor, y á un resplandor intenso
 unas llamas le siguen amarillas;
 después se deja oír el ruido inmenso
 de mares que rebasan sus orillas.

Por encima del astro, temerosas,
 variadas de color vuelan las aves,
 cual luces de San Telmo, esplendorosas,
 que en los mástiles brillan de las naves.

Brota el follaje lánguidos gemidos;
 la tierra desquiciándose crujía;
 los cuervos, arrojados de sus nidos,
 lanzan gritos furiosos de agonía.

Troncos, que caen sobre troncos muertos
 se ven unos sobre otros hacinados,
 y son en sus guaridas y desiertos,
 los seres que devoran, devorados.

En las gredas del suelo abigarradas,
 rabiosos los reptiles se acumulan,
 y nubes de humo y polvo, condensadas,
 como inmensos murciélagos circulan.

En los bosques los árboles se agitan,
 y mezclando sus voces lastimeras,
 se confunden, se asordan y se imitan
 árboles, hombres, pájaros y fieras.

Abren los ríos por los campos calles,
 traslada el mar su natural asiento,
 caen rotos los montes en los valles,
 y los valles deshechos en el viento.

Mientras tomaba así forma gaseosa,
 Honorio el pitagórico escuchaba
 una cierta elegía misteriosa
 que el mundo al deshacerse murmuraba.

Al astro, en fin, el huracán sacude,
 y hasta el centro de su eje el suelo agrieta,
 y en él á condensarse el viento acude
 de todos los extremos del planeta.

Cual Etna, desde el valle hasta la cumbre,
 en bárbara explosión el mundo estalla.
 Va cesando el fragor, muere la lumbre,
 y apagado el volcán, el viento calla.

Extingue, derramada, el agua al fuego:
 torna el fuego las aguas en rocío;
 el rocío se extiende y sube, y luego
 humo... vapor... ceniza... y ¡el vacío!

Honorio y Paz, después, con ansia horrible
 vieron, lanzando una postrer mirada,
 que todo quedó al fin en paz terrible
 entrando en los abismos de la nada.

Sólo nubes de espíritus ligeras,
 ya sin los cuerpos de que fueron dueños
 sin forma ni color, por las esferas
 cruzando van como los malos sueños.

Corren las nubes cual la densa bruma
 que alza, sonando, por la tarde el río;
 y como nada sobre el mar la espuma,
 van las almas nadando en el vacío.

Mira la turba, en lágrimas deshecha,
 la tierra muerta ya de sus dolores,
 porque en la patria de sus penas echa
 raíz el corazón como las flores.

Las almas que aparecen ó se esconden,
 mezclándose entre sí, vertiginosas,
 parece que preguntan y responden,
 gorjeando unas palabras misteriosas.

Luego, acudiendo el transparente bando
 hacia el punto central de los extremos,
 cual blancas aves de la mar girando,
 se preguntan con ansia:—¿Adónde iremos?—

¡Ay! no tienen los ángeles memoria
de tanta angustia y de tan hondos gritos,
desde el día en que Dios reinó en su gloria
en medio de vacíos infinitos.

Los espíritus, juntos ó apartados,
van volando uno á uno y ciento á ciento
cual las briznas de hierba de los prados
que se lleva una ráfaga de viento.

Entre la turba, al parecer maldita,
Paz una sombra á distinguir alcanza,
y—¡Es él! ¡es él!—entusiasmada grita,
abriendo el corazón á una esperanza.

Y en seguida la madre y el hermano
con vista aguda y con atento oído,
lograron ver y oír á Palaciano,
de un rebaño de espíritus seguido:

pues del astro á los últimos reflejos
corrió á guiar las almas lastimeras,
como un hada que acude desde lejos,
buscando á sus errantes compañeras.

JORNADA SEXTA

ESCENA XXXI

EL PECADO DE LA IMPUREZA

(PRIMERA PARTE)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un sol putrefacto*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—EL PRÍNCIPE SIN NOMBRE

ARGUMENTO.—Llegando Paz y Honorio á otro de los astros donde se purifican las almas que mueren en pecado, encuentran el lugar donde se purga el pecado de la impureza. Entre los seductores hallan un hombre perseguido por una bacante: le pregunta Honorio quién es, y le contesta que fué un príncipe, que, prendado de los ojos de una religiosa, la requirió de amores, y ella hizo el sacrificio de sacárselos, regalándoselos en un plato para escarmiento de sus malos deseos.

Honorio y Paz, ajenos de reposo,
sumidos en mortal melancolía,
llegaron á un lugar caliginoso,
donde el demonio blasfemó algún día.

Y en el rincón del éter más impuro,
su inquietud aumentando y sus pesares,
un astro vieron de color obscuro,
del cielo entre los rojos lumináres.

Cuando al planeta á su pesar llegaron,
venciendo su pudor y casi á obscuras,
con asco, Honorio y Paz, el suelo hollaron
del astro de las fáciles ternuras.

De aquel lugar la calma y el contento
los desterró el placer: ¡tierra maldita,
donde húmedo y letal esparce el viento
cierto fétido olor de flor marchita!

Pisando siempre el limo de los ríos,
se abren paso al andar con pies y manos,
por bosques de hongos fétidos y umbríos,
en un suelo de charcas y pantanos.

Cegándolos, recorren á bandadas,
la atmósfera y las aguas corrompidas,
mariposas negruzcas y pesadas,
del hedor y la fiebre hijas queridas.

Nacen del cieno, cual los hongos crecen,
una especie de sátiros lascivos,
que, más bien que unos sátiros, parecen
reptiles de océanos primitivos.

Con el ansia del vicio sin donaire,
el gusto hasta el hastío provocando,
se ciernen los amores en el aire,
sus ardientes antorchas agitando.

Amores que, en su lúbrica torpeza,
dan grima al noble amor; raza sin nombre,
que junta la malicia á la impureza,
mezcla de mono, de reptil y de hombre.

Con escándalo inquietos, repugnantes,
los sátiros, á monos parecidos,
y mezclados con ellos las bacantes,
sucios monstruos de géneros perdidos

persiguen á Tenorios, que sintiendo
una dicha sensual pero funesta,
gozaron sin virtud, no conociendo
del puro amor la privación honesta.

Y huyen ante ellos en tropel inmundo;
pues seres ya para el placer perdidos,
furiosos agotaron en el mundo
el placer sin amor de los sentidos.

¡Ay! no tienen los ángeles memoria
de tanta angustia y de tan hondos gritos,
desde el día en que Dios reinó en su gloria
en medio de vacíos infinitos.

Los espíritus, juntos ó apartados,
van volando uno á uno y ciento á ciento
cual las briznas de hierba de los prados
que se lleva una ráfaga de viento.

Entre la turba, al parecer maldita,
Paz una sombra á distinguir alcanza,
y—¡Es él! ¡es él!—entusiasmada grita,
abriendo el corazón á una esperanza.

Y en seguida la madre y el hermano
con vista aguda y con atento oído,
lograron ver y oír á Palaciano,
de un rebaño de espíritus seguido:

pues del astro á los últimos reflejos
corrió á guiar las almas lastimeras,
como un hada que acude desde lejos,
buscando á sus errantes compañeras.

JORNADA SEXTA

ESCENA XXXI

EL PECADO DE LA IMPUREZA

(PRIMERA PARTE)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un sol putrefacto*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—EL PRÍNCIPE SIN NOMBRE

ARGUMENTO.—Llegando Paz y Honorio á otro de los astros donde se purifican las almas que mueren en pecado, encuentran el lugar donde se purga el pecado de la impureza. Entre los seductores hallan un hombre perseguido por una bacante: le pregunta Honorio quién es, y le contesta que fué un príncipe, que, prendado de los ojos de una religiosa, la requirió de amores, y ella hizo el sacrificio de sacárselos, regalándoselos en un plato para escarmiento de sus malos deseos.

Honorio y Paz, ajenos de reposo,
sumidos en mortal melancolía,
llegaron á un lugar caliginoso,
donde el demonio blasfemó algún día.

Y en el rincón del éter más impuro,
su inquietud aumentando y sus pesares,
un astro vieron de color obscuro,
del cielo entre los rojos lumináres.

Cuando al planeta á su pesar llegaron,
venciendo su pudor y casi á obscuras,
con asco, Honorio y Paz, el suelo hollaron
del astro de las fáciles ternuras.

De aquel lugar la calma y el contento
los desterró el placer: ¡tierra maldita,
donde húmedo y letal esparce el viento
cierto fétido olor de flor marchita!

Pisando siempre el limo de los ríos,
se abren paso al andar con pies y manos,
por bosques de hongos fétidos y umbríos,
en un suelo de charcas y pantanos.

Cegándolos, recorren á bandadas,
la atmósfera y las aguas corrompidas,
mariposas negruzcas y pesadas,
del hedor y la fiebre hijas queridas.

Nacen del cieno, cual los hongos crecen,
una especie de sátiros lascivos,
que, más bien que unos sátiros, parecen
reptiles de océanos primitivos.

Con el ansia del vicio sin donaire,
el gusto hasta el hastío provocando,
se ciernen los amores en el aire,
sus ardientes antorchas agitando.

Amores que, en su lúbrica torpeza,
dan grima al noble amor; raza sin nombre,
que junta la malicia á la impureza,
mezcla de mono, de reptil y de hombre.

Con escándalo inquietos, repugnantes,
los sátiros, á monos parecidos,
y mezclados con ellos las bacantes,
sucios monstruos de géneros perdidos

persiguen á Tenorios, que sintiendo
una dicha sensual pero funesta,
gozaron sin virtud, no conociendo
del puro amor la privación honesta.

Y huyen ante ellos en tropel inmundo;
pues seres ya para el placer perdidos,
furiosos agotaron en el mundo
el placer sin amor de los sentidos.

Paz con vergüenza, Honorio pesaroso,
en un juncal que, á la siniestra mano,
crece al borde de un río cenagoso,
que se pierde sumido en un pantano.

ven que á un hombre, con cínica sonrisa,
siguiendo más impúdica que amante,
deja colgar al soplo de la brisa
su trenza desgredada una bacante.

Debajo de su lúbrica mirada
y en torno de su boca centellea
la expresión fatigosa y fatigada
del ansia vil, que desear desea.

Descalzo el pie, los hombros escotados
ni siquiera ocultaba, desceñida,
bajo el cuello procaz, los mal velados
misteriosos santuarios de la vida.

Llevando, como Venus, la bacante,
la victoria del vicio en la cintura,
mostraba al hombre en su voraz semblante
la contorsión de la sonrisa impura.

Y al joven que implacable perseguía,
con brazos por la fiebre descarnados,
en un plato de barro le ofrecía
unos ojos vidriosos y apagados.

Y—¡Toma!—nauseabunda susurraba,
como silba el reptil húmedo y frío,
y el joven escuchándola exclamaba:
—¡Qué odioso, santo Dios, es el hastío!—

EL PRÍNCIPE SIN NOMBRE

Detuvo al hombre, hasta el furor hastiado,
Honorio, preguntándole:—¿Quién eres?—
—Un hombre, contestó, que, desdichado,
sólo amó la mujer, en las mujeres.

»Gran príncipe nací, y aunque comienza
mi vida en cuna real, he sido un hombre
que, acaso por desprecio ó por vergüenza,
ha olvidado la historia hasta mi nombre.

»A sor Clara una vez en su convento
la requerí de amor, con un cinismo,
que en tan santo lugar y en tal momento,
lo audaz deshonoraría al crimen mismo.

»—¿No adivináis mi amor en mi mirada?—
murmuré irreverente á sus oídos.
¡Oh juventud por el placer cegada,
que no piensa en más Dios que los sentidos!

»—¿Qué os gusta en mí?—me preguntó gimiendo.
—Vuestros ojos—la dije tristemente.
—¡Mis pobres ojos!—exclamó, volviendo
al cielo con dolor su limpia frente.

»Y de su celda hacia la puerta andando,
—Mi respuesta aguardad,—serena dijo;
y en el quicio apoyada, entró besando,
con la fe de una santa, un crucifijo.

»Al pensar ¡oh miseria de la vida!
en su talle gentil, su rostro bello,
la respuesta aguardando prometida,
hasta se hinchaba de placer mi cuello.

Al umbral de la puerta, á poco rato,
destrozadas las órbitas se asoma,
y sus ojos me ofrece en este plato
con tranquilo ademán, diciendo:—¡Toma!—

»¡Horror! Cruzaron por el pecho mío
la sangre al ver de tan atroz presente,
una llama primero y luego un frío,
que hasta heló de mis lágrimas la fuente.

»—Toma,—añadió,—que mi presente pueda
á tu pecho sin fe volver la calma;
y aunque ves que mi faz sin ojos queda,
para mirar á Dios me basta el alma.—

»Me echó el plato y partió. De espanto yerto,
yo en tanto miro el don que, abominable,
dejó en mi sangre para siempre muerto
el torbellino del amor culpable.»—

La bacante después, siguiendo al hombre,
tiende al correr su desgredada trenza;
y grita, huyendo, el Príncipe sin nombre:
—¡Maldición en la dicha que avergüenza!—

ESCENA XXXII

EL PECADO DE LA IMPUREZA

(SEGUNDA PARTE)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un sol putrefacto*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—GERMÁN DE OSORIO.—LEANDRA DE ZÚNIGA

ARGUMENTO.—Se encuentra un grupo guiado por Semíramis.—Conoce Paz a Germán de Osorio y a su prima la condesa del Pinar. Cuenta Germán cómo fue su muerte, y Honorio, que la presencia convertido en águila, concluye la historia. Les anuncia una bacante la llegada de Leandra de Zúñiga, la cual revela a Paz la historia de su pasión.

En el mismo planeta, el mismo día,
Paz y Honorio pisaban con espanto
una tierra animal, que parecía
polvo de muertos amasado en llanto.

Llegando a cierto valle del dominio
de esta inmunda Pentápolis de cieno,
donde corren, sembrando el exterminio,
aires tibios cargados de veneno,

ven llegar una turba, que, impudente,
se digna presidir, yendo delante,
Semíramis, la reina del Oriente,
mala esposa, vil madre y torpe amante.

¡Grupo infernal! El fuego que os acosa,
¡cuán horrible placer el crimen presta!
¡Mal haya esa pasión, plaga horrorosa,
que el santo hogar de la familia infesta!

¡Oh amor, sólo posible cuando el hombre
ve su razón de un vértigo atacada!
¡Antes que inmundo pronunciar su nombre,
quede mi lengua al paladar pegada!

GERMÁN DE OSORIO

Mirando que, con aire lastimoso,
sobre un hombre reclina su cabeza
una mujer, que ha sido por su esposo
castigada en un día de flaqueza,

—¡Qué cuadro!—exclama Paz.—¡Su prima hermana
de Germán sobre el pecho se reclina!
¡Maldita sea una pasión tirana,
que así implacable el corazón domina!

—¡Muy triste ha sido y es—les dice Honorio—
allí y aquí, vuestra ignorada suerte!
¡Condesa del Pinar! ¡Germán de Osorio!
¡Cuán bueno es Dios en conceder la muerte!

—¡Ya veis qué horriblemente ha castigado
—le contestó Germán—nuestros amores,
el ser que del infierno ha desertado,
si es que tiene el infierno desertores!

»El día que en el bosque alegremente,
del brazo de esta pobre compañera,
buscábamos los dos, junto a una fuente,
un sitio de una eterna primavera,

»al final de una senda conocida,
hollando nuestros pies cierta espesura,
una trampa de lobos, escondida,
a los dos nos cogió por la cintura.

»De este modo tan vil tomó venganza
de su esposa y de mí, su innoble esposo.
¡Es atroz cuando al crimen se abalanza,
el corazón de un hombre poderoso!

»Para romper la trampa maldecida
hacíamos los dos esfuerzos vanos,
forcejeando, aun a costa de la vida,
con los pies, con los dientes y las manos.

»Como de ella el amor era infinito,
por mí tranquila su dolor sufría,
mientras, oculto aún, nuestro delito
la sombra, hermana del pudor, cubría.

»Mas cuando ya ante el sol, desde el Oriente,
la brisa matinal á andar comienza,
temiendo ver la luz, baja la frente,
prefiriendo la muerte á la vergüenza.

»Recordando después á aquel marido
de ojos de lobo y barbas encarnadas,
¡Por qué—me preguntó—no habrá querido
partirme el corazón á puñaladas?—

»Y hablándome tan cerca, que sentía
de sus labios de rosa el movimiento,
pensando en él, inquieta me decía:
—¡Desde dónde verá nuestro tormento?—

»Moviendo en torno y con viveza rara
los ojos hacia un lado y otro lado,
mientras que piensa en él, se ve en su cara
del más vivo pudor el encarnado.

»Y después, abrumada de tristeza,
sobre mi pecho con furioso anhelo
inclinó, para ahogarse, la cabeza,
ya fría como un témpano de hielo.

»Y se apretó a mi pecho de tal suerte,
que el tumulto la ahogó de sus gemidos.
¡Pobre avecilla, que buscó la muerte
suspendiendo la acción de sus sentidos!

»Por ver si activo su prisión quebranta,
vuelve a luchar mi cuerpo, y forcejea,
y se encorva, y se baja, y se levanta,
y se dobla, y se estira, y se cimbreo.

»Mas, aherrojado allí, frente a la amante,
me vió la aurora del tercero día:
¡si fuera el corazón de oro ó diamante,
con tanto padecer, reventaría!

»¡Los buitres ya aquel día acompañaban
mis horas solitarias y febriles,
y a roer nuestros pies se incorporaban,
del seno de la tierra, los reptiles!

»Con altivo ademán, después, llegando
un águila feroz desde el desierto,
espantaba los buitres, esperando
mi cuerpo devorar después de muerto.»—

Calló Germán, y a Paz timidamente,
—Esa águila era yo—le dijo Honorio.
Y a alzar volviendo la abatida frente,
su historia siguió así Germán de Osorio.

—¡Cuántas veces mis lágrimas secaba,
llorando por mi triste compañera,
en la toca de encaje que guardaba
su abundante y sedosa cabellera!

»Y ¡cuántas con más miedo que despecho,
vi al águila cruzar el aire vano,
cual ve el ave, los hijos bajo el pecho,
cerniéndose en los aires el milano!

»Causándome, por fin, un hambre horrible
el fruto que pendía en cada rama,
y aumentando mi sed inextinguible
los murmullos del río entre la grama,

»cada vez más y más desesperado,
de cuanto allí miraba y cuanto oía,
muerto de sed, del hambre devorado,
el tormento de Tántalo sufría.

»Al cuarto día, cuando el sol se alzaba,
alumbrando el horror de mi martirio,
ya el bosque todo para mí brillaba
con esa mate palidez del lirio.

»Al fin, ¡qué horror! me asalta furibundo,
viendo carne a mi boca tan unida,
ese deseo indómito del mundo,
que quiere, terco, recobrar la vida;

»y ¡tanto, tanto mi ansiedad provoca,
que abrí los labios y hasta hincó los dientes...!—
Y al salir estas frases de su boca,
caían de sus ojos dos torrentes.

—Mas, por suerte,—siguió— cuando pensaba
mi existencia alargar, ya en torno mío
el hedor del cadáver derramaba
un germen de terror, de odio y de hastío.

»¡Era tanta mi furia, que comiera,
maldiciendo a la vez, su carne pura,
si yo comer y maldecir pudiera
a quien debo mis horas de ventura!

»Lucía el sol, los pájaros cantaban,
y en tanto que, aumentando mis dolores,
las palomas torcaces se arrullaban,
y entonaban su amor los ruiséñores,

»me trajeron, por fin, con mano amiga,
la ventura del último tormento,
la sed, el hambre, el sueño, la fatiga,
la fiebre, el deshonor y el desahiento.

»Y me hizo recordar una campana,
sus vagas hondas al vibrar sonoras,
que mi madre, cual siempre, con mi hermana,
me esperaban rezando á aquellas horas.

»Y como ésta, al morir, cubrió aquel día
mi pecho fiel con su cabeza amante,
yo, cariñoso, al inclinar la mía,
su cabeza cubrí con mi semblante!»—

Acabando Germán con un gemido
la historia de sus grandes amarguras,
le dijo aquel para quien siempre han sido
las muertes unas vidas de aventuras:

—Oye el fin de ese amor que vais llorando:
el águila que crees que del desierto
vino a espantar los buitres, esperando
tu cuerpo devorar después de muerto,

»pudo evitar, con su ademán altivo,
que de los buitres las feroces sañas
te devorasen, aberrojado y vivo,
cual nuevo Prometeo, las entrañas.

»Pero evitar no pudo que aquel día,
por la carne atraídos y exaltados,
los lobos en voraz carnicería,
dejasen vuestros huesos descarnados.

»Mas no quedó de vuestro amor ni seña,
pues sin duda del Conde los sabuesos,
por el honor velando de su dueña,
dieron cuenta después de vuestros huesos.

»Y adiós!—concluye, al alejarse, Honorio.—
¡Dichoso aquel que amó y ha sido amado;
pues, aun sufriendo así, Germán de Osorio,
nunca el que ama es del todo desdichado!»—

Heraldo de deshonra, y de ira ciega,
grita después, corriendo, una bacante:
—En cierto lecho, esa mujer que llega,
entró una noche madre, y salió amante.—

Y detrás unos sátiros, que aullando,
con el rostro procaz, de barro lleno,
se aparecen de pronto, cual brotando
de chozas fabricadas bajo el cieno,

á una mujer con manto, ajada y bella,
fatigan, persiguiéndola lascivos,
y ofenden su pudor en torno de ella
con besos figurados y expresivos.

Tocan al manto á veces, y ella, altiva,
cuando alguno sus orlas profanaba,
de la fuerza del asco, convulsiva,
el manto de sus manos arrancaba.

Y al ver que su dolor mira piadosa,
se acerca á Paz, diciendo:—Oye mi nombre;—
y viendo á Honorio, añade pudorosa:
—Mas ven; no me oiga, por piedad, ese hombre.

LEANDRA DE ZÚNIGA

—Fui madre, y digna de ventura tanta,
viuda guardé con religioso celo
mi castidad, virginidad más santa
que la primera castidad del cielo.

»Lisena, mi doncella, al hijo mío
amó sin fe con la adhesión que afrenta;
yo, mirando en Lisena amor tan frío,
sentía una inquietud calenturienta.

»Por dinero, su amor y hasta su lecho,
dió de Lisena el corazón liviano
á la mujer que acumuló en su pecho
la llama toda del amor humano.

»¡Ay! Una noche, de razón ajena,
al hijo de mi amor, que yo adoraba,
otra mujer más torpe que Lisena,
de acuerdo con Lisena, le aguardaba.»—

Y aquí Leandra balbuceó, y nombrando
la noche... el lecho... su demencia... el hijo...
poco á poco su voz debilitando,
fué á decir no sé qué, mas no lo dijo.

Y al ver Paz que, aturdida y casi loca,
ni ideas para hablar, ni frases halla,
con la mano tapándole la boca,
mirando á Honorio, la decia:—¡Calla!

—¡Sumida en el dolor, muerta de espanto—
Leandra murmurando proseguía,—
envuelta entre los pliegues de este manto,
no he vuelto á ver la luz desde aquel día!—

Dijo, y huyó: los sátiros aullando
la siguen en su rápida carrera,
y en torno de ella impuros circulando,
—¡Que muera!—gritan con furor—¡que muera!—

Y lapidarla, al fin, quisieron viles;
mas, como Dios es grande y siempre bueno,
por más que las buscaron cual reptiles,
ni una piedra encontraron entre el cieno.

Y al verlos dijo Paz:—Contempla, Honorio,
¡cómo Dios, en su gracia inagotable,
no trajo ni una piedra al purgatorio
para arrojar á la mujer culpable!—

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

ESCENA XXXIII

EL PECADO DE LA IMPUREZA

(TERCERA PARTE)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un sol putrefacto*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—PAULA MEJÍA

ARGUMENTO.—Hallan á las Faustinas, á Julia, á Lucrecia Borgia y á Juana de Nápoles.
Pregunta Honorio su nombre á Paula Mejía, á ésta le cuenta que, sorprendida un día, el marido
obligó al amante á que pagase sus favores con un escudo, el cual, después de horadado, le colgó
su marido al cuello.

Andando con pavor y sentimiento
por sitios sin color, de luz escasos,
de una tierra arcillosa el pavimento
el ruido amortiguaba de sus pasos.

No cruza ser alguno, sin que enferme,
de sus marismas la región desierta;
y el triste que en sus páramos se duerme,
con la fiebre en las venas se despierta.

Y al llegar á la pútrida hondonada
de una rambla arenisca y pantanosa,
donde crecen la palma enamorada
y la adelfa risueña y alevosa,

hallan mujeres de ojos centellantes,
bocas grandes y espesas cabelleras,
con labios rojos, gruesos, palpitantes,
altas de pechos y anchas de caderas;

y ven que allí, donde purgar se siente
del satisfecho amor la horrible plaga,
corre impregnado el bochornoso ambiente
de un cierto olor de almizcle, que empalaga.

La boca sin carmín, cárdeno el cuello,
marchando las impuras Faústinas,
los rostros enlodados, y el cabello
cual monstruos de cavernas submarinas,

mueven aún, con presunción de hermosas,
los ojos ya apagados y sombríos,
y al verlas todavía deseosas,
en vez de ardor, se sienten calofríos.

De Julia, hija de Augusto, se presenta,
de fango llena, la imperial figura;
si hoy triste, descarnada y macilenta,
radiante en otro tiempo de hermosura.

Pensando en el pasado, aun bebe ansiosa
el dejo de sus lúbricos amores,
porque es sólo una planta venenosa,
cuando ha dado el placer todas sus flores.

Tras de ese amor, que en el placer empieza,
y acaba en el desprecio y el hastío,
no faltó á su vejez ni una bajeza,
ni hambre, ni sed, ni desnudez, ni frío.

Aunque á muchos después, por el semblante,
Paz y Honorio, pasando, conocían,
de ofrecerles el bálsamo irritante
de consuelos vulgares se abstendían.

Vil como ella, á la Borgia sanguinaria
la muerte le infiltraba en el aliento,
invisible Locusta, una malaria,
que el veneno esparcía por el viento.

Del grupo de unos sátiros furiosos
huye Juana de Nápoles, hastiada...
No vi jamás en ojos más hermosos,
más audaz ni más firme una mirada.

Desconsolada Paz, y triste Honorio,
llorando á solas ven una belleza
en el sitio peor de un territorio
donde reinan la fiebre y la tristeza.

Y—¿Quién eres?—preguntan á la dama,
que en el lugar del astro más obscuro
brillaba, cual la flor sobre una rama
que ha tocado, al pasar, un aire impuro.

Y lapidarla, al fin, quisieron viles;
mas, como Dios es grande y siempre bueno,
por más que las buscaron cual reptiles,
ni una piedra encontraron entre el cieno.

Y al verlos dijo Paz:—Contempla, Honorio,
¡cómo Dios, en su gracia inagotable,
no trajo ni una piedra al purgatorio
para arrojar á la mujer culpable!—

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

ESCENA XXXIII

EL PECADO DE LA IMPUREZA

(TERCERA PARTE)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un sol putrefacto*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—PAULA MEJÍA

ARGUMENTO.—Hallan á las Faustinas, á Julia, á Lucrecia Borgia y á Juana de Nápoles.
Pregunta Honorio su nombre á Paula Mejía, á ésta le cuenta que, sorprendida un día, el marido
obligó al amante á que pagase sus favores con un escudo, el cual, después de horadado, le colgó
su marido al cuello.

Andando con pavor y sentimiento
por sitios sin color, de luz escasos,
de una tierra arcillosa el pavimento
el ruido amortiguaba de sus pasos.

No cruza ser alguno, sin que enferme,
de sus marismas la región desierta;
y el triste que en sus páramos se duerme,
con la fiebre en las venas se despierta.

Y al llegar á la pútrida hondonada
de una rambla arenisca y pantanosa,
donde crecen la palma enamorada
y la adelfa risueña y alevosa,

hallan mujeres de ojos centellantes,
bocas grandes y espesas cabelleras,
con labios rojos, gruesos, palpitantes,
altas de pechos y anchas de caderas;

y ven que allí, donde purgar se siente
del satisfecho amor la horrible plaga,
corre impregnado el bochornoso ambiente
de un cierto olor de almizcle, que empalaga.

La boca sin carmín, cárdeno el cuello,
marchando las impuras Faústinas,
los rostros enlodados, y el cabello
cual monstruos de cavernas submarinas,

mueven aún, con presunción de hermosas,
los ojos ya apagados y sombríos,
y al verlas todavía deseosas,
en vez de ardor, se sienten calofríos.

De Julia, hija de Augusto, se presenta,
de fango llena, la imperial figura;
si hoy triste, descarnada y macilenta,
radiante en otro tiempo de hermosura.

Pensando en el pasado, aun bebe ansiosa
el dejo de sus lúbricos amores,
porque es sólo una planta venenosa,
cuando ha dado el placer todas sus flores.

Tras de ese amor, que en el placer empieza,
y acaba en el desprecio y el hastío,
no faltó á su vejez ni una bajeza,
ni hambre, ni sed, ni desnudez, ni frío.

Aunque á muchos después, por el semblante,
Paz y Honorio, pasando, conocían,
de ofrecerles el bálsamo irritante
de consuelos vulgares se abstendían.

Vil como ella, á la Borgia sanguinaria
la muerte le infiltraba en el aliento,
invisible Locusta, una malaria,
que el veneno esparcía por el viento.

Del grupo de unos sátiros furiosos
huye Juana de Nápoles, hastiada...
No vi jamás en ojos más hermosos,
más audaz ni más firme una mirada.

Desconsolada Paz, y triste Honorio,
llorando á solas ven una belleza
en el sitio peor de un territorio
donde reinan la fiebre y la tristeza.

Y—¿Quién eres?—preguntan á la dama,
que en el lugar del astro más obscuro
brillaba, cual la flor sobre una rama
que ha tocado, al pasar, un aire impuro.

Ella al sentir colgada por delante
una moneda taladrada al cuello,
procurando ocultarla, en su semblante
del más negro pesar llevaba el sello.

PAULA MEJÍA

—Fui por mi esposo sorprendida, un día
que mis deberes olvidé de esposa—
respondió á Paz, al fin, Paula Mejía,
encendida su faz como una rosa.

»—Págala bien—de palidez cubierto,
el marido cruel dijo al amante,
en cuyos brazos ¡ay! debí haber muerto,
ciega de amor, perdida y palpitante.

—O al punto—continuó con rabia fiera—
te parto el corazón con esta daga,
ó un escudo la das, de igual manera
que á una mozueta de cuartel se paga.

»¡Ay! el amante obedeció al marido:
aquél, infame, y éste, rencoroso,
así, no muerta, deshonrada he sido
entre un amante vil y un fiero esposo.

»Y después el marido deshonrado,
con un frío rencor, que aun me horripila,
de una cinta, el escudo taladrado,
á mi cuello colgó como una esquila.»

Y Paz echó de ver que, esto diciendo,
el escudo fatal Paula ocultaba;
y á la pobre mujer compadeciendo,
lloró también, al verla que lloraba.

—¿Por qué no me mató piadosamente,
de aquel amante vil entre los brazos?—
gritaba en ese estado en que la frente
hacerse quiere, al parecer, pedazos.

Calla; su rostro con las manos tapa,
y así de nuevo á sollozar comienza,
y un llanto por entre ellas se le escapa,
de rabia, de terror y de vergüenza.

Después de andar de un lado al otro lado,
se paró, miró al cielo, abrió la boca,
aspiró el aire, y luego de aspirado,
gritó y se echó á reír: ¡estaba loca!

Y en la rabia y la pena que sentía,
unas veces riendo, otras llorando,
á solas se quedó Paula Mejía
una voz sin palabras murmurando.

ESCENA XXXIV

EL PECADO DE LA IMPUREZA

(CUARTA PARTE)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un sol putrefacto*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—TERESINA DE LA PEÑA

ARGUMENTO.—Siguiendo su viaje por el astro putrefacto, encuentran á las coquetas y después á Cleopatra guiando á varias mujeres.—Ve Honorio á Teresina de la Peña, la amante de un amigo suyo, y ésta le cuenta cómo el deseo de venganza la precipitó en el crimen.

Los devotos de Venus y Cupido,
después de una existencia divertida,
respirando aquel aire corrompido,
beben la muerte en lo que da la vida.

De polen impregnados, los ambientes
van cargados de lúbricos vapores;
á sus pies se deslizan las serpientes,
y la fiebre se oculta entre las flores.

Las aguas estancadas agitando
de los pútridos charcos, se desatan
unos vientos que, tibios revolando,
enferman tanto allí, que casi matan.

Imitando en su cuerpo, que cimbreo,
con gesto blando y corazón de acero,
la cintura de Venus Citerea,
que hizo perder el juicio al mundo entero,

y juntando á la gracia de su talle
la eterna risa que á su labio asoma,
las coquetas hallaron en un valle
de flores sin color y sin aroma.

Inútiles deseos excitando,
cuerpos nobles con almas corrompidas,
fingen amor por vanidad, ansiando
más bien ser admiradas que queridas.

¿Por qué, injustos los cielos, no han querido
ó darles sentimiento ó continencia
á esos pérfidos seres, que han sabido
guardar la castidad sin la inocencia?

¡Bien haya el fuego eterno, si os alcanza
á las que á tantos, con glacial falsía,
llevasteis, de esperanza en esperanza,
engañados un día y otro día!

¡Cuántos por ellas, con verdad se mueren,
y las comedias de virtud adoran
de esas falsas que lloran cuando quieren,
y mienten además siempre que lloran!

Lo mismo allí que aquí, marchando arteras
por caminos sin luz, cual los reptiles,
las ven hasta con asco las rameras,
nobles almas tal vez en cuerpos viles.

Bella y gentil, tras de mujeres tales,
la reina Cleopatra resplandece,
ostentando en su rostro las señales
del placer no escaseado, que embrutece.

Un áspid la mató; mas se asegura
que, hiriendo el áspid, la mató el despecho,
pues cuentan que su sangre era tan pura,
que el áspid reventó sobre su pecho.

Perdida el alma, ajada la materia,
menos que ella tal vez, siguen livianas,
las hijas de la infamia y la miseria,
madres del vicio y de la peste hermanas.

Confunden con bostezos sus gemidos,
sintiendo la embriaguez de la fatiga,
porque Dios, del amor de los sentidos,
hastiándonos de goces nos castiga.

Hallando á una mujer viva y pequeña,
de vida no muy buena, y mala fama,
—¡La pobre Teresina de la Peña!...—
con ternura y dolor Honorio exclama.

TERESINA DE LA PEÑA

—¿Sois...?—fué á decirla; y rápida y concisa,
—La misma soy—le interrumpió la sombra;
y él hablando despacio, ella de prisa,
ni él la dice quién es, ni ella se nombra.

—Hasta el crimen por él precipitada...—
la triste joven á decir comienza:
y al decir *él*, por la emoción turbada,
se puso colorada de vergüenza.

—La virtud aprendiendo de corrida
—siguió, de rabia y sentimiento roja,—
después de abierto el libro de la vida,
lo he leído hasta el fin hoja por hoja.

»Como el camino abandoné derecho,
porque á otra se entregó, de celos llena
yo, después, por vengarme, en mi despecho,
—La vida corta—dije,—pero buena.—

»Ciega en mi rabia, y en mis goces fría,
marchita ya de mi virtud la palma,
sin hallar el amor que á él le tenía,
al placer me entregué con toda el alma.

»Aunque doté de artificial ventura,
tejiendo el hilo del placer, á tantos,
el tierno amor sobre mi vida impura
ni una vez ha arrojado sus encantos.

»Y es que, á pesar de mi cruel despecho,
mi ardiente corazón sólo á él quería,
y siendo para él, aun en mi pecho
la fuente del candor renacería.

»¡Perdida ya una vez, aunque demente,
me lancé á una feroz incontinencia,
no hallé dicha ni paz, pues solamente
nos consuela de todo la inocencia!—

Y mordiendo algo, en sueños, con la boca,
batiendo con los puños las rodillas,
una especie sintió de rabia loca,
que hizo llegar la sangre á sus mejillas.

Después hacia el tropel de innoble fama
corriendo la mujer viva y pequeña,
con ternura y dolor Honorio exclama:
—¡La pobre Teresina de la Peña!...—

Y—¡Adiós!—la dice; y rápida y concisa,
—¡Adiós, adiós!—le respondió la sombra;
y él hablando despacio, ella de prisa,
ni él la dice quién es, ni ella se nombra.

Y añade Honorio con viril coraje:
—¡A cuántas, como á ti, traen los celos
á este astro de fatal libertinaje,
pudridero maldito de los cielos!—

ESCENA XXXV

EL PECADO DE LA IMPUREZA

(QUINTA PARTE)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un sol putrefacto*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—LOS MARQUESES DE VALVERDE

ARGUMENTO.—Acabando de recorrer el astro putrefacto, se encuentran otros viciosos; y después de ver pasar á las Celestinas, cierto hombrecillo les cuenta que un marqués de Valverde, para castigar la desenvoltura de su mujer, hizo colocar el retrato de ella, con el vestido remangado, en el frontispicio de su casa.—Exclamaciones de Paz y Honorio al abandonar el astro donde purgan los impuros sus pecados.

Cruzando aquella tierra corrompida,
siguen hallando los perdidos seres
que creen que Dios les concedió la vida
para agotar en ella los placeres.

Sobre sus tardos miembros, cuyos bríos
agotaron los reumas y los años,
resbaladizos, húmedos y fríos,
ven con pena correr bichos extraños,

los audaces, que llevan en la frente
la expresión de los goces violentos,
y que impuros revuelven en la mente
toda suerte de inmundos pensamientos.

Y ven á los que, en falso enamorados,
convirtiendo el deseo en un suplicio,
de su inútil amor desesperados,
no sintiendo pasión, sueñan el vicio.

Van en pos de ellos, en tropel impuro,
en demencias de goces delirando,
hasta el tierno respeto, el amor puro,
con sus necios caprichos deshonrando,

los Catones, Adrianos y Alcibiades
que apurando el deseo hasta las heces,
en sus gustos, banquetes y amistades,
hace el desorden del placer las veces.

Mercurios sin honor, raza maldita,
á quien mi lengua por pudor no nombra,
pues con su aliento la virtud marchita,
como el árbol que mata con su sombra.

Siguen detrás las que al amor brindaron
con la copa que encanta y que envenena;
traficantes de amor, que comerciaron
por cuenta propia y con delicia ajena.

De pronto, de entre un corro de mujeres
saliendo un hombre ruin que causa hastío,
y un grupo señalando de tres seres,
que de verlos no más se siente frío,

cuenta de ellos la historia vergonzosa
mirando, mientras habla, al matrimonio,
con ojeadas de sátiro á la esposa,
y al hombre con sonrisa de demonio.

LOS MARQUESES DE VALVERDE

—Se alzó en Valladolid un edificio,
de Fabio Nelli en la plazuela un día,
y desnudo en el ancho frontispicio,
el cuerpo de la dueña se veía.

»Creyó, haciendo la impúdica escultura,
este Marqués celoso y delirante,
vil castigar la vil desenvoltura
de esa adúltera esposa y del amante.

»Ciego, al llenar á su mujer de lodo,
no ve el Marqués que su deshonor sella,
publicando el imbécil de este modo,
la infamia de él y la vergüenza de ella.

»Y ¿qué diréis del escultor impío?
No supo, al retratarla, el miserable,
que si el mundo perdona un extravío
siempre es con la bajeza inexorable.

—Este fué el escultor que hizo el retrato,
ese el marido fué, la mujer esa:
¿cuál tuvo de los tres menos recato,
el artista, el Marqués ó la Marquesa?»—

Corriendo uno detrás y otro delante,
sigue el marido á la mujer perjura,
y detrás de los dos marcha jadeante,
cargado el escultor con la escultura.

Y—¡Malvado!—al Marqués, ya arrepentido,
dice el artista, de furor cegado:
—¡Malvada!—á la mujer grita el marido,
y le responde la mujer:—¡Malvado!—

Y el esposo á la esposa por la falda
la agarra airado, cuando huir procura,
mientras, fiero, al marido por la espalda,
le pega el escultor con la escultura.

Y deshonrando al grupo sin decoro,
mientras la infame procesión seguía,
se deshonra también, silbando á coro,
un pueblo más infame todavía.

El putrefacto sol por fin dejando,
arrebata Paz de un santo celo,
—¡Dichosos— exclamó, la vista alzando,—
los que aman sólo lo que aprueba el cielo!—

Y al dejar aquel astro maldecido,
estas frases sobre él Honorio lanza:
—¡Cuán infelices son, pues no han sentido
la dicha del amor sin esperanza!

—¡Nunca el sol con sus rayos esplendentes,
astro de maldición, tu fango dore!
¡Dios quiera, abrevadero de serpientes,
que un diluvio de rayos te evapore!—

ESCENA XXXVI

LAS ALMAS EN PENA

LUGAR DE LA ESCENA: *De los cielos á la tierra*

PERSONAJES: JESÚS EL MAGO.—SOLEDAD.—PAZ.—HONORIO.
PALACIANO.—LAS ALMAS EN PENA

ARGUMENTO.—Hallan en los espacios las almas en pena del mundo extinguido, que, guiadas por Palaciano, buscan en vano la tierra, adonde deben ir á acabar las vidas comenzadas, así como muchas almas del globo terráqueo van á algunos astros á pagar sus pecados, Palaciano, al pasar, las guía hacia donde está su madre. Encuentro de Paz, de Soledad, de Honorio y de Palaciano.—Nueva aparición y exhortación de Jesús el Mago.—Viendo Soledad que las almas vacilaban sobre el camino que debían seguir, arroja delante de Palaciano un puñado de luz, que sirve á las almas de guía. Al separarse, suspiran los cuatro, cuyos suspiros, confundidos, servirán, andando el tiempo, para la creación de otro mundo.

Son tan inmensos los humanos duelos,
que hasta en el éter, con mortal quebranto,
más allá de los cielos de los cielos,
siempre ojos se han de hallar que bañe el llanto.

Ya vimos con dolor de qué manera
aquel rebaño de almas que antes iba
siguiendo á Palaciano, cual si fuera
guiado por una hada compasiva,

para acabar la vida comenzada,
el mundo van buscando, y anhelantes,
sin encontrar la tierra deseada,
de un sol á otro sol vagan errantes.

Con Paz y Honorio, Soledad, inquieta,
ve la miriada de almas, que, perdida,
muriendo antes de tiempo en su planeta,
va hacia la tierra á concluir la vida.

El intenso dolor de la locura
la grande turba de las almas siente,
y da vueltas y vueltas y murmura
como un mar que susurra eternamente.

Ya imitan, cuando en grupos se adelantan
por la vaga extensión del firmamento,
el monótono ruido que levantan
los árboles movidos por el viento;

ya á nubes de follajes se parecen,
que un deshecho huracán mueve con ruido;
ya á tórtolas pajizas, que se mecen,
piando en la enramada en que han nacido.

Con la inmensa atracción de un pecho que ama,
hacia Paz los conduce Palaciano,
como las aves que el Bracmita llama
á comer cariñosas á su mano.

Y á Paz y á Honorio, circulando errantes,
las tristes almas con amor rodean;
y cual pájaros giran, que, anhelantes,
en torno de un festín revolotean.

Aquel con altivez, este sumiso,
al hallarse un hermano y otro hermano,
se ven ante su madre de improviso
Honorio en pie, de hijos Palaciano.

Ya juntos, de su madre en la presencia,
Honorio y Palaciano, aunque sin ira,
están con la glacial indiferencia
del que ve más allá de lo que mira.

Como un grupo de luz, entre ellos cae
Jesús de pronto, y prorrumpió:—¡Victoria!
¡Consagremos al Dios que aquí nos trae,
amor, respeto, bendición y gloria!—

Escucha alegre Paz aquel acento,
que del espacio en el azul retumba,
y mientras oye Palaciano atento,
tan mudo Honorio está como una tumba.

—¡Salud!— siguió Jesús—á aquel que guía
por buen camino á la perdida gente,
aunque ha olvidado un día, un solo día,
que es posible obrar mal, siendo inocente.

—¡Esperad y sufrid! y cuando os halle
tocados por la fe, que á Dios le pido,
os llamaré de Josafat al valle,
y en tanto no olvidéis que no os olvido.

—Seguid sufriendo, y en el nombre santo
de Cristo, nuestro Dios, tended el vuelo;
la Caridad os guíe, y entretanto
os bendigo en la tierra y en el cielo.

Hallándose unos de otros frente á frente,
estas palabras de Jesús oyendo,
suspiraron los cuatro tristemente,
los ojos, con el alma, á Dios volviendo.

Y en mutuo adiós, tendiéndose la mano,
cada cual al partir de nuevo gime;
altivo Honorio, débil Palaciano,
Paz cariñosa, y Soledad sublime.

Las almas, esparcidas ó agrupadas,
se revuelven cual pálidas neblinas,
como andan por la atmósfera, á bandadas,
en octubre, al partir, las golondrinas.

Al verlas vacilar, siempre amorosa,
sonrió Soledad, tendió su mano,
un puñado de luz cogió, y piadosa,
delante lo arrojó de Palaciano.

Y por el cielo azul después cayendo
la luz como si fuera un aerolito,
delante de las almas fué midiendo
con un hilo sutil el infinito.

Y es que el globo de llama, al desprenderse,
cual ovillo de luz se deshacía,
y á las almas en pena, al deshacerse,
el hilo iba sirviéndoles de guía.

Enternecida Paz, mirando al hijo
que á las almas guiaba, en su embeleso,
—¡Adiós! ¡adiós!—á Palaciano dijo,
dándole, amante, en cada adiós un beso.

Suspendiendo las almas sus congojas,
volaron hacia el mundo á toda prisa,
ya sueltas, ya en montón, como las hojas
que se esparcen llevadas por la brisa.

Por gracia de Jesús, cuando gimieron,
juntos los ayes, en revuelto giro,
se acercaron, se unieron, y se hicieron
de los cuatro suspiros un suspiro.

Y en uno todos con amor mezclados,
les bendijo Jesús á su partida,
por que fuesen, un día condensados,
de un mundo que será, germen de vida.

Y así corriendo, y entrañando unidos
la fe, la duda, la bondad, los celos,
cruzaron desde entonces confundidos,
como una tromba de pasión, los cielos.

Siguiendo Soledad al triste bando,
por si errante algún alma se perdía,
un punto con el dedo señalando,
—¡Por allí!...— con el gesto les decía.

Del coro de las almas vagabundo,
con perfecta humildad, con fe cristiana,
cada cual baja á ser acá en el mundo
una mezquina criatura humana.

Ya ven Honorio y Paz, despavoridas
á las almas en pena allá á lo lejos,
que aun cruzan el espacio confundidas
entre tenues y pálidos reflejos;

y que conforme de los cielos huyen,
por el vapor que los espacios puebla
se deslizan sutiles, como fluyen
los rayos de la luz entre la niebla.

Para acabar las comenzadas vidas,
buscan las almas su postrer calvario,
y van, por Palaciano conducidas,
de la tierra al infierno temporario.

Parte Jesús; el cielo está sombrío:
siguen las almas su camino incierto:
se alejan Paz y Honorio, y el vacío
hasta de sombras se quedó desierto.

JORNADA SÉPTIMA

ESCENA XXXVII

EL PECADO DE LA ENVIDIA

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro paradisiaco*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—LEONOR DE NAVARRA

ARGUMENTO.—Llegan Paz y Honorio a un árido planeta, que tiene en el centro un paraíso, donde los envidiosos ven todo lo que envidian. Después de dejar a los maldicientes y a los calumniadores, hallan entre los grandes envidiosos a Leonor de Navarra, que les cuenta cómo mató a su hermana Blanca, celosa de los derechos de ésta al trono de Navarra.—Después Honorio ve la imagen de su hermano, a quien envidió algún día ser el prometido de Soledad, y huye despavorido de aquel astro.

Hallando Honorio y Paz males y males,
corren, sintiendo duelos sobre duelos,
los astros de los vicios capitales,
calvarios de las tierras de los cielos.

Un día que, entre vagas nebulosas,
en su calvario sideral pasaron,
los grupos de unas islas misteriosas
de un celeste archipiélago encontraron,

y en una de ellas con sorpresa miran
un claro edén, en derredor sombrío,
y en medio de un infierno, un cielo admiran,
perdido en las regiones del vacío.

El delicioso edén hallan cercado
de las áridas gredas de un desierto,
y fuera del oasis encantado,
parece al rededor que todo ha muerto.

Gozaba el alma allí paz y alegría,
no envidiosa jamás, siempre envidiada;
con su eterna verdura, parecía
de aquel edén la muerte desterrada.

En tan santo pensil los corazones
descansaban en paz, sin ansia alguna,
pues brillaban en él todos los dones
del amor, de la gloria y la fortuna.

De lo alto del Himeto perfumado
mirando el astro en derredor, se advierte
un árido país, tan desolado
cual lo están los dominios de la muerte.

Fuera, el rencor, el deshonor, la ira;
dentro, el amor y el religioso anhelo:
para castigo, el que envidioso admira,
ve cuanto envidia, en un dichoso cielo.

Del linde del edén, siempre apacible,
aparta de él las envidiosas gentes
un cercado de cactus, que, terrible,
se llena, andando el tiempo, de serpientes;

y en torno, cual si fuesen rencorosos
vampiros, por sus tumbas vomitados,
contemplan el edén, los envidiosos,
en que gozan sin fin los envidiados.

Amarilla de cólera, la gente
maldice el bien ajeno hasta el delirio:
se envidia todo allí; tan solamente
de la gloria no envidian el martirio.

Los maldicientes, con mirada fiera,
con ojos de rencor, que baña el llanto,
se entregan rencorosos, por afuera,
del mal hablar al delicioso encanto.

Y otros, que ven que su calumnia mata,
al herir á traición, sienten con ira
la bárbara alegría del pirata
cuando una vela en lontananza mira.

Entre aquellos que, viles envidiando,
á fuerza de esperar, se desesperan,
y que pasan la vida contemplando
cuánto tardan los muertos que se esperan,

llevando del rencor los atributos,
los ojos sin candor, verde la cara,
van, por la envidia, pálidos y enjutos,
Sila, César, Caín y Trastámara.

También, furiosa, en recorrer se afana
de aquel edén por la región externa,
la que ha dado, envidiosa de su hermana,
por un mes de reinar, la vida eterna.

Parte Jesús; el cielo está sombrío:
siguen las almas su camino incierto:
se alejan Paz y Honorio, y el vacío
hasta de sombras se quedó desierto.

JORNADA SÉPTIMA

ESCENA XXXVII

EL PECADO DE LA ENVIDIA

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro paradisiaco*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—LEONOR DE NAVARRA

ARGUMENTO.—Llegan Paz y Honorio a un árido planeta, que tiene en el centro un paraíso, donde los envidiosos ven todo lo que envidian. Después de dejar a los maldicientes y a los calumniadores, hallan entre los grandes envidiosos a Leonor de Navarra, que les cuenta cómo mató a su hermana Blanca, celosa de los derechos de ésta al trono de Navarra.—Después Honorio ve la imagen de su hermano, a quien envidió algún día ser el prometido de Soledad, y huye despavorido de aquel astro.

Hallando Honorio y Paz males y males,
corren, sintiendo duelos sobre duelos,
los astros de los vicios capitales,
calvarios de las tierras de los cielos.

Un día que, entre vagas nebulosas,
en su calvario sideral pasaron,
los grupos de unas islas misteriosas
de un celeste archipiélago encontraron,

y en una de ellas con sorpresa miran
un claro edén, en derredor sombrío,
y en medio de un infierno, un cielo admiran,
perdido en las regiones del vacío.

El delicioso edén hallan cercado
de las áridas gredas de un desierto,
y fuera del oasis encantado,
parece al rededor que todo ha muerto.

Gozaba el alma allí paz y alegría,
no envidiosa jamás, siempre envidiada;
con su eterna verdura, parecía
de aquel edén la muerte desterrada.

En tan santo pensil los corazones
descansaban en paz, sin ansia alguna,
pues brillaban en él todos los dones
del amor, de la gloria y la fortuna.

De lo alto del Himeto perfumado
mirando el astro en derredor, se advierte
un árido país, tan desolado
cual lo están los dominios de la muerte.

Fuera, el rencor, el deshonor, la ira;
dentro, el amor y el religioso anhelo:
para castigo, el que envidioso admira,
ve cuanto envidia, en un dichoso cielo.

Del linde del edén, siempre apacible,
aparta de él las envidiosas gentes
un cercado de cactus, que, terrible,
se llena, andando el tiempo, de serpientes;

y en torno, cual si fuesen rencorosos
vampiros, por sus tumbas vomitados,
contemplan el edén, los envidiosos,
en que gozan sin fin los envidiados.

Amarilla de cólera, la gente
maldice el bien ajeno hasta el delirio:
se envidia todo allí; tan solamente
de la gloria no envidian el martirio.

Los maldicientes, con mirada fiera,
con ojos de rencor, que baña el llanto,
se entregan rencorosos, por afuera,
del mal hablar al delicioso encanto.

Y otros, que ven que su calumnia mata,
al herir á traición, sienten con ira
la bárbara alegría del pirata
cuando una vela en lontananza mira.

Entre aquellos que, viles envidiando,
á fuerza de esperar, se desesperan,
y que pasan la vida contemplando
cuánto tardan los muertos que se esperan,

llevando del rencor los atributos,
los ojos sin candor, verde la cara,
van, por la envidia, pálidos y enjutos,
Sila, César, Caín y Trastámara.

También, furiosa, en recorrer se afana
de aquel edén por la región externa,
la que ha dado, envidiosa de su hermana,
por un mes de reinar, la vida eterna.

—¿Qué buscáis?—dijo Paz; y separando la vista, con espanto, de los cielos, esta historia Leonor le fué contado, de ambición abrasada, envidia y celos:

LEONOR DE NAVARRA

—Yo soy de Foix la criminal condesa, reina que fui de la Navarra un día, señora del Bearn y gran duquesa de Montblanc, de Nemours y de Gandía.

»Muerto por orden de don Juan, su padre, Carlos, mi hermano, príncipe de Viana, para subir al trono de mi madre, me estorbaba después Blanca, mi hermana.

»Ciega una vez, con envidioso encono, hice que Blanca acompañase á Carlos; estos que impiden que se suba á un trono, no acaban de morir, y hay que matarlos.

»Guardé esa vez con criminal bajeza, disfrazada de Inés, de Blanca el sueño, como esconde el esclavo la cabeza al ir, astuto, á asesinar al dueño.

»Despertó, tuvo sed, me miró ansiosa, la dí á beber... y al verla envenenada, la ilusión me asaltó, vertiginosa, de ser muerta con ella y enterrada.

»Luego, dudando, prorrumpió inocente: —El aire es de Leonor, de Inés el manto...— Yo, al ver que me miraba fijamente, volviendo el rostro, encanecí de espanto.

»Sintiendo el fuego que en su pecho ardía, con voz de madre, á un tiempo, y soberana, sacudiéndome el brazo, me decía:

—¿Sois Inés de Aguilar, ó sois mi hermana?

»¿Qué importa, ingrata, que tu rostro vea, si te doy el perdón, que á Dios le pido? Me has muerto, Inés, Leonor, ó la que sea, y es fácil mi perdón, mas no tu olvido.

»¡Cuánto sopor en mis entrañas vierte este licor con que la fiebre amanso! Por él, gracias á ti, tendré la muerte... digo, Inés ó Leonor, tendré el descanso.

»¡Hondo el letargo es de mi vida dueño: pídele á Dios, cuando expirar me veas, la gloria para mí, para ti el sueño, y adiós, Inés, Leonor, ó la que seas!—

»Yo, como el vil que mata, de rodillas del veneno las huellas contemplaba, y de Blanca el aliento mis mejillas, como erupción volcánica abrasaba.

»Oí luego un gemido pavoroso, que el término anunciaba de sus males: no harían un rumor más espantoso, al partirse, las losas sepulcrales.

»Con furia tal mi brazo asió, expirando, que la atraje, al huir, cayendo al suelo. Quise escapar, mas la llevé arrastrando... ¡Es un horrible vengador el cielo!

»¡Roi, con el sudor de la agonía, uno á uno sus dedos, inclemente!... En cambio, á mí también, desde aquel día, me roe el corazón una serpiente.

»¡Oh goces del reinar! ¡Qué ajena estaba de pensar ni temer tan viles cosas, mi alegre jardinera, que miraba cual se abría el capullo de las rosas!

»Así, muriendo resignada y pura, Blanca su cárcel por el cielo deja; yo al fin de aquella noche de tortura, miré á un espejo, y me encontré ya vieja.

»Y todo ¿para qué? Mirad—decía,— mirad la causa de mi eterno llanto.— Y lanzaba hacia el cielo, que se abría, una mirada de rencor y espanto.

Abrasada Leonor de envidia y celos, mira de Blanca la inmortal belleza, y que brilla cual reina allá en los cielos, coronada de soles la cabeza.

Cuanto es de Blanca el triunfo esplendoroso, tanto Leonor con sus rencores lidia; pues siempre en aquel cielo el envidioso ve lo que teme, y teme lo que envidia.

Al mirar que de Blanca el pie divino
sobre un trono de estrellas se apoyaba,
y que su frente un cerco peregrino
de cabezas de arcángeles rodeaba,

por no verla, Leonor huye, lanzando
no sé qué frases de rencor su boca,
y mira de reojo al cielo, alzando
el rostro descompuesto de una loca.

Huye, y huyendo, embotan sus sentidos,
retumbando confusos a su lado,
todos los ecos de terror oídos
desde el día en que Abel fue asesinado.

—¡Y mi posteridad?... ¡Dios iracundo—
grita, huyendo, Leonor— así lo quiere:
la raza de Caín, desde que hay mundo,
nace, asesina, se deshonra y muere!

Mientras con ojos por la envidia hundidos,
verde en lo interno y árido en lo externo,
los envidiosos ven entristecidos
aquel edén cercado de un infierno,

miraba Honorio al cielo, y anhelante,
hallando en él también lo que temía,
al ver no sé qué cosa, en su semblante
un no sé qué siniestro se veía.

Era su horror más grande que el mostrado
por la vil que, entre envidias y entre enconos,
aprendió en quince días de reinado,
cuánta es la futilidad de los tronos.

Cuando los ojos en el cielo abisma
Honorio, por prodigio sobrehumano,
ve, cual si fuese en su conciencia misma,
la prisión y el secuestro de su hermano.

Y halla en su pecho, que jamás reposa,
todas las cosas funebres y extrañas
que hace engendrar la envidia rencorosa
cuando túerce fatal nuestras entrañas;

y corre, y corre más, siempre diciendo:
—¡Huyamos de este sitio, madre mía!...—
Y á su madre arrastraba huyendo... huyendo...
con el glacial sudor de la agonía.

ESCENA XXXVIII

EL PECADO DE LA IRA

(PRIMERA PARTE)

LUGAR DE LA ESCENA: *El cadáver de un astro*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—PILAR MONTESA

ARGUMENTO.—Siguen hallando Paz y Honorio los astros que son los purgatorios de las almas. Llegan á aquel en que se purga el pecado de la ira, y encuentran á los homicidas, entre los que descuella Nerón. Hallan después á Pilar Montesa, la cual les dice que después de haber sido abandonada por su amante, que se arrepintió y confesó sus pecados, la volvió á solicitar, y fingiendo ella admitir de nuevo sus obsequios, lo asesinó para que no volviese otra vez á dejar su amor por el amor del cielo. El amante asesinado, creyendo que van al purgatorio las almas de los que, aun habiendo sido grandes pecadores, han amado y padecido mucho, marcha tras ella rezando para pedir á Dios el perdón de sus pecados.

Por la región del cielo esplendorosa,
dirigen Paz y Honorio sus pisadas,
guiados por la senda luminosa
que forman las estrellas agrupadas.

Van de un planeta al otro, contemplando
cómo sigue un tormento á otro tormento,
y cuál se va sin término ensanchando,
como un mar sin orilla, el firmamento.

Con más ó menos luz, y siempre bellas,
en un cielo, ya fúlgido, ya umbrío,
la interminable multitud de estrellas,
como arena arrojadas al vacío,

del cielo las profundas soledades
poblaban, ya remotas, ya cercanas,
y en unas y otras ven humanidades
de nuestra triste humanidad hermanas.

Un día, entre tinieblas sepultado,
á toda vida y movimiento ajeno,
ven un astro en el cielo, abandonado
como el fósil de un sol, de espectros lleno.

Un crepúsculo eterno lo alumbraba,
y en sus antros sin fin, de luz escasos,
un silencio tan funebre reinaba,
que ni el ruido se oía de los pasos.

¡Osario universal! ¡Astro sombrío!
Desespera la paz que allí se anida.
Masa inerte, que flota en el vacío,
privada de la luz y de la vida.

Cayendo á plomo, entumecido el viento,
en aquella región de espectros llena,
los gemidos de rabia y sentimiento
se pierden en un aire que no suena.

En su fiebre normal, de aquellas gentes
el ansia de matar es su esperanza;
rechinando de cólera los dientes,
no piensan en más dios que en la venganza.

Mascando el aire y vomitando injurias,
su propia rabia es su mayor martirio,
y escoltándolos siempre, cual tres furias,
van el rencor, la fiebre y el delirio.

Con el pecho más duro que una roca,
cual huye de lobeznos la manada,
va un grupo de asesinos, por la boca
arrojando una espuma ensangrentada.

Exasperado allí, todo homicida
ve en el astro sin luz, dormido ó muerto,
su pasión violenta, enardecida
por la calma mortal de aquel desierto.

En medio de la fúnebre manada
despunta de Nerón la gentileza,
como animal feroz, al cual por nada
se le sube la sangre á la cabeza.

Cuando mascar el aire los veía,
como el que sed y calentura siente,
mirando á Honorio, Paz le repetía:
—Odia el crimen; perdona al delincuente...—

Ven luego una mujer que á cada instante,
lanzando en derredor una mirada,
derramaba, feroz, sobre su amante
la luz de una espantosa llamarada;

y porque Paz á la mujer provoca
la causa á referir de sus enojos,
les muestra una expresión de furia loca,
que enrojece hasta el blanco de sus ojos.

PILAR MONTESA

Y así luego sus iras y sus penas
las refiere Pilar con arrogancia:
—Yo empecé á amar á este hombre cuando apenas
salía de los juegos de la infancia.

»Él única ilusión de mis sentidos;
yo, la sola esperanza de su pecho,
en cuerpo y alma para siempre unidos,
fué un sueño nuestra vida, el mundo un lecho.

»Andando el tiempo, sin pasión alguna,
á este hombre, indigno de las ansias mías,
ya la ilusión le pareció importuna,
como odioso el deber en otros días.

»Huyendo poco á poco de mi lado,
con ninguna pasión y mucho celo,
cobarde, arrepentido y confesado,
dejó mi amor por el amor del cielo.

»Ignoraba que hubiese, el alma mía,
más dios que su pasión, pues de tal modo
adoraba á este infame, que creía
que un puro amor es religión y es todo.

»Pasó el tiempo, y de nuevo arrepentido,
ya con mucha pasión y poco celo,
á mis pies confesándose rendido,
por volver á mi amor dejó el del cielo.

»En la cita feliz del primer día,
al mirarle de nuevo condenado,
y al ver que, contemplándome, sentía
ese horrible placer que da el pecado,

»desenvaino un puñal, beso su frente,
le parto el corazón, y así le digo:
—Sé mío, y no de Dios eternamente,
hoy que estás mal con Dios y bien conmigo.—

»Y acabando también mi inútil vida,
nos unió para siempre el sueño eterno:
no me llevó él á un cielo arrepentida,
mas vine yo con él á un mismo infierno.

»—¡Súfreme aquí, por mi desprecio honrado,
amante desleal, cristiano impío!
Ni perdono, ni olvido que has dejado
por el amor de Dios el amor mío.—

Dice, y con ojos de furor devora
al objeto infeliz de sus amores,
y alejándose altiva y seductora,
marcha gentil como quien pisa flores.

Y dice el hombre á Paz: —La desdichada no sabe amar sin fiebre; y ten en cuenta, que al hacer lo que ha dicho, fué arrastrada por la furia de amar que la atormenta.

»Me asesinó; mas en aquel instante la cegaron su amor y su fiereza: estaba triste, y en el alma amante, ¿quién sabe á lo que arrastra la tristeza?

»Pero, como han de ser, cuando han sufrido, los que han amado mucho, perdonados, voy rezando tras ella, arrepentido, en justa expiación de sus pecados.»

Y mientras de ella en pos, él la seguía, llorando de ella y de él los muchos duelos.
—¡Padre nuestro—mirándola, decía—
que estás—siguió, alejándose,—en los cielos!!!

ESCENA XXXIX

EL PECADO DE LA IRA

(SEGUNDA PARTE)

LUGAR DE LA ESCENA: *El cadáver de un astro*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—LA MARQUESA DE ASTORGA.—
DON FERNANDO RUIZ DE CASTRO

ARGUMENTO.—Siguiendo su marcha por el purgatorio de la ira, se encuentran entre los celosos á la Marquesa de Astorga, la cual dió de comer á su marido el corazón de un amante; y después á D. Fernando Ruiz de Castro, gobernador de Toledo, que hallando una noche en su jardín al conde D. Vela hablando á solas con Fortuna, dama de su mujer Estefanía, creyendo que era ésta, mató al Conde, subió al cuarto de Estefanía, y aunque la halló dormida, pensando que fingía el sueño, la asesinó. Aparece Fortuna disfrazada con el traje de Estefanía, y después de confesar á Castro que su mujer es inocente, y que la culpable es ella, se arroja al río Tajo.

Cuando los dos, sin luces ni senderos,
por aquel sol fosilizado andaban,
bajo el pie de los pálidos viajeros
los huesos de los muertos resbalaban.

Creyendo encontrar hombres, hallan fieras
en el planeta aquel, que parecía
un cadáver perdido en las esferas,
en medio de una atmósfera sombría.

En vano es que se mire, y el gemido
se fia en vano de la peña al hueco;
vagando allí sin claridad ni ruido,
quieren ver, y no hay luz; si hablan, no hay eco.

Sobre el planeta, ó muerto ó moribundo,
el sueño ó insomnio los fantasmas velan,
cual sobre el mar del Norte tremebundo
imperturbables, las gaviotas vuelan.

Persiguiendo á sus viles asesinos,
gimiendo de ira, y de furor inquietos,
blanquear se ve por todos los caminos,
como un rastro confuso de esqueletos.

Marchan también aquellos que furiosos
quieren morir, pero morir matando;
los que aman mucho y bien, y que, celosos,
de ganas de llorar van reventando,

y sus penas, ó ciertas ó soñadas,
agrandan con su loco pensamiento,
llenando sus mejillas inflamadas
con lágrimas de rabia y sentimiento.

LA MARQUESA DE ASTORGA

Dando un grito de celos espantoso,
dice una dama á Paz:—¿Tienes marido?
Arrancado por mí, fué por mi esposo,
el corazón de otra mujer comido.

»¡Si! castigué su proceder villano
—siguió diciendo la ofendida esposa,—
sirviendo á mi marido, por mi mano,
el corazón de una rival dichosa.

»Dispuse un gran festín: y ¡oh! ¡qué contentos
mis huéspedes cantaban y reían!
y yo ¡cuánto gozaba al ver que, hambrientos,
de mi rival el corazón comían!

»—¿Es bueno ese manjar? ¿está sabroso?—
con fingida bondad dije al villano;
y con bondad fingida el falso esposo,
—Como hecho—contestó—por esa mano.

»—¡Toma el postre!—añadí; y eché, terrible,
ante él, rodando, la cabeza de ella.
¡No hay un placer como el placer horrible
de ver tan fea á una rival tan bella!

»¡Oh! ¡qué gesto!—añadió— ¡qué extraño gesto
presentaba aquel rostro ensangrentado!—
Y la infeliz reía, al decir esto,
como ríe el dolor desesperado.

—¡Al ver aquellas caras espantadas
—la Marquesa siguió,— libre de penas,
no arrastrando ya puntas aceradas,
dulce la sangre circuló en mis venas!

»Después, loca de atar, en un convento,
tras del tumulto aquel, busqué un asilo;
y, aunque ya estaba de sospecha exento,
no vivió en él mi carazón tranquilo,

»pues no logró alcanzar la suerte mía
el ver completa la venganza aquella:
¡si de ella el corazón vi que él comía,
no pude ver el de él comido de ella!

»No; nada basta á una mujer celosa,
cuando ama y odia y de vengarse trata.
Para saciar su rabia es poca cosa
matar y hacer comer lo que se mata.»

Acongojada Paz cuando esto oía,
al oído de Honorio hablando quedo,
—¡Partamos, hijo mío—le decía,—
que esta pobre mujer me causa miedo!—

Vieron después á un hombre que, llorando,
partía de dolor los corazones,
y que llegó hacia ellos murmurando,
como el loco que reza imprecaciones;

y—¿Cuál es tu pesar?— también gimiendo
le pregunta al fin Paz, transida el alma.
Miró el de Castro, y contestó diciendo,
con el tono aparente de la calma:

DON FERNANDO RUIZ DE CASTRO

—Mi esposa Estefanía, que está en gloria,
fué del Séptimo Alfonso hija querida:
desde hoy sabréis, al escuchar su historia,
que hay desgracias sin fin en nuestra vida.

»Yo la maté celoso; y si, remiso,
no me maté también la noche aquella,
fué por matar después, si era preciso,
á todo el que, cual yo, dudase de ella.

»Cierta conde don Vela, á Estefanía
la profesó un amor que ella ignoraba,
y Fortuna, una dama que tenía,
á don Vela, á su vez, idolatraba.

»Por las noches Fortuna, artificiosa,
mientras que su ama se entregaba al sueño,
disfrazada y fingiéndose mi esposa,
hacia al Conde de sus gracias dueño.

»En mi parque, una noche, hacia una umbría,
llegar vi una mujer, y á un hombre á poco;
luego, el nombre al oír de Estefanía,
¡ay! yo pensé que me volvía loco.

»Torno á escuchar de Estefanía el nombre;
por vengarme mejor, mi rabia aplazo;
mas vi después á la mujer y al hombre
confundidos los dos en un abrazo,

»y—¡En guardial—grito al hombre; él se prepara,
le acoso airado, y con valor me acosa,
y mientras mato al Vela cara á cara,
huye la infame que creí mi esposa.

»Dejo allí al Conde, atravesado el pecho,
y persiguiendo á la mujer que huía,
vi á la luz de una lámpara, en su lecho,
dormida dulcemente á Estefanía.

»Aquel sueño de paz juzgo fingido;
la despierto, me ve, me echa sus brazos,
y con mi daga, entre ellos oprimido,
hice, feroz, su corazón pedazos.

»—¿Me matas?—dijo, y contesté:—¡De celos!
—¡Loco!—gritó; y al ver que me abrazaba,
—¡Cuál te amaba!—exclamé, y ella á los cielos
miró, y dijo al morir:—¡Cuánto me amaba!

»Senti luego una puerta que se abría,
y al resplandor de la naciente luna,
con el traje salió de Estefanía,
cual siniestra sonámbula, Fortuna.

»—¡Bárbaro!—dijo,—la mujer que ha huído
no es tu esposa feliz, que muere amada:
¡yo soy quien disfrazada he recogido
el precio vil de una pasión robada!

»Perdona, Castro, la demencia mía;
te dejo honrado, aunque de angustia lleno;
y pues muere entre sangre Estefanía,
es muy justo que yo muera entre el cieno.—

»Y así diciendo, del balcón abajo
se echó Fortuna de cabeza al río,
y al ruido que hizo, al recibirla, el Tajo,
bañó todo mi cuerpo un sudor frío.»—

Era de Castro la amargura tanta,
que al furor reemplazando la tristeza,
ronca la voz y seca la garganta,
cayó sobre su pecho su cabeza.

Y concluyó:—¿No es cierto que debía
matarme yo también la noche aquella?
Mas, si faltase yo, ¿quién mataría
al que dudase de mi honor y el de ella?—

Viendo Honorio que Castro sepultaba
entre sus manos la abatida frente,
imitando a su madre murmuraba:
—Odia el crimen; perdona al delincuente.—

ESCENA XL

EL PECADO DE LA SOBERBIA

LUGAR DE LA ESCENA: *Una estrella nebulosa*

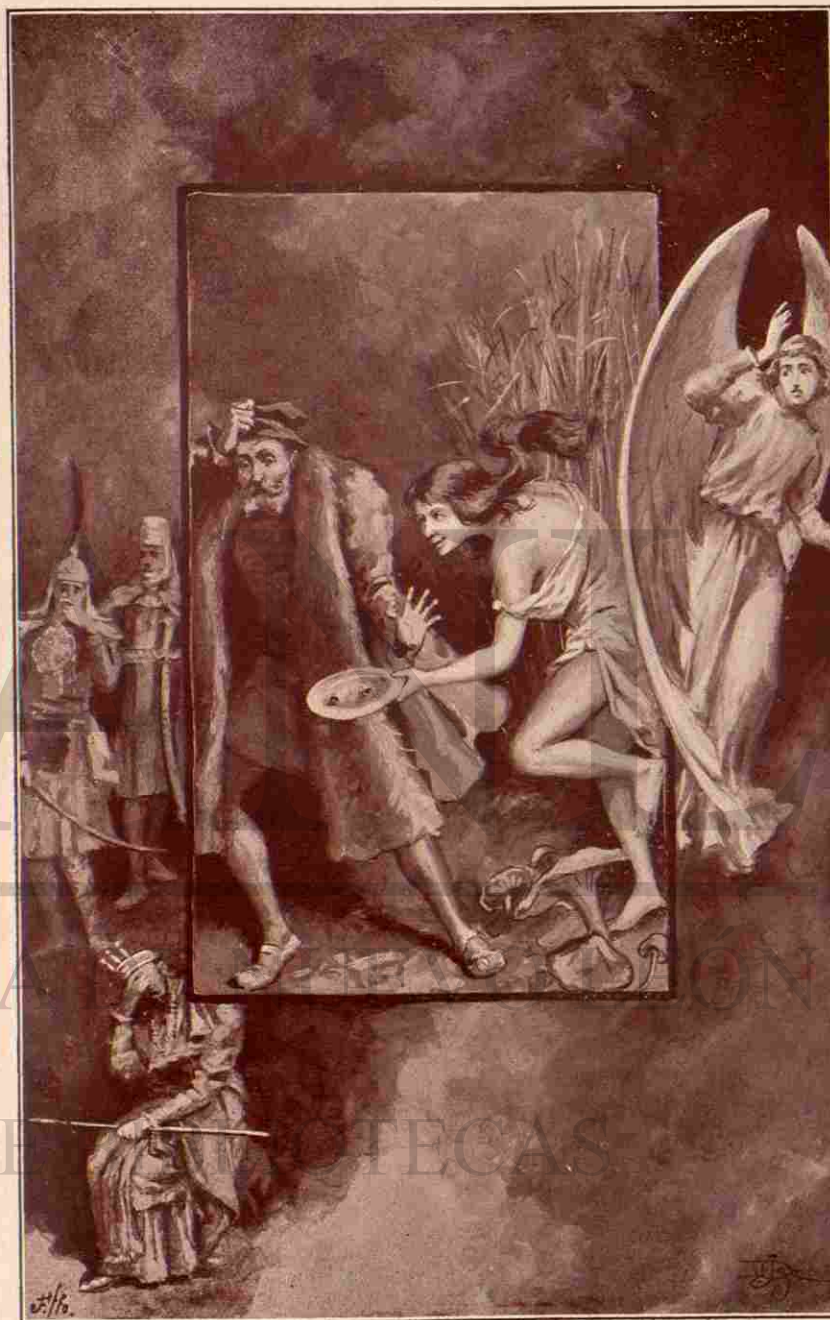
PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—ISABEL DE INGLATERRA

ARGUMENTO.—En el astro donde purgan sus pecados los soberbios, ven que un ángel, al pasar, se cubre el rostro para no ver a Saúl, a Jerjes y al rey Poro. En el fin de un promontorio, que se adelanta hacia el vacío, hallan a una mujer que les cuenta el fin de los soberbios, despreciados por Dios y por los hombres. Pregunta Paz a la mujer su nombre, y le dice que es Isabel de Inglaterra, y les refiere la historia del anillo que, en prueba de amor, dió al conde de Essex, el cual, condenado a muerte, se lo remitió, en prueba de sumisión, por su enemiga la condesa de Nottingham, quien lo guardó, en vez de entregarlo; y concluye diciendo que, creyéndose despreciada, le dejó morir en un cadalso.

Los astros y los astros explorando,
que pueblan á millones el vacío,
desde el sol hasta Urano, van pasando
de un tórrido calor á un grande frío.

Y hasta ver si por último consiguen
el fin hallar de los humanos duelos,
por el camino de las almas siguen
en busca de otros astros, á otros cielos.

Y ven que Dios, con paternal constancia,
fecundados por rayos estelares,
esparce en el espacio, en abundancia,
los mundos habitados á millares.



Con tal desdén el cielo los miraba,
que ante Saúl y Jerjes y el rey Poro,
por no verlos, un ángel que pasaba
cubrió su rostro con sus alas de oro.

(Escena XL.)

Y al joven que implacable persegua,
con brazos por la fiebre descarnados,
en un plato de barro le ofrecía
unos ojos vídriosos y apagados.

(Escena XXXI.)

»Y así diciendo, del balcón abajo
se echó Fortuna de cabeza al río,
y al ruido que hizo, al recibirla, el Tajo,
bañó todo mi cuerpo un sudor frío.»—

Era de Castro la amargura tanta,
que al furor reemplazando la tristeza,
ronca la voz y seca la garganta,
cayó sobre su pecho su cabeza.

Y concluyó:—¿No es cierto que debía
matarme yo también la noche aquella?
Mas, si faltase yo, ¿quién mataría
al que dudase de mi honor y el de ella?—

Viendo Honorio que Castro sepultaba
entre sus manos la abatida frente,
imitando a su madre murmuraba:
—Odia el crimen; perdona al delincuente.—

ESCENA XL

EL PECADO DE LA SOBERBIA

LUGAR DE LA ESCENA: *Una estrella nebulosa*

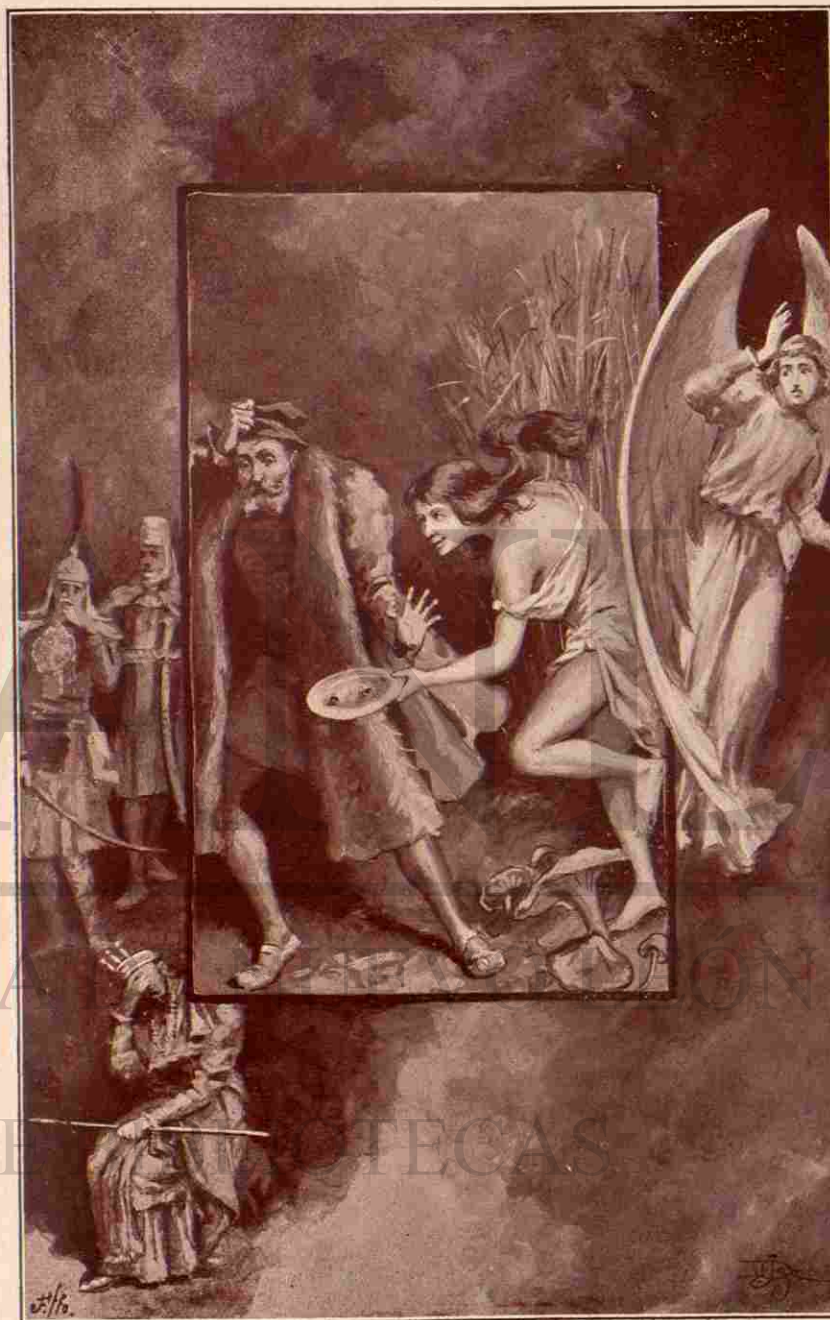
PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—ISABEL DE INGLATERRA

ARGUMENTO.—En el astro donde purgan sus pecados los soberbios, ven que un ángel, al pasar, se cubre el rostro para no ver a Saúl, a Jerjes y al rey Poro. En el fin de un promontorio, que se adelanta hacia el vacío, hallan a una mujer que les cuenta el fin de los soberbios, despreciados por Dios y por los hombres. Pregunta Paz a la mujer su nombre, y le dice que es Isabel de Inglaterra, y les refiere la historia del anillo que, en prueba de amor, dió al conde de Essex, el cual, condenado a muerte, se lo remitió, en prueba de sumisión, por su enemiga la condesa de Nottingham, quien lo guardó, en vez de entregarlo; y concluye diciendo que, creyéndose despreciada, le dejó morir en un cadalso.

Los astros y los astros explorando,
que pueblan á millones el vacío,
desde el sol hasta Urano, van pasando
de un tórrido calor á un grande frío.

Y hasta ver si por último consiguen
el fin hallar de los humanos duelos,
por el camino de las almas siguen
en busca de otros astros, á otros cielos.

Y ven que Dios, con paternal constancia,
fecundados por rayos estelares,
esparce en el espacio, en abundancia,
los mundos habitados á millares.

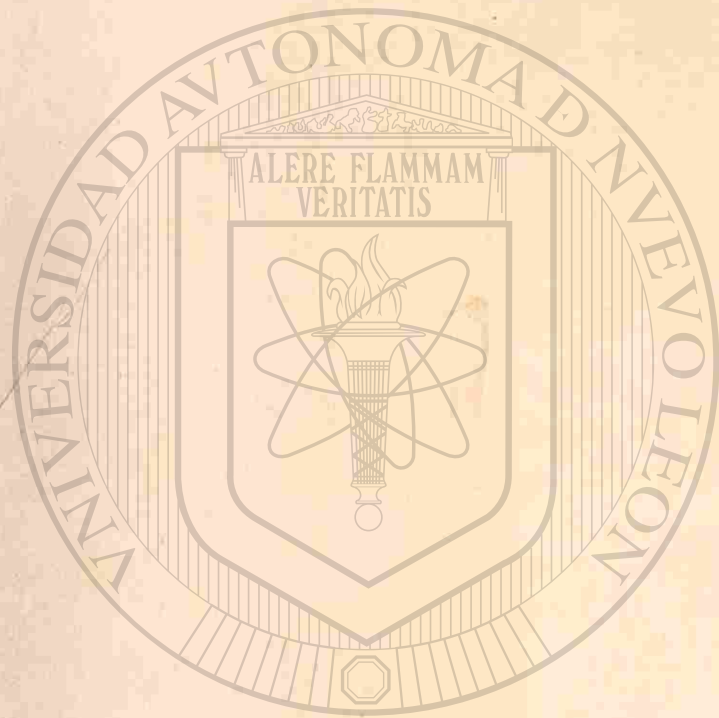


Con tal desdén el cielo los miraba,
que ante Saúl y Jerjes y el rey Poro,
por no verlos, un ángel que pasaba
cubrió su rostro con sus alas de oro.

(Escena XL.)

Y al joven que implacable persegua,
con brazos por la fiebre descarnados,
en un plato de barro le ofrecía
unos ojos vídriosos y apagados.

(Escena XXXI.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

En un día de luto, al fin hallando
una oscura región, que el sol olvida,
cuando ya casi casi iban llegando
al confín del imperio de la vida,

allí donde, si un astro adorna el cielo,
cercándolo el vapor, se espesa y llueve,
y luego que a la tierra enfría el hielo,
sobre el hielo después cae la nieve,

la estrella vieron, nebulosa y fría,
en donde Dios a la ambición destierra,
rodeada de esa atmósfera sombría
de los meses más tristes de la tierra.

Y miran con horror que, sepultados
de aquel planeta entre el brumoso velo,
sufriendo los soberbios, olvidados,
el desdén y la cólera del cielo,

se mueven con afán, y sus figuras
apenas en la sombra se bosquejan,
entre el claro vapor de las oscuras
tinieblas, que se ven, y ver no dejan.

Por más que los soberbios se movían,
a una angustia febril abandonados,
sus siluetas, vagando, parecían
contornos de fantasmas anublados.

Solos allí, sin público y sin gloria,
se olvidan ellos mismos de sus nombres,
entregadas su fama y su memoria
al desprecio de Dios y de los hombres.

Con tal desdén el cielo los miraba,
que ante Saúl y Jerjes y el rey Poro,
por no verlos, un ángel que pasaba,
cubrió su rostro con sus alas de oro.

Y Honorio, contemplando la tortura
que sufren estas almas orgullosas,
—¿Qué son— se preguntaba— a tanta altura,
los grandes hombres y las grandes cosas?—

Vieron después que una mujer se hallaba
sentada en lo más alto y lo más frío
del pico de una roca, que formaba
el fin de un promontorio en el vacío.

Y audaz, una respuesta previniendo
al ver llegar á entrambos, altanera,
sin ponerse de pie, y el rostro irguiendo,
les dijo á Honorio y Paz de esta manera:

—Rodeados siempre de perpetuo olvido,
traer á este lugar, al cielo plugo,
á cuantos reyes fueron y han vivido
sentados en el trono del verdugo.

»En su fiebre de ruidos y de honores,
nadie los oye aquí, nadie los nombra,
no siendo en este limbo de vapores,
ni siquiera seguidos de su sombra.

»Como hijos del favor, á alzarse prueban,
cual don Rodrigo Calderón, del suelo,
muchas vanas cabezas, que se elevan,
como la espiga sin granar, al cielo.

»Vanos como él, y de la propia suerte,
alzan otros su frente coronada,
ministros implacables de la muerte,
asquerosos andamios de la nada.

»Quien no tuvo jamás, ni dió reposo,
si grande algunas veces, siempre fiero,
aquí marcha, Alejandro el poderoso,
de reyes y de pueblos carcelero:

—venciendo el infeliz, tomó por gloria,
de la tierra las glorias movedizas,
y el mundo fué llenando con su historia,
para dejar detrás sangre y cenizas.

»No hallan aquí, cual funebres estelas,
los que el mundo pasaron á degüello,
los mármoles, los templos y las telas,
despreciables espectros de lo bello.

»En vano en sus inútiles afanes,
fueron, haciendo ó deshaciendo leyes,
los pueblos erupciones de volcanes,
y los palacios cárceles de reyes;

—que esta es la gloria y el honor que espera
á esos pobres verdugos coronados,
que han podido pasar la vida entera
delante de sí mismos prosternados.

»¡Soberbia inútil! Cuando Dios se enoja,
pone en el fiel, con lúgubre misterio,
un gran imperio, á veces, y una hoja,
y pesa más la hoja que el imperio.

»Haciendo al cielo y á la tierra injurias,
no han llegado á saber los miserables
que son tan sólo del amor las furias
las únicas soberbias perdonables.»—

Y Paz notó que, al recordar, celosa,
las furias del amor abandonado,
mucho más humillada que furiosa,
pasó su faz del rojo hasta el morado.

ISABEL DE INGLATERRA

—Pues ¿quién eres?— la dice; y responde ella,
clavando las palabras en su frente:
—Soy la vestal que apellidaron bella
sentada sobre el trono de Occidente.

»Yo dí un anillo á un hombre; el alma mía
ignora si, tal vez enamorada,
á aquel hombre adoró más que debía
en mi rango de virgen coronada.

—Toma—le dije;—aunque tu amor me ofenda,
y te acose la envidia, vive cierto
que siempre has de encontrar, con esta prenda,
mi corazón á la piedad abierto.—

»Como á veces infiel se rebelaba,
fué á muerte el hombre condenado un día,
y por más que yo amante lo aguardaba,
el anillo fatal no aparecía.

»Dudé una vez y dos; por vez tercera
el fallo irreparable fué firmado,
y á su altivez correspondí tan fiera,
que el fallo, por mi mal, fué ejecutado.

Para mí, en su prisión, la prenda amada
dió á una mujer que se fingió su amiga;
mas se guardó él anillo la malvada.
¡Que Dios, cual la maldigo, la maldiga!

»Yo, que esperaba con tan mala suerte
su entera sumisión y su ternura,
me creí despreciada y le dí muerte;
mas él murió creyéndome perjura.

»De dolor expiré como una loca,
con la memoria en él, la fe en el cielo,
puesto inmóvil el índice en la boca
y clavados los ojos en el suelo.

»Como sueño aquí tanto, y no acostumbro
á levantar del suelo la cabeza,
siempre el anillo ante mis pies columbro,
maniática de amor y de tristeza.

»Echo á veces á andar, y me estremece
el ruido que al pisar hace mi planta,
pues rechina una cosa que parece
la prenda de mi amor que se quebranta.

»Más veces triturar, se me figura,
que rayos tiene el sol, y el mar arenas,
este anillo ideal, la flor más pura
que engalana la tumba de mis penas.

»Por eso, aquí sentada, y evitando
de anillos que se quiebran los chasquidos,
vivo, inmóvil y noble, profesando
la fe de mis amores extinguidos.»

Calló Isabel, y pensativa y tierna,
volvió á abismarse en su mortal reposo,
pensando así labrar su vida eterna
con ruinas de un pasado doloroso;

y presa de un inmenso desvarío,
sentada se quedó sobre la roca,
con la vista clavada en el vacío,
y lívida la faz como una loca.

ESCENA XLI

LA CREACIÓN DE UN MUNDO

LUGAR DE LA ESCENA: *En un vacío del cielo*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—ADÁN Y EVA EN EL PARAÍSO

ARGUMENTO.—Los cuatro suspiros que exhaláron al despedirse, Paz, Honorio, Soledad y Palaciano, cuando este último iba guiando las almas en pena hacia el globo terráqueo, cayeron en un vacío que dejó el planeta que se extinguió, y de ellos vieron Paz y Honorio que se empezó á formar un nuevo mundo. Ven al primer hombre y á la primera mujer, cuyo beso ocultó aquel mundo girando sobre sí por la primera vez.

Es, de la vida en el revuelto giro,
toda cosa que muere transformada;
no se pierde en los aires ni un suspiro,
ni el átomo más vil se hunde en la nada.

Desde el suspiro aquel que, en cierto instante,
exhaláron con alma congojosa,
humilde Palaciano, Honorio amante,
sublime Soledad, Paz cariñosa,

derramando, al pasar, estos gemidos
la fe, la duda, la bondad, los celos,
cruzaron, desde entonces confundidos,
como una tromba de pasión, los cielos.

Voló un día esta tromba desalada
hacia un rincón de un cielo devastado,
y cayó en la región mal ocupada
por restos de un planeta destrozado.

De aquellos ayes la revuelta suma,
que un mundo entero de pasión encierra,
condensándose está, como una bruma
que va formando una ilusión de tierra.

En torno de la vaga nebulosa
ven, del cielo en la parte devastada,
que nace, germinando, alguna cosa,
cual si brotase un algo de la nada.

De estos cuatro suspiros condensados,
de amor y de dolor germen fecundo,
Honorio y Paz, contritos y admirados,
ven el alma brotar de un nuevo mundo.

Girando en confusión vertiginosa
del éter las corrientes verdaderas,
ya anuncia la mezquina nebulosa
un mundo en formación en las esferas.

La etérea masa, por el mundo entero,
como sangre impalpable, difundida,
vaga, sin forma y sin color, primero,
vibra después, radiante y con medida.

El átomo del globo no formado,
que vaga misterioso entre vapores,
poco después, en gota condensado,
descompondrá la luz y los colores;

y círculos inmensos describiendo,
de ser en ser caminará escondido,
de un volcán en la cúspide luciendo,
ya de un mar en el seno sumergido;

UNIVERSIDAD DE MONTELEÓN
BIBLIOTECA EN CIENCIAS
"ALFONSO HURTADO"
Año: 1925 MONTELEÓN, MEXICO

U A N I M L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

ALFONSO HURTADO



»De dolor expiré como una loca,
con la memoria en él, la fe en el cielo,
puesto inmóvil el índice en la boca
y clavados los ojos en el suelo.

»Como sueño aquí tanto, y no acostumbro
á levantar del suelo la cabeza,
siempre el anillo ante mis pies columbro,
maniática de amor y de tristeza.

»Echo á veces á andar, y me estremece
el ruido que al pisar hace mi planta,
pues rechina una cosa que parece
la prenda de mi amor que se quebranta.

»Más veces triturar, se me figura,
que rayos tiene el sol, y el mar arenas,
este anillo ideal, la flor más pura
que engalana la tumba de mis penas.

»Por eso, aquí sentada, y evitando
de anillos que se quiebran los chasquidos,
vivo, inmóvil y noble, profesando
la fe de mis amores extinguidos.»

Calló Isabel, y pensativa y tierna,
volvió á abismarse en su mortal reposo,
pensando así labrar su vida eterna
con ruinas de un pasado doloroso;

y presa de un inmenso desvarío,
sentada se quedó sobre la roca,
con la vista clavada en el vacío,
y lívida la faz como una loca.

ESCENA XLI

LA CREACIÓN DE UN MUNDO

LUGAR DE LA ESCENA: *En un vacío del cielo*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—ADÁN Y EVA EN EL PARAÍSO

ARGUMENTO.—Los cuatro suspiros que exhaláron al despedirse, Paz, Honorio, Soledad y Palaciano, cuando este último iba guiando las almas en pena hacia el globo terráqueo, cayeron en un vacío que dejó el planeta que se extinguió, y de ellos vieron Paz y Honorio que se empezó á formar un nuevo mundo. Ven al primer hombre y á la primera mujer, cuyo beso ocultó aquel mundo girando sobre sí por la primera vez.

Es, de la vida en el revuelto giro,
toda cosa que muere transformada;
no se pierde en los aires ni un suspiro,
ni el átomo más vil se hunde en la nada.

Desde el suspiro aquel que, en cierto instante,
exhaláron con alma congojosa,
humilde Palaciano, Honorio amante,
sublime Soledad, Paz cariñosa,

derramando, al pasar, estos gemidos
la fe, la duda, la bondad, los celos,
cruzaron, desde entonces confundidos,
como una tromba de pasión, los cielos.

Voló un día esta tromba desalada
hacia un rincón de un cielo devastado,
y cayó en la región mal ocupada
por restos de un planeta destrozado.

De aquellos ayes la revuelta suma,
que un mundo entero de pasión encierra,
condensándose está, como una bruma
que va formando una ilusión de tierra.

En torno de la vaga nebulosa
ven, del cielo en la parte devastada,
que nace, germinando, alguna cosa,
cual si brotase un algo de la nada.

De estos cuatro suspiros condensados,
de amor y de dolor germen fecundo,
Honorio y Paz, contritos y admirados,
ven el alma brotar de un nuevo mundo.

Girando en confusión vertiginosa
del éter las corrientes verdaderas,
ya anuncia la mezquina nebulosa
un mundo en formación en las esferas.

La etérea masa, por el mundo entero,
como sangre impalpable, difundida,
vaga, sin forma y sin color, primero,
vibra después, radiante y con medida.

El átomo del globo no formado,
que vaga misterioso entre vapores,
poco después, en gota condensado,
descompondrá la luz y los colores;

y círculos inmensos describiendo,
de ser en ser caminará escondido,
de un volcán en la cúspide luciendo,
ya de un mar en el seno sumergido;

UNIVERSIDAD DE MONTELEÓN
BIBLIOTECA EN LENGUA
"ALFONSO HURTADO"
Año: 1925 MONTELEÓN, MEXICO

U A N I M L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

ALFONSO HURTADO

®

será fuerza después, y luego vida,
y lágrima tal vez más adelante,
que rodará, en un alma confundida,
emblema de dolor, por un semblante.

Por su fuerza inicial ya van creciendo
en un lago de luz, pero aun inerte,
las olas de la vida, que, corriendo,
irán por entre flores a la muerte.

Honorio y Paz con claridad perciben
cual se van agrandando y agrandando
los círculos y líneas que describen,
los átomos en torno circulando;

y como, obscuro, claro ó purpurino,
el color va subiendo del ambiente,
desde el mate del polo blanquecino,
al rojo de los trópicos ardiente;

advienten que, entre pálidos albores,
el éter que inactivo se columbra,
dispersando la luz y los colores,
se mueve y da calor, vibra y alumbrá;

y que del germen cósmico saliendo,
nace una ola, y circulando crece,
y se espacia, y el círculo, creciendo,
a fuerza de crecer, se desvanece.

Y luego que la luz forma colores,
se adorna el cielo de flotantes gasas,
después nace el ambiente... los vapores...
niebla... átomos... moléculas... y masas.

Así en sitios del cielo devastados,
hirviendo en una atmósfera sombría,
de estos cuatro suspiros condensados
un mundo nuevo á rebrotar volvía;

y así cada suspiro vagaroso,
uno en otro embebiéndose, se inflama,
y se hace, con el roce, luminoso,
y vibra más y más... y brota llama.

Con sus rayos de luz, prestos ó tardos,
va mostrando, ya rápidos, ya lentos,
el iris sus colores, blancos, pardos,
rojos, anaranjados, cenicientos.

De rumores y luz lleno el ambiente,
vibra el éter con fuerza y nace el día;
suena el aire con tiempo, y dulcemente
encanta nuestras almas la armonía;

y en torno de la esfera melodiosa,
Honorio el pitagórico escuchaba
que una cierta plegaria misteriosa
el mundo, al rehacerse, murmuraba.

Nace, vibra, se espacia y resplandece
la luz que el foco candescente encierra,
y por fin, condensándose, aparece
entre tierras celestes otra tierra.

Ya de los ayes al calor se agita
el mundo estremecido hasta en su base,
y bulle más, y de placer palpita,
cual si el soplo de Dios sobre él pesase.

En pródiga expansión multiplicaba
sus ruidos y su esencia de hora en hora,
el mundo que, naciente, ya empezaba
á blanquear con los rayos de la aurora.

Como al brotar los árboles crecían,
lo que en toda una edad, cada minuto,
las gallardas palmeras extendían
sus altas ramas, su dorado fruto.

Lentamente formándose, engalana
aquella tierra embrionaria y bella,
sombra de tarde, brillo de mañana,
canto de alondra, resplandor de estrella.

De flor en flor tendiendo alas amigas,
el aire, columpiándose, circula,
y agitando la mies, de las espigas,
cual río de oro, el oleaje ondula.

Y vieron, cuando el mundo ya alumbraban
los rayos aun informes de la aurora,
que, uno de otro prendados, se admiraban,
dos seres de inocencia encantadora.

Y mientras Paz y Honorio están mirando,
por vez primera, en tan supremo instante,
la tierra entumecida, despertando,
rodó sobre sus ejes de diamante.

Y el hombre y la mujer, en su embeleso,
por verse se acercaron de manera...
pero el mundo ocultó su primer beso,
girando sobre sí por vez primera.

ESCENA XLII

EL PRIMER IDILIO DEL MUNDO

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro embrionario*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—EVA EN EL PARAÍSO

ARGUMENTO.—Hallan a la primera mujer de aquel mundo primitivo, llorando junto a una fuente. La mujer les cuenta que después del primer beso de su primer amor, llora el abandono de su primer amante. Paz la aconseja la resignación. La joven escucha distraída, y creyendo que oye la voz de su amante, deja solos a Paz y a Honorio, los cuales abandonan aquel mundo de inocencia.

Del primer día en la primera hora,
ya de las aves despertando el coro,
en el aire los rayos de la aurora
jugando van cual mariposas de oro.

Tibios perfumes de deleite y vida
despierta el sol, y el céfiro levanta
de los bosques la esencia indefinida,
que no embriaga jamás, y siempre encanta.

¡Salve, oh región del cielo poderosa,
donde la planta, el pájaro y el viento
diciendo siempre están alguna cosa
a la luna y al sol y al firmamento!

¡Cuánta dicha al nacer! ¡Cuánta ternura!
¡Todo á agitarse de placer convida...
colores, fuentes, árboles, frescura,
alas, impulso, movimiento y vida!

Las aves, á la luz de la alborada,
sus metálicos timbres dan al viento;
es el aire una fiesta continuada,
y es la tierra la patria del contento.

Llenos de amor, rodeados de bellezas,
Paz y Honorio caminan admirando
los cánticos, las gracias, las ternezas,
que entre el mundo y el sol se están cruzando.

Y ven, andando más, que, tristemente,
á las luces primeras de la aurora,
la primera mujer, junto á una fuente,
en aquel mundo primitivo llora.

¡Oh esperanza humanal, siempre fallida!
¡Son las dichas de amor, tan inseguras
que en el primer idilio de la vida
ya el corazón se abreva de amarguras!

Aunque la causa de su mal no sabe,
se queja la infeliz de esa manera
con que se queja, abandonada, el aye
en su nido de amor, sin compañera.

Es la primer mujer de aire sencillo,
tan rubia como el sol, de blanca frente;
huele á rosas su mano, el pie á tomillo,
y su cutis al agua de la fuente.

Paz el camino hacia la joven toma,
y acude de sus penas al reclamo,
como lleva en su pico la paloma,
al mundo que ha nacido, el verde ramo.

—¿Que haces aquí?—la dice, y su respuesta
la niña aplaza, espera, mira, indaga,
y agrandando los ojos, le contesta:
—Coger flores y amar; ¿qué quieres que haga?—

Y la mujer, sin nombre todavía,
que sólo sabe hablar de sus amores,
y que ya, sin amor, sólo sabía
hacer muchas caricias á las flores,

—Lo que eres—dice—y lo que soy ignoro.—
Y mientras Paz sus dudas satisface,
vivaz prosigue, suspendiendo el lloro,
ingenua como el día en que se nace:

—¿Quién me ha dado la vida que yo tengo?
¿Quién te dió á ti la vida que tú tienes?
¿Quién soy yo? ¿Dónde voy? ¿De dónde vengo?
¿Quién eres? ¿Dónde vas? ¿De dónde vienes?

«Yo, al verme aquí traída de improviso,
me parezco á mí misma, enamorada,
recuerdo de algún otro paraíso,
de que el alma algún día fué arrojada.»—

Y Paz, de esta manera contestando
á aquel ser tan gentil y candoroso,
parecía una madre contemplando
cómo duerme en la cuna un niño hermoso:

—Aquí nos trajo un viento de la vida;
y el Dios que hizo esta bóveda estrellada,
con su mano, que beso agradecida,
nos sacó del abismo de la nada.—

Calló Paz, y la joven, en su empeño
de aclarar la fatal incertidumbre
de ese dolor tan grande, aunque pequeño,
que causa la primera pesadumbre,

torna á hablar de su mal, vuelve á su lloro,
deja caer las rosas de su falda,
y para hablar á Paz, sus bucles de oro,
con un aire de cisne, echó á la espalda.

De este modo contaba el primer día
de sus amores los primeros duelos,
y como era tan niña todavía,
aun hablaba el lenguaje de los cielos;

y al contar los dolores de la ausencia,
¡qué bondad! ¡cuántas frases seductoras!
¡Cómo siempre el candor de la inocencia
rebosa sobre todo á todas horas!...

—Soñando yo en un ser—tierna decía—
de mis sentidos y de mi alma dueño,
hallé el ser á mi lado el mismo día,
pasando á realidad mi dulce sueño.

»Miré al campo y al sol; mas no vi cosa
que igualase á aquel ser en el encanto.
¡Qué estatura! ¡Qué fuerza prodigiosa!
Yo estaba muda de placer y espanto.

»Afable alguna vez, y otras terrible,
por el aire imperial de su persona,
á mí me pareció, que aunque invisible,
llevaba en su cabeza una corona.

»Mientras mi pecho subyugado siente
la inefable bondad de sus maneras,
es tan bravo y gentil, que, humildemente,
temiendo á su valor huyen las fieras.»—

Habla así la mujer, y en tal instante,
con su entusiasmo y su nativa gracia,
parecía, encantada de su amante,
un niño que sonríe á una desgracia.

—Acercándose á mí—prosiguió hablando,—
en medio de mis puras alegrías,
sin saber cómo, ni por qué, ni cuándo,
sus manos se juntaron con las mías.

»Después por las ocultas enramadas,
buscando nuestras almas el reposo,
como buscan dos aves asustadas
un nido solitario y silencioso,

»una enramada hallamos aquel día,
tan misteriosa, plácida y obscura,
que más que una enramada, parecía
una choza de flores y verdura;

»y allí, más encendida que una rosa,
en medio de una dulce confianza,
avergonzada, trémula, dichosa,
el fruto coseché de mi esperanza.»—

Y cuando esto sus labios proferían,
de extática embriaguez el rostro lleno,
moviéndose, menguaban y crecían
las líneas circulares de su seno.

Y después, renovando su memoria
el único recuerdo que tenía,
sigue así de su amor la larga historia,
sin saber que ha nacido en aquel día:

—Desde el rapto feliz de aquel momento
por causas mil, á mi razón extrañas,
con supremo placer germinar siento
otro amor aun más grande en mis entrañas.—

Y del amor que en sus entrañas siente
brotando un pensamiento repentino,
sin comprenderlo bien, naturalmente,
se puso su semblante purpurino.

Y Paz, mientras la joven meditaba
por qué amaba á otro ser más que á su amante
le hablaba con los ojos, y brillaba
una risa de madre en su semblante.

—Cuando Dios lo bendice santamente
—Paz le responde,—nuestro amor gozado,
amando el porvenir más que el presente,
después de ser placer, pasa á cuidado.

—¿Por qué me deja sola?—con tristeza la joven exclamaba; y proseguía, teniendo siempre vuelta la cabeza por el lado en que Adán marchado había.

—¿Qué amor le apartará de mis amores? Sin duda embargarán su pensamiento los árboles, las fuentes y las flores, tal vez el sol, acaso el firmamento.—

Al Contando así sus penas de aquel día, con tantas frases, de ternura llenas, su rostro el más hermoso parecía que entristeció el dolor desde que hay penas.

Y añadió, separando de su frente de sus cabellos la dorada aureola:
—¿Por qué me dejará junto a esta fuente, condenada a la pena de estar sola?

—Escucha—dijo Paz;—verás cuál templa ese dolor tan tierno y tan profundo lo que vas a saber; oye, y contempla algún cuento de allá del otro mundo.

»Es un germen allí de desventura, el que casto imagine el pensamiento mil edenes de luz y de frescura que construye el amor hasta en el viento.

»Son las dichas, exentas de cuidados, de nuestra alma ilusiones engañosas; la fe, la duda y el amor, mezclados, son el fondo entrañable de las cosas.

»Cuando algún día, como ahora, quedas abandonada del amor querido, ¡dichosa, al menos, tú, si entonces puedes algunas flores recoger de olvido!»

—¿Conque no es el amor toda la vida?— la joven le pregunta, y con presteza suspira, frunce el ceño, y distraída inclina lentamente la cabeza.

Paz prosigue:—De bienes y de males pagando tu pasión largo tributo, cual todos los amores terrenales, tendrás días de sol y horas de luto.

»¡Ay! y si sola para siempre quedas, tu corazón entonces, lacerado, no podrá ni vivir, como no puedas enterrar entre flores lo pasado.

»La ilusión del amor es ser eterno...»— Y esto oyendo la joven, afligida,
—Pues ¡qué!—exclamó con el candor más tierno— ¿hay más que un solo amor en nuestra vida?—

Paz, sin oír, siguió:—Si es tu destino que vivas con amor sin ser amada, paso a paso, hasta el fin de tu camino, andando irás con el deber cargada.—

Y viéndola escuchar todas las brisas, sigue Paz:—Haga el Dios de los amores vuelvas a hallar sus labios con sonrisas, tornes a ver sus ojos con fulgores.

»Y si fuese tu amor abandonado, quiera aliviar, piadoso, tus pesares Aquel que en los espacios ha sembrado los grupos de planetas a millares.»—

Sin oír estas frases elocuentes, la niña, atenta a una esperanza vana, muestra el blanco azulado de sus dientes, su hermosa boca de color de grana;

y—¡Adiós!—grita de pronto:—oigo la brisa, que repite su voz junto a aquel monte: me voy, porque mi gloria es su sonrisa, las huellas de sus pies son mi horizonte.—

Y alma sencilla entre las más sencillas, porque sueña en la voz del ser amado, se agolpa, encantador, a sus mejillas, del pudor virginal el encarnado.

Y corriendo fantástica y ligera detrás de aquel amor, su única gloria,
—Me voy, me voy—les dice,—que me espera. ¡El cielo os haga dulce mi memoria!—

Y a los labios de Paz lleva la frente, la cual un beso ó dos sobre ella imprime; después a Honorio la acercó inocente, con jovial expresión casta y sublime;

mas viendo que éste, con glacial tibieza,
de besar se excusó su frente hermosa,
ella volvió, afrentada, la cabeza,
por no sé qué malicia candorosa.

Y corriendo hacia el monte desde el valle,
con agitados pies y ojos febriles,
en el rostro mostraba, y en el talle,
una explosión de gracias infantiles.

Y la causa buscando de sus penas,
despareció cruzando la campiña,
con aquel pie que llenaría apenas,
el hueco de la mano de una niña.

—¿Por qué—pregunta Paz—no la has besado,
turbando de ella del candor la calma?
¿No conoces que así la has enseñado
a pensar en el mal, hijo del alma?—

De rojo las mejillas encendidas,
Honorio contestó con triste acento:
—¡Solamente una vez, en tantas vidas,
a una mujer besé de pensamiento!—

Quedóse, bablando así, meditabundo;
la madre le miró con indulgencia,
y uno y otro dejaron aquel mundo
de amor, de admiración y de inocencia.

JORNADA OCTAVA

ESCENA XLIII

CÓMO ACABAN LOS DOGMAS

LUGAR DE LA ESCENA: *El jardín de José de Arimathea*

PERSONAJES: JESÚS EL MAGO.—HONORIO.—PILATO.—EL GUARDA
DEL SEPULCRO DE CRISTO.—HADAS, NINFAS, DRUIDESAS, SÍLFIDES,
HECHICERAS, Y TODOS LOS GENIOS REPRESENTANTES DE LAS ANTI-
GUAS RELIGIONES.

ARGUMENTO.—Se hallan Jesús el Mago y Honorio en el sitio del jardín de José de Arimathea; Jesús hace retroceder el tiempo hasta la noche del primer Viernes Santo.

Ve Honorio dos hombres, uno guardando el sepulcro de Jesucristo, que era el mismo soldado que se quedó con la túnica de Jesús el Mago en el acto de la prisión de Cristo, y el otro era Pilato, que, saliendo de Jerusalén desesperado, distraía su dolor vagando por los campos. Viendo una vez el guarda del sepulcro que el Pretor se revuelca en el suelo, cree que tiene frío, y le echa encima la túnica de Jesús el Mago. Al sentirse cubierto con la túnica, Pilato, por efecto de un prodigio, ve lo invisible, y mira lleno de espíritus alados el huerto de José de Arimathea.

Las hadas y todos los genios de las antiguas religiones acuden alrededor de Jesús el Mago para que los bautice. Se adelanta la ninfa Egeria, y le dice que desde el momento en que murió

Cristo, los dioses del Olimpo desaparecieron del espacio, y por más que los fueron buscando de planeta en planeta, no los encontraron.

Jesús el Mago sube al cielo, y al volver a la tierra, viene seguido de un reguero de luz, con el cual baña y purifica, bautizándolos, a todos aquellos espíritus que, convertidos ya al Cristianismo, ven sus antiguos dogmas purificados y fundidos en el dogma nuevo, y se arrodillan alrededor del sepulcro de Jesucristo.

Pilato se levanta horrorizado, y recuperando su túnica Jesús el Mago, vuelve el Pretor a dejar de ver lo invisible, y se dirige a Jerusalén, pensando en lo horrible de su culpa.

Ya el sol, para morir, se reclinaba
al opuesto confín de Galilea;
y cerca del Calvario, en donde estaba
el jardín de José de Arimathea,

Jesús, en prueba de cariño, toca,
de un valle estrecho en el obscuro flanco,
un sepulcro tallado en una roca,
que amenaza caer en un barranco.

—Tu madre a ver sufrir te ha conducido
—dice a Honorio, Jesús,—de una a otra esfera,
y ya tu corazón, compadecido,
al alma humana dió la vuelta entera.

Has visto el mal del vicio; pero ahora,
en rápido y vistoso panorama,
ya que acabas de ver cuánto se llora,
vas a saber, Honorio, cuánto se ama.—

Y—Vuelve—dice al tiempo, el que obediente,
atrás sus alas sobre sí repliega,
y ante ellos vuelve su inmortal corriente
como un vapor que turba y que no ciega.

Viendo Honorio un fulgor, que de una gasa
parecía el fantástico diseño,
mira en un río de vapor que pasa,
retroceder la historia como un sueño;

Y por tocarlo bien, tiende su mano;
mas, sin romper de su ilusión el prisma,
cogiendo nada más que el aire vano,
su mano se cerró sobre sí misma.

Y volver hacia atrás, rápido, vieron
a ese tiempo que corre hacia adelante,
y a la voz de Jesús retrocedieron
quince siglos y más como un instante.

Tornóse el tiempo con premura tanta,
que fué llegando, en óptica ilusoria,
hasta esa fecha misteriosa y santa
que es el punto brillante de la historia.

mas viendo que éste, con glacial tibieza,
de besar se excusó su frente hermosa,
ella volvió, afrentada, la cabeza,
por no sé qué malicia candorosa.

Y corriendo hacia el monte desde el valle,
con agitados pies y ojos febriles,
en el rostro mostraba, y en el talle,
una explosión de gracias infantiles.

Y la causa buscando de sus penas,
despareció cruzando la campiña,
con aquel pie que llenaría apenas,
el hueco de la mano de una niña.

—¿Por qué—pregunta Paz—no la has besado,
turbando de ella del candor la calma?
¿No conoces que así la has enseñado
á pensar en el mal, hijo del alma?—

De rojo las mejillas encendidas,
Honorio contestó con triste acento:
—¡Solamente una vez, en tantas vidas,
á una mujer besé de pensamiento!—

Quedóse, bablando así, meditabundo;
la madre le miró con indulgencia,
y uno y otro dejaron aquel mundo
de amor, de admiración y de inocencia.

JORNADA OCTAVA

ESCENA XLIII

CÓMO ACABAN LOS DOGMAS

LUGAR DE LA ESCENA: *El jardín de José de Arimathea*

PERSONAJES: JESÚS EL MAGO.—HONORIO.—PILATO.—EL GUARDA
DEL SEPULCRO DE CRISTO.—HADAS, NINFAS, DRUIDESAS, SÍLFIDES,
HECHICERAS, Y TODOS LOS GENIOS REPRESENTANTES DE LAS ANTI-
GUAS RELIGIONES.

ARGUMENTO.—Se hallan Jesús el Mago y Honorio en el sitio del jardín de José de Arimathea; Jesús hace retroceder el tiempo hasta la noche del primer Viernes Santo.

Ve Honorio dos hombres, uno guardando el sepulcro de Jesucristo, que era el mismo soldado que se quedó con la túnica de Jesús el Mago en el acto de la prisión de Cristo, y el otro era Pilato, que, saliendo de Jerusalén desesperado, distraía su dolor vagando por los campos. Viendo una vez el guarda del sepulcro que el Pretor se revuelca en el suelo, cree que tiene frío, y le echa encima la túnica de Jesús el Mago. Al sentirse cubierto con la túnica, Pilato, por efecto de un prodigio, ve lo invisible, y mira lleno de espíritus alados el huerto de José de Arimathea.

Las hadas y todos los genios de las antiguas religiones acuden alrededor de Jesús el Mago para que los bautice. Se adelanta la ninfa Egeria, y le dice que desde el momento en que murió

Cristo, los dioses del Olimpo desaparecieron del espacio, y por más que los fueron buscando de planeta en planeta, no los encontraron.

Jesús el Mago sube al cielo, y al volver á la tierra, viene seguido de un reguero de luz, con el cual baña y purifica, bautizándolos, á todos aquellos espíritus que, convertidos ya al Cristianismo, ven sus antiguos dogmas purificados y fundidos en el dogma nuevo, y se arrodillan alrededor del sepulcro de Jesucristo.

Pilato se levanta horrorizado, y recuperando su túnica Jesús el Mago, vuelve el Pretor á dejar de ver lo invisible, y se dirige á Jerusalén, pensando en lo horrible de su culpa.

Ya el sol, para morir, se reclinaba
al opuesto confín de Galilea;
y cerca del Calvario, en donde estaba
el jardín de José de Arimathea,

Jesús, en prueba de cariño, toca,
de un valle estrecho en el obscuro flanco,
un sepulcro tallado en una roca,
que amenaza caer en un barranco.

—Tu madre á ver sufrir te ha conducido
—dice á Honorio, Jesús,—de una á otra esfera,
y ya tu corazón, compadecido,
al alma humana dió la vuelta entera.

Has visto el mal del vicio; pero ahora,
en rápido y vistoso panorama,
ya que acabas de ver cuánto se llora,
vas á saber, Honorio, cuánto se ama.—

Y—Vuelve—dice al tiempo, el que obediente,
atras sus alas sobre sí repliega,
y ante ellos vuelve su inmortal corriente
como un vapor que turba y que no ciega.

Viendo Honorio un fulgor, que de una gasa
parecía el fantástico diseño,
mira en un río de vapor que pasa,
retroceder la historia como un sueño;

Y por tocarlo bien, tiende su mano;
mas, sin romper de su ilusión el prisma,
cogiendo nada más que el aire vano,
su mano se cerró sobre sí misma.

Y volver hacia atrás, rápido, vieron
á ese tiempo que corre hacia adelante,
y á la voz de Jesús retrocedieron
quince siglos y más como un instante.

Tornóse el tiempo con premura tanta,
que fué llegando, en óptica ilusoria,
hasta esa fecha misteriosa y santa
que es el punto brillante de la historia.

Parándose, al llegar, aquella urdimbre
que la luz en los céfiros tejía,
Jesús, con su voz clara como el timbre
de una lámina de oro, proseguía:

—Aquí, como verás, bajo esta losa,
después que muerto fué por los malvados,
el cuerpo sacratísimo reposa
del que vino a purgar nuestros pecados.

En mágica ilusión, de Cristo en nombre,
hice al tiempo volver, para que veas
la pasión y la muerte del Dios hombre
en hechos que serán sombras de ideas. —

Y a Honorio en el jardín se le aparecen,
tranquilo el uno, el otro taciturno,
dos hombres a los lados, que parecen,
fantasmas hijos del vapor nocturno.

Guarda a Cristo el soldado a quien, temiendo,
de la prisión en el momento aciago,
dejó en sus manos, con presteza huyendo,
su túnica sutil, Jesús el Mago.

Era el otro Pilato, el que, transido,
si no su sien, su corazón de espinas,
vagaba por los campos, aburrido
de las cosas humanas y divinas.

En el tronco apoyado de una higuera,
oye silbar el viento del invierno,
y sufre, cual si en vida se sintiera
condenado a las penas del infierno.

Las ramas de la higuera, que caían
como espectros, moviéndose flexibles
en torno de él parece que gemían,
cual protestas de seres invisibles.

No halla Pilato a su dolor consuelo,
son sus ojos, de lágrimas dos fuentes,
y una vez, revolcándose en el suelo,
hace con ira rechinar sus dientes.

Buscó el guarda al Pretor, y como viera
que de frío tal vez se estremecía,
echó sobre él la túnica ligera
que del Mago Jesús tomado había.

Cayó, blanca cual capa de granizo,
sobre el Pretor, la túnica flexible,
y haciéndole el efecto de un hechizo,
Pilato, sin soñar, vió lo invisible.

La vista en torno con horror pasea,
y delante, y detrás, y a todos lados,
ve el huerto de José de Arimathea
lleno todo de espíritus alados,

que uno tras otro hacia Jesús avanza,
y en torno de él, uno tras otro hacia
un círculo de sombras, que una danza
de espíritus de muertos parecía.

Ve Pilato girar luces espesas,
cual almas de sus tumbas escapadas:
son las ninfas, las magas, las druidesas,
las sílfides, los genios y las hadas,

que buscan con afán al Dios que ha muerto,
y en el día más triste de la vida
giran, llenando, pálidas, el huerto
de una aurora boreal desconocida.

Del círculo de sombras que giraba
salió gentil, y atravesó la bruma,
y así al Mago Jesús después le hablaba
la ninfa Egeria, que inspiraba a Numa:

—¿Es cierto que, del cielo desterrados,
—a decir comenzó la ninfa Egeria—
van a ser nuestros dioses reemplazados
por un Dios redentor de la miseria?

»Hoy, llevando a los dioses nuestros votos
a las cumbres del cielo inaccesibles,
sirviendo a nuestras almas de pilotos
magnéticas corrientes invisibles,

»no encontramos ni un dios; nubes y viento
sólo en los campos del Eliseo había.
¡Ya es el espacio, del Olimpo asiento,
atmósfera sin sol, obscura y fría!

»¿Así de nuestro Olimpo la belleza
pasará cual la luz de un meteoro,
ante un Dios sin orgullo ni riqueza,
que no viste la púrpura y el oro?

»Decid quién es, para adorar su nombre,
ya que el Olimpo, de piedad exhausto,
en santa expiación mataba al hombre,
y él ofrece su vida en holocausto.

»Cuando desiertos los espacios vimos,
sílides, hadas, ninfas y hechiceras,
buscando nuestros dioses, emprendimos
una larga excursión por las esferas.

»—¿Dónde están nuestros dioses?—preguntando
un hada tras de otra hada iba affigida,
de planeta en planeta, continuando
la escala esplendorosa de la vida.

»—¡Pasaron por aquí!—nos contestaban,
añadiendo dolores á dolores,
los hijos de los astros, que variaban
en magnitud, en formas y en colores.

»—¿Dónde están?—preguntábamos inquietas,
de astro en astro llevando nuestros duelos,
é indiferentes viendo á los planetas
girar por los abismos de los cielos.

»Y cual ellos también indiferentes,
—¡Pasaron por aquí!—nos contestaban
en cada nueva población las gentes
de los miles de soles que giraban.

»Y al ver que aire, y sólo aire, se volvían
los viejos dogmas, las antiguas leyes,
las ninfas y las hadas repetían:
—¡Nuestros dioses se van; se irán los reyes!—

»Volando por el éter impalpable,
nuestros ojos y oídos siempre hallaron,
el azul de los cielos inmutable,
la eterna voz de—¡Por aquí pasaron!—

»Sólo en un sol que nuestros ojos vieron,
de gloriosos espíritus morada,
—¡Les mandó caminar—nos respondieron—
la eterna voluntad hacia la nada!—

»Estas palabras, con dolor oídas
donde tienen su fin todas las cosas,
y encontrándonos solas y perdidas
del cielo en las tinieblas luminosas,

»del hado inexorable la dureza
lamentando, de pena traspasadas,
nos volvimos, lanzando con tristeza
al Olimpo las últimas miradas.

»Para siempre el Elíseo abandonamos,
y hacia Roma después tendiendo el vuelo,
en sueños á Tiberio le contamos
que será Rey del mundo, el Dios del cielo.

»Mas, al soñar, Tiberio no ha creído
que el cetro de los césares se quiebre
por un rey tan humilde, que ha nacido
entre el asno y el buey en un pesebre.

»¡Bautízanos Jesús! ¡Ayl! ¿Qué nos queda,
si hoy nuestra humilde conversión rechazas,
al sonar este—¡Salvese el que pueda!
de césares, de dioses y de razas?»—

Hasta el último término del cielo
lanzándose Jesús apresurado,
de nuevo tornó á abrir, bajando el vuelo,
otra rendija de oro en el nublado,

y un rastro de una insólita blancura
dejando por los sitios que cruzaba,
de las nubes brotó, por la abertura
una llama tan viva que cegaba;

y á aquellas almas buenas, que sirvieron
á los dioses sin Dios del gentilismo,
y que ángeles no son porque murieron
sin recibir las aguas del bautismo,

en rica profusión, Jesús el Mago
un bautismo de luz echa sobre ellas;
luz que, esparcida por el aire vago,
parece que la ciernen las estrellas.

Y el buen Jesús, —¡Os dejo bautizadas
en el nombre de Dios!—les fué diciendo,
las manos con amor hacia las hadas,
como en señal de bendición, tendiendo.

Y al bautizarlas de su Dios en nombre,
les decía Jesús de esta manera:
—No adoraréis ni el ídolo, ni el hombre,
ni el mármol, ni el metal, ni la madera.—

Purificando así las vivas llamas,
las ciencias, la moral, las religiones,
los Talmudes, los Druidas y los Brahmas,
los Sócrates, los Numas y Platones,

en dogmas de piedad se transformaron
los viejos dogmas del Eliseo, impíos,
y en la cristiana religión entraron,
lo mismo que entran en la mar los ríos.

Tal número después, de ninfas y hadas
a la tumba de Cristo descendía,
que, al volver hacia el mundo bautizadas,
una lluvia de estrellas parecía.

Ve Pilato, después, que á Cristo adoran,
besan el suelo y con bondad se humillan;
por los que hacen el mal rezan y lloran,
y en torno del sepulcro se arrodillan.

Y luego de su túnica ligera
tira Jesús con mano imperceptible,
y ya no ve Pilato aquello que era
para ellos sólo y para Dios visible.

Cuando Jesús su túnica retira,
Pilato halla el jardín solo y umbrío;
piensa que es sueño, y cuando en torno mira,
sólo encuentra el silencio y el vacío.

Y se aleja, y su culpa recordando,
le oyeron suspirar Jesús y Honorio,
los fieros ojos con furor clavando
en las grises murallas del pretorio.

¡La culpa, horrible madre de la muerte,
que con nosotros duerme y nos abraza,
que el sueño en pesadilla nos convierte,
y al cuello con furor se nos enlaza;

que se alza, al vernos, cual visión maldita,
y siempre el paso, al escapar, nos cierra;
que late en nuestra sangre, y que nos grita
de todos los extremos de la tierra!

Esto Pilato con horror pensando,
tornó á Jerusalén, y alta la frente,
á la inicua ciudad, de cuando en cuando,
lanzaba unas miradas de serpiente.

ESCENA XLIV

LOS DIOSES SE VAN

LUGAR DE LA ESCENA: *El seno de Abrahán*

PERSONAJES: EL CRISTO.—LOS ÁNGELES.—JESÚS EL MAGO.—HONORIO.—LOS PRIMEROS PADRES.—LOS DIOSES DEL OLIMPO.—LA DIOSA ROMA.—LOS CÉSARES.

ARGUMENTO.—Vuelve Jesús el Mago á hablar á Honorio. Cae la piedra de la entrada del sepulcro de Cristo, sale éste; manda á Jesús que le siga, y á una señal suya se abre la tierra, y Jesús y Honorio le acompañan en su bajada á los lugares inferiores. Saca el Cristo del seno de Abrahán á los que esperaban su santo advenimiento.

Cuando llegaron al borde de la nada, que separaba el seno de Abrahán de los infiernos, se detuvieron viendo caer en la nada á todos los dioses del Olimpo y á todos los ídolos de las antiguas religiones. Se hunden en la nada Júpiter, Venus, Marte, Baco, Diana, Cibele y la diosa Roma. Después de disueltos en la nada el Olimpo y el antiguo mundo, á una señal de Cristo, continúan los justos, en pos de él, su viaje por los infiernos.

Jesús de nuevo, por la noche, *toca,*
del valle estrecho en el oscuro flanco,
el sepulcro tallado en una roca
que amenaza caer en un barranco;

y—*Tu madre,—siguió,—te ha conducido,*
Honorio, á ver sufrir de una á otra esfera,
y ya tu corazón, compadecido,
al alma humana dió la vuelta entera.

»*Has visto el mal del vicio; pero ahora,*
en rápido y vistoso panorama,
ya que acabas de ver cuánto se llora,
vas á saber, Honorio, cuánto se ama.

»*Aquí, como verás, bajo esta losa,*
después que muerto fué por los malvados,
el cuerpo sacratísimo reposa
del que vino á purgar nuestros pecados.»—

Y cayendo la piedra de la entrada,
salió de ella él que todo lo redime,
mostrando en su ademán y en su mirada
alguna cosa mística y sublime.

Y—¡Ven!—dice á Jesús.—¡Ven!—repetía;
y siguieron los dos, de espanto yertos,
al mártir que murió, y al tercer día
resucitó por fin de entre los muertos.

Busca á los justos que Abrahán encierra
piadoso el Cristo, con su amor innato,
y la mano tendiendo hacia la tierra,
ve un abismo entreabierto á su mandato;

y entra resuelto, con la fe que cabe
en quien lleva el amor hasta el delirio,
como un Dios de bondad, que sólo sabe
buscar la expiación por el martirio.

Transponiendo, por fin, la luz del cielo,
en la infernal mansión entran con pena;
y en el campo después cantó el mochuelo,
la víbora silbó, y aulló la hiena.

Seguido de los dos, Cristo la entrada
traspasó del recinto tenebroso,
y allí, tras su agonía prolongada,
un suplicio sufrió más horroroso;

pues, con nueva bondad, más grandes penas
á padecer se expone voluntario,
su corazón, convaleciente apenas
de la muerte afrentosa del Calvario.

Cuando ya al seno de Abrahán llegaba,
ve el Cristo el centro del primer infierno,
á una sombría luz, que recordaba
una puesta de sol en el invierno.

El noble pueblo de los justos deja
el seno obscuro en que aguardó paciente,
y hace un ruido, al salir, que se asemeja
á la sorda cascada de un torrente.

Miran al Cristo, de indulgencia lleno,
los padres que, esperando su venida,
de Abrahán aguardaban en el seno,
ya borrados del libro de la vida.

Por verle Honorio bien, tiene, encantado,
en los ojos de Adán los ojos fijos,
porque por Eva su alma ha condenado,
y el alma de los hijos de sus hijos.

Sale Noé, quien á sus nietos guía,
de la prole de Adán raza segunda;
y el fundador de la nación judía,
Jacob, que ha visto á Dios; Raquel, fecunda.

Luego, mostrando el brillo soberano
del óvalo perfecto de su cara,
á dar gracias al Cristo, por la mano,
lleva al dócil Isaac la buena Sara.

Y sale Aarón, pontífice primero,
tras de Moisés, el dictador de leyes;
con Samuel, de los jueces el postrero,
va Saúl, el primero de los reyes.

A su pueblo David sale encantando,
por santo y fuerte y músico y profeta;
y en pos de él, á los grandes admirando,
el sabio Salomón, rey y poeta.

Tras Dios, cumpliendo su inmortal destino,
tiende el grupo de espíritus el vuelo,
como el humo en columnas, blanquecino,
sube, ondulando, á la región del cielo.

La nada hallan, por fin, despavoridos,
pálida encima y negra en lo más hondo,
que es en lo alto una tromba de gemidos,
y un pantano de lágrimas el fondo.

De espesas nieblas sin color cercada,
como á una luz de moribunda luna,
ven el hondo circuito de la nada,
de esta tierra mortal sepulcro y cuna.

Parecía aquel sitio de misterio,
de parda luz, de vientos inactivos,
el hueco del lugar de un cementerio
dejado por los muertos y los vivos.

Cuando hacía el borde de la nada avanza,
á la prole de Adán un ruido aterra
tan hondo, que, al sonar en lontananza,
su helado corazón abrió la tierra.

Y al gran rumor que hasta el infierno asorda,
contemplan con horror que, moribundo,
cual un mar que bramando se desborda,
se va hundiendo en la nada el viejo mundo.

Cayendo aquellas ruinas sobrehumanas,
tal espanto á los ángeles causaron,
que del viejo Abrahán las pocas canas
en el cráneo amarillo se erizaron.

Y á aquella luz, que ver les permitía
alguna forma vaga en las tinieblas,
miraron que el Olimpo descendía
de la nada á perderse entre las nieblas;

pues grande en vicios, y en virtud exiguo,
rotas, al fin, de la piedad las vallas,
da el Cristo la batalla al mundo antiguo,
que al reino dará fin de las batallas.

Y así, cuando el Olimpo descendía,
mirándole caer, meditabundo,
— ¡*Sic transit gloria mundi!*— prorrumpía;
¡asi pasa la gloria de este mundo!

Del Eliseo, antes claro y hoy sombrío,
la turba de los dioses desterrada,
cayendo desde el cielo en el vacío,
del vacío, después, cae en la nada.

Y al ver Cristo caer tan grandes cosas
del más alto lugar hasta el más bajo,
costaba a sus pupilas amorosas,
el contener las lágrimas, trabajo.

Caminando imperioso y decisivo
el Júpiter olímpico, á la nada,
al abismo cayó, pisando altivo
al águila de rayos coronada.

Y aumentando con gritos plañideros
aquel sublime horror de los horrores,
se sumen en la nada, los primeros,
los dioses de los cielos superiores.

Y llega Venus, y la nada enciende,
cual la luz misteriosa de una estrella,
y al rodar por sus ámbitos, se extiende
un perfume que dice:— ¡Es ella! ¡Es ella!

Con cierta fatuidad imperturbable
hunde Marte, cayendo en el abismo,
el poder de la fuerza miserable,
de la guerra el glorioso vandalismo.

En lo hondo de la fúnebre laguna,
dioses y diosas con terror oían
cuál sonaban en ella una por una
las lágrimas de sangre que vertían.

Y después, arrastrado como todo,
entre dioses y césares y cosas,
desciende Baco, músico y beodo,
coronado de pámpanos y rosas.

Y hundiéndose también, tras él ondula
un tropel de bacantes nauseabundo,
manchadas con el néctar que circula,
donde quiera que hay fiestas, en el mundo.

Con Diana, que, muerta entre lebreles,
enterneció una vez los corazones,
se hundió la fría imagen de Cibeles
en su carro arrastrado por leones.

Y entre héroes y mujeres y beodos,
con su inmenso poder, que al mundo doma,
del viejo Olimpo entre los dioses todos,
cayó una diosa más, la diosa Roma;

esa diosa que echó sobre el imperio
la inmensa losa de la paz romana,
que hoy ignora, al dormir bajo Tiberio,
bajo qué rey despertará mañana.

¡Que muera, pues, y que con ella expire
la razón sin razón de la victoria!
¡Que se hunda ahí, para que al fin respire,
cansado el mundo ya de tanta gloria!

De este modo al imperio y á los hados,
y al viejo Eliseo y al antiguo infierno,
en quietud insufrible sepultados,
á todos los fué uniendo el sueño eterno.

Un dios tras otro hacia el no ser avanza,
y con ellos después, la nada encierra
la vanidad, la ira, la venganza,
la esclavitud, las castas y la guerra.

Para siempre extinguiéndose, y envueltos
de gotas de astros en la inmensa lluvia,
caen pueblos y césares, disueltos
en aquel mar de mundos que diluvia.

Y con ellos, los ídolos caían
del galo, el indo, el griego y el romano,
en las pardas tinieblas que se hundían,
como el fango que se hunde en un pantano.

Se oyó, al fin, de la nada en el vacío
un grito general, áspero y fuerte...
Después ¡silencio, lobreguez y frío,
noche, reposo, soledad y muerte!

Vagando, no del todo evaporados,
circulan, aun dispersos, por la esfera
los átomos de mundos destrozados...
mas después, ni los átomos siquiera.

Así, desde el reinado de Tiberio,
no dejando más huellas que sus nombres,
fueron sólo el Olimpo y el imperio
un eco en la memoria de los hombres.

Y el Cristo, ante los justos, olvidando
del mundo antiguo el funeral destino,
la mano en el vacío adelantando,
—¡Vamos!—dice, y prosiguen su camino.

ESCENA XLV

DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS

LUGAR DE LA ESCENA: *In inferis*

PERSONAJES: EL CRISTO.—LOS ÁNGELES.—JESÚS EL MAGO.—LOS SANTOS PADRES.—HONORIO.—LOS NIÑOS DEL LIMBO.—LOS CONDENADOS.

ARGUMENTO.—Siguen su camino el Redentor y los que le esperaban en el seno de Abraham, y salen de la nada.

Llegan al Limbo, y los niños cercan al Cristo, pidiéndole que los salve. El Hijo envía un ángel al Padre a implorar de su misericordia que le permita redimirlos, como al hombre, con otra nueva crucifixión: pero el ángel vuelve, y de orden del Padre le manda continuar su camino. Crucifixión moral de Cristo por no poder redimir a los niños que murieron sin bautismo.

Pasan cerca del verdadero infierno, donde el Rico Avariento, en nombre de los condenados, pide al Cristo que los redima en el infierno, como al hombre en la tierra. Nueva crucifixión moral de Jesucristo. Saltando del infierno se abraza a la cruz en que fué crucificado, como si fuese un lugar de descanso, hallando más intolerable el dolor moral que el mal físico.

Ruego del inmenso amor del Hijo a la infinita justicia del Padre. La vida del hombre es una verdadera expiación de sus culpas y pecados.

Quando detrás del Redentor seguitan,
formando líneas de ondulantes eses,
las sombras de los justos parecían
una larga alameda de cipreses.

De la nada cruzando el hondo abismo,
gime el Cristo al andar, de trecho en trecho,
y hablando ya como consigo mismo,
con los brazos cruzados sobre el pecho.

Hallando al fin de una penosa vía,
entre un vapor como la sombra leve,
el limbo de los niños, que tenía
el color blanquecino de la nieve,

miran cercar al Redentor divino
a los niños, cual pálidas y huecas,
llevadas por la brisa en torbellino,
amarillentas van las hojas secas.

Sigue Cristo, a los niños contemplando
con alma tierna, de dolor partida;
y los niños le ven, como mirando
la primera esperanza de la vida.

Con inmensa bondad, piensa el Ungido
en juntar un tormento a otro tormento,
de las hondas heridas que ha sufrido,
ensangrentado aún su pensamiento.

Y tanto la orfandad, el Cristo siente,
de los niños, que imploran de rodillas,
que el sudor que corría por su frente
inundó sus escualidas mejillas.

—¡Bendíganos!—dice uno—el que bendice.
—¡Redímenos!—grita otro; y el Dios santo,
—Ve al Cielo y ruega al Padre—á un ángel dice—
que los pueda salvar, ó me dé llanto.—

Lleva el mensaje á la mansión divina
de Aquel que es siempre del amor espejo,
el ángel, que tras sí, cuando camina,
va dejando una luz como un reflejo.

De este modo aquel mártir voluntario,
que ayer su sangre por el hombre vierte,
comienza de su espíritu el calvario,
dolor moral, crucifixión sin muerte.

Aguarda al ángel con profundo anhelo;
alza sus brazos cárdenos y enjutos,
y al Padre suplicando, mira al cielo,
devorando unos siglos de minutos.

Mas pronto por los aires, rutilante,
volviendo triste el ángel mensajero,
le dice de rodillas:—¡Adelante!
La justicia de Dios es lo primero.

»¡No quieras redimir lo irredimible,
ni olvide tu alma, á perdonar propicia,
que es el Dios del perdón el Dios terrible,
grande en bondad é inmenso en su justicia!

Vagando, no del todo evaporados,
circulan, aun dispersos, por la esfera
los átomos de mundos destrozados...
mas después, ni los átomos siquiera.

Así, desde el reinado de Tiberio,
no dejando más huellas que sus nombres,
fueron sólo el Olimpo y el imperio
un eco en la memoria de los hombres.

Y el Cristo, ante los justos, olvidando
del mundo antiguo el funeral destino,
la mano en el vacío adelantando,
—¡Vamos!—dice, y prosiguen su camino.

ESCENA XLV

DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS

LUGAR DE LA ESCENA: *In inferis*

PERSONAJES: EL CRISTO.—LOS ÁNGELES.—JESÚS EL MAGO.—LOS SANTOS PADRES.—HONORIO.—LOS NIÑOS DEL LIMBO.—LOS CONDENADOS.

ARGUMENTO.—Siguen su camino el Redentor y los que le esperaban en el seno de Abrahán, y salen de la nada.

Llegan al Limbo, y los niños cercan al Cristo, pidiéndole que los salve. El Hijo envía un ángel al Padre a implorar de su misericordia que le permita redimirlos, como al hombre, con otra nueva crucifixión; pero el ángel vuelve, y de orden del Padre le manda continuar su camino. Crucifixión moral de Cristo por no poder redimir a los niños que murieron sin bautismo.

Pasan cerca del verdadero infierno, donde el Rico Avariento, en nombre de los condenados, pide al Cristo que los redima en el infierno, como al hombre en la tierra. Nueva crucifixión moral de Jesucristo. Saltando del infierno se abraza a la cruz en que fué crucificado, como si fuese un lugar de descanso, hallando más intolerable el dolor moral que el mal físico.

Ruego del inmenso amor del Hijo a la infinita justicia del Padre. La vida del hombre es una verdadera expiación de sus culpas y pecados.

Quando detrás del Redentor seguitan,
formando líneas de ondulantes eses,
las sombras de los justos parecían
una larga alameda de cipreses.

De la nada cruzando el hondo abismo,
gime el Cristo al andar, de trecho en trecho,
y hablando ya como consigo mismo,
con los brazos cruzados sobre el pecho.

Hallando al fin de una penosa vía,
entre un vapor como la sombra leve,
el limbo de los niños, que tenía
el color blanquecino de la nieve,

miran cercar al Redentor divino
á los niños, cual pálidas y huecas,
llevadas por la brisa en torbellino,
amarillentas van las hojas secas.

Sigue Cristo, á los niños contemplando
con alma tierna, de dolor partida;
y los niños le ven, como mirando
la primera esperanza de la vida.

Con inmensa bondad, piensa el Ungido
en juntar un tormento á otro tormento,
de las hondas heridas que ha sufrido,
ensangrentado aún su pensamiento.

Y tanto la orfandad, el Cristo siente,
de los niños, que imploran de rodillas,
que el sudor que corría por su frente
inundó sus escualidas mejillas.

—¡Bendíganos!—dice uno—el que bendice.
—¡Redímenos!—grita otro; y el Dios santo,
—Ve al Cielo y ruega al Padre—á un ángel dice—
que los pueda salvar, ó me dé llanto.—

Lleva el mensaje á la mansión divina
de Aquel que es siempre del amor espejo,
el ángel, que tras sí, cuando camina,
va dejando una luz como un reflejo.

De este modo aquel mártir voluntario,
que ayer su sangre por el hombre vierte,
comienza de su espíritu el calvario,
dolor moral, crucifixión sin muerte.

Aguarda al ángel con profundo anhelo;
alza sus brazos cárdenos y enjutos,
y al Padre suplicando, mira al cielo,
devorando unos siglos de minutos.

Mas pronto por los aires, rutilante,
volviendo triste el ángel mensajero,
le dice de rodillas:—¡Adelante!
La justicia de Dios es lo primero.

»¡No quieras redimir lo irredimible,
ni olvide tu alma, á perdonar propicia,
que es el Dios del perdón el Dios terrible,
grande en bondad é inmenso en su justicia!

»Quiere sólo, señor, lo que ha querido
tu eterno Padre y nuestro Dios augusto,
porque siempre ha de ser, como ya ha sido,
mientras Dios sea Dios, lo justo justo.—

Los ojos levantando á las estrellas
con profundo dolor Cristo, obediente,
cruzó las manos; saludó con ellas,
y prosiguió marchando tristemente.

Al mirar que los justos se alejaban,
á sus madres llamando sin consuelo,
los niños de rodillas exclamaban:
—¡No hay piedad en la tierra ni en el cielo!—

—¡Señor, Señor!— el ángel le decía
no dejes que te abata la tristeza!—
Pero el Cristo, al andar, no se atrevía
á volver, por no verlos, la cabeza.

Después, como la boca de un gran horno,
el infierno mayor ven entreabierto,
y sienten, al pasar, un gran bochorno,
cual un viento de fuego del desierto.

Viendo el Cristo aquel antro tan horrible,
la fuente de sus lágrimas se agota,
y al ver tanto dolor irredimible,
paladeaba el martirio gota á gota.

Y allí los condenados acudieron,
y en torno de ellos con inmenso ruido,
tantos fantasmas con dolor rugieron,
que hasta de Job se estremeció el oído.

Cuando al Cristo la turba á ver alcanza,
ciega, á pedir su redención se alienta,
allí donde ni un rayo de esperanza
ilumina una cara amarillenta.

Y al ver todos que el célebre avariento
imploraba del Cristo la ternura,
casi casi gustaron un momento
una calma en su inmensa desventura.

—¡Redímenos, Señor!— gritan en masa,
en bronco acento, las malditas gentes,—
ya que abre tu poder, por donde pasa,
de amor y de bondad placidas fuentes.—

Y los ángeles dicen:—¡Adelante!—
mitigando piadosos sus quebrantos,
mientras Cristo mostraba en su semblante
la sublime tristeza de los santos.

De su moral crucifixión rendido,
el Cristo respondió con labio inerte:
—Yo no os traigo el perdón; el vuestro os pido.—
Y pálido siguió como la muerte.

Para escapar de la legión maldita,
mirando al Cristo, de valor escaso,
Jesús el Mago ante el maestro grita:
—¡Abrid de Dios á la justicia paso!—

Del día en que nacieron blasfemaban,
y el seno maldecían de su madre;
y rumiando su cólera, gritaban:
—¡Ni Jesucristo es Dios, ni Dios es Padre!—

Y Jesucristo Dios, cuando esto oía,
hacia un lado volvía la cabeza,
pues más que ver sufrir, sufrir quería,
prefiriendo el dolor á la tristeza.

Después el Cristo, de sufrir cansado,
sustraído al desprecio y al insulto,
fué andando, por los ángeles cercado,
entre su inmensa irradiación oculto.

Su sed de sacrificios no saciada,
Cristo, entretanto, con dolor se abisma
en la paciencia, esa virtud amada,
que saca la ventura de sí misma.

Marchando hacia la luz de las estrellas,
las almas tras su Dios, con paso lento,
andando fueron, sin dejar más huellas
que las aves que cruzan por el viento.

Cuando, al salir el Cristo, en su agonía,
miró del cielo hacia el azul sombrío,
vuelto á su Padre celestial, decía:
—¿Dónde estarán las lágrimas, Dios mío?—

Saliendo el Redentor tres veces santo
de la negra mansión, al sol cerrada,
por el ajeno mal sufría tanto,
que ya no padecía casi nada.

Y no pudiendo hallar ni dar consuelo,
dijo al pie de la cruz el que, afligido,
sintió después, hasta en el mismo cielo,
el peso de un dolor desconocido:

—No castigues, mi Dios, detén tu mano.
La culpa lleva en sí su propio azote.
Es de sí mismo el corazón humano
la víctima, el altar y el sacerdote.

»Vuelve a mis hombros, celestial madero.
¿Dónde hay carga mayor que la existencia?
El peso de la cruz es bien ligero
ante el peso moral de la conciencia.

»Ayer, por redimir almas perdidas,
dejé la vida en ti crucificado;
mas hoy, sin redimir, gastó mil vidas
mi corazón, de angustia gangrenado.»—

Rogando al Padre así, baja la frente;
y el que muerte en la cruz sufrió con calma,
hoy á su pie cayendo, llora y siente,
tras la pasión del cuerpo, la del alma.

En torno de él, con aire funerario,
tanto número de ángeles veía,
que con sus blancas alas, el calvario
cubierto por la nieve parecía.

Y á un fulgor de la luna mortecino,
después hacia el sepulcro caminaba,
y un arcángel, mostrándole el camino,
como se guía á un niño, le guiaba.

Y al fin, con el dolor de otra agonía,
á su tumba volvió desfalleciente,
el que ocupó, saliendo al tercer día,
la diestra de Dios Padre eternamente.

ESCENA XLVI

MARÍA DE BETHANIA

LUGAR DE LA ESCENA: *La tumba de Lázaro*

PERSONAJES: MARÍA DE BETHANIA.—JESÚS EL MAGO.—HONORIO

ARGUMENTO.—Muestra Jesús el Mago á Honorio los sitios por donde llevaron preso á Cristo. Luego le conduce al sepulcro de Lázaro, donde dejó dormida á María de Bethania. La despierta Jesús el Mago, y vuelve á hacer andar al tiempo que había hecho retroceder hasta la noche del primer Viernes Santo. Viendo pasar el tiempo, va leyendo María la historia, y ve la muerte de Cristo, después á los evangelistas, luego á los apóstoles, los mártires, los santos, los doctores y los héroes cristianos. Ve también los hechos de Jesús el Mago. Suena la trompeta del Juicio, á que son llamados los personajes del poema, y Honorio sigue á Jesús el Mago y á María de Bethania hacia el valle de Josafat.

Dice á Honorio Jesús, enternecido:
—Allí dejé la túnica escapando,
y porque Dios piadoso lo ha querido,
me sobrevivió á mí, ya sé hasta cuando.

»Premiando allí mi religioso celo,
me dijo el Redentor:—*Presente ó ausente,
sigueme por la tierra y por el cielo,
invisible ó visible, eternamente.*—

»Encontrando, al volver, á mi adorada
allá rendida al sueño, por mi mano
la traje aquí, dormida y encantada,
á la tumba de Lázaro, su hermano.

»Yo adoraba á María, cariñoso,
y ella á mi fe correspondía tierna,
con ese amor del corazón piadoso,
que es en la vida una costumbre eterna.»—

Y apartando la roca de la entrada,
Jesús y Honorio hallaron, aquel día,
dormida al mismo tiempo y encantada,
en la tumba de Lázaro, á María.

Sordo, en el hueco de la peña rota,
ni lleva un son el viento ni lo trae,
mientras rezuma en él la eterna gota,
que amenaza caer, pero no cae.

Como dentro de un ánfora de arcilla,
sentada en el sepulcro de su hermano,
con el codo apoyado en la rodilla,
y la barba en la palma de la mano,

á María, soñando, recostada,
con el rostro encontraron descubierto,
tan fresca como el agua presentada
por un ángel á Agar en el desierto.

Cubría, como espléndido tocado,
una gasa rayada su cabeza,
cuyo extremo, cayendo por un lado,
aumentaba, si cabe, su belleza.

—¡Despiértate! ¡Despiértate, María!—
Jesús la dijo; y á su voz amada,
se despertó la joven, que dormía,
por más de quince siglos encantada.

Ella siempre apacible, y él risueño,
lo mismo que una hermana y un hermano,
como si fuese al despertar de un sueño,
se cogieron entrambos de la mano.

De su boca, después, medio entreabierta,
roja como la flor de la granada,
viendo á Honorio en penumbra hacia la puerta,
lanzó un suspiro de paloma ahogada.

Mientras Jesús la mira, satisfecho,
al fuego de sus púdicos amores,
de ella, ondulante, el agitado pecho,
mueve el collar de piedras de colores.

Como el tiempo obediente, y semejante
á una niebla que sombras proyectaba,
fantástico hacia atrás y hacia adelante,
cual un río de luz, se deslizaba;

á la voz de Jesús dulce é imperiosa,
volvió á marchar el tiempo detenido,
y jamás, al volar, la mariposa
los céfiros cruzó con menos ruido.

—¡Andad!—siguió Jesús, y vió María,
concentrándose el tiempo y la distancia,
una faja de niebla que corría
tan vaga como un sueño de la infancia.

Renovando después, sin dejar huella,
de todo lo pasado la memoria,
corriendo el tiempo por ante ellos y ella,
como un lienzo sutil pasó la historia.

Honorio con encanto la escuchaba;
sonreía Jesús, mientras María,
mirando aquella gasa que pasaba,
cual si fuese sonámbula decía:

—El que da al cojo pies, al sordo oídos,
al malo bendición, luz al que espera,
que aboga por los seres afligidos,
y á todos los culpables regenera,

»muere en la cruz, siendo del pobre hermano,
del enfermo salud, del ciego día,
tutor del niño, apoyo del anciano,
guardián del loco, y del imbécil guía.»—

Viendo á Dios redimir, con pena tanta,
á todo humano ser que débil peca,
la voz se le anudaba en la garganta,
y tenía la boca ardiente y seca.

Nombra después las cosas y los hombres
en un éxtasis plácido y terrible,
y de ellos parecía que los nombres
le dictaba un espíritu invisible:

—¡Mateos! ¡Marcos! ¡Lucas! ya ilumina
á los pueblos gentiles vuestra ciencia,
y siembra Juan la fraternal doctrina
que inspira la equidad y la clemencia.—

Continuando su espíritu, embebido
en el encanto aquel, de su alma dueño,
esto añade, entre frases sin sentido,
cual respondiendo al diálogo de un sueño:

—¡Venciendo siempre con la paz la guerra,
con diligente pie, con fuerte mano,
Pedro y Pablo ya borran de la tierra
la pisada indeleble del romano!...—

Y murmuraba así distintamente,
expresando su amor ó sus enojos,
palabras que veía con la mente,
coloquios que escuchaba con los ojos:

—¡El gran mártir Esteban! ¡Y Lucía,
cuya alma admira y cuya voz encanta!
¡E Inés, y Eulalia, y Úrsula!—seguía,—
¡un ángel! ¡una mártir! ¡una santa!...—

Y al ver que cruzan por el aire vano,
de mártires y vírgenes los coros,
del corazón detiene con la mano,
los latidos profundos y sonoros.

—Ved á Tomás, tan sabio como honesto,
angélico doctor!—siguió, encantada:
y miraba con ansia, al decir esto,
un objeto invisible en su mirada.

Conforme al lienzo aquel, una por una,
las glorias todas al pasar bosqueja,
la rueda ve girar de la fortuna,
que levanta, derriba, toma y deja.

La sangre inútil que vertió la gloria,
con ojos por la pena entristecidos,
ve en el lienzo pintado de la historia,
donde están vencedores y vencidos;

y al mirar tan atroz carnicería,
sintiendo una evangélica tristeza,
—¡He aquí la gloria!—prorrumpió María,
é inclinó pensativa la cabeza.

Y continuó después:—Allí mostrando:
en cuerpo juvenil, ánimo fuerte,
va la de Arco, á los héroes enseñando
que honra la vida el despreciar la muerte.—

Y al vago curso de la gasa aquella,
viendo, admirada, de Jesús el celo,
sus hechos fué leyendo á través de ella,
cual detrás de una luz se mira un velo.

Y—¡Bien, Jesús!—decía entusiasmada,
María de Bethania,—no lo dudes:
excepto el obrar bien, no importa nada:
pasa la gloria y quedan las virtudes.

»Y pues sembraste la virtud sin gloria,
diste el favor, y se ocultó tu mano,
mereces bien de mi alma, de la historia,
de ti, de Dios y el corazón humano.

»Que vertieses semillas de consuelo
sobre el trono del sol, Cristo dispuso,
desde el gran día en que entre tierra y cielo
la sangre de Jesús Dios interpuso.»—

Fué encantada y feliz, viendo aquel día
doctores, santos, héroes y ermitaños,
y en óptica ilusión vivió María,
en un día, la vida de mil años.

Llegando aquí, las rocas se cuarteán
á un gran rumor tan lúgubre y tan fuerte,
que en la cueva en que están, revolotean
los siniestros terrores de la muerte.

Al escuchar Jesús tan claro indicio
de algún caso inaudito, sobrehumano,
—¡María!—prorrumpió—vamos á juicio,
nosotros, Paz, Honorio y Palaciano.

»¡Feliz, pues, muero! ¡Sígueme, María!—
Y detrás de Jesús, María avanza.
—¡Ánimo, Honorio, y vamos!—prosegua.—
¡Con la ayuda de Dios todo se alcanza!—

Dando á Honorio la fe que en ellos arde,
se acercan al Cedrón con pie seguro,
ya envueltos por la bruma de la tarde,
bruma de perla de color obscuro.

En pos de ellos Honorio caminando,
de la tarde á los últimos fulgores,
pasó á paso los sigue, recordando
las culpas de sus vidas anteriores;

—pues piensa ver la eléctrica hermosura,
ceñida en torno de la verde palma,
de aquella que ama con feroz ternura,
con la fe de la carne y la del alma.

Quando su cuerpo columbrar creía,
se ahogaba de placer, sintiendo estrecho
aquel hueco espacioso que tenía,
latiendo el corazón, dentro del pecho.

Nunca Honorio temió; mas cuando enfrente
del Dios del cielo y de sus culpas se halla,
le inquieta ese cuidado que se siente
la vispera de un día de batalla.

Quando en pos de Jesús iba María,
del valle angosto hasta el recinto santo,
una niebla de luz los envolvía,
que, pareciendo un sueño, era un encanto.

ESCENA XLVII

LA ÚLTIMA CUENTA

LUGAR DE LA ESCENA: *El valle de Josafat*PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—SOLEDAD.—JESÚS EL MAGO.—
MARÍA DE BETHANIA

ARGUMENTO.—Llamados á juicio, Soledad, Paz, Honorio y Palaciano, los que murieron aquel día acuden también al valle de Josafat al oír la trompeta del ángel. Este los invita á presentarse al Juez Supremo para ser juzgados; pero todos se niegan á presentarse á Dios voluntariamente y huyen espantados. Al entrar Honorio en el valle, ve á Soledad, que llega en espíritu y sin el cuerpo, que un día aniquiló ella misma transformada en rayo. Se lamenta Honorio de verla convertida en espíritu puro; y entonces Satanás se le aparece y arroja sobre él el rayo impregnado en las cenizas de Soledad, y recogido por él en el infierno, adonde bajan todos los rayos que caen del cielo, para estrellarse sobre la frente de Satanás.—Exaltación y fuga de Honorio, hasta que cae rendido cerca del huerto de Gethsemani.

Mientras reinaba una quietud completa, llamando á Paz, á Honorio y Palaciano, el ruido se escuchó de una trompeta, espantoso, inaudito, sobrehumano.

Jesús el Mago y la ideal María con ellos van también, cuando los llama de Josafat al valle, en aquel día, el Dios que sufre, que perdona y que ama.

Creyendo el juicio universal llegado, grupos de muertos al Cedrón sombrío acuden por un lado y otro lado, como van los arroyos hacia un río.

Vuelta hacia el suelo la fulgente espada, de una sublime palidez cubierto, un ángel, colocándose á la entrada, dejó de par en par el valle abierto.

Van los muertos llegando uno por uno, su larga cuenta á liquidar postrera; mas no entra allí con voluntad ninguno, por más que el ángel dice:—Entre el que quiera.—

Nadie al Cedrón con voluntad descende para saber, en su terrible imperio, la postrera verdad, que el hombre aprende en la hora del último misterio.

Los muertos con terror ven de soslayo aquel Dios que penetra el pensamiento, que parte el universo con un rayo, y su polvo infeliz siembra en el viento.

Espanta á su razón, siempre turbada, la justicia tan justa como tierna, que da en cambio del don de una nonada, el don feliz de una ventura eterna.

De aquel valle, á que tantos acudían, campo final de las humanas glorias, las faldas de los montes parecían barrancos de cenizas y de escorias.

Cayendo de un impío y de otro impío, se ve, de su terror presagio cierto, bajar por el Cedrón de llanto un río, que á perderse después corre al mar Muerto.

Para emprender sin miedo aquella entrada, no hay limpio corazón ni pecho fuerte; pues, al aspecto del Cedrón, son nada estos hondos terrores de la muerte.

¡El rayo que destroza, cuando brilla, el techo paternal siempre adorable!
¡La corriente que arrastra la barquilla á un escollo del mar inevitable!...

¡La gota con más hiel de nuestro llanto!
¡El incendio voraz que en torno estalla!
¡El insomnio que sigue á un gran espanto!
¡La hora que precede á una batalla!

¡Lo que inventa un cerebro delirante!
¡La decepción de una esperanza cierta!
¡El bandido que acosa al caminante, que con la punta del puñal despierta!...

¡Punto negro que anuncia la borrascal!
¡Pavoroso reptil que silba fiero!
¡El hielo frágil que, al romperse, chasca bajo el peso del pie de algún viajero!...

¡El espectro del pálido asesino!
¡El lobo que olfateándonos aúlla!
¡Fiero el león que ruga en un camino!
¡El tigre vil que en el juncal maúlla!

¡Pena imprevista que de horror nos hiela!
¡Sierpe que oculta se desliza y mata!
¡La nave que es llevada á toda vela al borde de una inmensa catarata!...

¡El cercano volcán que ondea inquieto!
 ¡El último ¡ay! de la postrer tortura!
 ¡La vista de un fantasma en esqueleto
 en medio de una ardiente calentura!...

¡Los muertos que, al pasar, dejan los ríos!
 ¡La inundación que arrastra las cabañas!
 ¡Cuanto causa en la sangre escalofríos,
 cuanto tuerce y destroza las entrañas!...

¡Más que todo esto, el corazón asusta,
 al llegar á su trono de esplendores,
 la justicia tan tierna como justa
 del que vino á salvar los pecadores!

El ángel de la entrada, inútilmente,
 cual Moisés á la zarza, les decía:
 —¡Dios está ahí!— pues hasta el más valiente,
 de miedo de dar cuenta, se volvía.

—¡Dios está ahí!— con faz de moribundo,
 temiendo del Señor á la presencia,
 va diciendo éste á aquél... y es que en el mundo
 es un juez implacable la conciencia.

Cuando su voz los ecos repetían,
 era tal su temor, que á voz en grito,
 bajando las cabezas prorrumpían:
 —¡Desplomaos, montañas de granito!

Temiendo oír una fatal sentencia,
 ninguno para entrar la planta mueve;
 que la cuenta final de la existencia
 nadie con Dios á liquidar se atreve.

Y es que tal vez más hondo que ese valle
 es de nuestra alma el insondable abismo,
 pues no hay un solo ser que en calma se halle
 frente á frente de Dios y de sí mismo.

De horror sobrecogidos, y sintiendo
 el torcedor que parte las entrañas,
 van huyendo del valle y repitiendo:
 —Caed sobre nosotros, ¡oh montañas!—

Y con ellos también, despavoridas,
 al ver tanto terror, huyen algunas
 de esas almas que, estando arrepentidas,
 son buenas como niños en las cunas.

¿Qué falta eterna, original, se encierra
 del corazón en el profundo abismo?
 ¡Dios de amor! ¡Dios de amor! ¿no hay en la tierra
 un hombre que esté en paz consigo mismo?

Vió Honorio á Palaciano que llegaba,
 y hacia el valle con fe marchó derecho;
 y al ver que Paz, guiándole, pasaba,
 quiso saltar su corazón del pecho.

Pasó María, y á Jesús el Mago
 viendo Honorio también, gritó afligido:
 —Tenía en este mar en que naufrago
 una tabla á que asirme, y la he perdido.—

Después, como una estrella, por Oriente
 ve á Soledad hermosa apareciendo;
 y mientras él la mira indiferente,
 ella le ve llorando y sonriendo;

y al presentir Honorio que venía
 de su martirio á recibir la palma,
 prorrumpió con más tedio que agonía:
 —¡No me queda ya de ella más que el alma!—

Viendo acercarse, con mortal desmayo,
 su espíritu sutil como el vacío,
 —¡Destruída aquel día por el rayo,
 viene sin cuerpo!— dice; y siente frío.

—¡Oh sol sin luz!—entre angustiado y fiero,
 viendo el alma sin cuerpo, se decía.—
 ¡No quiero en mí su espíritu; yo quiero
 esconder en su cuerpo el alma mía!

«¡Hoy, sin carne en su frente inmaculada,
 de aquel cielo de amor astro remoto!
 ¡Ya es la sola adorable y adorada,
 bella flor sin aroma, espejo roto!»—

De Satanás surgiendo la figura
 del fondo del abismo de repente,
 de Honorio al lado con horror fulgura,
 cual brilla del volcán la lava ardiente.

—¡Gloria—dice—al que en honda simpatía
 oye entre goces de placer febriles
 la pasión tempestuosa que oyó un día
 rugir en sus ensueños juveniles!

»Desde que yo, con el infierno en guerra,
perdí, rebelde al cielo, la batalla,
todo rayo de Dios, cae en la tierra,
baja, y al fin, sobre mi frente estalla.

»De tu carnal pasión prendado un día,
te recogí este rayo en el infierno,
que aniquiló aquel ser que es todavía
tu incurable dolor, tu amor eterno.

»En cambio de este don, ven á ser mío:
toma, y bendice de tu amor la estrella,
sabiendo que es el rayo que te envío,
fuego impregnado en las cenizas de ella.» —

Del rayo á los siniestros resplandores,
arde el alma de Honorio, conmovida,
renovándose en ella los ardores
del grande amor de su primera vida;

y cuando de él en torno el rayo luce,
en su semblante, con feroz ternura,
una dicha espantosa se trasluce,
elevada hasta el grado de locura.

—¡Esto es sentir! ¡Esto es sentir!—decía,
tal vez lleno de horror, pero contento,
pues era de aquella alma, un tanto impía,
la tempestad de amor, propio elemento.

Y por su amor febril arrebatado,
corría ciego, inquieto, vagabundo,
preguntando por ella, enamorado,
á todos los rumores de este mundo.

Miró á Jerusalén al Occidente;
mas de ella huyó sin dirección alguna,
y del Cedrón atravesó el torrente
á los pálidos rayos de la luna.

—¡Esto es sentir!—arrebatado y ciego,
grita con voz por la emoción turbada—
¡Este insomnio, este vértigo, este fuego,
son de la vida la embriaguez sagrada!—

Y de todas sus vidas anteriores
sintiendo el raptó, el fuego y la osadía,
hasta el huerto, corrió, de los Dolores,
y á la cueva, llegó, de la Agonía.

Y aturdido entre dichas y pesares,
cada vez más febril, más tumultuario,
de la santa Pasión por los lugares,
de su inmenso dolor siguió el Calvario;

y hacia el sitio en que allá, en el horizonte
la esfera azul el Olivete cierra,
al Este del Cedrón y al pie del monte,
Honorio paró al fin, cayendo en tierra.

Y al gozar en su insomnio violento
todo el placer de su pasión mundana,
quemándole el oído con su aliento,
le dijo Satanás:—¡Hasta mañana!—

ESCENA XLVIII

EL PODER DE UNA LÁGRIMA

LUGAR DE LA ESCENA: *El monte Olivete*

PERSONAJES: JESÚS EL MAGO.—MARÍA DE BETHANIA.—PAZ.—HONORIO.—SOLEDAD.—PALACIANO Y COROS DE ÁNGELES

ARGUMENTO.—Honorio vuelve en sí y se dirige hacia el monte Olivete. Ve subir al cielo, entre coros de ángeles, á María de Bethania, á Jesús el Mago, á Paz y á Palaciano. Al ver á Soledad convertida en espíritu puro, echa de menos su forma carnal; y recordando que la tierra es la depositaria de su cuerpo, la besa enternecido, prefiriéndola al cielo. Se abre la boca del infierno para recibirle. Jesús el Mago le invita á mirar hacia el cielo para que vea el dolor de su madre. Esta derrama una lágrima de dolor, Soledad la recoge, vuela hacia Honorio, y la deja caer sobre su frente. Honorio se siente arrepentido al contacto del llanto de su madre. Derrama él otra lágrima, á cuyo contacto se cierra la boca del infierno, y Honorio, descargando en la lágrima el peso de sus pecados, sube al cielo en compañía de su madre.

Cuando al soplar restaurador del viento
Honorio vuelve en sí, brilla la aurora,
y todavía, aunque de fiebre exento,
la nostalgia del mundo le devora.

Después que al Sur, sin guía ni reposo,
dejando el valle del Cedrón, camina,
subiendo el sol del Asia esplendoroso,
ya dora el cielo azul de Palestina.

Llevando hacia el desierto sus cuidados,
dejó á Jerusalén, y vió delante
los misteriosos montes azulados
que se iban aplanando hacia Levante.

Ve del monte Olivete hacia la altura,
de viñas festoneadas sus laderas;
verdadera maceta de verdura,
de olivos, de granados, y de higueras.

Aunque es inmenso su dolor, camina
con la altivez del corazón culpable,
al cual aun deja la bondad divina
presentir su sentencia favorable,

Desde la falda del sagrado monte
ve a Jesús, de María acompañado,
de Palaciano y Paz, y el horizonte
de guirnalda de arcángeles cuajado.

Cruzan en grupos las etéreas salas,
como hiende las olas la barquilla,
que apenas deja ver sus blancas alas
a aquellos que se quedan en la orilla.

El iris muestra, en alternado brillo,
la hermosa escala del color completa,
el rojo, el naranjado, el amarillo,
el verde, azul, añil y violeta.

Brilla del iris el divino effluvio,
cual simbolo de unión y de esperanza,
que es siempre, desde el día del diluvio,
entre la tierra y Dios lazo de alianza.

Rodeados ya de esta inmortal diadema,
ven todos que, por Dios glorificados,
del iris en la cúspide suprema,
»Estáis—dice un letrado—perdonados.»

Cuando al cielo apacibles ascendían,
Honorio los veía tristemente,
que uno de otro seguidos, parecían
blanco surco de luz al sol de Oriente.

Mira al grupo, y de pronto enternecido,
entre ellos ver a Soledad alcanza,
que aun lo contempla, el corazón henchido
de fe, de caridad y de esperanza.

Y al ver a Soledad, cuya belleza
fue la causa dichosa de sus males,
la ebullición sintiendo en su cabeza
de todos los pecados capitales,

—¿Por qué—dice—á ese trono de esplendores
quiere arrastrarme su inmortal anhelo,
si, cual son invencibles, mis amores
lo vencen todo, hasta el amor al cielo?

»¡Vedla adornada con la eterna palma,
hoy sin encanto, aunque cual antes bella;
espíritu sin voz, alma sin alma...
su ser no es ese ser, ella no es ella!

»Darda, en mi profundo desconsuelo,
por su cuerpo mortal su alma divina.
¿Qué culpa tengo yo, si aun frente al cielo
la nostalgia del mundo me domina?

»¡No quiero ser sin el amor salvado!
Prefiero á aquella vida esta existencia,
pues respiro en la tierra que ha pisado
un no sé qué de su divina esencia.

»¡Del mundo por los márgenes floridos
su cuerpo quiero ver, ó vivo ó muerto,
pues, sin verla y tocarla, mis sentidos
el paraíso encontrarán desierto!

»¡Oyendo de los ángeles el coro,
que ornan el cerco de su eterna palma,
yo la adoro sin fin; pero la adoro
con la fe de la carne y la del alma!

»¡Dejad que al seno de la tierra unido
por mi febril pasión, renuncie al cielo,
y por mi goce terrenal vencido,
pues su polvo está en él, que bese el suelo...!»

Y lo besó, y en el instante mismo,
en la falda del monte calcinado,
de Honorio ante los pies se abrió un abismo,
cual la boca de un cráter apagado.

Ciego y carnal, para aspirar furioso
el fuego impuro de su amor eterno,
se asoma al subterráneo tenebroso
que sirve de vestíbulo al infierno.

Y aspirando el amor que da la muerte,
hasta a mirar al cielo se resiste...
pero Honorio, dichoso con su suerte,
en medio de su dicha estaba triste.

Como á su genio natural se junta
el ardor infernal de sus sentidos,
no mirando á su madre, en él despunta
la altivez de los ángeles caídos.

Entristeciendo el general contento,
cual negro nubarrón en claro día,
sólo de Honorio el inmortal tormento
este cuadro de gloria obscurecía.

¡Silencio general! Después, cruzando
cual fantasma invisible, por la esfera,
Jesús el Mago murmuró, pasando:
—Prepara tu alma, Honorio; el cielo espera.—

Al ver que pertinaz no se arrepiente,
cual perfumes del cielo, hacia el impío
las miradas de todos santamente
cayeron á manera de rocío.

Y Jesús.—Arrepiéntete—seguida.—
¡Vuelve el alma hacia Dios, alzáte y vamos;
no olvides en la tierra—proseguida—
á aquellos que en cielo te esperamos!—

Y continuó Jesús:—Antes que amases
con el ardor de tan furioso anhelo,
tu madre te enseñó que levantases
las manos y los ojos hacia el cielo!—

Y elevando los ojos, obediente,
sin esperanza ni humildad alguna,
de su madre brillar miró la frente,
como una estrella encima de su cuna.

Lo ve la madre, y en sus ojos bellos,
el sol afortunado de aquel día
ve cuajarse una lágrima, que en ellos
un hermoso diamante parecía.

Recogiendo en la copa de sus palmas
la rica perla que la madre llora,
Soledad, con encanto de las almas,
robándole sus alas á la aurora,

se alejó, y sobre Honorio impenitente,
cariñosa y gentil detuvo el vuelo,
la lágrima soltó, cayó en su frente,
brotando en ella de fulgor un cielo.

Y un—¡ay!—sintiendo indefinible encanto,
de pecador arrepentido lanza,
y diviniza su dolor el llanto,
mezclándolo aquel ¡ay! que á Dios alcanza.

Y otra lágrima, amarga cual la muerte,
residuo del amor que le oprimía,
vierte Honorio también, y en ella vierte
la nostalgia del mundo que sentía.

Y Satanás, al pecador buscando,
sube, se espanta, baja, el cráter cierra,
y la lágrima ahoga, rebramando
en su encendido corazón la tierra.

Cruzando el antro del profundo averno,
la lágrima de Honorio ardiente avanza,
y raya de la puerta del infierno
el—«¡Dejad al entrar toda esperanza!»—

Ve luego Honorio que sus miembros flotan,
sin el peso fatal de sus pecados,
por el azul donde los mundos brotan,
como brotan las flores en los prados.

Con su piadosa fe, mientras subía,
amante á Honorio Soledad guiaba,
cual si fuese la estrella que algún día
en un establo de Belén brillaba.

De entrambos hijos, con amor, sus manos
las tiernas manos de la madre enlazan,
y con mutuo cariño los hermanos,
dándose el beso de verdad, se abrazan.

Cuando en medio de angélicas bellezas
una niebla de luz los envolvía,
de Honorio y Palaciano en las cabezas
Paz gozosa las manos imponía.

Ya aliviado del peso del pecado,
Honorio sube al celestial asiento,
por su hermano y su madre idolatrado,
agradecido á Dios, de sí contento.

Desde la tierra hasta la eterna lumbre,
ascendiendo también mientras subían,
á las plantas de Paz allá en la cumbre,
como dos ríos de ángeles, se unían.

La triste Soledad, ahora risueña,
ángel de paz, divino mensajero,
conforme van andando, les enseña
de las luces el mundo verdadero.

¡Salud, ciudad celeste, edificada
sobre esferas de vivos resplandores,
deshecha á cada instante, y renovada
entre un caos informe de colores!

¡Jerusalén de luz, donde parecen
las gasas de vapor, muros brillantes,
en la cual entre soles nacen, crecen,
cúpulas de oro y puertas de diamantes!

¡Cuyos arcos y bóvedas agotan
los brillos todos de la luz del día,
que lucen, mueren, y de nuevo brotan
bajo formas más ricas todavía!

¡Allí mora el gran Dios, de que están llenos
los mundos y los cielos superiores;
el que enseña á los malos á ser buenos,
y á los buenos enseña á ser mejores!

¡El que ama al triste, el que al débil guía;
el que cuida á las almas perdonadas,
el que cambia la injuria en simpatía,
devolviendo á la vaina las espadas!

¡El fuerte, á quien no hay llanto que no ablande!
¡El Dios que pone con bondad su mano
entre el pobre y la cólera del grande,
entre el pueblo y la espada del tirano!

Y cuando el grupo de ángeles se abisma
allá por las regiones inflamadas,
y cual manchas de luz en la luz misma,
ya iban en Dios las almas engolfadas,

dice el Mago Jesús, que va delante,
con la mano hacia Dios siempre tendida,
para enseñarle á Honorio la brillante
ciudad, en los espacios encendida:

—¡Mira el *por qué* y el *cómo embelesado*,
hacia ti y *Soledad tendí mi vuelo*,
poema que en la tierra comenzado,
acaba, al fin, cantándose en el ciclo!—

—*—



EL LICENCIADO TORRALBA

INTRODUCCIÓN

I

Obediente á tu voz, Andrés Mellado,
canto á Eugenio Torralba, el Licenciado,
idólatra del viejo Pirronismo,
y médico famoso dedicado
á sondar el abismo
de esa fuerza sin nombre, que gobierna
lo que él llama la *materia eterna*,
que viene de lo mismo y va á lo mismo!

II

Estudió mucho y bien; mas poco á poco
conoció, de las ciencias en desprecio,
que, si el dudar le tornaría necio,
la mucha fe le volvería loco.

De la ciencia escolástica aburrido,
dejó por el amor la teología,
y, cual todos, en física sabía
que el sol es un reloj bien construido.

III

Torralba, como Sócrates, tenía
un genio familiar, más ángel que hombre,
que, aunque llevaba de Ezequiel el nombre,
fue llamado Zaquiel por eufonía.

¡Salud, ciudad celeste, edificada
sobre esferas de vivos resplandores,
deshecha á cada instante, y renovada
entre un caos informe de colores!

¡Jerusalén de luz, donde parecen
las gasas de vapor, muros brillantes,
en la cual entre soles nacen, crecen,
cúpulas de oro y puertas de diamantes!

¡Cuyos arcos y bóvedas agotan
los brillos todos de la luz del día,
que lucen, mueren, y de nuevo brotan
bajo formas más ricas todavía!

¡Allí mora el gran Dios, de que están llenos
los mundos y los cielos superiores;
el que enseña á los malos á ser buenos,
y á los buenos enseña á ser mejores!

¡El que ama al triste, el que al débil guía;
el que cuida á las almas perdonadas,
el que cambia la injuria en simpatía,
devolviendo á la vaina las espadas!

¡El fuerte, á quien no hay llanto que no ablande!
¡El Dios que pone con bondad su mano
entre el pobre y la cólera del grande,
entre el pueblo y la espada del tirano!

Y cuando el grupo de ángeles se abisma
allá por las regiones inflamadas,
y cual manchas de luz en la luz misma,
ya iban en Dios las almas engolfadas,

dice el Mago Jesús, que va delante,
con la mano hacia Dios siempre tendida,
para enseñarle á Honorio la brillante
ciudad, en los espacios encendida:

—¡Mira el *por qué* y el *cómo embelesado*,
hacia ti y *Soledad tendí mi vuelo*,
poema que en la tierra comenzado,
acaba, al fin, cantándose en el ciclo!—

—*—



EL LICENCIADO TORRALBA

INTRODUCCIÓN

I

Obediente á tu voz, Andrés Mellado,
canto á Eugenio Torralba, el Licenciado,
idólatra del viejo Pirronismo,
y médico famoso dedicado
á sondar el abismo
de esa fuerza sin nombre, que gobierna
lo que él llama la *materia eterna*,
que viene de lo mismo y va á lo mismo!

II

Estudió mucho y bien; mas poco á poco
conoció, de las ciencias en desprecio,
que, si el dudar le tornaría necio,
la mucha fe le volvería loco.

De la ciencia escolástica aburrido,
dejó por el amor la teología,
y, cual todos, en física sabía
que el sol es un reloj bien construido.

III

Torralba, como Sócrates, tenía
un genio familiar, más ángel que hombre,
que, aunque llevaba de Ezequiel el nombre,
fue llamado Zaquiel por eufonía.

El genio familiar, rubio y hermoso,
por andar perezoso
en ir un día á la región más alta,
hasta purgar su falta
fué del cielo á este mundo desterrado;
pero él contra el decreto rebelado,
se atrevió á sostener con entereza
que tan sólo es pecado la pereza,
si se une á la pereza otro pecado;
y al mismo tiempo este rebelde quiso
dar al mundo las pruebas
de que á un ángel artista, le es preciso
dejar el paraíso por las Evas,
cuando ellas valen más que el paraíso.

IV

Murió una niña, envidia de las rosas,
y, al alborear de un día en que la luna
aun hacía fantasmas de las cosas,
para llevarla á Dios desde la cuna,
cuatro ángeles bajaron;
la vieron, la besaron,
y luego, alzando el vuelo,
el alma de la niña se llevaron,
de los cuatro, tres ángeles, al cielo.

Cuando subió aquel coro, indescriptible
por su increado hechizo,
y, entrando en la región de lo invisible,
tomó el color del aire y se deshizo,
Zaquiél, el ángel cuarto,
de bienandanzas sin dolores harto,
mirando en un jardín cierta belleza,
del cielo se olvidó por su hermosura;
porque este ángel tenía la flaqueza
de morir en el cielo de tristeza
por falta de museos de escultura.

Así es que cuando quiso
á la puerta llamar del paraíso,
gritó una voz severa, aunque querida:

—Por tu falta de celo,
ó no entrarás jamás en nuestro cielo,
ó vendrás con otra alma redimida.—

A Zaquiél desde entonces el Eterno
le permite que viva libremente
á elección, en el mundo ó en el infierno,
lo que es igual, aunque es tan diferente:
y, ya en éste, ó en aquél cuando quería,
era un ángel del cielo, que vestía
capa encarnada sobre negro traje;

y para hacer de diablo, se ponía
capa negra y de púrpura el ropaje;
y siempre aventurero
seguía la conducta descreída
de Eugenio de Torralba, el caballero
que en los juegos de azar perdió el dinero,
y en los lances de amor gastó la vida.

V

Tuvo Torralba hasta su edad madura
costumbres en amor algo paganas;
y al saber por personas muy cristianas
que, según la Escritura,
algún patriarca era un don Juan con canas,
con frecuencia decía:

—Poniendo por apuesta la belleza,
Dios y el diablo jugaron mi cabeza,
y el diablo la ganó, por dicha mía.—
Y en conclusión, al ver que en la existencia
no hay cansancio peor que el de la ciencia,
con eterna sonrisa
supo llevar al aire desplegada
la bandera que ostenta la divisa
que dejó Sardanápalo grabada:
—Come bien, bebe más, goza de prisa,
porque esto es todo, y lo demás es nada.—

PRIMERA PARTE

LA MUJER

CANTO PRIMERO

LA MUJER AMA Á UN ÁNGEL

I. Aparición de Zaquiél á Catalina.—II. Amor de Catalina.—III. Amor purísimo.—IV. Amor puro.—V. Amor.—VI. El hombre rivaliza con el ángel.—VII. Lucha entre el cuerpo y el alma.—VIII y IX. El ángel es vencido por el hombre.

®

1

Exento ya del celestial fastidio,
Zaquiél amó en la tierra como un loco,
aunque según Ovidio,
el que ama demasiado, aun ama poco.
Y todo esto pasó muy fácilmente.
El día aquel por el extremo oriente
madrugó como nunca la mañana,

y á su luz más temprana
 el buen Zaquiél al levantar del suelo,
 con los otros tres ángeles, el vuelo,
 mira otra niña de la aurora hermana,
 en un jardín que era un rincón del cielo.
 Y ¡qué mujer! hasta las mismas flores,
 para hacer más honor á los amores
 de aquella encantadora castellana,
 ponían en abril en su ventana
 un traje de rosales trepadores.
 Y al mirar que en su cara interesante
 las pupilas sus ojos se comían,
 después que ya en el rostro en que lucían
 se comían sus ojos el semblante,
 trazando con placer giros inciertos
 enfrente de la joven hechicera,
 el ángel se quedó como un cualquiera
 con la boca y los ojos muy abiertos.

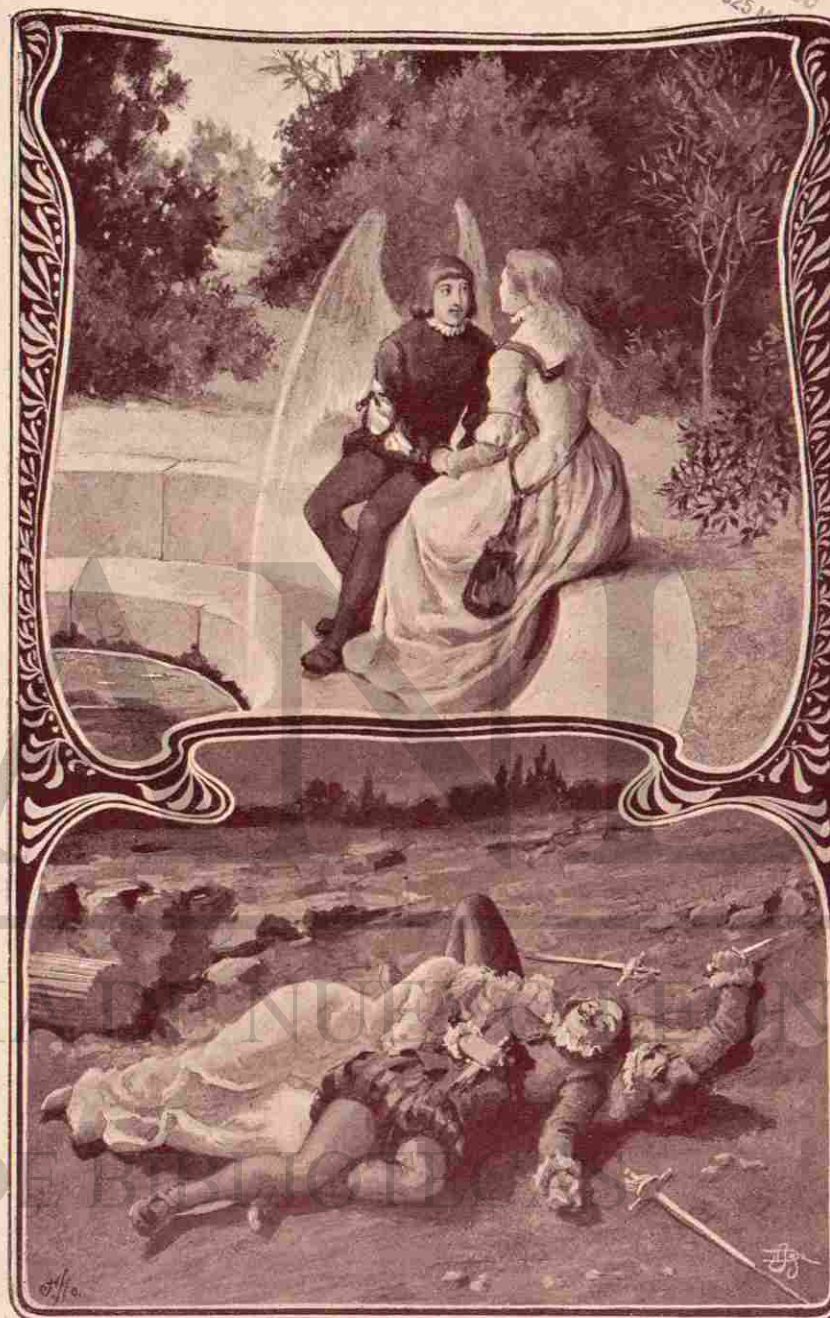
II

Mientras Zaquiél repara
 esa forma indecisa
 de los hoyos fugaces de su cara
 que se van y se vienen con la risa,
 mezclada con la luz del firmamento
 advierte Catalina
 una figura humana, esto es, divina,
 que llega con el viento y como el viento.
 Viendo al joven delante,
 que es como un alma en oración constante,
 la niña de mejillas sonrosadas
 más frescas que claveles primerizos,
 y que tenía al aire desatadas
 las flotantes guirnaldas de sus rizos,
 echa hacia atrás su cabellera de oro
 para hacer un saludo
 á aquel niño de coro
 grueso, blanco, sin barba y moftetudo,
 y al sentir en el viento
 batir de alas del ángel que llegaba,
 ella los ojos con pudor cerraba
 por no dejarse ver ni el pensamiento.

III

Se habla de amor la angelical pareja,
 y se expresan los dos tan claramente
 con la misma verdad con que refleja
 los objetos el agua de la fuente;

EL LICENCIADO TORRALBA



Y amando, como no aman los humanos,
 con un amor sin celos,
 son dos niños cogidos de las manos,
 son dos flores caídas de los cielos.

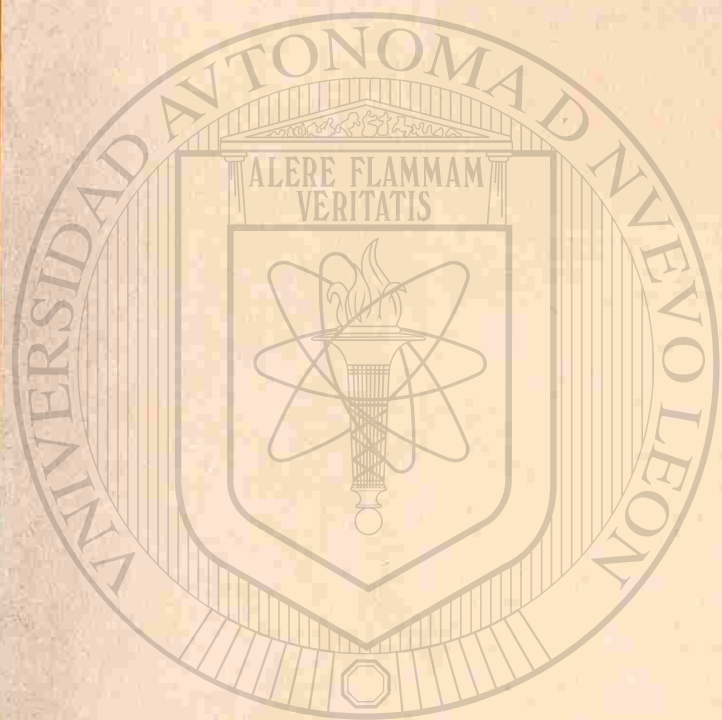
(Primera parte — Canto I.)

... mientras con luz in-fiesta
 alumbra á los tres muertos, una luna
 que parece la cara de otra muerta.

(Primera parte — Canto IV.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO HERRERA"
 Apto. 1625
 MEXICO

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pues se junta á sus almas añiadas
una conciencia pura,
juventud, inocencia y hermosura.
¡Tres cosas adorables y adoradas!
Todo á admirar convida
el celestial cariño
de una niña y un niño
que ignoran los secretos de la vida.
Y amando, como no aman los humanos,
con un amor sin celos,
son dos niños cogidos de las manos,
son dos flores caídas de los cielos.

IV

A estos seres queridos
por el amor y la inocencia unidos,
no se asomaba el alma todavía
á la vida exterior por los sentidos,
pareciendo su cándida alegría
la risa de dos ángeles dormidos.
Los que miraban su sonrisa atentos
sin oír sus acentos,
aunque no los oyesen, les veían
los diálogos de ideas que tentan
con ojos en que hervían pensamientos;
y al mirar tan ociosas
unas bocas más frescas que dos rosas,
muy pronto se adivina
que aun tenían Zaquiél y Catalina
la celeste ignorancia de las cosas;
y así se están los dos acariciando,
sin impureza alguna,
pues son el ángel y la niña amando
dos niños jugueteando en una cuna.

Para el sentido que el amor abrasa
pasa lo eterno y lo terreno queda;
mas para el alma que el amor hospeda
queda lo eterno y lo terreno pasa.
Por eso más que el goce, á un alma pura
le atrae la inocencia y la hermosura,
y por eso en la vida
el éxtasis de amor el cuerpo olvida;
y así ella y él con inefable calma,
se cuentan sus amores de alma á alma
con frases de abstracción puras y frías,
creyendo que un amante es el modelo

de un ángel que nos trae desde el cielo
expresiones de Dios todos los días.

VI

Mas como no hay amores
que sólo vivan de aire y de oler flores,
llegó ¡quién lo diría!
el crepúsculo obscuro
de ese terrible día
en que el amor más puro
al corazón ya fatigado hastía,
y á tiempo en que los dos á una ventana
platicando de amores,
estaban, á la luz de otra mañana,
lo mismo que en un tallo están dos flores,
Torralba con sonrisa confiada
mira envidioso la labor divina
de un alma por otra alma acariciada,
y que envuelve Zaquiél á Catalina
en el baño de luz de su mirada;
y seguro el experto Licenciado
de que Zaquiél con su infantil semblante
debía parecer, por lo agraciado,
á todas las mujeres repugnante,
ganándole á su genio por la mano,
Torralba, que es católico pagano
á quien gustan las santas bien formadas,
quiere con sus miradas
á Zaquiél suplantar como un villano,
y mirando atrevido
á la gentil doncella,
pretende sepultar en el olvido
aquel cariño neutro de él y de ella.

VII

Y en tanto que con vívida mirada
la ve con ojos de codicia extraños,
ella vuelve la cara avergonzada,
pudor muy natural á los quince años.
Pero sintiendo luego
del amor los ardientes extravíos,
aunque azules y fríos
sus ojos poco á poco echaban fuego,
y es que sin duda alguna
aunque está de Zaquiél enamorada,
ya al sentir de Torralba la mirada
se va inclinando á otra mejor fortuna.
Y aunque ella, en la ilusión de su arrebató

juzga en su pensamiento
que el mundo es un convento,
y el amor un perfecto celibato,
embriagada en su idea,
entre el ángel y el hombre, bambolea,
porque ¡oh materia vill! cómo avasallas
al corazón amante,
cuando el alma y el cuerpo, en sus batallas,
aquella dice «¡atrás!» y éste «¡adelante!»

VIII

Y adelantó; pues como en ella había
al volver la cabeza algo de infanta,
le echó á Zaquiél una mirada fría,
y helados se quedaron aquel día
los amores de un ángel y una santa.

IX

Es natural; yo os juro por mi nombre
que hay quien encuentra justo
que, una mujer de gusto,
entre un ángel y un hombre, escoja al hombre.

CANTO SEGUNDO

LA MUJER DEJA AL ÁNGEL POR EL HOMBRE

I. Torralba requiere de amor á Catalina.—II. Huida de Zaquiél.—III. Tendencias á lo real.—
IV. Consejos de Torralba á Catalina.—V. Inconstancia femenina.—VI. La fuerza del natural.
—VII. La vía láctea.—VIII. Zaquiél se marcha ángel y vuelve diablo.

1

No hay Hércules que venza á la ternura,
y es un tiempo perdido
sentir un hambre de conciencia pura,
si un corazón, por el amor herido,
fermenta como el pan con levadura!
Desde el fatal momento
en que mira á Torralba Catalina,
por la primera vez su alma ilumina
la luz de un encendido pensamiento.
Torralba es de esos hombres atrevidos,
que si no se las dan, toman las cosas,
que después que robó varias esposas,
las volvió á regalar á sus maridos.
Este hombre sin ventura

se educó en seminario, y salió ateo,
y, aunque algún día, creo
que al salir de una orgía, se hará cura,
deduciendo aquella alma fementida
que la conciencia es una gran quimera,
la echó al mar en seguida,
logrando aligerar de esta manera
la carga de la nave de la vida.
Buscando en sus acciones,
sin reparar en medios, la fortuna,
variaban en moral sus opiniones,
y no habiendo más que una,
como todo el que estudia religiones
se quedó al fin del curso sin ninguna.

II

¿Y Zaquiel? ¡quien lo sabe! se murmura
que para irse al infierno se echó al río,
por no causar á Catalina hastio,
pues nadie se figura
ese dolor sin nombre
que affige á una mujer, aun siendo pura,
que encuentra un ángel, cuando busca á un hombre.

III

Fué Torralba un doctor en hechos reales,
pero también leyendo poesía,
muchas veces el pícaro bebía
el licor de los sueños inmortales,
pues tal pasión, en lo que admira, emplea,
que al ver la causa real de sus amores,
le parece que escucha, entre fulgores,
el ritmo de su talle cuando ondea.
Y desde el punto en que á sentir empieza
de su deseo el celestial martirio,
ya ve de Catalina la belleza,
primero sin delirio y con pureza,
y después sin pureza y con delirio.
Dije bien, sin pureza. No hay ninguno
que renuncie en amor á lo grosero,
que el hombre es medio diablo, y hay alguno
que podría pasar por diablo entero.

IV

Torralba, que era joven y gallardo,
quería sin retardo
la senda del placer cruzar aprisa;

y así como Abelardo
enseñó metafísica á Eloísa,
obligó á Catalina á que aprendiese
que el amor es el cielo, hasta en el cielo,
y á ser tan fiel que con el tiempo fuese
una gran pescadora que pusiese
la virtud por carnada en el anzuelo.
Él predica á las jóvenes hermosas
que todo nos lo enseña la experiencia,
y que ignora la ciencia
los lazos impalpables de las cosas.
Así es que blanca, y colorada luego,
aprendió que es amar jugar con fuego,
y en ciencias, estudiando hasta el martirio,
llegó sólo á saber, como el más lego,
que al sublime Pitágoras el griego,
le gustaban las habas con delirio.
Aunque él era un escéptico evidente,
si he de deciros la verdad desnuda
dudaba de su duda, y, francamente,
más bien que un descreído, es un creyente
quien duda de la causa de su duda.
Educando Torralba á Catalina,
poco á poco la lleva
á aprender la doctrina
de esa escuela de amor del tiempo de Eva,
pues es para Torralba un gran axioma
que, más bien que los ojos ven las manos;
y cree como el Korán, y otros cristianos,
que no hay cielo mejor que el de Mahoma.
Enseñada por él, ya ella confiesa
que es la vida el amor en movimiento,
y se hace, aunque muy cauta, más traviesa
que una niña educada en un convento.
Si aun es casta, faltando á sus deberes
ya aspira al frenesí de los placeres;
y yo, que alguna vez las idolatro,
conozco por sus varios pareceres
que hay en cada mujer, ocho mujeres,
donde cuatro desmienten á otras cuatro.
Es muy malo el amor sin inocencia,
mas prueba lo contrario la experiencia,
y el hombre es un gran necio
mientras no llega á descubrir su ciencia
que todo es arrastrado en la existencia
por esa fuerza oculta de Lucrecio,
que llamaba Bossuet la providencia.

v

Varió de amor la hermosa Catalina,
mas su sexo varió de igual manera
desde aquel día del diluvio, en que era
el Moncayo una roca submarina;
y seguirá variando
hasta que un oceano sin orilla,
los montes y los valles nivelando,
vuelva de nuevo á hacer, el tiempo andado,
el lecho del mar los llanos de Castilla!

vi

Pese á nuestra pureza,
el que en amor se abrasa,
aunque deje su cuerpo el alma en casa,
la sangre se le agolpa á la cabeza;
y es que, tirana de hombres y mujeres,
venciendo su flaqueza
les obliga á cumplir con sus deberes
la siempre racional naturaleza.
Pido para ella la piedad divina,
porque hoy nos probarán de Catalina
los grandes devaneos
que nuestra alma se inclina
hacia el lado brutal de los deseos,
y por eso, al mirar á un hombre enfrente,
pasó del polo al ecuador la mente
de la casta doncella,
y luego comenzó naturalmente
la llama del amor á arder en ella.

vii

Aunque era tan discreta,
por los deseos Catalina inquieta,
á fuerza de inquirir en lo profundo
va siendo una filósofa completa
que sólo cree en la gloria de este mundo.
Y, cual todas las almas ardorosas,
la niña obedecía
á esa gran ley que Cicerón decía
que abarcaba los tiempos y las cosas.
Faltará Catalina á sus deberes,
mas no haría otra cosa
la madre de Citeres
que era, siendo una diosa,
la mujer más mujer de las mujeres.
¡Oh, deidad del placer, la única eterna,

que todo lo gobierna y des gobierna!
¡Tú al cielo y á la tierra de igual modo
haces sentir un invencible halago,
después que sepultaste en un gran lago
de polen fecundante el orbe todo,
en aquel día de expansión dichosa
en que trazó el camino de Santiago
con leche de sus pechos una diosa!

viii

Zaquiél, volviendo del infierno un día,
surgió por las alturas de una sierra,
y dejando la cumbre, que tenía
nieve del día en que nació la tierra,
bajó y se puso de Torralba enfrente
de pie sobre una roca,
y riéndose de él siniestramente
bajando los extremos de la boca,
ya vestido de diablo, y ya seguro
de que en amor robar es un derecho,
cruzando los dos brazos sobre el pecho
pensó en vengarse, y exclamó:—¡Lo juro!—
Y al verse por el diablo requerida
la inconstante doncella,
con su mente de luz ya ennegrecida
tuvo la noche aquella
un sueño que calló toda su vida.
Esta mala cristiana,
sintiendo ya la tentación innoble
de que en la vida humana
la embriaguez en la culpa es placer doble,
locamente entregada
á delirios de amor abrasadores,
por el diablo de nuevo fascinada
ya profesa en amores
el lema de los héroes—«todo, ó nada».—
¡Gran Dios! ¿será posible que como antes
varie, en detrimento de su gloria,
y acepte hasta á los diablos por amantes?
¡Si es así, no hay memoria
de que guarden horrores semejantes
los abismos de infamia de la historia!
Y esto, que es tan horrible, es lo probable,
pues calumniando al sexo más amable,
hay quien dice esto en nombre
del gran Gentil que se llamó san Pablo:
—«La mujer es de Dios, si no es del diablo;
pero nunca es del ángel, ni del hombre.»—

CANTO TERCERO

LA MUJER DEJA AL HOMBRE POR EL DIABLO

I. Lo que es el amor.—II. Zaquiel aconsejado por el diablo.—III. Tentación de Catalina.—IV. Decisión de Catalina.—V. Razón del desorden.—VI. El amor baja hacia lo real.—VII. Lo real cae el amor.—VIII. Eternidad del amor.—IX. Caída de Catalina.—X. Disculpa de Catalina.

I
Va a nuestro cuerpo unida
una sed de pasiones tormentosas.
Como el sol es la vida de las cosas,
el amor es el alma de la vida.

II
Zaquiel, aleccionado en su aventura
por el dios del infierno,
se bajó de aquel monte, cuya altura
no ve más estaciones que el invierno,
y, vestido de diablo,
ya no supo explicarse
cómo pueden estar sin adorarse
un santo y una santa en un retablo.

III
Viendo a Zaquiel en diablo convertido,
miraba Catalina
su amargo sonreír de ángel caído,
sintiendo esa divina
tentación que da el fruto prohibido.
Entregada al amor con vivo anhelo,
Catalina Beltrán da testimonio
de que al caer en brazos del demonio
en medio del infierno hallará un cielo.
Y ya ve que en su rápida caída
duplica su ilusión, cuando encendida
sigue a Torralba y de Zaquiel se aleja,
y cuando al hombre por el diablo deja
triplica el sentimiento de la vida.
Y por más que os asombre
os diré que la joven de que os hablo,
si al ángel lo ha dejado por el hombre,
después dejará al hombre por el diablo.

IV
En uno de los días de esos meses
en que arden las arenas en verano,
y en que un aire africano

pega fuego en las eras a las mieses,
el espíritu de ella, detenido
en el umbral querido
de sus castos amores,
tomó al fin como César su partido,
y pasó el Rubicón de sus pudores.
Zaquiel es natural que se prometa
hacer, á su venida del infierno,
de Catalina una mujer completa,
pues su madre era hija y ella nieta
de ese sol andaluz que, hasta en invierno,
de la tierra los gérmenes inquieta.
Y además es axioma convenido
que la ciega corriente de las cosas
lleva antes al amor, luego al olvido,
á esas almas que marchan orgullosas
sobre cuerpos de barro mal cocido,
y nunca hay fortaleza
que guarde la pureza
de un alma que ya piensa en lo profundo.
¡Puede más la brutal naturaleza
que todos los ejércitos del mundo!

V
Será el amor sin orden un pecado;
mas ¡cuántas veces, de sufrir cansado,
ese cielo que enfrena
la marcha general de lo creado,
llevándonos al bien, desencadena
el desorden, que ordena
todo aquello que está mal ordenado!

VI
Catalina ama ya con turbulencia,
y, como lentamente
caía de su frente
el tul de la inocencia,
fué ocupando su mente
la zona ecuatorial de la existencia;
y cual muchas mujeres que yo he amado
es una niña honrada, que desea
querer á un hombre de honradez, que sea
más bien que angelical, endemoniado.
Queriéndola enseñar por experiencia
que amar al natural es la gran ciencia,
el diablo, que la inspira
el fuego de un amor sin inocencia,
le hace pensar si es una gran mentira

la pasión que no turba la conciencia.
 La que toca en lo real está perdida,
 pues la carne encendida
 al idealismo ultraja,
 y es el amor en su expresión más baja
 el hecho inexorable de la vida.
 Linneo y otros célebres autores
 creen que un germen fecundo
 hace arder en amor hasta las flores,
 probando que convierten los amores
 en un inmenso lupanar el mundo.

Jamás nuestra flaqueza
 se podrá resistir á la belleza,
 si ayuda á exagerar nuestros deseos
 la gran naturaleza,
 ese antiguo dios Pan de los ateos;
 y aunque llegan á ser locos de veras
 los hombres y mujeres
 cuando idolatran seres
 elevados al rango de quimeras,
 en las luchas de amor, si bien se mira,
 la realidad es la verdad de todo,
 y lo ideal es una gran mentira.
 Lo que nace del lodo vuelve al lodo,
 y acaba en arenal todo Palmira.

Nadie resistiría
 esta vida de horrores
 ni el espacio de un día,
 si se pensase en calma
 con cuántos sinsabores
 nos cobra el cuerpo el alquiler del alma.
 Ved cuánto al hombre de ilusión le humilla
 la terrible enseñanza
 de que siempre en el fiel de la balanza
 pesa más que nuestra alma nuestra arcilla.
 Vosotros los que veis como testigos
 que en los hechos humanos
 si el cuerpo es el más ruin de los amigos,
 el alma es el peor de los tiranos,
 ¿cuándo pensáis que acabará esta guerra
 por la fe del amor eternizada?—
 ¡Cuando se apague el sol, muera la tierra,
 y vuelvan las estrellas á la nada!

IX

Al fin, después que llega
 el día en que, caliente
 un viento de poniente
 lleva el polvo de Cádiz á Noruega,
 imitando el amor sublime y tierno
 de Francisca y de Pablo
 la unión de Catalina con el diablo
 ya era el drama del cielo en el infierno.
 ¡Ay! cuando cae un alma inmaculada
 de la impureza en los hediondos senos,
 ¿qué sucede en el mundo? Casi nada;
 ¡un pesar más y una inocencia menos!

X

Como es nuestra alma esclava
 de la vil realidad que la deprava,
 y es el amor más púdico y más tierno
 fuente que empieza en el edén, y acaba
 de rompiente en rompiente en el infierno,
 ¡Catalina querida!
 ¡antes que yo, con alma empedernida,
 acrimine el error de tu alma tierna,
 quiera el cielo piadoso que mi vida
 caiga en el sueño de la paz eterna!
 Si condenáis, Dios mío,
 el amor de las pobres Catalinas,
 ¿qué será el mundo entonces? ¡Un vacío!
 ¡una ruina de ruinas de otras ruinas!
 ¡crucifixión del alma en el hastío!

CANTO CUARTO

LA MUJER DEJA AL DIABLO POR LA GLORIA

I. Zaquiél y Catalina en Roma.—II. Descrédito del diablo.—III. Se llama á Catalina *la Rosales*.
 —IV. Salcedo y Margano aman á Catalina.—V. Catalina ama la gloria.—VI. Margano artista
 —VII. Salcedo teólogo.—VIII. Duelo entre Salcedo y Margano.—IX. Llegada de Catalina.—
 X. Intervención de Torralba.—XI. Muerte de Catalina.—XII. Huye Torralba con el alma de
 Catalina.

En Roma, más dichosos que en España,
 si es que hay vida feliz en tierra extraña,
 Catalina y Zaquiél, como si fueran
 dos esposos, cruzaban sin rodeos
 el campo del placer, en donde imperan
 como reyes del mundo los deseos.

II

Pero como es sabido
que es todo amor gozado, amor perdido,
después de amarse con furor, ahora
ya empieza Catalina
á ver que es aquel ser á quien adora
un diablo con la forma femenina:
y tiene, no del todo justiciera,
por Zaquiél el desprecio más profundo,
después de haber sabido que en el mundo
tan malo como el diablo lo es cualquiera;
y es que, no sin trabajo,
al fin ha conocido
que el hombre es un demonio distinguido,
y el diablo un hombre de escalera abajo.

III

Como era Catalina tan hermosa,
en Roma sus rivales
la llamaban la *Rosa*,
y después por apodo la *Rosales*;
y como ella eclipsaba
á todas las más bellas,
por graciosa irritaba
los celos de ellos y la envidia de ellas;
y ellas y ellos, dudando de sus males,
porque el doctor Morales
tenía buena cara y la asistía,
todo el mundo decía
que Catalina, ó *Rosa*, ó la *Rosales*,
estaba siempre enferma, ó lo fingía;
y es que la gente, de malicia llena,
ignora que, cual nueva Magdalena,
es la *Rosales*, aunque no una santa,
una mujer muy buena
que cae, lo confiesa y se levanta.

IV

Con ciego amor y con gentil denuedo,
disputaban su mano
el bravo Tomás Silva de Salcedo,
y el valiente conqués Pedro Margano.
Con fe los dos y con igual deseo,
sostenían con ella
ese eterno bloqueo
en que está siempre una mujer si es bella,
y por más que la amaban tiernamente,

cortés Margano y el de Silva ardiente,
hasta verlos famosos la *Rosales*
los miraba á los dos tan fríamente
como miran los dioses celestiales.
En la *ciudad del alma* ella se ceba,
por vanidad, en cultivar su mente,
lo mismo que, curiosa antiguamente,
después de oír contar la historia de Eva
le entró gana de ver una serpiente;
y cansada, tal vez por experiencia,
de escenas de pasiones voluptuosas,
de lo alto de la ciencia
quiere ver bien el fondo de las cosas;
y aburrida de amores, con empeño
sólo busca en el arte los placeres.
¡Por no dormirse solas las mujeres,
se acuestan desde niñas con un sueño!

V

Primero protegida
del Cardenal Obispo de Volterra,
Catalina, ya en ciencias instruida,
en Roma tomó el aire de la tierra;
y por eso, cansada de placeres,
se le subió el amor al pensamiento,
y le entró, como á todas las mujeres,
la estúpida manía del talento.
Después de ser una doctora en ciencias,
con amor penetró las excelencias
del arte bizantino,
del ojival, del griego y del latino;
y, aunque nadie lo crea,
estudió con Fray Pedro astrología,
y, al mes de estar en Roma, ya sabía
que es cosa de la luna la marea.
Catalina cayó, mas no halló el nombre
que exprese bien la singular demencia
de amar, primero á un ángel, luego á un hombre,
después al diablo, y por final la ciencia;
aunque juzgo, á fe mía,
que, de estas cuatro clases de locura,
amar la ciencia es la mayor diablura,
pues yo sé quien á Cadmo lo ahorcaría
por ser el inventor de la escritura.
En fin, como sabía
que la ciencia hace un Papa de un porquero,
en amor pretendía
á un hombre que algún día
llegase á dominar al mundo entero;

y vanidosa, al ofrecer su mano
 á Salcedo, ó á Margano,
 los puso en el secreto
 de que en caso dudoso,
 prometía al que fuese más famoso
 dar su amor para siempre y por completo.

VI

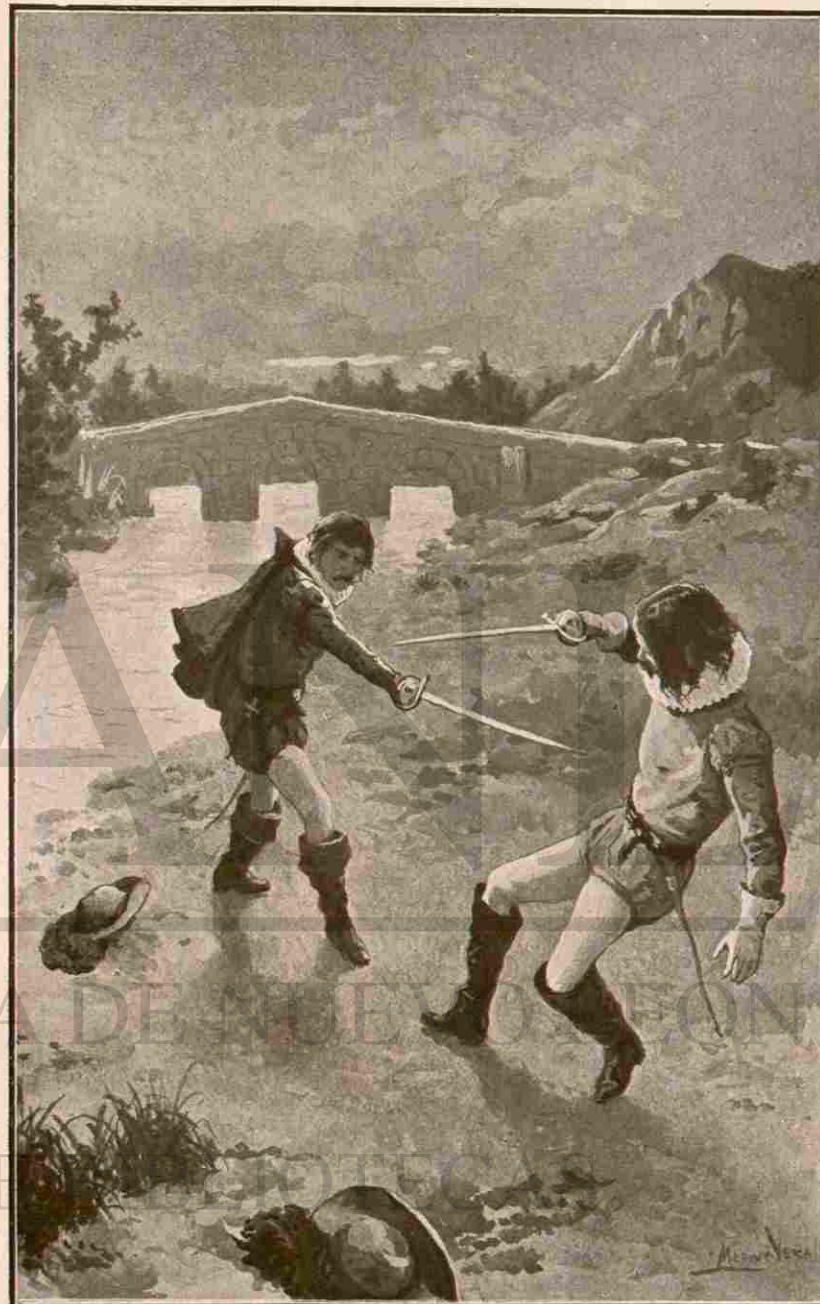
Para llegar entrambos á la gloria,
 uno estudió pintura y poesía,
 el otro teología,
 un poco de moral y algo de historia.
 Margano se prendó de la pintura,
 y, por no pensar más que en Catalina,
 dibujaba tan sólo su figura,
 y, entregado al desnudo sin rodeos,
 pintaba la epidermis femenina,
 esa mezcla de luz y de deseos.
 Y, aunque á veces las gentes le alabaron
 como uno de los vates que encontraron
 las poéticas notas
 que un día murmuraron
 las cañas de la rambla del Eurotas,
 acabó por odiar la poesía,
 amó las ciencias y olvidó las artes,
 llegando así á saber que en todas partes
 calienta el fuego y que la nieve enfria.

VII

Salcedo en sus lecturas
 aprendió por la historia
 que son los monumentos de la gloria
 desdichas la mitad, la otra locuras;
 y supo, con dolor de *la Rosales*,
 que la fama no sirve para nada,
 y que, después de vista y estudiada,
 la historia es un presidio de inmortales.
 Y en moral ¿qué aprendió? lo ya olvidado:
 que quiere el cielo el orden,
 el infierno el desorden,
 y la tierra un desorden ordenado.
 Y estudiando también con vivo celo
 teología cristiana,
 entendió bien cómo se pierde el cielo;
 lo que nunca aprendió, cómo se gana.

VIII

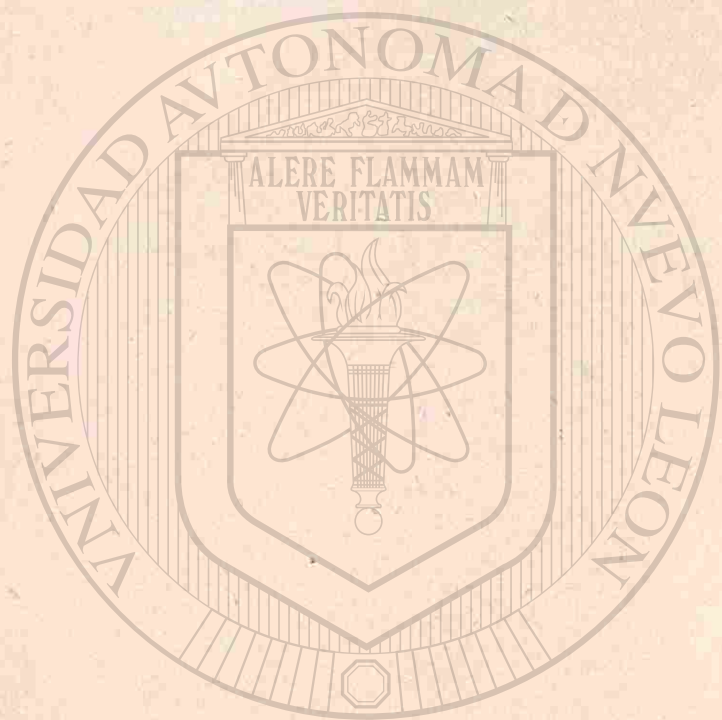
En conclusión; después de haber sufrido,
 remando en las galeras de la fama,



EL LICENCIADO TORRALBA

—'En guardia!'—gritan ambos. No imagino
 cuál caerá de los dos; cuestión de suerte.
 Tal vez será el más justo y el más fuerte.
 Toda espada es de cera ante el destino.

(Primera parte.—Canto IV.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los dos han conocido
que, más bien que hacer ruido,
es más dichoso el que ama
las sendas que dan fin en el olvido.
Y después que supieron por la ciencia
que es mejor el no ser que la existencia,
y al perder sus queridas ilusiones
de ser ninguno de los dos un hombre
que en la edad venidera haga su nombre
palpitar de placer los corazones,
siendo su amor una inextinta llama
acuerdan que es preciso que uno muera,
que un español, cuando ama,
si tiene que morir por una dama,
piensa que el Cid era un matón cualquiera.
Y en tanto que lucía un sol de ocaso,
como brilla la luz dentro de un vaso,
se hallaron una tarde frente a frente
a la orilla del Tiber, junto a un puente,
y ambos con furia insana,
compatriotas y amigos,
como gente villana
celosos se mataron sin testigos,
siendo hombres de nobleza castellana.
Rivales en amor y hombres sin miedo,
no hay razón que sus impetus modere,
porque inspira a Margano y a Salcedo
la musa del amor que mata ó muere.
—¡En guardia!—gritan ambos. No imagino
cuál caerá de los dos; cuestión de suerte.
Tal vez será el más justo y el más fuerte.
Toda espada es de cera ante el destino.
Cuando de entrambos en la fiera lucha,
hasta el pulso en su sien se ve y se escucha,
Salcedo, con furor extraordinario,
el pecho atravesó de su contrario;
y como siempre, si el amor anima
a los hombres discretos,
cuando aprenden esgrima
estudian, para herir, golpes secretos,
valeroso Margano,
cubriéndose la herida con la mano,
con la otra mano hizo vibrar la espada,
y atacando a Salcedo con gran prisa
le dió entre ceja y ceja esa estocada
que después se llamó: «golpe a lo Guisa».

IX

Y por fin, al caer los dos rivales,
apareció de pronto *la Rosales*,
y tendiendo la mano
una vez á Salcedo, otra á Margano,
iba echando sobre ellos
más que á rizos, á oleadas sus cabellos;
y conforme gentiles los ambientes
derramaban sus rizos,
por los cuerpos de entrambos combatientes
volaban unos fríos corredizos;
y al ver al lado una mujer tan bella,
los celos aumentaron su despecho,
y mucho más viendó ondular en ella
los trémulos contornos de su pecho.

X

Y ¿Torralba? Torralba el licenciado,
nacido en Cuenca, en Roma recreado,
y que ilustró su nombre,
desmintiendo el adagio que decía
que pierde, cual las plantas, la energía
de patria en patria trasplantado el hombre,
por Zaquiel informado
del duelo comenzado,
sus rencores olvida
y corre á proteger á su ex querida
con paso acelerado,
que, en la balanza del amor, lo amado
pesa más que el honor y que la vida.
Llegó Eugenio Torralba acompañado
de don Diego de Zúñiga, su amigo,
un hombre que al mirar lo hace de lado
como cierto bribón que yo maldigo;
y al ver los moribundos de soslayo
que Torralba se acerca alta la espada,
le lanzaron los dos una mirada
más ardiente y más rápida que el rayo.
Y viendo ya en Torralba y Catalina
un Plutón que arrebató á Proserpina,
como ya moribundos no pudieron
levantar las espadas,
al puñal acudieron,
y aquellos castellanos cometieron
la infamia de matarla á puñaladas.
¡Gloria al amor! hasta de aquella suerte
la encontraron más bella;
que á rostros como el de ella

los embellece todo, hasta la muerte:
y al ver á eterna sombra condenado
el amor que sus almas enajena,
cada cual por su lado,
al morir, aquel rostro idolatrado
lo besaron los dos á boca llena.

XI

Viendo la muerte de su antigua amante,
rugía el Licenciado delirante
como rugen los diablos del infierno,
y desde aquel instante
se quedó en su semblante
la palidez de un estupor eterno.

XII

En esta confusión de confusiones,
cuando mezclados al rumor del río
quejas de amor, suspiros, maldiciones,
lo lleva todo el aire hacia el vacío,
salió de Catalina el alma pura
de su cuerpo hechicero,
y siguiendo el sendero
de su antigua ternura,
voló á Torralba, el hombre que primero
el cendal recorrió de su hermosura.
Y envuelto entre la nube peregrina
del alma, antes infiel, de Catalina,
por la margen del Tíber más desierta
huye Torralba, tras mejor fortuna,
mientras con luz incierta
alumbraba á los tres muertos, una luna
que parece la cara de otra muerta.

SEGUNDA PARTE
EL HOMBRE

CANTO QUINTO

TORRALBA BUSCA LA DICHA EN EL ESPÍRITU

I. Torralba se convierte á lo ideal. — II. El alma de Catalina. — III. Amor de Torralba al espíritu. — IV. Torralba no halla la dicha en el espíritu. — V. Maldición contra lo ideal. — VI. Reflexiones sobre el dios Pan. — VII. Deficiencia de la alquimia. — VIII. El astrólogo fray Pedro. — IX. Torralba, maldiciendo á Plutón, marcha en busca de unas hechiceras.

I

Siempre fué muy devoto el Licenciado
del amor sin cendales; pero ahora,

IX

Y por fin, al caer los dos rivales,
apareció de pronto *la Rosales*,
y tendiendo la mano
una vez á Salcedo, otra á Margano,
iba echando sobre ellos
más que á rizos, á oleadas sus cabellos;
y conforme gentiles los ambientes
derramaban sus rizos,
por los cuerpos de entrambos combatientes
volaban unos fríos corredizos;
y al ver al lado una mujer tan bella,
los celos aumentaron su despecho,
y mucho más viendó ondular en ella
los trémulos contornos de su pecho.

X

Y ¿Torralba? Torralba el licenciado,
nacido en Cuenca, en Roma recreado,
y que ilustró su nombre,
desmintiendo el adagio que decía
que pierde, cual las plantas, la energía
de patria en patria trasplantado el hombre,
por Zaquiel informado
del duelo comenzado,
sus rencores olvida
y corre á proteger á su ex querida
con paso acelerado,
que, en la balanza del amor, lo amado
pesa más que el honor y que la vida.
Llegó Eugenio Torralba acompañado
de don Diego de Zúñiga, su amigo,
un hombre que al mirar lo hace de lado
como cierto bribón que yo maldigo;
y al ver los moribundos de soslayo
que Torralba se acerca alta la espada,
le lanzaron los dos una mirada
más ardiente y más rápida que el rayo.
Y viendo ya en Torralba y Catalina
un Plutón que arrebatá á Proserpina,
como ya moribundos no pudieron
levantar las espadas,
al puñal acudieron,
y aquellos castellanos cometieron
la infamia de matarla á puñaladas.
¡Gloria al amor! hasta de aquella suerte
la encontraron más bella;
que á rostros como el de ella

los embellece todo, hasta la muerte:
y al ver á eterna sombra condenado
el amor que sus almas enajena,
cada cual por su lado,
al morir, aquel rostro idolatrado
lo besaron los dos á boca llena.

XI

Viendo la muerte de su antigua amante,
rugía el Licenciado delirante
como rugen los diablos del infierno,
y desde aquel instante
se quedó en su semblante
la palidez de un estupor eterno.

XII

En esta confusión de confusiones,
cuando mezclados al rumor del río
quejas de amor, suspiros, maldiciones,
lo lleva todo el aire hacia el vacío,
salió de Catalina el alma pura
de su cuerpo hechicero,
y siguiendo el sendero
de su antigua ternura,
voló á Torralba, el hombre que primero
el cendal recorrió de su hermosura.
Y envuelto entre la nube peregrina
del alma, antes infiel, de Catalina,
por la margen del Tíber más desierta
huye Torralba, tras mejor fortuna,
mientras con luz incierta
alumbrá á los tres muertos, una luna
que parece la cara de otra muerta.

SEGUNDA PARTE
EL HOMBRE

CANTO QUINTO

TORRALBA BUSCA LA DICHA EN EL ESPÍRITU

I. Torralba se convierte á lo ideal. — II. El alma de Catalina. — III. Amor de Torralba al espíritu. — IV. Torralba no halla la dicha en el espíritu. — V. Maldición contra lo ideal. — VI. Reflexiones sobre el dios Pan. — VII. Deficiencia de la alquimia. — VIII. El astrólogo fray Pedro. — IX. Torralba, maldiciendo á Plutón, marcha en busca de unas hechiceras.

I

Siempre fué muy devoto el Licenciado
del amor sin cendales; pero ahora,

por las luchas del cuerpo fatigado,
la nostalgia del alma le devora;
y ya no está conforme
con la que él proclamó sana doctrina
de que en la raza infiel de Mesalina,
más que el cuerpo, es el alma lo deforme.

II
Al salir de aquel cuerpo apuñalado
el alma de mujer tan hechicera,
ve Torralba en el aire un ser formado
de una mezcla de real y de quimera;
y cuando ella se aleja, ó se avvicina,
como una niebla blanca en la neblina,
del sol ó de la luna á los reflejos
el alma de la muerta Catalina
parece cerca luz y sombra lejos;
y de la frente de Torralba en torno
el ser indefinible é indefinido,
circula convertido
en el vago contorno
de un sueño no del todo interrumpido,
por lo cual, al hallarse el Licenciado
de aquella sombra celestial rodeado,
se pregunta y responde de este modo:
—¿Para qué sirve un alma? ¡Para todo!—

III
Pasa tiempo, y aunque es un caballero
Torralba el Licenciado,
os diré, santiguándome primero,
que cree que en el amor nada es pecado;
y siempre tentador, encender quiere
en la sombra querida
ese fuego inextinto de la vida
que nace, luce, nos abrasa y muere.
Ella á su amor ardiente
responde con platónica ternera,
y como es tan frecuente
que el mal de amor lo irrite la pureza,
el amante enloquece,
y á fuerza de admirar, pierde el reposo,
y su deseo crece
de aquella alma al aspecto delicioso,
lo mismo que enardece
la pureza glacial de un fruto hermoso;
y Torralba se siente
cada vez más y más enardecido,

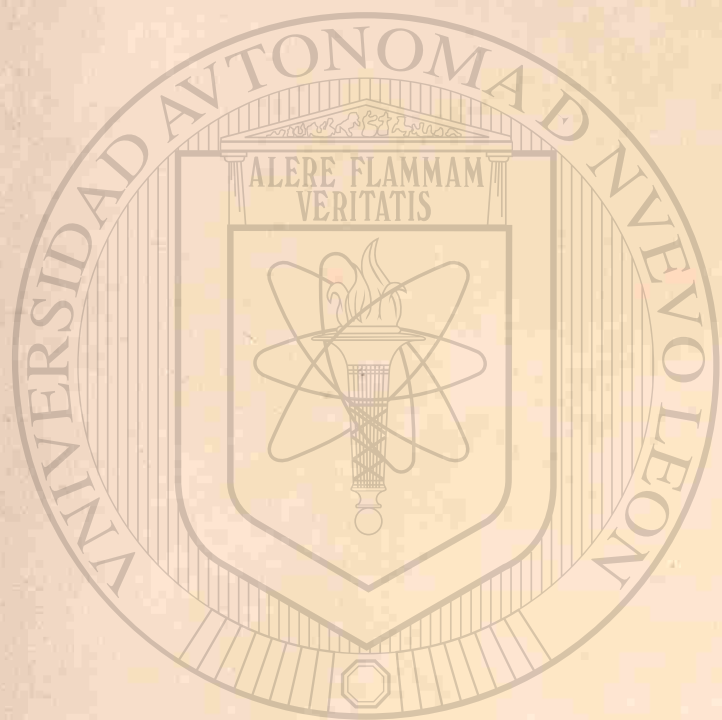


En la lucha de amor de aquel pagano
con la sombra ideal de Catalina,
ella sentía una afición divina,
pero él buscaba en el amor lo humano.

(Segunda parte.—Canto V.)

Y al fin otra hechicera jubitada,
más fea que una grulla disecada,
dijo ciertos conjuros que sabía,
y con tino evocada,
Maliércula se alzó galvanizada,
mas dormida por dentro todavía.

(Segunda parte.—Canto VI.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al ver que ella le abraza tiernamente
como una madre á su primer nacido:
y, cuanto más en su ilusión se agita,
con tristeza infinita
ve Torralba que un alma pudorosa
que la pasión no excita,
es una tierna esposa
que no da compañía y que la quita.

IV

En la lucha de amor de aquel pagano
con la sombra ideal de Catalina,
ella sentía una afección divina,
pero él buscaba en el amor lo humano;
y en su sensual empeño
queriendo ser de su hermosura dueño,
el alma hacia sus labios atraía,
y aquello, más que goce, parecía
un ósculo de amor dado en un sueño:
y en su incipiente hastío
ve que el aliento de su boca es frío,
que en sus ojos hay luz, pero increada,
y un día, en su creciente desvarío,
quiso unirse á la sombra idolatrada,
tendió los brazos y estrechó el vacío.
No pudiendo gozar de aquel hechizo
era su rabia tanta
que la sangre, estancada en su garganta,
le ahogaba como un nudo corredizo.
Insiste, pero inútil devaneo!
queriendo realizar su amor de fiera,
con su brega amorosa ni siquiera
terraplena el abismo de un deseo:
y aunque lucha con fe desesperada,
aquel cuerpo gentil de luz rosada,
va enfriando sus labios con sus besos,
y él, viendo su ventura defraudada,
ya el fastidio gangrena hasta sus huesos;
y jadeante y rendido,
ya Torralba confiesa
que más que la materia, á veces pesa
el alma, como un mundo desprendido.
¡Esta raza de Adán, por sus pecados
vive á lucha perpetua condenada!
¡Traen lo real y lo ideal aunados
la guerra declarada;
y son, uno del otro separados,
lo real la muerte, lo ideal la nada!

ESTADO DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

®

V

Sintiendo ya que es un ensueño vano
 aquello que no viste el barro humano,
 vuelve á amar su razón arrepentida
 la materia, *alma mater* de la vida;
 y repite con voz desesperada:
 —¿Para qué sirve un alma? ¿Para nada!—
 Y queriendo insistente
 realizar sus ardores,
 en aquel ser de luces y vapores,
 tanteaba inútilmente,
 como el que busca entre la nieve flores;
 mas juzgando á aquella alma tan querida
 del cuerpo separada,
 como una fermentada
 que deja su pasión irrealizada,
 después de apellidarla «maldecida»
 dice con voz por el rencor ahogada:
 —¿Quién ama sólo el alma, echa la vida
 en el fondo sin fondo de la nada!—

VI

Después, teniendo en cuenta
 la falsa teoría
 de un gran naturalista que creía
 que el amor sólo es carne que fermenta,
 —Es cierto— se decía—
 cuando el dios Pan vivía
 ya existían placeres
 y el alma de los hombres y mujeres
 no se había inventado todavía.
 Y pues me es conocida
 la evolución interna
 de ese gran dios de la materia eterna
 que juega con la muerte y con la vida,
 yo haré, sin alma, una mujer querida,
 en honor de ese dios que, aunque sin gloria,
 en los tiempos presentes y pasados
 va mirando á otros dioses destronados
 rodar por los desvanes de la historia!
 Y al hecho; y con la oculta panacea
 de cien sabios doctores
 fabricaré una máquina de amores,
 apartando lo real de toda idea,
 y hará mi alquimia una mujer que sea
 toda hembra en la expresión de sus ardores.—

VII

Y prepara un matraz donde fermenta
 sangre desfibrinada,
 mucho almidón de grano de cebada,
 y cáseo de la leche de jumenta.
 Y añade, revolviendo la mixtura:
 —Yo haré una criatura
 con todo el arte del amor pagano;
 y verán que es locura
 el creer que consiste la hermosura
 en tener alma sana en cuerpo sano.—
 Cuando en el fondo del matraz vea
 como una luz espesa y temblorosa
 carne de nieve y rosa,
 Torralba, casi loco de alegría,
 en aquella hermosura
 por detrás, por delante y por los lados,
 esculpió unos contornos redondeados
 con cierta plenitud que no es gordura.
 Y con humos de artista consumado,
 con una fe más ciega que discreta,
 como á la Venus griega, el Licenciado
 le hizo un cráneo de estúpida completa.
 Y cuando al fin, más muerta que dormida,
 mira en el fondo del matraz nacida
 una mujer hermosa
 que sería preciosa
 para el establo de un harén vendida,
 perdió su ciencia, con la fe, la calma,
 pues vieron sus sentidos insaciables
 que son indispensables
 á la antorcha la luz, y al cuerpo el alma.

VIII

Mirando que, del alma despojada,
 no da emoción alguna
 aquella carne fresca y nacarada
 como un mármol bañado por la luna,
 llamó á fray Pedro, un dominico astuto,
 que le dijo, al llegar, de esta manera:
 —Este cuerpo sin alma es una fiera
 que echa el tufillo montaraz del bruto.
 Tú sabes bien, porque á Platón leiste,
 que todo aquello que la mente crea
 la materia lo viste;
 y que es cuanto ha existido y cuanto existe
 la imagen corporal de alguna idea.
 No has mezclado lo puro con lo impuro,

y á esta mujer le falta, de seguro,
por más que tu empirismo no lo estime,
un aliento dé arriba que la enime,
ya en forma de oración, ya de conjuro.—
Y dándole un papel, le dice:—Toma;
cuando salgas de Roma
sigue ese itinerario,
y encontrarás á la hechicera Estrella,
que usa traje talar como un sudario,
y que más de una vez sonó por ella
la lira de un poeta secundario;
y ella hará que te den las hechiceras
el oculto ingrediente
de una ciencia que va rápidamente
retirando del cielo las fronteras.
Con su conjuro, opino
que encontrarás el medio
de hallar el *quid divinum* femenino
que arrastra á la emoción que acaba en tedio.
Después que esté *Muliercula* formada,
la llevarás para acercarla al foco
del fuego del infierno, y ya tostada,
tendrá, cual debe, la mujer creada,
algo de Dios y del demonio un poco.

IX

Y obediente á fray Pedro, que sabía
mucho más que de fe, de hechicera,
dejando la región que el Tiber baña,
Torralba, con constancia verdadera,
se vino á consultar con la hechicera,
y á hacer una visita al sol de España.
Y emprendiendo su marcha convenida,
pensaba así, de desaliento lleno:

—Toda hija de mujer es cieno y vida,
y aunque ésta, torpemente concebida,
como hija de mi ciencia, es sólo cieno,
si he de trocar miseria por miseria,
prefiero en mis amores,
mucho mejor que á místicos pudores,
entregarme feliz con la materia
á delirios de amor abrasadores.

¡La balumba ideal! ¡maldita sea!
¿Cómo habrá un hombre racional, que crea
que en la vida no existen más placeres
que aquellos que son hijos de una idea?
¡Oh, divino Platón! ¡qué imbécil eres!—

CANTO SEXTO

TORRALBA BUSCA LA DICHA EN LA MATERIA

I. Las hechiceras.—II. Llega Torralba á la gruta de las alquimistas.—III. La gruta.—IV. Diálogo entre Torralba y la hechicera Estrella.—V. Ingredientes para formar un cuerpo.—VI. Conjuros para animar un alma.—VII. Triunfo incompleto de la ciencia.—VIII. Viaje de Torralba al infierno.—IX. Adiós de las hechiceras á Torralba.

Fiado en mi memoria
vuelvo á coger el hilo de mi historia,
contando, entre otras cosas verdaderas,
que, con su gran pericia,
á Torralba fray Pedro dió noticia
de un buen laboratorio de hechiceras,
excelentes mujeres
que viven, en honor á sus amores,
criando calendarios con las flores
para medir con ellos sus placeres;
y que son además, según se cuenta,
involuntarias vírgenes que mueren,
y, no teniendo gloria merecida,
se quedan en la vida
haciéndose invisibles cuando quieren;
y así las hechiceras,
como suelen hacer nuestras quimeras,
por no sé qué razón de nigromancia,
al ir las á tocar, desaparecen,
y después se aparecen
á tres ó cuatro pasos de distancia.
Sabias, aunque inocentes,
nunca huyen de las gentes
por un falso pudor; las hechiceras,
además de ser vírgenes solteras,
por los ardores de su fuero interno
son madres verdaderas
con hijos en la mente del Eterno.

II

Un día que tronaba,
abrió un rayo de un tajo
una brecha en un monte, que criaba
el haya arriba, el limonero abajo.
Y Eugenio de Torralba, de esta brecha,
por el mandato de los cielos hecha,
aunque un poco indeciso
en continuar la comenzada ruta,

apartó un gran rosal, y de improviso
se encontró en una gruta
que era, más bien que un paraíso.

III

¡Qué hermosura, Dios mío!
Mientras vuela una brisa humedecida
con alas impregnadas de rocío,
con la torsión de una culebra herida
en rápidos zigzags se extiende un río.
Cual si fuese la gruta un santuario,
ve Torralba en estado visionario
la aérea inhalación de unas cascadas
por gusanos de luz iluminadas,
y un encaje arabesco y legendario
esculpido en las rocas por las hadas,
y que hacen de la gruta el escenario
de *Las mil y una noches* compendiadas.

IV

Dió Torralba su nombre y su apellido,
y después, comedido,
se acercó a doña Estrella, una hechicera
que esperando marido
se pasó setenta años de soltera,
y le dijo:—Mi mente soñadora
buscaba en los amores la inocencia;
amé mucho en espíritu, y ahora
aspirando al placer sin turbulencia,
como otros el *Homúnculo*, señora,
yo busco la *Muliércula* en la ciencia.
Y haré una creación, cuya hermosura
despierte en mí pasiones sin locura,
porque amigo del juego y las mujeres,
ya, como hijo de Adán de raza pura,
sólo aspiro a los fáciles placeres.
—Está bien, está bien; tú te propones
crear una mujer sin ilusiones—
contestó doña Estrella,—y según eso,
vendrás a ser, sin corazón ni seso,
de esos hombres de bien que en sus pasiones
toman la carne del amor al peso.—
Y él replicó:—Quiero algo que refrene
las locuras extrañas
de mi espíritu inquieto, que sostiene
esta guerra civil que siempre tiene
por campo de batalla las entrañas.—
Estrella continuó:—Por ignorante,

tú buscas, hijo mío,
lo que hay en el amor de repugnante.
¡Lo que el alma no llena, está vacío!
Tú, dejando el amor por el amante,
cambiarás la inquietud por el hastío.—
Y diciendo:—¡Adelante!—
le muestra en el semblante
una risa de estatua que da frío.

V

* A una señal de Estrella, otra hechicera
arrastra hacia Torralba una caldera
en que hay cierto elixir de larga vida,
que lo sabe ella usar de tal manera
que, á más de una existencia indefinida,
hace un joven de un viejo, la embustera.
Y echando otro ingrediente misterioso
sobre el antiguo poso,
con un palo el brebaje revolvía,
y el talle, un poco largo, lo movía
con esa ondulación de un cisne hermoso.
Para avivar las llamas,
grita Estrella con frases imperiosas:
—Echa al fuego más ramas.
El calor es el alma de las cosas.
No olvides el empleo
de especies incentivas del deseo.
Ponle sangre de ardilla;
y escoge buena arcilla
amasada con agua del Leteo.
Echa eso por igual, y haz bien la cuenta;
á dos partes de sal, dos de pimienta.—
Y después añadía:
—Más *oleum scorpionum* y más fuego.—
La ayudanta atizaba y revolvía,
y doña Estrella, luego,
—¡Más *oleum scorpionum*!—repetía.

VI

Después otra alquimista, en la caldera
filtra un rayo del sol del Mediodía,
porque sabe muy bien, como hechicera,
que es el clima del alma Andalucía;
junta al rayo de sol otro de luna,
y con arte mezclados
lo sustantivo y lo adjetivo aúna,
haciendo con fortuna
hervir dos magnetismos encontrados.

Y después doña Estrella,
que acababa con aire melindroso
de contar a Torralba, que por ella
jubiló a su mujer el rey su esposo,
trazando líneas vagas con un ramo,
emblema, por ser de oro, del dinero,
pronunció en doce idiomas el «Te quiero!»
y conjugó en catorce el verbo «Te amo!»
Y al fin otra hechicera jubilada,
más fea que una grulla disecada,
dijo ciertos conjuros que sabía,
y con tino evocada,
Muliércula se alzó galvanizada,
mas dormida por dentro todavía.

VII

Torralba, en la ilusión de sus placeres,
ve cómo crea su infalible ciencia
ese ambiente de amor, de luz y esencia
que vaga en derredor de las mujeres,
y cuya aroma en seducción iguala
al acre olor a creación que exhala
la concha de la Venus de Citeres.
¡Qué admiración! *Muliércula* tenía
cierta limpieza natural externa,
como a Venus adúltera dió un día
la espuma en que nació pureza eterna.

VIII

Y sintiendo el prestigio de la pura
exudación de luz de su hermosura,
Torralba la estrechó con ansia loca,
y le duró un minuto la blancura
de un beso que le dió sobre la boca.
Y al ver que de su amor como prefacio
le echa estas flores del jardín de Horacio
a una mujer tan bella
que sería un asombro en un serrallo,
la virgen doña Estrella
piensa... ¿en qué? Yo lo sé, pero lo callo.
Y por fin la hechicera mal pensada,
le dijo conmovida:
—Al fuego del infierno bautizada,
será su pecho un Etna sin salida.
La llevarás tú mismo
del infierno al abismo,
y a aquel fuego maldito sometida,
adquirirá en seguida

el *ánima* del bello paganismo,
que, siendo menos que alma, es más que vida.—
Y así, bien orientado,
llevando enamorado
la hija artificial de su deseo,
fué al infierno á buscar el Licenciado
aquel fuego sagrado
que buscaba en el cielo Prometeo.

IX

Para darle un adiós, las hechiceras
salieron de su edén. Después, ligeras,
cruzando valles y salvando lomas,
tornaron á sus antros escondidos,
como se vuelven á buscar sus nidos
al palomar, volando, las palomas.

CANTO SÉPTIMO

TORRALBA BUSCA LA DICHA EN EL INFIERNO

I. Llegan Torralba y *Muliércula* al infierno.—II. El canónigo Juan García.—III. Las obras de Aristóteles.—IV. El archivero Butibamba.—V. La moral del diablo.—VI. Petrificación del infierno.—VII. Bautismo de *Muliércula*.—VIII. Aparición de las almas de Zaquié y Catalina.—IX. Despedida del gran Demo al infierno.—X. El gran Demo se trasladó a otro mundo en un cometa.

I

Como Dante algún día
sabios informes del abismo trajo,
en tiempo de Torralba se sabía
que era llana la tierra, y que tenía
el cielo arriba y el infierno abajo.
Caminando derechos
Torralba y su mujer por un atajo,
y atravesando á trechos
por montes empinados
sendas torcidas que parecen lechos
de arroyos por el sol evaporados,
buscaban, por dos montes oprimido,
cierto valle profundo
que es el antiguo infierno, convertido
en vertedero general del mundo;
y cuanto más al valle se acercaban,
la atmósfera cruzaban
unos aires malsanos,
pues conforme pasaban,
las faldas de las nubes se impregnaban
con efluvios de muerte en los pantanos;

Y después doña Estrella,
que acababa con aire melindroso
de contar a Torralba, que por ella
jubiló á su mujer el rey su esposo,
trazando líneas vagas con un ramo,
emblema, por ser de oro, del dinero,
pronunció en doce idiomas el «Te quiero!»
y conjugó en catorce el verbo «Te amo!»
Y al fin otra hechicera jubilada,
más fea que una grulla disecada,
dijo ciertos conjuros que sabía,
y con tino evocada,
Muliércula se alzó galvanizada,
mas dormida por dentro todavía.

VII

Torralba, en la ilusión de sus placeres,
ve cómo crea su infalible ciencia
ese ambiente de amor, de luz y esencia
que vaga en derredor de las mujeres,
y cuya aroma en seducción iguala
al acre olor á creación que exhala
la concha de la Venus de Citeres.
¡Qué admiración! *Muliércula* tenía
cierta limpieza natural externa,
como á Venus adúltera dió un día
la espuma en que nació pureza eterna.

VIII

Y sintiendo el prestigio de la pura
exudación de luz de su hermosura,
Torralba la estrechó con ansia loca,
y le duró un minuto la blancura
de un beso que le dió sobre la boca.
Y al ver que de su amor como prefacio
le echa estas flores del jardín de Horacio
á una mujer tan bella
que sería un asombro en un serrallo,
la virgen doña Estrella
piensa... ¿en qué? Yo lo sé, pero lo callo.
Y por fin la hechicera mal pensada,
le dijo conmovida:
—Al fuego del infierno bautizada,
será su pecho un Etna sin salida.
La llevarás tú mismo
del infierno al abismo,
y á aquel fuego maldito sometida,
adquirirá en seguida

el *ánima* del bello paganismo,
que, siendo menos que alma, es más que vida.—
Y así, bien orientado,
llevando enamorado
la hija artificial de su deseo,
fué al infierno á buscar el Licenciado
aquel fuego sagrado
que buscaba en el cielo Prometeo.

IX

Para darle un adiós, las hechiceras
salieron de su edén. Después, ligeras,
cruzando valles y salvando lomas,
tornaron á sus antros escondidos,
como se vuelven á buscar sus nidos
al palomar, volando, las palomas.

CANTO SÉPTIMO

TORRALBA BUSCA LA DICHA EN EL INFIERNO

I. Llegan Torralba y *Muliércula* al infierno.—II. El canónigo Juan García.—III. Las obras de Aristóteles.—IV. El archivero Butibamba.—V. La moral del diablo.—VI. Petrificación del infierno.—VII. Bautismo de *Muliércula*.—VIII. Aparición de las almas de Zaquié y Catalina.—IX. Despedida del gran Demo al infierno.—X. El gran Demo se trasladó á otro mundo en un cometa.

I

Como Dante algún día
sabios informes del abismo trajo,
en tiempo de Torralba se sabía
que era llana la tierra, y que tenía
el cielo arriba y el infierno abajo.
Caminando derechos
Torralba y su mujer por un atajo,
y atravesando á trechos
por montes empinados
sendas torcidas que parecen lechos
de arroyos por el sol evaporados,
buscaban, por dos montes oprimido,
cierto valle profundo
que es el antiguo infierno, convertido
en vertedero general del mundo;
y cuanto más al valle se acercaban,
la atmósfera cruzaban
unos aires malsanos,
pues conforme pasaban,
las faldas de las nubes se impregnaban
con efluvios de muerte en los pantanos;

y al fin ven que formando una gran calle,
que es hoy lecho de un río en el invierno,
prensado entre dos montes, hay un valle
al que Dante llamaba el *bajo infierno*.

II

Al llegar á la puerta el Licenciado
con *Mulierecula* al lado,
con cara de escapado de una orgía,
se presentó á su amigo Juan García,
una grave persona
de mucha autoridad y jerarquía,
sabio en astrología,
canónigo y doctor en Barcelona.
Mas siendo el tiempo en que Martín Lutero
mezcla al pan eucarístico cizaña,
y el mismo en que el ejército de España
patrulla en derredor del mundo entero,
García, aunque católico romano,
ya prefiere, un poquito luterano,
al criterio de Roma, la Escritura,
y formando una ley de su conciencia,
se confiesa con Dios, que es un buen cura
que oye, calla y no impone penitencia.

III

El caso es que celoso el Santo Oficio
tenía á Juan García á su servicio,
y á petición de astrólogos y ascetas
al infierno con órdenes secretas
lo mandó en comisión, porque sabía
que en el archivo del infierno había
las obras de Aristóteles completas.
Y honrando al eminente Estagirita,
á quien la Iglesia imita
buscando el imposible
de explicar por lo humano lo divino
y deducir, como Tomas de Aquino,
las ideas y Dios de lo sensible,
con las mañas de diablo que tenía
supo adquirir artero
las obras de Aristóteles, García,
del diablo Butibamba, el archivero,
un sabio que enseñaba á los cristianos
ideas por los griegos olvidadas,
y después de encontradas,
perdidas otra vez por los romanos.

IV

Bajo, rechoncho y con nariz de arpa,
tanto que se creía
que en su primera encarnación fué loro,
Butibamba sabía
las obras de Aristóteles de coro;
y guardaba además el gran tesoro
de un libro en que estampó, para gobierno
de hipócritas y gentes desalmadas,
en reglas de moral muy compendiadas,
los ritos de la iglesia del infierno.
Ved de este libro raro
del docto Butibamba (que por poco,
siendo archivero y de saber avaro,
por no poder ser claro
doce veces ó más, se ha vuelto loco),
las máximas mejores,
por las cuales verán nuestros lectores
que la moral que al diablo más le agrada
es la moral de Cristo exagerada:

V

I

«A todos los hipócritas que viven
haciéndose pasar por justicieros
y que creen que los libros que se escriben
son venenos que venden los libreros,
les mando, como á seres superiores,
que extirpen á los *buenos*,
y así tendremos los mercados llenos
de la raza infernal de los *mejores*.»

2

«Glorificad esa moral terrible
de que es obligación del hombre recto
pedir la perfección de lo imperfecto
y hacer de la virtud un imposible.»

3

«¡El hombre! enaltecedle con respeto
como á un Dios destronado,
y jamás le iniciéis en el secreto
de que es sólo un mamífero endiosado.»

4

«Amad, en religión, la verdadera,
y acabad con el hierro y con la hoguera

con todo el que presuma de blasfemo.
¡Llevad hasta el extremo
todo aquello que ofusca y desespera!»

5

«Elevad el encanto
del santo matrimonio á lo ultra santo,
y no forméis empeño
en querernos probar que el que se casa
tiene una cama grande, en la que pasa
más horas de fastidio que de sueño.»

6

«Enseñad á esperar; es tan cumplida
la humana confianza,
que se traga el anzuelo de la vida
con el cebo fatal de la esperanza!»

7

«Realizad el programa
de que el hombre de ideas generosas
siempre debe matarse por tres cosas:
¡por su fe, por su ley y por su dama!»

8

«Y cautelosamente
cuando os falte la luz de lo presente,
abrid una ventana en lo futuro,
haciendo así reinar eternamente
los sagrados misterios de lo oscuro.»

Juntando á estas diabólicas recetas
las obras de Aristóteles completas,
al morir Butibamba, honradamente,
en honor á la ciencia,
á Juan García las dejó en herencia
por juzgarle su próximo pariente;
y prestó un gran servicio,
pues, gracias á su celo,
con ellas pudo hacer el Santo Oficio
una Babel para escalar el cielo.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
VI
Quiriendo gozar pronto el Licenciado
de los tristes placeres del pecado,
le dijo á Juan García
señalando á *Muliércula*:—Es urgente
que á ese fuego infernal, que ya se enfría,

á esa mujer, creada por mi mente,
se la inspire, no un alma cual la mía,
sino esa vida que vegeta y siente.
—Verdad—dijo á Torralba Juan García,—
frío y desalquilado
el infierno ya está, como algún día
el Olimpo de dioses despoblado.
Desde el supremo instante
en que al hombre enseñó su infierno el Dante,
á otra región lo trasladó el Eterno,
y de este mundo lo sacó en el acto,
temiendo que perdiese su contacto
la honradez de los diablos del infierno.
Mas, al ver á la gente condenada,
por no dejar su infierno, sublevada,
frunciendo el entrecejo
todo el infierno viejo
petrificó el Señor con su mirada.
Y ¡oh patriótico amor! Dios quiere en vano
llevarlos á un planeta más lejano,
que en varias formas y diversos modos,
aceptando el castigo soberano,
con placer sobrehumano,
convertidos en rocas, bajan todos
al reino mineral del reino humano.
Trasladado el infierno á tierra extraña,
¿cómo podría estar un condenado
en un punto alejado
del idioma español y el sol de España?
El mismo Butibamba entre sus gentes
es, convertido en roca,
un ídolo de piedra en cuya boca
ya se crían nidadas de serpientes.
Y aunque no ha hablado Dante
del suplicio de ser *roca pensante*,
los necios que presumen que están ciertos
de que todo la nada lo devora,
porque tienen los muertos
cierto modo de vida que se ignora,
no conocen las luchas tenebrosas
en que, en los días de dolor, batallan
las cosas con las cosas,
que oyen, miran y sufren, pero callan.—

VII

Y—Al fin llegó el momento
—dice á Torralba con seguro acento,—
pues ya, galante corredor de amores,
el polen dispersando de las flores,

hace una boda universal el viento.—
 Y sopló Juan García diligente
 cenizas que atizaba inútilmente.
 Mas como el mundo enseña
 que es fácil hacer fuego donde hay leña,
 el Licenciado luego,
 para avivar el extinguido fuego,
 al ver la puerta del lugar maldito,
 á descolgar de su dintel se lanza
 el gran listón en que se hallaba escrito
 el ¡DEJAD AL ENTRAR TODA ESPERANZA!
 Y al avivar con el listón la hoguera,
 dijo Torralba:—Dios, de esta manera,
 hará otro infierno, al que de nuevo lleve
 la esperanza maldita,
 que cual la sed de Tántalo, se irrita
 viendo correr el agua que no bebe.
 ¡Oh esperanza tan loca como bella!
 ¿Qué pena en él á realizar se alcanza,
 si no está en el infierno la esperanza
 y el desengaño y la inquietud con ella?—
 Y después, dirigiendo unas miradas
 al fuego casi extinto
 que aun queda en el recinto
 de las grandes pasiones depravadas,
 García con presteza
 se inclina, coge tierra, se levanta,
 y de aquella mujer en la cabeza
 á derramar ceniza se adelanta,
 diciéndola:—¡En el nombre de la santa
 madre naturaleza!—
 Y añadió Juan García:
 —¡Marcha ahora á vivir, ama y sé amada!—
 Así fué la *Muliercula* aquel día
 con fuego del infierno bautizada.

VIII

Y mientras Juan García
 comete estos horrores,
 ¿qué hacían aquel día
 Catalina y Zaquiél, dos pecadores
 que no están redimidos todavía?
 Sin casquete de cuernos,
 adorno natural de los infiernos,
 está Zaquiél de Catalina al lado
 ya en ángel transformado,
 y los dos, con acento inconsolable
 queriendo redimir lo irredimible
 rezan con fe invencible,

por el hombre culpable,
 en la punta de un monte inaccesible
 donde ya no es el aire respirable.
 Ella, fiel de Torralba á la memoria,
 con su oración quiere aliviar sus penas,
 que, además de un placer, es una gloria
 vivir para expiar faltas ajenas.
 Y en tanto que, con místico semblante
 y labios sonrosados,
 dignos de ser besados
 de un hermano más bien que de un amante,
 pide al cielo del hombre impenitente
 el perdón de las culpas y pecados,
 adornando su frente
 con vislumbres extrañas
 un iris se tendía vagamente
 sobre el fondo del valle, como un puente
 que pusiese en contacto dos montañas;
 y con el rostro en las alturas fijo,
 —¡Perdonadle, Señor!—la sombra dijo.
 Después, llorando, repitió la frase
 con profunda tristeza,
 y la frente inclinó, cual si llevase
 todo el peso del mundo en la cabeza.

IX

Mirando de improviso Juan García
 hacia el lugar por donde nace el día,
 —¡Escuchad—exclamó—como el gran Demo
 desde aquella montaña
 les da á sus hijos el adiós supremo,
 al marcharse á ser rey á tierra extraña!—
 Y miran, á través del horizonte,
 de Demo la figura,
 que se eleva en la cúspide de un monte
 donde acaba la vida, y no la altura,
 y que prorrumpe así:—¡Miseros seres,
 condenados por Dios á eterno duelo,
 por disfrutar placeres
 que no están en los cánones del cielo;
 convertido el infierno en un osario,
 hoy os dejo, en unión con los mortales,
 el sublime escenario
 de los siete pecados capitales;
 y pues que vuestro celo
 se deja ahí petrificar sin pena,
 y que así como al preso la cadena,
 del infierno el amor os ata el suelo,
 después que soportasteis los horrores
 de un destino inclemente,

proseguiréis gozando eternamente
 el gran placer que vive de dolores.
 ¡No esperéis redención, raza culpable!
 ¡Como todo en la tierra es miserable,
 de miseria en miseria
 hará vuestro dolor interminable
 en su cópula eterna la material
 Corriendo del dolor la inmensa gama,
 gozaréis el amor en giro eterno,
 desde la pura llama,
 hasta el odio más tierno,
 pese al vulgo que cree que es el infierno
 un refugio infeliz donde no se ama.
 Entre rocas y plantas venenosas,
 seguiréis como larvas tenebrosas
 del odio y del amor la cruda guerra,
 que es perpetua en la tierra
 la hostilidad constante de las cosas.
 ¡En vano, huyendo del dolor que espanta,
 la substancia mortal se transfigura,
 que en el hombre, en el mármol, en la planta,
 en el fondo de todo, hay amargura!
 Y es ley, pueblo querido,
 de que todo lo que es y lo que ha sido,
 acabe al fin como acabó este infierno,
 que es el silencio eterno
 el diapasón final de todo ruido!—

x
 Y en prueba de obediencia,
 el gran Demo, creyendo
 que ya estaba de Dios en la presencia,
 —¡Voy, Señor!—exclamaba, respondiendo
 á una voz que sonaba en su conciencia.
 Y al cumplir reverente
 las órdenes divinas,
 en tanto que fulguraban culebrinas
 de tristeza y de espanto por su frente,
 mira al valle de nuevo, se levanta,
 y hollando con su planta
 la nieve de cien siglos de la sierra,
 puso el pie en un cometa que pasaba,
 a tiempo que su labio murmuraba:
 —¡Adiós, infierno mío!—
 Y cuando ya la noche adelantaba
 su silencio, sus sombras y su frío,
 obediente el cometa,
 de orden del Ser Supremo,
 cruzando los espacios, llevó á Demo
 a ser rey de otro infierno á otro planeta.

CANTO OCTAVO

TORRALBA HALLA LA DICHA EN LA MUERTE

—Con la iglesia hemos dado, Sancho.
 —Ya lo veo, respondió Sancho, y plegue á Dios que no
 demos con nuestra sepultura.
 (QUIJOTE, parte 2.^a, capítulo IX.)

I. La ciudad de Cuenca.—II. Torralba en la Inquisición.—III. Proceso de Torralba.—IV. Confesión de Torralba.—V. El tormento.—VI. Las sombras de Zaquiél y Catalina.—VII. El auto de fe.—VIII. Muerte de *Muliércula*.—IX. Torralba muere de asco de la vida.—X. Última aparición de Catalina.

I

De montes circundada,
 está Cuenca, fundada
 sobre un cerró de forma de una piña,
 y conforme descende, va, ensanchada,
 á buscar más espacio en la campiña.
 Valerosa ciudad, que, por su arrojo,
 desde los tiempos de los moros pudo
 lucir un cáliz de oro por escudo
 y una estrella de plata en campo rojo.

II

En seis de mayo iba á romper el alba,
 cuando en cierta prisión del Santo Oficio,
 á don Diego de Zúñiga, Torralba
 —Sois—le decía—un desertor del vicio.
 —Yo soy—dice don Diego—un caballero...
 —¡Sí! ¡sí!—gritó Torralba presuroso,—
 que supo delatar á un compañero
 al Santo Tribunal, por sospechoso
 de ser casi un apóstol de Lutero.
 —Porque soy un cristiano verdadero...
 —Porque sois un tramposo
 que, engañando la fe de un pueblo entero,
 un santo acreditó de milagroso
 para ganar ofrendas y dinero.
 —La ley de Dios es un deber sagrado—
 Zúñiga repeta:
 y Eugenio de Torralba le decía:
 —Es muy malo el pecado,
 pero es mucho peor la hipocresía
 de unos viles hidalgos que, á millares,
 aspiráis al honor de familiares,
 por no ser sospechosos de herejía.—

III

Y cuando lentamente
 ya, colgado del sol marchaba el día,

proseguiréis gozando eternamente
 el gran placer que vive de dolores.
 ¡No esperéis redención, raza culpable!
 ¡Como todo en la tierra es miserable,
 de miseria en miseria
 hará vuestro dolor interminable
 en su cópula eterna la material
 Corriendo del dolor la inmensa gama,
 gozaréis el amor en giro eterno,
 desde la pura llama,
 hasta el odio más tierno,
 pese al vulgo que cree que es el infierno
 un refugio infeliz donde no se ama.
 Entre rocas y plantas venenosas,
 seguiréis como larvas tenebrosas
 del odio y del amor la cruda guerra,
 que es perpetua en la tierra
 la hostilidad constante de las cosas.
 ¡En vano, huyendo del dolor que espanta,
 la substancia mortal se transfigura,
 que en el hombre, en el mármol, en la planta,
 en el fondo de todo, hay amargura!
 Y es ley, pueblo querido,
 de que todo lo que es y lo que ha sido,
 acabe al fin como acabó este infierno,
 que es el silencio eterno
 el diapasón final de todo ruido!—

x
 Y en prueba de obediencia,
 el gran Demo, creyendo
 que ya estaba de Dios en la presencia,
 —¡Voy, Señor!—exclamaba, respondiendo
 á una voz que sonaba en su conciencia.
 Y al cumplir reverente
 las órdenes divinas,
 en tanto que fulguraban culebrinas
 de tristeza y de espanto por su frente,
 mira al valle de nuevo, se levanta,
 y hollando con su planta
 la nieve de cien siglos de la sierra,
 puso el pie en un cometa que pasaba,
 a tiempo que su labio murmuraba:
 —¡Adiós, infierno mío!—
 Y cuando ya la noche adelantaba
 su silencio, sus sombras y su frío,
 obediente el cometa,
 de orden del Ser Supremo,
 cruzando los espacios, llevó á Demo
 a ser rey de otro infierno á otro planeta.

CANTO OCTAVO

TORRALBA HALLA LA DICHA EN LA MUERTE

—Con la iglesia hemos dado, Sancho.
 —Ya lo veo, respondió Sancho, y plegue á Dios que no
 demos con nuestra sepultura.
 (QUIJOTE, parte 2.^a, capítulo 1X.)

I. La ciudad de Cuenca.—II. Torralba en la Inquisición.—III. Proceso de Torralba.—IV. Confesión de Torralba.—V. El tormento.—VI. Las sombras de Zaquiél y Catalina.—VII. El auto de fe.—VIII. Muerte de *Muliércula*.—IX. Torralba muere de asco de la vida.—X. Última aparición de Catalina.

I

De montes circundada,
 está Cuenca, fundada
 sobre un cerró de forma de una piña,
 y conforme descende, va, ensanchada,
 á buscar más espacio en la campiña.
 Valerosa ciudad, que, por su arrojo,
 desde los tiempos de los moros pudo
 lucir un cáliz de oro por escudo
 y una estrella de plata en campo rojo.

II

En seis de mayo iba á romper el alba,
 cuando en cierta prisión del Santo Oficio,
 á don Diego de Zúñiga, Torralba
 —Sois—le decía—un desertor del vicio.
 —Yo soy—dice don Diego—un caballero...
 —¡Sí! ¡sí!—gritó Torralba presuroso,—
 que supo delatar á un compañero
 al Santo Tribunal, por sospechoso
 de ser casi un apóstol de Lutero.
 —Porque soy un cristiano verdadero...
 —Porque sois un tramposo
 que, engañando la fe de un pueblo entero,
 un santo acreditó de milagroso
 para ganar ofrendas y dinero.
 —La ley de Dios es un deber sagrado—
 Zúñiga repeta:
 y Eugenio de Torralba le decía:
 —Es muy malo el pecado,
 pero es mucho peor la hipocresía
 de unos viles hidalgos que, á millares,
 aspiráis al honor de familiares,
 por no ser sospechosos de herejía.—

III

Y cuando lentamente
 ya, colgado del sol marchaba el día,

entró en la estancia un pelotón de gente;
y en tanto que Torralba los veía
con el aire alocado de un demente,
un fraile, con un libro, que tenía
escrito en la portada

con tinta roja y caracteres gruesos,
«Expediente formado
á Eugenio de Torralba, el Licenciado,
por mentir, por volar y otros excesos»,
fué haciendo la pesquisa

de todos sus errores y locuras,
mientras él se reía con la risa
que ensayó el ángel malo en las alturas.

Y hablando á un familiar, que parecía
con traje negro un sacristán de aldea,
le manda un grave inquisidor que lea
la sentencia fatal, que así decía:

«Constando al tribunal del Santo Oficio
que, gracias al influjo
de un cierto Angel Zaquiél, ya excomulgado,
Torralba el Licenciado
fué alquimista, hechicero, mago y brujo;

Constando que aprendió la ciencia ignota
del cura de la aldea de Bargota,
que en minutos, montado en una caña,
iba y venía desde Italia á España;
y que en mago una noche convertido
por el brujo Zaquiél, ángel caído,
pasó á Italia de un salto,
y á las dos ó tres horas de saqueada
supo por él Valladolid pasmada
que Borbón tomó á Roma por asalto;

Constando que no hay dogma que él respete,
que, haciendo una mujer como un juguete,
se fué á vivir en paz entre las fieras,
en una de las grandes cordilleras
que suben desde Cuenca á Tragacete;
añadiendo á todo eso
que permitió, en el valle en que fué preso,
babilónicos lujos,
teniendo con las brujas y los brujos
muchas cenas con pan, con vino y queso;

Constando que es Torralba un codicioso
que intentó descubrir la tan buscada
piedra filosofal, jamás hallada;
y que, emulando al diablo en lo ambicioso,
alimentó el deseo
de crear el *Homínculus* famoso,
tan-hijo de la tierra como Anteo;
y que alcanzó de creador la palma

entre todos los sabios de su secta
formando la *Muliércula* sin alma,
que es la belleza natural perfecta;

Constando que, causando su entusiasmo
Martín Lutero y Desiderio Erasmo,
sólo ama la materia, y de este modo
su ciencia es tan profana
que, odiando el alma humana,
admira el alma cósmica del todo;

Constando que este monstruo de impostura
para un cercano porvenir augura
la religión del Padre,
sin Hijo, sin Espíritu y sin Madre;

Constando que, según su testimonio,
el Dios-Hijo fué un hombre extraordinario;
y que á veces también, el temerario,
dudó de la existencia del demonio;
por el cielo inspirado

el Tribunal acuerda
que á Eugenio de Torralba, el Licenciado,
se le aplique el tormento de la cuerda.»

IV

—¿Estáis arrepentido?—

le preguntó el lector con voz severa.
Sintiendo el odio de Luzbel caído,
Torralba contestó de esta manera:

—Disponga el Santo Oficio lo que quiera,
pues ya, más resignado que afligido,
no maldigo la hora en que he nacido,
en gracia del instante en que me muera.
En religión desprecio más que el clero
la ignorancia del díscolo Lutero;

y si estudio el problema
de si es peor la vida que la nada,
eso lo vi en Pirrón, cuyo sistema
borró la creación de una plumada.

Con respecto al placer, quise en lo hermoso
buscar el bienestar para el sentido,
después que he conocido
que el alma es la enemiga del reposo.

Inventó la *Muliércula* mi ciencia,
porque hallé en mi conciencia
un insondable abismo,
al meditar en calma

que Dios, al dividirlo en cuerpo y alma,
hizo al hombre enemigo de sí mismo.

No extrañéis que mi juicio
prefiera, con perdón del Santo Oficio,

á una existencia ascética, la muerte;
 el amor es la vida en ejercicio,
 y abomino á esa turba que convierte
 el ceñidor de Venus en cilicio.
 Dudo mucho, es verdad; y cuando niego
 es que imito el estilo
 de aquel divino Sócrates, que ciego
 lanzó burlón de su sagrado asilo,
 con palabras de fuego,
 las potestades trágicas de Esquilo;
 y obedezco tranquilo
 al Justo que echó luego
 á puntapiés, desde el Olimpo griego,
 los dioses de Catón y de Camilo.—

Replicó el que leta:—Según eso,
 ya, convicto y confeso,
 después de oído, el Tribunal declara
 que, sufrido el tormento,
 Eugenio de Torralba quede exento
 de morir, como algunos condenados
 que en borricos montados,
 teniendo una coraza por sombrero,
 en el auto de fe serán llevados
 al cadalso llamado el quemadero.
 Y manda que, después de atormentado,
 sea á la reja de su encierro atado,
 para ver á su innoble compañera
 asada al natural en una hoguera.—
 Torralba respondió:—Muy bien, señores,
 doy con gusto la vida por la nada,
 quiero llegar al fin de la jornada,
 para dejar mi carga de dolores.—
 Después de sentenciado,
 en un lecho de hierro fué tendido
 aquel gran pecador, no arrepentido,
 que parecía un ser ya amortajado.
 Y en tanto que seguía un sacerdote
 leyendo de Torralba los excesos,
 retorciendo otros frailes el garrote
 penetraba la cuerda hasta sus huesos.
 Torralba, en sus dolores sin medida,
 cual los de Job, sus labios balbucean:
 —*Tædet animam meam...*
 mi alma siente el tedio de la vida.—
 Y prosigue:—¡Adelante!
 no pido que se alargue un solo instante
 la vida que maldigo.

Dios dió al Judío Errante
 la eternidad terrestre por castigo.—
 Rezan los frailes desfilando, y luego
 murmura uno de tantos
 de esos que por ser santos
 predicán religión á sangre y fuego:
 —¡Exterminio al pecado!
 La Iglesia, mientras haya un desalmado
 que haga á sus dogmas guerra,
 procurará extinguir sobre la tierra
 la raza de Torralba el Licenciado.—
 Y otro santo replica,
 mirando al tribunal de inquisidores:
 —¡Mueran los pecadores!
 ¡La tumba es un crisol que purifica
 del barro terrenal nuestros errores!—

VI

Mientras sufre Torralba la tortura,
 ve una cosa muy blanca en la blancura,
 y es Zaquiel, que de un vuelo
 se acercaba al umbral de la otra vida;
 y al llegar, con la amante redimida,
 la gloria del Señor cantaba el cielo;
 y al tiempo en que del mundo se alejaron
 las almas de Zaquiel y Catalina,
 con una luz divina
 las puertas del Edén se iluminaron.

VII

Levantado del lecho
 y arrastrado Torralba largo trecho
 por la turba inhumana,
 á la reja le ató de la ventana,
 mientras él, de los reos en acecho,
 mordiéndose los labios con despecho,
 parece un bebedor de sangre humana.
 Febril por los horrores del tormento,
 en tan grave momento
 mezcla Torralba, con ardor fecundo,
 las nieblas de las dudas de las cosas,
 soñando Apocalipsis religiosas
 para augurar el porvenir del mundo.
 Y cuando, de repente,
 marchando frente á frente
 del gran *auto de fe*, mira el gentío,
 sintió en su corazón su último frío.
 Y al descender la hilera

de tanto familiar y tanto impío,
 por una calle que era
 barranco, arroyo y río,
 en verano, en invierno y primavera,
 por el viento agitados
 la larga procesión de condenados
 más que hilera de vivos, parecía
 un huracán de espectros desolados.
 Y cuando al fin la procesión subía
 del quemadero la empinada loma,
 Torralba ya miraba y no veía,
 pues de rabia tenía
 la cara de un Nerón quemando á Roma.
 Sofocando un sollozo que le ahogaba,
 mientras el sol poniente
 al principio lanzaba indiferente
 una luz tan intensa que cegaba,
 al ver desde la cumbre
 marchar á aquella ciega muchedumbre,
 —¡Es lástima— murmura el Licenciado—
 que encubra tan inmensa podredumbre
 la belleza exterior de lo creado.—
 Asomado á la reja del encierro,
 desde lo alto del cerro
 se dispersan en rayos sus miradas,
 y en sus ansias febriles
 entre cosas, ya vistas, ya soñadas,
 ve en el aire unas aves asombradas,
 por tierra deslizarse unos reptiles,
 y en derredor, revoloteando á miles,
 trasgos, sombras, fantasmas, brujas y hadas.
 Y, en medio del dolor que le asesina,
 ve y oye el Licenciado moribundo
 que desde el cielo con amor se inclina,
 y—¡Arrepiéntete!— exclama Catalina,
 con la unción de una voz del otro mundo.

viii

A coro con los ruidos apagados
 que forman los cristales triturados,
 cuando de peña en peña
 sorteando las montañas de los lados
 haciendo eses el Huécar se despeña,
 de unos reos, sin arte amordazados,
 se oyen las oraciones,
 y de otros condenados
 la boca es un volcán de maldiciones.
 Y entretanto, lo mismo que si fuera
 lecho de amor el fuego de la hoguera,

Muliércula, ó más bien, la Torralbesa,
 no sin cierta hermosura
 mostraba en su apostura
 la gracia natural de una tigresa.
 Aunque sufre, es lo cierto
 que, al morir por el que ama,
 está sobre la llama
 más tranquila que un ave en el desierto.
 Teniendo de la bestia lo inocente,
 aunque ya la devora
 de la hoguera la llama intermitente,
 muriendo por el hombre á quien adora
 la estúpida es feliz inmensamente;
 pues por su instinto natural guiada,
 buscando en lo futuro
 la paz de la gran nada,
 por ser su fin mejor y más seguro,
 con el ánimo entero
 murió en el quemadero
 como en lecho de rosas,
 aquel cuerpo sin alma
 que imitó con su calma
 la majestad augusta de las cosas!

ix

La ceniza esparcida
 como un velo la atmósfera empañaba,
 y hasta el sol parecía que empleaba
 la luz del postrer día de su vida.
 Cesó al fin el inmenso desconsuelo
 del grupo condenado
 y, después de quemado,
 el humo subió al cielo,
 y entró todo en la noche del pasado.
 ¡Es un dolor que muera
 tanta inocente y bella criatura;
 pero, después de esa tragedia impura,
 al llegar otra vez la primavera,
 en el monte, en el valle, en la llanura,
 se cubrirán los campos de verdura,
 la verdura de rosas,
 y las rosas después de mariposas!
 Y cuando se dibuja vagamente
 en Torralba una risa del infierno,
 y espera indiferente
 último fin de todo, el sueño eterno,
 dió vuelta á un huracán de pensamientos,
 y por fin, en sus últimos momentos,
 el humo de la hoguera;

el hedor de la grasa derretida;
 el tufo del incienso y de la cera;
 el vapor de la tierra humedecida;
 todo ese vil concierto
 de perfumes extraños,
 le recuerda, de asfixia medio muerto,
 ese olor que despide, al ser abierto,
 un sepulcro cerrado hace mil años.
 Y asomado a la reja
 murmuraba iracundo:

—Por no sufrir este asco que da el mundo,
 vaya con Dios la vida que me deja.—
 Y cuando el alma de Torralba advierte
 que llega a esa región indefinida
 en que acaba la zona de la vida
 y comienza el imperio de la muerte,
 aunque no halla el impío
 esa fe que ve a Dios en el vacío,
 murmura la palabra *¡Misericordia!*;
 maldice de los males de la tierra,
 después de asco y de horror, los ojos cierra,
 siente el hipo final, se enfría y muere.

X
 Y ¡oh, divina ilusión! Ya agonizante,
 cree oír Torralba, en el postrer instante,
 la voz de Catalina que le dice:
 —¡Por aquí... por aquí... sigue adelante,
 que el cielo por mi mano te bendice!—



Poesías

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



el hedor de la grasa derretida;
 el tufo del incienso y de la cera;
 el vapor de la tierra humedecida;
 todo ese vil concierto
 de perfumes extraños,
 le recuerda, de asfixia medio muerto,
 ese olor que despide, al ser abierto,
 un sepulcro cerrado hace mil años.
 Y asomado a la reja
 murmuraba iracundo:

—Por no sufrir este asco que da el mundo,
 vaya con Dios la vida que me deja.—
 Y cuando el alma de Torralba advierte
 que llega a esa región indefinida
 en que acaba la zona de la vida
 y comienza el imperio de la muerte,
 aunque no halla el impío
 esa fe que ve a Dios en el vacío,
 murmura la palabra ¡*Miserere!*;
 maldice de los males de la tierra,
 después de asco y de horror, los ojos cierra,
 siente el hipo final, se enfría y muere.

X
 Y ¡oh, divina ilusión! Ya agonizante,
 cree oír Torralba, en el postrer instante,
 la voz de Catalina que le dice:
 —¡Por aquí... por aquí... sigue adelante,
 que el cielo por mi mano te bendice!—



Poesías

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

ADVERTENCIA

Las TERNEZAS Y FLORES, los AYES DEL ALMA y las FÁBULAS, todas las poesías, en fin, puestas á continuación, han sido escritas por el autor desde los quince á los veintitrés años de edad.

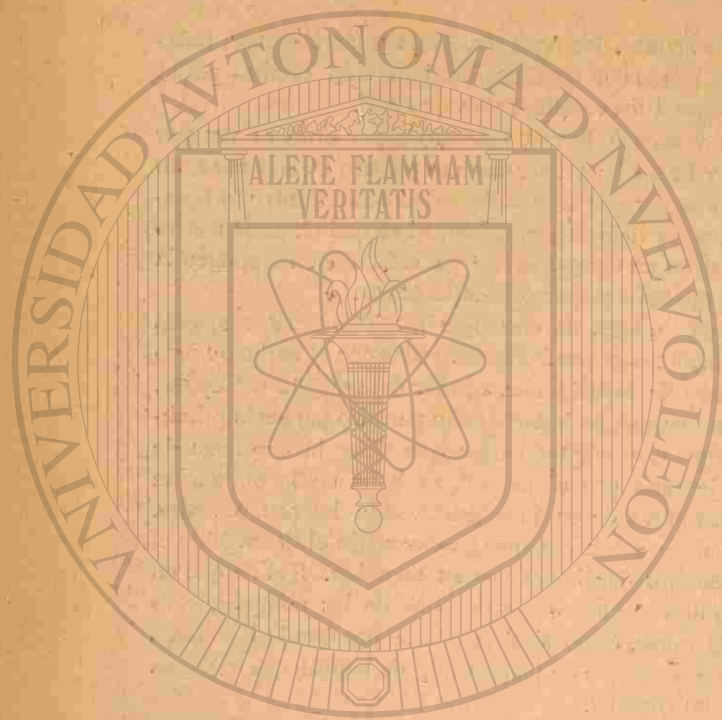
Las TERNEZAS Y FLORES fueron publicadas por primera vez por el Liceo Artístico y Literario; y hoy, que han pasado treinta años, no encuentro la razón de por qué aquella Sociedad literaria tuvo la benevolencia de publicarlas bajo su protección, ni sé qué clase de mérito pudo hallar en ellas en un tiempo en que ya estaba en su apogeo la gloria de nuestros primeros poetas contemporáneos.

Hoy me hallo yo tan lejos de creer que las TERNEZAS Y FLORES mereciesen la distinción con que fueron honradas por el antiguo Liceo Artístico y Literario de Madrid, que, á pesar del empeño del editor, el Sr. D. Victoriano Suárez, no hubiera dado permiso para reimprimirlas si no fuera porque creo que todo autor que tiene la desgracia de exponerse á ser juzgado por el público, se halla en la obligación de exhibir todas las obras de su inteligencia, sean buenas ó malas, porque el lector debe saber como se ha efectuado el desarrollo del pensamiento del escritor que honra con su atención. Eso de que un autor no publique más que una ó dos docenas de las composiciones que crea más superiores, como si él empezase por donde los demás concluyen, tiene un no sé qué de preparado y de teatral que repugna á la franqueza de mi carácter.

En los AYES DEL ALMA van incluídas, por razón de método, algunas composiciones escritas después de los veinte años, como el romance á la *Guerra de Africa* y algunas otras más. En cambio se han trasladado á las DOLORAS algunas poesías de aquel tiempo que se incluyeron en las primeras ediciones de los AYES DEL ALMA.

Aseguro al lector que tengo tan poca confianza en la bondad intrínseca de estas mis primeras composiciones, que, repito, sólo me ha obligado á permitir que se reimprimiesen la razón que dejó expuesta, y además la muy poderosa para mi corazón de que me alegro siempre de ver reproducida la epístola *A mi madre*, una de mis antiguas poesías que yo más quiero.

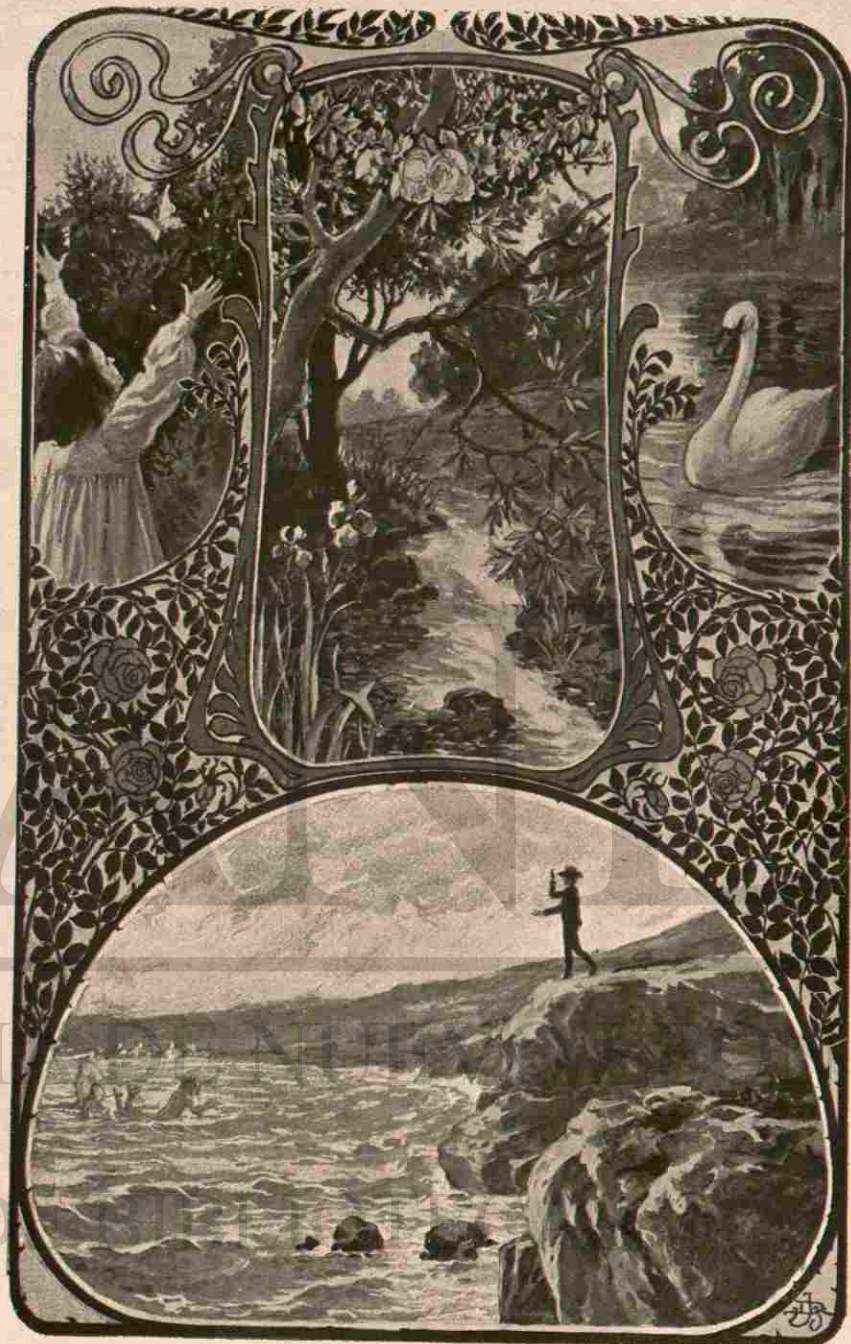
CAMPOAMOR.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

TERNEZAS Y FLORES

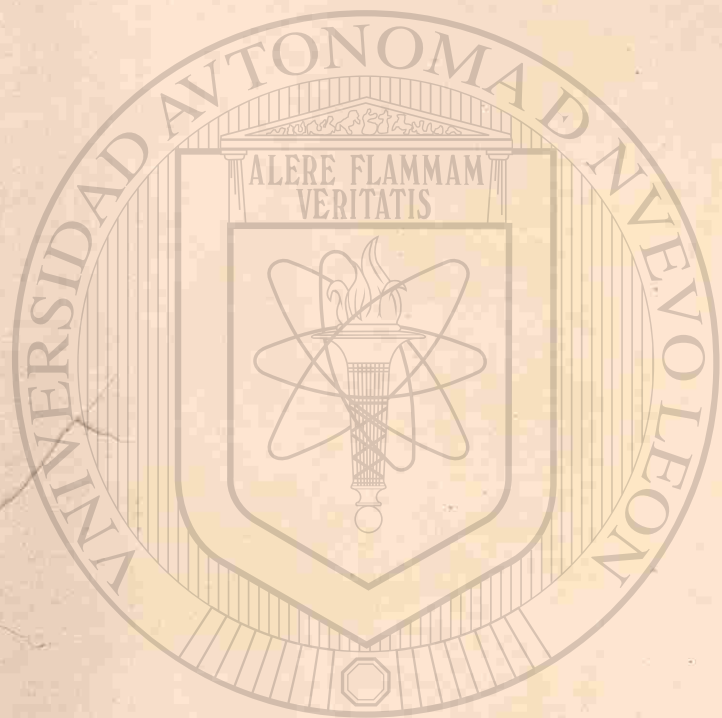


A veces con loco intento
quiere hacer presa en sus galas,
y en vez de tocar sus alas,
toca las alas del viento.
(LA NIÑA Y LA MARIPOSA.)

Las aguas transparentes,
formando al oscilar claros espejos,
los delgados ambientes
arrebolan de mágicos reflejos...
(EL ARROYO.)

Y sus contornos mirando,
con tal placer los divisa,
que hasta le estorba la risa
que forma el agua temblando.
(EL CISNE Y LA SOMBRA.)

—Cantad, sirenas; de la mar sonora
al ronco son alzad vuestra armonía,
como al fulgor de la naciente aurora
murmullas alza la floresta umbria.
(LAS SIRENAS.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



TERNEZAS Y FLORES

LA NIÑA Y LA MARIPOSA

Va una mariposa bella
volando de rosa en rosa,
y de una en otra afanosa
corre una niña tras ella.

Su curso, alegre y festiva,
sigue con pueril afán,
y con airoso ademán
la mariposa se esquivo.

A veces con loco intento
quiere hacer presa en sus galas,
y en vez de tocar sus alas,
toca las alas del viento.

Y su empeño duplicando,
cuanto más corre afanosa,
más leda la mariposa
va su inocencia burlando.

La ciñe en rápido giro,
y al ir a cogerla esbelta,
por cada vez que se suelta,
suelta la niña un suspiro.

Mas, sin ceder en su anhelo,
presta una y la otra ligera,
ni una acorta su carrera,
ni la otra amaina su vuelo.

Y vagan embebecidas,
sin sentir indiferentes
ni el son de las claras fuentes,
ni el de las auras perdidas.

Ni los pájaros que espantan,
entre las ramas divisan,
ni ven las flores que pisan,
ni oyen las aves que cantan.

Y mientras éstas cantando
siguen con plácido estruendo,
la niña sigue corriendo,
la mariposa volando.

—Amaina el vuelo sereno,
mariposa,
de quien es albergue el seno
de la rosa.
¿Por qué en tan dulce ocasión
vas sin tino,
huyendo así la prisión
de lazo tan peregrino?

Reina de las blandas flores,
sus enojos
no temas, ni los ardores
de sus ojos,
porque ese puro arbol
que enamora,
si es luciente como el sol,
es tierno como la aurora.

Entre mil palmas no hay talle
más galano,
ni azucena en todo el valle
cual su mano.
No oirás de su voz divina
la dulzura,
ni en el ruiseñor que trina,
ni en el raudal que murmura.

Aprende el aura á ser leve
de su planta,
y, para formar con nieve
su garganta,
le dió el cisne el atavío
de su pluma,
lumbre la aurora, y el río
su plata, cristal y espuma.

—No sigas más la inconstante
mariposa,
enamorada y errante
niña hermosa,
que al fin vendrá á ser cautiva
de tu llama,
si aun amorosa, aunque esquiva,
la luz de los cielos ama.

Y aunque aspira de mil flores
la fragancia,
no imites en tus amores
su inconstancia;
que al fin de tanto vagar,
suele, hermosa,
entre las flores hallar
la hierba más venenosa.

Imita sólo su vuelo,
pues serena,
jamás, niña, toca el cielo,
ni la arena.

Quien se humilla ó sin razón
subir quiere,
muere á manos de un halcón,
si á las de un áspid no muere.

Mas ¡ay! que vas en pos de ella
vagarosa,
sin escuchar mi querella,
niña hermosa.

Sigues con presteza tanta
tu contento,
que así encomiendas tu planta,
como mi súplica, al viento.—

Y en tan inocente afán,
como su gusto entretienen,
así vagabundas vienen,
y así vagabundas van.

A veces en su embeleso
la mariposa al pasar,
suele fugaz estampar
sobre su mejilla un beso.

Y rauda su vuelo alzando,
la niña de ángel blasona,
al trazar una corona
sobre su frente girando.

Y siguen acordemente
la mariposa en sus giros,
la niña con sus suspiros,
con sus rumores la fuente.

Vagan los aires suaves
formando dobles acentos,
y al grato son de los vientos
siguen cantando las aves.

Y entre tanta melodía,
tanta corriente murmurá,
que es todo el aire frescura,
aroma, luz y armonía.

Y susurrando congojas,
prosiguen mintiendo quejas,
en el pensil las abejas
y en la enramada las hojas.

Y tiernas flores hollando,
y frescas auras batiendo,
la niña sigue corriendo,
la mariposa volando.

LA FLOR DEL VALLE

IMPRESIONES DE UN DÍA DE VIAJE

Flor columpiada entre abrojos,
que en tan apacible calma
trocando estás mis enojos;
tanto me encantas el alma
cuanto suspendes mis ojos.

Y no para mi tormento
quieras divertir mi intento;
que asaz divertido está;
deja á un triste que en el viento
sembrando ilusiones va.

Y aunque hacia ti me encamina
tu purpurino arrebol,
dejame, flor peregrina,
que trasponga esa colina
antes que ese monte el sol.

Porque, en mi amante locura,
comparándote á mi bien,

al lado de tu hermosura
me hallará la noche obscura,
y el claro día también.

Huyendo voy del amor
y de sus templadas iras;
si voy ó no con dolor,
¡bien claro lo miras, flor,
si es que á los ojos me miras!

¡Cuál en un pecho afligido
la ya adormecida holganza
despierta un valle florido,
y más cuando está vestido
del color de la esperanza!

¡Qué dulce si canta un ave
con tierno y sentido afán!
¡Si forma el aura suave
sonidos que nadie sabe
si cruzan, vienen ó van!

¡Y cómo el alma enajena
el agua murmuradora,
cuando, al tumbarse serena,
roba las conchas sonora
rodando sobre la arena!

¡Qué regaladas dulzuras
la queja en el alma deja
de aquellas tórtolas puras,
pues se dicen mil ternuras
para decirse una queja!

Y los sentidos atentos
á tan deliciosos sonos,
¡oh, cómo escuchan contentos
las acordadas canciones
de los acordados vientos!

¡Bien hayas, pintada flor,
gloria del pintado abril,
de tan delicado olor,
que extiende al aire sutil
con tus olores, tu honor!

Los rayos del sol te adoran;
por ti las aves suspiran;
los céfiros te enamoran,
y los viajeros te admiran,
si las serranas te adoran.

Te prestan son los ambientes,
el plácido abril sus galas,
ruido las mansas corrientes,
oro las rubias zagalas,
plata las serenas fuentes.

Te arrulla el árbol sombrío,
el alba aljofar te flora,
te da la noche rocío,
perlas y espumas el río,
luz y diamantes la aurora.

Y al valle tu olor prestando,
con muelle calma estás viendo
cruzar por el aire blando,
ya las tórtolas gimiendo,
ya las alondras cantando.

Y en dulce tropel hirviente
livianos los ecos luchan,
fatigando al manso ambiente,
por repetir dulcemente
lo que dulcemente escuchan.

Y los sentidos atentos
a tan deliciosos sonos,
¡oh, cómo escuchan contentos
las acordadas canciones
de los acordados vientos!

—Al ver tanto bien, mi estrella
me acuerda los que gocé
en el regazo de aquella
que loco por bella amé,
y me despreció por bella.

No es la luz de la mañana,
cuando del valle lozana
las plácidas flores pisa,
tan hechicera y galana
como su dulce sonrisa.

Tanto ¡oh flor! se hace temer
el oro de sus cabellos,
que menos es menester
que el que ellos se dejen ver,
para ser esclavo de ellos.

Y más el alma enajena
que el agua murmuradora,

porque es su voz seductora
como las auras, serena;
como las fuentes, sonora.

Tiene, si el alba blancura,
nieve su pecho gentil,
como las palmas, frescura,
cristales su frente pura,
coral su boca y marfil.

Es de las serranas diosa,
dulce afán de los pastores,
tierna amiga de la rosa,
hermana del alba hermosa,
reina de las bellas flores.

—¡Triste y con turbado intento,
de todas mis dichas hoy
me alejo, y de mi contento!...
Por eso, flor, en el viento
sembrando ilusiones voy.

Adiós; y no extrañes, flor,
que mis amores te cuente,
porque no hay placer mayor
como el placer que se siente
contando cuitas de amor.

En prueba de mi ternura,
para aliviar mis dolores
toma esta lágrima pura,
a ver si una vez natura
me da por lágrimas flores.

Mas si nacieran así,
fuera, según la abundancia
con que salieron de mí,
todo un pensil la distancia
que media desde ella a ti.

Y así su son los ambientes
te den, y el abril sus galas,
ruido las mansas corrientes,
oro las rubias zagalas,
plata las serenas fuentes.

Y al valle tu olor prestando,
con muelle calma estás viendo
cruzar por el aire blando,
ya las tórtolas gimiendo,
ya las alondras cantando.

Y adiós, que turbio ilumina
el vespertino arrebol;
démame, flor peregrina,
que trasponga esa colina
antes que ese monte el sol.

A LA LUZ

SILVA PRIMERA

ALERE FLAMMAM
VERITATIS LA MAÑANA

Va la luz matutina
fantástica, riente,
se asoma peregrina
por el rosado Oriente,
y rica y esplendente
entre risas y perlas se avecina.

En las auras, pasando,
sus levísimas huellas
ligera va estampando,
las nubes matizando,
éstas de nieve, de carmín aquellas.

Ya las tiñe nevada,
riendo bulliciosa,
ya en sus limpios vapores,
partida en mil colores,
las esmalta rosada,
bella si colorada,
pero si blanca, hermosa.

Y así pasando leve,
fugaz de nube en nube,
pisando veleidosa

con su fulgida huella,
ésta con pies de nieve,
con pies de rosa aquella,
la luz de la mañana
por el Oriente sube,
derramando lozana,

con grata confusión, jazmín y rosa.

Su colorada lumbre,
como tapiz galano,
desde la aérea cumbre
del más alzado monte
tiende risueña hasta el florido llano.

Y discurriendo esquiva
por el vago horizonte,

entre sombras y lejos
tiñe con sus reflejos
la niebla fugitiva;
y así con rauda vuelo
sus vivos resplandores
cruzan el ancho cielo,
cegando estrellas y dorando flores.

Las despeñadas fuentes,
su venida celebran
hirviendo transparentes,
y con bullir sonoro,
entre las guijas de oro
cuajando espuma, sus cristales quiebran.

El amoroso bando
de céfiros suaves
va por el valle errando,
sin fin multiplicando,
los dulces ecos de las dulces aves.

Saludan la alborada
los arroyos corriendo,
los pájaros trinando:
aquéllos las orillas
de perlas guarneciendo,
y éstos al aire blando,
plumas y sonos dando.

Ligeras a la luz corren las fuentes;
solicitas susurran las abejas;
los céfiros murmuran transparentes,
y los olmos también, que entre sus hojas
las tórtolas cobijan
que, gimiendo dolientes,
ya exhalan de dolor tiernas congojas,
ya repiten de amor plácidas quejas.

Anuncian su venida
las auras murmurando,
los árboles sus cúpulas meciendo,
las ovejas estáticas balando,
la mar sonora con su ronco estruendo,
con sus lánguidos sonos los ambientes,
con sus cantos los dulces ruiseñores,
bajando de los montes las corrientes,
subiendo de los llanos los pastores.

El prado su verdura
le ofrece cuando huella sus alfombras,
espejo el agua pura,
los árboles sus sombras,
los montes su frescura,

Y adiós, que turbio ilumina
el vespertino arrebol;
dájame, flor peregrina,
que trasponga esa colina
antes que ese monte el sol.

A LA LUZ

SILVA PRIMERA

ALERE FLAMMAM
VERITATIS LA MAÑANA

Ya la luz matutina
fantástica, riente,
se asoma peregrina
por el rosado Oriente,
y rica y esplendente
entre risas y perlas se avecina.

En las auras, pasando,
sus levísimas huellas
ligera va estampando,
las nubes matizando,
éstas de nieve, de carmín aquellas.

Ya las tiñe nevada,
riendo bulliciosa,
ya en sus limpios vapores,
partida en mil colores,
las esmalta rosada,
bella si colorada,
pero si blanca, hermosa.

Y así pasando leve,
fugaz de nube en nube,
pisando veleidosa

con su fulgida huella,
ésta con pies de nieve,
con pies de rosa aquella,
la luz de la mañana
por el Oriente sube,
derramando lozana,

con grata confusión, jazmín y rosa.

Su colorada lumbre,
como tapiz galano,
desde la aérea cumbre
del más alzado monte
tiende risueña hasta el florido llano.

Y discurriendo esquiva
por el vago horizonte,

entre sombras y lejos
tiñe con sus reflejos
la niebla fugitiva;
y así con rauda vuelo
sus vivos resplandores
cruzan el ancho cielo,
cegando estrellas y dorando flores.

Las despeñadas fuentes,
su venida celebran
hirviendo transparentes,
y con bullir sonoro,
entre las guijas de oro
cuajando espuma, sus cristales quiebran.

El amoroso bando
de céfiros suaves
va por el valle errando,
sin fin multiplicando,
los dulces ecos de las dulces aves.

Saludan la alborada
los arroyos corriendo,
los pájaros trinando:
aquéllos las orillas
de perlas guarneciendo,
y éstos al aire blando,
plumas y sonos dando.

Ligeras a la luz corren las fuentes;
solicitas susurran las abejas;
los céfiros murmuran transparentes,
y los olmos también, que entre sus hojas
las tórtolas cobijan
que, gimiendo dolientes,
ya exhalan de dolor tiernas congojas,
ya repiten de amor plácidas quejas.

Anuncian su venida
las auras murmurando,
los árboles sus cúpulas meciendo,
las ovejas estáticas balando,
la mar sonora con su ronco estruendo,
con sus lánguidos sonos los ambientes,
con sus cantos los dulces ruiseñores,
bajando de los montes las corrientes,
subiendo de los llanos los pastores.

El prado su verdura
le ofrece cuando huella sus alfombras,
espejo el agua pura,
los árboles sus sombras,
los montes su frescura,

y perlas y colores,
verdor y aroma las modestas flores.

— ¡Celeste emanación, reina del día!
aunque en silencio mudo,
si te veo ahuyentar la noche umbria,
yo también te saludo
con toda la efusión del alma mía.

Ven, luz resplandeciente,
cruzando el éter con serena calma,
porque las negras sombras
que en el turbio Occidente
á tu aspecto cobardes se apiñaron,
impuras me dejaron
sin paz los ojos, sin sosiego el alma.
Vea hundirse en el lóbrego Occidente
esa turba de nieblas malhadada
en confuso tropel, y sean nada
al dulce albor de tu serena fuente.

Deshaz las sombras, portadoras antes
de regalados sueños,
y que en sus alas de vapor flotantes
me traen hoy fatídicos ensueños.

Obscurece en tu espléndido camino
las pálidas estrellas,
porque no dude entre ellas
cual la estrella será de mi destino.
Llévate en pos la desmayada luna,
que tristes para mí sus rayos fueron,
pues mil promesas por su faz me hicieron
y nunca ¡oh luz! se me cumplió ninguna.

Apaga esplendorosa
de fuegos fatuos los siniestros brillos,
que las alas hendiendo
de la nocturna brisa,
van la amarga sonrisa
de espíritus maléficos mintiendo.

Alumbra los torrentes;
que al escuchar sus desacordes ruidos,
bañado en tierno llanto,
creí que violentos
los encontrados vientos,
arrastraban la fúnebre carroza
del erizado espanto.

Y rica de colores,
y pródiga de rosas y jazmines,
matiza los vapores
que pueblan los ambientes,
porque henchidos de cándida pureza,
imiten relucientes
las alas de los blancos serafines.

SILVA SEGUNDA

EL MEDIODÍA

Descompuesta en cambiantes
por el éter resbalas,
serena luz del cielo,
con ilustre decoro,
tendiendo en manso vuelo
las relucientes alas
que engalanan vistosas,
topacios y diamantes,
como tu albor brillantes,
y fúlgidas y hermosas
ricas cenefas de amarantho y oro.
Cándida fulgurando
tus rayos esplendentes,
vas en tu curso blando
serena matizando
las auras lisonjeras
con visos transparentes,
y limpia reverberas,
si en los aires azul, blanca en las fuentes.

Luciendo esplendorosa
la atmósfera enriqueces,
á veces de oro y rosa,
de nieve y grana á veces,
y al repartir galana
ya el oro, ya la nieve,
ya la encendida grana,
con mágicos vislumbres
bordas, pasando leve,
de plata el ancho mar, de oro las cumbres.

Y pura y rutilante,
desde tu claro asiento
con vagos resplandores
esclareces brillante
la tierra de colores,
si de llamas el viento;
y arrastrando lumbrosa

de blancos arreboles
el escuadrón lucido,
cruzas el aire de tu gloria henchido,
con alas de jazmín y pies de rosa.

Alzas el vuelo ardiente
hacia el cenit radiante,
y en el vivificante
blanca te enseñoas,
y con ligero paso,
desde el risueño Oriente
hasta el ceñudo ocaso,
tu corte luminosa
en alas de tu ardor libre paseas.
Y al fogoso ardimiento,
aunque fogoso, grato,
de tu abrasado aliento,
con magnífica pompa y rico ornato
arden los bosques y se enciende el viento.

Natura, fascinada
al dulcísimo peso
de tan puro embeleso,
se aduerme sossegada;
Ni balan las ovejas,
ni las hojas se mueven,
ni las volantes auras
á murmurar se atreven.
Se ostentan en sus tallos
inmóviles las flores;
tendidos á las sombras,
del soto en las alfombras
se mira á los pastores.
Mudos callan los ecos,
las diáfanos corrientes
débil rumor levantan;
y con blando reposo
en éxtasis sabroso
ni el aura vuela, ni las aves cantan.

Tal vez en la espesura
el céfiro despierta
para tejer doseles
de rosas y claveles,
porque en la frente pura
del clavel y la rosa
se mitigue la saña
de la luz enojosa,
cuando estival con profusión nos baña.

Cruzando perezosos
el prado los insectos,
los rayos luminosos
con lánguido desmayo
embelesados miran,
y mil átomos giran
en torno al resplandor de cada rayo.

A flor del agua pura
los peces se levantan
desde el profundo asiento,
y rápidos quebrantan
su límpida clausura
con presto movimiento.
La tersa superficie
se muestra delicada
partida en cien espejos,
y el aire matizando,
bellísimos reflejos
irradia colorada.
En la fuente serena
se mira rodeado
cada grano de arena
de puros arreboles,
y en fingido traslado
cada gota gentil miente mil soles.

Los ánades sus alas
sobre las aguas tienden,
que cual lustrosos prismas
mil colores desprenden;
y ya azul, ya rosada,
ya de color de nieve,
sutilísima, leve,
la luz brillando, salta
de sus flotantes plumas,
y blanca y azulada,
y de color de rosa,
y espléndida y hermosa,
ligeramente esmalta
las bullentes y cándidas espumas.

Pulidos reluciendo
los purpúreos corales,
los nácares y conchas
y perlas orientales,
con fulgida armonía,
espléndidos parecen
los blancos arenales
alfombras de brillante pedrería.

La meridiana lumbre
 su planta esplendorosa
 sobre las nubes sienta,
 y allá en la excelsa cumbre
 la frente nacarada
 de záfiro ornada,
 con pompa, majestad y orgullo ostenta.

Vertiendo ardor fecundo,
 con pies de rosicler bordando flores,
 la luz que tanto adoro
 con leves alas de oro
 el claro vuelo sigue, henchiendo el mundo
 de arreboles y llamas,
 y reflejos y visos y colores.
 Serena luz: ¡qué hermosa,
 arrastrando tu séquito lucido,
 cruzas el aire, de tu gloria henchido,
 con alas de jazmín y pies de rosa!

Por eso arrebatadas
 por beber de tus rayos celestiales
 la benéfica lumbre,
 rápidas hienden la celeste cumbre
 en vistoso tropel las garzas reales.

Por eso transparentes
 caminando las fuentes
 con sosegadas huellas,
 ni murmuran querellas,
 ni arrojan perlas, ni rumor levantan,
 y sin duda por eso
 adormidas con mágico embeleso,
 ni el aura vuela, ni las aves cantan.

¡Oh! Corona la esfera
 del ardimiento grato
 de tu abrasado aliento,
 porque al fulgor de tu imperial carrera,
 con magnífica pompa y rico ornato,
 ardan los bosques y se encienda el viento.

SILVA TERCERA

LA TARDE

Con agradable paso,
 dulce, adorada lumbre,
 el noble señorío
 cedés del cielo raso

al resplandor sombrío
 de las rubias estrellas,
 y plegando tus alas
 en grata mansedumbre,
 recoges ¡ay! con ellas
 tu hermosa esplendidez y ricas galas.

Ornada de rubíes,
 hundes la tierna frente
 en la mar encendida,
 y con franjas vestida
 de rojos carmesíes,
 retocas levemente
 la mar de verde y plata,
 de azul el ancho cielo,
 y, con lucido vuelo,
 las nubes de escarlata,
 y de esmeralda el suelo.

De las excelsas vías
 ligera te desprendes,
 y si al nacer subías
 de nube en nube osada,
 ya mustia y desmayada,
 de una en otra descendes,
 y en las verdes alfombras
 de los profundos mares
 tu manto real descolorida tiendes,
 cegando luces y engendrando sombras.

Con plácido desmayo
 su incendio peregrino,
 ya débil, mortecino,
 se apaga rayo á rayo;
 y leve y rubicunda,
 de su fulgor escaso
 débilmente se inunda
 el esplendente ocaso;
 y fulgurando triste,
 de la atmósfera vana
 el transparente manto
 ligeramente viste
 con pálidos reflejos,
 ya aquí de rosa y grana,
 ya allá de nieve y rosa,
 acullá de amaranto,
 más lejos de oro, y de jazmín más lejos.

Iluminando apenas
 el cárdeno horizonte,

con ráfagas serenas
riela esplendorosa
colorada en el monte,
rica en los cielos, y en la mar hermosa.

¡Cómo están despidiendo
del rojo sol las postrimeras lumbres
con desacorde estruendo,
balando los rebaños por las cumbres,
por los valles las tórtolas gimiendo!

Y en alas de los céfiros suaves
formando bandas, por los aires, bellas,
¡oh, cómo en pos de sus brillantes huellas
rápidas van las altaneras aves!

Con lúgubre gemido
solloza el manso viento;
es un ¡ay! cada ruido,
cada voz un lamento.

Los árboles sus cúpulas frondosas
con verde pompa y majestad inclinan,
á impulso de las auras sonoras
que hacia el ocaso tras la luz caminan.

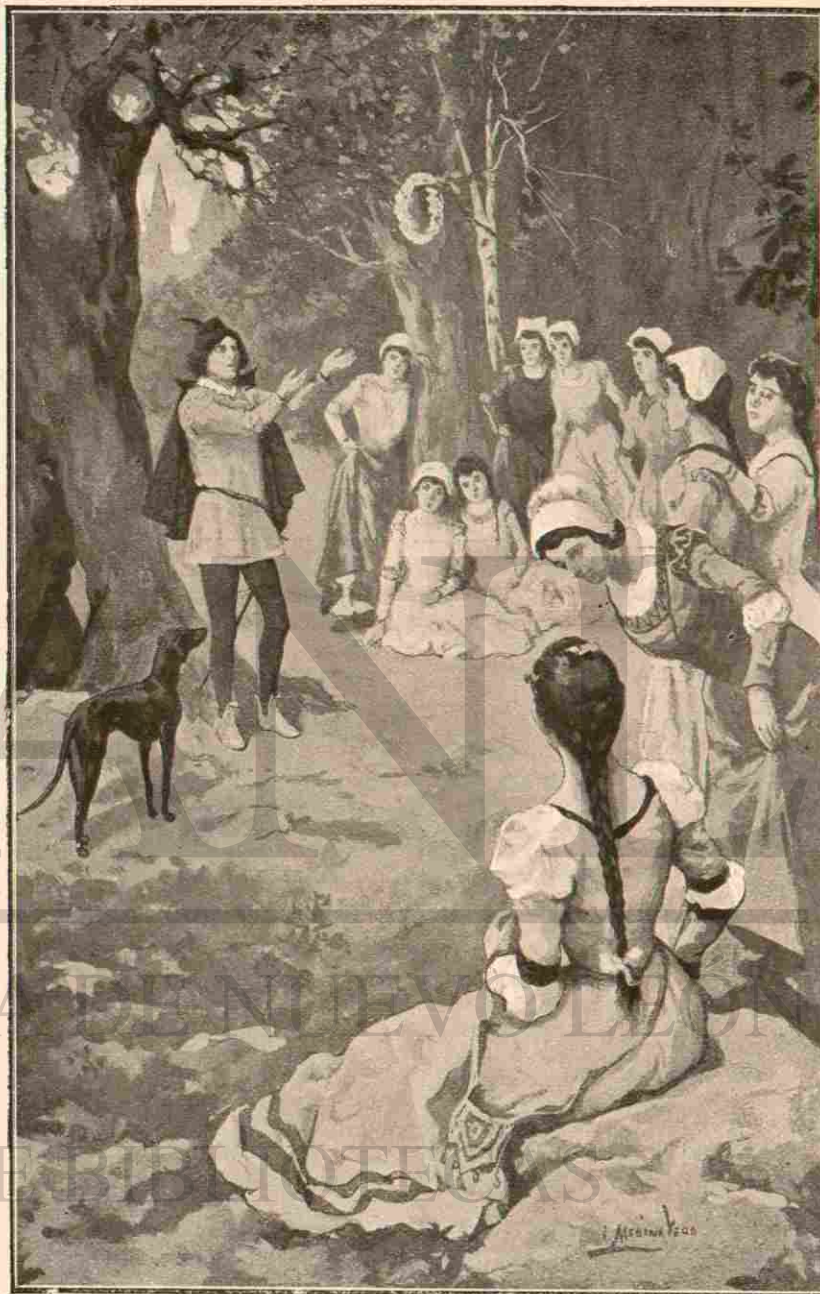
Si alza la noche su atezado manto,
la luz huyendo, sus horrores dobla;
si gime un ave en dolorido canto,
el eco gime, y su plañir redobla.

Quejas levanta al murmurar doliente
fugaz el aura en apacibles giros,
y al transmuntar la luz, son de la fuente
las aguas llanto y el rumor suspiros.

¡Ay! no es así cuando á los frescos llanos
bajan al alba en celestial decoro
sífides blancas, que con rubias manos
la aurora ciñen con guirnalda de oro.

Plácida entonces entre flores gira
ligera el aura despertando olores,
y regalada del frescor, respira
amor la selva y la pradera amores.

La niebla entonces por el manso viento
se adorna de los rayos matutinos,
y entonces se oyen con sabroso acento,
en vez de quejas, amorosos trinos.



LA GUIRNALDA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

Dar pretzelo á la más bella,
que menos sepa de amores,
una guirnalda de flores
y mi corazón con ella.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Sombras, que osadas hacia el rubio ocaso
camináis tristemente
tardías, refrenad el negro paso;
que aun brillan, cual lucientes atalayas,
del yerto monte las robustas hayas!

¡Refrenad, bando impuro,
el paso acelerado,
templando los horrores
de vuestro manto obscuro;
que aun miro alborozado
del claro sol el resplandor propicio,
si alfombras huella de olorosas flores,
ó la orilla tal vez de un precipicio!

No importa que de estrellas,
al parecer tan bellas,
bordéis esplendorosas
las alas tenebrosas;
sus pálidos reflejos
son mentidos espejos;
y el brillo afrentan de las más preciosas
las falsas piedras, si se ven de lejos.

Mas ¡ay! que con tu corte refulgente,
luz de mis ojos, te abismaste en tanto...
¿Por qué, si al transmontar, son de la fuente
ayes los sones y las agnas llanto?

Vuelve otra vez, porque á los frescos llanos
bajen al alba en celestial decoro
silfides blancas, que con rubias manos
la aurora ciñan con guirnalda de oro.

Vuelve, y que entonces entre flores gire
ligera el aura despertando olores,
y regalada del frescor, respire
amor la selva y la pradera amores.

LA GUIRNALDA



Dar pretendo á la más bella,
que menos sepa de amores,
una guirnalda de flores
y mi corazón con ella.

Niñas de los ojos bellos,
al triunfo optad las primeras,
si al par contáis hechiceras
las gracias y los cabellos.

Venid sin vanos aliños
con ella á ser coronadas,
hermosas como las hadas
con quien soñamos de niños.

Palma del mejor modelo
será esa guirnalda hermosa,
que al aire ondea graciosa,
mintiendo el iris del cielo.

Listadas de azul y gualda
sus bellas flores nacieron;
jamás las gracias tejieron
tan peregrina guirnalda.

Ved las auras amorosas
¡cómo vagando la mecen!
ved ¡qué conformes parecen
entre los lirios las rosas!

Con los azahares distinto
junta el clavel su carmín,
y entre jazmín y jazmín
salta el color del jacinto.

¡Cómo en la tierna guirnalda
concuerdan con dulce agrado
con el matiz más nevado
la más subida esmeralda!

¡Y cuán gallardas las flores
dan, con gentil movimiento,
capullos y hojas al viento,
frescura, esencia y colores!

Si alguna, entre tanta bella,
aspira al don soberano,
levante airosa la mano
y ciña su sien con ella.

Mas cuide no se la ciña
sin ser de beldad modelo,
pues pagará, vive el cielo,
su inadvertencia de niña.

Que nadie el don halagüeño
sin causa podrá alcanzarlo,
pues se deshace al tocarlo,
como la dicha de un sueño.

De alguna sé que la palma
ganar en la lid podría...
Mas cesa, esperanza mía,
no así me inquietes el alma.

Que no han de empañar ahora,
al recordar mis amores,
otras lágrimas las flores
que las que les dió la aurora.

Esa florida guirnalda,
ya despojada de abrojos,
ha de hechizarme los ojos
sobre la tez de una espalda.

Venid, venid, peregrinas,
matando niñas de amores.
Justo es que gocéis las flores
alguna vez sin espinas.

Y no diréis que inhumano
vuestro placer no prevengo,
cuando por vosotras tengo
llenas de heridas la mano.

¿Y á quién, al verla, no asombra
esa guirnalda gentil,
tan vaga, aérea y sutil,
que, opuesta al sol, no hace sombra?

Del cielo la transparencia
afrenta así desplegada,
de aire y matices formada,
lumbre, contornos y esencia.

Cual las esperanzas mías,
tiene su verde frescura,
y tan fresca su verdura
como el abril de mis días.

Aun no ajaron sus colores
del céfiro los arrullos,
ni el huracán sns capullos,
ni las abejas sus flores.

Y con tenue movimiento,
jamás tocaron sus galas
ni del ruiseñor las alas,
ni los gemidos del viento.

Naciente, pura y hermosa,
se ostenta con pompa suma
tan fresca como la espuma,
tan suave como la rosa.

Y fresca y suave y pura,
sobre los aires flotando,
desde hoy la dejo esperando
la reina de la hermosura.

Por esto si alguna bella
merece el don soberano,
levante airosa la mano
y ciña su sien con ella.

A FELISA

EL DÍA DE SU BODA

Aunque á la aurora temores,
y al mismo sol des enojos,
te sientan con mil primores
la languidez en los ojos
y en el cabello las flores.

Muestran tantas maravillas
los diamantes en tu cuello,
las rosas en tus mejillas,
que con real ornato brillas
desde la planta al cabello.

Y aunque arreo tan brillante
dé á tu belleza decoro,
¡ay, que en tu lindo semblante
oculta cada diamante,
bella Felisa, un tesoro!

Vertiendo dulce sonrisa,
no ocultes los ojos bellos,
porque te dirán con risa
que ya leyeron, Felisa,
tus pensamientos en ellos.

Embebecida y errante
vagas con planta insegura,
cual si escucharas amante
el céfiro susurrante
que entre tus bucles murmura.

Ya sé que en este momento
las niñas en dulce calma
oyen, con turbado intento,
cosas que murmura el viento
y escucha gozosa el alma.

Ya sé que el cielo abandonan
los ángeles, y que hermosos
de luz su frente coronan
y dobles himnos entonan,
de su hermosura envidiosos.

Sé que en sus ojos se encantan
y que en torno se revuelven;
acentos de amor levantan;
las llaman hermosas; cantan;
besan su faz, y se vuelven.

Y en ese instante de gloria,
con recuerdos seductores,
ya sé que por su memoria
pasa la amorosa historia
de sus pasados amores.

Por eso, Felisa, errante
vagas con planta insegura,
cual si escucharas amante
el céfiro susurrante
que entre tus bucles murmura.

Dime si tal vez, hermosa,
en esa ilusión tranquila
probando estás amorosa
la dulce miel que destila
el dulce nombre de esposa.

Di si en tus ojos se encienden
los ángeles; si contento
te causa tal vez su acento;
y si mirándote, tienden
las blancas alas al viento.

Di si recuerdas, Felisa,
las canciones que sonaron
en tu calle, y se apagaron;
¡que, por Dios, que bien aprisa,
siendo tan dulces, pasaron!

Ya no escucharás cual antes,
allá en las noches serenas,

Naciente, pura y hermosa,
se ostenta con pompa suma
tan fresca como la espuma,
tan suave como la rosa.

Y fresca y suave y pura,
sobre los aires flotando,
desde hoy la dejo esperando
la reina de la hermosura.

Por esto si alguna bella
merece el don soberano,
levante airosa la mano
y ciña su sien con ella.

A FELISA

EL DÍA DE SU BODA

Aunque á la aurora temores,
y al mismo sol des enojos,
te sientan con mil primores
la languidez en los ojos
y en el cabello las flores.

Muestran tantas maravillas
los diamantes en tu cuello,
las rosas en tus mejillas,
que con real ornato brillas
desde la planta al cabello.

Y aunque arreo tan brillante
dé á tu belleza decoro,
¡ay, que en tu lindo semblante
oculta cada diamante,
bella Felisa, un tesoro!

Vertiendo dulce sonrisa,
no ocultes los ojos bellos,
porque te dirán con risa
que ya leyeron, Felisa,
tus pensamientos en ellos.

Embebecida y errante
vagas con planta insegura,
cual si escucharas amante
el céfiro susurrante
que entre tus bucles murmura.

Ya sé que en este momento
las niñas en dulce calma
oyen, con turbado intento,
cosas que murmura el viento
y escucha gozosa el alma.

Ya sé que el cielo abandonan
los ángeles, y que hermosos
de luz su frente coronan
y dobles himnos entonan,
de su hermosura envidiosos.

Sé que en sus ojos se encantan
y que en torno se revuelven;
acentos de amor levantan;
las llaman hermosas; cantan;
besan su faz, y se vuelven.

Y en ese instante de gloria,
con recuerdos seductores,
ya sé que por su memoria
pasa la amorosa historia
de sus pasados amores.

Por eso, Felisa, errante
vagas con planta insegura,
cual si escucharas amante
el céfiro susurrante
que entre tus bucles murmura.

Dime si tal vez, hermosa,
en esa ilusión tranquila
probando estás amorosa
la dulce miel que destila
el dulce nombre de esposa.

Di si en tus ojos se encienden
los ángeles; si contento
te causa tal vez su acento;
y si mirándote, tienden
las blancas alas al viento.

Di si recuerdas, Felisa,
las canciones que sonaron
en tu calle, y se apagaron;
¡que, por Dios, que bien aprisa,
siendo tan dulces, pasaron!

Ya no escucharás cual antes,
allá en las noches serenas,

sobre los aires flotantes,
las sabrosas cantilenas
de los rendidos amantes.

Que os es muy grato á las bellas,
al son del arpa importuna,
oir amantes querellas,
ya al brillo de las estrellas,
ya al resplandor de la luna.

Y os place ver derramados
cantos de amor por los cielos,
porque causen, acordados,
á otras hermosuras, celos,
y á otros galanes, cuidados.

Y oís las trovas de amores,
en vuestro lecho adormidas,
como los vagos rumores
que hacen al ondear las flores,
de vuestras rejas prendidas.

Y al despertar, con empeños
tal vez pensáis que, halagüeños,
os dan, cantando, placeres,
esos dulcísimos seres
con quien platicáis en sueños.

Mas ¡ay, que ya se apagaron
aquellos cantos, Felisa,
que en tu alabanza sonaron!
Y por Dios, que bien aprisa,
siendo tan dulces, pasaron.

Pasaron los amadores,
llevando sus falsas llamas;
tiempo es que libre de azores
trate, Felisa, de amores,
la tórtola entre las ramas.

Ya no escucharás, cual antes,
allá en las noches serenas,
sobre los aires flotantes,
las sabrosas cantilenas
de los rendidos amantes.

Las rosas que con pasión,
hoy te prendiste galana,
las últimas rosas son
que columpió en tu balcón
la brisa de la mañana.

Si ya con plácidas glosas
tu pecho nunca se embriaga,
aun hay canciones gustosas,
con que á las tiernas esposas
el aura nocturna halaga.

Si trovas no están rompiendo
tus sueños, como hasta aquí,
los romperá el dulce estruendo
de algún pecho que gimiendo
esté, Felisa, por ti.

Y unos sones muy callados
oirás cruzar por los cielos,
sin que causen, acordados,
ni á otras hermosuras, celos,
ni á otros amantes, cuidados.

Y á cada momento, hermosa,
en grata ilusión tranquila,
podrás probar amorosa
la dulce miel que destila
el dulce nombre de esposa.

TU RISA

Agite placentera
la risa veleidosa,
como el aura ligera,
tus mejillas de rosa.
Descienda fugitiva
por la serena frente,
ya desaparezca esquiva,
ya torne de repente,
ya en fantástico vuelo
vague, en torno girando,
ya dando tregua al duelo,
huya y torne fugaz, fugaz pasando.

Y después amorosa,
luego que haya tocado,
ya el labio colorado,
ya la mejilla hermosa,
aérea, rutilante,
como leve ambrosia,
venga á caer amante
en lo más hondo, al fin, del alma mía.

EL ARROYO

Arroyo sosegado,
que al resbalar so la enramada bella,
murmuras acordado,
rico de espejos, si de aromas ella,
en vagos resplandores
confundiendo tus visos con sus flores.

Ayer cuando naciste,
erás pequeño manantial sin brío,
después arroyo fuiste;
luego serás en la floresta río,
y más allá corriente
que el mar arrostrés con soberbia frente.

Apresurado llega,
al par de las clarísimas cascadas,
á la cercana vega,
que á su placer descienden reclinadas
con brillante decoro
en blandos lechos de esmeralda y oro.

Prosigue, que á tu lado
gimiendo iré, cuando fugaz murmures,
y de mí acompañado
hasta el valle serás, aunque apresures
tu cristalina marcha
con frente de ovas y con pies de escarcha.

Los dos con dulce estruendo
iremos, tú placeres murmurando,
yo pesares gimiendo;
y nuestras voces á la par alzando,
serán tus alegrías
rémora acaso de las penas mías.

Cuéntame do luciente
bordaste de tu linfa cristalina
el manto transparente
de tanta perla y esmeralda fina,
y con belleza suma
de dónde arrastras tu nevada espuma.

Cuéntame si brotaste
al pie de un sauce ó de elevado pino;
los prados que cruzaste;
cuántos mármoles viste en tu camino;
las flores que bañaron
tus frescas aguas, y á su humor brotaron.

Dime las dulces aves
que de los olmos de tu blanda orilla
te cantaron suaves,
y las sierpes que al verte sin mancilla
vertieron su veneno
para poder cruzar tu limpio seno.

Dime si las zagalas
tus claras urnas ilustrando viste
sin inútiles galas;
y cuéntame los sueños que infundiste
al oír los pastores
el dulcísimo son de tus rumores.

Que yo te iré contando
mis cortos bienes y mis luengos males.
—Mas ¡la vega mirando,
presuroso despeñas tus cristales
y rápido te alejas?
Bien haces ¡ay! por no escuchar mis quejas.

—¡Qué hermosa está la vega
cuando, bañada de feraz rocío,
fructífero la riega
el ámbar celestial de tanto río,
sobre su nácar blando
la clara luz del sol reverberando!

Las aguas transparentes,
formando al oscilar claros espejos,
los delgados ambientes
arrebolan de mágicos reflejos,
que ya azules, ya rojos,
embelesan extáticos los ojos.

¡Mil veces venturosas,
tan henchidas de honor como abundantes,
corrientes sonoras,
que pagando tributos en diamantes,
camináis sosegadas,
de palmas inmortales coronadas!

Y así con tal premura
con las aguas medréis de las praderas,
que, al ver tanta hermosura,
espantada abandone sus riberas,
y ceda á vuestro brío,
reprimida la mar, su señorío.

Seguid, claras corrientes,
con dulces y suavísimos rumores,
poblando los ambientes
de reflejos y débiles vapores,
que, como frágil velo,
los rayos templen de la luz del cielo.

Y á ocultar en los mares
que llevéis estas lágrimas os pido,
fruto de mis pesares
y último resto de mi afán perdido,
si acaso por ser mías
no las desdeñan vuestras ondas frías.

MI HAREN EN ANDALUCÍA

Del alba la luz temprana
turbados mis ojos ven,
y aun á estas horas, sultana,
desierto tienes mi harén?

¿De cuándo acá, vida mía,
á desterrar mis enojos
viene antes la luz del día
que el resplandor de tus ojos?

Olvida amantes agravios,
y ven, sultana, á mi lecho,
con la sonrisa en los labios
y la ternura en el pecho.

Ven, que ya libre de penas,
te ofrezco en amante lazo
amor en vez de cadenas,
y en vez de hamaca un regazo.

Tus dulces labios en calma
aspiren con tierno afán
estos suspiros del alma
que á ti de su centro van.

Y para darte más gloria,
tristes verdades mintiendo,
voy á contarte una historia
que anoche forjé durmiendo:

—«Era una hermosa sultana
de talle esbelto y galán,
que ha cautivado inhumana,
siendo cautiva, al sultán.

Jamás su altivez sentía
por su cautiverio enojos,
porque la ingrata tenía
la libertad en los ojos.

Y aunque tan cruda la bella
pagaba al amante fiel,
nunca el rigor de su estrella
maldijo en sus cuitas él.

Que al hado acusar de impío,
después de amantes reveses,
es conjurar al estío
que ya ha abrasado las mieses.

Y en las revueltas de amor
tan mal el amor nos paga,
que está en más el agresor
que hace más honda la llaga.

En la memoria grabando
el cuento ve, que es tan cierto,
como el que forja soñando
lo que le pasa despierto.

Libre ella, y él en su afán,
vivían hoy y mañana,
así rendido el sultán
y exenta así la sultana.

Siempre llamaba antes que ella
á sus ventanas el día,
y con los suyos la bella
jamás sus labios ungió.

Y eso que el triste en su agravio,
por más que su fe te asombre,
sólo secaba su labio
mentando en sueños su nombre.

¡Ay del mortal que en sus sueños
no acuden á darle holganza
esos fantasmas risueños,
frutos de nuestra esperanza!

¡Ay del sultán que en su pena
cultiva locos amores,
como un erial, cuya arena
ni cría césped ni flores!

¡Triste de aquel que su amada
junta soñando á su pecho,
y al despertar, olvidada
ve la mitad de su lecho!

Libre ella, y él en su afán,
vivían hoy y mañana,
así rendido el sultán
y exenta así la sultana. —

Mas, vive Dios, que en mi gloria,
loco de amores creía
que oyendo estaba la historia,
ebria de gozo la mía.

Creyendo verla soñando,
mis cuítas de amor la cuento,
y por Alá que estoy dando
satisfacciones al viento.

Que llamen á mi sultana,
si acaso está en los jardines,
pues ya escucho á su ventana
trinando los colorines.

Decidla que de pasada
van, en conciertos sùaves,
echándole la alborada
hacia la selva, las aves.

Ven á quien triste delira,
sultana, y verte desea;
que aquí mi pecho suspira,
si allá el ruiseñor gorjea.

Ven, que ya sueltan rumores,
formando en tu ausencia quejas,
los ramilletes de flores
que anoche colgué en tus rejas.

Y si te place estar viendo
los rayos matutinales,
¿á qué te alejas, teniendo
tus miradores cristales?

Mira desde ellos, si tienen
cosa que alegre tu afán,
cómo las luces se vienen,
cómo las sombras se van.

Las plácidas flores mira
cual mueve el aura insegura
que entre las peñas suspira
y entre las ramas murmura.

Y en su correr transparentes,
y en su revolar sùaves,
cantando al son de las fuentes,
poblar los sotos las aves.

Mira en hermoso atavío
rico de galas el suelo,
de algas y conchas el río,
lúz y colores el cielo.

Y mira rindiendo amores
hoy á tus pies reverentes
cautivos, árboles, flores,
céfiros, aves y fuentes.

Y mira hamacas prendidas
de las palmas;
¿cuándo estarán así unidas
nuestras almas!
Y cómo alegres en ellas
las cautivas
se están meciendo, tan bellas
como esquivas.

Van del ambiente las alas
regalando,
de extremo á extremo sus galas
columpiando;
y aunque oyen de sus cadenas
el estruendo,
están al menos sus penas
adurmiendo.

Flotando en muelles arranques
van las plumas,
como en rizados estanques
las espumas.
Templa del aire el arrullo
sus congojas,
si las inquieta el murmullo
de las hojas.

Y van por las auras vagas
en su vuelo,

como pudieran las magas
por el cielo:
ó como allá en la alta noche
placentera
rueda la luna en su coche
por la esfera.

Sultana, ve á columpiarte
voluptuosa;
no haya moro que al mirarte
tan hermosa,
no trueque en grata blandura
su braveza,
y no incline con mesura
la cabeza.

Y forma con las cautivas
tiernos lazos,
puesto que el columpio esquivas
de mis brazos;
tú que en pureza acrisolas
los azáres,
serás el cisne en las olas
de los mares.

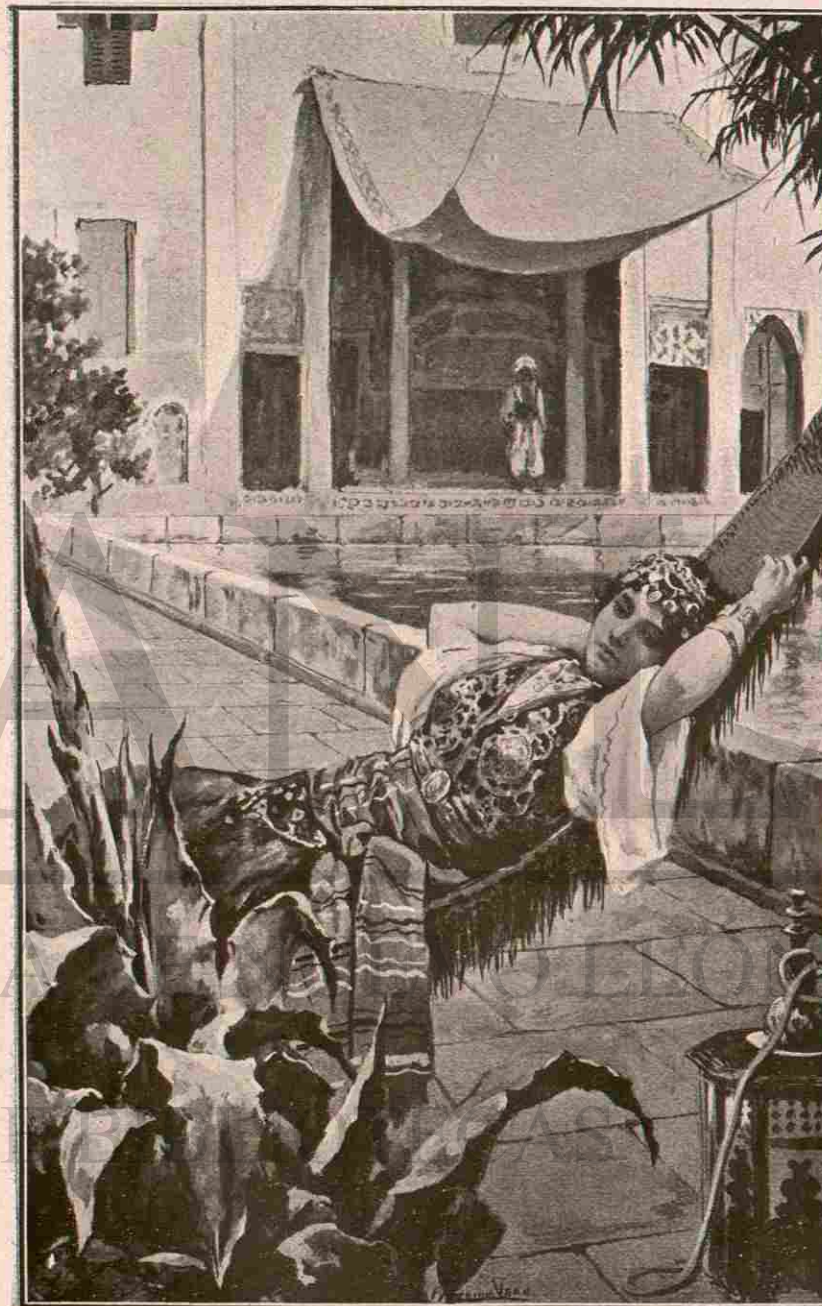
Y cual el pájaro amante
que su nido
sobre la rama ondulante
ve mecido,
te miraré, ya marchando,
ya viniendo,
ora si vas, sollozando;
ora si vuelves, gimiendo.

Mas deja el columpio erguido
y ese brillante arrebol,
que ya en el cenit tendido
tus ojos ofende el sol.

Ven á mi harén apiadada,
donde te aguarda esplendente,
con profusión derramada,
toda la gala de Oriente.

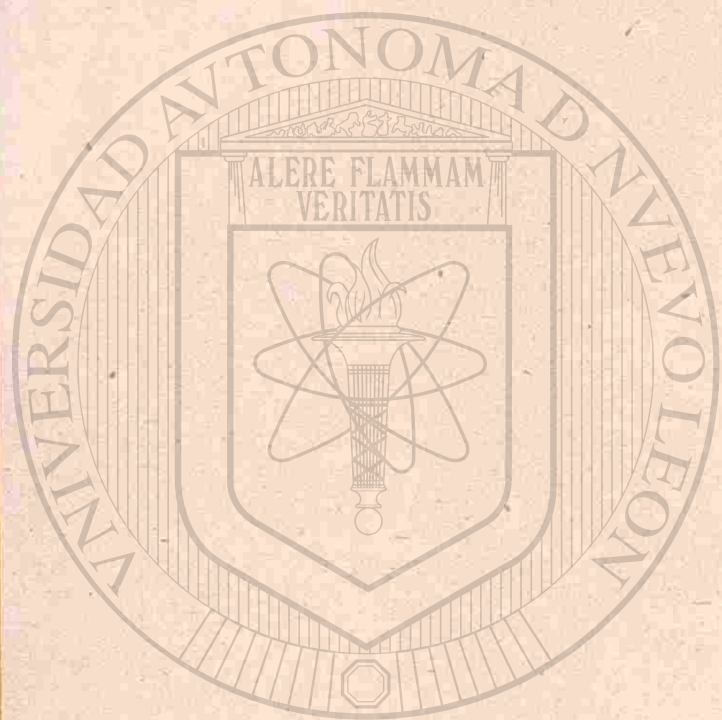
Ya busca el agua saltando
del prado la verde alfombra,
y, el vulgo de aves sonando,
entre las palmas la sombra.

MI HARÉN EN ANDALUCÍA



Y cual el pájaro amante
que su nido
sobre la rama ondulante
ve mecido,

te miraré, ya marchando
ya viniendo,
ora si vas, sollozando;
ora si vienes, gimiendo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La mar apenas murmura,
y alzan muy débil acento
las aguas en la llanura
y en las montañas el viento.

En su lujoso atavío,
los cisnes, con pompa suma,
cruzan las aguas del río
durmiendo en lechos de espuma.

El ruiseñor en su nido,
del sol esquiva las llamas,
y entre las hojas dormido
no agita el viento las ramas.

Ven adonde halles las flores
que cría el valle más puras,
y plumas de mil colores,
como tu fe mal seguras.

Y espejos que serán parte
para templar tus enojos,
pues que rehusas mirarte
en el cristal de mis ojos.

También historias galanas
te contaré en mis afanes,
donde hay ingratas sultanas
y enamorados sultanes.

Verás en ornato bello,
si á tal primor no te asombras,
corales sobre tu cuello,
bajo tus plantas alfombras.

En mis brazos regalados
habrán de adormir tus penas,
las aves desde los prados,
desde la mar las sirenas.

Y con canciones livianas
mitigarán tus dolores,
las auras en las ventanas,
en los jardines las flores.

Entre tan tiernas canciones
te ofrecerán con anhelo,
los aires plumas y sonos,
galas y alfombras el suelo.

Y cuando en volubles giros
dándote estén lisonjeros,
perfumes los pebetesos
y música mis suspiros,

agitarán con sus alas
en torno de ti los vientos
músicas, plumas y cuentos,
flores, perfumes y galas.

UN NO SÉ QUÉ

A C.

Tu dulce rostro, mi bien,
fuera mi dulce consuelo
si algunas veces también
no lo empañara el desdén,
como las nubes el cielo.

Depón tu ceño piadosa,
y el puerto consolador
sé de mi esperanza hermosa:
que el aura es poco amorosa
cuando aja un almendro en flor.

Al ver tu frente galana,
dudo si mi pecho adora
la blanca tez soberana
ó dudo si me enamora
de tus mejillas la grana.

Tus cabellos me encadenan;
lumbre tus ojos fulguran;
tus acentos me enajenan,
que como el aura murmuran,
y como el céfiro suenan.

Bien sé que en ornato bello
(¡pese á mi esperanza loca!)
muestra diamantes tu cuello,
flores y aroma el cabello,
perlas y néctar tu boca.

Y de la frente á la planta
sé que encantas, pero á fe
que al mirar delicia tanta,
cuando todo en ti me encanta,
lo que me encanta NO SÉ.

Porque aunque hay ojos lumbrosos,
cual los tuyos halagüeños,
dulces, lánguidos, hermosos,
como la luz amorosos
y como el alba risueños,

jamás al verlos deliro,
por más que plácidos giran;
y cuando los tuyos miro,
más tiernamente suspiro,
cuanto más tiernos me miran.

Ese rostro sin igual
tiene para mi tormento,
UN NO SÉ QUÉ celestial,
tan extraño como el mal
que al verlo en mi pecho siento.

Es manantial de alegría
con que en vaga incertidumbre
sueña el alma noche y día;
es para el labio ambrosía
y para los ojos lumbre.

Centro de mis esperanzas,
que al mirarlo á su despecho,
entre amorosas holganzas,
el labio suelta alabanzas
y tiernos ayes el pecho.

Es risa que se dilata
por tu faz encantadora
tan sutilísima y grata,
que todas las risas mata,
como á los astros la aurora.

Gira, pasa, vuelve, y leve
tus labios apenas toca;
y en vuelo rápido mueve,
ya de tu frente la nieve,
ya el rosicler de tu boca.

Y cual el aura bullente
mueve las flores sencillas,
ella así rápidamente
los labios mueve y la frente,
párpados, tez y mejillas.

LA RUEDA DEL AMOR

RECUERDOS DE UN DÍA DE CAMPO

Aquellas niñas hermosas
 que en suma beldad conformes,
 teniendo la tez cual nieve,
 tengan los ojos cual soles,
 y el alma sintiendo, tiernas,
 herida de mal de amores
 tanto les falte de esquivas,
 cuanto de bellas les sobre,
 salgan al campo conmigo
 ricas de gracias, adonde
 favor al mayo risueño
 las brinden, con gracias dobles
 corrientes aguas los valles,
 frescos doseles los bosques,
 con su verdura los campos
 y con su esencia las flores.
 Oiréis sonar encontrados,
 y aunque encontrados, acordes,
 los enamorados trinos
 de músicos ruseñores,
 cuando en sentidos acentos
 mustias las tórtolas lloren,
 dando en su vuelo á los aires
 matices, plumas y sonos.
 Venid, y hagamos la rueda
 llamada de los amores
 (que al aprenderla de niño
 no la olvidé desde entonces),
 las ricas flores hollando,
 y al aire hendiendo veloces,
 el aire con los cabellos
 y con las plantas las flores.
 Las blancas manos asiendo,
 y tan blancas, que las cortes
 nunca tan nítidas manos
 dan á sus reyes en dote,
 en torno agitada festivas
 los aires murmuradores,
 que yo vendaré mis ojos,
 haciendo del día noche.
 Volad, palomas; que osado
 yo espantaré los halcones,
 si alguna vez para heriros
 muestran sus garras feroces.

Volad, que á la que esta rama,
 pasando furtiva, toque,
 con la venda de mis ojos
 habrá de nublar sus soles.
 —¡Oh, qué triste es nuestros ojos
 cubrir de sombras informes,
 y no sentir de los vuestros
 los penetrantes arpones,
 ni ver con ansias mortales
 de vuestra faz los colores,
 ni sobre el aura, al tenderlos,
 de vuestros talles los cortes!
 Niñas, corred; que aun no escucho
 con plácidas emociones
 de vuestras ropas flotantes
 los sutilísimos roces;
 y aunque me pesa en el alma,
 no siento los corazones
 que muellemente se agitan
 bajo esos pechos de bronce.
 Volad, palomas; que osado
 yo espantaré los halcones,
 si alguna vez para heriros
 muestran sus garras feroces.
 Volad, que á la que esta rama,
 pasando, furtiva toque,
 con la venda de mis ojos
 tendrá que nublar sus soles.
 Mas ¿cómo, sin dar amante
 á vuestro enojo ocasiones,
 huís, dejándome solo,
 sin advertirme por dónde,
 tal que siquiera dejasteis,
 pasando como ilusiones,
 ni removida la arena,
 ni destroncadas las flores?
 Sin duda en mágico vuelo,
 como celestes visiones,
 entre la grama y los aires
 os deslizasteis veloces,
 huyendo mi fe constante,
 pues vuestros pechos traidores
 tienen el aire por guía
 y la inconstancia por norte.
 ¡Una y mil veces mal haya
 quien de vuestras invenciones
 amante se fia, y de ellas
 la falsedad no conoce!
 Y más que en tanto á la sombra
 de esos altísimos robles

maldiga yo vuestro agrado,
 y mis desagradados llore,
 vosotras entretenidas
 mirad las aguas que corren;
 que bien está vuestra fe
 con su inconstancia conforme,
 pues no hay onda que no agiten
 á cualquier viento que sople,
 ni conchas que no remuevan,
 ni árbol ni flor que no mojen,
 ni campos que no dibujen,
 ni imágenes que no borren,
 ni risas que no deshagan,
 ni círculos que no formen.
 Mas luego que el sol sus rayos
 extiende en el horizonte,
 haciendo en las nubes iris
 tocando el mar de colores;
 y luego que en regia pompa
 parezcan á sus fulgores
 mares de sombra los valles
 y mares de luz los montes,
 vendréis á buscar frescura
 cuando el calor os agobie,
 y me tendréis que encontrar,
 aunque no queráis, entonces;
 y yo á la sombra tendido
 de estos altísimos robles,
 no os he de dejar el puesto,
 por más que tierno os adore,
 ni miraré enamorado
 de vuestra faz los colores,
 ni sobre el aura, al tenderlos,
 de vuestros talles los cortes;
 y no vendaré mis ojos,
 mas que en no hacerlo os enoje,
 y hasta ahogaré mis suspiros,
 aunque con ellos me ahogue.

Haré todo esto que digo,
 y más que veréis entonces,
 y á fe de amante lo juro
 por esas aguas que corren.

LA ACCIÓN DE BELASCOAÍN

CANCIÓN DEDICADA AL BIZARRO GENERAL

DON DIEGO LEÓN, CONDE DE BELASCOAÍN

Helos allí ganando
 la alta cerviz de la empinada sierra,
 en pos del fiero bando
 que de ella huyendo, y proclamando guerra,
 va en las nubes buscando
 una segura vía,
 pues ya su cobardía
 no encuentra asilo en la espaciosa tierra.
 Ved á León, en su furor tremendo,
 gritar desde la altura:
 —¡Guerra, soldados! del cañón horrendo
 al fúnebre tronar, la lumbre pura
 del sol mil nubes condensadas cieguen;
 de púrpura humeante
 montes y valles sin piedad se aneguen;
 el Arga murmurante
 restos humanos cuajen;
 de sangre palpitante
 tantos arroyos de las cumbres bajen,
 cuantos soldados á las cumbres lleguen.—

A su voz respondiendo
 bronco el cañón, majestuoso suena,
 que de un disorde estruendo
 hincha los valles y los campos llena;
 y fugaz discurriendo
 ya en el vago horizonte,
 ya desde el prado al monte,
 todo el contorno en derredor atruena.
 Del ronco son, que libertad pregona,
 la alta montaña herida,
 estremece su rústica corona,
 de pinos, hayas y laurel tejida.
 Huye el rebelde, y entre riscos quiere
 guardar la vida odiosa;
 que la vida al honor el vil prefiere.
 Mas en su cueva umbrosa
 le sorprende espantado
 una muerte afrentosa;
 y el último ¡ay! del huracán llevado,
 como su orgullo, en el espacio muere.

¿Tan vilmente se humilla
y osa á los libres imponer sus leyes
esa infernal cuadrilla?
¡Dignos vasallos de tan dignos reyes!
¿A la alzada cuchilla
se rinden del verdugo?
¡No será leve el yugo
que agobie el cuello de tan mansas greyes!
Levantad la cerviz que de un tirano
huella la inmunda planta,
y torpes no llenéis el nombre hispano
de tanto oprobio, de ignominia tanta.
De esos ilusos desechad el ruego;
que el premio de afán tanto,
entre cadenas os lo guardan luego.
Mas huid con espanto,
huid, turba obcecada;
yo os execro en mi canto;
la luz de la razón os es privada;
que torpes sois y el fanatismo es ciego.

Seguid hasta la cumbre,
libres soldados, la canalla impía,
y en fiera muchedumbre
baje rodando de la selva umbría.
La negra servidumbre
purgad del patrio suelo;
que no suban al cielo
votos que afrentan á la patria mía.
Derrocad ese trono que sustenta
tantos ídolos falsos,
en derredor del cual, por más afrenta,
la baja adulación sembró cadalsos.
¡Guerra, soldados! su ominosa vida
rinda el vil en ofrenda.
¡Guerra! y no el alma á compasión movida
vuestra espada suspenda.
De esa cobarde gente
no os prometáis la enmienda:
quien servil una vez dobló la frente,
nunca el camino del oprobio olvida.

Ya el doblar aguerrido
del trémulo atambor se va atenuando,
y el hórrido estampido
se trueca del cañón en eco blando.
El humo ennegrecido
que, como denso velo,
roba la luz del cielo,
raudo disipa el aquilón soplando.

El Arga turbio en campos de esmeralda
se arrastra ensangrentado,
y afean charcos de carmín y gualda
el verde esmalte del florido prado.
Cadáveres sin fin del monte frío
coronan el altura;
cadáveres sin fin del soto umbrío
ocupan la llanura.
Ya el estruendo se aleja;
cesó la guerra dura;
sólo en el valle, como en son de queja,
callan los ecos y murmura el río.

TU BOCA

Para formar tan hermosa
esa boca angelical,
hubo competencia igual
entre el clavel y la rosa,
la púrpura y el coral.

Mintiendo sombras de bien,
en ella el mal se divisa,
por lo que juntos se ven
ya la apacible sonrisa,
ya el enojoso desdén.

Y en los senos abrasados
engendra con doble holganza,
ó con tormentos doblados,
cada risa una esperanza,
cada desdén mil cuidados.

Cual las conchas orientales
es tu boca, y por vencerlas
muestra en riquezas iguales,
cuando desdeña, corales,
y cuando sonríe, perlas.

Y si con sombras de bien
tal vez el mal se divisa,
es porque en ella se ven
guardar la miel de su risa
las flechas de su desdén.

Si á mí su rigor alcanza,
al ver su hermosura, siente
el corazón doble holganza;

y aunque un desdén me atormente,
deme una risa esperanza.

¡Bien haya la dulce boca,
que sólo sus frescos labios
el aura pasando toca;
que haciendo al ámbar agravios,
su miel á gustar provoca!

¡Oh, bien haya cuando ufana,
dando enojos á la rosa,
muestra su cerco de grana,
fresca como la mañana,
como el azahar olorosa!

Y si acaso dulcemente
suelta plácidas congojas,
ya es el rumor del ambiente,
ya el susurro de las hojas,
ya el murmurar de la fuente.

Si alegres sonés respira,
las aves del prado encanta;
y si á vencerlas aspira,
con las que gimen, suspira;
con las que gorjean, canta.

Tu miel, aroma y colores,
rinda en amante oblación,
flor, ante cuyos primores,
mustias é inútiles flores
las flores del valle son.

El néctar más regalado
deja que de amores loco
beba en tu labio abrasado;
para una abeja es sobrado
lo que para muchas poco.

Mas ¡ay! que vertiendo quejas,
me esquivas tu dulce miel;
en vano de una te alejas
si ves que miles de abejas
poblando van el vergel.

¡Ay de la rosa encarnada,
que en su seno de carmín
niega á una abeja la entrada!
Tantas la acosan al fin,
que queda sin miel y ajada.

¡Ay de las candidas flores
si alzan su capullo tierno
del estío á los ardores!
¡Ay del panal, si el invierno
lo hiela con sus rigores!

Dame los gustos sin tasa,
pues ves que el sol estival
las tiernas flores abrasa:
mira que amarga el panal
cuando de sazón se pasa.

Ríndete á mí placentera:
no te rinda con agravios
de abejas la turba fiera,
que herir esos dulces labios
herirme en el alma fuera.

De ese tesoro las llaves
dame, y sus dones ardientes
libaré en besos síaves,
sin que lo canten las aves,
ni lo murmuren las fuentes.

LAS SIRENAS

Oyendo un dulce cantar
que el corazón me cautiva,
alegre, abajo y arriba
cruzo las playas del mar.

Pues no hay recuerdos ni penas
que no revista de encanto
ese dulcísimo canto
de esas que llaman *sirenas*.

Aunque á sus tiernos cantares
ensayen rudos concentos,
bramando roncós los vientos,
sordos mugiendo los mares,

mirando al agua, las horas
paso en la fresca ribera,
por ver las sombras siquiera
de tan divinas cantoras.

Mas aun no sé cuándo bellas
hienden las ondas esquivas,
ni si deslizan furtivas
sobre las aguas sus huellas.

Jamás las vi entre la bruma
cruzar los aires sutiles,
ni adormecerse gentiles,
meciendo esquifes de espuma.

Ignoro si divertidas,
cuando las ondas se amansan,
tal vez alegres descansan
sobre las rocas tendidas:

y cuando horrisono ensaya
hondas tormentas el mar,
tampoco sé si á buscar
vienen asilo á la playa.

Voy, por mirarlas á solas,
de roca en roca saltando,
y al desbravarse, mirando
una por una las olas.

Mas nunca en la densa bruma
llego á mirar las sirenas,
ni en las revueltas arenas
ni en rocas, aguas ni espuma.

Y sólo llego á escuchar
cómo responde entretanto
al dulce son de su canto
con broncos tumbos el mar.

Mas ¿quién sabe si en rocas ni en arenas
será el buscarlas importuno intento,
por ser esas dulcísimas sirenas
los quiméricos seres de algún cuento?

Y si quimeras son, ¿cómo ó de dónde
se elevan esos plácidos cantares,
á cuyo ruido celestial responde
el bronco son de los revueltos mares?

¿Y por qué entonces incesante giro
de playa en playa, delirando á solas,
y una por una embelesado miro,
al desbravarse con furor las olas?

¿Por qué prendado de la mar sonora,
al fresco borde de su margen fría,
las sombras al bajar, me halla la aurora,
y la noche al subir, me deja el día?

Sin duda que en sus huecos inmortales,
en aposentos de esmeraldas finas,
otra raza de seres celestiales
ilustra sus moradas cristalinas.

Porque un recuerdo, en mi ilusión de gloria,
me despierta, bramando, el mar profundo,
y un niño sólo tiene en su memoria
angélicos recuerdos de otro mundo.

—Cantad y refrenad, hondas sirenas,
el furor de los bravos aquilones,
aunque no os vea en rocas ni en arenas,
seáis sombras, recuerdos ó visiones.

Cantad y refrenad los vendavales
que el manto arrugan de la mar tendida,
y en alas de esos cantos celestiales
llevad hasta su término mi vida.

De la existencia por el mar horrendo
mi nave conducid á toda vela,
no cual tardo reptil que va gimiendo,
como el ave que canta cuando vuela.

En palmas me llevad, cual los bajeles
que guiáis á las playas más remotas;
así os formen bellísimos doseles
con sus alas las blancas gaviotas.

—Cantad, sirenas; de la mar sonora
al ronco son alzad vuestra armonía,
como al fulgor de la naciente aurora
murmillos alza la floresta umbria.

Muévaos el ver cómo incesante giro
por veros en las vastas soledades;
y aunque fantasmas sois con quien deliro,
son los sueños mis dulces realidades.

Hay almas como la mía,
que no aquejan pesadumbres
y pronto, si las aquejan,
su grave peso sacuden.
Almas felices en todo,
que sólo sus gustos cumplen
siguiendo tantos placeres
cuantos pesares rehuyen.
Almas, en fin, que no hay pena

que felizmente no endulcen,
 próximo mal que no espanten,
 lejano bien que no busquen;
 que siempre los serafines
 ven en los aires azules,
 junto á las verdades, sueños;
 entre las tinieblas, luces;
 flores sin fin en los llanos,
 fuentes y luz en las cumbres,
 en los estanques sirenas
 y sílfides en las nubes.

Dichosas almas que tienen
 el delirar por costumbre,
 y siempre hermosas visiones
 con tierno afán las circuyen;
 que penetrando en el cielo,
 roban osadas su lumbré,
 y luego pintan el mundo
 con un color que seduce.
 — ¡Y á la verdad, es muy triste
 mirar con ojos comunes
 las ásperas realidades,
 sin los mágicos vislumbres
 con que las visten las almas,
 del cielo robando el lustre,
 porque esmaltadas, los rayos
 de nuestros ojos no ofusquen!
 ¡Es triste dejar la senda
 que césped y flores cubren,
 para seguir un camino
 que abrojos su paso obstruyen;
 y no que aunque al fin se acerquen
 y la existencia aventuren,
 las almas como la mía
 en alas de los querubés
 caminan al ¡ay! postrero
 por esas sendas ilustres
 que noblemente trazaron
 entre la tierra y las nubes!
 Por eso junto á los mares,
 aunque fatídicos mugen,
 oigo un son como el del aire
 que entre los árboles fluye,
 y miro chocar las ondas
 que en su furor se destruyen,
 y las espumas que cuajan,
 y las riberas que cubren,
 todo por ver las sirenas;
 y ni en las aguas volubles,
 ni en los diamantes que arrojan,

ni en la arena que sacuden,
 ni en las altísimas rocas
 donde su rabia destruyen,
 las llevo á ver en mi anhelo,
 cantando con sus laudes;
 pero las creo, aunque acaso
 de su existencia se dude,
 porque en creerlas el alma
 con todos sus gustos cumple,
 y porque también he visto
 que las verdades sucumben
 ante el aspecto risueño
 de unas mentiras tan dulces.
 Por eso en los hondos valles
 no hay muelle son que no escuche,
 delirio que no me halague,
 verdad que no me repugne;
 ni oigo un ave que pintada
 quejas de amor no divulgue,
 como dulcísimas pueblan,
 cantando, los abedules.

Alegres nuevas me traen
 los pájaros transeuntes,
 me es plácida cualquier brisa,
 y cualquier aire perfume.

Y aunque estos y otros placeres
 loco tal vez me figure,
 las almas como la mía
 con sólo soñarlos cumplen.

LA BEATA DE MÁSCARA

La del enlutado manto,
 la de la toca de encaje,
 la de mil hombres encanto,
 ¿cuánto va á que no es tan santo
 tu pecho como el ropaje?

En vano ocultarnos trata
 de tus ojos los destellos
 el lienzo que te recata;
 y por Dios que son, beata,
 para ser santos, muy bellos.

Sobre tu nevado seno
 pesa la cruz de un rosario,
 y aunque humilde nazareno,
 muriera de gozo lleno
 en tan hermoso calvario.

Y, pese á tu religión,
en vano ¡ay triste! sofoca
deseos mi corazón;
que oculta una tentación
cada pliegue de tu toca.

Eres bella cual ninguna,
y juro, aunque temerario,
no creo en ti fe alguna,
si pasas una por una
las cuentas de tu rosario.

AL RÍO NAVIA

Déjame ver ¡oh fugitivo espejo!
pintada en tu cristal la patria mía;
déjame ver á tu falaz reflejo
el sitio do mi cuna se mecía.

Tú el primer canto de mi amor oíste;
al nacer tu saludo fué el primero;
tú mi primer vagido recogistes;
recogerás también el ¡ay! postrero.

Tu margen florida
pisé siendo niño,
y al ver tanto aliño
en torno de ti,
ensueños hermosos
forjaba la mente,
creyendo inocente
que el mundo era así.

Vi alegre en tus aguas
la vega pintada;
de flores cercada
la vida soñé;
mas eran ilusos
tus varios colores,
y abrojos sin flores
tan sólo encontré.

Bullendo sonoro
meció tu murmullo
con plácido arrullo
mi edad infantil;

y yo, pobre niño,
pensé, Navia, que era
pensil tu ribera,
tus aguas pensil.

Más ¡ay! que las flores
que tú retratabas,
y al prado encelabas,
florido rival,
ansioso mi anhelo
quería gozarlas;
pero iba á tocarlas
y hallaba cristal.

Si fueron tus flores
mentidas visiones,
y mis ilusiones
se fueron en pos,
¡ay Navia! lloremos
engaños que vimos,
pues locos mentimos,
mentimos los dos.

Inquieto en tus aguas
el viento remueve
montañas de nieve
en playas de azul,
brillando en sus cumbres
zafir y esmeralda,
su líquida falda
bordada de tul.

Entre algas y arenas
serpeas errante,
cual mole ondeante
de inmenso reptil,
sirviéndote fácil
de aliento la bruma,
de escamas la espuma
que flota gentil.

Cien veces mi patria
miré á tu reflejo,
magnífico espejo
de limpio cristal;
y al verla en tus aguas
mecerse bullente,
ilusa la mente
juzgábala igual.

Robusto en el valle,
tendiéndote manso,
con blando descanso
te huelgas en él;
trocando tus perlas
por sus esmeraldas,
ciñendo guirnaldas
de rosa y clavel.

Si ansiosa mi vista
de sombras y tules,
tus ondas azules
tal vez consultó,
bullir en el fondo
veía tu hielo,
la vega y el cielo,
las flores y yo.

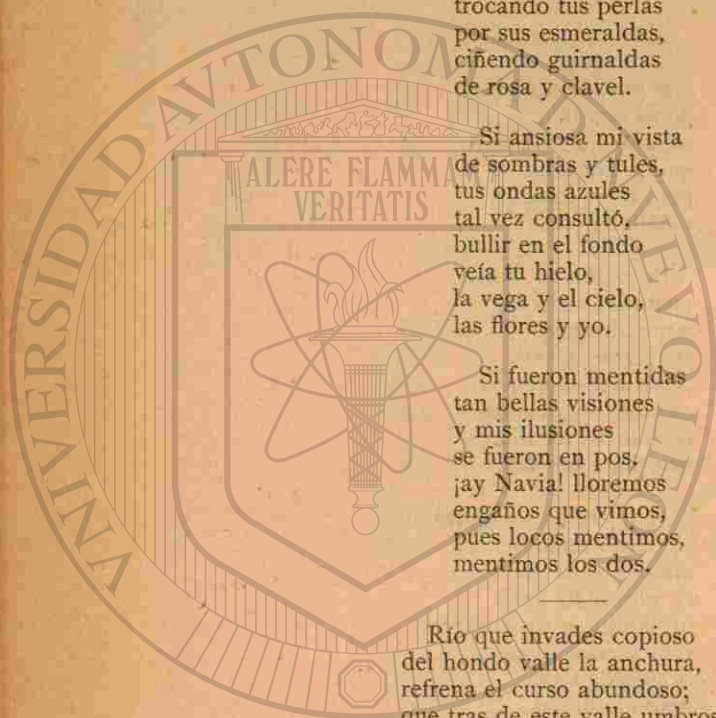
Si fueron mentidas
tan bellas visiones
y mis ilusiones
se fueron en pos,
¡ay Navia! lloremos
engaños que vimos,
pues locos mentimos,
mentimos los dos.

Río que invades copioso
del hondo valle la anchura,
refrena el curso abundoso;
que tras de este valle umbroso
te aguarda la sepultura.

Cese tu vana jactancia,
cesa de ir tan vano, cesa;
porque en tu loca arrogancia
vas midiendo la distancia
que hay de la cuna á la huesa.

En esa orilla inmediata,
ante esa mar inmortal,
tu mole allí se desata,
y hundes la frente de plata
en su seno de cristal.

Y entonces, adiós mis sueños,
adiós tus flores mentidas;
pues tú entre giros risueños,
y yo entre gratos ensueños
acabamos nuestras vidas.



Y si ambos fuimos en pos
de sueños, teniendo en poco
el mundo real, vive Dios,
que ignoro cuál de los dos
ha sido, Navia, más loco.

Que á la luz de la pasión
los sentidos se embelesan;
pero al llegar la razón,
plomo los párpados son,
que sobre los ojos pesan.

Adiós, Navia, en tu jactancia
cesa de ir tan vano, cesa;
no olvides que en tu arrogancia
vas midiendo la distancia
que hay de la cuna á la huesa.

SU IMAGEN

Errante sol de aromas circundado,
tu ardiente lumbré tenue debilita;
que ya mi corazón, de arder cansado,
negro sus alas moribundo agita.

Grupo de luz que extravió la luna,
ángel perdido que bajó del cielo,
visión deslumbradora, que importuna
mi sien circunda en caprichoso vuelo.

¡Girar y más girar!... Lentas sus alas
lumbrosa tiende en blando movimiento.
¿Eres el alma que de mí te exhalas?
¿O eres tal vez mi mismo pensamiento?

Fantasma de la mente, llega, llega,
desprendida mitad del alma mía,
aunque tu imagen me deslumbra y ciega,
blanca de noche y negra por el día.

Se mece ante mis ojos desplegada
como la espuma cándida de un río,
tal vez por los suspiros agitada
que salen hondos ¡ay! del pecho mío.

Su virgen luz perdida, en el ambiente
reverbera purísima y serena,
y en las lípidas aguas del torrente,
cuando acarician la tostada arena.

Robusto en el valle,
tendiéndote manso,
con blando descanso
te huelgas en él;
trocando tus perlas
por sus esmeraldas,
ciñendo guirnaldas
de rosa y clavel.

Si ansiosa mi vista
de sombras y tules,
tus ondas azules
tal vez consultó,
bullir en el fondo
veía tu hielo,
la vega y el cielo,
las flores y yo.

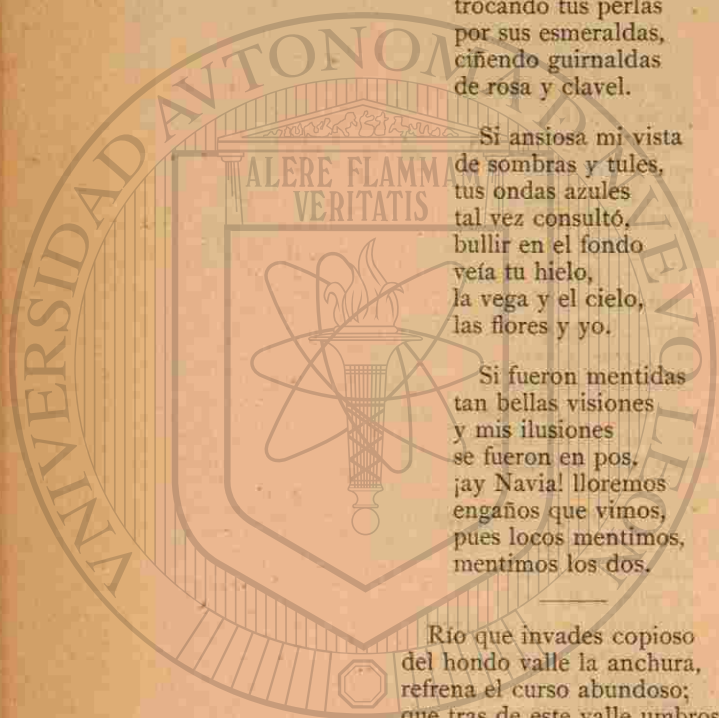
Si fueron mentidas
tan bellas visiones
y mis ilusiones
se fueron en pos,
¡ay Navia! lloremos
engaños que vimos,
pues locos mentimos,
mentimos los dos.

Río que invades copioso
del hondo valle la anchura,
refrena el curso abundoso;
que tras de este valle umbroso
te aguarda la sepultura.

Cese tu vana jactancia,
cesa de ir tan vano, cesa;
porque en tu loca arrogancia
vas midiendo la distancia
que hay de la cuna a la huesa.

En esa orilla inmediata,
ante esa mar inmortal,
tu mole allí se desata,
y hundes la frente de plata
en su seno de cristal.

Y entonces, adiós mis sueños,
adiós tus flores mentidas;
pues tú entre giros risueños,
y yo entre gratos ensueños
acabamos nuestras vidas.



Y si ambos fuimos en pos
de sueños, teniendo en poco
el mundo real, vive Dios,
que ignoro cuál de los dos
ha sido, Navia, más loco.

Que a la luz de la pasión
los sentidos se embelesan;
pero al llegar la razón,
plomo los párpados son,
que sobre los ojos pesan.

Adiós, Navia, en tu jactancia
cesa de ir tan vano, cesa;
no olvides que en tu arrogancia
vas midiendo la distancia
que hay de la cuna a la huesa.

SU IMAGEN

Errante sol de aromas circundado,
tu ardiente lumbré tenue debilita;
que ya mi corazón, de arder cansado,
negro sus alas moribundo agita.

Grupo de luz que extravió la luna,
ángel perdido que bajó del cielo,
visión deslumbradora, que importuna
mi sien circunda en caprichoso vuelo.

¡Girar y más girar!... Lentas sus alas
lumbrosa tiende en blando movimiento.
¿Eres el alma que de mí te exhalas?
¿O eres tal vez mi mismo pensamiento?

Fantasma de la mente, llega, llega,
desprendida mitad del alma mía,
aunque tu imagen me deslumbra y ciega,
blanca de noche y negra por el día.

Se mece ante mis ojos desplegada
como la espuma cándida de un río,
tal vez por los suspiros agitada
que salen hondos ¡ay! del pecho mío.

Su virgen luz perdida, en el ambiente
reverbera purísima y serena,
y en las lípidas aguas del torrente,
cuando acarician la tostada arena.

Sobre mi frente gira luminosa,
luciente envidia de la nieve y grana,
copia feliz de la encendida rosa,
lisonja del albor de la mañana.

En donde quiera engendra el alma mía
su imagen pura, rutilante y bella,
ante el disco del sol al mediodía,
por la noche en la faz de cada estrella.

Y quisiera abarcar al ver su lumbre,
hidrópica mi vista, fascinada,
de los astros la inmensa muchedumbre,
para verla sin fin multiplicada.

Me revela fantástica su risa
oscilando el arroyo cristalino,
y su acento el murmullo de la brisa,
y también el zumbir del torbellino.

La veo en todas partes seductora,
llevada de mi ardiente fantasía,
en cada rayo el despuntar la aurora,
en cada sombra el caducar el día.

Y despierto la miro embebecido,
animada ilusión de mi deseo;
y si cierro los ojos adormido...
yo no sé dónde está, pero la veo.

EL AMOR DE LA SIERRA

A tiempo que sube ufana,
matizando el horizonte,
de púrpura la mañana,
cantando, de un fresco monte
baja una linda serrana.

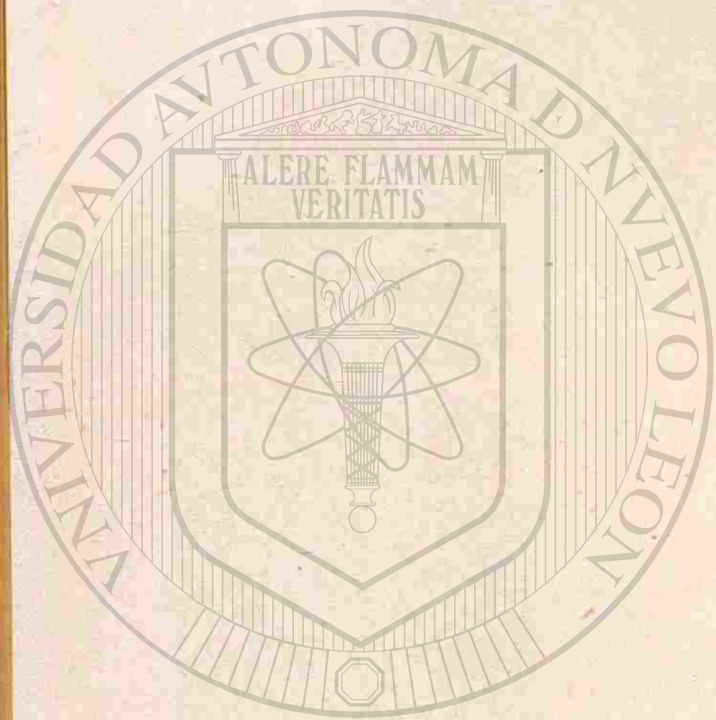
Con voz que á la alondra afrenta,
el campo alegrando viene,
y aunque triste se lamenta,
mucho al oír la contenta
por lo que de dulce tiene.

No hay céfiro, ave ni fuente
que con su voz no avasalle;
por eso á su son doliente
responden tan dulcemente
los ruisseños del valle.



EL AMOR DE LA SIERRA

Mirando va con presteza
los fresnos uno por uno,
y es por ver si en su corteza
al nombre de su belleza
añadió su nombre alguno.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En su purísimo acento
hallan los tristes dulzura,
los tibios grato ardimento,
los afligidos contento
y los amantes ternura.

Baja el rebaño olvidado,
y es, á mi entender, locura
pensar que cuide el ganado
la que tan sólo se cura
de un amoroso cuidado.

No halagá ya cual solía
á la cordera leal,
que cuando sal la ofrecía,
antes de comer la sal,
su blanca mano lamía.

Y si de la sierra al prado
baja, al nacer la alba hermosa,
no es por mirar si templado
se eleva el sol coronado
de grana, jazmín y rosa:

es por oír un pastor
que acaso á sus resplandores
cántigas alza de amor;
y ella se muere de amores,
oyendo al dulce cantor.

Mirando va con presteza
los fresnos uno por uno,
y es por ver si en su corteza
al nombre de su belleza
añadió su nombre alguno.

En vano á la fuente, ansiosa,
su sed va á apagar cruel,
porque á aquel labio de rosa
el agua le es enojosa
y desabrida la miel.

En vano con dulce riego
su sed un momento halaga,
pues ignora en su amor ciego
que sólo el amante fuego
con llama de amor se apaga.

Y mira tan envidiosa
al olmo la vid amena

entrelazarse frondosa,
como su tez la azucena,
como sus labios la rosa.

Y vagando con la mente
embebida en sus amores,
tal vez se lava en la fuente,
ó tal vez indiferente
coge, sin notarlo, flores.

Ya con ansias más suaves,
sobre la florida alfombra,
templá fatigas más graves,
y acaso á la fresca sombra
duerme al rumor de las aves.

—¡Qué hermosa está entre claveles
cuando gentil se recuesta,
templando penas crüeles,
bajo los verdes doseles
de la encantada floresta!

¡Qué bello entre esencia pura
adormecer los sentidos,
ver el agua que murmura,
y respirar la frescura
de pabellones floridos!

¡Cómo el pecho se serena
entre ilusiones sin fin,
adonde el alma enajena
ya el color de la azucena,
ya la esencia del jazmín!

¡Qué vista tan placentera
nos forman cruzando á veces
en perspectiva hechicera,
los ríos por la pradera
y por los ríos los peces!

Son las delicias mayores
ver poblado el firmamento
de fulgidos resplandores,
de gratos sonos el viento
y el campo de ricas flores.

Entonces es cuando mansa
quejas el aura suspira,
su furia el torrente amansa,
y sobre el prado que gira
bañando rosas, descansa.

Entonces van transparentes
los aires meciendo olores;
forman ruido las corrientes,
los prados alzan colores,
despiden brillos las fuentes.

Los frescos vientos olean,
la flor su bálsamo exprime,
los verdes sauces ondean,
y si una tórtola gime,
mil ruiseñores gorjean.

Tendida en la verde alfombra
la serrana, ni galán
templá el céfiro su afán,
ni la humedad de la sombra,
ni el fresco del arrayán.

—En vano con loco intento
buscas, serrana, la calma,
pues llevas de tu tormento
la causa en el pensamiento
y la inquietud en el alma.

¿Con qué nombre te embelesas,
que en la arena lo describes
y de copiarlo no cesas,
que tantas veces lo besas
por cada vez que lo escribes?

¿Por qué á escuchar los pastores
vas, cuando á la aurora cantan,
si ves que brotan amores
los delicados vapores
que las praderas levantan?

Escucha el murmullo blando
de aquella fuente serena
que cerca va murmurando,
el bello tren arrastrando
de algas, espumas y arena.

Y en ella ve tus perfiles,
si es que acaso los divisas,
sin que sus ondas sutiles
aquesas formas gentiles
desvanezcan con sus risas.

Y tu mejilla rosada
mírala ya sin color;

advierte, en hora menguada,
la boca más colorada
descolorida de amor.

No escuches ¡ay! los pastores,
si quieres cobrar la calma,
pues del alba á los fulgores
abre su sagrario el alma,
como su cáliz las flores.

Mírate en la fuente igual;
y mira que solicitas,
serrana hermosa, tu mal,
si en la inconstancia no imitas
su transparente cristal.

EL BAILE

A CLEMENTINA

Bailan, ardiendo en amorosas llamas,
confundidos galanes y hermosuras,
y cual suelen las vides en las ramas,
se apoyan en los brazos las cinturas.

Suben y bajan, en revueltos giros,
los pies cruzando con lascivo juego,
y brotan en miradas y en suspiros
lumbre los ojos y los labios fuego.

Con blando impulso y arrobado intento
se sacuden, columpian y suspenden,
y revolando á la merced del viento
leves las gasas, lo que encubren, venden.

Torpes brazos las formas peregrinas
profanan de las púdicas doncellas,
que al mecerse las rosas entre espinas,
rasgan su manto de color en ellas.

Mas ¿adónde está el alma que no enferma
de impuras fiestas el vapor liviano?
No hay castos pensamientos que no aduerma
dulce vaivén de cariñosa mano.

De riquísimas hebras los cabellos
vierten copia gentil por las espaldas,
y ondean con primor, asidas de ellos,
fragantes y hermosísimas guirnaldas.

Nieve las frentes, las mejillas rosa,
doquier ostentan con falaz decoro;
y en rica pompa y apariencia hermosa,
néctar los labios y las sienes oro.

Muestran perlas las nítidas gargantas,
y los ojos suavísimos destellos;
leves coturnos las ligeras plantas,
donaire y gracia los torneados cuellos.

Turba los ojos y la mente inquieta,
ya la alba tez de una amorosa espalda,
ya el vuelo de una gasa mal sujeta,
ya el roce voluptuoso de una falda.

En los brazos, los talles más gentiles
sosegados se aduermen, y las sombras
van en revuelta confusión sutiles
cruzando sobrepuestas las alfombras.

Al pasar por los límpidos espejos,
como los sueños en tropel vistoso,
las imágenes doblan los reflejos,
arrebolando el aire vagaroso.

Y delirando amores, y dementes,
entre gasas y músicas y aromas,
se rozan, con pensados accidentes,
confundidos halcones y palomas.

¿Cómo al ver de tantas bellas
el lindo y airoso talle,
no hay uno, entre todas ellas,
que como el tuyo avasalle?

Porque ondea con pausado
movimiento
como el lirio columpiado
por el viento.

No hay una vez que se mueva,
que no afrente
á ese vapor que se eleva
de la fuente.

Mas no abandonarás tanto
tu cuerpo en grata delicia,
si nos descubriera el manto
la mano que con encanto
tu ceñidor acaricia.

No hay pecho que no lastimes,
y pierda, al verte, la calma;
que donde la huella imprimes,
todos rendimos el alma.

Tienen tus plantas divinas
tal presteza,
y tan dulcemente inclinas
la cabeza,
que parece que besando
vas la sombra
que leve estás proyectando
por la alfombra.
Con ojos y pies encantas,
y causa, por Dios, enojos,
el que entre delicias tantas,
tormento nos den tus plantas,
cuanto nos matan tus ojos.

¡Por qué derribas el manto,
haciendo de él rica falda,
si ves que el calor no es tanto
que pueda ofender tu espalda?

Porque viendo los extremos
que descubres,
las gracias adivinemos
que aun encubres.

¡Ay! ¿por qué el manto derramas,
si tu nieve,
mucho más que hielos, llamas
vibra aleve?

Coge el manto descuidado,
cubriendo el rico tesoro;
que más que placer da enfado
mirar, Clementina, el oro
para otro dueño guardado.

¡Oh, con qué aire tan gentil
vienen y van las hermosas!
Tal se mira en el pensil,
cuando se mecen las rosas.

¡Oh, qué sones tan suaves
se levantan!

No son más dulces las aves
cuando cantan.

¡Cuál flota el leve atavío
de las plumas!

Perdonen del claro río
las espumas.

Y si los ojos se tienden,
ven por doquiera que pasan,

cabellos que el alma prenden,
serenos ojos que encienden,
húmedos labios que abrasan.

Las mal prendidas melenas
cubren las blancas espaldas,
éstas mostrando azucenas,
cuando las otras guirnaldas.

Mil confundidos acentos
amorosos
llevan y traen los vientos
sonoros.
Lucen las mejillas puras
sin afeite,
y brota de las cinturas
tal deleite,
que entre aromados vapores
se confunden ellas y ellos,
y todo respira amores,
ojos, espaldas, cabellos,
cinturas, labios y flores.

En torno a tu talle erguido
se agitan mil amadores;
siempre al árbol más florido
acuden los ruiseñores.

Y sin duda que adivinas
tu belleza,
pues tan dulcemente inclinas
la cabeza,
que parece que besando
vas la sombra
que leve estás proyectando
por la alfombra.

Y entre tan rica labor,
tu planta ligera avanza,
dando a su esmalte esplendor;
por eso muere la flor
cuando a besarla no alcanza.

Deja que toque suave
aquesa cintura leve,
como, cuando vuela, el ave
los blandos copos de nieve.

Y agítate con pausado
movimiento,
como el lirio columpiado
por el viento.

Que tus cabellos en calma
me coronen,

y que el cuello como el alma
me aprisionen.

Y deja que los fulgores
beba de tus ojos bellos,
pues todo respira amores,
ojos, espaldas, cabellos,
cintura, labios y flores.

LA PALMA

CANCIÓN

Esa palma que en tu encanto
hace sombra á tu ventana,
con las aguas de mi llanto
acreció su pompa vana.

Y por ella
fe y constancia me juraste,
niña bella;
pero cruda me engañaste.

Porque iluso en mis congojas,
cuando amante lo jurabas,
miré al tronco, y me enseñabas
la inconstancia de sus hojas.

Las tórtolas plañen
tu ausencia dolientes,
murmuran las fuentes
tu crudo rigor.

De amor gime ese árbol,
mis cantos de amores,
de amor esas flores
y el viento de amor.

Cuando turban quejas graves
de la noche la honda calma,
¿piensas, di, que son las aves
que se anidan en la palma?

No, bien mío,
que es un triste ¡ay Dios! que llora
tu desvío
por la noche hasta la aurora.

Y en su mal, por si importuna,
como obscura ve tu reja,
alza el triste, en son de queja,
sus plegarias á la luna.

Las tórtolas plañen
tu ausencia dolientes,
murmuran las fuentes
tu crudo rigor.

De amor gime ese árbol,
mis cantos de amores,
de amor esas flores
y el viento de amor.

Mil instantes, tus secretos
expié por la mañana,
cobijado en los objetos
que hacen sombra á tu ventana.

Y hubo alguno
en que en sueños exclamaste:
«¡qué importuno!»
y á otro lado te tornaste.

Maldecíame, y yo en tanto,
al susurro de tus quejas,
estrellaba ¡cielo santo!
mis suspiros en tus rejas.

Las tórtolas plañen
tu ausencia dolientes,
murmuran las fuentes
tu crudo rigor.

De amor gime ese árbol,
mis cantos de amores,
de amor esas flores
y el viento de amor.

A UNOS OJOS

Más dulces habéis de ser,
si me volvéis á mirar,
porque es malicia, á mi ver,
siendo fuente de placer,
causarme tanto pesar.

De seso me tiene ajeno
el que en suerte tan crüel
sea ese mirar sereno
sólo para mí veneno
siendo para todos miel.

Si crüeles os mostráis
porque no queréis que os quiera,
fieros por demás estáis,
pues si amándoos me mataís,
si no os amara, muriera.

Si amando os puedo ofender,
venganza podéis tomar,

pues es fuerza os haga ver
que ó no os dejo de querer,
ó me acabáis de matar.

Si es la venganza medida
por mi amor, á tal rigor
el alma siento rendida,
porque es muy poco una vida
para vengar tanto amor.

Porque con él igualdad
guardar ningún otro puede;
es tanta su intensidad,
que pienso ¡ay de mí que excede
vuestra misma crueldad.

¡Son, por Dios, crudos azares
que me den vuestros desdenes
ciento á ciento los pesares,
pudiendo darme á millares,
sin los pesares, los bienes!

Y me es doblado tormento
y dolor más importuno,
el ver que mostráis contento
en ser crudos para uno,
siendo blandos para ciento.

Y es injusto por demás
que tengáis, ojos serenos,
á los que, de amor ajenos,
os aman menos, en más
y á mí que amo más, en menos.

Y es, á la par que mortal,
vuestro lánguido desdén
tan dulce, tan celestial,
que siempre reviste el mal
con las lisonjas del bien.

¡Oh, si vuestra luz querida
para alivio de mi suerte
fuese mi bella homicida!
¡Quién no cambiara su vida
por tan dulcísima muerte!

Y sólo de angustias lleno,
me es más que todo cruel,
el que ese mirar sereno
sea para mí veneno,
siendo para todos miel.

LA FLOR DE LA JARDINERA

Como la luz hechicera,
galana como el abril,
adoro á una jardinera
que, hermosa, en cuidar se esmera
el más hermoso pensil.

De su seno la blancura,
envidia de los amores,
con gasas velar no cura,
pues sólo cubre con flores
las flores de su hermosura.

De su cabello colgadas
ondean guirnaldas bellas,
blancas, verdes, coloradas,
más que porque van atadas,
porque lo pretenden ellas.

Es tal su planta al triscar,
que no consigue su brío
la verde grama inclinar,
pues sólo aspira á tocar
la plata de su rocío.

Si muestra su faz, encanta;
y cuando tierna suspira,
al aura de envidia espanta,
al claro sol cuando mira,
y al ruiseñor cuando canta.

Y si ensaya su sonrisa
en las bullidoras fuentes,
corren hasta el valle aprisa,
para que á ensayar su risa
vaya en pos de sus corrientes.

Y cuando en dulces querellas
el vario curso reparan
de sus cristalinas huellas,
más por mirarla se paran,
que porque se mire en ellas.

Y porque el lindo gracejo,
cuando se mueven, no ultrajen,
mira del sol al reflejo,
pues sólo de tal imagen
puede la luz ser espejo.

pues es fuerza os haga ver
que ó no os dejo de querer,
ó me acabáis de matar.

Si es la venganza medida
por mi amor, á tal rigor
el alma siento rendida,
porque es muy poco una vida
para vengar tanto amor.

Porque con él igualdad
guardar ningún otro puede;
es tanta su intensidad,
que pienso ¡ay de mí que excede
vuestra misma crueldad.

¡Son, por Dios, crudos azares
que me den vuestros desdenes
ciento á ciento los pesares,
pudiendo darme á millares,
sin los pesares, los bienes!

Y me es doblado tormento
y dolor más importuno,
el ver que mostráis contento
en ser crudos para uno,
siendo blandos para ciento.

Y es injusto por demás
que tengáis, ojos serenos,
á los que, de amor ajenos,
os aman menos, en más
y á mí que amo más, en menos.

Y es, á la par que mortal,
vuestro lánguido desdén
tan dulce, tan celestial,
que siempre reviste el mal
con las lisonjas del bien.

¡Oh, si vuestra luz querida
para alivio de mi suerte
fuese mi bella homicida!
¡Quién no cambiara su vida
por tan dulcísima muerte!

Y sólo de angustias lleno,
me es más que todo cruel,
el que ese mirar sereno
sea para mí veneno,
siendo para todos miel.

LA FLOR DE LA JARDINERA

Como la luz hechicera,
galana como el abril,
adoro á una jardinera
que, hermosa, en cuidar se esmera
el más hermoso pensil.

De su seno la blancura,
envidia de los amores,
con gasas velar no cura,
pues sólo cubre con flores
las flores de su hermosura.

De su cabello colgadas
ondean guirnaldas bellas,
blancas, verdes, coloradas,
más que porque van atadas,
porque lo pretenden ellas.

Es tal su planta al triscar,
que no consigue su brío
la verde grama inclinar,
pues sólo aspira á tocar
la plata de su rocío.

Si muestra su faz, encanta;
y cuando tierna suspira,
al aura de envidia espanta,
al claro sol cuando mira,
y al ruiseñor cuando canta.

Y si ensaya su sonrisa
en las bullidoras fuentes,
corren hasta el valle aprisa,
para que á ensayar su risa
vaya en pos de sus corrientes.

Y cuando en dulces querellas
el vario curso reparan
de sus cristalinas huellas,
más por mirarla se paran,
que porque se mire en ellas.

Y porque el lindo gracejo,
cuando se mueven, no ultrajen,
mira del sol al reflejo,
pues sólo de tal imagen
puede la luz ser espejo.

En el jardín que cultiva
hay rosa de tal afeite,
que el gusto más tibio aviva,
y tal su afición cautiva,
que es la flor de su deleite.

Flor, hermosa de manera,
que aunque vegeta entre mil,
casi á jurar me atreviera
que es la mejor del pensil
la flor de la *Fardinera*.

Es rosa tan deseada,
de tan bello rosicler,
tan en extremo agraciada,
que todos la sueñan ver,
siendo de todos velada.

Que es esta flor peregrina
de la belleza el crisol,
su esencia á pensarlo inclina,
pues por la luz se adivina
que es tan magnífico el sol.

Recatándose á los ojos,
da al alma tantos enojos
cuanta espina la rodea,
pues siempre nace entre abrojos
la flor que más se desea.

Ya hubiera la oculta flor
ella mil veces cogido,
si tan dulcísimo error
no lo nublara el dolor
después de haberla perdido.

Cogerla para recreo
fuera justo por demás,
y en su amante devaneo
se aviva más su deseo,
cuando la contempla más.

Tiene tan bellos colores,
que nadie habrá que se queje
si goza de sus primores...
¡Triste del dueño que deje
guardar á una niña flores!

Sueña á veces que amorosa
á alguno la rosa dió;
mas soñando cariñosa,

tantas regaló la rosa,
cuantas veces se durmió.

Y sueña que á algún villano
la da cual prenda de amor,
por ser gentil hortelano,
y porque siendo verano,
puede agostarla el calor.

Y si con fatigas graves
pierde al dormir su delicia,
despierta, y con más siaves,
ve que el aura la acaricia
y la enamoran las aves.

Y en confuso susurrar,
con ánimo más sereno,
ve las abejas volar,
que ansiosas quieren libar
la miel que abriga en su seno.

Y la cuida de manera,
y tal descuella entre mil,
que puede jurar cualquiera
que es la mejor del pensil
la flor de la *Fardinera*.

Mas ¡ay! que en su devaneo
aguija tanto su idea,
que es aquella flor preveo,
según cortarla desea,
la espuela de su deseo.

Y tal vez á algún villano
la dé cual prenda de amor,
por ser gentil hortelano,
y porque siendo verano,
puede agostarla el calor.

Ya que guardarla la altera,
la cortará, y es razón,
pues pasó la primavera,
no se pase de sazón
la flor de la *Fardinera*.

Y á fe que es muy justa cosa,
puesto que está sazonada,
que la *Fardinera* hermosa
coja el fruto de una rosa
con tanto afán cultivada.

Y que se trueque el rumor
de los céfiros suaves
en son más arrullador,
y los coros de las aves
en dulces himnos de amor.

¿Qué niña habrá que si fuera
de aquel ameno pensil,
como ella, la *Fardinera*,
del huerto una flor no diera,
teniendo en el huerto mil?

Gozará de sus primores;
si el dueño de ella se queja
vanos serán sus clamores,
porque es muy necio quien deja
guardar á las niñas flores.

A BLANCA

ROMANCE

—«En poco tienes mi dicha,
sabiendo que tu tardanza
llena mi pecho de angustias
y de sospechas mi alma.

Bien se conoce que ignoras,
ó al menos de hacerlo tratas,
que son los instantes siglos
para una amante que aguarda.

¿Qué leyes de amor ordenan
á tu voluntad ingrata

que des placer á tus gustos,
tal vez sirviendo á otra dama,
mientras te aguardo aterida,
junto á una reja sentada,
trocando el calor del lecho
por el rigor de la escarcha?

¡Ay! no era así cuando amante
en la alta noche cantabas,
con tierno afán ponderando
mi ingratitud y tus ansias.

¿Adónde está la firmeza
de aquellas dulces palabras,
para tu bien acogidas
y para mi mal quebradas?

Sin duda por lo ligeras
se las llevaron las auras,

si no fué que en mis paredes
se quebrantaron por blandas.

Acuérdate de las veces
que me juraste con ansia,
mirando á la virgen luna,
tu fe, por su lumbre clara.

¡Jurábasme por la luna!
Por buen seguro jurabas,
porque es la fe de los hombres
como la luna, voltaria.»

Así se queja una niña
que con su amante soñaba,
quedando en brazos del sueño,
ya de esperarle cansada.

Las blancas sienas tenía
sobre la reja apoyadas,
con hondo afán espiondo
cualquier susurro del aura;
y oyendo estaba envidiosa,
cuanto otro tiempo envidiada,
necios llorar los amantes
la ingratitud de las damas.

Veía sombras informes
que sin rumores se alzaban,
y aquellas nieblas confusas
que van mintiendo fantasmas;
y ya mostrándose esquiva,
ya figurándose blanda,
vertiendo ahora sonrisas,
después derramando lágrimas,
la fe maldiciendo siempre
de los amantes que tardan,
entre amorosos suspiros,
desdenes, lágrimas, ansias,
ruidos, canciones, delirios,
sombras, nieblas y fantasmas,
en brazos quedó del sueño
junto á la reja sentada.

—Duerme soñando placeres,
blanca paloma sin alas;
que son las dichas más puras
todas las dichas soñadas.

Duerme entre blando embeleso
de imaginaciones hartas;
que hartos será el desengaño
que te traerá la mañana.

¡Pobre inocente! sin duda
de algún tesoro que guardas,

por más que lo niegues, niña,
la mejor prenda te falta.

Mal haya el halcón que abate
sobre una alondra sus garras,
y hace crüel de las suyas
pasto infeliz sus entrañas.

Mal haya, amén, el piloto
que el barco de la esperanza
bota en un mar de delicias,
sabiendo que en él naufraga.

Mal haya el pérfido amante
que astuto á una niña engaña,
ciego apurando hasta el fondo
de sus tesoros el arca.

Los que matando de amores,
de ser verdugos se alaban
por ser crüeles y falsos,
una y mil veces mal hayan.

De algunas noches me acuerdo
que requiriendo tus gracias,
con sus razones, mis sueños
tu falso amante inquietaba.

«Abre las puertas (decía),
y no, ya que tu desdén
tormentos da al alma mía,
quieras que helado también
encuentre mi cuerpo el día.

No añadas mi muerte, hermosa,
á tus amantes blasones:
baste que el aura amorosa
confunda en la noche umbrosa
con su rumor mis canciones.

Tal fuego en mi pecho inflama
el de tus ojos, bien mío,
que te amo tanto como ama
la mariposa á la llama
y la pradera al rocío.»

Así tu pérfido amante
en la alta noche cantaba,
en fe de amigo asaltando
de tu pureza el alcázar.

¡Ay! ¿quién dijera que el mismo
que estas endechas alzaba,
hoy te tendría esperando
junto á la reja sentada?

Quebráronse sus razones:
¿qué mucho que se quebraran,

siendo tus rejas tan duras
y sus razones tan blandas?

Llora tus gustos pasados,
pobre azucena olvidada;
que nada borra en el mundo
lo que no borran las lágrimas.

Tal vez se apague llorando
el fuego de tus entrañas;
aunque el remedio es inútil
cuando el enfermo dió el alma.

Y puesto que entre las sombras
te sales á la ventana,
trocando el calor del lecho
por el rigor de la escarcha,
duerme entre el blando embeleso
de imaginaciones hartas;
que hartó será el desengaño
que te traerá la mañana.

EL MODELO

Si al mundo dejar prendado
queréis con vuestra memoria,
asid, pintores, mal grado,
por los cabellos el hado
y por las alas la gloria.

Este modelo os enseña
cómo han de ser las hermosas;
quien en copiarlo se empeña,
cual por encanto diseña,
en vez de mujeres, diosas.

Es el prodigio más raro
el bien que en el alma adoro;
cual nadie su gracia imploro,
y es justo que el más avaro
dé cima al mejor tesoro.

Pintad su cintura leve,
blanco el cuello y sin aliño,
torneada la mano y breve,
la frente como la nieve
y el pecho como el armiño.

Brotando desdén y amores,
pintad de sus ojos bellos
los transparentes fulgores.

Seguid, y no estéis, pintores,
embebecidos en ellos.

Pintad la belleza suma
de la mejilla y la frente,
y aquella tez transparente
que el lustre roba a la espuma
y su pureza a la fuente.

Seguid el rico traslado
sin que una nube sombría
deje su esmalte eclipsado;
que hasta un vapor delicado
empaña la luz del día.

¡Gloria a los hijos de Apeles,
que imitando este modelo,
entre las sombras del suelo
trasladan con sus pinceles
los serafines del cielo!

Esas imágenes bellas
tan vagas y transparentes,
que, murmurando querellas,
van deshaciendo las fuentes,
cuando apresuran sus huellas;

esa forma vagarosa
con que en la noche soñamos,
leve, aérea, vaporosa,
imagen voluptuosa
de la mujer que adoramos;

esos fantásticos seres
que altiva forja la mente
de ángeles, luz y mujeres,
fruto de un alma que siente
sed de amorosos placeres;

esa memoria importuna
que ardiendo en amantes llamas,
ve al resplandor de la luna
sirenas en la laguna
y sílfides en las ramas;

aquellos vagos ensueños
tan deleitosos y puros,
que nos cercan halagüeños,
nunca sombríos ni oscuros,
y casi siempre risueños;

esas hermosas visiones,
que van en plácido vuelo
robando los corazones,
y pasan como ilusiones
entre la tierra y el cielo;

y cuanto en vaga demencia
ardiente el alma delira,
cubriendo con apariencia,
de la verdad la existencia,
la magia de la mentira;

son la expresión verdadera
de ese divino traslado,
cuya ilusión hechicera
es fruto de una quimera
que la verdad ha adoptado.

EL CISNE Y LA SOMBRA

Pomposo, inconstante y vago,
un cisne, en formas apuesto,
mirando su sombra, enhiesto
cruza las aguas de un lago.

Y al ver en ellas su imagen
tan limpia, fúlgida y clara,
necio las algas separa,
porque su brillo no ultrajen.

Y sus contornos mirando,
con tal placer los divisa,
que hasta le estorba la risa
que forma el agua temblando.

Así, en liviana querella,
yendo y viniendo inseguro,
busca el remanso más puro,
junto a la orilla más bella.

Y allí se está en su locura
una hora y otra admirado,
viendo el perfecto traslado
de tan perfecta hermosura.

En las quimeras que fragua
mira su imagen pomposa,
mientras en calma reposa
la superficie del agua.

Y cuando el céfiro blando
la riza en grupos de espuma,
vano concierta su pluma,
á que se aquiete esperando.

Sigue en las aguas, flotante,
cualquiera ruta sin tino,
con tal que al ir su camino,
lleve su sombra delante.

Hasta que leve pasando
alguna nube sombría,
eclipsa su gloria, impía,
la luz del cielo eclipsando.

Sin que gallardos se curen
de poner coto á su orgullo,
por más que en doble murmullo
las ondas de ello murmuren,

con plácidos movimientos
siguiendo su sombra bella,
va orlando las aguas ella,
y él hermoseando los vientos.

En grato son, transparentes
mienten las aguas sonrisas,
húmedas suenan las brisas
y alegres corren las fuentes.

Hasta que acaso importuna
densa una nube resbala,
que oculta toda su gala
al cisne sombra y laguna.

Porque ligera pasando,
como apariencia ilusoria,
deja en eclipse su gloria,
la luz del cielo eclipsando.

—Cisne, que en blando embeleso
admiras tu pompa suma,
ve mirando
que en tu quimérico exceso,
en cada estanque una pluma
vas dejando.

Y como el aura prosiga
en resbalar turbulenta
por tus alas,

no mires tu sombra amiga,
pues te dará triste cuenta
de tus galas.

Mirando al agua que corre,
no engrías el delirante
pensamiento,
porque es muy frágil la torre
que tiene al agua inconstante
por cimiento.

Del roble la alta corona
el aquilón rebramando
rompe bronco,
y los arbustos perdona
que están el puerto abrazando
de su tronco.

Si tus plumas adoradas
perdiendo vas una á una,
¿qué te queda?
¡Ay! que en sus vueltas calladas
todo lo huella fortuna
con su rueda.

La vanidad insensata,
como el águila altanera
toca al cielo,
y cuando menos se cata,
ve que camina rastrera
por el suelo.

¿De qué nos sirve que hermosa
la primavera de flores
vista al llano,
si luego en lumbré enojosa
la seca con sus calores
el verano?

¿A qué tu mente se sube
entre gloriosos desvelos
delirando,
si los eclipsa una nube,
la clara luz de los cielos
eclipsando?

Cuida que en alas traidoras
la vanidad no se encumbre
de tu mente,

y que del cielo que adoras
no se te cierre la lumbre
de repente.

Y puesto que el seso pierdes
tu dulce sombra mirando,
oye atento;
tal vez en tu juicio acuerdes,
el triste fin recordando
de este cuento:

Entre los rudos cantares
que incierto el aire menta,
cruzaba un cisne los mares
mirando su sombra un día.

Era una tarde serena,
en que las ondas calladas
no escupen sobre la arena
conchas, ni piedras pintadas.

De esas tardes sin bramidos,
en que el alma no oye atenta
más que los ecos perdidos
de la pasada tormenta.

Tocó á su término el día,
del mar bordando la alfombra,
y viendo el cisne seguía
sobre las aguas su sombra.

Fuése la noche cerrando,
y en su constancia importuna,
quedó su sombra mirando
al resplandor de la luna.

Siendo ella su amante guía,
era, en su loco transporte,
cualquiera ruta su vía
y cualquier rumbo su norte.

Y al seguirla, indiferente
cruzaba el mar al acaso,
ya del ocaso al Oriente,
ya del Oriente al ocaso.

Rizando el viento las olas,
vagos preludios ensaya,
y alza tiernas barcarolas
el marinero en la playa.

Lame, con plácido halago
sonando el mar, las riberas.
Mas ¡ay! que es sólo un amago
la mansedumbre en las fieras.

Que si mintiendo bondades
se muestra el mar tan sereno,
es que hondas las tempestades
hirviendo están en su seno.

¿Quién mira las flores bellas
de las praderas olientes,
y cobijadas entre ellas
ciego no ve las serpientes?

¿Quién las naves anegadas
mira del mar en la orilla,
que entre sus ondas rizadas
bote su frágil barquilla?

¡Ay del osado que excede
á su valor con su intento!
Mucho se expone á que herede
sus esperanzas el viento.

Dígalo el cisne llorando,
que en su constancia importuna
quedó su sombra mirando
al resplandor de la luna.

Pues brotando de su centro
los vientos que el mar encierra,
á tan horrisono encuentro
tembló espantada la tierra.

Cegaron mil nubarrones
del cielo las luces bellas,
y vomitando aquilones,
tocó la mar las estrellas.

El cisne agitó sus alas
para elevarse del suelo;
mas no advirtió que sus galas
volaban ya por el cielo.

Y do cifraba poco antes
todo su amor y ventura,
pese á sus alas flotantes,
el triste halló sepultura.

Por dar un vano alimento
á sus fantasías locas,
sus galas heredó el viento
y su cadáver las rocas.

Mas de una pompa tan suma,
de tan quimérica gloria,
no heredó el mundo una pluma
ni aun para escribir su historia.»—



AYES DEL ALMA

A LA REINA CRISTINA

RESTAURADORA DE LAS LIBERTADES PATRIAS

AL PARTIR PARA SU DESTIERRO

¡Italia!... ¡Italia!... á tu angustiado seno
vuelve ya la deidad de ti adorada:
la trajo el iris, y la lanza el trueno,
cual hoja seca de aquilón llevada.

(JUAN DOROSO CORTÉS)

ODA

Lleva en paz esa nave,
aura gentil que hacía el Oriente vuela,
que nunca en pompa grave
á tu influjo suave
otra más rica aparejó sus velas.

Marca su rumbo incierto,
de Italia las regiones apartadas
señalando su puerto,
por estas que ahora vierto
lágrimas tristes de rencor preñadas.

Adiós, reina querida;
si al ronco son del huracán que zumba
te abre la mar guarida,
yendo de muerte herida,
feliz serás en encontrar la tumba.

Por dar un vano alimento
á sus fantasías locas,
sus galas heredó el viento
y su cadáver las rocas.

Mas de una pompa tan suma,
de tan quimérica gloria,
no heredó el mundo una pluma
ni aun para escribir su historia.»—



AYES DEL ALMA

A LA REINA CRISTINA

RESTAURADORA DE LAS LIBERTADES PATRIAS

AL PARTIR PARA SU DESTIERRO

¡Italia!... ¡Italia!... á tu angustiado seno
vuelve ya la deidad de ti adorada:
la trajo el iris, y la lanza el trueno,
cual hoja seca de aquilón llevada.

(JUAN DOROSO CORTÉS)

ODA

Lleva en paz esa nave,
aura gentil que hacía el Oriente vuela,
que nunca en pompa grave
á tu influjo suave
otra más rica aparejó sus velas.

Marca su rumbo incierto,
de Italia las regiones apartadas
señalando su puerto,
por estas que ahora vierto
lágrimas tristes de rencor preñadas.

Adiós, reina querida;
si al ronco son del huracán que zumba
te abre la mar guarida,
yendo de muerte herida,
feliz serás en encontrar la tumba.

¿Por qué doliente mides
con esos ojos, que la paz vertían,
la tierra que despides?
¿Quién sostendrá las vides
que al dulce arrimo de tu amor crecían?

¿Por qué con pecho fiero
da á sus hijos la tórtola por padre
al infiel balletero
que amagó carnícero
la blanca sien de la inocente madre?

Y tú, pueblo aguerrido,
que la proscribes con ardor bizarro,
recuerda cuando uncido,
como alazán vendido,
llevarte pudo á su triunfante carro.

Si dejaste beodo
la regia frente de baldón sellada,
nunca el imperio godo
debió ver por el lodo
de una mujer la dignidad ajada.

Aparta, infiel alano,
que osaste profanar con ira insana
de tu dueño la mano;
hoy te alzas soberano,
y un vil ruñán te azotará mañana.

No apagues insolente
mi voz, porque la mísera fortuna
de una madre lamente,
que sofocó valiente
las sierpes que me ahogaban en la cuna.

En buen hora con saña
solemnices en orgía placentera
tu criminal hazaña:
¡gloria al león de España,
que el pecho hirió de una infeliz cordera!

Engríe tus pendones
agobiados de bélicas coronas:
quien venció Napoleones,
añada á sus blasones
la baja prez de proscribir matronas.

Y en tanto que serena
ría la mar, ó que sus senos abra,
aduérmete sin pena
al bronco son que atruena
del yunque atroz que tus cadenas labra.

¡Ya abandonó á Castilla!
Cantad, hijos del Cid, la alta victoria;
en mí fuera mancilla,
magüer que cual Padilla
me agito en sed de libertad y gloria.

AL REGRESO DE S. M. LA REINA

DOÑA MARÍA CRISTINA

ODA

Ya torna la que, viéndose ultrajada
por enemigo bando,
de Valencia en las costas, irritada,
la corona abdicó de San Fernando.

¡Digna Reina del pueblo que, algún día
con su indomable tropa,
el mundo entero á prosternar salía
desde un rincón de la asombrada Europa!

Llegad por fin donde, en amor iguales,
ya os miran embebidos,
como signo de honor, vuestros parciales;
cual bandera de paz, vuestros vencidos.

Mostrad, para vengaros dignamente
de pasados agravios,
señales de perdón en vuestra frente,
palabras de piedad en vuestros labios.

Los que hoy al «benediros» os admiran,
de vos «benditos» sean:
pues «madre!» os llaman cuantos hoy os miran,
«hijos!» tan sólo vuestros ojos vean.

No piden sangre, no, las nobles almas
de muertos defensores;
el mártir de una Reina exige palmas;
el héroe de una dama exige flores.

Con harta gloria ha de contar su suerte
la venidera historia,
que si es, lidiar por vos, buscar la muerte,
morir por vos es alcanzar la gloria.

Y aunque vengar vuestra altivez quisiera
su inútil osadía,
¿qué existencia sus vidas redimiera,
ni cuál sangre su sangre expiaría?

A cuantos hoy con bárbaros enojos
conciten vuestra saña,
eternamente á sus voraces ojos
su lumbre les esquite el sol de España.

Sed, cual fueron en bélicas edades
los grandes corazones:
fuente de amor para mandar bondades;
tumba inmortal para enterrar baldones.

Que no hay gloria en el mundo más cumplida
que ser, cual vos, Señora,
el genio del orgullo, si vencida;
el ángel del perdón, si vencedora.

EL CARRO DE LA FORTUNA

A MIS AMIGOS RUBÍ, DONCEL Y VALLADARES

Llegad, los que os es dado
el carro avasallar de la fortuna,
y asaltadlo mal grado,
que pasa acelerado
el cerco amenazando de la luna.

La turba que hormiguea
sobre él, acogotad, vengando el dolo.
Lanzada al orco sea
esa imbécil ralea
de tantos grandes en el nombre sólo.

A la eminencia suma
trepad, lanzando en oblación cruenta
el tropel que la abruma,
y que viste de pluma,
del topo vil para ocultar la afrenta.

Caigan, pese á su lloro,
del pedestal do sin pudor subieron

las hembras sin decoro
que alas calzaron de oro
y su virtud por escalón pusieron.

Abajo esos tribunos,
torpes ministros del doloso fraude,
que de su mal ayunos,
adulan importunos
al populacho vil que aullando aplaude.

A mí despedazada
de tantos héroes la corona baje,
antes que enmarañada
como prenda usurpada
del bosque quede entre el gentil ramaje.

Del carro desprendido
encima echad la ponderosa mole
sobre este pueblo erguido,
que imita conmovido
con hondo afán la condenada prole.

Marquen esos caballos,
¡fogosos siervos de la suerte impía,
con sus herrados callos,
á los que, cual vasallos,
con riendas de oro á su placer los guía.

Seguidlos arrojando
al seno de las sucias polvaredas;
y ora el carro ciando,
ora presto arrancando,
magullen siempre al criminal sus ruedas.

Sienta esa chusma osada
que en él subir á la maldad le plugo,
que del vicio hostigada,
tinta en sangre la espada,
ya la virtud se convirtió en verdugo.

Caigan en son horrendo
del desierto las cálidas arenas
con sangre humedeciendo,
hastío y pasto siendo
de hambrientos lobos y ahitadas hienas.

Bajad con vituperio,
viciosos monstruos de infernal ralea;
ya cayó vuestro imperio,
que, orlando el hemisferio,
el pabellón de la justicia ondea.

LA ESENCIA PERDIDA

¡Ay de la flor que á la mañana pierde,
como el alma su amor y su inocencia,
del viento á la merced su pompa verde,
y á la del sol su delicada esencia!

¿Qué le importa que, alegres en su vuelo,
la acaricien las auras sonoras,
si no vendrán con fatigoso anhelo
su esencia á respirar las mariposas?

¿Y á qué fin de sus hojas primitivas
guardar un resto, si fingiendo quejas,
la esquivarán, pasando fugitivas,
cual hierba venenosa, las abejas?

Serán desde hoy sus inodoras galas
fácil matiz de la campestre alfombra,
pudiendo deleitar, de las zagalas
la blanca faz, con su amorosa sombra.

No verá más entre la niebla umbria
las tiernas magas derramando amores,
cuando bajen, aromas y ambrosia
á beber en las copas de las flores.

¡Ay del arbusto que se eleva erguido
á impulsos de la blanda primavera,
y es el oprobio del jardín florido
quien para ser su galardón naciera!

¡Malhadada la flor que en vano lucha
por aromar la brisa murmurante,
y un tierno adiós de gratitud no escucha
cuando deja su sombra el caminante!

Si pierden los capullos su ambrosia,
como el alma su amor y su inocencia,
plácida flor de la esperanza mía,
no pierdas, no, tu delicada esencia.

Pasa la vida delirando amores,
perdida en la ilusión de una quimera:
la esencia son de las tempranas flores
las ilusiones de la edad primera.

Tiende, bien mío, de tu mente el vuelo,
no imites en tu curso á los que, viles,
por no asaltar en su altivez el cielo,
usurpan su mansión á los reptiles.

Aires más puros con afán busquemos,
dejando el valle, en el alzado monte,
y embebecidos desde allí miremos
sin límites ni fin el horizonte.

El rojo sol que los espacios dora
hollemos con el vago pensamiento,
porque bien sé que un paraíso mora
tras el turquí del azulado viento.

Y sé también que por allí cargados
se columpian los céfiros de azahares,
que son los yermos deliciosos prados
y lagunas pacíficas los mares.

Ni un áspid me contaron que se asoma
por entre el musgo de las lindas flores;
tiende allí el vuelo la gentil paloma
sin que tuerzan su curso los azores.

La Madre de los ángeles inflama
el corazón de amores más exento,
y hay un Pastor que á los apriscos llama
las perdidas ovejas con su acento.

Traspongamos los céfiros suaves,
pues sigue á los osados la fortuna,
que el águila es la reina de las aves
porque vuela más alto que ninguna.

Y cuando el mundo sin pensar dejemos,
por si algunos lamentan nuestra huída,
en pago de su amor les legaremos
el llanto que se vierte á la partida.

LA CONFESIÓN

Y yo, abismado en tanta maravilla,
con miedo reverente
curo, y humilde inclino la rodilla
y la devota frente.

(MELENDEZ)

Ya el manso indócil, que en su error seguía
con inútil empeño,
torna á buscar la sal que le ofrecía
la mano de su dueño.

De la virtud abandoné gozoso
el aterido llano,
porque otro el gusto me enseñó frondoso
a la siniestra mano.

En el probó con algarazca loca
ámbares mi sentido,
ricos panales mi sedienta boca
y sirenas mi oído.

Piloto audaz, con la inocencia mía
por exclusivo amparo,
torpe esquivé la soberana guía
del eminente faro.

Cuantos hollé risueños á la entrada
alamedas y llanos,
trocáronse, al volver de la jornada,
en inmundos pantanos.

Adonde el soto me forjé más bello,
me hirieron los abrojos;
las zarzas, arrancándome el cabello,
me azotaron los ojos.

Jamás calmé, por aliviar las mías,
las desdichas ajenas:
siempre faltaron á mis ojos días
para llorar mis penas.

Al poderoso sorprendí comprando
la inocencia con oro;
mas yo vengué su iniquidad, entrando
á saco su tesoro.

Mi triste corazón hirió atrevido
el brazo del más fuerte,
y el dardo asiendo de mi pecho herido,
di al contrario la muerte.

Pequé, Señor, porque amargaron fieros
la sangre de mis venas;
dadme el perdón, ó no apastéis corderos
adonde nacen hienas.

Hoy para siempre á vuestros pies se agotan
las furias de mi pecho;
pues ya agolpadas á mis ojos brotan
como volcán deshecho.

Feliz, si á mis errores juveniles
vuestra piedad alcanza:
¡bien la merece el que á los veinte abriles
ya perdió la esperanza!

A la virtud consagraré holocaustos,
y desde hoy, Padre mío,
esquivaré los mundanales faustos,
como la cumbre el río.

Quedad con Dios, los que vagáis perdidos
del ancho mundo por la incierta vía,
que ahuyentando el sopor de mis sentidos
se eleva el sol, y con su luz me guía.

Quedad con Dios; y perdonad, pastores,
si alguna vez, sediento peregrino,
os agoté, calmando mis ardores,
la pura fuente del erial camino.

Dadme el perdón si en su cristal undoso
templé del sol las estivales llamas;
ó si en el puerto, del laurel frondoso,
para abrigarme, desgajé unas ramas.

Y vos, seres, también, cuya inocencia
el pasto fué de mi amoroso intento,
dadme el perdón si, por gozar su esencia,
alguna flor os agostó mi aliento.

Eternamente os cantarán mis labios,
cual monumento á vuestras glorias hecho,
y amante fiel, para enterrar agravios,
en panteón convertiré mi pecho.

Quedad con Dios; mi ardiente fantasía
al cielo asciende entre gloriosa nube,
y en alas de su ardor el alma mía
purificada por los aires sube.

Recoge, cazador, el vil reclamo
que esfuerza en vano la falaz garganta,
pues ya esquivando tu engañoso ramo
el ruiseñor por las alturas canta.

LAS ILUSIONES

A T...

Salud, claras centellas,
que en giros halagüeños
vais guiando mis huellas,
leves como los sueños,
cual los angeles bellas.

Por sendas sin espinas
arrastráis, dulces magas,
mis plantas peregrinas,
siempre en los aires vagas,
y siempre á mi vecinas.

Y ya que, uno por uno,
tal vencéis los fracasos
del destino importuno,
que en mis inciertos pasos
no tropecé en ninguno,

por beneficio tanto,
dejad que sin pesares
os rindan en su encanto,
tierna mi voz, cantares;
dulces mis ojos, llanto.

Vos, con gesto risueño,
traéis al alma mía,
con amoroso empeño,
quimeras por el día,
y por las noches sueño.

Vos templáis la venganza
de mis tristes memorias,
y en lisonjera holganza
vos renováis las glorias
de mi muerta esperanza.

Así entre ensueños de oro,
horas vivo serenas,
tierno guardando el lloro
para plañir las penas
de los tristes que adoro.

Y soy en mal tan fuerte,
pues que audaz no me espanta
con su rigor la suerte,

el único que canta
dando alcance á su muerte.

Salud, hijas del viento,
que tardas, ó ligeras,
llegándoos á mi acento,
sois siempre mensajeras
de perenal contento.

Dejadle que en su brio
vuestra morada esquiva
cruce en blando extravío,
y entre vosotras viva
el pensamiento mío.

No separéis la mano
en que feliz me aduermo;
cuidad con pecho humano
que más que no el enfermo
siente la herida el sano.

Seguid en banda espesa,
y no apaguéis el fuego
que ardiendo me embelesa;
seguid, por Dios, os ruego,
que cerca está la huesa.

Y en mis alegres días,
veréis que, aunque sin fausto,
presagas de alegrías,
os rindo en holocausto
las cantinelas mías.

UNA LÁGRIMA Á UN RECUERDO ⁽¹⁾

A LOS SEÑES. D. JOSÉ SAFONT Y D. MARIANO BARRIO

—Era una tarde sombría.
El aquilón rebramando
nuestras cabañas hería.—
Así á sus hijos decía
una matrona llorando.

(1) En la tarde del 24 de febrero de 1841 murieron ahogados en el río Henares, viniendo de una quinta de recreo, D. JOSÉ SAFONT y su esposa D.^a MARÍA CLAVIJO, acompañados de sus padres, D. JOSÉ y D.^a ROSA LUGO, D.^a ANTONIA CABO CARDAÑO, esposa de D. MARIANO BARRIO, una niña de siete años, hija de éstos, y otros varios amigos y parientes. Sólo D. JOSÉ SAFONT (hijo) se salvó por la solicitud de un dependiente, después de haber hecho en vano algunas tentativas por permanecer en unión de tan queridos seres.

Está por demás advertir que esta composición ha sido hecha en memoria de tan infausto acontecimiento.

—Hender un canto la esfera
se oía plácido en tanto.
Mas ¡quién entonces creyera
que sólo de muertes era
vago prelude aquel canto!

—Templad esa intensa,
tenaz pesadumbre,
y en torno á la lumbre,
mi madre, acudid;
y aunque algo os aqueje
tan triste memoria,
la trágica historia
contando seguid.

—Iban las olas mugiendo,
mientras las auras esquivas
seguían con dulce estruendo
en vago son confundiendo
aplausos, cantos y vivas.

»Y estaba azotando impio
el aquilón la ribera,
cuando en el polvo sombrío
vi una carroza ligera
ganar las ondas del río.

»—*¡Amaina, zagal!*—dijeron
su incuria al ver los pastores,
y aunque á su auxilio acudieron,
zagal, carroza y señores
entre las algas se hundieron.

»—*¡Ay!*— con voz desfallecida
clamaron en mal tan fuerte,
como el que en rápida huida
mira alejarse la vida
en brazos ya de la muerte.

»Vierais entonces, fluctuando,
alzar á todos las palmas,
hondos gemidos lanzando,
con ansias de muerte dando
un triste adiós á sus almas.

»Y al ver á una madre en tanto
alzar á una niña al cielo,
me ahogó la voz el espanto,
y ciega caí entre el llanto,
presa infeliz de tal duelo.»

—Templad esa intensa
tenaz pesadumbre,
y en torno á la lumbre,
mi madre, acudid;
y aunque algo os aqueje
tan triste memoria,
la trágica historia
contando seguid.

—A vueltas de mi extravío,
oí con triste lamento
gritar:—*¡Adiós, amor mío!*—
mientras que ahogaba este acento
con sus murmullos el río.

»Era un esposo, que impía
á puerto ya de bonanza
una infiel mano impelia,
y al ver á la esposa, hacia
exequias á su esperanza.

»—*¡Adiós!*— el triste llorando
clamaba con voz doliente:
y—*¡Para siempre!*—gritando
seguía, entre el polvo ajando
desesperado la frente.

»Y cuál su dolor sería,
cuando él, en trance tan fuerte,
á su esposa—*¡Adiós!*—decía,
y ella—*¡Adiós!*—le respondía
desde el umbral de la muerte!

»¡Ay! cuando en tropel se hundieron,
y ya con tez amarilla
las yertas palmas tendieron,
¿dónde sus ramas tuvieron
los álamos de la orilla?»

—¡Qué lástima el verlos
ahondarse sería!

—¡Cuánto ¡ay! llenaría,
vagando, el confín!

—¡La niña que alzaba
su madre en las manos!!!...

—¡Lloremos, hermanos,
su trágico fin!

A ORILLAS DEL NALÓN

¡Cómo, al vagar la mente,
lastima inquieta el corazón llagado!
¡El ánimo doliente,
llora por lo presente,
ó suspira tal vez por lo pasado?

Ya de añejos dolores
nos señala el harpón, ó ya renueva
recuerdos seductores,
ya de gustos de amores
la antigua miel entre ilusiones prueba.

Ora, al cielo vecina,
su curso, audaz, á los planetas marca;
ya al abismo declina:
ya á par del sol camina,
y el ancho espacio de la luz abarca.

¿Qué buscará en la hondura
de esas sonantes y apacibles olas,
que con planta insegura
llevan su linfa pura
arrastrando entre lirios y amapolas?

Tal vez cuando sus huellas
multiplican los brillos halagüeños,
sus imágenes bellas
se parezcan á aquellas
que audaz forjaba en mis dorados sueños.

Si en óptica ilusoria
las remedan tan frágiles perfiles,
quiero aumentar mi gloria,
trayendo á la memoria
los sueños de mis años juveniles.

Corred por las campañas,
fáciles ondas, derramando albores,
y al pie de las montañas
seguid entre espadañas
trocando en perlas las brillantes flores.

En plácidos concentos,
por el soto tended las limpias huellas,
conjuraré los vientos
porque no borren lentos
esa copia de imágenes tan bellas.

Y si el aire el encanto
borrase de esos cuadros halagüeños,
consuéleos mi quebranto,
porque también el llanto
borra el tropel de mis amantes sueños.

¡Oh, si mi frágil nave
pudiese por lo menos sus entenas
dar al aire suave,
para que el peso grave
cruzase un mar de linfas tan serenas!

Llebadme, ondas queridas,
por vuestro raudo y celestial camino;
si es por sendas floridas,
no importa que perdidas
á morir caminéis al mar vecino.

Que con queja importuna
jamás, en congojosa pesadumbre,
maldigo la fortuna,
sea el sol ó la luna
quien el camino de mi muerte alumbre.

Al término toquemos,
antes que hollar en nuestro rumbo abrojos;
cuanto más caminemos,
por las prendas que amemos
menos ofrendas verterán los ojos.

Llebadme, ondas serenas;
no quiero, atravesando de corrida,
que vaya á duras penas
la sangre de mis venas
enlutando la senda de mi vida.

EL PRIMER AMOR

ALEGORÍA.—A P..

¡Ay del que, ahogando congojas,
funda sus gustos y amores
en el verdor de unas hojas,
ó en el matiz de unas flores!

Dígalo en tristes endechas,
pese á tan crúdas memorias,
la que entre flores deshechas
vió por el aire sus glorias.

A ORILLAS DEL NALÓN

¡Cómo, al vagar la mente,
lastima inquieta el corazón llagado!
¡El ánimo doliente,
llora por lo presente,
ó suspira tal vez por lo pasado?

Ya de añejos dolores
nos señala el harpón, ó ya renueva
recuerdos seductores,
ya de gustos de amores
la antigua miel entre ilusiones prueba.

Ora, al cielo vecina,
su curso, audaz, á los planetas marca;
ya al abismo declina:
ya á par del sol camina,
y el ancho espacio de la luz abarca.

¿Qué buscará en la hondura
de esas sonantes y apacibles olas,
que con planta insegura
llevan su linfa pura
arrastrando entre lirios y amapolas?

Tal vez cuando sus huellas
multiplican los brillos halagüeños,
sus imágenes bellas
se parezcan á aquellas
que audaz forjaba en mis dorados sueños.

Si en óptica ilusoria
las remedan tan frágiles perfiles,
quiero aumentar mi gloria,
trayendo á la memoria
los sueños de mis años juveniles.

Corred por las campañas,
fáciles ondas, derramando albores,
y al pie de las montañas
seguid entre espadañas
trocando en perlas las brillantes flores.

En plácidos concentos,
por el soto tended las limpias huellas,
conjuraré los vientos
porque no borren lentos
esa copia de imágenes tan bellas.

Y si el aire el encanto
borrase de esos cuadros halagüeños,
consuéleos mi quebranto,
porque también el llanto
borra el tropel de mis amantes sueños.

¡Oh, si mi frágil nave
pudiese por lo menos sus entenas
dar al aire suave,
para que el peso grave
cruzase un mar de linfas tan serenas!

Llevadme, ondas queridas,
por vuestro raudo y celestial camino;
si es por sendas floridas,
no importa que perdidas
á morir caminéis al mar vecino.

Que con queja importuna
jamás, en congojosa pesadumbre,
maldigo la fortuna,
sea el sol ó la luna
quien el camino de mi muerte alumbre.

Al término toquemos,
antes que hollar en nuestro rumbo abrojos;
cuanto más caminemos,
por las prendas que amemos
menos ofrendas verterán los ojos.

Llevadme, ondas serenas;
no quiero, atravesando de corrida,
que vaya á duras penas
la sangre de mis venas
enlutando la senda de mi vida.

EL PRIMER AMOR

ALEGORÍA.—A P..

¡Ay del que, ahogando congojas,
funda sus gustos y amores
en el verdor de unas hojas,
ó en el matiz de unas flores!

Dígalo en tristes endechas,
pese á tan crudas memorias,
la que entre flores deshechas
vió por el aire sus glorias.

Un plácido almendro estaba
viendo una niña en su anhelo,
que con su pompa afrentaba
toda la pompa del cielo.

Seguía el árbol mirando
con afición importuna,
hora por hora contando
sus galas una por una.

Mas ¡ay! que tanto ornamento
costó á su pecho afligido,
cada capullo un lamento,
y cada flor un gemido.

—¿Por qué los lánguidos ojos
amante en el árbol fijas,
antes de ver con enojos,
niña, las sierpes y abrojos
que con las plantas cobijas?

¡Ay! Pese á tu amor, repara,
en tus delicias extremas,
que ya la fortuna avara
dejó sin ídolo el ara
adonde tu incienso quemas.

Conjura el cierzo sombrío,
porque de flores tan bellas
marchitará el atavío,
desvaneciendo, amor mío,
tus ilusiones con ellas.

¿A qué el Abril de tus años
consagras, niña, á unas flores,
si no has de evitar los daños
que causan los desengaños
de los primeros amores?

¿Si pensarás por ventura,
embebecida en la calma
de tu amorosa locura,
que las heridas del alma
cualquier remedio las cura?

¿Y qué harás, dueño querido,
cuando de las nubes fieras
oigas el ronco estampido,
tú que jamás has oído
más que balar las corderas?

Nunca sentiste encontrados
revolotear los ambientes
por los espacios lanzados,
pues siempre viste en los prados
adormecidas las fuentes:

y ¡ay, si á torrentes bramando
el agua va por las cuestas,
los mármoles desquiciando,
en su furor transportando
los bosques á las florestas!

Pon término á tus locuras,
que los volcanes revientan
en las soberbias alturas,
donde las flores más puras
eterno al Mayo sustentan.

Cuando apacible rompieres
en amorosos cantares,
no has de olvidar, si pudieres,
que siempre son los placeres
la cuna de los pesares.

Y ya en el trance postrero,
será inútil que cobarde
dé el labio un ¡ay! lastimero.
¡De qué valdrá el mensajero
si ya el perdón llega tarde!—

Una á una, hora por hora
contaba las flores bellas,
hasta que un día á la aurora
halló el arbusto sin ellas.

Entre sus alas llevaron
toda su pompa liviana
los céfiros que pasaron
á recibir la mañana.

Vió entonces entre suspiros
del primer mal el trasunto,
y cuántas vueltas y giros
da la fortuna en un punto.

Mirando al árbol desierto
da riendas al lloro en tanto.
¡Siempre es el último puerto
de nuestras cuitas el llanto!

¡Así el hojoso ornamento
costó á su pecho afligido,
cada capullo un lamento
y cada flor un gemido!

Mas ¡de cuánta ilusión y cuántas flores
se orlarán ¡ay! nuestros primeros años,
si los cierzos calmaran sus furioses,
y acotara el amor sus desengaños!

Llora del viento el desamor injusto;
lloremos, sí, nuestro fugaz aliño,
porque también el destrozado arbusto
la imagen es de mi primer cariño.

Y cuantas almas el dolor devora,
vengan también a lamentar conmigo
la viudez de la tórtola que llora
al pie del árbol de su amor testigo.

Es digna, sí, de fraternal consuelo
la pobre niña que, mirando sólo
como un almendro engalanaba el cielo,
no oyó los austros conmovier el polo.

Una senda de flores sin espinas
soñó la triste en su ilusión primera;
pero ajadas sus plantas peregrinas
ya ensangrentó la desigual carrera.

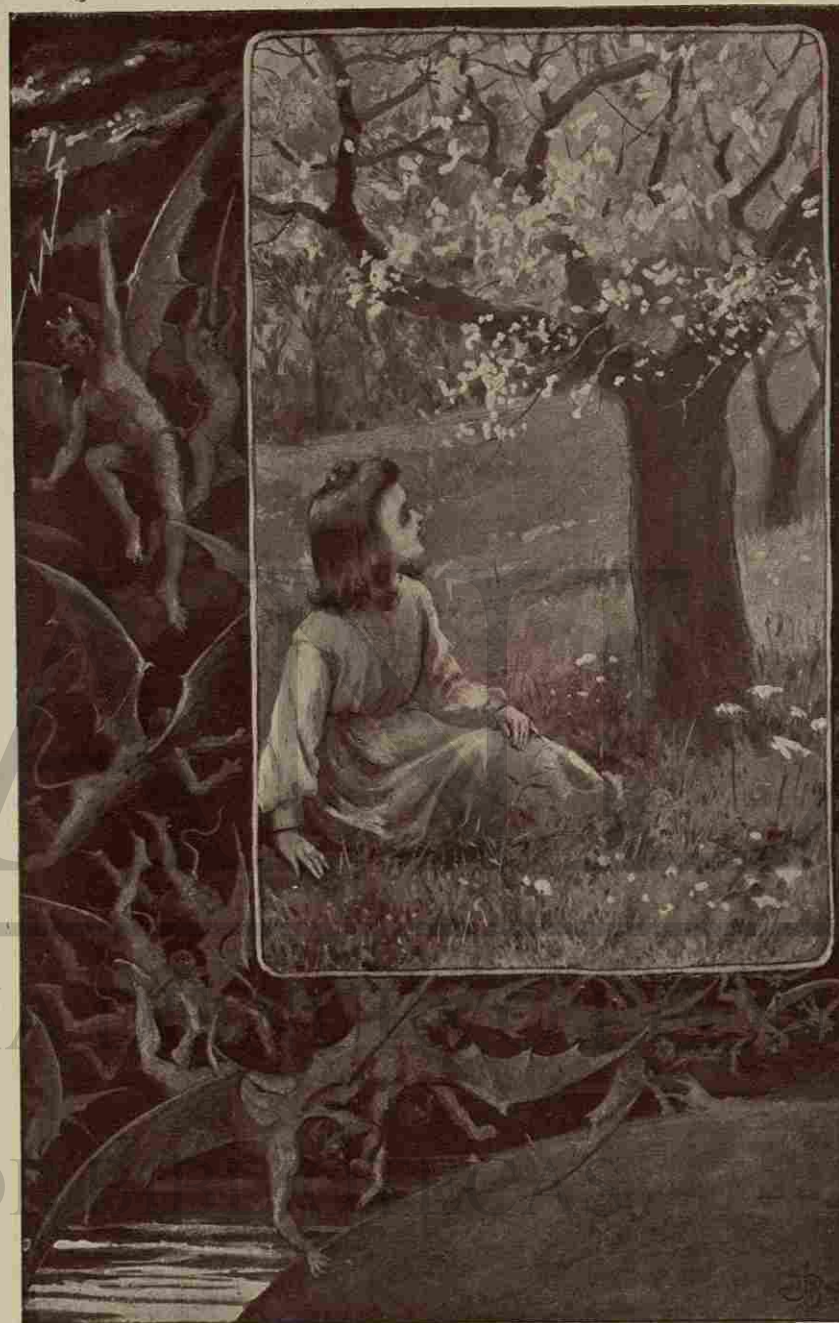
¡Blandos favonios del templado estío,
un cisne socorred de blanco seno,
que al avanzar hacia el cristal del río
cayó á la orilla entre el hedor del cieno!

¡Descended, serafines, de la altura,
y unas alas prestad á esa paloma,
qué ya entre el musgo la serpiente impura
á devorarla sin piedad se asoma!

¡Vagad, ayes del alma, en son de duelo,
paz demandando al Hacedor divino,
para el arcángel que, al tornarse al cielo,
tocó en el mundo porque erró el camino!

Tal vez en su inocencia no creía,
al amainar su vuelo acelerado,
que el paraíso terrenal cubría
la mácula afrentosa del pecado.

AYES DEL ALMA



... Y enderezando al orbe
los condenados su rumbo,
aun no colgaban los aires
las negras sombras de luto,
cuando en tropel se apostaron
en los confines del mundo.

(El JUICIO FINAL.—Fantasía.)

Es digna, sí, de fraternal consuelo
la pobre niña que, mirando sólo
como un almendro engalanaba el cielo,
no oyó los austros conmovier el polo.

(El PRIMER AMOR.—Alegoría.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Vuestra mano, señor, sea la guía
de esa inocente, que angustiada llora,
que al despedir al sol dichosa un día,
se halló infeliz al asomar la aurora.

Y si basta de lágrimas un río
para que oigáis su angelical querella,
puedan lograr su redención, Dios mío,
las muchas ¡ay! que derramé por ella.

EN LA CARTUJA DE BURGOS

Á B..

ODA

Paso á la imbecil plebe
que, detestando en su abyección la gloria,
tiende su brazo alevé,
y á desplomar se atreve
cuanto en cien siglos hacinó la historia.

¿Y en nombre de qué culto
ciega esa plebe la orfandad derrama?
—¡Paso! y quede insepulto
el que con loco insulto
odie la grey que *libertad* proclama.—

Vengan, pues que perjura
de *libertad* tan bárbaros caminos
allana en su locura
á esa falange impura
de incendiarios, traidores y asesinos.

Derrocad sin concierto,
muchedumbre sangrienta de villanos;
solo en este desierto,
como en oculto puerto,
un templo os queda en que poner las manos.

Miralos ya, alma mía,
levantar cual en torpes lupanares,
alta y soez orgía
aquí do ayer se oía
el sublime cantar de los cantares.

Con las tuyas mezclamos
nuestras teas, mi bien, pues ya incendiaron

los ídolos que vemos:
el pedestal quememos,
ya que sobre él a nuestro Dios quemaron.

Ven, que sin noble valla
aquí sus fuegos saciará brutales
el corazón que estalla,
cabe la ruin canalla
que hundió cadalsos para alzar puñales.

Ven, que aunque ayer oramos
ante ese altar que derrumbado humea,
de él nuestra alfombra hagamos;
con esto escarnezcamos
la vil generación que nos rodea.

Y si en el trance impío
al ver mis ojos destrucción tan fiera
vierten de sangre un río,
no los seques, bien mío,
vierta el dolor lo que el puñal espera.

Alza, don Juan segundo,
deja asolar tus fúnebres aprestos,
que, en su rencor profundo,
ese tropel inmundo
si no halla sangre, aventará tus restos.

¡Fuego, embriagada tropa!
Talad, brindando por el culto ibero,
tinta en licor la ropa:
ayer en esa copa
la sangre se libaba del Cordero.

¡Ah! desde hoy nuestros brazos
¿en qué altares, con mística porfia,
formarán tiernos lazos?
Vedlos aquí en pedazos,
¡Rotos pedazos, ¡ay! del alma mía!

MUERTOS Y VIVOS

BACANAL.—CORO BAILABLE

Hoy vienen, dejando
las tétricas huesas,
de muertas promesas
las almas en pos.

*¡Ahogad las creencias;
cerrad la ventana:
que vuelvan mañana
benditas de Dios!*

Bailad, que las luces
al orco se lanzan,
y negras avanzan
las sombras detrás;
y alzando alaridos
al viento que atruena,
las almas en pena -
nos hacen compás.

Miradlas, al ruido
de cien cascabeles,
poblar los dinteles
del regio salón.

Huid, prole inmunda,
y ahogad los gemidos;
que a muertos y a idos
no hay fe ni pasión.

Tal vez nos demanden
antiguas promesas;
mas hoy ni por esas
la fiesta ahogarán.

Bailad, que sus prendas
al ver inconstantes,
los muertos amantes
de rabia se irán.

Oíd cuál mi nombre
maldicen crueles...

¡Amantes infieles,
un trago por mí!

Bailad, y que sigan
las almas su vuelo;
si estorban al cielo,
nos sobran aquí.

Si vienen a hacernos
tan frívolo cargo
de un viaje tan largo,
bailad, y hagan dos.

*¡Ahogad las creencias;
cerrad la ventana:
que vuelvan mañana
benditas de Dios!*

EL JUICIO FINAL

FANTASÍA

I

Anuncio del juicio final á los espíritus malignos.—Lamentos del ángel malo.—
Postrer ardor del infierno

Así Luzbel exclamaba,
mientras le oía confuso
aglomerado el infierno
en espantoso tumulto:

—Mañana, cuando las llamas
bajen del cielo á diluvios,
y vomitando tormentas,
sombras aborte el profundo,
tumba fatídica siendo
en encontrados disturbios
las llamas, de las tinieblas,
y éstas, de aquellas sepulcro;
y desquiciados los orbes,
por los espacios cerúleos,
ya con la llama abrasados,
ya entre las sombras ocultos,
amenazando caídas
perdidos vaguen sin rumbo,
al ruido de la trompeta
que anuncie el final del mundo;
el orbe donde nacimos
asediaremos sañudos,
para vestir los despojos
de los que en él fueron justos,
y en alas de su pureza,
los nuestros dejando impuros,
á juicio pareceremos
de DIOS ante el trono augusto.—

Al nombre de DIOS heridos,
como al poder de un conjuro,
se dispersaron inquietos
los condenados en grupos,
hondos gemidos lanzando
de eternos ecos preludeo;
y de la atroz gritería
al descompuesto murmurio,
despiden rayos sus ojos,
fatal emblema de orgullo,
restos de glorias pasadas
y de alto origen trasunto

—Tremendos sobre nosotros
—siguió Luzbel,—uno á uno,
entre martirios sin cuento
pasaron lustros y lustros,
sin que el dintel de los cielos
jamás tocásemos puro,
aunque á sus puertas llamamos,
ya humildes, ó ya sañudos,
ora con fieros enojos,
ora con llanto importuno;
pues siempre de sus albores
ciegos nos dejó el impulso,
sin que á atenuarlo bastase
de nuestros antros el humo;
siendo al medir las esferas
en desesperados tumbos,
de su clemencia el escarnio
y de su gracia el insulto.
¡Oh! Si nuestra alma rebelde,
jamás adoró al DIOS sumo,
al cieno vil aferrada
por el imán de los gustos;
y si en prisión afrentosa
nuestro divino atributo
la infame cárcel del cuerpo
ató con lazos robustos,
¿por qué DIOS, fuente de gracia,
de su emanación verdugo,
condenó á eterno martirio,
en su justicia sañudo,
al alma que encadenada
alzarse al cielo no pudo?
Ganad, hijos del infierno,
pese á los buenos el hurto,
y antes que el orbe aniquile
del juicio el terrible anuncio,
los restos con que piadosos
rindieron al cielo culto,
tal vez porque sus sentidos
nunca en su afán iracundos
contra el imperio del alma
se amotinaron impuros.
¡Sus!—

Y enderezando al orbe
los condenados su rumbo,
aun no colgaban los aires
las negras sombras de luto,
cuando en tropel se apostaron
en los confines del mundo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RUIZ"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

II

Llamamiento.—Descripción del juicio final

¿Cuál fúnebre estampido
conturba los revueltos horizontes,
que á su fragor el orbe estremecido
lanza de sí cual átomos los montes?

¿Adónde en ronco estruendo
los mares desbordados,
rujientes van la inmensidad midiendo
de planeta en planeta despeñados?

Por el espacio errantes,
perdido el rumbo de su giro eterno,
los astros rutilantes,
las sombras inflamando del infierno,
cayendo van desde la empírea cumbre
en ciego parasismo,
mientras nubes espesas
se alzan sin fin del tenebroso abismo;
y en remolinos fieros
ruedan despedazados
en amalgama universal mezclados
llamas, cometas, sombras y luceros.

Hirió la trompa, al resonar, la esfera,
y en sus impuras fauces dejó ahogado
el ¡ay! desesperado
que ronca alzó la humanidad entera.

Id á juicio, mortales,
sin contener el indolente paso;
caminad á sufrir eternos males,
ó eternos bienes á gozar acaso.

¡Ay si al tornar con ánimo doliente
los ojos desolados
hacia los gustos del amor pasados
rojo el pudor os encendió la frente!

Seguid llorando con dolor profundo
vuestro eternal quebranto,
ya que alegres tuvisteis en el mundo
tan en desuso el llanto.

Ajenos de esperanza,
en vaga lontananza
el arcángel oíd, que en presta huida

grita, al cruzar la inmensidad inerte:
—¡Ay del que á Dios no consagró su vial!
¡Ay del mortal que lo olvidó en su muerte!—

Seguid, prole maldita,
sin mundanos deseos,
con ánima contrita,
á rendir el espíritu en ofrenda
de impuros devaneos;
caminad sin rodeos:
no hay sagrado á que huir; esta es la senda.

Id y arrojad, monarcas de la tierra,
en oblación amarga,
esa humilde corona
que de alta prez en vuestra sien blasona,
y no á los hombros, en mundano exceso,
con tan inútil carga
no pudiendo marchar, dobléis el peso.

¿Por qué ocultáis entre las manos bellas
las frentes de jazmines,
vos que brillasteis sin pudor en ellas
radiantes de hermosura en los festines?

Id, con los ojos falsamente enjutos,
torpes matronas de insondable pecho,
donde os esperan los bastardos frutos
del profanado lecho.

En hombros de los ángeles alzado
ved de Dios el asiento,
y cómo ya á su acento
deja veloz las no acotadas puertas
de par en par la eternidad abiertas.

Maldecid, turba vil, en mal tan fuerte,
vuestra existencia entre el placer perdida.
¡Ay del que á Dios no consagró su vial!
¡Ay del mortal que lo olvidó en su muerte!

III

Transformación y ascencimiento de los pecadores.—Aves de los justos.—Preponderancia del
energía sobre el imperio del alma.

Y alzándose de las tumbas
al universal crujiir,
van en sus cuerpos las almas
cruzando el aire sutil.
Y cuando algunas, ya altivas,

tocan del cielo el confin,
 otras, rastreras, el polvo
 miden con hondo gemir,
 pues de sus restos antiguos
 con ansia inquiriendo el fin,
 en vano, hozando sepulcros,
 discurren aquí y allí,
 hasta que al murmullo ronco
 de un satánico reír,
 escuchan sobre los aires
 clamar á Luzbel así:

—Con nuestros restos, á juicio
 almas dichosas, venid,
 ya que en los vuestros nosotros
 vamos con vuelo gentil.
 Y á fé que prendas tan leves
 son fáciles de subir,
 mientras que torpes las nuestras,
 pegadas al cieno vil,
 tal vez á ascender se nieguen
 por círculos de zafir;
 y si en tal caso os agobian,
 lo que sufrimos, sufrid.—

Dijo; y conformes los buenos
 con tan infernal ardid,
 visten sus formas humildes,
 ayes lanzando sin fin.

¡Ay, que ignoráis resignadas,
 almas de origen feliz,
 que los sentidos rebeldes,
 en espantoso motín,
 también las almas aferran
 como esas que veis subir,
 y espíritu y carne entonces
 luchando en abierta lid,
 suele á la impura materia
 rendirse el alma servil!
 ¡Vos, que cruzasteis el mundo
 con formas de serafín,
 sin que sintieseis el fuego
 de las pasiones hervir,
 aun no sabéis cual marchita
 de nuestra edad el abril,
 el ansia de las potencias,
 cuando guerrando entre sí,
 ansioso busca el oído
 profanos sonos que oír,

ebrios de placer los labios
 otros labios de rubí,
 fantasmas de amor la mente
 de misterioso perfil,
 lumbre que admirar los ojos,
 sendas el pie que seguir;
 y en tan inciertos deseos,
 y en tan encontrada lid,
 aquí anhelando placeres,
 llorando gustos allí,
 llevan al alma aferrada
 tras de la materia ruin,
 para concederla sólo
 la libertad al morir;
 ¡y entonces Dios la destierra
 donde por siglos sin fin
 padezca, porque no pudo
 en su dolor resistir!

Mas vos, con fervor divino
 mil veces más fuerte y mil,
 con esos viles despojos,
 almas dichosas, subid.

Y suben, mientras aun se oye
 por el desierto confin:
 —Y si en tal caso os agobian,
 lo que sufrimos, sufrid.—

IV

Vencimiento del espíritu por abyección de la materia

Y apenas en sus leyes sacrosantas
 Dios decretó la universal discordia,
 á la turba infernal miró á sus plantas,
 gritando en hondo afán:—*Misericordia!*

—Silencio, vil tropel, de Dios maldito;
 tarde la gracia del Señor granjeas.—
 Y la turba infernal alzando el grito,
 repite sin cesar:—*Bendito seas!*

—¿Por qué los ojos á mi luz no esconden
 deslumbrados los hijos del profundo?—
 Y á las palabras del Señor responden:
 —*¡Paz y salud al Redentor del mundo!*

—¿Son éstos los que en ciego desvarío
 jamás tornaron á su Dios los ojos?—
 —Los mismos son; pero piedad, Dios mío,—
 clamó Luzbel, y se postró de hinojos,

—Si olvidados de vos ayer seguimos
tras el cebo carnal de nuestros gustos,
hoy redención á demandar venimos
con las prestadas formas de los justos.

«¿A qué al infierno desterrar sañudo
el alma de estos míseros nacidos,
si siempre débil contrastar no pudo
el impuro motín de los sentidos?»

«¿Ni cómo ante su Dios se postraría,
en cárcel mundanal el alma presa,
quien recibió de la fortuna impía
torpe la lengua y la rodilla aviesa?»

«Si los que alzasteis compasivo al cielo,
con nuestras formas vuestro ser adoran,
¡ay de los tristes que en amargo duelo
a vuestros pies arrepentidos lloran!»

—Venid—dijo el Señor,—mis escogidos.—
Y un ¡ay! se oyó que conmovió el profundo;
mientras suena en los aires esparcidos:
—¡Paz y salud al Redentor del mundo!

Imperfección humana.—Rebelión de los sentidos.—Lucha del espíritu y la carne

Presentes los escogidos
ante el Señor que los nombra,
con hondo afán arrastrando
de los demonios las formas,
sacrilegos á sus ojos
alzan la frente orgullosa,
y ni le acatan altivos,
ni irreverentes se postran;
antes blasfemando ateos
gritan del cielo con mofa,
en el aspecto divino
la faz encarando torva:

—¡No hay Dios!—Y la atroz blasfemia
rodando de boca en boca,
siguen ímpios gritando
en confusión espantosa:

—¿Qué niebla ver, importuna,
la luz del cielo me estorba,
que así á vivir me condena
entre el horror de la sombra?»

—¿Cuál torpe sueño las alas
de mi pensamiento agobia,
que noble á inquirir su origen
jamás el vuelo remonta?
—¿Adónde está la morada
de esa Deidad misteriosa,
que todos su ser conocen
y todos su esencia ignoran?»—

Y Satanás imprecando
al Dios que rendido imploran:

—¡Hasta los ángeles—grita—
con nuestras mundanas formas
dudan de vos, y os maldicen,
cuando brilláis con más gloria!—
Y á su voz siguen los malos
gritando: ¡Misericordia!
Y á sus impuras blasfemias
ciegos los ángeles tornan.

—¿Por qué, si sueño, tan sólo
impresos en mi memoria
los sueños profanos quedan,
y los divinos se borran?
—Nada los hondos misterios
de la religión me importan,
si ofuscan mi entendimiento
y si mi razón sofocan.

—Venid en tropel, deleites
de las ya apuradas órgías,
á ser el pasto continuo
de mis esperanzas locas.

—Blandos compases midiendo
sobre las ricas alfombras,
leves mis plantas se ensayan
en danzas voluptuosas.

—Liviano mi pensamiento,
sujeta á pruebas gustosas
imágenes de deleite
que en mi entendimiento aborta.
—¿Cómo las furias del cielo,
cuando de airado blasona,
son para mi pecho dardos
que, antes de herirlo, se embotan?»—

Y en su ignorancia ofuscados,
más las blasfemias redoblan;
mientras que Dios entre un velo
sepulta la faz gloriosa:

—Ebria de goces ansia
ricos panales mi boca.
—¡Qué músicas mis oídos
vienen á herir sonoras!
—Profano lechos, á impulso
de estímulos que me acosan.
—Dejan marchito y sin vida
á cuanto mis manos tocan.
—Arden de amor mis sentidos.
—Es la virtud una sombra.
—Iguales son Dios y el caos.
—No hay más placer que la gloria.
—Falta la luz á mis ojos.
—Sueños impuros me acosan.
—¡Oh, qué tormento es la duda!
—¡Quién es Dios?— ¡Misericórdial...—

VI

Hastío de Dios en su mejor obra. —Aniquilación de las criaturas

—Silencio— exclamó Dios, —vil criatura,
grosero aborto de miseria y llanto,
en quien es siempre la materia impura
cárcel y afrenta de tu origen santo.
Maldigo en ti mi predilecta hechura.—
Y describiendo el vaporoso manto,
al vivo resplandor de una mirada
ángeles y demonios fueron nada.

VII

Sentencia. — Nueva creación del hombre. — Atributos de la especie humana. —
Vaguedad de la existencia

—Vuelva á su ser lo creado,
y de hoy por siempre estará
entre su Dios y los hombres,
mediando la eternidad.

»Será un informe trasunto
de la aniquilada ya,
la raza humana que el orbe
vuelva entre llanto á poblar.

»Con honra de imagen mía,
de barro el cuerpo tendrá;
y el alma perecedera,
con alientos de inmortal.

»Toda su ciencia y su gloria
dudas y sueños serán,
y el galardón de sus penas
la cruda muerte, y no más.»

Dijo el Señor, y á su acento
llenó sus cauces la mar,
y las alturas ganando
en armonioso compás,
por sus azules esferas
se vió á los astros girar.
Y como á vueltas de un sueño,
levísimo por su faz
sintió resbalar un beso
entre ilusiones Adán,
creyendo ver en los aires,
en éxtasis celestial,
una visión milagrosa,
que cada vez más y más
se fué alejando entre nubes
del bajo edén terrenal,
hasta que al fin quedó entre ambos
mediando la eternidad.
Agradecido al don triste
de la existencia falaz,
al cielo humilde las palmas
alzó postrándose Adán;
mas no hallando en su desvelo
ídolo ante quien orar,
y creyendo del acaso
fruto su vida quizá,
vino la hiel de la duda
su corazón á amargar,
y el don funesto maldijo
de su existencia fatal,
hasta que viendo á Eva al lado
que con sonrisa fugaz
sus dudas y desvarios
trocó en amoroso afán,
el bien del alma olvidando
por el placer corporal,
se prosternó desde entonces
ante la humana deidad;
y sin que de su alto origen
quisiese el fin deslindar,
ni ver del hondo sepulcro
un término más allá,
dudas, miserias y llanto
ahogó entre el placer carnal,
llanto, miserias y dudas
legando á la humanidad.

Así el hombre, de la vida
la senda cruzando erial,

siembra al pasar ilusiones
 y engaños cogiendo va;
 y en curso errado, siguiendo
 de su apetito el imán,
 le asedian aquí pesares,
 remordimientos allá,
 y en guerra consigo mismo,
 y consigo mismo en paz,
 goza siguiendo la dicha,
 sin alcanzarla jamás;
 y así en encontrados rumbos,
 atormentándole van
 delante las ilusiones
 y los recuerdos detrás.
 Y muerto de la esperanza
 el consolador fanal,
 siguen los hombres su ruta
 con solícito ademán,
 esperando aquí una dicha,
 allí esquivando un azar,
 viendo siempre el bien lejano,
 y cerca sintiendo el mal;
 y prosiguiendo el camino
 que hollaron á su pesar,
 de dónde vienen no saben,
 é ignoran adónde van.
 Entre el error y la duda,
 sin norte que brujulear,
 ciegos caminan á veces
 en parasismo mortal,
 llamando gloria á la pena,
 padecimiento al solaz,
 á la verdad la mentira
 y á la mentira verdad.
 Y á veces por la fe herido
 sucumbe el genio del mal,
 y otras rueda el fanatismo
 luchando con la impiedad,
 y así en abismo espantoso,
 entre creer y dudar,
 incierta á su fin camina
 la abyecta prole de Adán.

¡Ay de vosotros los tristes
 que en tan proceloso mar,
 luchando con las tormentas
 sin esperanza bogáis,
 sabiendo por vuestro daño
 que de la ruta al final
 sólo será vuestro premio

la cruda muerte, y no más!
 Y vos, los que en sueños vagos
 de eterna felicidad
 creéis de vuelo, en muriendo,
 sobre los aires pasar,
 ¿qué galardón, miserables,
 por fe tan ciega esperáis,
 si está entre Dios y los hombres
 mediando la eternidad?...

VIII

Desaparición del Criador.—Último adiós á la esperanza

Así acabaron las glorias
 DE UN MUNDO QUE YA PASÓ;
 y al ver á las criaturas
 aniquiladas su Dios,
 el cieno tocó, y del centro
 se alzó Adán entre su hedor,
 y un beso sobre su frente
 para animarle estampó.
 Y viendo tan vil hechura,
 trasunto de otra mejor,
 la faz al último cielo
 por no mirarla tornó;
 y una lágrima derrama,
 glorioso emblema de amor,
 que al descender ardorosa
 sobre la cima del sol,
 evaporada á sus rayos
 en nube se convirtió.
 Y alejándose escondido
 entre el augusto vapor,
 avergonzado, su hechura
 por última vez miró,
 hasta que entre ambos, doliente,
 en faz de eterno dolor,
 con su poder invisible
 la eternidad arrastró.

¿Y para siempre apartado
 de vuestro seno, gran Dios,
 no probaré las delicias
 de tan inefable amor?

¡Loco de mí, que corriendo
 tras una y otra ilusión,
 iba ganando el sepulcro
 con infatigable ardor,
 el término de mis penas,

y de mi fe el galardón,
creyendo en mis desvarios
ver al través de su horror!
Mas ya por la misma senda
tan sin esperanza voy,
que falta en torpe letargo
en mi juventud precoz,
el vuelo á mi pensamiento,
y el ansia á mi corazón;
y sin admirar, cantando
vuestra grandeza, Señor,
falta entusiasmo á mi pecho
y falta canto á mi voz.
Y pues que en vano me canso,
id, esperanza, con Dios,
y apagad de vuestra antorcha
el peregrino fulgor,
que aquí me quedo llorando
de mis cantares al son,
una jornada perdida,
huyendo de otra peor.
Y aunque impía me engañaste,
sepultando mi ilusión,
al llevarme fascinado
con tu destello traidor,
recibe el último vale
del que te da su perdón
desde este páramo yerto
donde no nace una flor.

¿Y adónde vos, engañados,
en tan ciega confusión,
camináis, hermanos míos,
treguas prestando al dolor?
Si vais como yo marchando,
lleno de fe el corazón,
creyendo tras el sepulcro
pasar á vida mejor,
doblad como yo la frente,
tened el paso veloz,
que por sentencia de Él mismo
para nosotros no hay Dios.
Mas no, seguid vuestra senda
al mágico resplandor
con que la dulce esperanza
vuestra niñez alumbró,
y ¡oh, si afanado corriendo
de vuestras huellas en pos,
por su destello alentado
pudiera seguiros yo!...

EL ALMA EN PEÑA

Advertencia.—El objeto que me he propuesto al bosquejar esta tragedia, es el de agitar una cuestión que se puede convertir en filosófico-religiosa.

No presento más que una pequeña fase del cuadro que me había propuesto desarrollar, porque para su total desempeño me han faltado fuerzas, solicitud y tiempo. Esto, sin embargo, no destruye la existencia de la idea primordial, pues aunque estuviera engalanada con accesorios más ó menos importantes, y el plan hubiese correspondido á la vasta idea que me formé de él en un principio, el fondo siempre hubiera quedado el mismo.

La cuestión está reducida á lo siguiente:

«¿La voluntad, reguladora de nuestros actos físicos y morales, obra por sí misma con absoluta independencia, ó lo hace á impulsos de una providencia superior?»

Jamás he podido convencerme de las razones de los que han pretendido probarnos que caseemos de libre albedrío, y que todos nuestros actos están regidos por la omnipotente mano de Dios. Si esto fuese así, sería necesario confesar que Dios hacía un ayo sobradamente desculadado, porque tales cosas hace el hombre que desacreditarian su augusta dirección.

¿Y quién es el necio que, por otra parte, cree que, abandonados á nuestros propios deseos, vivimos, crecemos y nos multiplicamos ni más ni menos que los animales de un orden inferior? Esta teoría, en mi concepto, era suficiente para hacer morir de hastío á cuantos presumiéramos de tener sentido común. Se me dirá que, al darnos Dios el libre albedrío, nos concedió un instinto de percepción que distingue lo bueno de lo malo, y que, por consiguiente, somos responsables de nuestros actos, en cuanto obramos con conocimiento de causa; pero esto, á lo más, no pasa de ser una argucia escolástica, porque si los alientos espirituales se hallan subyugados por los estímulos de la carne, poco importa que la Omnipotencia nos haya dado entonces el don de conciencia, pues sería lo mismo que enseñarle á un hambriento el pan inaccesible á su estómago. Doy por supuesto, que no lo creo, que en las batallas interiores tengan el mismo grado de intensidad el espíritu y la materia para ganar la victoria: el que por último quede vencido, aquel será menos fuerte, y el castigarle por su impotencia sería una iniquidad. No es mi ánimo en este lugar prejuguar la justicia ó injusticia de la suerte ulterior que nos espera, y sólo trato de manifestar que, así como no me contenta ver á Dios encargado de velar sobre nosotros con un eterno puplaje, me repugna en extremo hallarme con un albedrío que, á pesar de mi conciencia, ha de ser arrastrado por el sentido más loco.

Y si por una parte es absurdo pensar en la intervención directa del cielo, y por otra demasiado desconsolador tener por nuestros únicos móviles las eventualidades del acaso, ¿cuáles son los medios por los que nuestra naturaleza debe estar en relación con el alto fin para que ha sido creada?

Un espíritu que se filtra en el corazón de los actores tomando alternativamente las diferentes formas de un sueño, de una memoria, de un placer, de un dolor, de una esperanza, de un presentimiento, es el resorte invisible que determina las acciones de este drama; pero semejante medio es indeterminado, local, raquítico. Basta para desarrollar esta composición, pero no cumple con el objeto que me había propuesto. La cuestión, por consiguiente, queda indicada, pero no resuelta. Falta hallar otro eslabón más aéreo que éste, infinitamente más universal, que abrace todos los actos de la existencia de los hombres hasta sus últimos pormenores; que no se aplique á él un caso dado, sino que él sea aplicable á todos los casos. Es menester, en fin, hallar la identidad de ese ser misterioso ante el cual nuestra voluntad es una esclava, á quien unos llaman *sinó*, otros *hado*, otros *estrella*; que se insinúa en el corazón por caminos desconocidos, que excita nuestros instintos de un modo tan invisible, que á veces nos fuerza á hacer lo contrario que anhelamos. En la conciencia de la humanidad hay un sentimiento constante de atribuir el buen ó mal éxito de sus acciones á un director espiritual, y si al cruzar el erial del mundo tiene el hombre una convicción tan profunda de que jamás marcha solo, ¿quién es entonces ese duende que le acompaña?...

Abandono la resolución de este problema, porque me parece de la mayor importancia, y digna por lo mismo de que se ocupe de ella otra pluma más diestra que la de un pretense filósofo de veintitrés años.

EL ALMA EN PEÑA

PERSONAJES: Irene (*Alma en pena*).—D. Luis de Castro.—Elvira.—
D. Pedro de Lara.—Ana

PRIMERA PARTE

ÁNGEL-DEMONIO

MORIR AMANDO

Tenía Irene un amante,
y aunque al amor no se aviene
la firmeza del diamante,

y de mi fe el galardón,
creyendo en mis desvarios
ver al través de su horror!
Mas ya por la misma senda
tan sin esperanza voy,
que falta en torpe letargo
en mi juventud precoz,
el vuelo á mi pensamiento,
y el ansia á mi corazón;
y sin admirar, cantando
vuestra grandeza, Señor,
falta entusiasmo á mi pecho
y falta canto á mi voz.
Y pues que en vano me canso,
id, esperanza, con Dios,
y apagad de vuestra antorcha
el peregrino fulgor,
que aquí me quedo llorando
de mis cantares al son,
una jornada perdida,
huyendo de otra peor.
Y aunque impía me engañaste,
sepultando mi ilusión,
al llevarme fascinado
con tu destello traidor,
recibe el último vale
del que te da su perdón
desde este páramo yerto
donde no nace una flor.

¿Y adónde vos, engañados,
en tan ciega confusión,
camináis, hermanos míos,
treguas prestando al dolor?
Si vais como yo marchando,
lleno de fe el corazón,
creyendo tras el sepulcro
pasar á vida mejor,
doblad como yo la frente,
tened el paso veloz,
que por sentencia de Él mismo
para nosotros no hay Dios.
Mas no, seguid vuestra senda
al mágico resplandor
con que la dulce esperanza
vuestra niñez alumbró,
y ¡oh, si afanado corriendo
de vuestras huellas en pos,
por su destello alentado
pudiera seguiros yo!...

EL ALMA EN PEÑA

Advertencia.—El objeto que me he propuesto al bosquejar esta tragedia, es el de agitar una cuestión que se puede convertir en filosófico-religiosa.

No presento más que una pequeña fase del cuadro que me había propuesto desarrollar, porque para su total desempeño me han faltado fuerzas, solicitud y tiempo. Esto, sin embargo, no destruye la existencia de la idea primordial, pues aunque estuviera engalanada con accesorios más ó menos importantes, y el plan hubiese correspondido á la vasta idea que me formé de él en un principio, el fondo siempre hubiera quedado el mismo.

La cuestión está reducida á lo siguiente:

«¿La voluntad, reguladora de nuestros actos físicos y morales, obra por sí misma con absoluta independencia, ó lo hace á impulsos de una providencia superior?»

Jamás he podido convencerme de las razones de los que han pretendido probarnos que caseemos de libre albedrío, y que todos nuestros actos están regidos por la omnipotente mano de Dios. Si esto fuese así, sería necesario confesar que Dios hacía un ayo sobradamente desculadado, porque tales cosas hace el hombre que desacreditarian su augusta dirección.

¿Y quién es el necio que, por otra parte, cree que, abandonados á nuestros propios deseos, vivimos, crecemos y nos multiplicamos ni más ni menos que los animales de un orden inferior? Esta teoría, en mi concepto, era suficiente para hacer morir de hastío á cuantos presumiéramos de tener sentido común. Se me dirá que, al darnos Dios el libre albedrío, nos concedió un instinto de percepción que distingue lo bueno de lo malo, y que, por consiguiente, somos responsables de nuestros actos, en cuanto obramos con conocimiento de causa; pero esto, á lo más, no pasa de ser una argucia escolástica, porque si los alientos espirituales se hallan subyugados por los estímulos de la carne, poco importa que la Omnipotencia nos haya dado entonces el don de conciencia, pues sería lo mismo que enseñarle á un hambriento el pan inaccesible á su estómago. Doy por supuesto, que no lo creo, que en las batallas interiores tengan el mismo grado de intensidad el espíritu y la materia para ganar la victoria: el que por último quede vencido, aquel será menos fuerte, y el castigarle por su impotencia sería una iniquidad. No es mi ánimo en este lugar prejuguar la justicia ó injusticia de la suerte ulterior que nos espera, y sólo trato de manifestar que, así como no me contenta ver á Dios encargado de velar sobre nosotros con un eterno puplaje, me repugna en extremo hallarme con un albedrío que, á pesar de mi conciencia, ha de ser arrastrado por el sentido más loco.

Y si por una parte es absurdo pensar en la intervención directa del cielo, y por otra demasiado desconsolador tener por nuestros únicos móviles las eventualidades del acaso, ¿cuáles son los medios por los que nuestra naturaleza debe estar en relación con el alto fin para que ha sido creada?

Un espíritu que se filtra en el corazón de los actores tomando alternativamente las diferentes formas de un sueño, de una memoria, de un placer, de un dolor, de una esperanza, de un presentimiento, es el resorte invisible que determina las acciones de este drama; pero semejante medio es indeterminado, local, raquítico. Basta para desarrollar esta composición, pero no cumple con el objeto que me había propuesto. La cuestión, por consiguiente, queda indicada, pero no resuelta. Falta hallar otro eslabón más aéreo que éste, infinitamente más universal, que abrace todos los actos de la existencia de los hombres hasta sus últimos pormenores; que no se aplique á él un caso dado, sino que él sea aplicable á todos los casos. Es menester, en fin, hallar la identidad de ese ser misterioso ante el cual nuestra voluntad es una esclava, á quien unos llaman *víno*, otros *hado*, otros *estrella*, que se insinúa en el corazón por caminos desconocidos, que excita nuestros instintos de un modo tan invisible, que á veces nos fuerza á hacer lo contrario que anhelamos. En la conciencia de la humanidad hay un sentimiento constante de atribuir el buen ó mal éxito de sus acciones á un director espiritual, y si al cruzar el erial del mundo tiene el hombre una convicción tan profunda de que jamás marcha solo, ¿quién es entonces ese duende que le acompaña?...

Abandono la resolución de este problema, porque me parece de la mayor importancia, y digna por lo mismo de que se ocupe de ella otra pluma más diestra que la de un pretense filósofo de veintitrés años.

EL ALMA EN PEÑA

PERSONAJES: Irene (*Alma en pena*).—D. Luis de Castro.—Elvira.—
D. Pedro de Lara.—Ana

PRIMERA PARTE

ÁNGEL-DEMONIO

MORIR AMANDO

Tenía Irene un amante,
y aunque al amor no se aviene
la firmeza del diamante,

fué esta vez la más constante
de las amantes, Irene.

Siempre vivió entre ilusiones,
hasta que extinguió su vida
el fuego de las pasiones;
que en amantes corazones
quien bien ama, tarde olvida.

Y sin que en rudos amaños
un pecho tan inocente
turbasen los desengaños,
así pasaron sus años,
uno, diez, quince, hasta veinte.

¡Dichoso el que así camina
por márgenes deleitosas
en ilusión peregrina,
sin que haya entre tantas rosas
para su planta una espina!

¡Feliz la que tantas veces
la copa del gusto asiendo,
dando á sus amores creces,
jamás apuró, bebiendo,
de un desengaño las heces!

¡Bien haya el enamorado
que ve con ojos enjutos
á los que, mal de su grado,
pagando al amor tributos,
gimiendo van á su lado!

¡Y, aunque pese á sus intentos,
son del destino traiciones,
que unos alcemos lamentos
al compás de las canciones
que entonan otros contentos!

Dígalo Irene, que amando
con tan livianos empeños,
jamás con impulso blando
nubló un fantasma pasando
la nitidez de sus sueños.

Bien hizo, con ansia poca,
soñar desterrando enojos,

aunque á cada idea loca
se apagó un rayo á sus ojos,
y perdió un clavel su boca;

que es mejor que la mejilla
se nos descolore á plazos,
que ir dejando con manchilla
de nuestra senda á la orilla
el corazón á pedazos.

—¡Pobre Irene!—exclamó un día
su madre al ver que inocente
muriendo se sonreía;
y al verla morir, la gente,
—¡Pobre de Irene!—decía.

Dejadla, que así muriendo,
será más feliz su suerte.
¿Qué más quisierais, que yendo
hacia vosotros la muerte
os asaltase durmiendo?

Dejadla, y no turbe alguno
su ilusión con loco empeño,
pues no ha de darla ninguno
más que un adiós importuno
al despertar de su sueño.

Más lejos, turbas galanas
de amantes, que en la locura
de vuestras mentes livianas,
quisisteis hacer hermanas
la desgracia y la hermosura.

Necios los que en sus paredes
escribís, porque no asoma
á dispensaros mercedes:
«¡Ay de la bella paloma
que gime entre ocultas redes!»

Dejad á Irene que duerma,
buenos doctores, en calma;
porque se os muere la enferma
si vuestro saber no merma
males del fondo del alma.

Y vos, piadosos varones
que veláis su último instante,
no perdáis las bendiciones
en quien da vuestros perdones
por un mirar de su amante.

Y cuide aquel que la infunda
que sólo rinde á precitos
de amor la torpe coyunda,
no sea que aun moribunda
le arroje á la faz sus ritos.

Calle, si en fiera agonía
rotos tan íntimos lazos,
llora su madre este día.
¡Oh, si al nacer, en los brazos
muriera yo de la mía!

Cuantos á Irene han querido
mitiguen duelo tamaño:
que lanza el postrer gemido,
mas no lleva el pecho herido
por el primer desengaño.

¡Del mundo torpes extremos!
¡Que nos reciban cantando
cuando llorando nacemos,
y aun cuando al morir cantemos
nos han de dejar llorando!

Callad; y pues que su holganza
á nuestro dolor prefiere,
¡dichoso el que en bienandanza
da al mundo un adiós y muere
en brazos de la esperanza!

II

EL ALMA EN PENA

Los sobresaltos y dudas
que nuestro pecho combaten
al ver á algún ser querido
que, presa de ocultos males,
gime en un lecho, y se siente
desfallecer por instantes,

cuando los dulces recuerdos
de sus primeras edades
dan pábulo á su existencia
para extinguirla más antes,
sólo en las funestas horas
de tan apurados lances,
aquel que vela á su lado,
porque lo siente, lo sabe.

Así de la triste Irene
la desconsolada madre,
que poco á poco de aquélla
ve la existencia apagarse,
víctima junto á su lecho
de tan íntimos pesares,
inunda el suelo de llanto
y el viento enciende con ayes.

¡Terrible suerte por cierto
la de la anciana, que en balde
prodiga á su hija adorada
el colmo de sus afanes,
sin que á coartar el vuelo
de aquel espíritu basten,
pues de continuo embebido
en la ilusión de una imagen,
existe, goza y discurre
por las regiones del aire,
siempre esquivando los lazos
de la prisión de la carne,
y siempre anhelando un mundo
de espíritus celestiales!

Tendió una vez su mirada
á la luz pálida que arde,
y al ver de Irene tranquilo
el amoroso semblante,
y una convulsión ligera
que plácida le contrae
como si en sueño tan dulce
la hiciera sonreír alguien,
desfallecida, su rostro
en pesadumbre tan grande
dejó caer sobre el lecho,
lágrimas vertiendo á mares.

Parte entregada al desvelo,
y al sueño entregada en parte;

muellemente fluctuando
entre tan dulces mitades,
quedó la madre de Irene
en un éxtasis suave,
llorando de uno ilusiones,
de otro sintiendo verdades.
Y ya una vez tan ilusa
seres forjaba ideales,
que creyó ver en su insomnio
al lado de Irene un ángel,
el que cubriéndola alegre
con sus ligeros cendales,
como si tal vez con ellos
su espíritu aprisionase,
próximo á romper acaso
del cuerpo humano la cárcel,
ligeramente al oído
la murmuró este mensaje,
el cual traspuesta la anciana
creyó escuchar delirante:

—Alma, ¿á qué llamar al cielo?
Dios á sufrir te condena.
Aun no es tiempo: acorta el vuelo;
vaga por el mundo, y pena.

»Si en ti no alcanzan victoria
hoy de Luzbel los intentos,
aun para entrar en la gloria
te faltan merecimientos.

»Tu amor fué una idolatría.
¡Sombras del mundo engañosas!
¡Ay del que no ama, hija mía,
á Dios ante todas cosas!

»Si á una luz engañadora
creíste al mundo tu amigo,
Dios te destierra á él ahora.
¡Duro es, Irene, el castigo!

»¡Por cada esperanza vana
tendrás desengaños, celos...
más sufre, que nadie gana
sin expiación los cielos!

»Por el ser que fué tu encanto
vela hasta su hora postrera:
sigue sus pasos, y en tanto
padece, Irene, y espera.»—



Y al mismo tiempo empezaba
del cuerpo de Irene á alzarse
una celeste figura
diáfana, bella, radiante...

(EL ALMA EN PENÁ.)

La cabra sin ramal los fué siguiendo,
mas siguiendo tan cerca al cabritillo,
que los pies por detrás le iba lamiendo.

(LOS HIJOS Y LOS PADRES.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y creyendo en su delirio
estas ilusiones reales,
despavorida la mano
tendió hacia Irene al instante,
y al ver de su tez la nieve
y de sus ojos el mate,
fría enmudeció su lengua
y yerta quedó su sangre,
desplomándose transida,
sin dar de vida señales,
del fruto de sus entrañas
sobre el helado cadáver.

Y al mismo tiempo empezaba
del cuerpo de Irene a alzarse
una celeste figura
diáfana, bella, radiante,
con formas tal vez marcadas,
pero sin formas bastantes
con que dar á sus contornos
ni á sus perfiles carácter.
Vaga confusión de nieblas,
de aromas, de luz y de aire,
que á todas imita, y todas
carecen allí de parte;
cuyas esencias son sólo
las que al espíritu atañen,
y cuyo ser en la mente
se engendra, alimenta y cabe.
Fantasma que, concebido
por un delirio suave,
siempre á la torpe influencia
de los sentidos se evade,
y que brilla abandonado,
débil, tibio, agonizante,
como sombra de otra sombra,
como imagen de otra imagen...

Adiós, alma perdida,
que con incierto afán y dicha incierta,
cruzarás dolorida
la senda de la vida,
estando ya para los vivos muerta.

No descorras liviano
el velo que nubló tu afán perdido:
ten, Irene, la mano,
porque es el pecho humano
hueco infernal de víboras henchido.

¡Cuántas sombras amadas,
consagrandó al amor sus verdes años,
vagarán desterradas,
de quimeras sembradas,
cogiendo, como tú, los desengaños!

Si hallases por el viento
seres que fueron mi pasada gloria,
cuéntales mi tormento,
por el dolor que siento
al relatar tu plañidera historia.

Di que sus ayes vanos
nadie oye aquí, porque los turban luego
los rútores insanos
de esos monstruos humanos
que el mundo van talando á sangre y fuego.

Si tal vez doloridos
quieren herir la mundanal conciencia,
que apaguen sus gemidos,
porque á muertos y á idos,
sepulcros del amor labra la ausencia.

Tan sólo yo, viviendo,
vuestro clamor enamorado escucho.
¡Quién me diera á ese estruendo
corresponder, rompiendo
la cárcel vil en que afanado luchó!

III

DESENGAÑOS

Don Luis.—Elvira.—El alma en pena

Los pies sobre el pavimento,
las sienes sobre una almohada,
contra un sofá reclinado,
don Luis de Castro descansa.
En tal actitud no hay sueño,
trasgo, ilusión ni fantasma,
que no nos hiera la mente,
ó no nos divierta el alma.
Graves, tristes ó risueñas,
juntas ó desparramadas,
se ven circular visiones
en rápido panorama,
que ya del hondo sepulcro
de nuestros recuerdos se alzan,
ó ya desde un falso oriente

las aborta la esperanza;
y por eso se oyen cantos
que hallan eco en las entrañas,
y se ven tiernos semblantes
que fuego en las mismas hallan;
y todas se miran y oyen,
y todas en lontananza,
con rasgos de verdaderas
y caracteres de falsas,
como si fuese otro mundo,
que sostenido en el aura
va, viene, se agranda ó acorta,
para, gira, sube ó baja,
que hastia, alegra ó entristece
á gusto del que lo alcanza.

Se abrió de pronto una puerta,
y, apareciendo una dama,
un diálogo de improviso
ella y D. Luis así entablan:

ELVIRA

¡Luis!

LUIS

¡Elvira!

ELVIRA

Irene ha muerto.

LUIS

¿Ha muerto?

ELVIRA

¡Desventurada!

LUIS

¡Dios la tenga en su morada!

ELVIRA

¿Lo sientes?

LUIS

No.

ELVIRA

¿Cierto?

LUIS

Cierto.

¡Cuántas sombras amadas,
consagrando al amor sus verdes años,
vagarán desterradas,
de quimeras sembradas,
cogiendo, como tú, los desengaños!

Si hallases por el viento
seres que fueron mi pasada gloria,
cuéntales mi tormento,
por el dolor que siento
al relatar tu plañidera historia.

Di que sus ayes vanos
nadie oye aquí, porque los turban luego
los ruidos insanos
de esos monstruos humanos
que el mundo van talando á sangre y fuego.

Si tal vez doloridos
quieren herir la mundanal conciencia,
que apaguen sus gemidos,
porque á muertos y á idos,
sepulcros del amor labra la ausencia.

Tan sólo yo, viviendo,
vuestro clamor enamorado escucho.
¡Quién me diera á ese estruendo
corresponder, rompiendo
la cárcel vil en que afanado luché!

III

DESENGAÑOS

Don Luis.—Elvira.—El alma en pena

Los pies sobre el pavimento,
las sienes sobre una almohada,
contra un sofá reclinado,
don Luis de Castro descansa.
En tal actitud no hay sueño,
trasgo, ilusión ni fantasma,
que no nos hiera la mente,
ó no nos divierta el alma.
Graves, tristes ó risueñas,
juntas ó desparramadas,
se ven circular visiones
en rápido panorama,
que ya del hondo sepulcro
de nuestros recuerdos se alzan,
ó ya desde un falso oriente

las aborta la esperanza;
y por eso se oyen cantos
que hallan eco en las entrañas,
y se ven tiernos semblantes
que fuego en las mismas hallan;
y todas se miran y oyen,
y todas en lontananza,
con rasgos de verdaderas
y caracteres de falsas,
como si fuese otro mundo,
que sostenido en el aura
va, viene, se agranda ó acorta,
para, gira, sube ó baja,
que hasta, alegre ó entristece
á gusto del que lo alcanza.

Se abrió de pronto una puerta,
y, apareciendo una dama,
un diálogo de improviso
ella y D. Luis así entablan:

ELVIRA

¡Luis!

LUIS

¡Elvira!

ELVIRA

Irene ha muerto.

LUIS

¿Ha muerto?

ELVIRA

¡Desventurada!

LUIS

¡Dios la tenga en su morada!

ELVIRA

¿Lo sientes?

LUIS

No.

ELVIRA

¿Cierto?

LUIS

Cierto.

Turbado don Luis sin duda
 por su inquietud momentánea,
 no oyó uno de esos suspiros
 que, al resbalar de callada,
 parece que de su asiento
 el corazón nos arrancan.
 Lamentos que á nuestro lado
 tal vez quejosas levantan
 de algunos seres perdidos
 las sombras enamoradas,
 que, de un fatal desengaño
 la hiel al probar amarga,
 sembrando remordimientos
 y doblando nuestras ansias,
 acusan con hondas quejas
 de nuestra fe la inconstancia.
 Ayes sin ruido, que sólo
 hieren en su fondo al alma,
 que sin pregonar su origen
 nacen, crecen, la desgarran;
 mas que comunmente ahogados,
 del mundo entre la algazara,
 como con don Luis ahora
 desapercibidos pasan.

LUIS

Siéntate á mi lado, Elvira.
 (Lo hizo con rostro halagüeño.)
 ¿Me amas?

ELVIRA

Como á único dueño.
 (Por cierto que era mentira.)
 ¿En tu memoria no lucha
 de Irene el amor perdido?

LUIS

Ni aun recuerdo si ha existido.
 (¡Ay de su alma si lo escucha!)
 Solo sé, Elvira, que quiero,
 cuando á tu lado me miro.
 (Y aquí sonó otro suspiro
 tan hondo como el primero.)
 Ya sabes que un matrimonio
 al morir don Juan, mi tío,
 formó, diciendo: —Luis mío,
 dejo á Irene un patrimonio.
 A legártelo me allano,
 si con su mano te avienes.

— Si, dije: tomé los bienes;
 murió y olvidé su mano.

Te vi, te amé, y en seguida
 de ella apartando la fe,
 entretenerla pensé,
 y al fin murió entretenida.

Y si soñando ternezas
 ya ha muerto, hoy en mis desvelos,
 cuantos á Irene di celos,
 pagaré á Elvira en finezas.

Espiritu que vagando
 del torbellino en las alas,
 creíste hallar puro el centro
 de tus amorosas ansias,
 ¡oh, cuántas quejas al cielo
 contra la doblez humana
 elevarás, engañado,
 en tus dolientes plegarias!
 ¡Triste Irene, que, encendiendo
 de tu corazón la llama,
 todos tus dones quemaste
 de un falso dios ante el ara,
 y condenándote el cielo
 por oblación tan profana
 á desentrañar el pecho
 del ídolo que adorabas,
 ves el sagrario vacío,
 oyes sus promesas falsas,
 tocas tu dios y es un sueño,
 tu dicha una sombra vana,
 quedando al vaivén funesto
 de tu fortuna contraria,
 llenos de horror tus recuerdos,
 falta de luz tu esperanza!
 Mas del corazón del hombre
 ¿cuál otro don esperabas
 sino el seductor halago
 de engañadoras palabras,
 torpes gustos que destruyen,
 hiel rebozada con ámbar,
 pesares que mienten goces,
 y caricias que desgarran?
 Ahora, Irene, que en vano
 sordos suspiros ensayas,
 que nunca á herir el instinto
 de nuestras potencias bastan,
 busca, alma en pena, pues lloras,
 del fiero don Luis el alma,

y atórméntala con celos,
 llóre con la tuya aunada,
 ahogue secretas penas,
 víctima de ocultas mañas;
 lamente glorias perdidas,
 gima tu perdida gracia,
 y cúmplanse al mismo tiempo
 su venganza y tu venganza.

(Y después que sonrieron,
 y uno al otro se miraron,
 la plática que empezaron
 Elvira y don Luis siguieron.)

LUIS

¿Y cuándo, á mi ruego, humana,
 nuestros amorosos brazos
 sellarán eternos lazos?

ELVIRA

Quando tú quieras.

LUIS

Mañana.

De sus estímulos siervo,
 viendo la dicha cercana,
 quiso disfrutarla acaso
 don Luis, ahorrando tardanzas,
 y estrechando embebecido
 de Elvira la mano blanca,
 sus ojos voluptuosos
 fijó en su frente de nácar,
 mientras que ella al turbio brillo
 mostrándose fascinada,
 entre si quiero ó no quiero,
 ora cruel, ora mansa,
 ya con candores fingidos,
 ya con inquietudes falsas,
 tanto se esquivó mañosa
 cuanto se brindó con maña,
 creyendo dar á su amante,
 en afecciones tan varias,
 de su candor claro indicio
 y de su honor muestras claras.
 Don Luis redobló su esfuerzo,
 y tules venciendo y gasas,
 fué poco á poco asaltando
 de su hermosura el alcázar;

y ya con torpes arrobos
 iba á coronar sus ansias,
 cuando esforzándose Elvira
 como si un áspid hollara,
 con estudiada apostura
 cruzó de pronto la estancia,
 y exclamó desde la puerta
 sonriéndose:—*¡Mañana!*—

Quedóse de pie el de Castro,
 inmóvil como una estatua,
 dulcemente saboreando
 de su entonación la magia;
 y fomentando en su mente
 locuras de la esperanza
 vió un porvenir alumbrado
 de siempre risueñas albas,
 torpes deseos cumplidos,
 luchas de amor coronadas,
 fiestas, nupcias, devaneos,
 placeres, músicas, danzas,
 á cuyo encantado aspecto
 dijo con placer:—*¡Mañana!*—

Y luego, como si oculto
 algún ser se deslizara,
 que en su tránsito absorbiese
 los sueños de sus palabras,
 tras el conjunto risueño
 de amores, bailes y galas,
 traslució un mundo poblado
 de ensangrentados fantasmas,
 deshechos planes de gloria,
 de amor mentidas alianzas,
 placeres desencantados,
 sangre, cadáveres, dagas...
 Y cual si hiriese su frente
 el talismán de una maga,
 y con pincel invisible
 trazase un lema en las auras,
 absorto, meditabundo,
 llena de inquietud el alma,
 con ojos desencajados
 leyó con horror:—*¡Mañana!*—

IV

PRESENTIMIENTOS

Don Luis.—Elvira.—Don Pedro.—El alma en pena

Muestra de lejos la dicha
tanto encontrado fanal,
que ignora el hombre ofuscado,
en donde la dicha está.
Hacia la luz más cercana
corre con íntimo afán,
y aunque al llegar ve el engaño
de su resplandor falaz,
dobla rebelde su empeño,
y con resuelto ademán
sigue el rastro de otra lumbre
que resurge más allá;
y así van muriendo dichas,
y antorchas naciendo van,
y el hombre las sigue todas,
al lado de cada cual
suspira, llora y alienta,
para correr más y más.

Por eso don Luis el día
de su brillante sponsal,
cuanto más se acerca al gusto,
lo ve desde más atrás;
que es atributo preciso
de nuestra estrella fatal,
que el placer que vimos lejos
se trueque cerca en pesar.

En vano sacude á veces
alguna sombra tenaz
que sigue á su mente inquieta
como el acero al imán,
pues siendo un ser increado,
fantásticamente real,
va y viene con terco empeño
donde don Luis viene y va.
Confuso embrión de envidias,
de celos y de maldad,
de oscuros presentimientos
tan pródigo manantial,
que cuando á su amante Elvira
torna risueño la faz,

sólo mira en ella á un áspid,
que va en su pecho á abrigar.
Norte de desconfianzas,
brújula de enemistad,
pues ve pasar receloso,
con la inquietud de un rival,
á todo el que en tono alegre,
en la apariencia galán,
canta de su esposa Elvira
la peregrina beldad,
y hasta el disimulo observa,
más receloso quizá,
de cuantos viendo su dicha
indiferentes están,
odiando, hecho un caos su juicio
del más insondable mar,
á unos porque más hablan,
y á otros porque callan más.

¡Triste condición del hombre
que levantando un altar
donde el afán acumula
de toda su larga edad,
la inquietud de algún recelo,
el sinsabor de un azar,
le impelen á que destrocen
sus ídolos suspicaz,
viendo miserablemente
entre sus plantas rodar
el fruto de tantos años,
el premio de tanto afán!

En medio de sus placeres
devora á don Luis un mal
de origen desconocido,
pero de aguda entidad,
que en el ardor de su fiebre
no acierta á calificar,
pues sólo ha visto una sombra,
pero una sombra no más,
que era quizá la de Irene,
si no era un ángel quizá,
la que de su mente ciega
se esfuerza por desechar:
y así entre dudas confuso,
de distinguirla incapaz,
ahogando presentimientos,
ríe en su fiesta nupcial,

trocada en infierno el alma,
y la cabeza en volcán.

Bulle el grotesco tumulto
en algazara infernal:
ya de la excitante orquesta
al voluptuoso compás,
ya en el festín descocado,
en impura bacanal,
de copas y de botellas
al atronador chocar,
unos bailan, y otros gritan,
porque en orgia tan brutal
nadie ignora que sin tregua
manda la necesidad
gritar mientras que haya acento,
y beber hasta rodar.

Y no falta uno que entre ellos
busque la felicidad,
y crea ver en los rostros
de Elvira y don Luis la paz,
mientras que aquella forjando
algún sacrilego plan,
se cubre de la sonrisa
con el mentido disfraz,
y éste las llagas oculta
de un invisible puñal
que el corazón lentamente
despedazándole está.

Entre el montón de quimeras,
que le desconciertan más,
pretende huir la zozobra
de un recelo pertinaz,
que le conduce, abismado,
y le arrastra a su pesar
donde don Pedro de Lara
camina con torva faz,
ya hacia abajo, ya hacia arriba,
ora adelante, ora atrás;
y en vano don Luis procura
los ojos de él apartar,
pues le persigue, llevado
de su celosa ansiedad,
cual si el poder le arrastrara
de un secreto talismán;
y si una vez por acaso

el rostro vuelve al pasar,
otra vez vuelve, y le mira
con más chocante ademán,
pues le parece que al punto
cruza el aire una deidad
que le murmura al oído:
—Allí va Lara, allí va.—

Y si es cierto que las sombras
de los que murieron ya
á cuantos seres amaron
vuelven á la tierra á amar,
sin que ellos tengan noticia
de su constante amistad,
pues sólo las ven soñando
en lontananza pasar;
tal vez los manes de Irene
los que le avisan serán
el doble trato de Elvira,
de Lara la falsedad;
y acaso también le inspiren
aquel instinto especial
con que sondea sus almas,
cuando engañándole están,
don Pedro fingiendo enojos,
mostrando Elvira solaz.

Rayó por fin la alta noche,
y como en giro cabal
el sueño sigue al desvelo,
y al gusto la saciedad,
á dormitarse empezaron
todos, cual menos, cual más,
que lo que es grato al principio,
es desabrido al final.

Y huyendo de los curiosos
la despedida mordaz,
sus dicharachos comunes
y su ironía vulgar,
tendió don Luis una mano
á su adorada mitad,
y de una puerta secreta
al trasponer el umbral,
en vano quiso de Irene
la sombra tras sí dejar;
pues á su espíritu asida,
en tétrica vaguedad,

le fué siguiendo, su pecho
 trocando en llama voraz;
 por lo que airado el de Castro,
 de sí empezó á blasfemar,
 que del deber los recuerdos
 son para el hombre un dogal.

ILUSIONES PERDIDAS

Don Luis. — Elvira. — El alma en pena

Desde el dintel de la vida
 hasta el borde de la tumba,
 va el hombre sembrando el germen
 de su dicha ó desventura.

Y en vano si espinas coge,
 maldice la tierra inculta,
 pues creer que nace otro fruto
 más que el que siembra, es locura.

Arroja al aire atrevido
 mil esperanzas confusas,
 que son de mil desengaños
 tantas imágenes turbias.

Levanta en su idea faros
 para que alumbren su ruta,
 y nubes de pensamientos
 sus resplandores ofuscan.

Por los tormentos que hoy sufre
 impreca á su suerte dura,
 é ignora que ayer sembraba
 los males que hoy le circundan.

Si de ayer el devaneo
 los males de hoy nos anuncia,
 el de hoy podrá ser mañana
 de nuestro bien sepultura.

Y jamás llamara el hombre
 á su Providencia injusta,
 si antes de entrar en la huesa
 volviere á mirar su cuna.

Así á lo doble atendiendo
 de su pasada conducta,
 es fuerza que resignado
 don Luis sus tormentos sufra.

Nubló la dicha de Irene
 con sus engaños y dudas,
 y con sus dudas y engaños
 nublará Elvira la suya.

Ambos, huyendo el desorden
 de sus agitadas nupcias,
 la soledad por testigo
 de sus confidencias buscan.

Y sólo en la oculta estancia
 se ve, á una luz moribunda,
 del blanco lecho en que duermen,
 el cortinaje que ondula...

¡Mil veces feliz quien logra
 tocar así la ventura,
 y en ella á saciarse impuros
 todos sus anhelos junta!

¡Y mil y mil veces triste,
 el que en horrible tortura
 mira usurpar el tesoro
 en donde sus dichas funda!

¡Oh, qué dolor tan intenso
 es cuando en la noche oscura
 voluptuosas escenas
 la imaginación dibuja,

y se ve á un ser adorado
 terciar amoroso en una,
 y que á un rival más dichoso
 besa su boca perjura!

¡En vano entre ambos entonces
 nuestro pensamiento cruza,
 de nuestro amor excitando
 reminiscencias oscuras,
 pues abrumados al peso
 de tan sabrosa coyunda,
 piensan en sus gustos sólo
 hacer sus caricias mutuas,
 sin que un recuerdo consagren
 á nuestras glorias ya mustias,
 ni un don á nuestra constancia,
 ni un premio á nuestra ternura!

¡En vano en giro invisible
 allí nuestra mente lucha,
 y con añejas memorias
 desavenencias formula,
 porque dos almas, que el gusto
 recíprocamente aúna,

jamás de un voto el recuerdo
 sus contentamientos turba;
 y uno tras otro, extasiados,
 placer tras placer consuman,
 mientras que tristes nosotros
 ninguno enjugar procura
 las lágrimas que entretanto
 por nuestra faz se derrumban!

TIRÓ EL DIABLO DE LA MANTA

—Dadme ese papel inmundo,
vil portador de mi ultraje,
antes que en rencor profundo
os dé para el oro mundo
con este acero un mensaje.

»Y aunque en portes humanos
las manos á la cabeza
veis que no alza los villanos,
sé ponerles con festreza
la cabeza entre las manos.»—

Y arrancándose al criado
furioso el pliego don Luis,
apeló aquél á la fuga
al ver su ademán hostil.
Y éste, el papel estrujando,
entre jurar y gemir:

—Faltó á la red una malla
—dijo después para sí—
bueno será que preso
el pez se escurre sutil,
y cauto á los pescadores
enrede en su mano ardid.—

Y antes de cerrar la puerta
que da en secreto al jardín,
la fuga del mensajero
volvió á mirar á perfil,
quien aun corriendo seguía
por el opuesto confín,
que como el viento presta alas,
da el miedo pie para huir.

AMOR CON AMOR SE PAGA

Don Luis

Tremulo don Luis el pliego
desdobra poco después,
sentado frente á una mesa
en la que alumbraba un quinqué
Al ver la letra, su sangre
se arremolinó en su sien,

de sus rencores anuncio,
de una catástrofe pie.
Y golpeándose la frente:
—Huyó, con efecto, el pez,
—dijo, y derramó una lágrima.—
Quiera Dios que pare en bien.—
Y entre las manos las sienes,
los ojos sobre el papel,
rumiando frase por frase
así una tras de otra lee:

«Aunque teniéndos presente,
don Pedro, os ame rendida,
dejad que os repita ausente
que es vuestra siempre mi vida.

»Dejad que os esté el deseo
eternamente adorando,
en vos mismo, cuando os veo,
en vuestra imagen, soñando.

»Bien sé que amándoos sin tino
mancho el honor de un tercero;
pero él me enseñó el camino,
á otra engañando primero.

»Irene á mi esposo amaba,
cuando yo á vos os quería;
y cuando yo á él le engañaba,
él á Irene amor mentía.

»Doile, pues, el desengaño
que labró su torpe lengua;
como la engañó, le engaño;
matar á un traidor no es mengua.

»Que os debo querer, no hay duda;
que antes de mi casamiento
de ello os hice juramento.
Ana, vuestra hija, os saluda.»

—¡No era mía!...—el triste padre
con infantil candidez,
transido, prorrumpió entonces,
y luego otra vez y cien.
—¡No era mía!—murmuraba,
vertiendo por llanto hiel,
desordenado el cabello,
como la muerte la tez.

¡Ay del corazón del hombre
si el amoroso cincel
en su espesor lentamente
labrando una imagen fué;
pues ya el sacrilego amaño
de alguna torpe doblez,
ya el tierno vínculo roto
de una quebrantada fe,
borran hasta el postrer rasgo
de su idolatrado bien,
y cuando el traslado arrancan
sale el corazón con él!

—¡No era mía!... ¡No era mía!...—
gritaba en su afán cruel.

—Pues mueran entrambas,—dijo;
y airado tornó á leer:

«Luis á Irene ha tiempo nombra
con amante desvarío:
si todo en el mundo es sombra
lo mismo es su amor que el mío.

»Y aunque los dos nos odiamos,
en nuestros locos extremos,
callamos, porque miramos
que andamos cuanto corremos.

»Yo le miento placentera:
él mentiroso me halaga:
si él es falso, yo embustera:
amor con amor se paga.»

Quando nuestra alma estremece
de la fortuna un vaivén,
de cuyo estrago los ojos
el fin no aciertan á ver,
ata nuestra voz el pasmo,
y nuestra mente un cancel:
el corazón mal herido
deja sus alas caer;
las lágrimas que á los ojos
aun no se asomaron bien,
vuelven por la misma senda
al pecho exequias á hacer;
lágrimas que idolatradas,
si no la animan tal vez,
mueren con ella en el fondo
del alma que las dió el ser.

¡Pobre don Luis, que privado
de amor y honor á la vez,
perdió con prendas tan caras
el sentimiento también,
y desmayados sus miembros,
entumecidos sus pies,
sólo en su extático rostro
en mezcla mortal se ven
lo estúpido de la infancia,
lo débil de la vejez!

¡Y más triste todavía
cuando en reacción cruel
aglomerada su sangre
vuelve en las venas á arder,
sus miembros se vigorizan,
torna á transpirar su tez,
y una y mil veces trabado
en violentos trapiés,
mide furioso la estancia
desde una á la otra pared,
hasta que un puñal asiendo
en ansia de no sé qué,
clamó, cual si desalado
corriese tras no sé quién:
—¡Amor con amor se paga;
tiene razón mi mujer!—

IV

EL ÁNGEL DE LA GUARDA

I

Don Luis

Execraciones lanzando
en los extremos de su ira,
llegó don Luis á la estancia
de su idolatrada hija;
y aunque hondamente entrañables,
tal vez desapercibidas,
rodaron algunas lágrimas
por sus candentes mejillas,
al encaminar sus pasos
del aposento á una esquina,
en donde en confuso aspecto
el lecho de Ana divisa,
asiendo con ruda mano
las misteriosas cortinas,
ya iba aquel pecho tan virgen

á desgarrar, parricida,
cuando las soltó impelido
de una repugnante grima,
con el afán batallando
de esas sensaciones íntimas,
que emanándose espontáneas
de su contextura misma,
sin prevenciones ni amagos
el corazón nos lastiman.

¡Horrible será sin duda
de un padre la suerte indigna,
cuando por un caso de honra,
tal vez por una mentira,
dar ofendido la muerte
pretende á quien dió la vida,
y un ídolo edificando,
para aventarle en cenizas,
mece una mano su cuna
y la otra enciende su pira!

Así el amor sofocando
del honor voces malditas,
ilusiones en que débil
la humana flaqueza estriba,
tuvieron del asesino
la voluntad indecisa,
hasta que brotando en su alma,
preocupaciones impías,
que revelaban del mundo
sarcásticas invectivas,
corrido, desesperado,
por una irónica risa
que se engendró en su conciencia
clamó infeliz:— ¡Hija mía!—
Y descolgando el acero,
sobre las holandas finas,
tan crudos golpes reparte
que el corazón petrifican.

Y mientras don Luis la muerte
aquí y allí disemina,
sin conocer ofuscado
que el aire sólo acuchilla,
Ana en el jardín contempla
la luz de la luna tibia,
ante la cual giran sombras,
partos de su fantasía;
y así encuentra delirando

gustos en vez de desdichas,
que no son los que más yerran
los que en el mundo deliran.

II

Ana.— *El alma en pena*

¡Bien haya la inocencia,
precioso don del justo,
que sin broquel robusto
su frágil existencia
guarda la Providencia
con su poder augustol
Deslízase la vida
en tan sabroso estado,
en brazos adormida
del tiempo nunca airado;
como fugaz paloma
por un cielo de aroma
cruza con pompa suma,
ó cual botado esquife,
sin miedo á un arrecife
orza en mares de espuma.

¡Feliz mil veces Ana,
que con tranquilo pecho
deja el amor del lecho
por respirar temprana
la brisa que serena
en noche tan amena
murmura á su ventana!
Miden sus ojos bellos
del campo las alfombras,
y ven sombras y sombras
vagar á los destellos
de la naciente luna
que baña la alameda,
y aun cree escuchar alguna
que la murmura queda:
—Baja á los campos, niña,
halla tu alma inocente
refugio en la campiña.
¡Guay que el volcán ardiente
los árboles desgaja
cabe tu hermosa frente!
Deja el monte eminente;
baja á los campos, baja.—

Y dócil á su acento,
con infantil contento,
de la tendida vega
donde el volcán no llega,
movió su pie inconstante
por el floreal camino;
que nunca un pecho amante
de la virtud tocado,
desoye, rebelado,
la voz de su destino.

La augusta perspectiva,
que ve como soñando,
y el aura que oye esquivando,
tonos de amor formando,
y aquellas sombras vagas
que embozan la floresta,
á cuyo centro obscuro
parece que á un conjuro
vienen como de fiesta
las protectoras magas,
confusamente un mundo
forjan de Ana en la mente,
hermoso sin segundo,
donde confusamente
se oyen tiernas canciones
nunca escuchadas antes,
y vense perfecciones
de no vistos amantes;
y se aspira la esencia
de unas flores sin nombre,
que esquivan la presencia
de la mansión del hombre;
y miranse las danzas
de plantas fugitivas,
risueñas lontananzas,
citas de amor furtivas;
porque una noche clara,
de sombras nunca avara,
tantos prodigios junta
en almas hechiceras,
si en ellas ya despunta
la edad de las quimeras.

Rayando la mañana
tocó á su fin la luna,
y al ver las sombras Ana
deslizarse una á una,

y que insensible huía
la más idolatrada,
creyó que de callada
pasando, la decía:
—Ya viene la mañana;
vuélvete, niña, al lecho
do no amaga tu pecho
la antes hambrienta fiera.
Llora á los tristes, Ana:
torna al redil, cordera.—
Y á la luz matutina
del sol que empezó á alzarse,
la imagen peregrina
vió de Irene alejarse,
cual iris inseguro
que ya sin fuerza alguna
un débil claro-oscuro
esparce desteñido;
ó cual rayo de luna,
que acaso con manchilla
más enturbia que brilla,
á los del sol rendido.

Y al ver las limpias huellas
Ana, del claro día
que intenso destruía
sus ilusiones bellas,
la lumbre maldiciendo
del sol que iba creciendo,
traspuso la distancia
de su vecina estancia,
hallando de esta suerte
el sueño más tranquilo
allí donde ha tan poco
que con intento loco
sentó con mano fuerte
de su guadaña el filo
la inexorable muerte.

¡Cuánto fueran distintos
los más funestos hados,
si siguiesen lanzados
los hombre con anhelo
los mágicos instintos
que les inspira el cielo!

v

LUCHA CON EL DESTINO

Don Luis.—Elvira.—El alma en pena

Al ver el lecho vacío,
 en amarga transición,
 tiñó de don Luis el rostro
 más que la rabia el rubor.
 Y de sí mismo afrentado,
 de la estancia de Ana huyó,
 cual buscando de la sombra
 asilo en el espesor;
 y á solas con ciego encono
 golpeándose el corazón,
 gimió de sí con desprecio,
 y de vergüenza lloró;
 que más que pese á su orgullo,
 y pese á su propio amor,
 se ven, al verse tan viles,
 tales cual los hombres son.

Lloró infeliz, pero al cabo
 reconcentró su furor,
 y al aposento de Elvira
 su rabia le encaminó;
 porque detener al hombre
 tan sólo pudiera Dios,
 cuando ya empezó el camino
 de su eternal perdición.
 Y en vano en tan duro trance
 de un espíritu el amor
 pretende obstruirle el paso
 en fantástica ilusión;
 y en vano sus turbios ojos
 girando ante ellos nubló,
 y desconcertó su mente,
 y ahogó su respiración,
 porque don Luis despeñado,
 sin luz, sin alma y sin voz,
 hasta la estancia de Elvira
 colérico se arrastró;
 pues siempre con el destino
 lucha el hombre con valor,
 aunque siempre al ser postrado,
 gime con vil abyección.

Reposa Elvira en el lecho,
 y al desacorde rumor
 que hizo al abrirse la puerta
 cuando en sus goznes rodó,
 ni tuvo de alzar los ojos
 la más fugaz tentación,
 porque también duerme el crimen
 tras el desvelo traidor.
 Y vanamente en el alma
 una celeste visión
 como inspirados acentos
 piadosa le murmuró
 secretas voces de huida,
 palabras de salvación,
 obscuras frases del cielo,
 ecos de un ser velador,
 pues ensimismada entonces
 en su tenaz postración,
 necia de escuchar se abstuvo
 seres que tanto ofendió.
 Mas ¡ay! que al fin desoyendo
 instintos del corazón,
 pronto vió enfrente á su esposo
 que con aspecto feroz
 audaz sorteaba su seno,
 y en ansias mortales,—¡Oh!!!—
 pudo pronunciar apenas
 su labio con muerto son,
 porque de su blanco pecho,
 formando un profundo hervor,
 se abocaron por la herida
 la sangre á un tiempo y la voz.

Petrificado el de Castro,
 con satánico furor
 ni lágrimas ni suspiros
 en holocausto rindió,
 porque tan viles crueldades
 en casos tan tristes, son
 ínfulas que da el orgullo,
 alientos que da el honor:
 y á la luz nocturna que entra
 por el contiguo balcón,
 sobre una mesa, tranquilo,
 así á escribir se sentó:

«Don Pedro, mi esposa ha muerto
 Yo soy noble: vos galante:
 y es quimera,
 que la que, con trato incierto,
 esposo tuvo y amante,
 sola muera.

»Sitio, la playa:—hora, ahora:—
las armas, una á los dos
satisfaga:
si una daga á la traidora
dió muerte, déosla á vos
una daga.

»Rogad á Dios... ¡Oh! Vuestra ira
me alzaré el padrón maldito
que hoy arrastro.

»Visteis la sangre de Elvira?
Pues ved con qué tinta he escrito.
—Luis de Castro.»

Y tendiendo al levantarse
los ojos en derredor,
en el adúltero rostro
por postrer vez los clavó;
y luego asestando á su alma
un dardo la compasión,
de sí mismo y de su crimen,
de allí huyendo se alejó;
y al ser que labró su infamia,
pero que encendió su amor,
solemnizarle á sus ojos
en las tinieblas dejó;
y doblando de la noche
con sus quejas el horror
dijo así el triste, llorando,
ó así decirlo pensó:

—¡Caed sin vergüenza, orgullo;
llorad sin afrenta, honor,
que de llanto y de deshonras,
sepulcro las sombras son!!!—

VI

HONOR Y AMOR HACEN LOCOS

Don Luis.—Don Pedro.—El alma en pena

Vaga en un páramo un hombre,
casi perdido en la sombra,
y el paso, como el que espera,
para, lo alarga ó lo acorta.
Y así, sereno ó impaciente,
mira rodar horas y horas,
mientras, convulsos sus labios

murmuran, rezan ó votan.
Su descompuesto semblante
bien á las claras denota
que al corazón del de Castro
mudos instintos acosan.
Y poco será por cierto,
aunque á su mirada torva
la imagen se le presente
de la ensangrentada esposa,
y que flébiles las brisas
imiten sus quejas hondas,
á cuyo son entrañable
llore infeliz, como llora:
que es distinto cuando un hombre
juza de un crimen á solas,
que cuando ardiente al cerebro
la sangre en montón se agolpa.

¡Oh, mucho diera sin duda
por disipar el aroma
de aquellas manos sangrientas
que desesperado frotó!
¡Quién le volviera á los días
de más alegres auroras,
cuando escuchaba de Irene
mal entendidas lisonjas;
ó á cuando su mente tuvo
aun no formadas memorias,
ó á cuando rayó su infancia,
ó á otra edad más remota:
porque son tan verdaderas
de nuestra vida las glorias,
que si nuestra alma una á una
las va recordando todas,
truncando edades y edades,
de una en otra, y de otra en otra,
nuestra mente hasta la nada
de do salimos nos torna!

Entre las nieblas, de un hombre
adivinando las formas,
alborozado á su encuentro
don Luis el paso redobla.

Y con apuesta actitud
le apostrofó con voz clara:

DON LUIS

Salud, don Pedro de Lara.

DON PEDRO

Don Luis de Castro, salud.

Y unas quejas de sus labios,
se desprendieron tan hondas,
que ambos con mutuo desprecio
las tuvieron por congojas.

DON LUIS

Mucho, don Pedro, tardasteis.

DON PEDRO

Cual me habéis aconsejado,
con Dios me he reconciliado.
¿Y vos, os reconciliasteis?

DON LUIS

Yo, por si no solventamos
algunas cuentas primero,
morir condenado quiero.

DON PEDRO

Pues vamos, don Luis.

DON LUIS

Pues vamos.

Y apercibiéndose al trance,
con una sonrisa irónica
clamó don Luis, extendiendo,
al aire una banda roja:

DON LUIS

Con esta, si no os asombra,
nos ataremos don Pedro.

DON PEDRO

A nada, don Luis, me arredro.

DON LUIS

¡Es tan cobarde la sombra!...

DON PEDRO

Sí, desasirnos podemos...

DON LUIS

¡Huir!... ¿tan cobarde fuerais?

DON PEDRO

¡Huir!... ¿y creer pudierais...?

DON LUIS

Pues atemos.

DON PEDRO

Pues atemos.

Y al alargarse las manos,
en tales lides ociosas,
parece cuando las ciñen
que las muñecas se tronchan.
Y ya fuertemente asidos,
miradas se lanzan hoscas,
presas las siniestras manos
y alto el puñal en las otras.

Tened, pese á vuestro encono,
las aun no manchadas hojas,
bastardos sostenedores
de imaginaciones locas.
¿A qué dios rendís impíos,
como ofrenda ignominiosa,
la sangre encolerizada
que derramáis gota á gota?
¡Ah, sin duda á las deidades
que el hombre en su engaño forja:
—al amor,—honor—y orgullo!—
¡brumas! ¡ilusiones! ¡sombras!!!
Amaina, don Luis, la furia
de tu pasión rencorosa,
que ese puñal homicida
por donde baja destroza.
¿A qué te anegas en sangre
por una palabra rota,
cuando tantos juramentos
falsa quebrantó tu boca?
¡Duelo común de los hombres,
que con flaqueza notoria
venguen las ajenas faltas
santificando las propias!
Detén el puñal, don Pedro,
que quien de hidalgo blasona,
no es justo quite la vida
á quien ya privó de la honra.
No vengues, no, de tu amante
la desastrada memoria,
que son del amor recuerdos
nieblas del aire traidoras.
Tente, don Luis, porque en tierra
á dar vas ciego de cólera.
Atrás, don Pedro: ¿qué noble

debe á un traspies la victoria?
 ¿Y adónde estás en tal cuita,
 imagen de Irene hermosa,
 que en son de paz sus afanes
 no departes mediadora?
 Sin duda tu acento no oyen,
 que hombres que á tanto se arrojan,
 no es mucho, no, que del cielo
 voces internas desoigan.
 Cesad, que ya de los rostros
 la sangre á torrentes brota.
 Cta, don Pedro, que mueres.
 El paso, don Luis, acorta.
 ¡Ay, que mejor que el alfanje,
 casi el furor os ahoga!...
 El pecho, don Pedro, esquiva:
 corre... vuela... el paso dobla...
 Alza, don Luis, el acero...
 ten... oye... ¡misericordia!...
 ¡Triste de vos, el de Lara,
 si el cielo ya no os perdona!

A la maldición postrera
 que exhaló don Pedro ronca,
 quedaron del asesino
 ciegas las potencias todas,
 y mientras la calma espera
 con resignación estoica,
 el mutilado cadáver
 asido el brazo le encorva.
 En vano el acero busca
 del campo sobre la alfombra,
 para evadirse del peso
 que cruelmente le agobia;
 pues al sepultarle airado
 con la indignación más loca,
 quedó del triste don Pedro
 entre las entrañas cóncavas;
 é inútilmente su diestra
 las ligaduras destroza,
 por ver si un piadoso esfuerzo
 de sí el cadáver arroja,
 que la invisible potencia
 de una deidad misteriosa
 parece que al mismo crimen
 al criminal aprisiona.

Entre el insondable caos
 que todo su ser trastorna,

cree ver los gestos horribles
 de mil figuras diabólicas
 que asen del muerto, doblando
 el peso que le acongoja,
 y huye, arrastrando el cadáver
 que le demandan las sombras,
 sin escuchar sus aullidos,
 carcajadas estentóreas
 que pavoroso el infierno
 en señal de triunfo aborta.
 Y es inútil si contrito
 la gracia de Dios no implora,
 que huya, rompiendo los lazos
 que al parecer le eslabonan,
 pues mientras que el mundo cruce,
 que gire, que pare ó corra,
 siempre dejando el infierno,
 verá que su senda cortan,
 ya la sombra del amante,
 ya la imagen de la esposa;
 y aunque no tan crudamente
 como á él le acosan ahora,
 á cuantos al mundo nacen
 remordimientos acosan,
 si no del brazo pendientes,
 asidos á la memoria.

Oyendo solo, abismado
 en confusión espantosa,
 los gritos de la conciencia
 que calladamente asordan,
 corre el de Castro, ya viendo
 simas que á sus pies se ahondan,
 ya fieras que le persiguen,
 ya montes que se desploman;
 y trasluciendo entre nubes
 de Irene la blanca sombra,
 único faro que alumbra
 al infeliz que se ahoga,
 por su presencia alentado,
 corre gritando: — ¡Perdona! —
 y ella: — ¡Sígueme! — responde,
 cual eco de su voz propia,
 y siempre asido al cadáver
 que entre las peñas destroza,
 de la desterrada amante
 sigue la luz misteriosa,
 luz que para el pobre Castro
 es de la esperanza copia,
 pues la luz de la esperanza

es tan intensa y tan pródiga,
que cayendo sobre el mundo
desde el crisol de la gloria,
por más que su paso obstruyan
las nieblas caliginosas,
se debe ver del infierno
aun desde las grutas lóbregas.

¡Oh! ¡Viendo su atroz martirio,
no hay Dios, si Dios no perdona
al que sus culpas expía
con amarguras tan hondas!

¿Ni cuál purgatorio, el cielo
en el horror de su cólera,
pudiera imponer más duro
al que sus leyes trastorna,
que atar del verdugo al cuello
la víctima á quien inmola,
y hacerle ver en su angustia
las ensangrentadas sombras
que desatado el infierno
para horrorizarle arroja,
nieblas que su vista ofuscan,
simas que á sus pies se ahondan,
ya fieras que le persiguen,
ya montes que se desploman?

¡No, viendo su atroz martirio,
no hay Dios, si Dios no perdona
al que sus culpas expía
con amarguras tan hondas!

Y con el ansia del triste
que una esperanza remota
ve tras la impía falanje
de muertes mil que le acosan,
corre, oyendo débilmente
aquel — ¡Sigueme! — que sorda
la voz de Irene murmura
cual eco de su voz propia,
hasta que, por fin, rendido
al crudo afán que le agobia,
ya resbalando en aquélla,
ya tropezando en estotra,
cayó exánime el de Castro
sobre las heladas rocas.

VII

DIOS ES PIADOSO

Don Luis.—El alma en pena

Sobre unos rudos escombros
don Luis sus tormentos sufre,
en tanto que gota á gota
sangre sus heridas fluyen.
Y solo, y sin esperanza
que sus dolores endulce,
sin fruto invoca las sombras
de sus recuerdos ilustres;
que hasta en su angustia postrera,
dejando su ruego inútil,
le abandonaron de Irene
las tiernas solicitudes;
pues tal vez como las dichas,
también los amores huyen,
y en llegando á un coto cierto
también como ellas sucumben.

Y es fuerza cuando su eclipse
el último amor anuncie
que de la vida del hombre
la postrer hora se apure,
porque deshechos los lazos
que á la existencia nos unen,
anhela nuestra alma alientos
de atmósferas más salubres.

Vanamente sus memorias
don Luis al morir reúne
porque á su eterna partida
con el perdón le saluden,
pues solemnizan tan sólo
sus últimas inquietudes
cadáveres que le espantan,
demonios que le circuyen,
sangre cuyo hedor le ahoga,
la noche que horror infunde.

Y antes que débil el alma
rindiese en su pesadumbre,
exaltado en el delirio
en que su dolor le sume,
volvió exánime los ojos
á las inmortales cumbres,
y vió ante el Señor postrada

de Irene la imagen dulce,
que ya olvidando á su muerte
sus negras ingratitudes,
de su perdón en demanda
de Dios á los pies acude...

¡Bien haya amén la sombra desterrada
que con tan noble empeño
á expiar sus ensueños condenada
la causa adora de su amante ensueño!

Bien hayas tú, la que el amor intenso
de los buenos granjeas;
cuantos queméis á la virtud incienso
conmigo prorrumpid:—¡Bendita seas!—

¡Ah! tal vez vengan nuestros pies siguiendo
en lúgubre bandada,
cuantos fueron la huesa trasponiendo
al golpe atroz de nuestra injusta espada.

Roncos tal vez los seres de otro mundo
junto á nosotros gimen,
y como Irene con amor profundo
nuestros delitos con su prez redimen.

Si, desbandados por el fácil viento,
ya acaso sin enojos
gimen al son de nuestro mismo aliento,
ven con la luz de nuestros mismos ojos.

Y si el rencor tras de la huesa fría
con tanto amor se paga,
¡cuánto la luz de la existencia mía
el yerto soplo de la muerte apaga!

Sonriéndose el Eterno
con celestial mansedumbre,
en santas aclamaciones
acorde el cielo prorrumpe;
y de su gracia impulsado,
sobre arrebolada nube
delante de Irene un ángel
á dar el perdón acude
al alma, que atribulada
con tétrica incertidumbre,
ya de la cárcel terrena
rompe los lazos comunes.

Y poco después se vieron
sobre los aires azules
de Irene y don Luis las sombras
rodeadas de eternas luces,
y mostrándolas alegre
la patria de los querubes,
gloriosamente en sus manos
á entrambas el ángel sube.

SONETOS

I

EL DESCREIMIENTO

Á S. M. la reina D.^a Isabel II

Más que la luz de la razón humana,
amo la obscuridad de mi deseo,
y más que la verdad de cuanto veo,
quiero el error de mi esperanza vana.

Tenéis razón, hermosa Soberana,
que no sé cuándo dudo y cuándo creo;
si hoy, comparado á mi, todo es ateo,
tal vez de todo dudaré mañana.

Entre creer y dudar, mi alma indecisa
mientras pasa esta vida de quebranto,
que es eterna en dar fin, yendo de prisa,
el dudar y el creer confundo tanto,
que unas veces mi llanto acaba en risa,
y otras veces mi risa acaba en llanto.

II

LA DUDA

Tanto quiero creer, que no te creo,
dicha y tormento de la vida mía;
veo tu amor tan claro como el día,
mas lo anubla una cosa que no veo.

¡Cuando mis dudas en tu frente leo,
á poderte matar, te mataría!...

¡Oh, cuán desesperada es mi alegría,
que lo que adoro aborrecer deseo!

¡Santa virtud, consolador olvido,
dadme el candor de ver, como hombre honrado,
que soy con honradez correspondido!

¡Quitame, Amor, la duda que me has dado,
pues más que no creer siendo querido,
quisiera tener fe siendo engañado!

de Irene la imagen dulce,
que ya olvidando á su muerte
sus negras ingratitudes,
de su perdón en demanda
de Dios á los pies acude...

¡Bien haya amén la sombra desterrada
que con tan noble empeño
á expiar sus ensueños condenada
la causa adora de su amante ensueño!

Bien hayas tú, la que el amor intenso
de los buenos granjeas;
cuantos queméis á la virtud incienso
conmigo prorrumpid:—¡Bendita seas!—

¡Ah! tal vez vengan nuestros pies siguiendo
en lúgubre bandada,
cuantos fueron la huesa trasponiendo
al golpe atroz de nuestra injusta espada.

Roncos tal vez los seres de otro mundo
junto á nosotros gimen,
y como Irene con amor profundo
nuestros delitos con su prez redimen.

Si, desbandados por el fácil viento,
ya acaso sin enojos
gimen al son de nuestro mismo aliento,
ven con la luz de nuestros mismos ojos.

Y si el rencor tras de la huesa fría
con tanto amor se paga,
¡cuánto la luz de la existencia mía
el yerto soplo de la muerte apaga!

Sonriéndose el Eterno
con celestial mansedumbre,
en santas aclamaciones
acorde el cielo prorrumpe;
y de su gracia impulsado,
sobre arrebolada nube
delante de Irene un ángel
á dar el perdón acude
al alma, que atribulada
con tétrica incertidumbre,
ya de la cárcel terrena
rompe los lazos comunes.

Y poco después se vieron
sobre los aires azules
de Irene y don Luis las sombras
rodeadas de eternas luces,
y mostrándolas alegre
la patria de los querubes,
gloriosamente en sus manos
á entrambas el ángel sube.

SONETOS

I

EL DESCREIMIENTO

Á S. M. la reina D.^a Isabel II

Más que la luz de la razón humana,
amo la obscuridad de mi deseo,
y más que la verdad de cuanto veo,
quiero el error de mi esperanza vana.

Tenéis razón, hermosa Soberana,
que no sé cuándo dudo y cuándo creo;
si hoy, comparado á mi, todo es ateo,
tal vez de todo dudaré mañana.

Entre creer y dudar, mi alma indecisa
mientras pasa esta vida de quebranto,
que es eterna en dar fin, yendo de prisa,
el dudar y el creer confundo tanto,
que unas veces mi llanto acaba en risa,
y otras veces mi risa acaba en llanto.

II

LA DUDA

Tanto quiero creer, que no te creo,
dicha y tormento de la vida mía;
veo tu amor tan claro como el día,
mas lo anubla una cosa que no veo.

¡Cuando mis dudas en tu frente leo,
á poderte matar, te mataría!...

¡Oh, cuán desesperada es mi alegría,
que lo que adoro aborrecer deseo!

¡Santa virtud, consolador olvido,
dadme el candor de ver, como hombre honrado,
que soy con honradez correspondido!

¡Quitame, Amor, la duda que me has dado,
pues más que no creer siendo querido,
quisiera tener fe siendo engañado!

III

LA VIDA HUMANA

Velas de amor en golfos de ternura
suelta mi pobre corazón al viento,
y encuentra, en lo que alcanza, su tormento,
y espera, en lo que no halla, su ventura.

Viviendo en esta humana sepultura,
engañar el pesar es mi contento,
y este cilicio atroz del pensamiento
no halla un linde entre el genio y la locura.
¡Ay! En la vida ruin que al loco embarga,
y que al cuerdo infeliz de horror consterna,
dulce en el nombre, en realidad amarga,
sólo el dolor con el dolor alterna,
y si al contarla á días es muy larga,
midiéndola por horas es eterna.

IV

CATÓN DE ÚTICA

Rasga su pecho el *último romano*,
y exclama, deshonrando su memoria:
—Sueño es la libertad, humo la gloria,
y la austera virtud un nombre vano.—

Detén, Catón, la temeraria mano,
que en huir del dolor nunca hay victoria;
fiel á ese pueblo, mártir de la historia,
muere, si hay que morir, cara al tirano.

Torna á ganar la libertad perdida;
vuelve hacia Roma, y cuando hieran, hiere;
si cae la virtud, caiga vencida.

¿Quién su deshonra á su dolor prefiere?
En las batallas de la humana vida,
sólo se mata el vil, el noble muere.

LOS EGOÍSTAS

Por no amenguar sus brillos celestiales,
los lanza al alto, y los rechaza el bajo,
porque achican su horror huéspedes tales.

(11.—Canto III del *Infierno*.—Traducción
del marqués de la Pezuela.)

Vegeta sin sufrir, vive en mal hora,
amigo infiel y cómodo enemigo,
que, egoísta, jamás llevas contigo
la pena del tormento que se adora.

De premio indigna tu virtud traidora,
ni dignas son tus faltas de castigo;
y no hallas en la tierra un solo amigo
á quien decir ¿qué tienes? cuando llora.

Vos, los que ajenos de placer y duelo,
vais dando, sin amar ni ser amados,
abrazos sin calor, besos de hielo,
moriréis sin virtud y sin pecados,
y siendo despreciables para el cielo,
seréis en el infierno despreciados.

VI

LOS CELOS

Ya á traición, ya á traición, en el costado
me hiciste, infame, la mortal herida,
y subo este calvario de la vida,
el corazón de espinas coronado.

Nombre maldito á un tiempo y nombre amado,
¿quién pudiera no amarte maldecida!
¡Dichoso aquel que indiferente olvida,
y puede perdonar y es perdonado!

¡Vil homicida del amor más tierno,
que lleves quiera Dios siempre contigo,
después de un grande amor, un odio eterno;
y mueras inconfesa, y por castigo,
odiándome y odiada, en el infierno,
adonde iré por ti, vivas conmigo!

VII

AMOR CONYUGAL

Caer al río el viento un nido deja,
y al verlo un ave, en pos vuela piando,
porque dentro, sus huevos empollando,
flota embarcada su infeliz pareja.

Con el nido que, hundiéndose, se aleja,
naufraga el ave fiel que va criando,
y el esposo, después, vaga exhalando
de árbol en árbol queja tras de queja.

Creciendo sin cesar su pío, pío,
donde el nido se hundió los ojos clava,
como diciendo así:—¡Pobre amor mío!—

Y un día, al fin, que su dolor se agrava,
se esfuerza, vuela, muere, cae al río,
se sumerge, suena algo... y todo acaba.

VIII

AMAR Y QUERER

A la infiel más infiel de las hermosas
un hombre la quería y yo la amaba;
y ella á un tiempo á los dos nos encantaba
con la miel de sus frases engañosas.

Mientras él, con sus flores venenosas,
queriéndola, su aliento emponzoñaba,
yo de ella ante los pies, que idolatraba,
acabadas de abrir echaba rosas.

De su favor ya en vano el aire arrecia;
mintió á los dos, y sufrirá el castigo
que uno la da por vil, y otro por necia.

No hallará paz con él, ni bien conmigo:
él, que sólo la quiso, la desprecia;
yo, que tanto la amaba, la maldigo.

IX

EL BUSTO DE NIEVE

De amor tentado un penitente un día,
con nieve un busto de mujer formaba,
y el cuerpo al busto con furor juntaba,
templando el fuego que en su pecho ardía.

Cuanto más con el busto el cuerpo unía,
más la nieve con fuego se mezclaba,
y de aquel santo el corazón se helaba,
y el busto de mujer se deshacía.

En tus luchas ¡oh amor de quien reniego!
siempre se une el invierno y el estío,
y si uno ama sin fe, quiere otro ciego.

Así te pasa á ti, corazón mío,
que uniendo ella su nieve con tu fuego,
por matar de calor, mueres de frío.

X

LOS PADRES Y LOS HIJOS

Un enjambre de pájaros metidos
en jaula de metal guardó un cabrero
y á cuidarlos voló desde el otero
la pareja de padres afligidos.

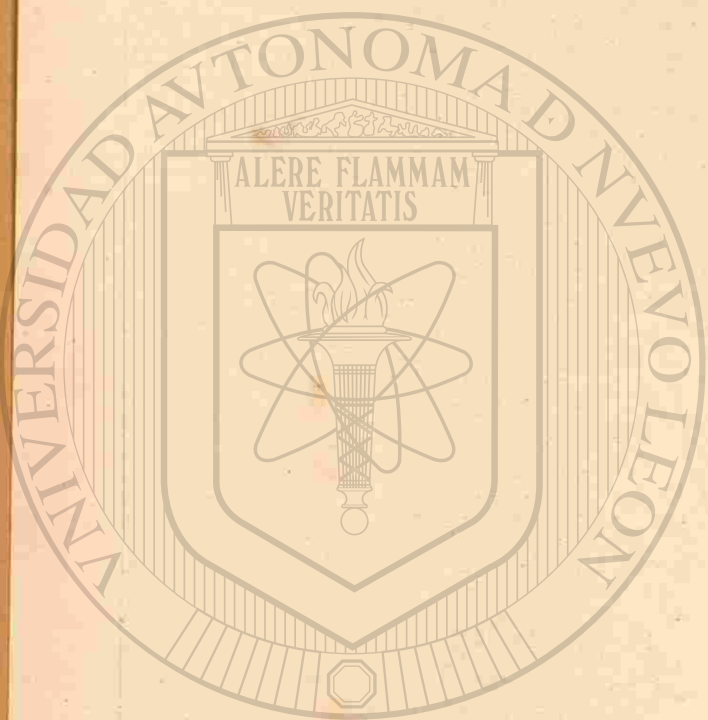
—Sí aquí, dijo el pastor, vienen unidos
sus hijos á cuidar con tanto esmero,
ver cómo cuidan á los padres quiero
los hijos por amor y agradecidos.—



EL BUSTO DE NIEVE

De amor tentado un penitente un día,
con nieve un busto de mujer formaba,
y el cuerpo al busto con furor juntaba,
templando el fuego que en su pecho ardía.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1025 MONTERREY, MEXICO



Deja entre redes la pareja envuelta,
la puerta abre el pastor del duro alambre,
cierra á los padres, y á los hijos suelta.

Huyó de los hijuelos el enjambre,
y como en vano se esperó su vuelta,
mató á los padres el dolor y el hambre.

XI

LOS HIJOS Y LOS PADRES

A mi sabio amigo don Antonio María Segovia

Ni arrastrada un pastor llevar podía
á una cabra infeliz que oía amante
balar detrás al hijo, que, inconstante,
marchar junto á la madre no quería.

—¡Necio!—al pastor un sabio le decía,
—al que llevas detrás, ponle delante;
échate el hijo al hombro, y al instante
la madre verás ir tras de la cría.—

Tal consejo el pastor creyó sencillo,
cogió la cría y se marchó corriendo
llevando el animal sobre el hatillo.

La cabra sin ramal los fué siguiendo,
mas siguiendo tan cerca al cabritillo,
qué los pies por detrás le iba lamiendo.

EPITAFIOS

I

Sobre la tumba de don Joaquín Ferreres

Tanto Ferreres hermanar sabía
la caridad con la altivez romana,
y, en consorcio feliz, tan bien se unía
en su alma de Catón su fe cristiana,
que, si en buscar con su linterna un día
algún hombre, otro Diógenes se afana,
vendrá á esta tumba, y al leer su nombre
exclamará en su honor:—¡Este era el hombre!

II

Sobre la tumba de la señora doña Carmen Arana de García
su hija Julia

Mientras de unirme á ti se acerca el día,
tu amor recuerdo y tu virtud imito;
tu virtud, que era inmensa, madre mía,
y tu amor maternal, que era infinito.

III

Para el sepulcro de mi ahijado Mariano de la Paz Ordóñez y García

Bajó del cielo á ver la luz del día,
mas, sintió tanto los humanos duelos,
que, sin cumplir medio año todavía,
nació... vió el mundo... y se volvió á los cielos.

EPÍSTOLAS

PRIMERA

A MI MADRE

Miedo me da el pensar lo que en mí siento,
y por eso en sus males, importuno,
sólo sabe ir á ti mi pensamiento.

Por tus renglones, que besé uno á uno,
ya sé que están en nuestra humilde casa
todos muy bien, aunque feliz ninguno.

Que arrastren, como yo, su dicha escasa
con católica fe, con pecho fuerte;
que la vida es cruel, mas pronto pasa.

Y sufriendo por Dios, tendrán la suerte
de vivir esa vida de alegría,
que no muere en el día de la muerte.

¿Quieres saber mi historia, madre mía?
¡Ay! Si el saberla yo me da tormento,
el contártela á ti, ¿qué me daría?

De un pesar que no espera es mi lamento;
por eso hoy busca tu materno lado,
maniático de ti, mi pensamiento.

Del hijo más que todos desdichado,
abre tu corazón á sus gemidos,
por la vida tan triste que le has dado.

Pensando en goces, para siempre huídos,
mi mano sofocando la agonía,
del corazón retiene los latidos.

¡Cuánto recuerdo ahora, madre mía,
aquel dulce mirar con que afrentabas
al sol de otoño al acabarse el día!

¡Cuántas dichas entonces me augurabas,
mientras viendo nacer mis sentimientos,
con el alma en los ojos me mirabas!

Y aunque las dichas se volvieron cuentos,
¡cómo, en recuerdo de tan bellos días,
hoy te besan los pies mis pensamientos!

Al fijar tus pupilas en las mías,
como es la voz del alma tu mirada,
¡qué de cosas, callando, me decías!

Ya mi mente en tu espíritu filtrada,
dejaré deslizarse mi existencia
en tu augusta belleza vinculada.

Tú sola en mi dolor me das paciencia,
pues siempre con tu imagen me acompañas,
confidente leal de mi conciencia.

Tú de luz pura el pensamiento bañas,
la infernal lobreguez trocando en cielo,
del hijo, antes feliz, de tus entrañas.

Pueda hoy contigo desahogar mi duelo,
pues sabe bien tu natural tristeza
que el placer de llorar es gran consuelo.

Turbios mis ojos, blanca mi cabeza,
perdí con la esperanza la energía,
y ya hasta tengo de vivir pereza.

Fué tan larga y terrible mi agonía,
que por tu hermosa senectud te juro
que, á no vivirme tú, me moriría.

De tanto ser como encontré perjuro,
ya dejo hasta el recuerdo, que maldigo,
por tu amor siempre grande y siempre puro.

Desde este día á tu mejor amigo
ya no te importa obscuridad ó gloria,
gusto ó pesar, sufriendolo contigo.

Del alma, que consagro á tu memoria,
presto los males curará la muerte,
desenlace final de toda historia.

Y antes la edad, más que las penas, fuerte,
me dará poco á poco ese desvío,
que la tristeza en hábito convierte.

Buitre de las pasiones, el hastío
con sordo afán mi corazón devora,
y el pecho se me queja á pesar mío.

Mas así iré viviendo hora tras hora
hasta que ponga fin á mi existencia
aquel Dios que es más Dios del ser que llora.

Y querrá, en su bondad, la Providencia,
mientras llega ese fin, dar á mi mente
la angustia que se abisma en la paciencia.

¡Recuerdas la tersura de mi frente?
¡Oh, qué ¡ay! darías sus arrugas viendo,
de esos que daís las madres solamente!

Mas concluyo esta carta, porque entiendo
que lo mismo que á mi cuando te escribo,
se te caerán las lágrimas leyendo.

No llores, madre mía, pues concibo
que es pagar con un ¡ay! con mucho exceso

la ruin parte de vida que ahora vivo.

¡Cuánto lloras mi mal! A cuenta de eso,
para estampar en tu anchurosa frente,
además de otros mil, te guardo un beso.

Dame tu bendición, que yo impaciente
a darte voy cuanto tu amor desea,
que es la ansia eterna de tenerme enfrente.

Y si Dios no permite que te vea,
de mi vida los últimos alientos
besos serán que te daré en idea.

Desde que hallé insufribles mis tormentos,
cuantas horas los días han tenido,
túre yo para ti de pensamientos.

Adiós, mi santo amor; tú siempre has sido
el ángel para mí de las mujeres;
recuerda sin cesar que no te olvido,
y escribeme á menudo que me quieres.

SEGUNDA

EPÍSTOLA MORAL

A D. F. F. GOLFIN

Aunque ausente de ti, Golfin amigo,
presa feliz de tu inmortal memoria,
dejo el mundo, entro en mí, y hablo contigo.

Y al recordarte mi doliente historia,
daré consejo á tus precoces canas,
diadema de tus días y tu gloria.

Mis esperanzas ¡ay! fueron tan vanas,
tanto el placer de la ciudad me hastía,
que ni de ser feliz tengo ya ganas.

Trueca tu vida por la vida mía,
ó pagarás, cual pago, la flaqueza
de creer de la corte en la alegría.

¿Ves la dicha mayor de la grandeza?
Pues es mucho más grande y más risueño
el goce con que sueña la pobreza.

¿Y qué vale el ser grande, si al pequeño
en premiar su martirio se desvela
el alto cielo en su aparente sueño?

Al campo por salud mi mente vuela,
que el mal de corte, que se llama hastío,
¡ay! como el viento del sepulcro hiela.

Hoy, como ayer y siempre, amigo mío,
que te lleve con fruto, á Dios le ruego,
las muchas bendiciones que te envío.

Alabado ya Dios, te escribo, y luego
llevo el pródigo afán de mis amores
al huerto que he plantado, y que ahora riego.

Y después, convertidos en olores,
el viento, al despertar, vuelve y me cuenta
gratisimos mensajes de las flores.

Créeme, Golfin; sólo la paz se asienta
aquí donde la envidia no asesina
con su mirada de Caín sangrienta.

Todo en la corte á la ambición inclina,
como el mar, con sus bruscas tempestades,
las almas de los débiles fascina.

¿Qué brota esa Babel, sino maldades
para el que son, de intemperancia ajeno,
un poblado desierto las ciudades?

Un mes hará que de cuidados lleno,
te dejé donde atroces las pasiones
prueban el hierro, el fuego y el veneno,
y ya henchido de impuras ambiciones,
como arrastra la arena, va arrastrando
el viento del desierto las naciones.

¡Cuánto Nerón la libertad va alzando,
conforme va sus hierros, oprimida,
al rostro de los siglos arrojando!

Ven donde el aura á respirar convida
en la parte del bosque más obscura,
alientos de salud, soplos de vida.

Deja del mundo la región impura,
pues casi de rodillas te lo pido
por nuestros cortos días de ventura.

Lucharás como yo, y al fin, rendido,
cual cae helado con la noche el viento,
tu espíritu vital caerá abatido.

¿Quieres decir que es de un cobarde aliento,
cuando el ocaso de la edad avanza,
buscar desesperado el aislamiento?

Mas ¿qué valor á resistir alcanza
los humanos dolores sin medida,
las desdichas que matan la esperanza?

De tanto batallar mi alma rendida,
sin pena ni placer, deja impasible
estas tristes riberas de la vida.

¡Subir para caer! ¡Destino horrible!
¡Qué lástima da á un alma generosa
ver á un hombre luchar con lo imposible!

Porque el genio mayor ¿es otra cosa
que un insecto que vive recorriendo
la vasta soledad de alguna rosa?

Obediente á mi voz, ya te estoy viendo
de la ambición del mundo y de ti mismo,
como quien huye de su sombra, huyendo.

Aléjate de ese antro, en cuyo abismo,
tras la esperanza, hasta la fe arrojamos,

y la santa pasión del patriotismo.

Y en tanto que aquí paz juntos hallamos,
que sirvas, ruego á Dios, con buena estrella
la patria en que sufrimos y gozamos.

Esa patria, Gofin, siempre tan bella,
que al recordar su *no sé* divino,
hace llorar al que se ausenta de ella.

Dile ya al mundo adiós; que es desatino
loco sufrir todo el azar que encierra
ese anónimo eterno del destino.

Y á quien sirve al azar, rey de la tierra,
sin gozar del presente ni el pasado,
la execración del porvenir le aterra.

Vive así, si esto es vida, atormentado
tu corazón, que es bueno entre los buenos,
en su ataúd de carne aprisionado.

Yo, entretanto, por valles siempre amenos,
de la calumnia me atraeré, escondido,
si nunca caridad, silencio al menos.

Perdón hasta á mis émulo les pido,
que ha tiempo que en las copas de las flores
bebi de mis venganzas el olvido.

Hastiado de placeres y dolores,
sólo amo de las selvas la espesura,
amor que curó en mí locos amores.

¡Qué honda es la paz cuando la noche oscura
deja caer, por entre sombras, yerta
la luz de los amores sin ventural

¡Qué dulce es aquí el aura, cuando incierta
hace un ruido, en los árboles fluyendo,
que aduerme, y cuando aduerme no despierta!

Ven, y felices á tus hijos viendo,
la muerte aguardarás que nos espera,
espectro que se acerca y va creciendo.

Y al lado de la dulce compañera,
que, enseñándote á creer, tu fe asegura,
porque nunca el que cree se desespera,

labrando seguiréis vuestra ventura,
con el amor juntando la inocencia,
y uniendo la virtud á la ternura.

Que el bueno sabe bien por experiencia
que el que quiere tener sueños dorados,
purifica primero su conciencia.

¡Cuán venturosos son, aunque olvidados,
sin saber lo que es gloria ni riqueza,
los pastores que van por estos prados!

Hay gente tan dichosa en su pobreza,
que con escaso abrigo y pan tasado,
no recuerda ni un día de tristeza.

Mas tú vendrás, por el dolor guiado,

como las aves van, emigradoras,
á un país que no han visto y que han soñado.

Verás que en estas playas seductoras,
si ajena de placer se pasa alguna,
vacías de dolor corren las horas.

¡Oh carga del poder, siempre importuna!
Dando aquí Dios su gracia por consuelo,
¿qué se nos marcha al irse la fortuna?

¡Bendigamos al sol que ilustra el cielo,
que hace flores brotar á las arenas,
árboles á las rocas, fruto al hielo!

¡Nombre infausto el de corte, que las penas
recuerda así como los ecos vanos
recuerdan al esclavo sus cadenas!

Reina aquí el Dios que trajo á los humanos
el mando dulce, la incruenta gloria,
fe sin superstición, paz sin tiranos.

Ven, y mata con tiempo tu memoria,
mucho antes que tu nombre eche la suerte
á ese lago de sangre de la historia.

Por no verme, Gofin, cual podrás verte,
ya he puesto entre la corte y la pradera
una ausencia absoluta cual la muerte.

Que venga yo á expirar, el cielo quiera,
donde al morir, zagalas y pastores,
se sienten tristes por la vez primera.

Y dejad que entretanto, sin dolores,
donde olvidado ya, todo se olvida,
me sobreviva á mí cogiendo flores.

Mas ¡ay! bien pronto á esta mansión querida
te arrastrará la edad, pues cautamente,
sin más que andar el tiempo, obra en la vida.

¡Siempre contigo, aunque de ti me ausente,
herido el corazón, mas todo entero,
te dará su amistad eternamente:
que nada inspiras tú precedero!

EPÍSTOLA NECROLÓGICA

dirigida al señor Marqués de Molins, director de la Real Academia Española

DON LUIS GONZÁLEZ BRABO (1)

No quisiera escribir, Marqués amado,
la vida del ilustre consejero
del principio y del fin del gran reinado.
¿Qué he de decir del noble compañero

(1) El Reglamento de la Academia Española dispone que cuando fallece un Académico numerario, escriba su necrología otro individuo de número. El autor encontró más fácil y más cómodo escribirla en verso que en prosa. La Academia encargó al señor Ferrer del Río las notas para mejor inteligencia del texto.

y la santa pasión del patriotismo.

Y en tanto que aquí paz juntos hallamos,
que sirvas, ruego á Dios, con buena estrella
la patria en que sufrimos y gozamos.

Esa patria, Gofin, siempre tan bella,
que al recordar su *no sé* divino,
hace llorar al que se ausenta de ella.

Dile ya al mundo adiós; que es desatino
loco sufrir todo el azar que encierra
ese anónimo eterno del destino.

Y á quien sirve al azar, rey de la tierra,
sin gozar del presente ni el pasado,
la execración del porvenir le aterra.

Vive así, si esto es vida, atormentado
tu corazón, que es bueno entre los buenos,
en su ataúd de carne aprisionado.

Yo, entretanto, por valles siempre amenos,
de la calumnia me atraeré, escondido,
si nunca caridad, silencio al menos.

Perdón hasta á mis émulos les pido,
que ha tiempo que en las copas de las flores
bebi de mis venganzas el olvido.

Hastiado de placeres y dolores,
sólo amo de las selvas la espesura,
amor que curó en mí locos amores.

¡Qué honda es la paz cuando la noche oscura
deja caer, por entre sombras, yerta
la luz de los amores sin ventural

¡Qué dulce es aquí el aura, cuando incierta
hace un ruido, en los árboles fluyendo,
que aduerme, y cuando aduerme no despierta!

Ven, y felices á tus hijos viendo,
la muerte aguardarás que nos espera,
espectro que se acerca y va creciendo.

Y al lado de la dulce compañera,
que, enseñándote á creer, tu fe asegura,
porque nunca el que cree se desespera,

labrando seguiréis vuestra ventura,
con el amor juntando la inocencia,
y uniendo la virtud á la ternura.

Que el bueno sabe bien por experiencia
que el que quiere tener sueños dorados,
purifica primero su conciencia.

¡Cuán venturosos son, aunque olvidados,
sin saber lo que es gloria ni riqueza,
los pastores que van por estos prados!

Hay gente tan dichosa en su pobreza,
que con escaso abrigo y pan tasado,
no recuerda ni un día de tristeza.

Mas tú vendrás, por el dolor guiado,

como las aves van, emigradoras,
á un país que no han visto y que han soñado.

Verás que en estas playas seductoras,
si ajena de placer se pasa alguna,
vacías de dolor corren las horas.

¡Oh carga del poder, siempre importuna!
Dando aquí Dios su gracia por consuelo,
¿qué se nos marcha al irse la fortuna?

¡Bendigamos al sol que ilustra el cielo,
que hace flores brotar á las arenas,
árboles á las rocas, fruto al hielo!

¡Nombre infausto el de corte, que las penas
recuerda así como los ecos vanos
recuerdan al esclavo sus cadenas!

Reina aquí el Dios que trajo á los humanos
el mando dulce, la incruenta gloria,
fe sin superstición, paz sin tiranos.

Ven, y mata con tiempo tu memoria,
mucho antes que tu nombre eche la suerte
á ese lago de sangre de la historia.

Por no verme, Gofin, cual podrás verte,
ya he puesto entre la corte y la pradera
una ausencia absoluta cual la muerte.

Que venga yo á expirar, el cielo quiera,
donde al morir, zagalas y pastores,
se sienten tristes por la vez primera.

Y dejad que entretanto, sin dolores,
donde olvidado ya, todo se olvida,
me sobreviva á mí cogiendo flores.

Mas ¡ay! bien pronto á esta mansión querida
te arrastrará la edad, pues cautamente,
sin más que andar el tiempo, obra en la vida.

¡Siempre contigo, aunque de ti me ausente,
herido el corazón, mas todo entero,
te dará su amistad eternamente:
que nada inspiras tú precedero!

EPÍSTOLA NECROLÓGICA

dirigida al señor Marqués de Molins, director de la Real Academia Española

DON LUIS GONZÁLEZ BRABO (1)

No quisiera escribir, Marqués amado,
la vida del ilustre consejero
del principio y del fin del gran reinado.
¿Qué he de decir del noble compañero

(1) El Reglamento de la Academia Española dispone que cuando fallece un Académico numerario, escriba su necrología otro individuo de número. El autor encontró más fácil y más cómodo escribirla en verso que en prosa. La Academia encargó al señor Ferrer del Río las notas para mejor inteligencia del texto.

que adoró lo pasado con vehemencia,
mientras yo amé con fe lo venidero?

Estoy pronto, Marqués, á la obediencia;
mas ¿no es hacer á la razón agravios
que escriba yo una epístola sin ciencia,

cuando pueden honrarle con sus labios
Canalejas, Molins, Ferrer del Río,
Plutarcos de valer de tantos sabios?

Su talento sabrá mejor que el mío,
pintar sucesos tristes ó risueños,
que yo he olvidado, ó de que ya me río.

¡Qué bien hace el que imita á los pequeños!

Mientras buscó el poder, otros buscaban
sus libros, sus quimeras y sus sueños;

y, cuanto más sus alas se elevaban,
más ante él unas dichas engañosas,
como Itaca ante Ulises, se escapaban.

Pues yo sólo sé de él, entre otras cosas,
que tuvo una mujer hermosa y buena,
y tres hijas discretas y donosas (2).

Con su mucha bondad, de encanto llena,
Escosura, Oliván, Ochoa y Puente,
se hacen su gloria de aumentar la ajena,

pueden decir con ánimo indulgente
si fué un hombre de estado, el que en su vida
nunca supo ser frío interiormente;

y si su fe, por la pasión vencida,
por no ser más tenaz, cayó en el yerro
de verse en inconstancia convertida.

Jamás en el poder, ni en el destierro,
pudo pasar, como otros, su existencia,
con dos ó tres propósitos de hierro.

Yo declaro que creo en mi conciencia
que por orden fatal de su destino
siempre hubo en él más genio que prudencia.

Dotado de pasión y estro divino,
fué común, en su olímpica oratoria,
el hacer de una idea un torbellino.

Marqués, puesto que saben de memoria
Guerra, Hartzenbusch, Cañete y Juan Valera,
lo que sueña, al dormir, la humana historia,

que pinten describiendo su carrera
mejor que quien tan poco en esta vida
los peldaños gastó de su escalera)

de su fortuna la ilusión perdida;
la ingratitud siguiendo á su desgracia;
su rápido subir; su gran caída;

(2) Contrajo matrimonio con la señora doña Joaquina Romea, hermana del eminente actor de este apellido, de la cual dejó tres hijas, Luisa, Leonor y Blanca.

su saludo á la *joven democracia* (1);
su *Guirigay* (2), que de juzgar me abstengo
por dudar de su mérito y su gracia.

¿No tienen más saber que el que yo tengo
Cutanda, Rivas y Manuel Silvela,
tan doctos por derecho de abolengo,

para historiar, desde la misma escuela,
la vida de nuestro héroe, más variada
que la misma ficción de la novela?

Y como amigo fiel y camarada,
¿no miráis á Pezuela á vuestro lado,
del último Borbón primera espada,

que lo tuvo en Ardoz como soldado (3)
y que sabe que fué su vida entera
un riesgo eternamente transformado?

El decirnos podrá de qué manera
defendiendo á León, una memoria
dejó en el mundo, grande y duradera (4).

Y, como ejemplos de su misma historia,
dirá también qué obcecación es esa
que el poder equivoca con la gloria,

y que, en su anhelo, de aspirar no cesa
á un renombre que llega solamente,
á dos pies más allá de nuestra huesa.

¡Cuán poco piensa, en general, la gente
que, excepto lo que amamos y nos ama,
es el resto del mundo indiferente!

No respondáis á la ambición, si os llama.
Nos causan menos mal nuestras flaquezas,
que esa idea maldita de la fama.

¡Dichoso el que desprecia las grandezas,
y vive con su mesa abastecida
de queso, pan, legumbres y cerezas!

Podía, con su gracia sin medida,
describirnos Segovia al poderoso
que subió, sin pensar en la caída,

y también unos años de reposo
en que espejo fué á ser de embajadores,
siendo en Lisboa y Londres venturoso (5);

(1) Alusión á una frase de su discurso en el salón del Teatro Real, á raíz de la Revolución de 1854, en la misma junta en que Castelar se dió á conocer como orador.

(2) Alude al periódico llamado así, que González Brabo dió á luz en 1839, y en el cual usó el seudónimo de *Ibraim Claret*.

(3) Viniedo de Cataluña en calidad de secretario del general Serrano, éste le envió con una comunicación para el general Narváez. Por esta casualidad se halló en la acción de Torrejón de Ardoz, acaecida, como todos saben, en 1843.

(4) Como capitán de Cazadores del octavo batallón de la milicia ciudadana, fué de los que más excitaron al Ayuntamiento de Madrid, en 1840, al pronunciamiento de Septiembre; y profesando todavía las mismas ideas, escribió la defensa del conde de Belascoain, é hizo particularmente cuanto pudo por excitar á sus compañeros á favor del procesado.

(5) Inopinadamente se le vió de presidente del Consejo de ministros á principios de diciembre de 1843, para llevar el acta Real de acusación contra don Salustiano Olózaga á las Cortes, y al sucederle el Duque de Valencia, en la primavera siguiente, se le nombró embajador en Lisboa.

y, al fin de este descanso en sus dolores,
cual sabio embajador, decirnos Cueto
cómo ha seguido Ulises sus errores.

Y ¡qué trabajo harían tan completo
Rubí, Tamayo y Adelardo Ayala,
como hijos de Shakespeare y de Moreto,
si, al recorrer de la pasión la escala,
quisiesen hoy decirnos de qué modo
ahuyenta á la amistad la suerte mala,
qué es la ambición, que lo trastorna todo,
que en un mundo tan grande y tan pequeño
nada hay debajo de ella, incluso el lodo!

¿Cómo saldré, Marqués, de este arduo empeño
yo, pecador, que á la virtud ultrajo,
la holganza entremezclando con el sueño?

¿Por qué no dais á Olózaga el trabajo,
á quien Brabo acusó, como él decía,
poniendo su cabeza sobre un tajo? (1)

¿Fue el vivo acusador donde quería?
El hombre va donde lo arrastra el viento,
y siempre que se mueve, Dios le guía.

¿Cuál de ellos olvidó por un momento,
en ansia de mandar arrebatado,
que es la virtud más grande que el talento?

¡Oh sangrientas antítesis del hado!
Muchos años después, lejos de España,
siguió el acusador al acusado,
y algo llevó en su faz por tierra extraña
de aquella luz que fulguró en el trecho
que recorrió Moisés por la montaña.

Es tan brutal la autoridad del hecho,
que, aun siendo justa, es la justicia odiosa,
cuando hace entrar en cólera al derecho.

¿Cómo empieza á cubrir la eterna losa
recuerdos tan ardientes y hoy tan fríos!

¡Cuánto rumor para tan poca cosa!

Mas ¿por qué en vez de los tercetos míos
no ha de cantar su vida en alto coro
Castela, Nocegal, Cánovas, Ríos,

que en este siglo, ante sus lenguas de oro,
con peroración de la Grecia, el gran tribuno
tal vez sería un orador de foro?

Ellos podrán pintarnos, cual ninguno,
á ese vulgo que grita imperturbable
¡muera Jesús! porque lo grita alguno,
y hablarnos de aquel genio inimitable

A fines de 1856 fué con igual categoría á Londres. Por muerte del Duque de Valencia, el 23 de abril de 1868, subió de nuevo á presidente del Consejo de ministros.

(1) Frase suya en el muy borrascoso debate á que dió margen la citada acta en el Congreso de diputados.

que en diez discursos repitió la historia
del motín de una noche memorable (1).

¿Qué fué de aquel poder y aquella gloria?
Es ya vano decirlo, aunque no es vano
el dar algún repaso á la memoria.

¿Qué fué de él? Para el cielo soberano
no es un héroe mayor que un hormiguero,
y es lo mismo una flor que el Oceano.

Él fué donde, quitándose el sombrero,
fueron reyes también y emperadores:
á pedir pan y paz al extranjero.

Echemos ya sobre su tumba flores.
Calumniado cayó como vencido.

¿Caerán con más honor los vencedores?

De un grande á esta miseria reducido,
¿qué nos queda? Una pálida memoria,
y una sombra de un bien desvanecido.

Si fué ó no justo, lo dirá la historia;
pues no siempre el pendón de los mejores
se lleva en este mundo la victoria.

Y ¿fueron de él tan sólo sus errores,
hoy que al más bravo corazón consterna,
el dirigir á pueblos de habladores?

Faltó en pensar, cual todo el que gobierna,
si en la forma (no el fondo) es preferible
el dorio al jonio: la cuestión eterna.

Y ¿faltó en más? No sé; pero es posible.
Él creyó gobernar con los mejores,
perpetua aspiración á un imposible.

Mas lleguemos al fin, que odios y amores
muy pronto un mismo polvo los espera,
confundiendo á oprimidos y á opresores:

y, suceda en el mundo lo que quiera,
ya sus prados traerá de flores llenos,
como el año anterior, la primavera.

Todos se creen los más y los más buenos,
hasta que viene á revelar la muerte
cuál vale más, esto es, cuál vale menos.

Se humilla al débil y se teme al fuerte,
y el vulgo nunca ve con simpatía
ni á las virtudes ni á la buena suerte.

Siempre pasó lo mismo, desde el día
en que estaba en el mar Sierra Nevada
escondiendo la frente todavía.

¡Luchar! ¡Subir! Y al fin de la jornada
hallar calumnias, decepciones, males...

Debe haber Dios, sino... todo esto es nada.
¿Por qué querrán las leyes inmortales

(1) La del 10 de abril de 1865, llamada vulgarmente por tal circunstancia *Noche de San David*.

que sea todo triunfo pasajero
y haya más enemigos que imparciales?
Siendo un león más dulce que un cordero
ya herido, le acosaron con encono
la envidia y la ambición, el mundo entero.

Pero yo en nombre suyo les perdono,
como él arriba, perdonando, cuenta
á los muchos apóstatas del trono.

¡Calcule el alma, de rencor exenta,
lo triste que habrá muerto un gaditano
bajo un sol que ni alumbra ni calienta! (1)

¡Premie el cielo dolor tan sobrehumano
cuando el mérito pese de este duelo
el que pesa los astros con la mano!

Halló en Biarritz, por fin, su desconsuelo
la postrera estación de su calvario,
bajo un yaho que en Francia llaman cielo.

Así un liberto, en punto solitario,
á Pompeyo enterró bajo la arena
con la ayuda de un pobre legionario.

Morir en el destierro es grande pena;
mas nos marca la entrada y la salida
el que saca los siglos á la escena.

Una tragedia griega harto sabida,
«Volved—dice—los ojos ¡oh mortales!
hacia el último día de la vida.»

¡Qué rancias vanidades terrenales!
Cuando se va á morir, todo es locura,
y verdades y sueños son iguales.

Murió; pero nos dice la *Escritura*:
«No lo busque entre muertos quien le llora
que está lleno de vida allá en la altura.»

Está en la altura, el que ya sabe ahora
lo que le dice el río á su ribera,
el mar al sol y el pájaro á la aurora;

el hombre que al llegar su hora postrera,
—¡Mis hijas!—exclamó.—¡Perdón, Dios mío!—(2)
La última hora es la existencia entera.

Y después de este fin solemne y pío,
que haría merecer la santa palma
á toda una existencia de extravío,

porque el cielo le dé la eterna calma
reçemos hoy con corazón ferviente,
cual por nosotros rogará su alma
á la diestra del Dios omnipotente.

(1) Don Luis González Brabo, hijo de don Manuel y de doña María Antonia López de Arjona, natural de Granada, nació en Cádiz el 8 de julio de 1811, y fué bautizado el 10 en la parroquia de San Antonio de dicha ciudad.

(2) Palabras de González Brabo en el acto de morir en los brazos de dos amigos y dentro del coche de uno de ellos, en el cual acababan de salir de noche para respirar alguna frescura.

MADRIGALES

I

Á B.

—Relámpago es el genio; á su destello,
lo triste causa horror, lo bello es bello;
cuando luce ante el sol, el día alegre,
la noche ante su luz se hace más negra.—

Esto tu madre te contaba un día,
y al contártelo así, decir quería
que, si en un alma, cual la tuya, encanta,
en un mal corazón el genio espanta.

II

Á N.

Me asomé cierto día,
y apenas me asomé, Natalia mía,
vi atmósferas más anchas y más bellas
que esos campos cerrados por estrellas;
caos de irresistible devaneo,
de miedo, de inocencia y de deseo,
donde el término á ver jamás se alcanza
de la dicha, el placer y la esperanza.

Abismo que me atrae fascinado,
como atrae la muerte á un desgraciado,
allí mi alma aspiró, de encanto llena,
un néctar delicioso que envenena;
y allá dentro miré tímidamente,
como mira el que tiene el sol enfrente,
mil sombras, que dejaron por despojos
almas que en lo hondo asesinó tu encanto...
¿Que adónde me asomé para ver tanto?
Me asomé... á las ventanas de tus ojos.

III

Á L. M.

Cantar quise tus ojos, Luisa mía,
mas fué gentil quimera:
¿cómo su lumbre retratar podría,
si de esos ojos, que cantar quisiera
nadie el color ha visto todavía?

IV

Á M. B.

Tanta virtud tu corazón inspira,
que piensa el vulgo, de entusiasmo lleno,
que, al mirarlo tan bueno,
el mismo Dios que lo crió lo admira.

Á L.

No sé por qué alaban tanto
tu hermosura y gentileza,
pues yo, Luz, en tu belleza
veo tu menor encanto.

Te juran por lo más santo
que tu hermosura enamora;
mi fe, que tanto te adora,
por lo más santo te jura
que, aparte de la hermosura,
eres, Luz, encantadora.

VI

QUIEN CANTA LLORA

En un álbum

Alegra el ruiseñor las espesuras
cuando canta el dolor de sus venturas,
en tanto que la tórtola las llena
con la eterna alegría de su pena.

Más triste que la de ambos es mi suerte,
Pilar, por conocerte;
ruiseñor que te canto si te miro,
tórtola, si te pierdo, que suspiro,
cuando imagino ó sueño en tu belleza,
canto de mis placeres la tristeza;
mas cuando pienso ó sueño
que tienes otro dueño,
como tórtola fiel, deshecho en llanto,
las alegrías de mis penas canto.

VII

Á NATALIA Y Á GONZALO SEGOVIA

EN SUS BODAS

No vi más gentil doncella
ni más apuesto doncel,
ni más envidiosas de ella,
ni más envidiosos de él.

LAS ESTACIONES

Joven, pensé, pero pensaba en vano;
ya viejo, no sé amar lo que amar quiero.
Trae rosas Abril, fruto el verano,
hojas secas Octubre, escarcha Enero.

Tal es la fuerza del destino humano;
lo que ha de ser después, nunca es primero;
espera la niñez, el joven quiere,
piensa el adulto, y la vejez se muere.

ROMANCE

(DEL ROMANCERO DE LA GUERRA DE ÁFRICA)

ASUNTO: Resuélvese la expedición á Tetrán.—Apertura del camino.—Nochebuena
en el campamento.—Combate del 25

¡Gran presidio de presidios,
Africa, en monstruos feraz,
que un día llevaste al orbe
la coyunda universal!

Hoy tu gloriosa barbarie
mata por siempre jamás
el mundo con su desprecio
y Dios con su voluntad.

¡En esa tienda, que brilla
como un cisne sobre el mar,
un consejo de valientes
que preside un general,
decide sobre tu suerte,
pueblo, que maldito estás,
aun después que Jesucristo
vino la tierra á amnistiar!

Por eso, aunque en nuestro campo
alguno empiece á cantar:

—Esta noche es Nochebuena...—
no suele escucharse más,
porque en confuso tropel
vienen la estrofa á trincar,
la lluvia, el viento, el cansancio,
y porque está cada cual
á la tienda del consejo
mirando con ansiedad,
y en vez de cantar, murmura:

—¿Qué será, qué no será?...—
Mucho al cielo y al infierno
debe esta causa importar,
pues representando de ambos
la paciente eternidad,
dos sombras del otro mundo
rondando la tienda están:
la una augurio del bien,
genio la otra del mal.

Y mientras tanto que, activo,
el gran moro Satanás,
asomándose á la tienda
mira aquí y escucha allá,
y esto en silencio medita
con desesperado afán,
«¿en cuántos cuerpos sin alma
va España un alma á crear!»,
volviendo al mundo la sombra
del gran rey de Portugal
que, en el Africa muriendo,
arrancó á Herrera aquel ¡ay!,
murmura en torno á la tienda,
cual voz de duelo eternal:
—¡Valor! ¡y á Alcázar-Quivir,
y á Guadalete vengad!

—Esta noche es Nochebuena...—
vuelve á decir el cantar,
mas vuelven á interrumpirle
la lluvia y el vendaval,
y también la incertidumbre
con que en patriótico afán,
este diálogo pasando
de un puesto á otro puesto va:

—¿Qué población la primera
iremos á cristianar?
—Rabat, dice uno;—otro, Arcilla;
—Tánger, éste;—aquél, Tetuán.—
Mas en torno de la tienda,
en silencio sepulcral,
tan sólo giran las sombras
del diablo y don Sebastián;

y hasta de los centinelas
el—¡Alerta! ¡Alerta está!—
va despertando el silencio,
para que se duerma más.
Y vuelve á oirse á lo lejos
el estribillo vulgar
de—Esta noche es Nochebuena...—
y vuelve á no oirse más;
hasta que, abierta de pronto
la tienda del general,
saliendo el bravo Quesada,
dice acabando el cantar:
—Esta noche es Nochebuena...
porque vamos á Tetuán.

—¡A Tetuán!—voz que, pasando
desde el cabo al general,
de éste á aquél, de aquél al otro,
del otro al de más allá,
del valle asciende á la cumbre,
de la cumbre baja al mar;
discurre de tienda en tienda
y de vivac en vivac;
y cambiando la consigna
del—¡Alerta! ¡Alerta está!—
la voz de los centinelas
—¡A Tetuán! dice, ¡á Tetuán!
—¡Ay!—rencoroso un suspiro
dando al viento Satanás,
—¡ay de la ciudad sagrada!—
grita de aduar en aduar,
á cuya alarma los moros,
como una turba infernal,
con ese ciego valor
que raya en temeridad,
nuestras trincheras asaltan
con una fiera tal,
que fueran ellos los héroes,
si otros no lo fuesen más.

¡Oh, sí, sí, según se batan,
aun acordándose están
que han bebido agua del Tajo
esos sectarios de Alá!

Mas vanamente al destino
quieren, cual siempre, afrontar,
pues cuando el destino llega,
todo lo demás se va,
y así es que dando á los moros
recuerdos del Cardenal,
les dice la artillería:
—¡Hijos de Tarif, atrás!—

Y á un—¡Viva Isabel Segunda!—
alto, fiero, universal,
que en su tumba á la Primera
hizo de gozo saltar,
á bayoneta calada
después con más claridad,
repite la infantería:

—¡Atrás! ¡mucho más atrás!—

Y entretanto que Zamora
los empieza á acuchillar,
y por el centro la Albuera
los va llevando hacia allá,
Barcelona por la izquierda,
con gran generosidad,
les deja elegir la muerte
entre la espada y el mar.

Uno—dos—veinte—cuarenta—
ochenta... ¡qué mortandad!

Con estos y con los otros,
por Dios que empezó á pensar
que así, cual del Guadalete,
dice un sabio musulmán:

—¡El Dios que los ha criado
los puede sólo contar!

—Vencisteis con la bravura
de un nuevo Gran Capitán—
dijo al general Quesada
el Capitán general.

Y mientras que aun los moros
se baten, pero hacia atrás,
juntando á los zapadores,
dice Prim:—¡Paso á Tetuán!—
y bajando de repente
á peón, de general,

venciendo, como á los hombres,
la tierra, el viento y el mar,
—Haced de ese monte un llano,
y adelante, ¡voto á san!...—
dijo alzando aquella espada
que hiere una vez no más.

A su voz los zapadores
hacen la tierra temblar,
y abren á un bosque una senda
que el sol no ha visto jamás,
por donde la tropa marcha
al Africa, á quien va á dar,
por tantos siglos de oprobio,
fe, cultura y libertad.
Y al partir, para barrer
ese inmenso lupanar,

O'Donnell ríe, Prim vota,
llora y jura Satanás;
y esto en sueños dice Ros
que habló con don Sebastián:
—¡Valor! ¡y á Alcázar-Quivir,
y á Guadalete vengad!
—¡Salve, ¡oh rey! Guad-el-Jelú
su Guadalete será!
—¿Nos veremos?—Nos veremos.—
¿Cuándo?—El seis.—¿Dónde?—En Tetuán.

Á C.

Dices que en mi faz revelo
aire de pérdida calma;
tú harás lo mismo, Consuelo,
cuando hagas, como yo, el duelo
al cadáver de tu alma.

TRANSFIGURACIÓN

La vida es gota del cielo,
que baja el cieno á formar,
después se filtra en el suelo
y vuelve pura á la mar.

EL PERDÓN

Mientras viva, está de más
que tú la hayas perdonado;
¡el espectro del pecado
no nos perdona jamás!

EFFECTOS CONTRARIOS

Tal vez con el mismo afán
muertos y vivos se quejan;
allá por los que se dejan,
y aquí por los que se van.

COMPANÍA ETERNA

Siempre por causa de ti
la amada soledad pierdo;
pues me sigue aquí y allí
tu nombre, fuera de mí;
dentro de mí, tu recuerdo.

LOS CELOS CAUSAN OLVIDO

Hallé en su sepulcro un día
flores que yo no arrojé;
y al ver tan negra falsía,
su alma, que era la mía,
junto á su cuerpo enterré.

DEL ALMA AL MUNDO

Sabe mi dolor profundo
que la alegría y la calma
no van desde el mundo al alma,
sino desde el alma al mundo.

AMOR Y CELOS

Por todo lo del mundo no daría
el amor que te tengo todavía:
en cambio, prenda amada,
el que me tienes tú lo doy por nada.

LO QUE ES Y LO QUE PARECE

Si Dios nos mostrase un día
las cosas cual son en sí,
nadie se conocería;
¡ay! ni yo á ti, ni tú á mí.

LA VIDA

La vida que nos encanta
del pasado se arrepiente,
se hastía de lo presente,
y lo futuro le espanta.

HACERSE JUSTICIA

Si uno á sí mismo á juzgar
se fuese á la luz del día,
¡cuánta gente escupiría
sobre su sombra, al pasar!

CELOS DE ULTRATUMBA

¡Pérfida, has muerto, y ya ves,
cuando vengo á visitarte,
que aun lloro, en vez de aplastarte
el corazón con los pies!

LA CIENCIA Y LA RAZÓN

Si el erial de la razón
de flores la ciencia adorna,
la razón, en cambio, torna
en erial el corazón.

NO VALE LO QUE CUESTA

¡No sé este vivir maldito
por qué ha de pagarse tanto,
que se compra con el llanto,
y á veces con el delito!

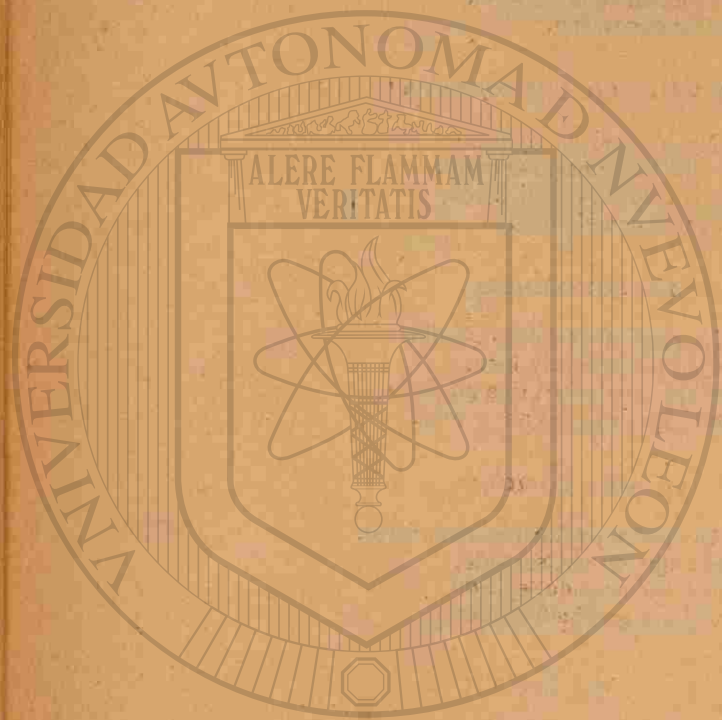
LA CONCIENCIA

La conciencia á los culpados
castiga tan pronto y bien,
que hay muy pocos que no estén
dentro de su pecho ahorcados.

LO MÁS CÓMODO

De que se está, estoy bien cierto,
mejor que de pie, sentado,
mejor que sentado, echado,
y mejor que echado, muerto.





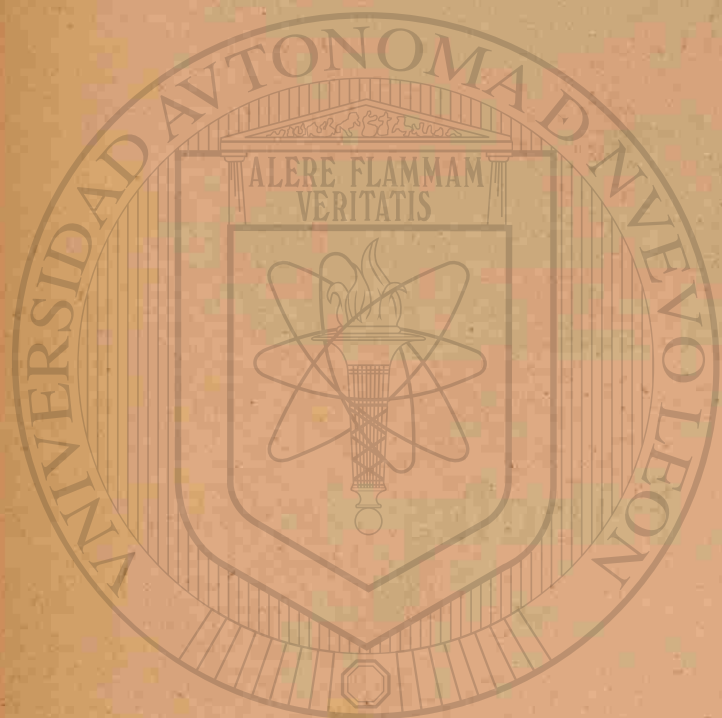
Fábulas

UANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FÁBULAS

SECCION LITERARIA

FÁBULA I

NO HAY GLORIA SIN PENA

LOS JÓVENES Y LA OFRENDA

En un vergel ameno
mil jóvenes sin freno
discurren distraídos,
aquí y allí perdidos.
Uno á otro, de un arranque,
zambulle en un estanque;
y el otro á su vecino
le acuesta en un espino.
Para ellos esculturas
son hórridas figuras;
y así, cual en retablo,
copiando los del diablo,
las pintan sutilmente
un no sé qué en la frente.
Ya sin panza de un taco
me dejan al Dios Baco;
y ya á Venus la bella,
tan sin pudor como ella,

por más que se agazapa
haciendo que se tapa,
la hacen que, como un charro,
fumando esté un cigarro.
Uno al fin sobre Apolo,
travieso como él solo,
mostrando una corona,
esto á todos pregona:

—Aunque envidias provoque,
del que el extremo toque
de ese ciprés que ondea,
premio esta ofrenda sea.

—¡Arriba!—gritan todos,
corriendo de mil modos:
y en trances infelices,
los ojos y narices,
ya ven de día estrellas,
ya acaso barren huellas,
ya el alto viene abajo
asido del zancajo,
ó ya el más bajo al otro
le monta como á un potro:
hasta que uno, elevado,
que más que otros, lo osado
con lo dichoso junta,
tocó al ciprés la punta,
al fuego que le inflama;
y ¡chasc!... rota la rama,
cayó rápidamente,
haciéndose en la frente,
amén de algún rasguño,
un chichón como un puño.

Cercáronle con prisa
unos fingiendo risa,
y otros mostrando pena
por la ventura ajena;
y vendando sus sienes,
tras de mil parabienes,
por cima de la venda
ciñéronle la ofrenda.

*Dos coronas contemplo
que ha de ceñir el sabio
para alcanzar victoria,
si de la gloria al templo,
despreciando su agravio,
aspira en su delirio:
antes la del MARTIRIO,
después la de la GLORIA.*

SECCIÓN POLITICA

FÁBULA I

INSUFICIENCIA DE LAS LEYES

EL REINO DE LOS BEODOS

Tuvo un reino una vez tantos beodos,
que se puede decir que lo eran todos,
en el cual por ley justa se previno:

—*Ninguno cate el vino.*—

Con júbilo el más loco
aplaudíose la ley, por costar poco;
acatarla después, ya es otro paso;
pero en fin, es el caso
que la dieron un sesgo muy distinto,
creyendo que vedaba sólo el tinto,

y del modo más franco
se achisparon después con vino blanco.
Extrañando que el pueblo no la entienda,
el Senado á la ley pone una enmienda,
y á aquello de: *Ninguno cate el vino,*
añadió, *blanco*, al parecer, con tino.
Respetando la enmienda el populacho,
volvió con vino tinto á estar borracho,
creyendo por instinto ¡mas qué instinto!
que el privado en tal caso no era el tinto.

Corrido ya el Senado,
en la segunda enmienda, de contado,

—*Ninguno cate el vino,
sea blanco, sea tinto*—les previno;
y el pueblo, por salir del nuevo atranco,
con vino tinto entonces mezcló el blanco;
hallando otra evasión de esta manera,
pues ni blanco ni tinto entonces era.

Tercera vez burlado,
—No es eso, no, señor—dijo el Senado:—
ó el pueblo es muy zoquete ó muy ladino:
se prohíbe mezclar vino con vino.

Mas ¡cuánto un pueblo rebelado fragual
¡Creeréis que luego lo mezcló con agua?
Dejando entonces el Senado el puesto,
de este modo al cesar dió un manifiesto:
*La ley es red, en la que siempre se halla
descompuesta una malla*

por más que se agazapa
haciendo que se tapa,
la hacen que, como un charro,
fumando esté un cigarro.
Uno al fin sobre Apolo,
travieso como él solo,
mostrando una corona,
esto á todos pregona:

—Aunque envidias provoque,
del que el extremo toque
de ese ciprés que ondea,
premio esta ofrenda sea.

—¡Arriba!—gritan todos,
corriendo de mil modos:
y en trances infelices,
los ojos y narices,
ya ven de día estrellas,
ya acaso barren huellas,
ya el alto viene abajo
asido del zancajo,
ó ya el más bajo al otro
le monta como á un potro:
hasta que uno, elevado,
que más que otros, lo osado
con lo dichoso junta,
tocó al ciprés la punta,
al fuego que le inflama;
y ¡chasc!... rota la rama,
cayó rápidamente,
haciéndose en la frente,
amén de algún rasguño,
un chichón como un puño.

Cercáronle con prisa
unos fingiendo risa,
y otros mostrando pena
por la ventura ajena;
y vendando sus sienes,
tras de mil parabienes,
por cima de la venda
ciñéronle la ofrenda.

*Dos coronas contemplo
que ha de ceñir el sabio
para alcanzar victoria,
si de la gloria al templo,
despreciando su agravio,
aspira en su delirio:
antes la del MARTIRIO,
después la de la GLORIA.*

SECCIÓN POLITICA

FÁBULA I

INSUFICIENCIA DE LAS LEYES

EL REINO DE LOS BEODOS

Tuvo un reino una vez tantos beodos,
que se puede decir que lo eran todos,
en el cual por ley justa se previno:

—*Ninguno cate el vino.*—

Con júbilo el más loco
aplaudíose la ley, por costar poco;
acatarla después, ya es otro paso;
pero en fin, es el caso
que la dieron un sesgo muy distinto,
creyendo que vedaba sólo el tinto,

y del modo más franco
se achisparon después con vino blanco.
Extrañando que el pueblo no la entienda,
el Senado á la ley pone una enmienda,
y á aquello de: *Ninguno cate el vino,*
añadió, *blanco*, al parecer, con tino.
Respetando la enmienda el populacho,
volvió con vino tinto á estar borracho,
creyendo por instinto ¡mas qué instinto!
que el privado en tal caso no era el tinto.

Corrido ya el Senado,
en la segunda enmienda, de contado,

—*Ninguno cate el vino,
sea blanco, sea tinto*—les previno;
y el pueblo, por salir del nuevo atranco,
con vino tinto entonces mezcló el blanco;
hallando otra evasión de esta manera,
pues ni blanco ni tinto entonces era.

Tercera vez burlado,
—No es eso, no, señor—dijo el Senado:—
ó el pueblo es muy zoquete ó muy ladino:
se prohíbe mezclar vino con vino.

Mas ¡cuánto un pueblo rebelado fragual
¡Creeréis que luego lo mezcló con agua?
Dejando entonces el Senado el puesto,
de este modo al cesar dió un manifiesto:
*La ley es red, en la que siempre se halla
descompuesta una malla*

por donde el ruin, que en su razón no fia,
se evade suspicaz... ¡Qué bien deca!

Y en lo demás, colijo
que debiera decir, si no lo dijo:

*Famás la ley enfrena
al que á su infamia su malicia iguala:
si se ha de obedecer, la mala es buena;
mas si se ha de eludir, la buena es mala.*

FÁBULA II

INSTITUCIONES INÚTILES

EL ARQUITECTO Y EL ANDAMIO

Quitó el andamio Simón
después que una casa hubo hecho,
y el andamio con despecho
exclamó:—¡Qué ingrata acción!—

A tan necia exclamación
dijo Simón muy formal:
—Quitarte antes, animal,
fuera imprudencia no escasa;
mas, después de hecha la casa,
¿hay cosa más natural?

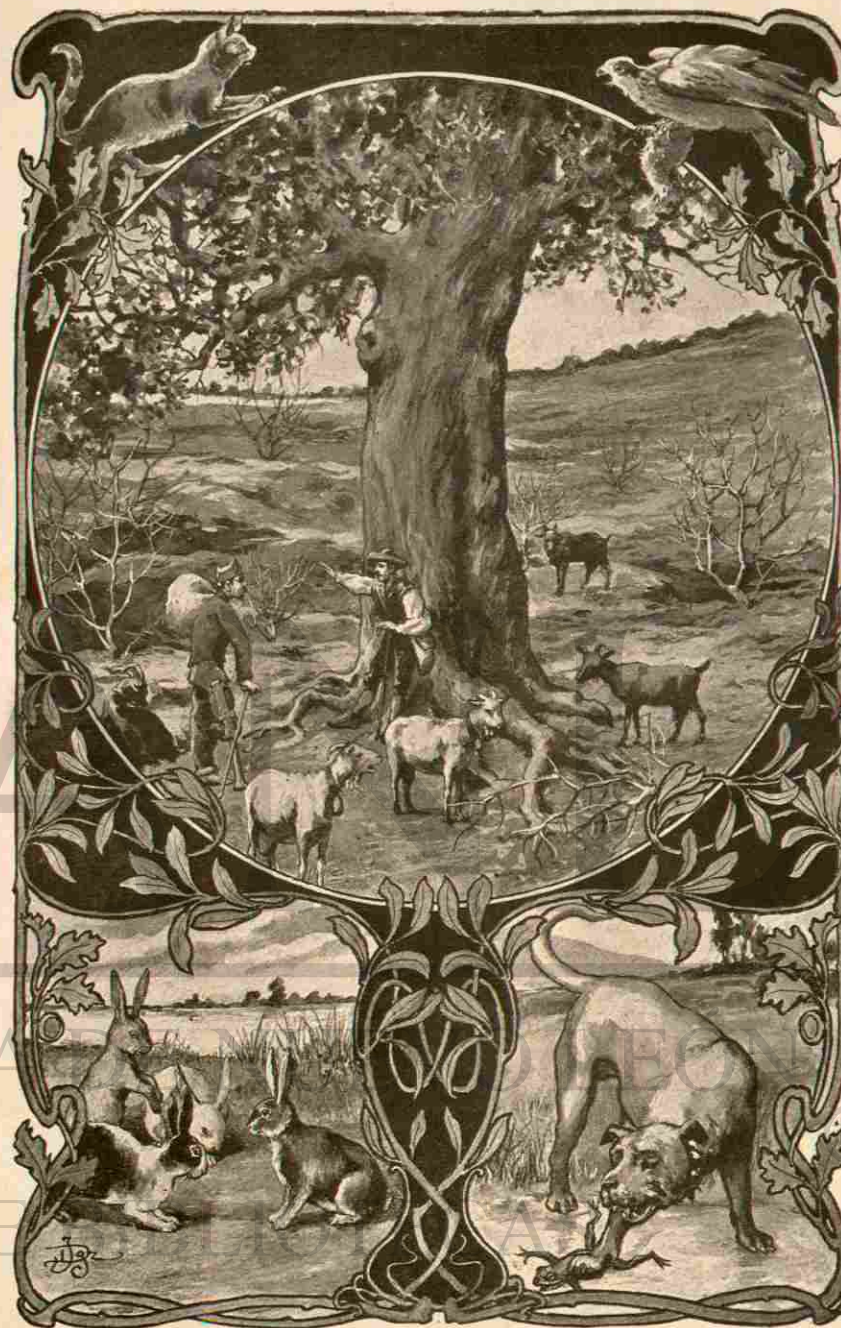
FÁBULA III

OFICIOS MUTUOS

EL GATO Y EL MILANO

Desplumaba á una tórtola un milano,
y un gato que gruñendo lo veía,
el hocico lamiéndose, aunque en vano,
—¡Ah, verdugo!— furioso le decía.
—Y tú ¿qué eres?— el ave le contesta.
Calló el gato, ocultando su deseo,
y echándole las garras por respuesta,
—¿Qué he de ser— contestó— siendo tú el reo?—

*Dotado siempre está de ansia inhumana
cuanto arrojar al mundo á Dios le pluga:
verdugos de hoy, reos serán mañana,
pues el reo de ayer es hoy verdugo.*

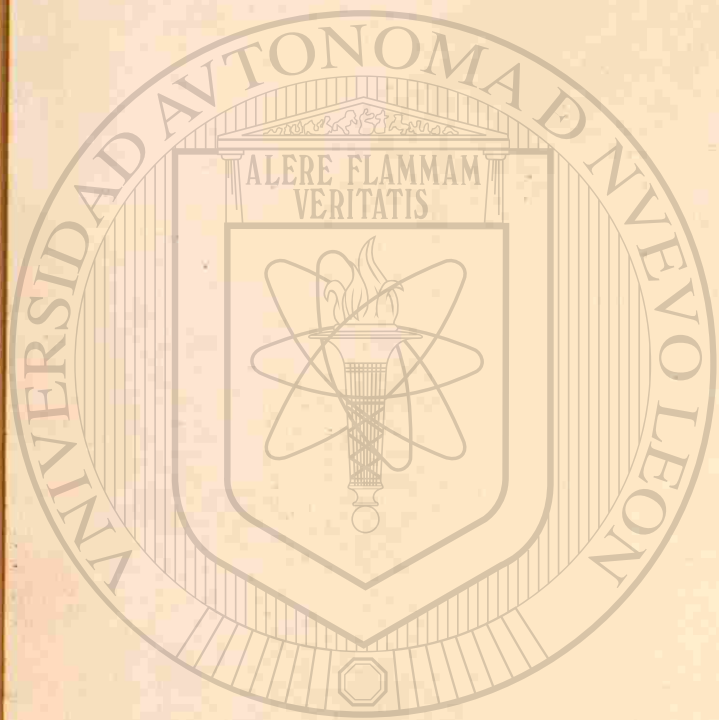


FÁBULA III.—OFICIOS MUTUOS
El gato y el milano

FÁBULA IV.—EL FALSO HEROÍSMO
El veterano y el pastor

FÁBULA X.—GLORIAS LLOVIDAS
El mastín y el conejo

FÁBULA XII.—SI ERES DÉBIL, SÉ PRUDENTE
El perro y la rana



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FÁBULA IV

EL FALSO HEROÍSMO

EL VETERANO Y EL PASTOR

Volviendo hacia su tierra
un pobre veterano de la guerra,
donde en trances sacó, nada felices,
un pie de palo y varias cicatrices,
á un pastor que encontró por carambola,
le dijo en tono adusto:
—¿Cómo entre tanto arbusto
se ve con hojas esta encina sola?—
El pastor contestó:—Salió de madre
aquel cercano río,
y estos arbustos deshojando impío,
perdonó sólo a esa gigante encina
que llaman desde entonces la *heroína*.
—Pues mire usted, compadre—
replicó el veterano;—
es más digna de encomio la desgracia
de tanto arbusto enano,
que la gloria de ese árbol eminente;
porque no tiene gracia
que no la hollase el bramador torrente,
cuando tan alta levantó la frente.
Soy Juan Fernández, para quien sin duda
la trompa de la fama ha sido muda;
pues sepa usted que al redactar mi jefe
(que por Dios que era un grande mequetrefe)
las siguientes palabras:

voy á asaltar el muro,
en verdad le aseguro,
como es usted lacayo de esas cabras,
que sólo en lance tal sufrió la mecha
el pobre Juan Fernández en la brecha.
¿Y qué sacó? está pierna de rebaja.
¿Y el jefe? nada menos que la faja.
Y así porque esta encina
desde hoy no vuelva, con su orgullo necio
de tanto pobre arbusto con desprecio
á honrarse con el nombre de *heroína*,
ó voto á Dios le rompo la cabeza,
ó me entalla usted esto en su corteza:

*Porque nació más alta, es más felice;
y porque es más felice, es la HEROÍNA.
¡Cuántos héroes habrá como está encina!
Juan Fernández lo dice.*

FÁBULA V

LA IGUALDAD

LA COL Y LA ROSA

Una col en un cercado
 probaba á una rosa bella
 que era tan buena como ella,
 y aun de una tierra mejor.
 —Mas aunque de cuna iguales
 —dijo un pepino— ¡mastuerza!
 ¿dejarás tú de ser *berza*,
 mientras que ella es una *flor*?

FÁBULA VI

PELEAR POR UN MISMO FIN

GUERRAS CIVILES

Era un reino infeliz en donde altivo
 un partido de *olivo* un dios quería,
 y otro partido que en el reino había
 pidió el dios de *aceituno* en vez de *olivo*.
 Clamando guerra, en su furor activo,
 al golpe asolador del hacha impía
 fue tumba universal la monarquía;
 de un yermo la nación fué ejemplo vivo.
 Hecho el dios de *aceituno* á sus antojos,
 un partido en sus glorias importuno,
 lo encumbró sobre míseros despojos;
 hasta que, el dios mirando de *aceituno*,
 vieron por fin con desolados ojos
 que *aceituno* y *olivo* era todo uno.

FÁBULAS VII Y VIII

SALVAR EL HONOR CON FRASES

EL GALLO Y LA LIEBRE

Dijo un gallo á una liebre: —Huye, cobarde!
 —¿Cobarde yo?— la liebre respondía;
 pero atisbando á un galgo nada tarde,
 hasta más no poder cobarde huía.
 —Espera— dijo el gallo— un *Dios te guarde*.
 ¿No llamas á esto huir, señora mía?—
 y antes que el galgo la acercase el morro,
 la liebre contestó: —No *huyo*, que *corro*.

II

LA LIEBRE Y EL GALLO

Gritó la liebre al gallo: —¡Anda, medroso!
 —Como el Cid— dijo el dueño del serrallo;
 mas viendo no muy lejos á un raposo,
 hizo una acción que por medrosa callo.
 —Ten— la liebre exclamó, —gran Cid, reposo.
 —Pues ¿acaso esto es *miedo*?— siguió el gallo.
 Y al ver que se subía á un parapeto,
 —No— le dijo la liebre, —eso es *respeto*.

FÁBULA IX

DESCUBRIR LA HILAZA

LOS ALDEANOS Y EL CAMINANTE

Viendo á unos aldeanos
 que injertaban en robles los manzanos,
 —¿A qué son tan ridículas mixturas—
 les dijo un caminante,—
 pudiendo á cada instante
 comer bellotas, ó manzanas puras?
 ¿No echáis de ver que nacerán, idiotas,
 si vuestras esperanzas no son vanas,
 ya bellotas que sepan á manzanas,
 ya manzanas con dejos de bellotas?—

*Aunque en roble villano
 injertéis, gran señor, algún manzano,
 pese á tanta locura,
 al ver sus frutos con un dejo doble,
 se ha de saber que tiene vuestra hechura
 de manzano la sien, y el pie de roble.*

FÁBULA X

GLORIAS LLOVIDAS

EL MASTÍN Y EL CONEJO

Por la margen de un río iba un conejo
 huyendo de un mastín con planta esquiua,
 y, al verle caer al agua sin consejo,
 —¡Ya le maté!— dijo con voz altiva.
 Formando de conejos un consejo,
 —¡Viva el héroe conejo!— exclaman: —¡viva!—

*¡Oh, cuántos deben, con llovidas glorias,
 á un azar del contrario sus victorias!*

FÁBULA XI

PERCAÑCES

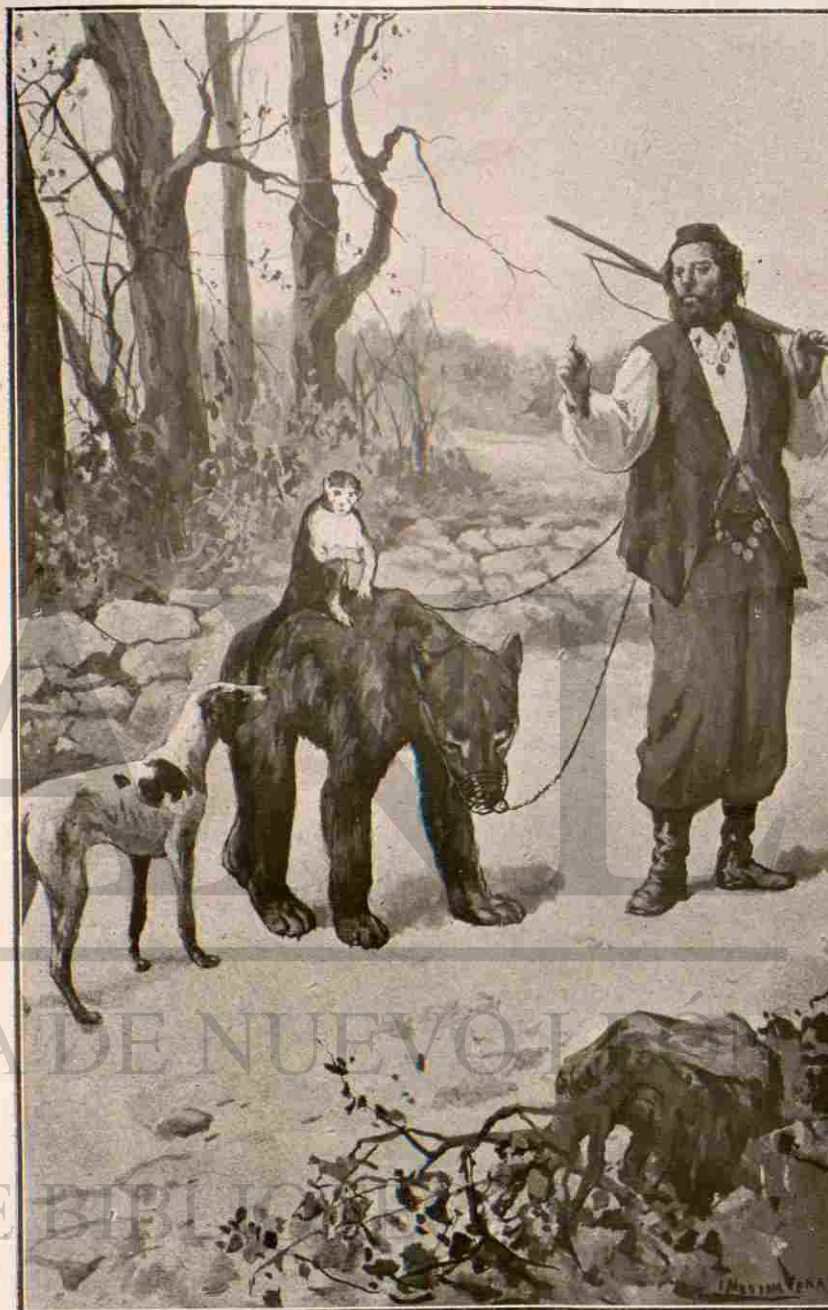
EL LADRÓN Y EL SARGENTO

De los reyes con perdón,
oculto, en cuanto robaba,
en un árbol se sentaba
como en un trono, un ladrón.
Cogió un sargento al bribón
y al árbol le ahorcó en su encono.
Sepa algún rey en su abono
que á veces Dios, y no es falso,
ya hace un trono de un cadalso,
ya hace de un cadalso un trono.

FÁBULA XII

TIRANÍAS JUSTAS

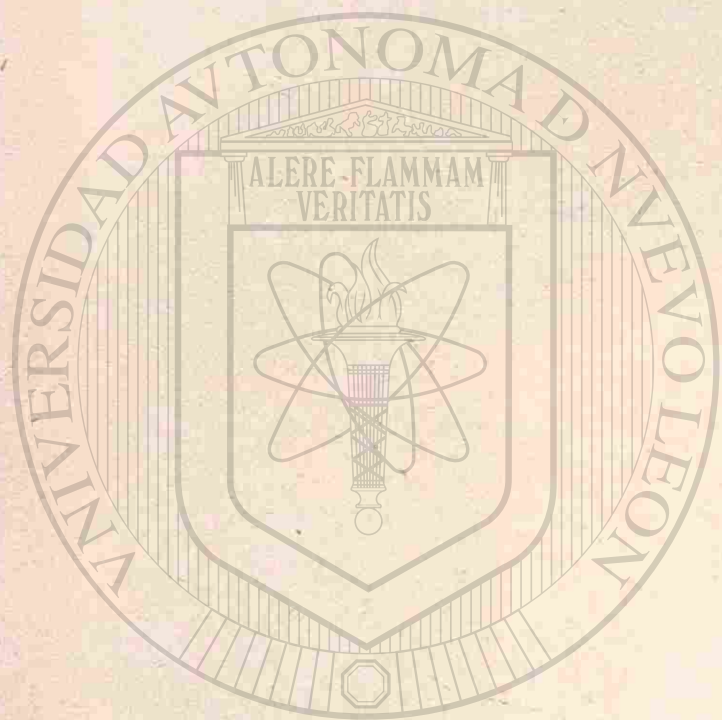
—¿Para qué llevas á ese mono? ¡Estúpido!
(dijo á un oso un lebrel).
—Porque el dueño que ves (responde el mísero)
me hace cargar con él.
—Pues rómpele de un trompis los omóplatos
(el lebrel replicó).
Fué el oso á ejecutarlo; pero súbito
miró al dueño y tembló.
—Muera y no temas (el lebrel famélico
le volvió á replicar);
no llevara yo en hombros á ese títere
estando en tu lugar.
Ser el burro de un mono es muy ridículo
(proseguía el lebrel);
mata al dueño también; ya que tiránico
te hace cargar con él.
Yo sé de pueblos que, después que imbéciles
el oso hicieron bien,
arrogantes mataron á sus déspotas;
mátalos tú también.
O vaya andando, como tú, ese zángano,
en perfecta igualdad,
ó sino, tus cadenas rompe heroico;
¡viva la libertad!—
Con calma escuchó el dueño esta filípica
sin sentido común,
y, dando un par al oso con el látigo,
dijo:—¡Valiente atún!



TIRANÍAS JUSTAS

(FÁBULA)

Justo es que sirva á mono tan benéfico
el oso de alazán:
pues para seres como este oso indómito
no hay más que palo y pan.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El oso, el mono y yo, lebre! sin cálculo,
hacemos una grey,
en la cual oso y mono son los súbditos,
mientras yo soy el rey.
El oso inepto, por mis reales órdenes,
va andando con sus pies,
y el mono va sobre él, porque su mérito
nos mantiene á los tres.
Justo es que sirva á mono tan benéfico
el oso de alazán;
pues para seres como este oso indómito
no hay más que *palo y pan*.
¡A los necios baldón; gloria á los útiles!
esto manda la ley.
Agur, señor lebre!: vos, oso bárbaro,
seguid, y ¡viva el rey!

Yo no sé si arengó como un estólido
el patriota animal;
pero responda el respetable público:
¿habló el dueño tan mal?...

FÁBULA XIII

UN DAÑO DESTRUYE OTRO

EL DOGO Y LOS DOS LOBOS

—¡Ay!— un dogo inocente
exclama triste en el confuso idioma
que los perros entienden solamente.
—No me coma, don Lobo, no me coma,
porque nunca á su raza la he debido
ni siquiera un ladrido;
y es más digno de garras tan atroces
cebarse en animales más feroces.—
El lobo, ya sobre él, no oye sus quejas
(como quejas al fin de un infelice),
y meneando la cola y las orejas,
parece que le dice:
—Muere, pícaro, aquí, mal que te cuadre;
que aunque sé que á mi raza no has ladrado,
recuerdo, sin embargo, haber pasado
por donde en tono vil ladró tu padre.
—Pues mi padre hizo mal— clamó expirante;
y ya iba el lobo á devorarle fiero,
cuando en el mismo instante
apareció otro lobo carnívero,
que mirando hacia allí con vista impía,

pudírase decir que le decía:

—No le toques al pelo;

que con él quiero, por vengar mi afrenta,
solventar una cuenta

que me quedó á deber su infame abuelo.

—Infame abuelo! sí— pienso que dijo

el dogo en tanto aprieto:

—Y he de sufrir la muerte,

no sólo por ser hijo,

mas también por ser nieto?

—Oh ley, más que inhumana, del más fuerte!—

Encarados el lobo con el lobo,

el segundo al primero,

—Suelta, le dijo, bobo;

verás como en tan bajo marrullero

vengo tu agravio con rencor profundo.

—Mil gracias— le contesta

el primero al segundo:

—yo solo en este impío

vengaré el honor mío.—

Y sin otra respuesta,

—Es muy justo á mi ver— de nuevo dijo—

que el galardón de un padre herede un hijo.

—Pues alto ahí, compadre—

el segundo prorrumpie en son de queja.

—Si así hilas la madeja,

es de mi contingente,

pues me ha ultrajado el padre de su padre.

—Mi ofensa es más reciente.

—La mía más añeja.

—Pues no le matarás.— Ni tú tampoco.—

Y con intento loco

se enzarzaron, embate tras embate,

en tan igual como feroz combate,

mientras que el triste dogo, muerto el perro,

se agacha humilde en tan atroz fracaso,

sufriendo las pisadas que por yerro

le desuellan la piel, sin ser del caso;

hasta que viendo la refriega entrada,

como quien no hace nada,

sin decir *tus ni mus*, huyendo el diente,

taimado se escurrió bonitamente.

*¡Cuántas veces por ruines,
con encontrados fines,
traban lid importuna
dos enemigos fuertes,
y no les dan ninguna,
por querer con afán darles dos muertes!*

FÁBULA XIV

HACER SONAR Á TIEMPO

EL CONCIERTO DE LOS ANIMALES

Supuesto que respira,
se hace oír bien ó mal cualquier garganta;

y en esto no hay mentira,

pues mal ó bien, el que respira, canta.

Hablen, si no, mil animales duchos

que dieron un concierto como muchos.

Y es fama que el sentido

no acompaña á los órganos vocales,

por lo que ha sucedido;

que en la patria de dichos animales,

cada cual presumiéndose asaz diestro,

gritó: —¡Caiga el león! ¡fuera el maestro!—

Cayó la monarquía,

y en república el reino convirtieron.

—Vaya una sinfonía

de nuestros triunfos en honor— dijeron:

—cada uno cante cual le venga á mano;

ya no más director: muera el tirano.—

Comenzóse el concierto,

ca-ca-ra-cá, gritando el polli-gallo;

y al primer desacierto,

con un relincho contestó el caballo;

a-y-o, a-y-o siguió el pollino;

pi-pi-pí el colorín, *ufff* el cochino.

El *mis* y el *marramau*

cantó el gato montés, cual tigre bravo;

y con cierto *pau-pau*

le acompañaba el indolente pavo;

formando tan horrenda algarabía

que ni el mismo Luzbel la aguantaría.

El león destronado,

viendo el reino en desórdenes tan grandes,

—Silencio—dijo airado,

mostrando un arcabuz ganado en Flandes;

—el rey va á dirigir: atrás, canalla,—

y al verle cada cual, amorra y calla.

—Vuelva á sonar la orquesta—

siguió el tirano, de Nerón trasunto;

—y ¡ay de la pobre testa

de aquel que por gruñir me coma un punto!

¡Qué es replicar? No hay réplica ninguna.

Palo ó canción: vamos á ver: ¡á una!—

Y la orquesta empezando
pi-pi, ca-ca-ra-cá, mis-mis, miau-miau
 siguió después sonando
a-y-o, a-y-o, uff-uff, pau-pau, pau-pau.
 Y tal sonó la música que alabo,
 que el mundo gritó absorto:—¡Bravo! ¡bravo!—

Fué el concierto, antes loco,
 la maravilla, vive Dios, del arte;
 y aunque gruñendo un poco,
 cada animal desempeñó su parte;
 aprendiendo, en perjuicio de su testa,
que sin buen director, no hay buena orquesta.

FÁBULA XV

LEYES FUNDAMENTALES

Con ánimos sencillos
 varios chiquillos cierto día un dado
 para jugar hicieron;
 y las leyes del juego los chiquillos
 por seguir á la letra,
 del dado aquel en cada faz pusieron
 el uno, el dos, el tres, el cuatro.... etcétera.

De niños entre el bando
 alguno de ellos calculó prudente
 que, por los bordes subrepticamente
 la cara de su número limando,
 siempre á la mesa en amoldarse esquivaba
 quedaría, rodando,
 la cara de su número hacia arriba.
 De esta manera á todos, el fullero,
 como era natural, ganó el dinero,
 hasta que al fin, de sus falaces modos
 apercibidos todos,

dando de su pericia muestras claras,
 limando, y más limando
 fueron también dejando
 convexas de sus números las caras.

De este modo el ex dado,
 por ángulos y bordes cepillado,
 al impulso menor del aura sola
 rodaba, ya se ve, como una bola.
 Desde entonces el número de azares
 se sucede á millares,
 y la igualdad geométrica admirando
 de equilibrio tan justo,
 unas veces perdiendo, otras ganando,
 se divierten los niños que es un gusto.

Con lengua atrabiliaria
 á cada azar del inconstante dado
 agotan su afición parlamentaria,
 y sucede un discurso á otro discurso
 sobre si el aire le sopló de un lado,
 sobre si un pelo interrumpió su curso.

Y acaban las cuestiones,
 su furor conteniendo en breves plazos,
 los que son vencedores, á razones;
 los que vencidos son, á sombrerozcos:
 y en caos importuno,
 alzándose hoy los que caerán mañana,
 todos se pierden y ninguno gana,
 ganando todos, sin perder ninguno.
 Y entretanto, sediento de emociones,
 y ajeno el pueblo espectador, del fraude,
 aplaude tan continuas variaciones,
 pues siempre el pueblo la comedia aplaude
 si van y vienen sin cesar telones.

Desde el feliz momento
 que la moral he oído de este cuento,
ignoro cómo hay gente
que idolatrar como á sus ojos pueda
la ley fundamental, que blandamente
adonde quiera que la impelen rueda.

SECCION RELIGIOSA

FÁBULA I

DIOS ES CAUSA DE LAS CAUSAS

LA URRACA, LA RAMA, EL ÁRBOL, LA TIERRA Y EL SOL

Al lado de una iglesia un olmo había,
 desde donde una urraca escuchó un día
 que un fraile predicaba de este modo:
 —*Dios todo lo hace y lo dispone todo.*—
 Torciendo entonces el agudo gesto,
 dijo la atea urraca:—Por supuesto,
 Dios dispondrá si quiere de lo suyo,
 porque yo sin sus órdenes arguyo
 que ya corro, ya vuelo,
 según me viene á pelo,

Y la orquesta empezando
pi-pi, ca-ca-ra-cá, mis-mis, miau-miau
 siguió después sonando
a-y-o, a-y-o, uff-uff, pau-pau, pau-pau.
 Y tal sonó la música que alabo,
 que el mundo gritó absorto:—¡Bravo! ¡bravo!—

Fué el concierto, antes loco,
 la maravilla, vive Dios, del arte;
 y aunque gruñendo un poco,
 cada animal desempeñó su parte;
 aprendiendo, en perjuicio de su testa,
que sin buen director, no hay buena orquesta.

FÁBULA XV

LEYES FUNDAMENTALES

Con ánimos sencillos
 varios chiquillos cierto día un dado
 para jugar hicieron;
 y las leyes del juego los chiquillos
 por seguir á la letra,
 del dado aquel en cada faz pusieron
 el uno, el dos, el tres, el cuatro.... etcétera.

De niños entre el bando
 alguno de ellos calculó prudente
 que, por los bordes subrepticamente
 la cara de su número limando,
 siempre á la mesa en amoldarse esquivaba
 quedaría, rodando,
 la cara de su número hacia arriba.
 De esta manera á todos, el fullero,
 como era natural, ganó el dinero,
 hasta que al fin, de sus falaces modos
 apercibidos todos,

dando de su pericia muestras claras,
 limando, y más limando
 fueron también dejando
 convexas de sus números las caras.

De este modo el ex dado,
 por ángulos y bordes cepillado,
 al impulso menor del aura sola
 rodaba, ya se ve, como una bola.
 Desde entonces el número de azares
 se sucede á millares,
 y la igualdad geométrica admirando
 de equilibrio tan justo,
 unas veces perdiendo, otras ganando,
 se divierten los niños que es un gusto.

Con lengua atrabiliaria
 á cada azar del inconstante dado
 agotan su afición parlamentaria,
 y sucede un discurso á otro discurso
 sobre si el aire le sopló de un lado,
 sobre si un pelo interrumpió su curso.

Y acaban las cuestiones,
 su furor conteniendo en breves plazos,
 los que son vencedores, á razones;
 los que vencidos son, á sombrerazos:
 y en caos importuno,
 alzándose hoy los que caerán mañana,
 todos se pierden y ninguno gana,
 ganando todos, sin perder ninguno.
 Y entretanto, sediento de emociones,
 y ajeno el pueblo espectador, del fraude,
 aplaude tan continuas variaciones,
 pues siempre el pueblo la comedia aplaude
 si van y vienen sin cesar telones.

Desde el feliz momento
 que la moral he oído de este cuento,
ignoro cómo hay gente
que idolatrar como á sus ojos pueda
la ley fundamental, que blandamente
adonde quiera que la impelen rueda.

SECCION RELIGIOSA

FÁBULA I

DIOS ES CAUSA DE LAS CAUSAS

LA URRACA, LA RAMA, EL ÁRBOL, LA TIERRA Y EL SOL

Al lado de una iglesia un olmo había,
 desde donde una urraca escuchó un día
 que un fraile predicaba de este modo:
 —*Dios todo lo hace y lo dispone todo.*—
 Torciendo entonces el agudo gesto,
 dijo la atea urraca:—Por supuesto,
 Dios dispondrá si quiere de lo suyo,
 porque yo sin sus órdenes arguyo
 que ya corro, ya vuelo,
 según me viene á pelo,

y, aunque su ley traspase soberana,
 hoy canto aquí porque me da la gana.

—Porque yo te sustento
 (dijo la rama con sutil acento),
 gracias al tronco adusto
 que me encumbra robusto.

—Yo (con acento ronco
 gritó á la rama el tronco)
 te encumbro á ti, porque la tierra amante
 con brazo creador me alzó triunfante.

—Y yo te levanté (dijo la tierra,
 sus entrañas abriendo en són que aterra),
 porque ese sol que de su luz me inunda
 con sus rayos mis gérmenes fecunda.

—Y yo (contestó el sol de orgullo lleno,
 con voz de quien es eco el bronco trueno)

la tierra fecundizo,
 porque el potente Ser que todo lo hizo
 desde mi trono alzado

hasta el último fin de lo increado,
 cual don con que su alteza manifiesta
 ¡la clara sombra de su luz me presta!

Desde entonces la urraca,
 con una fe que su temor aplaca,
 cuando oye prorumpir en el otero:

«Yo canto estas rondañas porque quiero»,
 —Cantáis porque Dios quiere, ¡bachilleras!

(grita á sus compañeras):
 ¿Cómo ultrajáis al cielo de ese modo?
 Dios todo lo hace y lo dispone todo.

SECCIÓN MORAL

FÁBULA I

LA CARAMBOLA

EL CHICO, EL MULO Y EL GATO

Pasando por un pueblo un maragato,
 llevaba sobre un mulo atado un gato,
 al que un chico, mostrando disimulo,
 le asió la cola por detrás del mulo.

Herido el gato, al parecer sensible,
 pególe al macho un arañazo horrible;

y herido entonces el sensible macho,
 pegó una coz y derribó al muchacho.

*Es el mundo, á mi ver, una cadena,
 do, rodando la bola,
 el mal que hacemos en cabeza ajena
 refluye en nuestro mal, por CARAMBOLA.*

FÁBULA II

GANAR EL FLANCO Á LA SUERTE

EL PILOTO Y SU APRENDIZ

—¿De qué modo tan vario—
 un aprendiz á un náutico decía
 —sigue usted siempre la trazada vía,
 ya sea el viento próspero ó contrario?—
 Entonces el piloto le contesta,
 mientras que el otro copia la respuesta:
 —Si ves que por la popa arrecia el viento,
 sin torcer el timón, recto camina:
 si es por la proa, gana el barlovento;
 y si es por el babor, marcha en bolina.—

*Así en el mar del mundo, el buen piloto,
 no exponiendo el bajel á innobles tumbos,
 por donde quiera que le acose el noto,
 gana puerto también, trocando rumbos.*

FÁBULA III

PARTIDAS DE RUINES

EL GALGO Y EL PODENCO

Persiguiendo un conejo de gran traza,
 al ladrador podenco dijo el galgo:
 —Calla y no ladres tanto, mala raza,
 que maldito sea yo si sirves de algo.
 ¿A qué venimos—prosiguió—de caza,
 si en saliendo la espantas, mal hidalgo?—

*Así el ruin, que seguirlo en vano intenta,
 porque otro no lo alcance, el bien ahuyenta.*

FÁBULA IV

LA JUSTICIA EN UN CUENTO

EL VIEJO Y EL MENDIGO

Rodeado el tío Blas de gente,
dijo:—Vaya un cuento ahora;—
y ya iban tres cuartos de hora,
cuando él iba en lo siguiente:
—Aunque *pobre*, el juez prudente
le hizo justicia al momento.—
Y un *pobre*, que oía atento,
dijo al tío Blas con malicia:
—¿*Pobre*, y se le hizo justicia?
Dice usted bien: *eso es cuento*.—

FÁBULA V

VIRTUD Y ORGULLO

LA ENCINA Y EL ROSAL

—Mezquina es tu existencia—
á un humilde rosal dijo una encina,
—pues arrastras al par de mi opulencia
tu existencia mezquina.—
De una santa en las fiestas placenteras,
bajaron á coger unos pastores
ramaje de la encina para hogueras,
y del rosal, para la imagen, flores.
Ornó el rosal la imagen peregrina,
y entonces me presumo
que, mirando en la hoguera arder la encina,
exclamó al darle el humo:

*No afrentes al humilde con tu fausto,
que el día de la prueba, en acto innoble,
con ignominia doble
tal ves sirvas de incienso á su holocausto.*

FÁBULA VI

EL MÉTODO

EL MANCEBO Y LOS PÁJAROS

Vió Gil de un árbol caer
cinco pájaros, y todos,
corriendo por varios modos,
los quiso á un tiempo coger.

—Deja, buen Gil, de correr,
que no cogerás ninguno.
¿A qué tras *cinco* ¡importuno!
á un tiempo vas con ahinco,
si para coger los *cinco*
tienes que empezar por *uno*?

FÁBULA VII

LA PIEDAD BIEN ENTENDIDA

EL MUCHACHO, EL PODADOR Y EL MANZANO

A un manzano podaba un hortelano,
y un muchacho, con intimas querellas,
—¿Por qué—decía á gritos—inhumano
del tronco á quitar vas ramas tan bellas?
—Córtalas, podador—dijo el manzano,—
que se me quiere encaramar por ellas.—

*El tal rapaz, que procuraba, arguyo,
el bien ajeno, en beneficio suyo.*

FÁBULA VIII

BALADRONADAS

LA VID, EL OLMO Y LA YEDRA

En continua querella,
una vid y una yedra, á un olmo asidas,
se despreciaban, de odio estremecidas,
poniéndose á su vez de *más es ella*.
—¿Ves aquel ave, que en tendido vuelo—
dijo la vid por fin—ya besa el cielo?
pues si quiero subir, sin más arrimo,
le llevo á que meriende este racimo.
—Pues si me subo yo—dijo la yedra,
que sólo asida de los olmos medra—
formo un dosel al cielo,
que, interpuesto entre el sol, enlute el suelo.
Vamos á ver si no—siguió importuna.
—Vamos—dijo la vid:—¡A una!—¡A una!—
En tono el más sencillo,
—No, por Dios; no, por Dios—gritó un tomillo,—
que pueden sus bravuras
dejar el mundo á obscuras.—
Llegando ya de su impaciencia al colmo,
dijo al tomillo el olmo:
—Puedes perder el miedo, en mi conciencia,
si nadie miedo á los cobardes tuvo,
pues sé por experiencia
que jamás *subirán* si yo no *subo*.

FÁBULA IX

UN BOBO HACE CIENTO

LA MONA, EL MONO Y EL LORO

Con la faz más espantosa,
la mona de un mercader,
en ilusión deliciosa,
recordando cualquier cosa
reía á más no poder.

Como un mono la veía,
que por boba la tenía,
reír sólo para sí,
de ella el mono se reía
con un burlesco *ji ji*.

Un loro que al mono vió,
por loco lo tuvo ya,
y también de él se rió,
y sin cesar prorrumpió
en un *ja ja* y más *ja ja*.

Cuando al pasar por allí
oía al simple del loro
la gente, fuera de sí
reía, diciendo á coro,
unos *ja ja*, otros *ji ji*.

Y aunque de bobos la hornada,
ya siendo muy larga va,
siquiera por la bobada,
conmigo la carcajada
soltad, diciendo: *¡Ja! ¡ja!*

Con lo cual probar intento
que, con remedo servil,
en este mundo, y no es cuento,
así como un loco ciento,
llega un bobo á hacer cien mil.

FÁBULA X

CONTRAS DE LA MALA FE

LOS DOS GORRIONES

—Llégame el comedero—
dijo á un gorrión otro gorrión muy maula.
—Pues ábreme primero—
contestó aquél—la puerta de la jaula.

—¿Y si al verte ya libre, en tu embeleso,
te vas sin darme de comer en pago?—
—¿Y quién me dice á mí—responde el preso,
—que me abrirás, si llenas el monago?—
Y en conclusión, por si ha de ser primero
llegar el comedero
ó correr el alambre,
quedóse el enjaulado prisionero,
y el hambriento volvióse con el hambre.
¡Digno amigo, por Dios, de tal amigo!
Y ahora diréis, y bien, como yo digo:

*¡Vaya, que son en ciertas ocasiones
lo mismo que los hombres los gorriónes!*

FÁBULA XI

DE PEQUEÑAS CAUSAS, GRANDES EFECTOS

EL PASTOR Y EL INSECTO

Cantando Gil, vió de un insecto el nido,
y le holló con pie rudo:
y aunque oyó de mil tristes el gemido,
siguió cantando, de piedad desnudo.

Viendo el insecto hollados á sus hijos,
subióse á la montaña,
y, en el chopo más alto, ayes prolijos
lanzó exhalando su impotente saña.

Era el tiempo en que vientos y nublados
desatando los cielos,
igualan con los montes los collados
copiosas nieves y abundantes hielos.

Por vengarse de Gil, cargó sañudo
con un copo de nieve,
carga mayor con que el insecto pudo.
¡De tan grande furor venganza leve!

Suelta el copo, al encono que le inflama,
desde el altivo chopo,
y, engruesado al bajar de rama en rama,
fuése aumentando el invisible copo.

Va el germen infeliz de inmensa ruina
de hoja en hoja bajando,
y un copo y otro copo arremolina,
y cien y mil, y auméntase rodando.

Cruje la mole, escasa todavía;
mas, en creciente extraña,
ya un monte desatado parecía
el declive al bajar de la montaña.

El alto roble y la empinada encina,
á su impulso arrollados,
amenazaban convertir en ruina
del pobre Gil apriscos y ganados.

Y al ver la mole, el insectillo en tanto,
que lo arrasaba todo,
parodiando de Gil el fiero canto,
tarareó esta canción allá á su modo:

*No hay venganza que un ruin, si está ofendido,
tomar no pueda en pago,
cuando un copo de nieve desprendido
la causa llega á ser de tanto estrago.*

FÁBULA XII

SI ERES DÉBIL, SÉ PRUDENTE

EL PERRO Y LA RANA

—Calla, maldita rana—
un perro desde un hato prorrumpía:
y ella *car car* y más *car car* seguía,
como quien dice: «no me da la gana».
(Esta rana, en invierno y en verano
cantaba por decreto sobrehumano,
aunque jure algún sabio, echando un terno,
que nunca ha visto ranas en invierno.)

—¿Conque te sales—dijo aquel—del río
para venir á incomodarme al hato?
Por Dios, que si no hiciera tanto frío,
anoche salgo, te sorprendo y mato.

—*Car car car, car car car*—siguió la rana
burlándose del perro con orgullo.

—¿Y es posible que creas—
le contestó la vana

—que en moviendo tú un pie no me zambullo?
Car car car! ¡car car car!—¡Maldita seas!—
clamó el perro, siguiéndola enojado.

La rana, de contado,
¡cataplum! se echó al río;
mas como helado estaba por el frío,
sin concederla plazos,
sobre el hielo el mastín la hizo pedazos.

*No insultes al más fuerte,
aunque libre, al huir, tengas el paso;
que si lo encuentras obstruido acaso,
como la rana sufrirás la muerte.*

FÁBULA XIII

AMAR POR LAS APARIENCIAS

EL ALCORNOQUE Y LA ENREDADERA

Nació una enredadera
al pie de un alcornoque descarnado;
vistióle de manera
que fué en la primavera,
siendo un bodoque ruin, blasón del prado.

Como propios primores
lucía el corcho vil ajenas galas,
siendo con tantas flores
envidia de pastores
y blanco del amor de las zagalas.

—¡Oh, qué árbol tan florido—
decían,—qué gentil, qué primoroso!—
Elogio merecido,
pues gracias al vestido,
por Dios que el alcornoque estaba hermoso.

Mas llegaron sin cuento
del otoño las ráfagas sonoras,
y soplando violento,
dejó alcornoque el viento
al que el ídolo fué de las pastoras.

*¡Cuántas de esta manera,
Elvira, adoran á un galán bodoque,
y hasta que el aura fiera
lleva la enredadera,
no advierten que han amado á un alcornoque!*

FÁBULA XIV

EXCUSAS NECIAS

EL CUERVO Y EL REPTIL

Hacia el nido de un cuervo
sube un reptil protervo,
que, de otro manjar falto,
de huevos se apercibe;
mas al dar el asalto,
creyendo al cuervo ausente, oyó:—¿Quién vive?

—Perdone usted; no es nada
(dijo con voz turbada);
el hallarme soñando
mi indiscreción abone,
pues llegué aquí rodando;
mas desperté, y me vuelvo: usted perdone.

—¡Hola, traidor vecino!
(dijo el cuervo ladino),
cuando el sueño te priva,
sin costarte trabajo
te ruedas hacia arriba?
Pues a ver cómo ruedas hacia abajo.—

Y remontando el vuelo,
lo suelta desde el cielo,
por más que ya difunto
el reptil lo rehusa,
y, *plaf*, reventó al punto.
¡Digno castigo de su necia excusa!

FÁBULA XV

EL DIABLO PREDICADOR

EL BEODO EN EL FESTIN

Un beodo en una orgía,
—Brindó por que el alto cielo
purgue de vicios al suelo—
con voz de trueno decía.
—¡Guerra al vicio!—repetía,
y un vaso apuró hasta el poso.

*Que en este mundo engañoso,
dando al labio torpe oficio,
hay quien habla mal del vicio
siendo el el primer vicioso.*

FÁBULA XVI

DELIRIOS DEL AMOR

LA NIÑA HALAGÜEÑA

Los que vuestro amoroso pensamiento
tenéis por el *non plus*, oíd un cuento:

A un enfermo una niña cierto día
acariciaba con honesto modo,
y en la ilusión de su placer decía:
—Mí rey, mi luz, mi sol, mi dios, mi todo.—

Y para que veáis de qué manera
el afecto su juicio turbaría,
el *rey*, el *sol* y el *dios*, ¿sabéis quién era?
Un *dogo* que de *ahitado* se moría.

FÁBULA XVII

LISONJAS VILES

EL ENFERMO Y LOS DOS MÉDICOS

Más tenaz cada día
esto á un enfermo un médico decía:
—Si bebe usted más agua,
es indudable que su muerte fragua.—
Sediento el otro en tanto,
le dió su pasaporte, y otro al canto.

Fuése el doctor primero,
enterando del caso al compañero;
pero el doctor segundo,
más inepto que aquél, ó más profundo,
dejó de buena gana
que se ahitase el pobre hombre como rana.

Pues señor, murió ahitado;
y al morir, contento de su estado,
del que le daba vida
aun blasfemó, mientras que á su homicida
colmó de bendiciones.

¡Lo que vale halagar á las pasiones!

FÁBULA XVIII

ACUSAR DELITOS PROPIOS

LA URRACA Y LA GALLINA

—¡Qué escándalo!—en tono fiero
una gallina decía
á una urraca que comía
las flores de un limonero.
—¡Que se come, jardinero,
de las de *arriba* á destajo!
—Celebro tu desparpajo—
contestó la urraca altiva.
—¿No he de comer las de *arriba*,
si no has dejado una *abajo*?

FÁBULA XIX

NO HAY MAL COMO UN FALSO AMIGO

EL JILGUERO Y EL RECLAMO

De pájaros un bando
al asomar el día,
iban el aire blando,
pi pi, pi pi, cruzando
en dulce compañía.

Mudaron el intento,
oyendo que un reclamo
pi pi, pi pi, á su acento,
les respondió contento
cabe un pulido ramo.

Y en giros desiguales
cercándole en gran copia
para llorar sus males,
como la acción más propia
de amigos tan leales,

posándose un jilguero,
cayó en la liga impía
que armada le tenía
un cazador artero,
que cerca lo veía.

Se aleja el bando espeso
viendo el caso infelice;
y en tanto el triste preso
con inútil exceso
luchando en vano, dice:

—¡Nada, ay de mí, consigo,
pues en tan fiera lucha
más cada vez me enligo!—

*¡Triste de aquel que escucha
la voz de un falso amigo!*

FÁBULA XX

NUNCA UNA MORAL NOS CUADRA

LA MADRE, EL HIJO Y LA CONCURRENCIA

Fastidiaba á una noble concurrencia
una madre amorosa, que asentaba
que de Adolfo á admirar iban la ciencia
si alguna fabulilla recitaba.

—Ven acá—dijo,—niño.—

Y Adolfo, al escuchar su voz severa,
con mucha más pereza que cariño,
la fábula empezó de esta manera:

—LA OVEJA Y EL CORDERO. Cierta día
la oveja, con el tono que ella sabe,
daba á su hijo lecciones de ser grave,
las que él pronto olvidaba, ó no aprendía.
¡Lección, diréis, y en una edad tan corta?
Es necio, sí. Mas voy á lo que importa.
La oveja en vano en enseñar se ahinca,
porque el hijo no aprende una palabra;
mas corre, y viene, y va cual suelta cabra,
y vuelta, y dale, y brinca que te brinca.
La madre del cordero era tan porra...—
Truncó Adolfo la historia de repente,
cual cayendo en estúpida modorra;

y es que viendo de dulces una fuente,
de su memoria en mengua,
dura como el turrón quedó su mente,
y en agua vuelta la movible lengua.

—Sigue, niño—la madre le decía.

—*Era tan porra...*—el niño repetía;
la madre con sus guiños le hostigaba;

—*Y tan porra...*—el muchacho replicaba;

y con si era *porra*, ó si no lo era,
llegó á cansar la sociedad entera.

La madre al fin le dijo, ya corrida:

—Aparta, que estás siendo, majadero,
más torpe que el cordero de la historia.—

Y ¡oh, qué frágil memoria!
¡no acordarse que ella era distraída
más *porra* que la madre del cordero!

*No hay acción mala ó buena
que aplicación no tenga, si es ajena.*

*Mas siendo propio el caso,
jamás la aplicación nos sale al paso.*

FÁBULA XXI

LA CURIOSIDAD

LOS DOS ESPOSOS Y EL VENENO

Para matar ratones

hizo Guzmán algunas confecciones,
las que encerradas con rigor tenía
en un lugar, en el que escrito había:

«Ninguno, para cosa mala ó buena,
me llegue á esta alacena.»

Su mujer, Blasa, que con él reñida
la mayor parte estaba de su vida
(porque, según la vecindad pregona,
tanto como curiosa, era gruñona),
presumió que su esposo allí encerraba
el tósigo fatal con que trataba
de castigar su eterna impertinencia
(señal que le argüía la conciencia),
y buscando las viles confecciones,
encontró el solimán. ¡Qué imprecaciones!
—Un veneno! —frenética decía.
—Un veneno!! ¡un veneno!!! —repetía;
y con verle y tocarle, aun no contenta,
llega, lo huele, pruébalo, y revienta.

*Si lo ven por acaso,
atad á los curiosos corto el freno;
ó apurarán el vaso
aunque escribáis sobre él: «Aquí hay veneno.»*

FÁBULA XXII

DE LOS MALES EL MÁS VISTO

EL MÉDICO Y EL INVÁLIDO

Un inválido á un médico decía:
—Si me corto esta pierna gangrenada,
¿podré vivir, al parecer de ustá?—
Y el médico dudando respondía:
—Podrá ser por acaso, camarada.
—La duda —replicó— no me hace al caso.
Mas si la corto, ¿sabe si de fijo
podré vivir aunque no dé ni un paso?—
Dudando siempre el médico, le dijo:
—Podrá ser, camarada, por acaso.

—Pues si al cortarla ataco la existencia,
y el no cortarla es un dudoso medio,
á la cura prefiero la dolencia.

*Yo también prefiriera, en mi conciencia,
morir antes del mal que del remedio.*

FÁBULA XXIII

EFECTOS DE LA INJUSTICIA

EL LUGAREÑO Y EL MAGNATE

Un señor de calidad,
por dar, con magia distinta,
á su vida variedad,

se iba en verano á la quinta
y en invierno á la ciudad.

Tras la casa del señor
la de un labrador había,
ruin casa en que al labrador
así el hielo le atería,
como le asaba el calor.

Por más de cincuenta abriles
fué casa de tanta mella
nido de gorriones viles,
y á la del señor desde ella
pasaban después á miles.

Incomodado el usía,
porque al asomar el día
los gorriones con empeño
con su *chau chau*, si dormía,
le interrumpían el sueño,

la casa del labrador
furioso sin más arrasa.
—¿Tal sinrazón, diréis, pasa?—
Era más rico el señor,
y vino abajo la casa.

Sin casa ya los gorriones
do anidar en los abriles,
del otro á los murallones
fueron después, más que á miles
los malditos, á millones.

Y á cada instante al señor
cantándole el aleluya,
le entraron en tal rencor,
que, cual la del labrador,
tuvo que arrasar la suya.

Justo premio al que inclemente
pudo dejar sin consuelo
á un labrador indigente.

*Siempre se ensucia la frente
el loco que escupe al cielo.*

SECCIÓN FILOSOFICA

FÁBULA I

NO SIEMPRE EL BIEN ES FORTUNA

EL PAJARO ENCARCELADO

En una jaula un ave
nació y vivió contento,
sin cruzar nunca el viento
con revolar suave.
¡Qué vanamente grave,
porque más no desea,
de una á otra barandilla
con voluntad sencilla,
cantando se pasea!
Crealo quien lo crea;
mas lo cierto es que el preso
nunca con loco exceso
en ocasión ninguna
maldijo la fortuna,
ni tuvo á vituperio
su dulce cautiverio.
Por último, es el caso
que un día que la puerta
vió de la jaula abierta,
llegó paso tras paso
á la vecina huerta.
¡Cómo entonces contento,
con emoción extraña,
goza en la azul campaña
del extendido viento
la libertad querida,
nunca por él sentida!
De rama en rama vuela
con la calma inefable
de la virtud amable
que el crimen no recela;
y al más cercano arbusto
lanzándose con gusto,
quedó á la liga, en suma,
presa otra vez su pluma.
¡Triste imagen del hado
fué el pájaro inocente,
pues se trocó su estado
tan repentinamente!

Tornó á ver á despecho
la antes prisión amada,
mas nunca la alborada
volvió á encomiar su pecho
con su común tonada.
—¿Por qué con tal quebranto—
su dueña le decía,
—mi gozo y tu alegría
no ensalzas con tu canto
cual suceder solía?—
Sin dar respuesta alguna,
las penas una á una,
con el dolor más grave
de su dueña querida,
acabaron del ave
la macilenta vida;
que aunque en la cárcel fiera
pasó la vida entera
sin que echase de menos
los céfiro serenos,
después que hubo probado
su esfera siempre amena,
cuando volvió á su estado
murió el triste de pena.

*¡Huid, mentido bando
de alegres ilusiones,
que nos henchís, pasando,
de locas ambiciones!
¡Dejadme que tranquilo
muera en mi pobre asilo,
pues que sólo un momento
vive el mayor contento!
¿Por qué queréis que ansioso
deje mi humilde estado,
si es más desventurado
quien fué una vez dichoso?*

FÁBULA II

YENDO Á MÁS, VENIR Á MENOS

LA ABEJA, EL BURRO Y LA RAMA

La abeja, de una rama de romero
formaba su panal de mieles rico;
mas la rama encontrando en un lindero,
se la comió un borrico.
¡Pobre rama olorosa
que el blasón iba á ser de los panales,

y ya entre las mandíbulas asnales
podrá ser, menos miel, cualquiera cosa!

*¡Oh, qué bien con su ejemplo nos declama
lo instable del destino,
cuando al ir á ser miel la noble rama,
ei pienso quedó á ser de un vil pollino!*

FÁBULA III

CAPRICHOS DEL HADO

EL ESCULTOR Y LOS DOS TRONCOS

Cierto escultor un día,
viendo dos troncos, entre sí decía:
—De este zoquete vil, lleno de lodo,
un san Roque he de hacer con perro y todo;
y éste, aunque para santo mejor era,
del templo servirá para madera.

*Así el hado cruel, que engaña á tantos,
convierte, con tristísimos ejemplos,
en madera de templos á los santos,
y en santos la madera de los templos.*

FÁBULA IV

PLACERES FALSOS

EL MUCHACHO Y LA MANZANA

Tiró Andrés una piedra á una manzana,
y por dar á la fruta, dió al ambiente;
tiróle la segunda: ¡empresa vana!
la tercera tiró: ¡malditamente!
tiró otra, en fin: cayó: mas de tal gana,
que con golpe mortal hirió su frente.

*Hay bienes que en llegando, al mal iguales,
la cabeza nos rompen cual los males.*

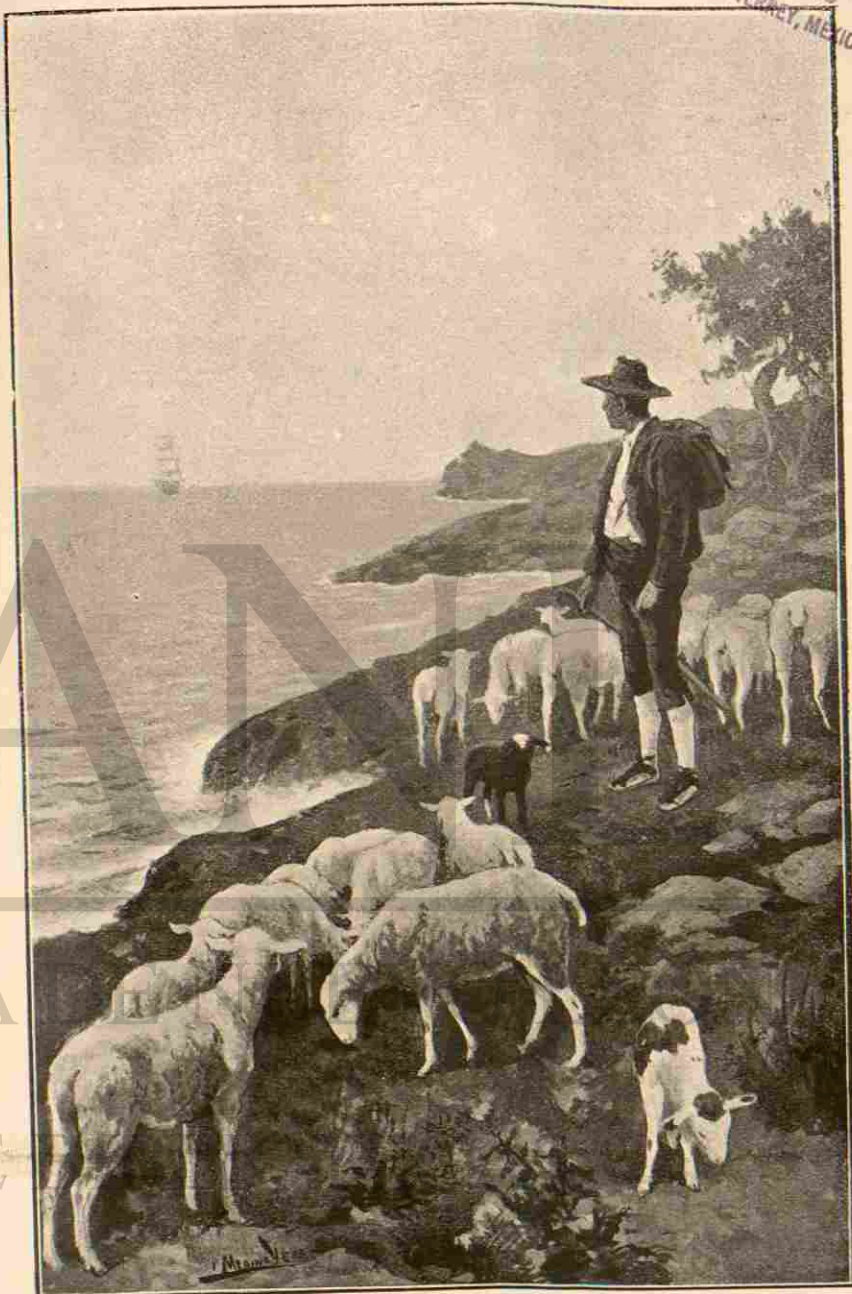
FÁBULA V

DESEOS LOCOS

EL PASTOR Y EL NAVIO

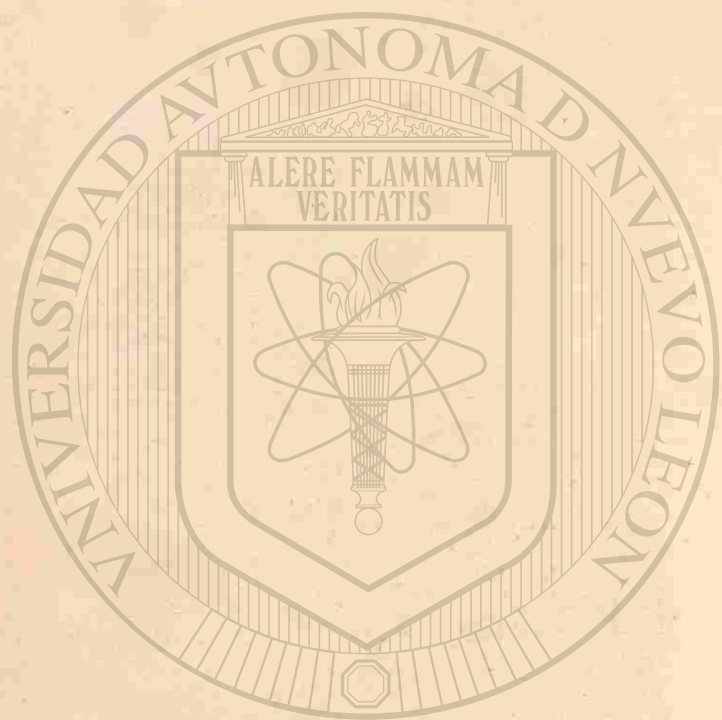
Del mar en la ribera
quejábase un pastor de esta manera:
—¡Oh, qué sordas que tiene á mis congojas
el cielo las orejas,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO



EL PASTOR Y EL NAVIO
(FÁBULA)

Del mar en la ribera
quejábase un pastor de esta manera:
—¡Oh, qué sordas que tiene á mis congojas
el cielo las orejas,
pues no me saca de zagal de ovejas!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pues no me saca de zagal de ovejas,
patituertas las más, y algunas cojas!
¡Quién me diera, halagando mi albedrío,
dirigir por ejemplo aquel navío,
y á la playa arribar del indio ó moro,
para volver con el cargado de oro!
¡Por amigos tuviera y por amigas
entonces á señoras y señores,
pese á cuantas ovejas y pastores
rumiaron hierbas ó mascaron migas!

Mas ¡ay! la suerte fiera
me arrastra, sea invierno, sea verano,
desde el monte al redil, y de éste al llano;
y aunque oírlas no quiera,
me hace escuchar las simples avecillas,
que por más maravillas
que dicen que hacen los que de ellas cuentan,
cada vez que las oigo, me revientan.—

Así el pastor decía,
cuando el bajel ya apenas se veía;
y su intenso dolor llegaba á tanto,
que sus mejillas inundó de llanto.
Era al morir el sol, según asienta
quien dijo que del ábrego la sabia
removió aquella noche una tormenta
que ni la oyó el pastor en su cabaña.
Al otro día su manada entera
condujo, como siempre, á la ribera,
y del mar acercándose á la orilla,
vió aquí y allí fragmentos de una quilla.
Buscando del naufragio indicios ciertos,
halló al fin gavias, y después mesanas,
trinquetes desvelados, hombres muertos:
¡leves cimientos de esperanzas vanas!
Entonces se acordó de su navío,

y viendo fin tan triste,
—¡Qué bien hiciste, oh Dios, qué bien hiciste
en coartarme—dijo—el albedrío!—
Y sin ver que á los muertos hacía agravios,
una sonrisa se asomó á sus labios;
y escuchando las simples avecillas,
que hacían, según dijo, maravillas,
trajo de sus plácidos gorjeos:

*Modera tus deseos.
Aunque pierdas, llorando, tus encantos,
no halagues esperanzas indecisas;
cada muerta esperanza brota llantos;
cada llanto vertido engendra risas.*

FÁBULA VI

DE GUSTOS NO HAY NADA ESCRITO

EL CONEJO, EL GALLO Y EL CERDO

*Cada quisque celebra, y es muy justo,
lo que es más de su gusto.*

Por un gallo lo digo,
que de una huerta picoteando el trigo,
así á un conejo hablaba
que, haciendo muecas, una col rumiaba:
—¿No admiras ese trigo, buen conejo,
gordo y gentil cual castellano viejo?
¿Quién ha visto manjar de más decoro?
Como soy que parecen granos de oro.
—Aprensión, friolera, bobería—
el rumiador conejo respondía.
—Siempre á mi noble raza más le plugo
de tierna berza el agridulce jugo.—
Viendo así despreciado
su condimento amado,
el gallo incontinente,
para buscar un juez más competente,
se encaramó á las tapias de la huerta,
como vigía que se pone alerta;
y preguntó á un cochino
que acertaba á pasar por el camino:
—Dime, si te ofrecieran, cuando almuerzas
buen trigo y buenas berzas,
¿qué cosa te comieras, caro amigo?—
El cerdo contestó:—*Berzas y trigo.*

FÁBULA VII

LOS LINDES DEL BIEN Y EL MAL

EL POETA Y LOS LECTORES

Si escucháis esos míseros lamentos,
son del difunto rey los funerales;
y esos vivas que ruedan por los vientos,
del rey nuevo los cantos inmortales.
Mas diréis entre penas y contentos:
—¿Se cantan bienes ó se lloran males?—

*Nadie el linde á marcar se atrevería
que separa el pesar de la alegría.*

FÁBULA VIII

LA INOCENTADA

LA MADRE Y EL HIJO

—¡Ubbb!!—en inocente fiesta,
una madre, con cariño,
gritaba á un hermoso niño,
con una máscara puesta.

Mas de sus gustos avara,
al ver que lloraba el hijo,
arrojándola, le dijo:
—Tonto, ¿si tengo otra cara!—

Y del candor á merced,
á cuantas después hallaba,
el niño las preguntaba:
—¿Cuántas caras tiene usted?—

Y es fama que, ya crecido,
llegó el niño á asegurar
*que todas suelen mudar
la cara con el vestido.*

FÁBULA IX

LIVIANIDAD DE NUESTRAS GLORIAS

EL JOVEN Y EL RELOJ DE ARENA

Viendo un reloj de arena,
paseábase Román con faz serena,
—Pasa luego—decía,—
hora cual nunca impta;
que pronto Inés, con amoroso fuego,
me esperará en la reja; pasa luego.—
Y dando vueltas, su mirar sombrío
en el reloj fijaba, asaz tardío,
hasta que al fin echó de ver que insano
atascado se hallaba un leve grano;
y saliendo á la calle diligente,
llamó á la reja, pero inútilmente:
volvió á llamar de nuevo,
mas ya no estaba Inés: ¡pobre mancebo!

*¿Quién por buscar se apena
de este mundo las dichas ilusorias,
cuando un grano de arena
rémora puede ser de nuestras glorias!*

FÁBULA X

LA DICHA ES UN ACASO

LOS CIEN CUERDOS Y EL BOBO

Si mal no lo recuerdo,
un bobo entre cien cuerdos, por acaso
(y aquí diré de paso
que hay a veces mil bobos por un cuerdo),
admiraba el espléndido palacio
do la fortuna desigual moraba,
tan rico, que a sus ojos se mostraba
con puertas de oro y muros de topacio.

La señora fortuna,
que del mundo entre todas las señoras
tal vez no habrá ninguna
que la gane a mudarse a todas horas,
se le antojó salir en aquel día
a hacer a uno feliz: ¡quién lo diría!

Al verla los cien cuerdos
(en verdad nada lerdos),
con presteza importuna

—¡La fortuna!— prorrumpen— ¡la fortuna!—
y arrancan en pos de ella,
mientras que, presurosa,
si bien como ellas bella,

como mujer al fin, huyó alevosa:
y si como ellas es verdad que huía,
como mujer también les sonreía.

Al verla el bobo huir con tal exceso,
—Vaya con Dios— la dijo el muy camueso;
y en celestial arrobó,
dándosele una higa

porque alguno la siga ó no la siga,
a dormir se tendió: ¡maldito bobo!

Siguieronla los cuerdos locamente;
pero con tal ahinco,
que alguno por correr dió un falso brinco
y se aplastó la frente;

otros perdieron sólo el sufrimiento;
y otros menos felices,
el camino sembraron, y no es cuento,
de piernas, ojos, brazos ó narices.

De engañar a los cuerdos ya cansada
la señora fortuna, siempre porra,
ganándoles las vueltas como zorra,
determinó volverse a su morada.

Mas ¡oh imprevisto caso!
pues cuando al ir su paso

el linde a trasponer de la ancha puerta,
¡tropieza con el bobo y lo despierta!

—¡Caíste en el garlito!—
gritó el simple, cual boillos los moletes:
y sin andarse en dimes ni diretes,
con ella en casa entró: ¡bobo maldito!

*No llames, Fabio, tonto,
al que cual tú no corre tras la gloria:
por correr más, no llegarás más pronto:
pregúntaselo al bobo de la historia.*

FÁBULA XI

LA VIDA Y LA MUERTE

EL PADRE Y SUS HIJOS

Juntos con su padre estando
Ana y Luis una mañana,
al plañir de una campana
Luis se santiguó rezando.

Y Ana exclamó con desprecio:
—¿Por qué rezas?— Y él, al punto,
—Rezo— dijo— a ese difunto.
—Si es que ha nacido uno, necio:—

Y viendo afrentado al hijo,
el padre, con faz severa,
mirando a la retrechera,
con voz solemne la dijo:

—*No es rara equivocación,
pues para ambas cosas, Ana,
siempre una misma campana
toca con un mismo son!*

FÁBULA XII

A UN GRAN MAL OTRO MAYOR

EL RUISEÑOR Y EL RATÓN

Clamó un ratón sin consuelo,
preso en una cárcel fuerte:

—¡Imposible es que la suerte
pudiese aumentar mi duelo!—

Y alzando la vista al cielo
para acusar su dolor,
le preguntó un ruiseñor
de un halcón arrebatado:

—¿Truecas conmigo tu estado?—
Y él contestó:—*No, señor.*

FÁBULA XIII

DEL TRONCO SALE LA RAMA

EL POTRO Y LA YEGUA

Era una yegua pia,
que sin ánimos ya para dar coces,
a un hijo que tenía
así le reprendía,
si no con estas, con iguales voces:

—No des coces ¡impío!
Maldita sea tu costumbre ingrata:
cual yo modera el brio;
ten presente, hijo mío,
que es mala educación sacar la pata.—

Al decir —*Bien*— el hijo,
la saludó con singular donaire,
de puro regocijo,
después de lo que dijo,
miles de coces disparando al aire.

Y en ocasión tan calva,
si los hallase en parte más contigua,
presumo que en la salva,
al lucero del alba
y a la madre, de un par me los santigua.

—De quién aprendería—
siguió la yegua— inclinación tan basta?—
La zorra, que la oía,
—De nadie—la decía,—
créalo usted, vecina, *esa es la casta.*

FÁBULA XIV

LECCIONES AMARGAS

EL PADRE, EL HIJO Y EL PERRO

Bramaba el viento agitado,
cuando subían a un cerro
un padre en su hijo apoyado,
y detrás de ambos un perro.

Y con mortal pesadumbre
el viejo desfallecido,
cayó exánime en la cumbre,
entré la nieve aterido.

Y—Marcha—al joven le dijo;
—no encuentres cual yo la muerte.
—Pues adiós—contestó el hijo;
y huyó temiendo igual suerte.

Mas desde un monte caicano,
libre ya de todo empeño,
vió que, *más fiel el alano,*
quedó a morir con su dueño.

FÁBULA XV

LA MUERTE TODO LO IGUALA

LA VUELTA DEL CAMPESINO

Halló, al volver con otros a su tierra,
un nuevo cementerio un campesino,
y al cruzar por en medio del camino
vió inscrita en él esta inscripción que aterra:

UN PONCE DE LEÓN aquí se encierra:
dobla al pasar la frente, ¡oh peregrino!
y acata humilde al que postró el destino,
recto juez en la paz, y héroe en la guerra.

Fija la vista en los eternos bronce,
gestos de admiración haciendo extraños,
dijo extasiado el campesino entonces:

—¡Por Dios que són terribles desengaños!
¡Quién les dijera a los ilustres PONCES
que aquí enterré yo un *burro* hace dos años!

FÁBULA XVI

NO HAY DICHA COMPLETA

EL PLACER Y EL PESAR

Al descender al mundo
el *pesar* y el *placer*, fuerte el primero
y débil el segundo,
con afecto profundo
llamáronse uno al otro *compañero*.

Sucedió que un cualquiera
encontrando al *placer*, con fuertes lazos
(por fuerza que un tonto era)
le estrechó de manera,
que por poco el *placer* muere en sus brazos.

Y no cometió dolo,
ya que pudo, en gozarle, el buen mancebo,
pues juro por Apolo
que si le hallara solo
le dejara este cura como nuevo.

Al verse así ultrajado,
para el mozo el *placer* pidió un castigo,
y el *pesar* de contado,
de dolores cercado,
voló en defensa de su flaco amigo.

—De hoy nos verá la gente—
con amor se dijeron sin segundo,
—juntos eternamente!

Eterna y juntamente
desde entonces acá los halla el mundo.

*Por eso, si por suerte
ves, como el mozo, al que *placer* se nombra,
apercibido advierte
que para herir de muerte
recatado el *pesar* vela á su sombra.*

FÁBULA XVII

BIENES PROMETIDOS

El mundo al empezar, si bien me fundo,
Júpiter trajo al mundo,
para dar por igual á los mortales,
en una arca los bienes
y en otra arca los males.

Cogió el arca primera
(que por mi mal la de los males era),
y el censo atroz de los odiosos males
distribuyendo con piadoso intento,
ciento á Luis, ciento á Juan y á Ramón ciento,
quedamos, salvo error, todos iguales.

Abrió el arca segunda
y tanto criminal (que Dios confunda)
acudió á ver los bienes, que brillantes
lucían cual riquísimos diamantes,
que al fin los más bribones
entraron de robar en tentaciones.
Por detrás un avaro sin decoro
sustrajo bienes mil (mil onzas de oro);
y un alcalde (un truhán) dando pisadas,
diez bienes se apropió (diez alcaldadas);
aquí un lascivo su placer corona
con una virgen que aspiró á matrona;

allí un poeta (un cándido presumo)
tan sólo robó un bien (la gloria; ¡humo!),
y un ruin magnate, de nobleza rancia,
veinte bienes sustrajo sin conciencia,
reducidos, en última substancia,
á diez y nueve cruces y un vucencia.
Tantas eran, por fin, las sustracciones
de ambiciosos, avaros y ladrones,
que Júpiter, atándose la capa
(lo que prueba la fe de los humanos),
andaba con los pies y con las manos
por aquí y por allí, tapa que tapa.
Al ver tanta ruindad en los mortales,
por último el buen dios perdió la calma,
y llevándose el arca en cuerpo y alma,
dijo, al cerrar las puertas celestiales:
—Yo juro por esta arca que ahora encierra
los bienes que el mortal anhela tanto,
de no sacar un bien ni aun para un santo,
hasta que no haya infames en la tierra.—
Dijo así el dios; y el diablo que lo ota
(pues siempre anda del hombre en compañía),
gritó á la gente, que se vió burlada,
lanzando una insolente carcajada:
—Noble mortal, mi digno descendiente
(lo cual nunca en tus actos se desmiente),
el dios que escuchas, de inocencia lleno,
sus bienes te promete, *en siendo bueno*:
si hasta entonces no aguardas otros bienes,
acuéstate á dormir, que *tiempo tienes*.

FÁBULA XVIII

PRINCIPIO Y FIN DE LAS COSAS

EL LABRADOR Y LA MORERA

PRIMERA PARTE

Juan plantó una morera,
que el que, después de un año, la vefa,
con la fe más sincera
loando sus primores, prorrumpla:
—¡Bien haya el hacedor de tal hechura!
¡Qué flor, qué tronco, qué hoja, qué verdura!—

De seda unos gusanos
sus hojas agotaron roedores,
y con dardos insanos
dieron fin las abejas á sus flores,
dejando el árbol de tan ruin manera,
que Juan lo hizo cortar: ¡adiós, morera!

Así, en suertes no iguales,
llegaron, con destino bueno ó malo,
las flores á panales,
las hojas á ser seda, á efigie el palo;
pues os advierto que en mudanza tanta
del rudo tronco Juan hizo una santa.

Y cual de la morera
tuvieron hoja y flor vario destino,
de la misma manera
los hombres tienen encontrado sino;
que el destino es instable como el viento.
Mas, basta de moral, y siga el cuento.

SEGUNDA PARTE

A mi lugar un día
la gente se agolpó de la comarca,
do festejar solía
la virgen que llamamos de la Barca:
santa que yo adoré, santa que aun era
la misma que hizo Juan de la morera.

Y á través de un concierto
que en el templo sonaba en alto coro
(bastante mal por cierto),
sin oír lo sonoro ó no sonoro,
á una vela escuché, no sin trabajo,
que decía á la santa por lo bajo:

—¿Cómo estamos hermana?
Yo soy hija también de la morera.

En mi suerte tirana,
fui flor, llegué á panal y ahora soy cera.
¡Quién al ver la morera nos diría,
que al ser lo que eres, lo que soy sería!

—Su desdén me acongoja—
dijo el vestido de la santa entonces.

—Llegué á seda desde hoja,
y sus oídos para mí son bronce.
¡Nadie creería, al verme en la morera,
que de un santo del tronco el traje fuera!

—Calle el necio ropaje,
pues le doy tanto honor—dijo la santa;

—y cuide no me ultraje
la innoble cera con locura tanta.
¡Las parleras!... las muy... ¡Ave María!
¿Qué hay de común entre las tres?—seguía.

—¿No ven—las fué diciendo—
que hasta el mismo escultor que me ha labrado,
en acto reverendo
me tributa oblación con noble agrado?—
Y era verdad, que con amor profundo,
hasta oraba el buen Juan. ¡Cosas del mundo!

Si empieza la existencia
los seres al nacer mostrando iguales,
en nuestra adolescencia
ya veis que unos son seres celestiales,
ante los cuales los demás oramos:
Mas ¿cual de todos será el fin? Veamos.

TERCERA PARTE

A la vela inflamada,
—Llega—dijo el vestido,—hermana mía,
y nuestra suerte airada
será así igual hasta la tumba fría.—
Llegó la vela el labio enrojecido,
é inflamado á su luz ardió el vestido.

Crujió entonces la seda:
y arrojando las chispas á millares,
fué ardiendo en ígnea rueda
seda, blandón, imágenes y altares;
siendo al fin, calcinado su ornamento,
juguete vil del agitado viento.

*¡Así en la humana vida,
si á unos el hado en ídolos convierte,
mientras que envilecida
la plebe es templo y luz... llega la muerte,
y confunde, con bárbaros ejemplos,
aras, ídolos, luz, galas y templos!*



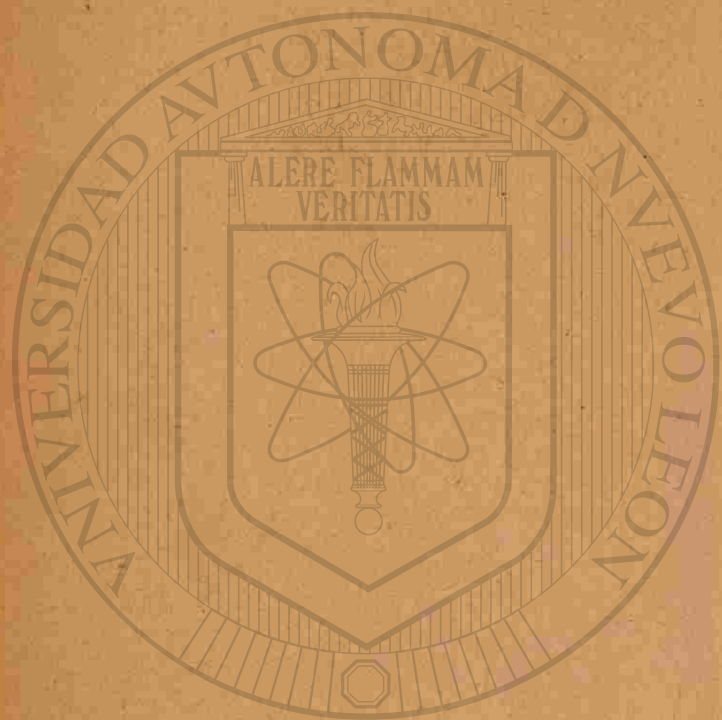
INDICE

	Páginas
POEMAS:	
Colón	7
El drama universal	107
El licenciado Torralba	293
POESÍAS	339
Ternezas y flores	343
Ayes del alma	417
FÁBULAS	521

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PAUTA

PARA LA COLOCACIÓN DE LÁMINAS

TOMO PRIMERO

	Páginas
D. Ramón de Campoamor	VII
Quien vive, olvida	8
El gaitero de Gijón	136
La Nochebuena	141
Humoradas	205
Humoradas.—Tengo, Amalia, un secreto aquí escondido	213
Humoradas.—Te abanicas con gracia, y te suplico	242
El tren expreso	326
Dulces cadenas	362
El quinto no matar	383
Los buenos y los sabios	442
Don Juan	492
La lira rota	529
La orgía de la inocencia	555
Por dónde viene la muerte	572
El amor y el río Piedra	581
Las tres Rosas	603
El poder de la ilusión	622
El amor de las madres	627
El confesor confesado	634
Utilidad de las flores	677

TOMO SEGUNDO

Colón (poema).—Mi poder y el de Dios desequilibra	7
Colón (poema).—Le seguí. Vine á Palos. Vi á Marchena	12
Colón (poema).—¡Alzad! ¿y quién no yerra? alzad, hermanos	89

	Página
El drama universal.—Y cuanto más Honorio la admiraba,	163
El drama universal.—¡Cuando vi, al enterrarle, la medalla...!	201
El drama universal.—Me lancé yo á matar aquella feve;	207
El drama universal.—Con tal desdén el cielo los miraba,	241
El licenciado Torralba.—Y amando, como no aman los humanos,	247
El licenciado Torralba.—En guardia!—gritan ambos. No imagino,	271
El licenciado Torralba.—En la lucha de amor de aquel pagano	287
Ternezas y flores	297
La gurnalda, M. M. M.	301
Mi harén en Andalucía	321
El amor de la sierra	327
Ayes del alma.—Y enderezando al orbé	421
Ayes del alma.—Y al mismo tiempo empezaba.	427
El busto de nieve	491
Fábulas (III, IV, X y XIII).	521
Tiranías justas	527
El pastor y el navío	531

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Small white label on the spine with handwritten text, including the number "72".